



JUEGOS BAJO LA LUNA

Carlos Noguera

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

elperroylarana

CULTURA
Corazón Adelante
MISIÓN
SOCIALISTA

Carlos Noguera

Juegos bajo la luna

2da edición

(versión revisada y corregida por el autor)

Para Juliana

Primera parte

Capítulo I: Diciembre de 1957

1

CUANDO Fernando y Carmen Luisa abrieron la caseta de jardinería y el haz de la lámpara barrió el enlosado, pudieron ver por primera vez el cuerpo semidesnudo de la muchacha: tendida de espalda sobre los sacos de estiércol, la falda rasgada y recogida sobre las caderas, el escote forzado hasta la cintura y las hebras de cabello húmedo cubriéndole el rostro, parecía una enorme muñeca de trapo, descoyuntada, abandonada en el centro del pequeño cobertizo, en medio de máquinas podadoras, mangueras, desplantadores y bandejas semilleras.

Un grueso hilo de sangre le cruzaba los muslos, y aun desde el umbral de la entrada se podían distinguir las manchas negras y sepias que tapizaban los jirones del vestido y la piel de los hombros y el cuello. El resto de la caseta, cuyas paredes estaban revestidas de anaqueles y estanterías llenas de sacos de turba, macetas, y dispositivos de jardinería, lucía ordenado e intacto, de modo que la silueta blanca de la muchacha, arqueada sobre el piso, parecía el único detalle fuera de lugar.

Al comienzo, debido a la penumbra y a la distancia, había resultado imposible descifrar de quién se trataba, aunque Fernando lo intuyera desde el mismo momento en que viera las piernas exánimes y entreabiertas en escorzo. La luz de la lámpara asombrerada que pendulaba en el centro de la habitación, justo sobre el rostro, y que se derramó sobre el cuerpo tendido tan pronto él extendió el brazo y lo deslizó sobre la pared lateral, invisible, en búsqueda ciega del interruptor, terminó de afirmar sus temores: en efecto, a pesar de las cortaduras, de la sangre y de la extraña mueca que le deformaba las facciones, no cabía duda: se trataba de Maruja.

Su primera reacción fue la de evitar que Carmen Luisa, que venía detrás de él, contemplara la escena: por insólito que pareciera, Maruja podía estar muerta. Pero antes incluso de terminar de pensarlo sintió el empujón de Carmen Luisa, quien, quizás porque también sospechara lo peor, o tal vez a pesar de eso, lo hizo a un lado para ganarle terreno en la propia entrada de la garita. Más tarde, cuando el clímax de la pesadilla se disipara y diera paso a ese aire calmo y depresivo que sigue a las desgracias, Fernando le referiría a Alberto y al resto de la cofradía que la impresión inicial que lo había golpeado al franquear la entrada había sido la de una incómoda sensación de desdoblamiento, como si la escena estuviese siendo vivida por un actor que lo desplazara al caracterizarlo, mientras él, aterrado, contemplara sus propios

movimientos proyectados, enlentecidos por el estupor, desde un remoto rincón tras bastidores.

Lo que siguió, sin embargo, resultó mucho más difícil de reseñar luego. Por ejemplo, ¿el grito de Carmen Luisa precedió o siguió al instante en que ambos se precipitaron sobre el cuerpo de Maruja para comprobar si continuaba viva? ¿Cuál de los dos había tomado en primer lugar el pulso latente de la muchacha y, por tanto, comunicado la buena nueva al otro? ¿Había sido él quien le abrigara la desnudez valiéndose de los sacos vacíos que reposaban al lado? ¿Había sido ella quien imaginara, a partir de las manchas de sangre, las huellas de los golpes, las rasgaduras del vestido y la posición del cuerpo, lo que acababa de ocurrir?

Lo cierto es que de pronto ambos se volvieron, permaneciendo inmóviles por un instante, mirándose, esperando cada uno del otro, con ansiedad, una mínima señal que los sacara de la pesadilla, refutara la evidencia que las circunstancias se empeñaban en mostrar y los persuadiera de que los dos estaban errados y de que aquello no era más que otra alucinación de la accidentada noche.

Un confuso ruido de voces que se acercaban a la garita los sacó del estupor. Afuera, aunque el fragor de la tormenta se había asordado, continuaba una lluvia menuda que semejaba un silencioso telón de estambre, y el rugido espeso del oleaje al romper contra el malecón se mezclaba con los sonidos azules de la noche, las sirenas de las patrullas policiales que cruzaban las rutas costeras y el movimiento de los escasos efectivos de tropa que ahora, ya restablecida la energía eléctrica y repuestos a medias de la sorpresa del asalto, comenzaban a peinar los jardines próximos a la cerca que flanqueaba la avenida, y el área misma de la playa, cuyos senderos y vericuetos se prestaban de maravillas como vías alternas de escape para los asaltantes.

Pero ellos estaban allí dentro, en el silencio enrarecido de la caseta, abrazados al cuerpo de Maruja que no parecía reaccionar. Debían, por tanto, actuar con rapidez si querían evitarle el suplicio añadido de una multitud que, con seguridad, una vez enterada, irrumpiría en masa a averiguar los detalles de la desgracia. La propia Maruja, que justo en ese momento terminaba de volver en sí y comenzaba a llorar aun sin cobrar completa conciencia de lo que había ocurrido, les agradecería más tarde la decisión que las circunstancias les obligaron a tomar entonces: Carmen Luisa permanecería con ella, acompañándola y tratando de sosegarla y a Fernando le tocaría la delicada misión de avisarles a los padres con la cautela necesaria para no atraer la atención de la masa de invitados que hubieran permanecido en la fiesta a pesar de los sorprendentes acontecimientos a los que habían sido arrastrados aquella noche, y que recién ahora parecían haber culminado.

En efecto, en las instalaciones centrales del club, la tormenta, la interrupción de la energía, y, sobre todo, el asalto perpetrado por el comando del Movimiento Patriótico y la incendiaria proclama difundida en vivo desde el entarimado donde la orquesta de Chucho Sanoja apenas alcanzaban a rematar el acorde final de «Lamento náufrago», habían reducido a una rala presencia la vasta lista de invitados que el coronel Paredes y su esposa habían privilegiado para que compartieran con ellos la velada celebratoria del 18° cumpleaños de su hija. Por añadidura, los que aún permanecían con sus atuendos arruinados, empapados por la lluvia, en la casi desierta explanada de baile, despidiéndose de los anfitriones o indagando sus pertenencias entre las mesas, las sillas, los manteles y los arreglos florales arruinados por la estampida inicial, estaban tan ocupados en disponer las cosas para un apresurado regreso que no les quedaba tiempo para nada que los distrajera de ese propósito.

Fernando se percató de estas circunstancias, que tan bien encajaban con su objetivo, una vez que abandonó la caseta de jardinería, cruzó los bosquecillos de palmeras y uvas de playa y, soslayando a los amigos que intentaban abordarlo, se encaminó hacia la pista central donde, tal como había esperado, se hallaban el coronel Paredes y doña Hortensia debatiéndose en el conflicto de unirse a los muchachos que intentaban dar con el paradero de la cumpleañera o permanecer allí, despidiendo a los rezagados y chequeando que los subordinados de uniforme que habían quedado a cargo no bajaran la guardia.

A escasos metros de ellos, Landáez, el viceministro, a quien el aguacero parecía haberle disipado las brumas alcohólicas por las cuales se había estado paseando horas antes, campaneaba una escocés mientras recibía el último informe de la escolta que el Ministerio le tenía asignada, y que, debido a la creciente temperatura del clima político, había sido engrosada en las últimas semanas. Doña Consuelo, su esposa, aconsejaba a Elianita, la hija menor, para que permaneciera a la vista y resistiera la tentación de unirse a los demás muchachos que deambulaban aún entre los jardines, en el malecón, o sobre el muelle, reacios a aceptar que la incursión del comando hubiera dado al traste con la celebración.

Fernando evitó a sus padres y a su hermana y se aproximó al epicentro de la circulación, donde el coronel Paredes, intentando ponerle al mal tiempo buena cara, actuaba como pivote de la ceremonia de despedida, y de receptáculo de los lamentos y las maldiciones de los invitados que tenían como blanco la humanidad de los malnacidos (y malnacidas, porque también hubo mujeres en el grupo de asalto, aclaraba la señora Paredes) y sus respectivos árboles genealógicos.

Contemplando aquel espontáneo consenso, el coronel no pudo dejar de preguntarse cuántos de aquellos testimonios resultaban sinceros y cuántos no eran más que una escaramuza táctica para embozar actitudes contra el gobierno o posiciones indecisas o «prudentes», como se decía ahora, en momentos en que hasta la iglesia y el mundo empresarial comenzaban a retirarle su apoyo al poder. Esto no era, por cierto, más que un entretenido juego de adivinanzas por su parte, porque, si a ver íbamos, él también se hallaba en una situación delicada: solicitado por igual desde la oficialidad leal al régimen —cada vez menos numerosa— y desde la opositora —creciendo día a día pero, por razones evidentes, a la sombra—, debía mantener una «neutralidad vigilante», como le había confesado a Landáez en un arrebato de honestidad, única manera de salvaguardar una carrera profesional que después de tantos años conservaba esa foja sin mácula que constituía el mayor orgullo de su familia y el suyo propio, le creyeras tú, Francisco Landáez, te lo juraba él, tu compadre.

Por su parte, la señora Paredes insistía en que había que dar gracias al Santísimo Sacramento de que, a pesar de la sorpresa y de los trastornos provocados por el asalto, el incidente no hubiera causado víctimas fatales ni daños mayores que lamentar, aunque la suspensión del baile, después de tantos y tan fatigosos preparativos, le dolía, sobre todo por Marujita que con tanta ilusión había estado esperando aquella noche. ¿Te imaginabas tú, Consuelo, la tragedia que se hubiera desatado si el presidente no modifica su agenda y decide venir? ¡Tal vez decenas de muertos, y quizás inocentes en su mayoría! Nadie podía prever el tipo de armas que aquella gente, dispuesta como se veía a jugarse el todo por el todo para asesinar al General, eran capaces de emplear, ¡hasta bombas incluso!

Fernando, que se hallaba en la periferia del grupo de los mayores, aprovechó la alharaca para abordar al coronel que se había separado del corrillo a fin de recibir el reporte de los subalternos.

Cuando llegaron a la garita de jardinería, unos minutos más tarde, el coronel todavía se resistía a creerlo. Fernando había respondido a sus preguntas mientras se ponían en camino, tratando de ser tan explícito como la prudencia y la delicadeza se lo permitían, pero él se había mostrado tan reticente a darle crédito e, incluso, tan descortés y ofensivo, que Fernando optó por hacer espacio en la madeja de emociones en la que se hallaba enredado desde que descubrieran a Maruja, para abrirle un lugar a la incomodidad: por un momento se sintió como un perfecto idiota, y hasta alcanzó a preguntarse si no se había equivocado de persona. Por fortuna la sensación de ridículo sólo le duró los segundos necesarios para ubicarse en el lugar de Paredes. No. El coronel podía tener sus defectos, como todos, pero él siempre lo había estimado de

buena pasta: el pobre estaba tratando de protegerse, era comprensible. «Bloqueo inconsciente, negación: probablemente el más primitivo de los mecanismos de defensa», hubiera dicho Carmen Luisa, La Sigmuncita, pensó Fernando, aunque esta vez no sonrió.

No obstante, una vez franqueada la puerta, la contundencia de la escena en la nitidez de los detalles, incluidas la mancha oscura sobre la falda y la zapatilla blanca que reposaba en un rincón alejado, cerca de los rastrillos (imagen que lo perseguiría, de una manera inexplicable, cada vez que en los años por venir le ocurriera el desafortunado azar de recordar aquella noche), no le dejó a Paredes lugar para la duda, a pesar de que ahora Maruja reposaba reclinada entre los brazos de Carmen Luisa.

Fernando, a quien habían alarmado la súbita inmovilidad del coronel y su rostro aterrado una vez que franquearon la puerta de la caseta, se tranquilizó cuando notó que éste comenzaba a apretar la mandíbula y que la máscara de perplejidad desaparecía para dar paso a una expresión de odio como pocas veces él había tropezado en sus dieciocho años de vida.

La recuperación de Paredes fue tan instantánea como eficaz. Ordenó a Fernando custodiar la puerta e impedir la entrada sin detenerse en sexo ni en parentesco ni en rango, y puso rodilla en suelo al lado de Maruja para estrecharla contra su pecho, besarla en el cabello, en la frente, en las mejillas, como si recién la hubiese rescatado de la eternidad, y cubrirla por completo con el impermeable que, quizás en un gesto inconsciente de previsión, había recogido del espaldar de la silla un segundo antes de abandonar la explanada de baile para acompañar a Fernando.

— Supongo que no tengo que decirte lo importante que es la discreción en estos momentos —le dijo a Fernando, minutos más tarde, aunque la advertencia incluía a Carmen Luisa—. Ni una palabra de esto a nadie. Diles a tus padres que los espero en la casa en una hora, lo mismo a Bermúdez, en estos casos un médico... Y gracias por todo —culminó, abrazándolo con una fuerza mayor que de costumbre.

Había logrado conducir a Maruja, embozada en el sobretodo negro, y a Carmen Luisa, que la sostenía para ayudarla a caminar, por un antiguo atajo a través de la cerrazón de almendrones y la floresta de palmas y cocoteros, hasta el estacionamiento del club.

Fernando, por su parte, no se sentía muy a gusto con la misión de regresar al área

social del club con los mensajes para Bermúdez, doña Hortensia y el resto de los allegados, pero la asumió sin hacerse preguntas. En cuanto a doña Hortensia, la madre de Maruja, el cometido era el de tratar de convencerla a un tiempo de que debía acompañarlo con discreción hasta el estacionamiento y de que todo estaba normal en la familia.

Lo primero resultó sencillo, no sólo porque ella misma ya deseaba que aquella agitada velada terminara, sino porque el recinto había quedado casi vacío y los Landáez se habían ofrecido a meter el hombro con los detalles de última hora (de hecho ya podía verse a doña Consuelo encargándose de los postreras ceremonias de despedida en la cancela del jardín central, y a don Francisco impartiendo órdenes a diestra y siniestra a los mesoneros que aún raboteaban por los salones, y, sobre todo, al personal de limpieza que debía ordenar los desastres provocados por la incursión del comando).

Lo que no le resultó tan simple fue el persuadirla de que todo andaba bien con el resto de la familia. De hecho, quizás debido a los necesarios rodeos que él, Fernando, introducía en las respuestas cada vez que ella le preguntaba por Maruja o quizás a los presagios que la intuición materna le susurraba a cada paso, a duras penas pudo llegar de pie al estacionamiento, tal era el estado de postración nerviosa que la mera sospecha de la desgracia había provocado en ella.

El coronel se adelantó a recibirla. Maruja y Carmen Luisa se hallaban en el asiento posterior del carro.

—Está viva, Hortensia. Tranquilízate. Un maldito loco la atacó pero apenas tiene unos moretones —dijo el coronel, abrazándola, tratando de tranquilizarla mientras ella forcejeaba—. Lo importante es que está viva.

Pero doña Hortensia entendió. Miró hacia el carro, entrevió el rostro hinchado y lloroso de la hija, y se desvaneció en silencio.

2

Era diciembre en el valle. En «Las Acacias», esa alfombra de quintas arboladas que trepaba desde el sur por la falda de las colinas centrales donde se dividía en dos la ciudad de entonces, los días se iniciaba con una luz traslúcida de cristal líquido que inundaba el valle por el abra del este, y en el aire, liviano y frío, el aroma de los árboles y de las hojas tocadas por la humedad de la madrugada se mezclaba con el olor a tierra bañada que provenía de los jardines y de los arriates de rosas, de novios y

de azaleas que flaqueaban los porches y las ventanas. Durante todo el año las coquetas color fucsia brotaban vivaces entre la hierba y en las leves ranuras de los muros.

En los días de semana, por las calles en pendiente, en las casas de planta doble, jardín frontal y verjas de hierro, los niños reían y jugaban rodando sobre la hierba entre las ramas de berbería y los setos de crotos. Las madres, con el pelo recogido por la pañoleta y el delantal de frutas amarrado al cuello, trajinaban en la cocina; y desde la acera, sombreada por los arbustos, podía sentirse el olor de la carne rebanada, la salsa para el asado y las tajadas que se freían en las sartenes. De vez en cuando un tocadiscos, radios asordados por la distancia, voces.

Por las tardes, las madres se paseaban charlando sobre los pequeños problemas de todos los días mientras custodiaban a los bebés de mono y franela que trastabillaban en las aceras; o bajaban con cestas de mimbre, hasta la zona comercial próxima a la avenida para completar las compras de la cena. Las pantallas de los televisores presentaban “Bambilandia”. Sobre el embaldosado, en los porches de medio punto cubiertos por trepadoras y monstera esmeraldas, las muchachas reían entre secadores de pelo, se pintaban las uñas y escuchaban «La colina musical imaginaria».

Con frecuencia, sin embargo, después del sol del mediodía, flotaban cúmulos plomizos desde el oriente, arrastrados por una brisa fría que sonaba en las ramas de las acacias y hacía volar las faldas de las colegialas que aquel año llevaban todavía la moda amplia: armadores dobles esponjaban las telas de algodón que se alargaban por debajo de la rodilla y provocaba que algunos sarcásticos hablaran de «sombrillitas andantes». Las «sombrillitas» menores de 18 calzaban tobilleras de colores, engullían merengadas de mantecado y fresa en las fuentes de soda y se dejaban en «cola de caballo» el pelo alargado, al que ceñían con cintas de colores que combinaban con las tobilleras o las trenzas de las sandalias de tacón bajo.

En las fiestas transpiraban con las maromas del rock, el chachachá de la Aragón, los merengues damironianos y la Sonora que le hacía telón a Carlitos Argentino en “Tu boca” Y cuando les tocaba el turno a los Platters o a los boleros nasales de Gatica, corrían a la toilette para poner en orden los peinados, maquillarse o rociarse unas goticas de agua de colonia, como recomendaban las revistas femeninas.

Esa era, justamente, «la órbita de los usos» contra la cual (sin que pudiera hablarse de un éxito total: el peso de la edad no podía ser abolido por completo), unos meses antes se había constituido «la cofradía». Aquella mañana, sin embargo, todos los cofrades se habían sentido de alguna manera distintos. Habían estado de acuerdo en el documento interno que a proposición de la propia Maruja proclamaba la celebración del cumpleaños como portadora de la guirnalda escarlata en el cartabón de cursilerías

del grupo, pero, al mismo tiempo, como una calamidad a la que había que aceptar, adaptándose a ella. La singularidad de la circunstancia constituyó tema de debate para los miembros que aquella mañana habían acudido, sin necesidad de un acuerdo previo, como solía ocurrir, a la casa de los Paredes: Fernando, Alberto y Antonio, es decir, los integrantes del núcleo original, y Carmen Luisa, quien, junto a Marujita, había ingresado unos meses antes para decretar la heterosexualidad del grupo.

—Esa deuda no van a terminar de pagarla nunca —había dictaminado Carmen Luisa en su oportunidad, en los comienzos de su ingreso al grupo, haciendo girar sobre el índice su infaltable boina negra, gesto que —ya la cofradía lo entendía— preanunciaba uno de sus frecuentes arrebatos de ironía que, por lo demás, eran inevitablemente celebrados por el corrillo.

—¿A qué deuda se refiere la pequeña Segismunda? —había preguntado Antonio, payaseando, mirando a la concurrencia en redondo.

—A la de haberlos salvado, Maruja y yo, de una inevitable evolución hacia Sodoma. Con nuestro ingreso, esto se transforma, por fin, en una pequeña sociedad humana.

—«Envidia del pene: tercer estadio de la evolución psicosexual» había comentado Fernando, volviéndose hacia Alberto, como si le confiase un secreto, pero en voz alta, de manera que Carmen Luisa le pudiera escuchar sin ninguna dificultad, como en efecto lo hizo, saliendo en seguida en su persecución, sin anestesia te iba a hacer tragar tus palabras, bicho que eras tú, Fernando, mi amor, verías.

Porque en efecto, una de las contribuciones teóricas más importantes que trajo consigo el ingreso de Carmen Luisa a la cofradía lo constituyó, sin duda, su permanente «comentario psicoanalítico» ante casi cualquier circunstancia cotidiana (tomo la palabra de la primera reunión convocada por la cofradía para evaluar los pros y contras del ingreso de la princesa de la boina negra a la hermandad de la mesa blanca). No se trataba, por su puesto, de que los miembros del equipo fuesen idiotas en la materia: Fernando había leído al brujo de Viena, igual que Alberto, y en cuanto a Antonio, varias veces había confesado su pasión por los disidentes, de alguna de cuyas obras siempre había un ejemplar rondándole la mesa de noche. Pero, hay que decirlo, en comparación con La Sigmuncita, como pronto comenzaron a llamarla cuando querían bromear con ella, la sabiduría del grupo en materia de interpretaciones descendía a un nivel primario.

La Sigmuncita no sólo había deambulado con eficacia por las principales elucubraciones de Freud, sino que era capaz de comparar a éste con sus discípulos sumisos y díscolos más notables e, incluso, de elaborar tablas comparativas de

coincidencias y desencuentros. Pero lo que terminó de hacerla merecedora del apodo (novedad que, por otra parte, nunca pareció disgustarle, ni siquiera durante aquella sorpresiva y remota noche en que Fernando y Antonio la bautizaran «en el nombre paternal de la libido, en el nombre filial del complejo de Edipo y en el del espíritu vinculante del inconsciente», sosteniendo a duras penas las carcajadas, con el sagrado mote que ya sabemos), fue la eficacia con que inyectó aquel enredijo de conceptos en las rendijas más simples de la vida cotidiana de la cofradía. Porque no hubo fenómeno humano o acontecimiento social, fortuitos en apariencia, durante aquellos despreocupados meses anteriores a las catástrofes, que no fuera sometido al momento a sus implacables filtros de visionaria.

Aconteció así con la presunta homosexualidad del flaco Pineda, especie de caricatura de la feminidad que con sus mohínes y sus filigranas gestuales se había constituido en el hazmerreír de los quintos años del Fray Luis de León (excepción hecha de la cofradía que lo veía, por el contrario, imbuido en un aura patética), y cuya «estructura edípica no resuelta» ella desmontara en una vespertina de sábado, entre las mesas solitarias del café «Estoril», ambientada por las «Cartas de amor sobre la arena», de Boone mientras Maruja, Alberto y Fernando (este último esponjado de orgullo, aquella era mi pequeña damisela, mi «deseo concretado», mi Simoneta, mi debacle, tipos, ¿lo sabían?) la escuchaban arrobados y la hacían ruborizar con un denso aplauso y unos bravos y unos hurras que remataban en apoteosis el granizado de té con limón.

En cuanto a Maruja, había sido finalmente admitida en las huestes de la cofradía a mediados de aquel año, después de una prolongada antesala causada sobre todo por su «corta edad» y por los arrestos caprichosos de post-púber que la habían incapacitado para las deliberaciones del grupo, a pesar de su insistente asedio, o quizás justamente por él. Su ingreso fue decidido en una rápida sesión dominical, esta vez en las mesas del café «Taormina», con el encendido apoyo de Alberto, quien decía no tener otra vida que la de ella, y de Carmen Luisa, quien había sido admitida pocos días antes y ahora aprovechaba para inaugurarse ejerciendo la solidaridad con su propio sexo. Fernando respaldó la propuesta, no sin atravesar por un intenso ejercicio de voluntad para resistirse a la tentación de debatir las tímidas arengas feministas de Carmen Luisa por el solo placer de hacerlo. Y el único voto salvado lo depositó, previsiblemente, Antonio, quien aún insistía en ver a su hermana menor «en una fase embrionaria de su preparación para la ceremonia».

Si Carmen Luisa aportó su especialísima versión de la «ironía intelectual», que, por otra parte, constituía la moneda de circulación más corriente en las entrañas del grupo, Marujita ofreció su espontaneidad y una «singular irradiación de paz» que hasta entonces era desconocida en las reuniones de la hermandad, y que, por ello mismo, resultó una especie de bálsamo en los agudos momentos de tensión que cada vez eran

menos infrecuentes.

Semanas más tarde, en uno de aquellos encuentros en voz baja que se volvieron costumbre después de la desgraciada noche del cumpleaños, Fernando recordaría con Carmen Luisa y Antonio esta irradiación casi auroral de Maruja que envolvía la propiedad de domar a las bestias del infierno si hubiese sido necesario.

Aquella mañana de diciembre, ella, Marujita, recién desayunada y vestida con un franelón mostaza y unos bluyines desleídos como los que se pondrían de moda quince años más tarde, los había hecho morir de risa imitando al peluquero que debía arreglar a la madre, segundos antes de repartir y recibir los besos de menú, aquí estaban tus compinches, princesita, madrugando para adelantarnos al resto del universo en el abrazo de los 18, había casi declamado Alberto, oculto a medias por el ramillete de rosas que le desbordaba los brazos.

— Tendré que decir como mis viejos, se hizo adulta y no nos dimos cuenta —bromeó Antonio luego, mirando a la hermana mientras ésta desaparecía hacia el carro con la madre.

Se habían instalado en el corredor del fondo, que limitaba al garaje y miraba hacia el patio posterior. Tomaban jugo de naranja y la conversación había girado en torno a una estrategia que les permitiera a ellos, a la cofradía, conciliar aquella noche las ventajas de disponer de un transporte independiente con el necesario apoyo logístico que con toda seguridad se iban a ver obligados a brindar a la familia en los olvidos de última hora. Sin embargo, la presencia de la cumpleañera los había obligado a salirse del tema por un instante.

—Hay alguien que sí se ha dado cuenta —anotó Fernando, para comentar las palabras de Antonio acerca de Maruja, y guiñó el ojo en dirección a Alberto, quien había salido hacia la cocina en busca del limón que siempre le agregaba a la naranja, y que Lastenia, la «omnipresente», como Antonio la había bautizado en homenaje a su dinamismo y a los incontables años que ya acumulaba trabajando para la casa, olvidaba casi de manera inevitable.

Carmen Luisa y Antonio se volvieron para medir la distancia a la que se hallaba Alberto. Aquello formaba parte de los rituales ya conocidos y, por supuesto, aceptados por la cofradía, a los que las singularidades del personaje los habían acostumbrado: la prohibición tácita, se entiende, pero inequívoca, de que el tópico de «Maruja–y–él» se tratara en público, aunque ese «público» se redujera a dos de los

miembros de la cofradía. De hecho, él apenas condescendía a conversar el tema con Fernando, y esto a solas, y casi a regañadientes.

Polito se acercó moviendo la cola: Lastenia le traía una buena vianda con su manjar favorito. Fernando extendió el brazo para masajearle el cuello y el perro se contuvo por unos segundos para agradecer la caricia, antes de correr hacia la comida, ladrando. ¿Cuántas veces, en aquel mismo corredor, frente al patio, había jugueteando con Polito, que se echaba en la alfombrilla de mimbre casi en la misma posición que ellos asumían sobre las butacas en las prolongadas tardes de domingo o en las ociosas noches de las vacaciones? Durante todos aquellos años de la secundaria, esta casa había resultado como un segundo refugio para ellos; y los Paredes, una verdadera familia adoptiva.

Como si se tratase de un evento natural que de forma inexorable debiera desplegarse en el tiempo, uno a uno los miembros de la cofradía habían ido engranando en los rituales cíclicos de la familia (la navidad, las meriendas nocturnas, el carnaval, la playa mensual, las vespertinas bailables y domésticas), hasta permitir que aquellas ceremonias inocentes les fueran ordenando la vida con lentitud, sin que ellos mismo terminaran de darse cuenta de lo que ocurría. En los últimos días, sin embargo, aunque todo en apariencia continuara igual, una turbación en forma de chispazos súbitos o de corpúsculos oscuros podía percibirse dentro de los bloques de greda blanca en que el aire había llegado a convertirse.

Antonio había hablado de desasosiego; La Sigmuncita, de «angustia flotante»; Alberto, de amenaza solapada. Lo cierto es que aquel, quisiéranlo o no, era un año especial. En agosto se graduarían. Tal vez aquella sería la última navidad que pasarían juntos. Luego, ya se sabe, la estampida: carreras distintas, universidades distintas, países distintos, tal vez.

Si había algo que desde siempre la cofradía había proscrito de sus filas, era la cursilería sin propósito. Y tal vez no hubiera peor tipo de melodrama que la nostalgia anticipada. Pero desde que se pusieron en marcha los prematuros preparativos para los actos académicos de julio (y eso había sido desde el primer día de clases, en septiembre) todos empezaron a sentir que la inminencia de la separación impregnaría de allí en adelante, aunque fuese de manera aún vaga, cada palabra y cada gesto que una ficha del equipo tuviera a bien dirigirle a otra.

El autodenominado «escuadrón femenino», compuesto apenas por Carmen Luisa y Maruja, no había conocido los lejanos tiempos de la época dorada más que de referencia, a través de las anécdotas, siempre ennoblecidas y sesgadas por la memoria. Cuando ingresaron, el grupo ya era víctima de ese toque de desasosiego que si bien no

era permanente (circunstancia que, por otra parte, hubiese resultado a todas luces insoportable), se había vuelto de día en día más frecuente, al punto de suscitar comentarios sarcásticos entre sus miembros, quienes bromeaban con la idea de transformarlo, por la vía que iban, en una secta de «plañideras trasnochadas», como alguna vez advirtiera Antonio. Tales válvulas de escape, se habían transformado para entonces en una sección habitual del paisaje. De modo que ya nadie se sorprendía de ver a cualquier cofrade desdoblado en víctima súbita de la peste de la nostalgia: cabizbajo, hundido en un vórtice de melancolía, lamentando aquella suerte de cataclismo que se abatiría sobre sus vidas y que, aun sin conocer su rostro, la pequeña sociedad secreta había bautizado con el emblemático nombre de «diáspora»: la graduación.

Esto le había acontecido hasta al propio Alberto, quien de manera habitual condescendía al mal humor, a la ira o incluso al delirio trágico, pero jamás a la depresión. Así, lo novedad que aquella vespertina melancólica aportaba no residía en la silueta del abatimiento, sino en su carácter contagioso que le permitió infectar a todo el grupo una vez que hizo su aparición en algún momento de la mañana.

¿Había sido Carmen Luisa la primera en confesar su contaminación por arte de esta epidemia?

En todo caso su pesadilla de aquella madrugada quedaría para siempre en la memoria de los cofrades casi con las mismas inocentes imágenes que ella utilizó para narrarla frente a la humeante taza de café con leche que Lastenia terminaba de colocar sobre la mesita de ratán (y que, por una de esas sincronías macabras del inconsciente a las que era tan aficionada, ella volvería a soñar, punto por punto, muchos años más tarde, en la víspera de la muerte del niño).

-¿Desde dónde soplaba el huracán? Sin duda desde las entrañas del enorme globo negro que flotaba en la línea del horizonte, sobre el mar, y al que yo no dudaba en identificar con el sol, a pesar del insoportable terror que me causaba la sola idea de que el sol, apagado, hubiese terminado por transformarse en una esfera oscura y helada— —dijo en algún momento, aquella mañana, mientras envolvía la taza de café en los pliegues de la boina que iba y venía entre sus manos.

Alberto ya había regresado, y ahora se encontraban los tres, a solas, escuchando el relato de Carmen Luisa.

— Cuéntalo de nuevo, muñeca, Alberto no oyó el comienzo —dijo Fernando, que aún requería tiempo para digerir algunas imágenes de la primera parte. ¿Quién era yo en aquel momento? ¿Quién tú? ¿Hubiéramos podido detenernos entonces, todavía?, se

preguntaría doce años después.

Polito ya había terminado su ración de la mañana y ahora olisqueaba el pantalón de Antonio. El aire estaba fresco y se veía un cielo elevado, color añil, contra el cual se recortaba la bandada de pericos que ahora emprendían vuelo desde la espesura de los limoneros, rasgando el silencio del jardín.

— ¿Qué creen que signifique el sol negro? —preguntó Carmen Luisa, como si no hubiese prestado atención a la invitación de Fernando y se estuviese interrogando a sí misma.

Fernando sonrió y recorrió con una mirada cómplice al grupo, que ya estaba acostumbrado a estas escapadas imaginarias de La Sigmuncita, luego se puso de pie, se calzó el sombrero de cogollo que a veces el coronel Paredes usaba en las labores de jardinería y, con ademanes de saltimbanqui en trance de anunciar un espectáculo, comenzó a girar en torno a la audiencia, presentando, damas y caballeros a esta, a aquella sin par «madame siempre despierta», que les leería con el auxilio de su impresionante «bola negra», todas las pequeñas minucias del horrible itinerario que les depararía el destino. Fue menester, sin embargo, que Antonio y Alberto estallaran en aplausos y vivas para que Carmen Luisa emergiera finalmente de su letargo reflexivo.

— Alberto quiere oír la historia desde el comienzo, pitonisa —bromeó Fernando, despeinándole la pollina.

— Ahí está la primera dificultad —pontificó Carmen Luisa—. Creo recordar dos comienzos...

— Muy bien, empieza por el primero que recordaste —dijo Antonio: si uno condescendía a las trampas de La Sigmuncita podía invertir el resto de la vida tratando de salir.

Carmen Luisa cruzó las piernas a la manera india sobre la butaca, se ajustó la boina cuyo color azabache parecía contrastar más que nunca con el matiz acastañado del cabello y sorbió el último trago del café. A El Llanero le lució encantadora en aquella coquetería estudiada y que ella, no obstante, hacía parecer tan natural. La Sigmuncita lo miró a los ojos y le lanzó un beso voladito porque se había sentido deseada.

— Estoy en un pueblecito de la costa donde hay una larga playa de arena color ladrillo y un malecón de almendrones, palmeras y uvas de playa. Sopla una brisa suave y cálida que me hace sentir bien a pesar de que estoy sola. Miro hacia el malecón y distingo a un señor de unos 65 años, vestido con traje gris perla, camisa

blanca y corbata negra. Lleva de la mano a una niña de unos cinco años, muy linda, arreglada como para asistir a una fiesta, que mece entre los brazos a una muñeca grande, rubia, bizca y de ojos azules...

— ¡Una muñeca bizca! ¡La hija perdida de Sartre! —exclamó Antonio, soltando la carcajada: la pandilla conocía la pasión desenfadada que Carmen Luisa le profesaba al filósofo, sólo equiparable a la adhesión incondicional que le rendía al hechicero vienés.

En otras circunstancias, La Sigmuncita hubiera arrojado al menos un cojín a la cabeza del irreverente, pero el humor en que se hallaba en aquel momento se lo impidió. En vez de eso, y para sorpresa de todos, se encogió de hombros:

—Algo de eso puede haber —dijo, y continuó con el relato—. Recuerdo que me impresionó el hecho de poder percibir aquel detalle aun estando a una distancia tan considerable. Pero el hombre y la niña no iban a ninguna fiesta, al parecer sólo deseaban pasear por el malecón y a lo largo de la playa, sobre la arena. La niña se vuelve desde lejos, me sonrío y ondea el brazo para decirme adiós. Siento que no se trata de un saludo sino de una despedida. ¿Por qué una despedida?, pienso: el camino que siguen no los lleva a ninguna parte, por fuerza tendrán que regresar. Voy a esperarlos, decido. Pero el tiempo transcurre y no regresan. Comienzo a preocuparme. Cae la noche y de pronto me invade la certeza absoluta de que algo trágico debe haberles impedido el regreso. Escucho un rugido sordo y un feroz huracán comienza a soplar sobre mí. ¿De dónde procede? Sin duda de las entrañas del enorme globo negro que flota en la línea del horizonte, sobre el mar, y al que yo no vacilo en identificar con el sol, a pesar del insoportable terror que me causa la sola idea de que el sol, apagado, haya terminado por transformarse en una esfera oscura y helada. Me desespero. Corro a avisarles a todos: los vecinos, la policía. Nadie conoce al hombre ni a la niña. Al comienzo me escuchan con suspicacia, pero terminan por creerme y, con antorchas y luces, me acompañan en la búsqueda a lo largo de la playa oscura. Sin embargo, aunque no me lo confiese, abrigo la íntima convicción de que la búsqueda es inútil. Algo fatal y definitivo ha ocurrido con ellos. De pronto, el cielo se llena de estrellas que se mueven en espiral y de signos llameantes: la playa es deslumbrada por una luz porosa y entonces distingo, en la sombra de la arena, la muñeca destrozada, aunque reconocible todavía, arrojada entre las algas por la fuerza del oleaje.

Me desperté llorando, bañada en sudor.

Nadie se atrevió a formular un solo comentario.

—¿Por quién llorabas? ¿Quién muere? —, preguntó Fernando, por fin—. Por allí

tendríamos que comenzar.

Era el ping-pong de la interpretación simbólica, que para ellos (o para casi todos ellos: Alberto siempre experimentaba aprensión cuando comenzaba el raqueteo, aunque no lo demostrara), a pesar de la seriedad con que lo encaraban, no superaba por lo regular los niveles de una partida de ajedrez.

— Muere el hombre maduro, sin duda. Y muere, sobre todo la niña —dijo Antonio—. Creo que La Sigmuncita llora por la niña.

— No me digas así, tarado —amenazó Carmen Luisa, aunque se rió—. También muere la muñeca.

— La niña de la muñeca eres tú, por supuesto —opinó Antonio—. Creo que llorabas tu propia muerte.

—Objeción. Esa es sólo una posibilidad —pontificó Fernando—. Puede que ella lamente la muerte de la niña que ella misma fue tiempo atrás y que ya no es. En cuanto al padre real, sabemos que está en México —y aquí bajó la voz y peinó con una mirada rápida el corredor y la puerta de la cocina—. Hay mar entre ella y el padre real. De esta manera, nadie moriría en el sueño.

Carmen Luisa sonrió con simpatía:

— Me gusta esa versión sin sangre... Pero hay muchos cabos sueltos: por ejemplo el mar. El hombre y la niña penetran en el agua... yo veo allí, a través de una ranura, una especie de ceremonia, ¿no?

Y entonces volvemos a la nostalgia, julio y la diáspora —dijo Peraloca, y se dirigió hacia el acuario donde el flamante goldfish que Marujita había adquirido el sábado anterior, ejecutabas extrañas sacudidas en la superficie: —...Creo que Jack enloqueció.

— Cada vez que Antonio mete una de sus fanfarronadas, siento ganas de vomitar, te lo juro- le susurró Alberto a Fernando.

— ¿Jack? Creí que Maruja lo había bautizado James, por Dean —dijo Carmen Luisa.

— Le cambiamos el nombre desde ayer. Mató a Dostoievski a dentellada limpia... ¿no lo sabías? —aclaró Antonio.

— A ¿Dostoievski? ¡No puedo creerlo! —gritó Carmen Luisa, dando un salto hacia el

acuario: aquel pez había sido su favorito—. ¡Un goldfish comiéndose a otro! ¡Ese animal debe estar loco!

— Te lo presento: Jack... el destripador —insistió Peraloca.

— Eureka: ahí tienes todas las incógnitas al descubierto: el agua, la muerte, el cambio. Enigma resuelto, muñeca —dictaminó Fernando, enfatizando su declaración con un ademán de brazo extendido.

— Objeción. La Sigmuncita ignoraba la muerte de Dostoievski —dijo Antonio, para continuar con el chiste mientras recibía un pellizco de Carmen Luisa, te lo había advertido, taradillo.

Un sueño premonitorio, un sueño junguiano —celebró Carmen Luisa y se puso en sintonía con el viraje de El Llanero. Primer sueño junguiano que tengo. Anota la fecha, Watson —le ordenó a Antonio.

— Hay que dejar testimonio de todas las tragedias que nos ocurran entre hoy y mañana, tal vez el poder del vaticinio no ha terminado —dijo Fernando.

Una risa anunció la llegada de Marujita, que en ese momento asomaba por la cancela del garaje, en pose de bufonesa en trance de anunciar al pueblo la inminencia del espectáculo decretado por edicto real.

—La primera tragedia la van a experimentar esta noche en Costa Azul. Torturadores invitados: Chucho Sanoja y los Night Dogs... los chillidos de la pelea simbólica se oyen desde la calle, queridos —cantó más que dijo.

Alberto, que había permanecido callado durante la discusión fingiendo consultar un texto de química, dio señales de vida.

—Se lo dije: no me gustan nada estas adivinanzas macabras —y se levantó a recibir a la recién llegada con un beso—. Desde hace más de una hora estos oficiantes del infierno no tienen otro tema que muerte y tragedias, muñeca. Ojalá que tu aparición les bombee un poco de oxígeno puro, de lo contrario no imagino cómo se podrá respirar en esta cueva dentro de cinco minutos. Te lo juro.

Maruja lucía radiante aquella mañana. No era sólo la blusa verde hoja que le casaba tan bien con los ojos, era la felicidad en sustancia que fluía de ella y que sin embargo resultaba imposible atribuirla a un rasgo o a un detalle en particular: no había otra forma de verlo, pensó Alberto. Se lo dijo en susurro para que sólo ella lo escuchara, pero los otros terminaron por oírlo también o por adivinarlo. En todo caso, estuvieron

de acuerdo: hasta Antonio, tan comedido en las demostraciones de afecto hacia la hermana, la alzó por la cintura y le dio una vuelta de círculo completo antes de depositarla en el piso y sellarle la mejilla con un par de besos sonoros.

— ¿Quién va a deprimirse con una diosesita así? —dijo, por fin—. Esta noche va a recibir flores hasta de Polito... para no hablar de lo invitados, ¿cuántos son, tres mil? —bromeó.

Polito, que se había unido a la invocación, cabrioleaba entre las piernas del amo, ladrando.

— Polito tiene licencia. Los invitados, incluso, tienen licencia —dijo Alberto—. No así otros chupamedias que conocemos.

Todos entendieron. Desde que El Colorado Febres había llamado para enviarle aquel mensaje malaleche a Maruja, Alberto no hacía otra cosa que imaginar horrorosas estrategias defensivas y minuciosas venganzas. Maruja miró a Carmen Luisa, a Antonio y a Fernando, que se encogieron de hombros en ademán de impotencia: Tú lo conocías, muñeca.

— A los chupamedias o lo que sea hay que olvidarlos, mi amor —dijo de todas maneras, mimosa, acariciándole la mejilla.

Alberto pareció amansarse y aceptó el té al que Maruja lo invitaba. Antonio corrió a su habitación por el ejemplar de *On the road* que un amigo de infancia le había enviado desde Los Angeles. El autor era un desconocido, pero el libro hacía furor en el norte, sobre todo entre los jóvenes. Con Fernando, había sellado el pacto de traducirlo a cuatro manos, Cuyás mediante, para el resto del grupo, que ardía por leerlo.

—Tiene desparpajo y humor. Por lo que he podido ver, un francotirador —dijo, ofreciéndole el libro a Fernando, quien lo olió largamente y lo desplegó sobre sus piernas. Carmen Luisa se le sentó al lado, en el descansabrazos, para husmear por encima del hombro— ...Pero un francotirador que celebra la vida. Un aventurero itinerante.

—Lo que siempre hemos deseado ser. Lo que tal vez nunca lograremos ser —sentenció Fernando, y se arrepintió aun antes de finalizar la frase: ni modo, a veces la cursilería era inevitable.

Antonio y Carmen Luisa se miraron, ¿qué mosca le había picado a éste?

-¿No te asombres. Está leyendo «Los cien aforismos más populares de todos los tiempos». En su versión empastada, por supuesto, bromeó La Sigmuncita, al tiempo que le guiñaba el ojo a Antonio.

Diez años después, en plena crisis, le reprocharía a Fernando su «exasperante inmovilidad», recordándole con dolor su frase de esta remota mañana: «la vida puede ser una mierda, pero hay que olerla completa, querido, tú, por lo que se ve, prefieres valerte del pañuelo para evadir la pestilencia», le dirá, musitando casi para evitar que el niño despierte.

— Bien: una cosa es olfatearla; otra, hundirse y chapotear en ella —responderá Fernando: había que tomarlo a broma.

— ¿Chapotear en dónde? ¿Te volviste loco, mi cielo? —preguntó Carmen Luisa, diez años antes —¿dice allí algo de chapotear?— e intentó arrebatarse el libro de Kerouac.

— Estoy por creer que Alberto está a punto de lograrlo: su delirio nos va a desquiciar a todos —dijo Antonio, quien no comprendía nada.

Acompañó hasta la salida a El Llanero y a La Sigmuncita que debían hacer algunas diligencias antes del almuerzo.

— ¿Ustedes creen que El Colorado sea, de verdad, capaz de colarse en la fiesta y hacer una de las suyas? —preguntó Carmen Luisa, aunque ella misma hubiera descartado varias veces esa posibilidad, por ridícula.

— Capaz de intentarlo, puede ser. Lograrlo ya es otra cosa. Papá ha estado tomando medidas para evitar que ocurra: conoce las mañas de ese saco de bosta —dijo Antonio —. En todo caso, a mí todo el jaleo me tiene absolutamente sin cuidado.

3

Maruja tomó la lengüeta de palma, marcó la página y se volvió hacia el velador para colocar el libro y beber un sorbo de la limonada de té. Había tenido una tarde agitada y ahora sólo deseaba ahuecarse con ella misma en la almohada a leer y a dejarse calar por aquellos gruñidos pastosos y melancólicos a los que sólo la respiración de Armstrong lograba descender. Sin embargo, un molesto escozor en los ojos le impedía

sostener la lectura y la obligaba a cerrar con fuerza los párpados para provocar el alivio de la humedad mientras echaba la cabeza hacia atrás y reposaba la nuca contra el espaldar de la cama. Una voz, que hablaba «desde algún lugar del pecho», como le había pronosticado Alberto, le dictaba palabra a palabra la última frase que retenía del texto, y resonaba una y otra vez dentro, volviéndose más grave a medida que regresaba hasta cambiarse en un susurro oscuro que le hormigueaba en el borde de la oreja mientras se refundía con los quejidos ininteligibles de Armstrong.

Ese era exactamente el juego sensorial que Alberto intentara enseñarle y que ahora había logrado dominar prácticamente sin empeño, quizás por la simple razón de que se había confiado a la espontaneidad sin esforzarse en lograrlo. Eran palabras duras las que retenía de la página y sin embargo les había permitido que la sedujeran al punto de conducirla por esta pendiente sensual, sinuosa, por la que se sentía deslizarse hacia la música. Esto sólo era posible gracias a las sílabas convencionales pero sin significado alguno que Satchmo gustaba de emplear en sus improvisaciones, colocando sus cuerdas vocales en el rol mismo de los instrumentos de viento. Una aspereza contra otra. Una aspereza frotándose sobre otra. Y de la fricción saltaba no una chispa de pedernal sino un calor creciente y dulce que no conocía. ¿Cuántas veces en los últimos meses se había repetido aquella frase para macerarse a sí misma con la certeza de que, en verdad, todo lo que estaba viviendo —y empleaba este verbo por costumbre, aunque sospechara que fallaba en profundidad— se revestía de súbito con la asombrosa resonancia de una revelación?

Desde que aceptara la proximidad de Alberto, conociera a Carmen Luisa y fuera afiliada a aquella loca hermandad de los cofrades que ella había estado observando desde la periferia, protegida por un burladero de sonrojos y de risas nerviosas que no alcanzaban a ocultar el deseo de pertenecer a ella, ni el temor de pertenecer a ella, ni la ira de no pertenecer a ella, al mismo tiempo, su día a día transcurría de una fascinación en otra. El estupor se había convertido en una costumbre que verificaba cotidianamente sus expectativas de antes, y que, no obstante, mantenía intacta su capacidad de choque. Se llevaba la mano al centro del pecho para asordinar el desbocado golpeteo de aquella máquina que de un tiempo a esta parte comenzara a parecerse menos a un músculo rítmico y confiable que a una turbina desacompasada, y se balbuceaba que era feliz.

No era la primera vez que lo admitía, era cierto, pero también era cierto que poco o nada tenía que ver este estallido que la desplegaba en una dimensión lejana e incandescente al tiempo que la replegaba hacia adentro hasta hacerla lamer su propio, desconocido fondo, con aquella otra dicha pueril, quizás, y, por tanto, vacía, que había experimentado en otras circunstancias y en otros tiempos: la infancia, la quisquillosa pubertad, los comienzos de la adolescencia. Y, curiosamente, no se trataba de que

hubiera llegado a transformarse en otra; por el contrario, tenía la clara impresión de que sólo ahora había alcanzado a ser ella misma, una «ella misma» que permaneciera reabsorbida en capullo dentro de la otra —como las muñecas rusas con las que jugara en su infancia—, de cuya existencia siempre había sospechado pero de la cual ignoraba el momento y el mecanismo sutil que tarde o temprano, pero con toda fatalidad, le permitirían revelarse.

No deploraba la niña que había sido, ni, por supuesto, se avergonzaba a destiempo de ella, aunque oportunidades y motivos no le hubiesen faltado, si atendía a la espesa red de comentarios que los compinches del grupo habían urdido con alevosía, almibaradas de chistes al paso, en los tiempos que ellos mismos habían bautizado con el imposible nombre de «la metamorfosis».

De aquella conspiración no se salvó nadie.

Ni Alberto, que contaminado por la peste del amor incurrió, ¡ay!, en el símil de la crisálida y la mariposa (lo que, previsiblemente, acarreó el abucheo plenario por parte del grupo, que de inmediato lo acusó de transgredir el artículo 5 —¿o quizás 15?— del acta constitutiva de la liga, donde se prohibía sin atenuantes la cursilería entre los agremiados). Ni Antonio, quien, haciendo honor a su condición de hermano mayor, practicó un ácido comentario que involucraba a Gregorio Samsa, a la polémica sobre el tipo de insecto en el que se habría transfigurado Gregorio Samsa, y a las repercusiones que aquella mutación tendrían sobre la «sufrida» familia de la caprichosa alimaña, mientras se retorció de las carcajadas bajo la mirada poco amistosa de la audiencia. Ni Fernando, quien, en un «alarde de sobriedad», como tuvo la precaución de anunciar, se limitó a recordar las fases lunares y los sabios ciclos de la naturaleza.

Un brusco corte de la modulación de Satchmo la obligó a abrir los párpados. Sin duda se trataba del repetido problema del enchufe que, al rozar contra la madera de la cama, perdía el contacto. Se arqueó para deslizarse bajo el borde y, estirando el brazo, ajustó el cable. Terminó el té con limón, rescató el libro y descolgó el teléfono. Antes de retomar la lectura se volvió una vez más para verificar la posición del aparato y no pudo contener el impulso de dejarse descansar hacia atrás sobre el almohadón y sonreír en la semipenumbra: la lengüeta de palma que sobresalía entre las páginas del libro y la bocina descolgada eran dos indicios gemelos de su nueva identidad. El marcador, un delicado ejemplo de artesanía caribeña que podía también servir como llavero, había sido un regalo de Alberto —terrenal, crudo, marítimo, como él, se decía— que ahora ella hacía circular de libro en libro, como un amuleto simbólico que resumía aquella «peste de la cofradía» por la que se había dejado contaminar: la enfermiza pasión por la página. El grupo estaba alarmado: «desde que ingresó, come

más papel que el resto de los miembros sumados», declaraba La Sigmuncita, haciendo girar su boina en el dedo índice, «nunca había visto un caso tan grave». Era cierto: estaba literalmente saqueando los anaqueles de los amigos. Dedicaba todo el tiempo libre a la lectura y, sin embargo, experimentaba la asfixiante sensación de que las noches de la vida no iban a alcanzarle para matar aquella voracidad.

Y dentro del mismo arrebató, el brazo descolgado del teléfono era la imagen recíproca. Su cambio de lazos. Su rotación de afectos. Una «poda de rostros», como la habían llamado en la cofradía, que ahora, al lado de Carmen Luisa y el círculo, le parecían poco menos que títeres huecos. Estaba segura de que, colgado, el aparato no iba a dejar de sonar. ¿Por qué había transigido con la celebración de aquella fiesta cuyos preparativos la aburrían y de la que no se podía sentir más ajena? Inercia. Había dejado que los padres se involucraran en el proyecto por el mero cansancio de oponérselos, y cuando vino a darse cuenta del trajín era ya demasiado tarde para desmontar los planes, que, por añadidura, terminaron por resultar tan desmedidos que le provocaron vergüenza.

Lo que meses atrás la hubiera quizás entusiasmado, ahora la intimidaba. Acarició, incluso, la idea de persuadir a doña Hortensia y al coronel para que desistieran. Carmen Luisa la tranquilizó recordándole que, para los padres, ya se sabía, Princesa, los hijos siempre eran niños. Alberto le aconsejó que los dejara hacer; y Antonio y Fernando decretaron que había que tomárselo por la buena y acoplarse al jolgorio hasta donde se pudiera: «un viaje en el tiempo hacia las rosadas tortas de la adolescencia que termina», pantomimeó El Llanero. Y buenos, ¿por qué no mirarlo así, como una especie de despedida, un «rite de passage», en la jerga franchute de Peraloca? Optó por esto, y desde que optó por esto se sintió súbitamente más sosegada. Sin embargo, ahora que se hallaba casi en la víspera del convite, hubiera dado cualquier cosa por el encantamiento de un hechizo repentino que la librara de aquella vorágine inminente y la colocara en el amanecer siguiente a la aburrida fecha.

Pensó en la infancia como en un territorio remoto por el que alguna vez había paseado, fugaz y distraída, y pensó en el lenguaje nuevo con el que ahora le hablaba su cuerpo... y pensó en Alberto, sin cuya proximidad aquel lenguaje hubiese sido imposible. Había sido un conocimiento progresivo, mutuo, sostenido por un arco que participaba por igual del deseo y la ternura. Ahora estaba segura de que podía penetrar en el prodigio de permitirle que la hiciera mujer: que ella llegara a ella a través de él. Habían hablado de ello, brevísimamente, un día antes: él le había susurrado y ella, en lugar de bajar la mirada, se había sorprendido en el gesto de cerrar los ojos y alzar la cara, para que él la tomara entre sus manos y le mordisqueara los labios. «La semana próxima», acordaron, balbuceando la fecha casi al unísono. «Cuando pase toda esta agitación de la fiesta», murmuró ella.

Ahora, la reconstrucción de aquel encuentro la había hecho ponerse de pie de un salto y detenerse frente al espejo del clóset. Se quitó la blusa y los pantalones y deshizo el nudo con que la cinta le sostenía el cabello. Se despojó de la ropa interior y caminó hacia el espejo hasta casi tocar su imagen. Había perdido la cuenta de las veces que practicara aquel ritual en los últimos meses: se desnudaba por completo y se exploraba una y otra vez hasta que una llama sorda, dentro, la derribaba sobre la alfombra, en las sábanas, contra el agua de la bañera, en un arrebató extático que la aturdiría, imantándola, hasta llevarla al límite del desvanecimiento.

En verdad, era una ceremonia antigua que, si bien con mucho menor frecuencia y delirio, ella había practicado desde los ingratos días de la primera menstruación. La diferencia era que ya no requería de la culpa y de la expiación para sentirse bien, ahora se limitaba a disfrutarlo.

Recordaba casi sin recordar el ambiguo temblor de los doce años: una mezcla inquietante de curiosidad, de deseo y de miedo, que la aplastaba contra sí misma, paralizada por el conflicto injusto de descubrir el magma blanco que burbujeaba en algún lugar de su vientre y la aspiración de salir al mismo tiempo librada de la eternidad macerada en azufre, fuego y torturas con que la amenazaban las palabras que bajaban del púlpito. Sentía la muerte cernirse sobre ella como una maldición inminente, así que cuando, hundida en la bañera, su mano se deslizaba al entremuslos y ella se estremecía sin querer, la imagen del padre Martín, el confesor, negándole la absolución a través del cristal de la urna sonaba como un relámpago plateado y sordo que transformaba el agua en caldo de aceite y azufre hirviente y la obligaba a frotarse con el catafalco, quiero decir la esponja, haciéndose daño hasta purificarse.

Sonrió para ella: eran otros días. No es que ahora descreyera pero... ¿dudaba quizás? En todo caso, en lo que a su cuerpo se refería, poco le importaba que hubiesen sido las epístolas de Pablo de Tarso o los delirios medievales quienes crearan la siniestra obsesión de la impureza. De un modo natural, sus fantasías habían ganado tanto en complejidad que a veces debía abofetearse con fuerza para salir del estupor en el que la sumía el desvarío.

Miró la pared repintada. Recortado entre la persiana y el borde de la ventana, un retazo de cielo violeta comenzaba a mancharse de negro. Se había echado, desnuda, sobre los cojines de tafetán que cubrían el rincón de la alfombra como una ruma de papelillo picado y ahora rozaba levísimamente con sus dedos la punta del pezón matiz pardillo: la boca de Alberto, todavía en un rostro evanescente, le recorrió el cuello, lamiéndome, dándole pequeños besos, humedeciéndome, antes de rodar por la rampa de la clavícula y la delicada pendiente del seno hasta la areola.

Experimentó un estremecimiento envuelto en una ráfaga de aire helado que le cortó la respiración y la despeinó. Miró hacia la cortina, pero la ventana estaba cerrada. ¿De dónde provenía aquella presencia intangible que la erizaba, anillándola en una elipse magnética? ¿Por cuánto tiempo se prolongaría aquella desazón que crecía desde la propia médula del vientre, silbando como una zaranda loca? Así, Alberto, así, mi amor, bajó los dedos rozando apenas las encrespaciones del pubis y luego los dejó rodar hasta el vértice elevado, hasta la breve sobrecubierta, mientras Alberto escarlata, que en un principio se había mostrado tierno y dulce, aplicando acá y allá la lengua con vibración de punta, succionando pliegues y besando, comenzaba a desembridarse; te la comieras, susurró ella, todo aquello era tuyo, la volvieras polvillo y la lamieras; mientras Alberto escarlata se entregaba a mordisquear primero como un ratón enano y, luego, a asestar francos lengüetazos y colmilladas en el vientre, en las rodillas, en los muslos, al tiempo que la tumbaba sobre la alfombra, la amarraba con cabestros encerados, asegurándola a la pata de la cama y a los travesaños de la ventana con lazos dobles, de manera que las piernas quedaran alzadas y el centro en ofrenda; ibas a ver, esclava, dijo entonces Alberto morado, saliendo del baño con una cadena de acero trabajada en alambre de púas que siseaba en el aire con cada ademán de lazo, mientras Alberto escarlata, que no había cedido un ápice de terreno, le clavaba las muelas, la sacudía y la endulzaba con saliva un momento antes de penetrarla, un momento antes de que ella, desesperada, lobezna hambrienta, escuchara los gritos de combate de una docena de Albertos negros que la volteaban y la colocaban sobre codos y rodillas, en la sexta posición del Jardín perfumado de Nefzawi, que precisamente Alberto blanco le había regalado, y la forzaban por detrás, penetrándola, primero a fondo en el jugoso yoni y luego en el pequeño ariete de jade, marcándole la espalda con la «mordida del verraco» del Kama Sutra y arañándola en los bordes, sobre las costillas, según el estilo de «pisada de pavo real», mientras relinchaban sobre ella, en éxtasis, y le estrujaban la gruesa barba contra la nuca.

Cuando se recuperó, tendida sobre la alfombra, cruzada por gotas que le recorrían largamente la espalda y el torso, sintió un calor helado que la hizo flotar entre enjambres de constelaciones espesas que aparecían de la nada y se licuaban, lentas, hasta reabsorberse en el silencio negro de donde provenían. Tenía la garganta seca, pero el regusto del placer aún la envolvía en humedad.

Se tocó laxa y relajada. Armstrong ya no emitía sus gruesos bramidos desde el tocadiscos y un silencio leve se detenía en el aire. Oyó la voz de Lastenia que llamaba a Polito, y lo conminaba para la cena con dos largos silbidos que al final enflaquecían en un registro agudísimo. Un segundo después, Polito respondía con ladridos: con seguridad agitaría la cola, alborozado, y correría a buscar el plato en un recodo del lavandero.

Una rebanada de luz destelló contra el reborde brillante del portarretratos en la esquina de la cómoda. Era una foto que doña Hortensia se había empeñado en colocar allí tiempo atrás, y que ella, por el peso de la costumbre, había ido dejando sin darse cuenta. La escena, algo fuera de foco, mostraba a la madre sonriendo al lado del trofeo de la exposición de orquídeas, que tres años antes había merecido, justo por el cultivo de aquellas Cattleyas Labiatas de color rosa brillante y esmeriladas de manchas malva que ocupaban el costado opuesto de la escena.

Y al lado, y ligeramente detrás, otra foto la mostraba a ella: vestida para una fiesta, está sentada en una silla de mimbre, con un mal disimulado mohín de disgusto que le tensa la boca mientras intenta sonreír hacia la cámara. Era ese mohín el que había hecho famosa a la foto, aunque ella recordara el día por razones diferentes. Tendría once o doce años para entonces y aquella tarde, gracias a la temeridad de un catire pecoso de pollina rubia con quien nunca más volvió a tropezarse en su vida, la habían besado por primera vez.

Sonrió a solas viendo de nuevo al proyecto de galán que la había empapado de saliva y coca cola mientras intentaba tocarle los senos, dos protuberancias que apenas comenzaban a despuntar bajo la cota de seda, y convencerla de que no dijera nada, de que fueras buena, ¿no sabías que lo tenías loco?, trastabillando al ritmo de los últimos compases de «No te puedo querer», estrechándola a ella, deslizándose contra la butaca imperio en saloncito remoto y solo, fueras buena y te quedaras allí con él, te dejaras, me dejara yo, mientras los demás coreaban el cumpleaños feliz alrededor de la torta (rosas de repostería en arco iris, doce velitas, confitería, perlas de dulce, un payaso de hojuelas a un lado, y el nombre de la anfitriona en rosado, al centro, con la letra final trazando un corazón de crema de fresas), y ella, con sahumero de mandarinas y de colonia para bebé, intentando zafarse de aquella manita perversa que tanteaba a ciegas entre sus botones, y ella sin sostén, apenas recubierta la areola sonrosada por aquel frágil corselete de algodón que Sor Teresina le había aconsejado a la madre comprar y al que no terminaba de acostumbrarse porque no era ni una cosa ni la otra. Así que por un lado el cortejador en ciernes (más alto, más pesado que ella) intentaba besarla forcejeando, clavándole la cabeza con el brazo contra el espaldar de la butaca y montándole la rodilla sobre las piernas para apresarle los muslos, y por el otro ella apretaba los labios mordiéndose hacia adentro, y, sondeando un último resto de fuerza, se apoyaba contra la pared posterior, contra el perfil pompeyano del espaldar y derribaba la butaca imperio, en un mismo movimiento coreográfico junto a floreros de Bohemia y catiritos y artesanías guajiras y Marujas muslos abiertos y ceniceros y otras fruslerías menores que se estrellaron contra el granito pulido, convocando de inmediato a la nutrida, burlona recua de invitados.

Se levantó de la alfombra, se envolvió en el paño de volutas naranja y regresó a la cama. ¿Llamaría a Alberto? Esperaba que aquella tonta amenaza del idiota de Febres, que había logrado sacarlo de sus casillas, ya estuviera olvidada. Sin embargo, ella había quedado inquieta al despedirse de él a mediodía. No sabía cómo llamar a aquel pacto de apoyo recíproco que sin necesidad de regateos se había establecido de modo tácito entre Alberto y ella desde el comienzo mismo de la relación. Alberto, que llenaba a cabalidad los renglones del osado, del recio, del sagaz, podía ser visto desde afuera por un observador desprevenido como el que, de los dos, guarecía y tutelaba; sólo ella, y los ojos cercanos y curiosos de los cofrades, sabían hasta qué punto aquella dependencia era, en verdad, mutua, y cuánto requería Alberto de su apoyo para enfrentar sin requebrajarse una infinidad de circunstancias, algunas de las cuales resultaban francamente anodinas.

Y sin embargo, al lado de estos desatinos, abundaban los episodios en los que era capaz de suministrar una solución súbita donde nadie la viera, o de aportar un buen caudal de sacrificio personal a fin de evitar una desgracia colectiva, estuviese o no involucrado en ella. No se entregaba a la sonrisa fácil, lo que había suscitado un concurso —solapado— dentro del grupo, propiciado por el ácido de Peraloca, con laureles para los creadores de chistes que disparan una carcajada en Alberto. Y bien, había sido esta actitud a contrapelo, como la de un noble gigantón que agrandara los ojos estupefacto ante el mundo de todos los días, lo que la sacudiera a ella, desde el inicio, con un golpe seco de fascinación.

Estaba hechizada por él, y lo sabía y se lo permitía. Incluso, para ser más específicos, estaba hechizada por aquella debilidad sorpresiva y dulce, dentro de tanta fortaleza física, que a veces le provocaba incontrolables arrebatos de ternura. Apenas algunas inesperadas rendijas de temor, en ocasiones, la hacían perder pie por momentos hasta dejarse sustraer del sosiego. Entonces dudaba, no de ella, por supuesto, sino de él. Y no de él en relación con ella, sino con él mismo, que podía ver amenazas donde no existían o sentirse víctima de una venganza que no había provocado o involucrarse en una práctica que, aunque laica, conservaba toda la profundidad de la ascesis religiosa.

Era así: no se parecía a nadie que ella conociera, y consideraba esta singularidad — con razón o sin ella: en estas cosas la razón podía ser desdeñada— como una especie de garantía del vínculo que la unía a él.

Por esto mismo, cuando el tarado de Febres, desairado una y otra vez por ella, había incurrido en aquella idiotez infantil de amenazarla con provocar un escándalo en la reunión de cumpleaños, lo que experimentó fue una agria mezcla de asco y de burla por la ridícula pretensión de aquel payaso sobreactuado en el que ella jamás se fijaría. Su opinión era la de ignorarlo, no sólo porque el hecho de que se desmandara o no en

pleno cotillón la tenía sin cuidado, como el cotillón mismo, sino porque toda la provocación, adobada con mensajes ocultos de la más rancia cursilería (detalle que había querido ahorrarse a Alberto, sin conseguirlo) le parecía una mera fanfarronada del sin oficio.

Para no mencionar el hecho de que el propio Colorado ya no parecía ser el que había sido en épocas de mayor esplendor para su propia banda de desafortunados. El clan coincidía con ella en su apreciación, no así, por desgracia, Alberto, quien había recibido el desplante de Febres como un desafío. Lo que para él significaba exactamente eso: algo que no era capaz de soportar pasivamente y que, por añadidura, constituía un reto personal. El que, desde el mismo malhadado momento en que supiera del desplante de El Colorado, se hubiese entregado a la tarea de tramar minuciosas y terribles alternativas de disuasión y de venganza, según fuese el caso, no la sorprendía, pero la deprimía.

Él parecía disfrutar hasta el exceso aquel proceso de creación de estrategias que rozaban las artes marciales tanto como el pleito de orilla, y se solazaba relatándoselas. Ella, al comienzo, lo siguió casi como un juego, un divertimento al que nunca hubiera llegado por impulso propio, pero que, tratándose de él (que en esto exhibía un talento de artista, para no mencionar el placer y la diversión) no dudaba en compartir. Poco a poco, sin embargo, y en igual medida en que él deslizaba la fantasía de lo juguetón a lo siniestro, ella fue sustituyendo la sonrisa cómplice por la duda y finalmente por el temor.

Se hallaba al borde mismo de la crisis de nervios, y tal vez hubiera caído en ella, de no ser por una conversación con Carmen Luisa que —¡apenas ayer habían podido hablar!— había llegado a punto para su alivio. ¿Te has dado cuenta, le decía La Sigmuncita, cómo se parecen las elaboraciones de Alberto (las llamó así: «elaboraciones») a aquellas curiosas empresas de los caballeros de las órdenes medievales, llenas de códigos sagrados: la lealtad, el honor, la defensa de la dama del sueño, la gallardía, y sigue tú por ahí? Risas. Y tú sabes, por supuesto, continuaba, que el pivote alrededor del cual (lo llamó así: «pivote») se construía toda esta rumba de la hazaña no era otro que, precisamente, «la dama del sueño». Fíjate bien, decía, no es que la dama soñada del torreón fuese un elemento más en el torneo de las espadas y de las armaduras, intercambiable o prescindible, no, ella era la inspiración, el punto de partida, la razón de ser de la contienda y, en el mejor de los casos, el galardón de la justa (la llamó así: «galardón»). Risas. Risas y expectativa. ¿Entonces?, preguntaba sobreactuando: Fernando y ella se parecían como un payaso aficionado a otro. ¿Entonces? Ya: la dama dicta las condiciones y... obtiene los juramentos, raqueteaba entonces ella, Maruja. ¡Bingo!, quiero decir, ¡albricias!, cerró entonces Carmen Luisa, con mímica añadida, lo tienes agarrado por el cogote, quiero decir por el yelmo, lo

tienes agarrado por el yelmo, princesa. Es tuyo. Risas y telón.

Cinco minutos le tomó, al día siguiente, convencer al caballero armado de que lo único que la dama del sueño deseaba era la paz. Capítulo cerrado las estrategias de defensa. Capítulo cerrado la minuciosa elaboración de venganzas. Debía jurarle la concordia, la serenidad. Ella necesitaba paz. Además, te lo metieras en la cabeza, amor suyo, no pasaría nada, ni hoy ni mañana ni pasado iba a ocurrir nada, te lo decía ella, amorcito. El caballero de la ira insomne guardó silencio por cuatro minutos y medio (al fondo sonaba «Hombre sin amor», de Armostrong, en un rimeic de 1956 — lo anotamos porque su obsesiva reconstrucción futura de esta conversación pasaría en cada inicio por las notas largas y arrastradas de esta melodía más bien monótona, que entonces comenzaría a parecersele a la soledad como un círculo negro a otro círculo negro, sin que ella atinara a saber por qué o sin que ella aceptara saber por qué), al cabo de los cuales sonrió con aquel gesto indeciso y cálido que a ella tanto le gustaba, y la abrazó: te lo prometía, princesa.

Afuera Polito ladró, persiguiendo a un gato en los matorrales del jardín; ya se podía oír el canto de los grillos y de las ranas de los charcos, pero adentro la casa estaba casi en silencio. Ella reclinó la cabeza sobre la esquina de la alfombra y cerró los ojos: todavía sentía un escozor hormigueante en el vientre y en la cara interna de los muslos: pensó en Alberto y se sonrió a sí misma en la oscuridad: la semana próxima, se dijo, la semana próxima.

4

De los platos fuertes que habían sido incluidos en la programación de eventos para el cumpleaños, el que más emociones había suscitado entre las invitadas había sido, sin duda, el concurso de la Vespa. Doble singularidad. Primero, los requisitos: sólo se admitían competidores de sexo femenino, menores de 21 años, ¡pero que hubieran sido autorizadas por sus padres! Precondición que debía ser satisfecha mediante una contraseña firmada por los familiares, y que disfrutó del repudio inmediato y masivo —aunque puramente formal, claro está, las órdenes del coronel Paredes no admitían reversa— de la turbamulta adolescente que manifestó su desacuerdo a través del

antiquísimo expediente de la rechifla y el alarido selvático.

Segundo, la prenda que actuaba como cebo. Blanquiazul, de excelente capacidad para su peso, equipada con asientos de cuero negro y parrilla auxiliar y cesta para utensilios, la Vespa último modelo, que había suscitado chillidos, esta vez de éxtasis, entre las chicas, al momento de ser presentada en el entarimado, reposaba ahora como gatita fastidiada del asedio de sus hinchas en un costado de la explanada de baile.

De modo que bastó que la orquesta de Chucho Sanoja rematara los compases finales de «Lamento náufrago», y el maestro de ceremonias anunciara la apertura de las inscripciones para el concurso al tiempo que el codiciado galardón era extraído de bastidores y exhibido ante el público, para que una horda incontrolada de niñas post-púberes y adolescentes al límite de la histeria desbordara los límites de seguridad y se apropiara del escenario, derrumbando atriles y sillas, zarandeando el entarimado y amenazando con echar al suelo la improvisada estructura que no había sido pensada para semejante sobrepeso. Sólo la oportuna intervención del coronel Paredes, que había estado atento a los más pequeños detalles de logística a pesar de la abrasadora sed que ya lo había llevado a despachar una respetable colección de escoceses, logró evitar la tragedia que parecía inminente. Sin vacilar convocó a los escoltas que estaban a la vista y se hizo del micrófono para dictar las instrucciones y reordenar la fila de fanáticas.

En la mesa, una extensa tabla de género blanco y encajes rosas que ocupaba unos quince metros del toldo principal, las damas suspiraron de alivio. Por su parte, Landáez, que presidía una de las cabezas del convite y que en lo que al escocés se refería parecía estar envuelto en un cerrado duelo con Paredes, alzó su vaso para brindar a distancia por la eficaz labor que éste realizaba, compadre, hermano, mientras comenzaba a tararear, probablemente para doña Consuelo, que estaba a su lado, o quizás para una de las reinas nacionales de belleza que protocolo había invitado y que merodeaban por aquí y por allá deshechas en sonrisas, el bolero caribeño que Sanoja, para suavizar el set, interpretara unos minutos antes, «palabras de mujer/ que yo escuché/ cerca de ti / muy quedo», mis reinas.

Los muchachos, como los había nombrado el coronel en su arenga, habían sido retirados a una medialuna imaginaria, ubicada a prudente distancia del hervidero femenino que bullía en las inmediaciones del escenario y desde allí discutían pronósticos sobre la triunfadora y aupaban con fervor de hinchas de barra a sus favoritas en la contienda. De cualquier manera, para evitar contratiempos a la hora del concurso femenino que tendría por escenario todos los espacios abiertos del club, a excepción de la playa, se había previsto una competición paralela para el sexo masculino, con premiación incluida, en el salón auditorio.

Y aquellos no eran los únicos torneos. En verdad, los invitados habían quedado sorprendidos tanto por el despliegue en este sentido (los matches destinados a la pareja de bailarines en vals criollo, donde los Landáez padres habían arrasado; en rock, donde había ganado un antiguo flirt de Fernando, y el premio al más bello vestido de gala, serían memorables) como por la estatura de los galardones que habían sobrepasado todas las expectativas.

Ciertamente, desde las últimas horas de la tarde, cuando comenzaron a arribar los primeros invitados, resultó evidente que la velada iba a ser un modelo de organización... al menos hasta el malhadado instante en que irrumpieron los comandos del Movimiento Patriótico para darle un vuelco total a la noche. Pero esto, al comienzo, nadie podía concebir que fuera posible.

En el estacionamiento se determinaron zonas reservadas para uso exclusivo de los invitados y la logística montada con la finalidad de guiarlos hasta las áreas del club que habían sido acordonadas para aislar al entarimado, la pista de baile y los mesones entoldados, impidió que los asistentes que no fueran miembros del centro se extraviaran en los laberintos de instalaciones y jardines.

Algo que llenó de especial satisfacción a los padres fue el hecho de que la extensa lista no fuera defraudada: todos los previstos habían acudido. Bien, digamos casi todos: sólo faltó el presidente. Aunque su ausencia no podía hacer escándalo. En primer lugar, porque debido a las estrictas medidas de seguridad nadie tenía noticia de su invitación. Y en segundo término porque, en el supuesto negado de que se hubiese sabido, resultaba difícil que alguien osara echarle en cara su ausencia, habida cuenta de la difícilísima circunstancia política en la que el país se encontraba sumido.

De hecho, Landáez se había sentido ingratamente sorprendido ante aquella convergencia de «tirios y troyanos», como él, Paredes, los había bautizado en un intermezzo chistoso después del primer whisky, a pesar de contar con su reveladora —y amistosa— confesión.

¿Cómo hubiera sido su reacción de no haber estado previamente advertido? Era preferible no imaginarlo. Tal como se hallaba el clima del país, con infidencias, trampas y traiciones a la orden del día, resultaba de elemental prudencia no someter a prueba ninguna «fraterna lealtad», ni siquiera la de alguien que —era el caso de Landáez— pudiese ser considerado, sin temores, como un legítimo «hermano—en—espíritu», obviadas fueran las diferencias.

Con todo, la coexistencia había sido pacífica. El acierto de haber escogido dos orquestas que se complementaban en sus estilos tan dispares, al lado del gratísimo

ambiente costeño, saturado de aire puro y de aromas de yodo, hermanazo (no se le había escapado este detalle en sus palabras de salutación), y de los bien programados concursos, habían sido, vamos a decirlo, compadre, un verdadero bálsamo de la juventud... un legítimo bebedizo que les había elevado la energía incluso a los más jipatos, Francisco, ¿te dabas cuenta?

— Un bebedizo que puede hacernos más daño que un poncigué de arsénico —había comentado Landáez haciendo un gesto vago con el brazo para abarcar a la concurrencia. Pero no dejó el vaso.

— Mira cómo están todos— le había advertido el coronel, ¿veías tú por casualidad algún ceño fruncido?

Y Paredes tenía razón. En el escenario, la orquesta había acometido su éxito más reciente, un merengue velocísimo que no ocultaba sus raíces dominicanas y que, en ese momento, desataba el frenesí entre las parejas que tomaban por asalto la pista de baile. Bajo los toldos, el sincrético zumbido de voces y carcajadas retaba a los altoparlantes que enmarcaban, con encajes colocados cada diez metros, toda el área útil. El viento soplaba desde el sureste e invadía a ráfagas los toldos, sacudiéndolos, y obligando a los invitados a temer una de esas inusuales tempestades de la temporada seca que tantos inconvenientes acarreaban en su sorpresa.

— Vamos a tener que rezarle a San Isidro, Hortensia —le gritó la señora Landáez a la esposa del coronel, al tiempo que sostenía el adorno del centro y el servilletero, que una lengua de viento furioso amenazaba con derribar—. Este ventarrón no termina de gustarme ni un poquito. No parece brisa de playa.

Sin embargo, la señora Paredes no pudo responderle a la amiga. En ese preciso instante, Maruja gritaba hacia la mesa desde el centro de una circunferencia humana que, brazos en cadeneta, las parejas habían tejido alrededor, sin parar de bailar, atrapándolos a ella y a Alberto en una prisión móvil e imaginaria, que todos celebraban con palmas y gritos.

Alberto, que hubiera dado cualquier cosa por disfrutar de un momento de intimidad con Maruja, debía repetirse en susurro, a cada minuto, su envidiable condición de pareja de la anfitriona, para evitar caer en uno de sus habituales —y ansiosos— arrebatos de celos. En verdad, varias veces había creído entrever el rostro de El Colorado Febres oculto a medias en los setos de cayenas, dedicado a la rastrera labor de espíarlos desde la oscuridad. El fenómeno le había ocurrido hasta en cuatro ocasiones, para ser precisos, y ahora mismo, desde el centro de la multitud, arrastrado por la música, hubo de ejecutar un especial ejercicio de voluntad para no saltar hacia

el sendero que conducía al malecón, por donde la sombra de Febres e, incluso, la de uno de sus compinches, acababan de cruzar, podía jurarlo.

A la cofradía, por supuesto, no se le había escapado el evidente nerviosismo de Alberto, quien de tanto mirar sobre la multitud buscando siluetas fantasmales en la penumbra, había perdido varias veces el paso, y, en una ocasión, hasta puesto en peligro la delicada humanidad de Maruja, quien alcanzara por milagro y en un último instante, a recuperar el equilibrio, después de un mal paso contra la pierna atravesada de su pareja que en ese momento, de manera incomprensible, había vuelto totalmente la cara, sin que la evolución de la pieza se lo exigiera y como si de pronto le resultase un asunto de vida o muerte el determinar el estilo con que los mesoneros separaban los pequeños cilindros de rosbif del mesón de base para colocarlos en las bandejas destinadas al recorrido.

Y sin embargo, aquello no era más que una escena minúscula del sainete tragicómico de Alberto que, según la autorizada opinión de Antonio y la unánime refrendación del grupo, había comenzado con la fiesta misma y había obligado a la aprobación de una avanzada intermitente de diagnóstico y tratamiento por parte de La Sigmuncita, acompañada de su respectivo apoyo por lo que al resto de la banda competía.

El efecto que esta terapia de asedio de La Sigmuncita producía en Alberto, era de sobra conocido por la cofradía. En palabras de Carmen Luisa, «la presión creada alrededor terminaba por desbordarlo, distrayéndolo del núcleo, fantasioso o no, que había disparado el delirio». Venía luego la fase de reacción agresiva... y era aquí donde intervenía Maruja para decantar los ánimos.

— Es una elaboración paranoide típica —decía Carmen Luisa—. Pero sacarlo no tiene por qué resultar difícil. Tiene que ser como distraer a un niño.

Y, ciertamente, en algunas ocasiones (sesiones, las llamaba Fernando) con más éxito que otras, le había proporcionado apreciables resultados... pero no aquella noche. Si para todos era evidente que algo en Alberto lo había estado volviendo impredecible en los últimos tiempos, ese algo, fuese lo que fuese (la «cosa oscura», quizás, como la había llamado Antonio), se había recrudecido aquel día hasta el límite.

En todo caso, la cadeneta que los había encerrado minutos antes, quiero decir a Alberto y a Maruja, se había transfigurado en una especie de serpiente zigzagueante y errátil a cuya cabeza había sido promovido el par de antiguos reclusos y que, recorriendo la pista, el bar y las mesas a mansalva, fracturándose y recomponiéndose a intervalos según el variable frenesí de los anillos humanos, había terminado por diluirse en fragmentos que ahora celebraban la improvisación con brindis a fondo

limpio o con francas risotadas convulsas que los hacían ovillarse sobre sí mismos hasta caer exhaustos y felices, rodilla en tierra, al tiempo que la orquesta de Sanoja acuñaba el acorde doble y seco que decretaba el final del merengue.

Fue entonces cuando Maruja, radiante como una pequeña joya engastada en el traje blanquísimo, encendidas las mejillas por la excitación del baile y la explosiva alegría, se acercó a la mesa principal, escoltada por Alberto para recordarle al coronel la competición de la Vespa, que todas las muchachas se desvivían por comenzar (frenesí que a ella le resultara incompresible), y que ya mencionamos líneas arriba.

— Papi, dijiste que sería a esta hora, ya nos referimos a eso líneas arriba —le recordó.

El coronel no entendió, ¿culpa de los escoceses, tal vez?

— Perdón, hija, estas cornetas me tienen sordo y loco. ¡Camacho, dícales a los de sonido que la gente no soporta ese volumen, que bajen o los quito! —le gritó al chofer. Y volvió a Maruja: —¿Qué dijiste de «arriba», muñeca?

Por segundos, Maruja se desconcertó.

— ¡Cómo que arriba! ¡Que des la orden para el concurso de la Vespa, bobito! —dijo, por fin, melosa, pellizcándole la mejilla como quien reprende a un niño, ¿no veías cómo estaban de impacientes las muchachas?, mientras se prometía terminar con aquella payasada lo antes posible.

Paredes se puso de pie, despachó de un trago el whisky que quedaba en la copa y abrió los brazos en jarras para arengar al pequeño grupo que, sentado al extremo del mesón, lo contemplaba embelesado.

— Voy a decirlo con una declaración original: sus caprichos son órdenes, princesa — y le guiñó el ojo a su hija-. Ahora mismo pongo esa maquinaria en marcha... ¡Y a usted lo dejo presidiendo la mesa, compadre! —le gritó a Landáez.

Landáez respondió agradeciendo la encomienda, pero sus palabras fueron ahogadas por los aplausos con que la mesa había comenzado a premiar la determinación de Paredes.

Entonces Maruja se acercó al padre, lo estrechó y le selló la nariz con un beso que, ahora sí, todo el mundo oyó, te quería mucho, viejito, ¿lo sabías? Sí, lo sabía, y eso lo hacía sentirse el hombre más feliz del mundo, aunque sonara cursi, niña suya.

La falla general de energía que siguió a la acometida de los clandestinos dejó en tinieblas toda el área del club «Costa azul». Los gritos de temor de las madres que a duras penas, rígidas sobre sus sillas, habían inhibido el desmayo sin parpadear, sin respirar casi, durante los brevísimos minutos que transcurrieron desde la irrupción de los comandos en el escenario hasta el apagón general, no se hicieron esperar. De modo que fue necesaria una nueva advertencia desde el entarimado, por parte de los asaltantes que ahora blandían luces portátiles y mantenían aún con ellos a los rehenes, para que la multitud permaneciera en su sitio: prometieron que nadie saldría herido si obedecían, hablaron de satrapía y usurpación, confesaron que el objetivo de la operación había sido el magnicidio y aclararon que si tomaban el micrófono era con el solo propósito de demostrarle al dictador ausente su vulnerabilidad y la perfecta ubicación «a tiro de fusil» en que se hallaba.

En medio del expectante silencio que se creó, el coronel, que ocupaba una mesa cercana al entarimado y que segundos antes había sido reconocido y saludado en su calidad de anfitrión por el grupo de hombres armados, les aseguró que nadie se movería, y les pidió, en reciprocidad, misericordia para los rehenes, mientras un haz proveniente del escenario lo embutía en un refulgente cilindro de luz.

Entonces, de improviso, tal como había hecho su aparición minutos antes, el grupo de comandos, ahora acompañado por los rehenes, se esfumó. Esta vez los invitados, todavía fulminados por la incandescencia de la sorpresa —y también por la promesa que Paredes había formulado en nombre de todos—, tardaron varios minutos en reaccionar. En verdad, la circunstancia, aunque brevísima, no había sido nada fácil para ellos. La nueva generación, como recordarán, estaba ausente: ellas camufladas en los laberínticos jardines del club, tratando a como diera lugar de no ser encontradas por Maruja, mientras ésta, a solas, comenzaba a recorrer el territorio, disfrutando la tarea de revelar a las invisibles, y ansiosa, al mismo tiempo, por saber a quién le tocaría la suerte de ser puesta al descubierto en último lugar y de cargar, por tanto, con el apetecido trofeo.

A ellos, por su parte, no les había quedado otra alternativa que acatar la terminante medida del coronel quien, para garantizar la ley y el orden durante el torneo de la Vespa (a pesar de que las causantes del motín que amenazó por momentos con derrumbar el escenario, vamos a repetirlo, fueran precisamente las «niñas»), había

dispuesto que todos los galfaros debían, de formar compulsiva, participar en la competencia paralela que se llevaría a cabo, en el gran salón anexo (él mismo, lista en mano, se encargó del cumplimiento de la orden, antes de delegar la conducción del certamen en manos subalternas y regresar a la mesa).

Esta sola circunstancia habría bastado para que las madres, en el momento en que los comandos irrumpieron en la escena, armas al descubierto, se sintieran morir pensando en la solitaria indefensión de sus respectivas crías. De hecho, algunas de ellas llegaron a poner en peligro la vida de la pareja que había sido retenida por el grupo en calidad de rehenes, al caer en pánico gritando el nombre de las niñas. Pero, como si esto fuera poco (las desgracias siempre llegan en racimo, pensó, abatida, la señora Paredes), el «frente frío al norte de la costa central», pronosticado por el Observatorio Meteorológico, y que había estado amenazando durante toda la noche con sus azarosos lengüetazos de vientos en espiral, comenzó a hacerse presente en forma de densos goterones semejantes a cristales de granizo que golpearon contra las mesas en el preciso momento en que el orador del grupo de asalto comenzaba su arenga, y terminó por descerrajar toda su fuerza, embistiendo la escena con vientos huracanados y diluvios, apenas tres minutos más tarde, después que la interrupción de la energía marcara el final del operativo y la huida de los asaltantes.

Días después. Alberto, la cofradía entera, se preguntaron por aquella infernal combinación de elementos que parecían haberse convocado unos a otros para terminar propiciando la tragedia que sobrevino luego y que nadie atinaría a comprender.

6

También Maruja se había sobresaltado por la ciega oscuridad en que se encontró sumida de improviso, pero lo que le causó mayor desasosiego fue la tormenta demencial que siguió al apagón. La emergencia se produjo cuando apenas comenzaba aquel divertimento en el que a ella le correspondía el papel de cazadora solitaria y el apagón mismo la había sorprendido en el preciso momento en que acometía el reconocimiento de los distantes y tupidos jardines del noroeste, cerca de la playa. Desorientada por la imprevista tiniebla, había hallado el tiempo justo para extender la mano y asirse a la delgada palmera cuya silueta había alcanzado a entrever en la urgencia del último resplandor blanco que la rozara. Ahora estaba sola, la cara apoyada contra la corteza del árbol. No escuchaba otro ruido que el de la tempestad cerniéndose contra las escolleras y el viento sibilante que se abatía sobre los

chaguaramos.

Le había resultado imposible calcular las razones del corte, pero ahora pensaba que, con toda probabilidad, debía tratarse de otro atentado de hostigamiento parecido a los que habían estado a la orden del día en los últimos meses. Tal vez le había llegado el turno a la central de La Guaira, pensó. De cualquier forma, nunca transcurrían más de diez minutos sin que la avería fuese reparada y la luz retornara. Y, en caso de una falla grave que requiriese más tiempo, siempre quedaba a mano el recurso de la planta auxiliar con la que el club contaba precisamente para emergencias así.

La sorpresiva incandescencia de un rayo seguida por el estrépito del trueno, la sacaron de sus cálculos. Se tocó: estaba empapada. ¡Si al menos contara con un quiosco o una glorieta o la marquesina de un jardincillo cubierto como tantos que recordaba haber visto por aquella zona! El relámpago y el ruido habían sido casi simultáneos, de modo que la tormenta amenazaba con ofrecerles una visita prolongada. ¿Qué habría sido de la fiesta? ¿Y del resto de las muchachas? Con seguridad estarían atrapadas en sus escondites, sin poder moverse. Anita, la asmática, siempre tan fragilita ella, tan temerosa. Y Carmen Luisa, quien, bromeando, le había prometido que ganaría... sin su ayuda. ¿Y Alberto? Por supuesto, en el salón principal, con el resto. Casi olvidaba el concurso paralelo que papá había inventado para mantener entretenida a la «jauría masculina». Pero, por supuesto, dadas las circunstancias, la competencia ya debía haber sido suspendida y los muchachos, con sus linternas, llegarían de un momento a otro.

Sintió que el frío la alcanzaba hasta los huesos y se estremeció. Tal vez sería conveniente que intentara dejar la palmera y alcanzara un refugio más seguro. Hubiera jurado que por allí había casetas y quioscos esparcidos. Volvió el rostro en dirección opuesta al sitio desde donde parecía provenir el bramido del mar contra la escollera: si permanecía atenta, en una racha de suerte quizás podría, con el próximo relámpago, localizar un lugar para refugiarse. Por un momento creyó escuchar voces a lo lejos, en dirección al sitio donde debería ubicarse la pista de baile. Luego, sólo el rugido de la tormenta y del oleaje, que ahora se habían fusionado de tal manera que resultaba imposible diferenciarlos. Estaba tratando de aislar el confuso sonido de voces que había creído escuchar antes cuando ocurrió el segundo relámpago. Le pareció que era prolongado y rutilante y bajo su llama blanca alcanzó a percibir nítidamente la silueta de una casa pequeña, aislada, cuyo perfil se destacaba sobre un fondo enmarañado compuesto tal vez de arbustos y setos de berberías y trinitarias. Debía ser una caseta de jardinería. Cuando el rayo cesó, la imagen fragmentada de aquella estructura que creía haber visto en otras ocasiones persistió por segundos latiendo en sus ojos. No debía desviar la cara. Ahora se trataba de mantener la dirección mirando sin ver hacia el sitio desde donde había emergido la imagen y,

siguiendo el curso, atravesar en la oscuridad el espacio que mediaba, hasta toparse con ella. Puesto que la silueta había aparecido casi sin interrupciones en los bordes, no debían mediar obstáculos importantes entre el chaguaramos al que ella se hallaba aferrada y la garita. Se arrollaría el vestido por encima de los muslos, asegurándolo con el cinturón, y caminaría con los dos brazos extendidos hacia el frente a modo de defensas.

El tercer centellazo la sorprendió al final de la travesía, cuando se encontraba a punto de tocar la cerradura de orificio que por falta de perno permitía que la puerta permaneciera entreabierta, batiendo contra el marco según la intensidad del viento.

Fue entonces cuando ocurrió.

Se sintió tomada por el brazo y arrastrada a empellones al interior de la caseta. En un primer instante, y a pesar de la violencia, pensó que se trataría de algún amigo escapado del grupo que intentaba jugarle una broma pesada, tal vez alguien de la cofradía, quizás hasta Alberto mismo. Iniciaba, incluso, una sonrisa (esto lo recordaría después como una de las primeras imágenes, una especie de cruel paradoja de la que siempre se avergonzaría y que nunca alcanzaría a referir a nadie, ni siquiera a Carmen Luisa o a Monsalve, el psiquiatra), en el momento en que las dos manos anónimas aferrándola desde atrás, la obligaban a inmovilizarse, la tomaban por el pelo y le asestaban en la raíz del cuello un golpe seco que bastó para cortar el grito desesperado que apenas iniciaba y proyectarle por segundos cardúmenes de esporas fulgurantes, un momento antes de sentir que se desvanecía y caía de bruces contra el embaldosado.

Aturdida, inconsciente casi en medio de la oscuridad absoluta, creyó soñar, entonces,

la maniobra por la cual el hombre le dio vuelta para colocarla boca arriba al tiempo que le alzaba el vestido por encima de la cadera, le rasgaba la seda de la ropa interior y le embocaba el dardo en la ranura después de estocar a ciegas entre los muslos,

la forma como se echó sobre ella para besarle los labios y morderle la cuesta de la nuca,

el zarpazo con que destrozó el escote de encaje y el sostén para lamer y succionar los senos mientras con tres golpes secos de cadera la destazaba en el centro mismo de la fisura y la penetraba hasta la base, un segundo antes de que ella se desvaneciera por completo.

Capítulo II: Finales de 1972

1

Ayer, por fin, alcanzamos a poner orden en ese caos siniestro que era el «palacio de la bienvenida» (como lo nombrara, en un arrebatado de piedad, La Flaca) a nuestro regreso de Londres, hace ya un mes. Y no exactamente por virtud de una maniobra de sortilegio: treinta jornadas de talento remodelador y de empleo físico, con sus noches, apenas soportadas por cervezas y helados vinos chilenos, yacen debajo del logro. La proeza no excluyó ni los dolores de cabeza ni las peleas estéticas ni las ráfagas de desaliento que, sumadas a la fatiga de la variación horaria y a los ajustes del ritmo cotidiano, amenazaron por momentos con abatirnos, pero el resultado compensa con creces la flagelación a la que nos sometimos desde el instante mismo en que cruzamos la puerta. No hay lujo (el cual, de cualquier manera, es ajeno a nuestro sencillo corazón y, sobre todo, ¡ay!, a nuestra deshinchada bolsa, comentó La Flaca, soltando una carcajada que casi la hace quebrar la copa del «Concha y Toro» blanco), sólo comodidad, buen gusto, acogimiento. Y un privilegio: la delirante espiral de colores en la que, vista desde la pequeña terraza que mira al noroeste, se transforma la montaña al filo brumoso del crepúsculo.

Un refugio a la medida del delirio para intentar reconstruir a cuatro manos, los huesos de la felicidad. «El proyecto», como lo llamamos por elección de ella («Escúchame bien, Fernando Landáez», discursó, «he dicho el proyecto, no el capricho»). Me digo que «el proyecto» entraña el valor de una palabra recíproca en lo que al día de La Flaca y de mí se refiere, y vuelvo a vernos, en Provenza, una semana antes de pasar por Londres para hacer las maletas y regresar a Maiquetía.

La explanada de Avignon cruzada por siluetas pálidas envueltas en el sayales de vapor blanco: el teatro-ensayo de Arlés recreando a su manera los textos de Esquilo. Deambulábamos casi desnudos bajo un sol de cal. Habíamos empleado la jornada recorriendo campos en busca de un sitio libre donde colocar la tienda. A dedo a veces, a veces en tren, habíamos cruzado por Tarascón, por Orange, por Arlés y las campiñas del Ródano hasta tropezar con aquel empobrecido, casi invisible camping a orillas de la corriente de Van Gogh, donde arbustos arqueados descendían lentos sobre el agua y el aire.

Aparte de nosotros, sólo otras cuatro tiendas se habían arriesgado a llegar tan lejos: debíamos andar casi dos kilómetros hasta la parada del autobús y, si queríamos rodar

hasta Aviñón o Arlés, todavía era cuestión de caminar medio kilómetro más hasta la estación. Pero teníamos todo el paisaje del río para nosotros, y un cielo azulísimo, alto, que nos hacía pensar en un lugar enclavado en un tiempo paralelo, donde las siluetas que éramos se deslizaban no hacia el porvenir impreciso, sino hacia el pasado polvoriento, con un silencio de montaña nocturna, casi ciego.

Pero éramos felices. Hablábamos de los meses anteriores, en Londres, como si se tratara de escenas borrosas de alguna película vista en la duermevela de la infancia, ahora casi olvidada. Y sin embargo, ¡qué intenso había sido el reencuentro!... Pero no quiero hablar de eso en este momento, sólo quería recordar aquella conversación de Aviñón, frente al castillo de los papas, con aquel sol caliginoso al comienzo, y luego sanguíneo, remoto. Ibamos a regresar a Caracas: eso, lo sabíamos, podía cambiar todo. Así que nos respetaríamos como lo habíamos hecho hasta entonces. ¿Valía la pena intentarlo? Sí, acordamos. Habría ojos, culpas del pasado que esperarían una inadvertencia, pero había que intentarlo.

La relación que reiniciáramos unos meses antes, con un encuentro súbito en un frío jardín interno de Holland Park, y que al comienzo ninguno de los dos creyó que se prolongaría más allá de una vista a Richmond, de una noche de blues negros y rock ácido en el «Sour Grapes», de una tarde de vino y de mordiscos lentos en su apartamento de Belsize Crescent, nos había sorprendido, extendiéndose más allá de toda previsión.

Sabíamos desde mucho tiempo atrás quiénes éramos. Esto, en vez de aliviarnos, movía la suspicacia y las dudas. No tardé en darme cuenta de que su feminismo (militancia que para todos los propósitos, yo conocía mal y miraba de reojo como buen caribeño) en lugar de ceder terreno ante el tiempo y las cabronadas de la sociedad, se había fortalecido. Ella tampoco dejó de notar que yo no sólo continuaba acariciando mi soledad hasta consentirla como a una loba mansa y vieja, sino que parecía cada vez más dispuesto, sin proponérmelo, a amolarle los colmillos, a barnizar las almenas de su fortaleza.

No quiero mencionar las manías, los vicios pequeños y cotidianos, los desencuentros ya conocidos que podrían enfriar los ardores de un gorila en celo. Un inventario del pasado donde las anotaciones en la columna de «pérdidas» no eran infrecuentes. Pero era el pasado. Uno podía enmendar y emprender la cuenta regresiva. Había sensibilidad, antiguas complicidades, proyectos engavetados, compartidos, que ninguno se atrevía a desempolvar, tal vez por cansancio ante la imaginación del reinicio, tal vez por una forma de piedad con nosotros mismos. Y, por supuesto, estaba la ciudad, la condición de extranjeros en un país que no se avenía a nuestras costumbres. El espacio todavía ignorado: días en la frontera del derrumbe, noches en

la piel misma del vacío, y luego el breve optimismo que renace, y luego otro día y otra noche.

Teníamos que intentar olvidar lo que antes nos había distanciado y, a un tiempo, dejar de lado cualquier adivinación del porvenir que pudiera hacernos incurrir en iguales fracasos. Estaba el presente: un «día a día» que podía ser el mejor alivio para los enfermos de indiferencia, de incerteza: nosotros, tal vez. Un espacio que se volvía tiempo espeso ante los ojos: ninguna programación que desbordara los límites de la semana.

Y estaba la ciudad: distendida, armónica: un vasto lugar de retiro. En ella nos sumergimos. Ella nos rescató a cada uno para el otro, con un impulso que se prolongó por los doce meses siguientes. Y luego, allí confluíamos, al final de la «experiencia extranjera», como a ella, a La Flaca, aún hoy le gusta nombrarla, cada vez que desea insuflar juegos de preguntas en la relación. Y había sido la «experiencia extranjera» misma quien le deparara aquel final en el sur de Francia: el balance y la decisión.

[Nota de La Flaca, al margen: Lo dicho: tu mala memoria sólo puede ser superada por la de una gallina lobotomizada. Jamás incurrí en ese trabalenguas cursi, lleno de equis por todos lados, que tú me montas para la historia, ¡«experiencia extranjera»! ¿Qué tal «peladera foránea»? Pero tienes razón, cariño, fue el cierre con un «tutti» provenzal: balance y decisión. Cruzo los dedos y toco tu coco, para que veas que yo, en el fondo, calladita, también le doy al trabalenguas, Firma: tu Flaca].

Cuatro semanas después estaríamos de regreso en Caracas y hasta aquel momento ninguno de los dos tenía la más remota idea de lo que íbamos a hacer con nosotros como pareja. Yo tenía planes: sobrevivir, quizás algo de destajo en alguna revista, pero, sobre todo, el teatro. Me había pasado la vida leyendo a troche y moche, un poco de todo, asomándome al azar en escenarios ajenos, guiándome por la nariz y el paladar intuitivo que siempre creí tener, antes que por los tratados enciclopédicos o las notas farragosas de los críticos, y, de pronto, «la posesión» —dice La Flaca, el teatro, o, mejor, la escritura para la escena.

Quiero decir como práctica diaria.

Pero tampoco es de esto de lo que quiero hablar ahora. Estábamos con lo de los planes. Regresábamos y yo tenía proyectos, pero también ella: allí estaba su flamante Magister reposando en el fondo de la maleta y estaba sobre todo, su vocación casi satánica por «servir»: incrustarse de pelos y manos en las comunidades de los barrios

donde desde hacía mucho tiempo deseaba volver a «vivenciar» su trabajo con la misma Fundación que la becara a Europa, y donde trabajaba antes de irse. Allí pueden verla cuando quieran, aun después de sobrevivir a una jornada nocturna de brochazos contra la pared del lavadero, como fuera el caso anoche: organizando cooperativas, planeando los turnos en las consultas de salud, animando las actividades.

Y no me pregunten de dónde saca la energía que despliega. Se para antes de que «Vivaldi» se desboque en la minijaula con su primer silbido, se baña, prepara el café para los dos y, con media rebanada de pan integral tapizada de requesón en la mano, me besa entre recomendaciones domésticas y comerciales antes de dispararse contra la puerta de entrada, escalar la colina del estacionamiento y arrancar en nuestro pseudo–escarabajo sin siquiera calentarlo, pero diciendo adiós con la mano a una multitud imprecisa (en realidad Vivaldi y yo) que la contempla con ternura desde la atalaya improvisada, a medio repintar y atravesada por cuerdas de ropa húmeda, que mira hacia la empinada cresta del oeste, revelada por la porosa luz del amanecer.

Pero ya desde Londres había otra cara de esta entrega: la actividad con el grupo «Abril». Debo confesar que cuando comentábamos en Londres las cartas puntuales, mes a mes, de Elsy Padrón, no imaginé nunca que la pasión feminista llegara a alcanzar las alturas de militancia que, en efecto, alcanzó, y pudiera proseguir aquí, más tarde, potenciada por el conocimiento del medio y la amistad que la unía a Elsy y a algunas de las fundadoras del grupo «Abril».

Ella saltaba ante los matasellos que ocultaban a medias la identificación postal de Elsy, se calzaba la bata hindú, se arrellanaba al lado del radiador y comenzaba a lanzar carcajadas y vítores, a aplaudir y a gritar de satisfacción, como si Elsy estuviera liderando allá, en Caracas, una revuelta masiva que, por ejemplo, erradicara para siempre la miseria en toda América latina.

Yo no lo comprendía, por supuesto, pero callaba mientras sorbía la copita de sherry o la taza de té (para los que hayan iniciado su rictus de asco ante esta confesión victoriana, permítanme aclarar que tanto el sherry como el té eran placeres que este teatrero se permitía, con cierta frecuencia, mucho antes de que hubiera pisado un mísero metro cuadrado de las islas brumosas, aunque tenga que admitir que allá se recrudecieran), y, claro está, guardándome cuidadosamente de emitir mis opiniones.

Pero su frenesí no se detuvo en esta admiración a distancia: casi la mitad de la beca se le iba en saquear las estanterías de Ciencias Sociales de la Dillon's, que, por cierto, al cabo de algún tiempo decidió abrir una sección exclusivamente dedicada al tópico: enorme, con afiches alusivos, barajitas de fraternidad que fundían a Germaine Greer con Margaret Mead durante su pasantía samoana y una historia del movimiento

feminista a través de fotos con leyendas que tapizaban las paredes y balanceaban el paisaje irregular creado por los miles de ejemplares de «The female eunuch» amontonados por todos los rincones del piso.

Si se trataba de las marchas silenciosas, las coleccionó en todos los tamaños, en todas las temporadas y por todos los motivos. A ellas La Flaca acudía uniformada: los bluyines gastados, el pulóver rojo, la chaqueta coreana, la bufanda a cuadros anaranjados y una pancarta excesiva, siempre más voluminosa que sus fuerzas, que las identificaba, quiero decir a ella y a las compañeras del movimiento feminista, como simpatizantes activas de la hermandad. Yo era el infatigable voyeur. Me colocaba a cualquier altura de Charing Cross Road, a sensatos metros del cordón policial, o al final del recorrido, con las palomitas de la Plaza Trafalgar saltando a mi lado y depositando sus tiernos excrementos sobre la solapa de mi chaqueta, a mirarlas pasar.

Las mejillas arreboladas y una mano iridiscente que ondeaba siempre antes que la mía, identificaban a mi ninfa.

Sé que asistió a sesiones, que compartió barras de pub, que colaboró en movilizaciones, panfletos de poesías y revistas ideológicas, pero mentiría si dijera que alcancé a conocer, siquiera a medias, a alguna de aquellas gladiadoras glamorosas que ella mencionaba a diario. Si excluimos a La Polaca, claro.

Pero Luisa, La Polaca, era otra cosa. Quiero decir que si la conocí fue por razones diferentes a su militancia en la liga feminista.

(Nota al margen: recordar detalles de la personalidad de Luisa: procedencia, ideas, manías. La oposición Polonia-Inglatera —Luisa era polaca—. Su desconcierto inicial y la rapidez y la eficacia con que supo adaptarse al medio y, hasta donde pudo, controlarlo. Evaluar la posibilidad de insertar a Luisa como personaje, en caso de que la nueva pieza, en el segundo acto, ejecute cabriolas trasatlánticas y, buena fe mediante, roce de cuando en cuando los fantasmas de aquel lado del mundo.

Nota para la nota: si la pieza teatral, al comienzo, es sólo un islote brumoso extraviado en un mar negro, una mera intención, primero sin materia alguna, y luego con la silueta fragmentaria y nunca enteramente cierta de su cuerpo, hacia el cual se viaja a ciegas casi, confiando quizás en la intuición, quizás en el amor y la voluntad, quizás en el azar, ¿qué conforman, entonces, dentro de ella, esas inclinaciones pasajeras hacia rostros de cuya existencia cabría dudar y con cuyas sonrisas elusivas nos deslizamos a menudo hacia la fronteras de lo desconocido, es decir, de la muerte?)

Sí, Luisa era polaca, pero no católica ni conservadora iracunda como el resto de los polacos, transeúntes o no, que conocí en Londres. Había hecho teatro en Varsovia (una epopeya eslava con cubos transparentes y trapecios, una versión de Macbeth con fiesta infantil y masacre final a cuerpos desnudos) y estaba en Inglaterra para abrir algo de distancia en «relación con su familia», aprender el idioma, vivir y ver lo que ocurría en materia de escenarios. El pasaje de ida se lo había costado el propio grupo de teatro y no estaba becada. Debía arreglárselas como podía para sobrevivir y no tenía la más remota idea de cómo se las iba a ingeniar para regresar.

Recuerdo la noche en que la conocimos: un poeta irlandés, pelirrojo, homosexual, leía versos contra la ciudad en el pub donde, en ocasiones, se congregaba el grupo feminista en el que profesaba La Flaca. Al lado del poeta, ovillada en un puf y con la cabeza entre las manos, una muchacha delgada y hermosa parecía escuchar, dormir o susurrar, o las tres cosas a la vez, si esto fuese posible. Jamás hubiera pensado que era polaca. Su rostro coincidía mal con el perfil eslavo más divulgado y tenía una apariencia tan frágil que a primera vista invitaba a la protección o al contacto. Doble error: amaba a Polonia y, una vez que se le trataba, su indefensión aparente descubría una personalidad arrolladora que brotaba hasta en los más pequeños detalles.

No tuvimos que pasar de esa noche para saberlo. Fuimos a la casa del poeta irlandés donde ella vivía de paso («just a sweet friendship, you know») y donde dimos remate a la madrugada, hasta que el aturdimiento, el delirio y... una visita discreta y sin repercusiones de la policía, nos remató a nosotros. Lo importante es que, antes de que eso ocurriera, pudimos conocer a William, así se llamaba el poeta irlandés, a dos o tres integrantes de su grupo de happenings «sólo para gays» y, por supuesto, a Luisa.

Recuerdo el inglés de Luisa, redondo, primario, pero musical, y el curioso español de William, aprendido a lo largo de tres «veranos de locura» junto a un pintor catalán que anclaba velero y deslices inconfesables en Sitges.

Así que al amanecer, mientras el polvo azuloso del Támesis esmerilaba los arbustos de Clapham Common, y La Flaca y yo llorábamos sin saber muy bien por qué, Luisa ya caminaba al lado nuestro, con un morral de cuero forrado de bluyines y suéteres, hacia la estación de la línea norte. Ni La Flaca ni yo recordamos después en qué momento le habíamos hecho la proposición, pero había muchas cosas que no recordábamos de esa noche.

De manera que La Polaca se introdujo en nuestro piso de Belsize Crescent y nosotros terminamos por avenirnos a ella. Aunque la verdad es que casi no tuvimos tiempo para eso: la necesidad de rodar de una casa a otra, y de olvidar, habían terminado por imponerle una vocación de nómada. Estuvo sólo cuatro semanas en Belsize.

Veintiocho «días de cerveza y primulas» que le bastaron para seducirnos.

Pero esa ya es otra historia.

2

Ejercicios para soltar las manos después del desuso, o mejor, de mal uso al que me obligaran los lances de la cueva (durante los cuales todo lo que escribía tenía que ver con cantidades —galones de pintura, metros de tela, docenas de clavos— o con cotizaciones y recibos de pago):

Vivaldi es de color amarillo girasol, casi blanco, y canta como un desmadrado. ¿Habrá bozales para canarios? Punto para la agenda de investigaciones menores. El pobre, de cualquier manera, no tolera las intromisiones: apenas meto la mano para reponerle la comida y el agua, se transfigura en un buitre salvaje. Culpa del cautiverio, imagino. En mi vida sólo he conocido un pájaro que tolerara la domesticación sin que para eso se requiera encerrarlo: el turpial del padre Hinojosa. Un animal grande, hermoso, inteligente, el turpial, por supuesto, que recorría el pueblo entero, comía en todas las casas, y a la caída de la tarde regresaba a su jaula abierta, en el jardín del párroco. El padre Hinojosa insistía en que jamás lo había adiestrado.

*Conflicto de afiches. Chaplin. El distrito de los lagos. Calder. Marilyn. Covent Garden. Rodin. Cestería warao. Los Beatles. Colocarlos todos nos llevaría a incurrir en el exceso, para no decir en la cursilería. Botarlos a la basura o exponerlos a la humedad de un clóset constituiría un derroche. Tendremos que buscar entre los amigos los más dignos de recibirlos como regalo de viaje. ¿O rifarlos?

*También libros y discos, que se reproducen como conejos durante las noches oscuras y se apersogan unos a otros arrumándose en los rincones, han comenzado a disputarnos seriamente el exiguo territorio. ¿Cuándo, maldita sea, abordaré a la sabiduría, a la inmovilidad beatífica, al sereno nirvana, y dejaré de leer?

*Contradicciones: Mañana negocio lo de la Smith–Corona eléctrica con el portugués del aviso.

No termino de acostumbrarme a escribir a mano. Me agoto tratando de emparejar la velocidad del pensamiento a punta de bolígrafo, a pesar de los prolongados silencios

huecos (¡Oh Mallarmé!): ocurre que una vez que despego, es la mano la que se rezaga: cambio el tipo de letra, garrapateo y caligrafío, me ovillo adentro. ¡Gracias a Amalivaca y al aleatorio «plan» por no disponerme al siglo 18!

[Nota de la Flaca, al margen: tacha «rezaga» y «aleatorio», y pon «quedan atrás» y «azaroso», en todo caso, adorado teatrero, ¿cuándo aprenderás a escribir en la lengua de todos los días?]

En cuanto a la búsqueda de empleo, un banderillero de profesión, avisado en el arte de evadir ataques, resultaría un niño de pecho a mi lado. ¿Vocación de ocioso o arte de envejecer en la serenidad? Todo está bien, de cualquier manera, mientras a mi ninfeta favorita no comiencen a notársele las fisuras. Pero, ¿por qué tendría que protestar? ¿No es ésta, acaso, la condición ideal para una feminista de colmillo? Mañana le exijo mi delantal y mis guantes de fregar.

En esto de los proyectos a dos cuerpos y a cuatro manos, no se termina de aprender nunca. Creo que una frase así (o su equivalente) debería ser parte de la ceremonia puberal de iniciación para machos y hembras, en todas las culturas, incluyendo la nuestra. El escarceo, ya se sabe, comienza temprano, y ningún obstáculo o torpeza, por descomunales que sean, nos conducen a cambiar de idea.

En mi caso, el denodado empecinamiento (no me refiero a las travesuras sexuales de la adolescencia, que fueron anteriores, sino al para entonces aún brumoso plan de vida compartida), se hizo presente en algún momento inicial de aquel agitado año de 1957, cuando conocí a Carmen Luisa. Una imagen que por instantes me asalta con asombrosa nitidez y por instantes se desdibuja, cubriendo un espacio fuera de la memoria.

¿Dónde, por ejemplo, había comenzado aquella especie de obsesión que durante el día me transmutaba en voyeur jadeante, parapeteado a medias tras esquinas, tras postes, tras arbustos en flor, con la insana esperanza de verla sonreír a distancia o de rescatar algún objeto desechado por ella pero que de alguna manera portara el privilegio de haber reposado en sus manos o rozado por segundos su boca (un pedazo de papel, un envoltorio de chocolates, un pitillo), y por las noches me sumía en aquel aljibe sin límite de fantasías casi arquetípicas en las que ambos corríamos semidesnudos por playas agrestes hasta topar, sofocados, con el lecho de musgo, de palmeras enanas donde por fin ella se me entregaba y yo la celebraba, lenta, cálidamente, con un deseo invencible que permanecía idéntico a sí mismo por abundantes que fueran las veces en que, aturdido por la plenitud de la imaginación, lo saciara?

Ahora pienso que aquel escenario de sainete pudo hallarse en cualquier lugar. Aunque

sólo sea por la sensación de estupor que me suscitaba el simple hecho de concebir (¡oh ilusos despropósitos de la edad!), que apenas unos meses antes hubiera podido existir sin conocerla. Sin embargo, tuvo que ser en enero, no después, cuando ella comenzara a ser un rostro familiar en el paisaje cercano y prodigioso del Santa Cecilia.

Para entonces yo había perdido la cuenta de aquellas persecuciones furtivas que, extrayéndome de mi ruta habitual a la avenida Victoria, me incrustaban como un zombi delirante en aquel itinerario que arrancaba en la parada del colectivo Valle-Centro, en las inmediaciones del Fray Luis, continuaba sobre los asientos mismos del autobús y finalizaba con la caminata que nos conducía hasta Plaza Tiuna, a lo largo de la Roosevelt, una vez que descendíamos sobre la intersección con Nueva Granada, en el corazón de la zona.

A 10, a 30 metros detrás de ella, obseso plástico, me aprendía las estribaciones del pelo castaño sobre la espalda, el guiño de la boina, la sinuosa derivación de la cintura, las piernas doradas. A menudo, para husmear los títulos que la ensimismaban en los autobuses debía, fingir que no había asientos disponibles o que no me había percatado de que los hubiera. Entonces, temblando, aferrándome a la barra de seguridad, emprendía una maniobra de deslizamiento a lo largo del pasillo central que terminaba por conducirme a una distancia suicida en cuyos límites intentaba sobrevivir al aroma de azahar y a la plenitud iridiscente en que se transformaba la cabina de metal, y que a duras penas me permitían discernir la brumosa portada desde la cual, al fin, Sartre, Pamela Moore, Whitman o Borges, si se trataba de libros, o Chris Barber, Gréco, la Aragón o Presley, si de discos, se me revelaban de pronto para añadir una pieza más a aquel rompecabezas que mi tenacidad lentamente elaboraba.

¿Qué me hizo abandonar aquella actitud pasiva y voyeurista que lejos de aburrirme me había extraído de mi rutina para conducirme por un laberinto sorpresivo, de la mano de una diosa muda? No lo sé. Lo cierto es que la determinación de abordarla que se me impuso como el más natural de los acontecimientos desde el preciso instante en que la entreví en la hilera de la parada, no se correspondía con nada de lo que hubiera experimentado hasta aquel momento: juegos, divertimentos, escauceos infantiles y puberales que apenas rozaban el devaneo y apenas me ayudaban a aguardar el estremecimiento del encuentro que tanto tardaba en revelarse.

Las nínfulas ruborosas que hasta entonces se me habían aproximado, con todo lo memorables que había sido, no sobrepasaban esta categoría. ¿Y Alida? Ceremonia iniciática en el templo del sexo, locura lejana que a aquella edad me traía el vago recuerdo de la concha de mandarina: agridulce, cóncava, extraña. Para no mencionar la diferencia de edades ni el vínculo incestuoso que medió ni otras circunstancias que

mi lasciva memoria se esforzará en reconstruir en otro momento y en otra página.

El escenario, un óleo neoimpresionista de trazos gruesos, que ambos señalaríamos como el del primer encuentro durante el resto de nuestras vidas, y que ella se solazaría en recordar en los peores momentos del futuro, podría denominarse «Retrato de pareja con cafetín»: sol amarillo en el centro de la bóveda punto árboles y pájaros negros al borde de la avenida y a lo lejos en la explanada del parque punto obreros azules y secretarias de cotas transparentes punto piquetes de estudiantes en la distancia punto buhoneros amoladores mendigos floristas perros músicos trashumantes que recorren en hordas la avenida punto un cafetín de jugos y empanadas a un costado de la esquina del teatro punto ráfagas de brisa cruzadas la despeinan en el preciso instante en que extiende el brazo para recibir la taza de manos del dependiente, justo un segundo antes de que Fernando, el perseguidor, se aproxime, escoltado por los acordes iniciales de una sinfonía imaginaria en fortísimo, decidido con tenacidad a asaltar la vida de ella para siempre.

El diálogo, entrecortado y recurrente, podría ser reportado partiendo desde cualquier punto de la histórica cinta, cediéndole por ejemplo el micrófono a Carmen Luisa, la doncella silente, o a Fernando, el ansioso voyeurista, que, ¡ahí lo tienen!, nos ha escuchado y en este momento se vuelve hacia nosotros desde el pasado, agradeciéndonos la gentileza con una sonrisa y una venia, para trasponer el presente de la escritura.

Transcripción de la cinta de Fernando

Disipé con un golpe de asombro el polvillo dorado que me impedía alcanzarla con nitidez y, supongo que para ingresar a la órbita con el ángulo adecuado que evitara ser repelido hacia la nada, me entregué al recurso de saludar al dependiente como si se tratara de un antiguo y entrañable camarada, aunque en verdad me resultara un perfecto desconocido. Nunca antes había tartamudeado, pero la proximidad del oscuro objeto de mi deseo y el temor a que la impostación que durante todos aquellos meses de babeante persecución había estado ensayando, fracasara, confluyeron para hacerme lanzar algo parecido a un berrido gagueante que, lo juro, bastó para convencer al dependiente de que quien saludaba era un desquiciado o un imbécil, y, ¡ay de mí!, para asombrar a mi vestal dorada hasta el punto de hacerla saltar y derramar el café sobre su divina cota de colegiala que tantas veces mi frenesí había desabrochado en la inconsciencia del sueño.

Me sentí la sanguijuela más miserable del universo y acogí la certidumbre de que mi sueño intocado seguiría siendo un sueño intocado... y ahora, por añadidura, ajeno. En fracciones de segundo planifiqué mi suicidio, mi cremación y el esparcimiento ritual de mis cenizas sobre los capachos de Plaza Tiuna, con la esperanza de que Carmen Luisa, en una fortuita respiración desde su ventana, inhalara mi esencia, sin siquiera sospecharlo, una noche cualquiera de los días por venir.

No me detendré a explicar los orígenes recónditos de estas cabronadas macabras que uno, con tanta facilidad, hilvana en la adolescencia. Saben de qué hablo. Debo anotar, por el contrario, que nunca llegaré a explicarme por qué en aquel torpe comportamiento ella entrevió el sketch hilarante más apetitoso del año en lugar de la clara estupidez que en verdad constituía, a pesar de que, de no haber mediado ese equívoco —para decirlo con palabras graves— el resto de nuestras vidas hubiera sido por completo distinto.

Para aquel entonces, y a pesar de la tácita prohibición religiosa que sobre él pesaba por razones políticas, los juramentados de la cofradía ya conocíamos a Chaplin. Recordé la ternura que en la florista ciega de Luces de la Ciudad, despertaban las torpes galanterías del vagabundo. Mi heroína no era ciega, pero, dadas las circunstancias y en lo que a mí se refería, parecía que lo fuera. «Tal vez las torpezas la hacen reír, como a la florista», pienso que pensé. Tal vez sólo me faltaba el sombrero hongo, los grandes zapatos y el bastón. Lo cierto es que, repito, cuando ya iniciaba mi cabizbajo mutis hacia la acera arbolada y hacia la soledad, héte aquí que la florista ciega, riendo como una desmadrada y sin hacer caso al atajo de servilletas que el dependiente ya se aprestaba a hacer deslizar sobre la mancha de la cota, va y posa su mano sobre el mugriento brazo del vagabundo y, por qué te ibas así, no había sido culpa tuya, tontito, a mí, pidiéramos otros dos cafés y repitiéramos el guión, a mí, sin parar de reír, arrastrándome casi hasta la Gaggia, mientras con la otra mano intentaba librarse del súbito afán de pulcritud que el dependiente insistía en ejercer sobre la blusa.

Una vez que la paz pareció retornar al estrábico café, yo te conozco, confesó, te he visto, con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas. ¡Lo sabe!, pensé. ¡Maldita sea, qué papelón! Me coloqué en el lugar de la doncella acechada por el babeante sádico y sentí desprecio por mí. De todas maneras, razoné, si alguna vez había tenido el impulso de denunciarme, era evidente que había cambiado de criterio. Te he visto muchas veces, insistió, el colegio, el autobús, la avenida, el parque... el estacionamiento del edificio, enumeró, al tiempo que un enano verde, infatigable, bombeaba tinta roja en mi cara. Me agradó, sin embargo, la forma como lo dijo: neutral, expedita, casi entretenida. Buenas lecturas, pensé. Y las ejerce. Aquello, aunque no era una revelación (recuérdense los títulos fisgoneados), surtió un efecto

mágico sobre mis nervios. Me arrellané en la silla.

Remontó hasta septiembre la conciencia de que mi tímido perdiguero la seguía y mencionó un ya lejano día de comienzos de cursos en que, en lugar de abordar el autobús, cambio súbitamente de idea para desaparecer por la puerta de la iglesia que estaba a nuestras espaldas, ¿recordabas aquello?

Sí, recordaba el incidente. Había sido a mediados de setiembre. En una de las primeras ocasiones en que la había espiado. O, más bien, en que yo creía que la había espiado. Indagué banquetas, naves laterales, nichos y confesionarios, alucinado, y, finalmente, me ovillé arriba, en medio del silencio del coro, a pensar en ella. Fue entonces cuando decidí que la vigilancia, de allí en adelante sería implacable.

Se oían disparos en la zona. Patrullas atiborradas de soldados bajaban por la Roosevelt. De pronto, una brisa helada había comenzado a soplar sobre los arbustos. Un vendedor de lotería entró vociferando que habían herido a varios obreros en el Valle. Terminé mi café. Ella terminó su café. La invité a otro. Le dije que me hacía gracia el que de vigilante, por un gesto de hechicería por su parte, me hubiese transformado en vigilado.

Jack el destripador, disfrazado de mesonero, se acercó, afilado el colmillo, con las dos tazas. Lo conjuré pagándole de inmediato, porque ya empezaba de nuevo a mirar la mancha de la blusa. Ella me preguntó si aquello representaba una acusación en forma. Y yo (decidiéndome por un golpe bajo, con seda en la pezuña, por supuesto), le dije que sí, cariño, que tu actuación había sido más hábil que la mía, princesa... y más siniestra. Y entonces nos enfrascamos en una benévola refriega de van y vienen que ella terminó por sellar decretando que mis riñones eran tan espectaculares que por nada del mundo debía vacilar en llevarlos a la Feria Mundial que entonces se montaba en no sé dónde. Chao. Miró el reloj con impaciencia, pero permaneció de pie sin alejarse de la mesa. Un hombre en base. Sonriéndole al umpire que me había favorecido con aquel «quieto» en una jugada tan difícil, sacudí el polvo del uniforme, me puse yo también de pie y, Fernando Landáez, muñeca, me presenté, besándole la mano con una prolongada venia que anunciaba al teatrero que años después me cedería su oficio.

Si una semana antes alguien me hubiera advertido que algún día incurriría en estos subterfugios histriónicos para intentar seducir a cualquier hembra de la raza humana, le hubiera escupido la cara. Hasta aquel momento yo me ufanaba de mi transparencia, y la sencillez (aun cargada de literatura por sobre el nivel de seguridad, como en mi caso) era una de las virtudes capitales de mi paradigma personal de ser humano. Ahora allí estaba, sin anestesia ni preaviso, ingresado sin rubores en el gremio. Me

miré desde el techo del cafetín y no me reconocí, pero —¡oh arcángeles alcahuetas que aletean sobre los corazones enamorados!— tampoco sentí asco. Peor aún, llegué a considerarlo hasta natural. En cuanto a Carmen Luisa, la venia había logrado el doble efecto de proporcionarle la excusa perfecta para detener la maniobra de partida que ya había iniciado, y para otorgarle a este servidor la sonrisa que por derecho de tenacidad merecía y que momentáneamente me había sido escamoteada por el talante que mi humor de galería había introducido en la conversación.

—Primero detective, luego payaso y ahora actor de farsa... me gustaría saber cuál va a ser el postre —dijo, con sorna... pero aguardó a que yo recogiera los libros, sonriendo.

Ese exitoso escarceo bajó el telón de lo que podríamos llamar el acto primero de una obra más bien trágica en su trasfondo, salpicaba no obstante de numerosas escenas livianas y hasta cómicas, que a la postre se prologaría por la bicoca de los siguientes doce años de nuestras vidas.

Lo despacho en un párrafo y siento vértigo.

Me veo saliendo con Carmen Luisa de aquel cafetín providencial quince años atrás y no puedo evitar pensar en la fatalidad. ¿Qué otra cosa podría dar mejor cuenta de ese relámpago de eternidad ya escrita que yo vislumbré, lo juro, y leí, lo juro, en aquellas pupilas transparentes, aquella remota mañana de enero mientras caminaba (o soñaba que caminaba), junto a mi amor, a lo largo de la avenida en cuyos costados fantasmas evanescentes se alejaban vociferando en el confín del paisaje? ¿Qué otra causa diabólica o divina podía explicar aquel ciego magnetismo que de inmediato me soldó más que a un ser humano, a un conjunto de fetiches: el registro grave de la voz, la manera como rompía a reír, el pezón derecho que con frecuencia protuberaba hasta marcarse debajo de la cota (sin duda los días de gimnasia, cuando su dueña se duchaba y luego prescindía del sostén: ¿martes y viernes? ¿lunes y jueves?, en una época lo supe), el talento, el empuje terso y deslizante del pie, el juego de la ironía, el cabello... la boina negra incluso?

La boina negra. ¡Casi la había olvidado! Detalles insignificantes y siniestros que, maldita sea, en aquellos días bastaban para trazar los contornos de un susto extático que yo me empeñaba en llamar felicidad... y que tal vez lo era. Cuando la conocí, ya ella usaba aquel chato gorro inventado por algún vasco ocioso: de lana oscura, aferrada por una liga invisible a la cabeza, se ladeaba en una caída floja hacia el lado izquierdo dejándole visible sobre la frente el caprichoso flequillo que más tarde, y por

muchos años, iba a constituir un cíclico juguete para mi índice derecho.

La coquetería no provenía de su costado nerudiano, al cual, sin embargo, ella cultivaba («no tengo ni la boina gris ni el corazón en calma, querido») sino de su reciente descubrimiento de Juliette Gréco como arquetipo del existencialismo de cafetería (en una divulgada fotografía de la época se le podía admirar, digo a la Gréco, subyugante, toda embutida en franelilla negra, con boina y piernas cruzadas en una nutrida terraza de Saint-Germain-des-Prés, quizás la del Flora) y, sobre todo, como musa de Sarte y de la Beauvoir. De hecho, *La náusea* y *Los mandarines*, al lado de aquella edición pirata de «El existencialismo es un humanismo» que tantos estragos cumplió en nuestro grupo, fueron los intrusos que mi ojo, rojo o cojo de envidia, contemplara reposar sobre su regazo, estremecido por el obscuro traqueteo del expreso Valle-Centro, en los primitivos tiempos de la persecución muda.

He dicho que todo, aquella mañana, resultó premonitorio. Pero nada como la catalogación de farsa que ella, Carmen Luisa, le endilgara a nuestro encuentro en el momento en que se levantó de la mesa, para iniciar a cámara lenta (exactamente a la velocidad de mil fotogramas por segundo) su vacilante ruta hacia la salida.

Abandonar juntos el cafetín, pisar la acera de la avenida Roosevelt y franquear ambos la taquilla de un vodevil de tercera categoría, fueron una misma y desgraciada cosa. Ninguno de los dos avistó la motocicleta, ninguno de los dos alcanzó a escuchar las sirenas de emergencia: cuando yo, el último en salir del café, me percaté de la embestida que el motorizado ejecutaba sobre mi desprevenida doncella, y la alerté con un grito, ya era tarde: la máquina y su jinete chaflanearon sobre el bordillo llevándose el cuerpo de Carmen Luisa, antes de volver dando tumbos al canal de circulación. El golpe, por fortuna, sólo alcanzó a rozarle el brazo a mi damisela y a hacerla saltar hacia la pared, pero en la maniobra, el amasijo formado por libros y discos (anoten *Buenos días tristeza* y una antología de Vallejo, anoten Glenn Miller, el soundtrack de «Pic-nic» y «Unchained Melody», en la versión de Pat Boone), junto con cuadernos y libretas de notas y lentes de sol y neceser, rodaron hacia la cuneta y hacia la propia pista de asfalto, esparciéndose sobre la avenida.

Lo que ocurrió después sólo puedo narrarlo con base en el testimonio de segundas y terceras personas que tuvieron la mala fortuna de presenciar aquella ridícula cabriola a la que el destino me sometió y que, sin embargo, tantas bienaventuranzas trajera consigo, a la postre.

Permítanme contarle así.

No habían terminado libros y cuadernos de aterrizar en la calle, como mazos de baraja

sacudidos por un tahúr dopado (ojo, corrector de estilo, abolir la frase a partir de «como mazos», en la versión definitiva), cuando al galán que yo encarnaba aquella mañana no se le ocurrió otra proeza mejor que lanzarse en clavado hacia la espejeante superficie del lago en que la cubierta de asfalto se había convertido gracias a mi pasión, con la esperanza de reconquistar los tesoros de mi bienamada antes de que la caravana oficial de cadillacs pasara sobre ellos y los volviera algo menos que cipe.

¿Prodigios análogos? Sólo las hazañas de Gilgamesh, las gestas de caballería, la rebelión que derrumbó al imperio maya. Como en las historietas de televisión, la locura del intento sólo se me reveló en toda su desproporción cuando me hallaba congelado en el aire por el gesto memorioso que ahora ejecuto sobre la página, a sólo 20 centímetros de la meta.

Es una pendejada, pero debo decirlo para cerrar el párrafo: la iluminación llegó demasiado tarde. El aterrizaje no pudo ser más forzoso, si tomamos en cuenta que el punto inicial de contacto con la superficie de la pista vino a ser esa tierra de nadie que se encuentra entre la eminencia del frontal y el valle lateral de la sien. El espacio se desgajó en un abanico de dimensiones paralelas e incandescentes, en cada una de las cuales una réplica de mi cuerpo se alejaba, desprendiéndose en caída libre hacia núcleos de luces concéntricas que giraban en espiral. Entropía pura. El gran agujero negro no aguardaba por mí, yo era, literalmente, el gran agujero negro.

Me cuentan que por algo menos de diez centímetros, el caucho del primer vehículo no me destazó en canal. El frenazo, no obstante, provocó que la segunda o tercera motocicleta de la escolta me golpeará de nuevo, haciéndome rodar hacia la acera, donde Carmen Luisa ya gritaba fuera de sí, mirándome sangrar. Aquel segundo golpe completó la labor de aturdimiento que el primero había iniciado. Perdí la noción del tiempo y del lugar. Ahora estoy allí. Una espesa neblina comienza a invadirme cuando al fondo, en el límite del horizonte, entreveo un comando de cíclopes embutidos en chaquetas negras, cascos y botas alemanas que se abalanzaban contra mí, me alzan del suelo y me inmovilizan contra la pared, profiriendo amenazas. Una voz femenina, quizás la virgen de la dolorosa o la novia de Frankenstein en el momento de abrir los ojos a la vida, grita pidiendo ayuda en contra de los monstruos que me torturan. Yo apenas entiendo, aturdido bajo un laberinto de soles color mostaza, pero siento que me halan, que me doblan el brazo hacia atrás, que me registran. Un rayo con zumbidos de sintetizador me alivia contra la superficie rugosa del muro y dejo de experimentar dolor.

¿Cuánto tiempo pasé subsumido en aquel nirvana sin conciencia? ¿Un minuto?
¿Cinco? Abro los ojos de nuevo y a quién creen Uds. que alcanzo a ver en persona si no al propio Francisco Landáez: miro el rostro, la chistera en la mano, el paltó levita

que calza; huelo la vaharada de Yardley hasta el mareo. No hay dudas: es mi padre. ¿Estoy muerto, acaso? ¿De dónde proviene esos zamuros gigantes y esa incandescencia verde y ese feto ensangrentado que papá trata de esconder entre las manos? Me toco la frente; sangre. Recuerdo Unchained Melody. Vallejo. Carmen Luisa. Intento incorporarme para ir en su búsqueda, pero papá y otro hombre de levita me sostienen.

Las voces insisten en que debemos cruzar la calle hacia la clínica «Farías» que uno de los universos flotantes en una de sus innumerables giros ha depositado justo frente a nosotros. No. No deben moverme, dicen. Puede haber lesión interna. Prevenir, prevenir, prevenir. Hombres de blanco aparecen y me acuestan en una camilla. ¿Dónde está Carmen Luisa? Vestal dorada, pedacito de qué. Si le han hecho daño estos comemierdas me levanto de esta maldita camilla, así me muera, y los mato, lo juro. Algún chupamedias de la comitiva me escucha telepáticamente. No. No se le había hecho daño a la damita. Todo había sido un lamentable equívoco, un malentendido, él se excusaba, caballerito, yo.

La cabeza de Carmen Luisa, suspendida a metro y medio del piso, me observa, angustiada, al lado de mi padre, junto a la camilla que avanza, un segundo antes de emprender vuelo hacia un vórtice sin fondo.

Al segundo día de hospitalización ya había desfilado por la habitación número 28 la tercera parte de la población de Las Acacias y toda la matrícula del quinto de ciencias. Al menos así me lo pareció. De hecho, me avergonzaba toda aquella caridad cristiana derrochada sin razón en un caso que no revestía la menor gravedad. Hay que practicarle todos los exámenes, hay que someterlo a observación cuidadosa, nuestro deber es evaluar cómo evoluciona, advertían uno, dos, tres especialistas. Yo, en cambio, los imaginaba a ellos hurgando de reojo el bolsillo de Francisco Landáez, calculando cuánto almacenaría en la chequera aquel payaso con paltó levita y chistera terciada que había acompañado al paciente en el momento del ingreso.

En cuanto a mi estado, la intuición hipocrática a prueba de médicos que ya entonces despuntaba en mí para no abandonarme, por fortuna, ni por un instante a lo largo de la vida, me señalaba que mi integridad física no podía hallarse en mejor proceso. Es verdad que me habían bordado cinco puntos en la frente, que me habían vendado —a mi juicio en exceso— la muñeca izquierda y que al segundo día habían comenzado a aparecer algunos dolores sordos y algunos lanzazos ciegos en sitios sorprendidos, para no mencionar el diagnóstico de «conmoción cerebral» acuñado por uno de los galenos, pero todo esto formaba parte, como podrán darse cuenta —y para decirlo de una manera inédita—, de los gajes del oficio.

Sin embargo, aunque discrepara de los matasanos en todo lo demás, había algo en lo que congeniaba con ellos: la necesidad de permanecer el mayor tiempo posible ociosamente enclaustrado en aquella mazmorra blanca. Y es que si ellos acariciaban en sueños la caja de caudales de la clínica, yo hacía otro tanto con el cofre trigueño y de ojos amielados donde el destino atesoraba mi felicidad. De hecho, lo primero que había visto en el momento mismo de recobrar el conocimiento el día anterior (pensaba que había muerto, que algún ser celestial me acogía en la gloria haciendo caso omiso de mis dudas teológicas y de mis fallas veniales) fue la sonrisa de mi doncella. Desde el lecho de herido, sobreponiéndome al olor del alcohol, el agua oxigenada y el merthiolate que me amenazaban en primer plano, y luego a esa vaharada general característica de las clínicas que siempre las ha hecho tan insoportables, extendí el brazo para tocar la mano de Carmen Luisa. Ella se llevó el índice a los labios y me indicó que no hablara (también el cine y la televisión habían contribuido a su cultura, no había duda), pero tomó mi mano entre las suyas y aquello bastó para congraciarme conmigo mismo (la sarta de cretinadas en las que había incurrido durante aquella memorable mañana de enero no encontraba paralelo en mi pequeña historia) y con las circunstancias que me habían postrado.

El éxtasis se hubiera prolongado durante horas de no ser por la aparición de mi enlevitado padre en el costado opuesto de la escena, acompañado de otras figuras que con igual atuendo se habían visto obligado a interrumpir el séquito de limusinas oficiales que casi por milagro habían logrado evitar aplastarme unos momentos antes. Papá me tomó la otra mano y me estampó un beso en la frente, justo al lado del sitio donde el médico había bordado los puntos, mientras el resto de la comitiva de zamuros se creía obligada a sacudirme varias veces el brazo izquierdo como si quisieran desenraizarlo de su lugar natural y a derretirse en disculpas por el incidente y por el comportamiento impropio de la escolta, yo debía saber y perdonar, se trataba de gente muy simple, entrenada para hacer su trabajo, y tal por cual y yo debía saber, etc. Por fortuna, de nuevo sonaban los redoblantes y ellos tenían que cumplir con el compromiso ineludible que el desafortunado percance había postergado. Papá declaró que me dejaba en buenas manos, picándole el ojo a Carmen Luisa, y que ya el resto de la familia estaba avisada y en la vía.

Los tres días que pasé hospitalizado en la clínica «Farías» los puedo reseñar entre los mejores de mi vida. No sólo me acercaron al corazón de Carmen Luisa, sino que me permitieron conocer al detalle algunas de esas facetas tan suyas que en el futuro aflorarían de vez en vez, integrándose como momentos naturales de lo que iba a ser nuestra prolongada relación, y que, de haber sido otras las circunstancias, me hubieran resultado difíciles de atrapar, al menos con la rapidez con que pude lograrlo estando confinados. Me refiero a los altibajos de su carácter: ternura y acritud, aproximación y distancia, humor y rabieta, pasión e indiferencia. Me refiero a su tono vital, a la

manera sensible como juzgaba las pequeñas cosas de todos los días. Me refiero a la curiosa precisión con que manejaba algunas ideas y algunos ideales que le habían llegado a través sin duda de ciertas lecturas de portada velada que yo sin embargo había trasvisto a medias en los días de la persecución. Me refiero, en fin, a la conversación inteligente e íntima (como si se tratara de grandes secretos compartidos) que a lo largo del tiempo llegaría a fundirnos en una identificación diría que siniestra si al mismo tiempo no hubiese resultado tan inevitable.

Creo no exagerar si anoto que Carmen Luisa sólo se separó de mi lecho «de enfermo» para ir a dormir a su casa (ella atribuía aquella solícita cualidad de sus atenciones a cierto curso que había tomado en la Cruz Roja durante las vacaciones de agosto, dos años antes). La familia no pudo evitar prendarse de ella. Incluso Eliana, mi hermana, que siempre ha sido de tan malas pulgas, la pobre. A mamá le faltaban palabras para deshacerse en elogios sobre ella. Y en cuanto a nuestro viceministro familiar, se veía a leguas que le había caído en gracia desde el mismo momento en que la viera saltar contra la pared, aventada por el motorizado de la escolta.

Tampoco los de la cofradía pudieron sustraerse a su hechizo. Alberto confesó que, a excepción de Maruja, nunca había conocido a alguien que estuviera «tocado por una magia igual» (sic); Antonio, el franchute, declaró ¡Chapeau, mon ami!, mientras se desprendía un sombrero imaginario y ejecutaba una genuflexión de palacio, tan pronto pudimos conversar a solas en la terraza del Taormina; y si se trata de Maruja, la congeniación no pudo ser más completa.

A todas estas, y a pesar de los progresos realizados, de lo que mis amigos y familiares imaginaban (algunos ya presagiaban una boda precoz), y de la pobre idea que ustedes puedan formarse de los recursos de seducción con que contaba para la época, debo confesar que para el momento en que abandoné la clínica, mi salón de trofeos eróticos sólo había recaudado de Carmen Luisa varios besitos castos de bienvenida y de chao sobre las mejillas y la frente, y una embalsamada promesa de quizás. No crucé esta trinchera embrujada, en parte porque no pude (la circulación humana dentro de la habitación, como ya dije, a veces evocaba a una estampida de aficionados al término de una final de béisbol), y en parte porque no quise: la certeza que abrigaba sobre la posibilidad de que los días por venir se inclinarían a mi favor, me llevaba a pensar que era innecesario forzar una situación que, de cualquier manera, nos conduciría al mismo desenlace: la apoteosis. Para no mencionar el mal gusto. Por otra parte, si tomamos en cuenta que apenas dos días antes yo sólo encarnaba a un desesperanzado perseguidor condenado al jadeo y a la soledad, tenía que admitir que los progresos habían sido considerables.

No me quejaba. Le daría, de nuevo, tiempo al tiempo.

3

Retrato de mujer con sala a media luz. Dominada por la fatiga del trabajo en las comunidades, La Flaca se ha dejado vencer por el sueño mientras contemplaba, extática, la alfombra de sisal. Al lado, la ponchera de agua tibia que le había aliviado los pies. El cuerpo laxo arqueado sobre el sofá, la bata de felpa entreabierto sobre los muslos y la cabeza apoyaba en un cojín de goma espuma: un cuerpo atrapado en un relámpago infinitesimal de tiempo, flotando sin conciencia contra el atardecer.

¿Será posible atrapar un gajo de vida al margen del tiempo?

Sí, es justamente la metamorfosis propiciada por la meditación: el gran vacío luminoso, la suspensión consciente, la integración a la sustancia del universo. Pero son instantes. Si fuese posible prolongar ese ápice... Los participantes de la sociedad de Swiss Cottage afirmaban que podía lograrse: doblar, en cualquier circunstancia y sin esfuerzo, de un nivel de conciencia a otro. La transfiguración instantánea. Una aproximación a aquel «sumo equilibrio» del que hablaba Suzuki: espontaneidad disciplinada y disciplina espontánea al mismo tiempo. Esto prolonga, sin duda, el sonido, la respiración de la vida. Y conforma, también, el espíritu que subtiende al arte: espontaneidad disciplinada, ¿qué mejor manera de nombrar lo que ocurre ante el texto no escrito?

Y bien, en Londres, cuando te veía echado sobre la grama del Heath, o en el rincón de nuestro dormitorio, en Belsize, sentado contra la ventana que te protegía del invierno, embebido en ti, y con el olor a jazmín y a madera ahumada que se desprendía de la espiga encendida deslizándose en la inmovilidad de la noche, tuve la sensación frecuente de haberme encaprichado con una reencarnación híbrida de Bodhisatva y el príncipe Gautama, ungido en las aguas del río Turbio y adobado con onoto de Barlovento; ahora tengo la certeza.

Es hermoso lo que has anotado. Lo entiendo. No sé cómo pero lo entiendo. ¿Algún arrebató místico, involuntario, en mi inocente pasado, tal vez? ¿Algún alelamiento más allá de los límites normales mientras contemplaba el silencio verde del mar, en Mochima, o la neblina anaranjada sobre Windermeer? No lo sé. Sólo lamento haber llegado algo tarde para poder compartir desde el inicio ese pedazo de ti tan tuyo. Espero poder sentarme algún día en el mismo altar sereno, junto a ti, a dejarme invadir por el universo, como dices. Firma: tu Flaca, despersonalizada y flotante].

Cultiva el silencio y la contemplación. Abrázate a los ojos y no a los puntos de vista, como recomienda Castaneda. Y si vas a abrazarte a los puntos de vista, no los manifiestes hasta decantarlos bien. Y si los vas a manifestar sin decantarlos, cuídate de no herir con ellos a los que te aman. Corolario: reservar las explosiones sin templanza para la literatura ¿Corolario o deseo?

En todo caso, los dioses que custodian a los lunáticos acudirían una vez más en mi auxilio durante aquella farragosa semana del accidente y de mi salida de la clínica, esta vez bajo la especie de una invitación a una cena frustrada. Contaré las circunstancias por dos razones. Primera, porque la fecha marca el inicio de mi relación con Carmen Luisa. Segunda porque algunos detalles ilustran de forma patente el principio según el cual quien construye lealtades, comparte enemigos: implacable aforismo que de manera tan especial gravitaría en nuestra relación a todo lo largo del imprevisible futuro.

Mamá que, como ya dije, había quedado encantadísima con Carmen Luisa, concibió la idea de que una cena íntima sería sin duda la forma más apropiada de agradecerle a su «futura nuera» (las comillas son de ella, de mamá) todas las atenciones y los sacrificios que había rendido a su primogénito, durante el tiempo en que su primogénito había permanecido enclaustrado en la celda número 28 de la Policlínica «Farías». El menú tendría como plato pivote un asado negro, según la infaltable receta de las Díaz, ancianas y alcanforadas primas que vivían en La Pastora, a quienes mamá sólo recordaba para hacerse asesorar por ellas en los convites especiales, y cuya presencia en esta historia sólo es relevante por el hecho fortuito de haber sido su casa de altas ventanas y largos y silenciosos pasillos, el altar donde este chamán que les habla inmolará su virginidad entre las manos (y entre otros órganos no menos importantes) de una vestal edípica, en los remotos días de su primera visita a la ciudad, unos años antes.

(El hecho se encuentra relatado en un lenguaje más bien obscuro y con detalles procaces en el capítulo 8. No es este, por tanto, el momento adecuado para insistir en el incidente —sin embargo, los lectores de paladar fuerte que por cualquier razón se sientan interesados en la alcantarilla, quiero decir aventurilla, pueden después de este punto y seguido, saltarse con toda tranquilidad las páginas al caso para saciar su curiosidad—.)

A las siete de la noche en punto, festejada desde lo alto de su torreón por el gesto de

mi bienamada, mi improvisada carroza (un Ford sin pretensiones que era de propiedad familiar y que papá había condescendido a prestarme en virtud de la eminencia de la fecha) se detenía al borde mismo de la avenida Roosevelt, en espera del prodigio. La planta baja del templo milagroso, un edificio de ocho niveles con balcones voladizos y un pomposo mural cubista a todo lo alto del costado izquierdo de la fachada, estaba ocupada por comercios.

En el cafetín, protegidos por los toldos multicolores de la breve terraza, vecinos y clientes habituales se agrupaban en torno a las mesas. Respiré el aire fresco que soplaba entre los árboles y que olía a frutas maduras y a café. En la radio, Paul Anka interpretaba «You are my destiny», indiferente al equilibrio que mis vísceras y mi cerebro deseaban conservar a toda costa.

La conserje, con rollos y ganchos en el pelo, apagó la televisión y se asomó por la puerta entreabierta. Desde el primer nivel, a volumen de movimiento sísmico, la tumbadora y la trompeta de la Sonora Matancera reabrían la brecha hacia el ritmo tumbadito pero melcochoso de «Besito de coco», mientras los gritos anacoberos de Celia Cruz urgían por favor que la amasaran con canela, con saliva, mi negro, con pulpa de coco, con anís, mulato, para que la oyera toda la cuadra, lo que suscitó la protesta inmediata de la conserje y del marido que ahora comenzaba a vociferar.

Aparté los ojos de aquella vulgar refriega de mortales.

Miré a través de la ventanilla hacia el cielo: una esfera redonda y satinada refulgía, casi irreal, en lo alto. De pronto, en el fondo del vestíbulo, apareció mi amada, embutida toda en un sedoso género blanco, sideral como el nacimiento de la luz. ¡Jamás la había visto tan bella! Le imploré al Dios de mis padres o quizás a las deidades griegas que para entonces estaban de moda en el seno de la cofradía, que protegieran aquella sonrisa aureolada de diamantes y fulguraciones violeta, de la celosa reabsorción que, por un descuido de los suyos, podía hundirla en un socavón sin fondo, inalcanzable para mi deseo y para el coro de vestales de largo camisón translúcido que la flaqueaban en doble línea, suspendidas sobre el aire, entonando a un mismo tiempo hosannas penitenciales y acordes melódicos de Paul Anka.

Me lancé del carro, esta vez sin trastabillar ni hacer el ridículo, le di un beso en la mejilla y le abrí la puerta, diciéndome a mí mismo que aquella escandalosa aparición sólo podía augurar bienaventuranza.

La segunda sorpresa de la jornada resultó, sin embargo, más bien desagradable.

Aunque, como les dije, sirvió para que Carmen Luisa conociera (o más bien intuyera) a un nefasto personaje que en el lenguaje de las telenovelas podríamos clasificar en las categorías de contrafigura o de villano, pero que dentro de las claves cifradas de nuestro grupo había sido distinguido con el código preciso y secreto de «gran comemierda».

El inefable encuentro aconteció al final de ese laberinto de calles arboladas y estrechas que separa a la avenida Roosevelt, a la altura de Parque Tiuna, de la avenida Victoria. Doblando justo en la esquina del almacén de trajes, podíamos descender por la ruta hacia el este, para trepar luego por la calle Guayana hasta lo alto de las colinas. Fue en esa intersección, que tantas veces cruzaríamos más tarde, hasta el hundimiento definitivo de la familia unos meses después, donde el descapotable de El colorado Febres nos abordó. Debo confesar que esa vez mi imbatible detector de mierda me falló. Ninguna hedentina de excremento de puerco precedió a la aparición súbita de Febres y su ristra de chupamedias. Error de mi parte, porque debí recordar que allí, a escasos metros de la esquina, se hallaba una de sus habituales guaridas: el café Dorta, cuya terraza les servía de cuartel general en la zona.

Lo cierto es que no habíamos terminado de tomar el canal rápido de la avenida cuando justo desde los entrantes demarcados en el costado derecho, arranca, picando cauchos, un descapotable de dos tonos a cuyo conductor sólo reconocí unos segundos después, cuando, al ubicarse en paralelo, comenzara a desplazarse al lado nuestro, a escasos centímetros de la ventanilla de Carmen Luisa. Pensé que el mejor antídoto sería no hacerle caso, humillarlo a fuerza de ignorarlo: me adelantaría a él y viraría a la derecha. Lo hice. Tal como esperaba, él viró bruscamente a la izquierda y me igualó. Esa era mi estrategia: allí, los carros de la vía rápida que ya comenzaban a protestar, lo obligarían a seguir.

De pronto lo vi lanzándome un beso voladito y advirtiéndole a Carmen Luisa (y creo que a la cuadra entera, tales eran los gritos) la pérdida de tiempo que significaba acompañar a un maricón de mi calibre. Entonces fue cuando el peor gen de los Landáez asumió por entero el control de mis actos, y me dejé envolver en uno de esos accesos de paranoia que sólo en la adolescencia podemos conocer: ¿qué tal si la broma era tomada en serio por Carmen Luisa? ¿Qué tal si mi estrategia inicial de ignorar al malparido era interpretada por ella como una pusilánime cobardía, justo en la fecha de nuestra primera cita formal? ¿Qué tal si primero ella y luego la ciudad y el país y el universo entero comenzaban a creer de verdad que yo era marica? Pensé esto en una millonésima de segundo, hice caso omiso de los latidos de la herida que aún me escocía en la frente, atisé la trompa del descapotable que, por alguna razón, estaba sin parachoques, y cuando ya El colorado se apretaba a avanzar, presionado por los carros represados tras él, viré de nuevo bruscamente, esta vez hacia la derecha,

acelerando para ubicarme justo a la cabeza de la cola.

Me bastó sacar la mano por la ventanilla hacia arriba, ejecutar, sin que Carmen Luisa se percatara, la señal del dedo medio que tan buenos resultados arrojaba en estos casos, y arrancar patinando sobre la vía rápida, para lograr que el menso mordiera el anzuelo. Le pedí a mi sacerdotisa que se aferrara cuanto pudiera, y cuando ya alcanzábamos los límites rojos del cuadrante, mordido mi parachoques trasero por el carro de Febres que también había patinado y me perseguía a igual velocidad, le descerrajé el uppercut especial que tan dulcemente había reservado para él: apliqué los frenos.

Desde la esquina de la avenida Guayana, a doscientos metros del suceso, momentos después, pudimos Carmen Luisa y yo bajar del carro y divisar con comodidad (y con embriagadora satisfacción por mi parte: todavía me quedaba una leve resaca del ataque de paranoia) la conmovedora escena. Al centro, el descapotable de Febres, muerto, dominaba el espectáculo rodeado por los cuatro malparidos que lo había ocupado y que ahora contemplaban, incrédulos, la espesa columna de vapor de agua y humo que se elevaba desde el maltrecho radiador, mientras a unos pasos del grupo, vociferando y blandiendo el puño hacia nosotros, El Colorado Febres juraba venganza.

Inmediatamente comencé a sentirme mal. Había vencido a la sabandija en buen a lid, nosotros (y el carro de la familia Landáez, dicho sea de paso), habíamos salido ilesos del percance, y de nuevo estábamos listos para reemprender la ruta, pero me sentía el gusano más despreciable del mundo.

Miré a Carmen Luisa que, a mi lado, todavía temblaba por la impresión del golpe: me había exhibido como un bravucón barato ante ella, la había sometido a la tortura de una loca carrera de acomplejados y al insensato riesgo de un choque y todo eso porque un comemierda que ella ni siquiera conocía se empecinara en ejercer su habitual oficio con quienes primero se habían atravesado en la ruta que de costumbre usaba para arrastrarse, en este caso nosotros.

Haciendo esfuerzos para no suicidarme despedazando mi sesera contra el muro de la panadería Guayana, por imbécil, puse la mejor cara de que disponía y le pedí perdón. Ella sonrió, apenada, y asintió. ¡No volvería a ocurrir!, juré para mí. ¡Aquello no me podía volver a ocurrir!

Creo no equivocarme si afirmo que aquel duelo infantil, vaciado sin alteraciones de las películas de Dean que las salas propagaban entonces, significó la última ofrenda que le rendí a esa mezcla de fatuidad con pedantería que constituye la peor peste de

la adolescencia. No es que desde entonces me haya librado de la petulancia y del error, pero incurro en ellos con propiedad y con delicadeza, pido excusas, para decirlo como le gustaría a Antonio que se dijera.

Llegamos a la casa mientras Raúl Shaw Moreno cerraba la última estrofa de «Sabrás que te quiero». Me sentía mejor, no sólo porque la música, que siempre ha ejercido un efecto instantáneo en mí, me había sedado, sino porque en el trayecto que medió entre la parada de inspección y el garaje, me las arreglé para trazarle a Carmen Luisa un retrato, lo más completo posible dadas las circunstancias (el trecho era corto y las mierdadas largas), de El Colorado Febres. Razoné, ignoro si con certeza, que una de las maneras de aliviar el papelón que había protagonizado, estribaba en explicarle quién era el personaje que nos había agredido y cuál era su prontuario en la zona y en el Fray Luis mismo. Una dosis de ubicación histórica la ayudaría, no a perdonar, pero sí, quizás, a comprender.

Para el momento de pulsar el timbre y oír la voz de mamá, que se anunciaba desde la escalera, ya Carmen Luisa estaba casi convencida de la justicia de mi propio veredicto sobre las perradas de Febres. Aquiles se encargaría luego, durante la cena, de salvar la brechita que nos separaba de la tortuga, para que el acatamiento fuese completo. La noche todavía era vasta, me dije, y mi deseo también. Aún no sospechaba hasta qué punto estas palabras iban a resultar proféticas. Una hora después, Fernando, el raptador de doncellas, iba a ser visto por sus asombrados vecinos en el momento de partir, con su carroza enjaezada, su alforja provista y su bienamada en brazos, rumbo a los misteriosos confines de la noche.

La primera parte de la velada transcurrió sin novedades, excepto por los reiterados viajes que papá realizaba al estudio para «cumplir con su agenda de llamadas», y por el nerviosismo inusual que manifestaba. No llegó, sin embargo, a resultar descortés. Por el contrario, lucía más bien sobreactuando en sus atenciones para con Carmen Luisa, y se reía estrepitosamente de algunas anécdotas que en otras circunstancias, estoy seguro, lo hubieran dejado imperturbable, e incluso hasta lo hubieran irritado. En cuanto a mamá, que se empeñaba, tal vez con derecho porque era la anfitriona, en permanecer todo el tiempo junto a nosotros, mi único temor eran los temas de conversación que plantearía (todos domésticos por supuesto: esa era su vida) y la impresión que ellos pudieran dejar en mi nínfula.

Por fortuna el cacareo discurrió por meandros menos inquietantes. Como en la clínica,

el tema central de inicio fue este modesto servidor: Yocasta y Afrodita discutiendo las virtudes (y los defectos) de ese héroe desconocido y protegible que todos los hombres han sido para sus madres y esposas desde el comienzo de los tiempos. Me sentí halagado e incómodo a la vez, y opté por levantarme de cuando en cuando so pretexto de cambiar la música de Los Platters a Lucho Gatica, de Shaw Moreno a Chris Barber, de Glenn Miller a Aldemaro Romero, como un digno espécimen de la extraña fauna que pulularía en la década siguiente, cuando se pusieran de moda las discotecas y los discjockeys, pero todavía ignorada en aquel enero de 1957.

La que se vio obligada a hacer mutis con el tópico siguiente, fue mi hermana, Eliana. Mamá interrogó a Carmen Luisa sobre sus estudios y sus planes para la universidad y aprovechó la ocasión para descargar un tierno sermón, como era su estilo, sobre la cabeza de Eliana, que aquel año no las estaba teniendo todas consigo en el colegio. En cuanto a Carmen Luisa, no me extrañó que revelara, bajo presión de mamá, que se encontraba a la cabeza de la clase y que proyectaba estudiar Psicología en la Central. Lo que sí nos sorprendió a todos, comenzando por mí, fue que, contrario a lo que pudiera pensarse por su habitual boina a lo Gréco y su afición por las lecturas del nicotinoso Sartre, se hubiera quedado con la presea de campeona en el torneo interliceísta de ping-pong del año anterior.

En otro gesto sobreactuando, al regreso de una de sus excursiones al estudio, papá la desafió a un enfrentamiento amistoso tan pronto ella, Carmen Luisa, pudiera agarrar la raqueta y estuviera emocionalmente lista para soportar sus feroces mates. No había terminado mi doncella de ponerse de pie, para aceptar, con el saludo olímpico por delante, el reto del viceministro, cuando fue mamá, que se había ausentado para verificar un extraño vaho a carne chamuscada, quien hizo aparición, con el rostro desencajado y pálido, por la puerta de la cocina, elevando aquel legendario grito que marcaría un golpe de timón en la cena y cambiaría para siempre los augures de la noche, y probablemente de la vida, a mi favor.

No. El grito de la señora Landáez no fue un conjuro de ensalmadora, ni un aullido de taumaturga, pero, para todos los efectos, surtió idéntico encantamiento.

— ¡Es Manuela! —chilló, casi sin aire, las pupilas desorbitadas—. ¡Está muerta en la cocina!

Corrimos hacia la puerta con la esperanza de que se tratara de una alucinación: allí, tendida en las baldosas, bajo la mesa de pantry, yacía, en efecto, el cuerpo de Manuela. Desde las hornillas de la izquierda se alzaban un áspero olor a carbón en ascuas y una asfixiante columna de humo negro que impregnaban la habitación.

El salón principal de «El Aljibe» era una reproducción, en pequeña escala, de una casona colonial al estilo del mantuanaje criollo del siglo XVIII. Con sus corredores laterales de ladrillos rojizos, su profusión de madera y de adornos de sisal y su jardín umbroso con espesos follajes de monstera y su rumor de agua, parecía el lugar propicio para una reunión familiar de algún «gran cacao» de los que habían amasado fortunas inmedibles en las haciendas del Tuy antes de la era del petróleo.

Carmen Luisa había elegido una pequeña mesa del fondo que apenas se entreveía tras un enorme tinajero. ¿Se había dejado intimidar quizás, por la elegancia del sitio? En todo caso, yo mismo no estaba muy seguro de lo que se esperaba de mí. Desde el propio momento en que papá me cediera el segundo carro y me introdujera en el bolsillo aquella inverosímil cantidad de dinero para que pudiera continuar en otro sitio la celebración tan abruptamente interferida por el inocuo percance de Manuela, no había podido evitar, novato al fin y al cabo, el llenarme de dudas.

¿Qué esperaba Carmen Luisa que yo hiciera de la noche, ahora que estábamos solos y sin itinerarios prefijados? ¿Llevarla a comer a un restaurante elegante y cumplir así, de alguna manera, con el programa inicial? ¿Meterla a bailar en una boîte hasta la madrugada? ¿Brindarle unos helados de ron-pasa en Crema Paraíso? ¿Raptarla de una buena vez y poseerla, por las buenas o por las malas, en una habitación de motel? ¿Emprender todas estas proezas, minuciosamente, unas detrás de otras, por orden de complejidad? ¿Si al menos estuviera aquí Antonio o Alberto, mis incondicionales cofrades, pensé, o Giacomo Casanova o Lao Tse o Viracocha, en persona, dispuestos a discutir el acertijo, a aconsejarme, a transmutarme en dandy avezado!

Lo de Manuela, la cocinera, había resultado un desmayo anémico que el propio médico del clan, el infaltable Bermúdez, ya había pronosticado semanas antes, y que ahora, al acudir al llamado de la familia, corroboraba para tranquilidad de todos. Reposo, un reconstituyente y cumplir al pie de la letra el tratamiento que en la consulta anterior le había prescrito y que ella, Manuela, se había negado a seguir sin que ninguno de la familia se enterara: eso era todo, aparte del susto, y el asado que había dejado quemar, bromeó Bermúdez, recuerdo. Mamá le pidió noticias de Alida, que nunca se molestaba en llamar a su tía, la muy ingrata, y le prometió que en cuanto a la testaruda de Manuela, ella misma se iba a encargar de meterla en la cama y de vigilarle los remedios. Lo juraba.

Para aquel entonces yo creía haber superado ya el embarazoso vicio de enrojecer hasta la raíz ante el solo nombre de Alida, mi prima edénica, una involuntaria costumbre que me acarreó más de un problema en mi pubertad, pero ahora, supongo que por la presencia inocente de Carmen Luisa, su fugaz aparición en boca de mamá bastó para perturbarme de nuevo. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Cinco, seis años antes? En todo caso yo no lograba reconocerme en aquel amante gozoso y torpe que, siendo casi un niño, había transpuesto el sobrecogedor umbral del sexo de manos de una prima adolescente y, para todos los propósitos, tan ingenua como él mismo podía serlo entonces. No había motivos para que Carmen Luisa, en caso de que reuniera el coraje para contárselo, pudiera padecer de celos retrospectivos.

Una risotada de mi ninfa, que conversaba con Elianita, me arrastró de nuevo al presente. Bermúdez había salido y mamá lo acompañaba hasta la reja del jardín, ya sabía, le saludara a Alidita. Papá regresaba del estudio: se había presentado una emergencia, debía verse con Cabrera, del Departamento de Seguridad, en 30 minutos.

— Tendrás que cuidar bien a Marisela —oí que le dijo a mamá—. Es muy testaruda. Hay que vigilarla.

— ¿Cómo? —preguntó mamá.

— A Manuela —dijo papá, fingiendo hurgar en el maletín, ya al borde de la salida—. Vas a tener que controlarla.

— No dijiste Manuela —replicó doña Carmen—. Dijiste Marisela. Escuché claramente.

Vi que papá, cambiando de tema, se volvía, apresurado, y tomaba el sendero del jardín.

— No me esperes. Regreso tarde

— Dijiste Marisela —comenzó a insistir mamá, intrigada—. ¿Quién...?

Pero ya el viceministro había subido al carro.

— Ahora la que está enfermándose eres tú... de los oídos —dijo finalmente, bajando la ventanilla.

Sonrió, le lanzó un beso voladito y se alejó rumbo a la avenida Victoria.

Recuerdo que aquella fue la primera vez que escuché el nombre de Marisela, y, sin

prejuzar del todo, apenas intercambié miradas de duda con Carmen Luisa, que también había registrado la turbación de papá. Nos despedimos de Elianita y de mamá y Dios te bendijera, mi amor, a Carmen Luisa, invocó mamá, dibujando una cruz en el aire; ¿te habías dado cuenta de lo distraído que se estaba volviendo tu padre últimamente, hijo?, a mí, dijo mamá, ¡pobre Francisco, debía ser la edad!, antes de que la viéramos atravesar el porche, quejarse en voz alta de Manuela y arrellanarse frente al televisor con los brazos cruzados, ¡hacía frío aquella noche, mijitos!

A la salida de «El Aljibe», recibí las llaves, di la propina y esperé que el portero le abriera la puerta a Carmen Luisa antes de entrar al carro. En la radio, Elvis Presly modulaba «Teddy Bear», una canción donde el enamorado le imploraba a su amada que lo dejara ser su osito de peluche. Nos miramos, sorprendidos, y soltamos la carcajada. Justo unos segundos antes ella me había confesado que aún conservaba en su dormitorio los mismos muñecos de peluche que había atesorado en su infancia y que, en ocasiones, cuando el sueño no llegaba, le bastaba con abrazarlos junto a la almohada para quedarse dormida. Yo había bromeado advirtiéndole que me estaba comenzando a sentir celos de los peluches ... ¡y ahora el botón del carro nos recibía con aquel disco!

Subíamos por la avenida Andrés Bello. La noche estaba transparente y fresca, y en el cielo despejado soplaba el apacible viento de enero. Me sentí sereno por primera vez en toda la velada y pensé que era dichoso y privilegiado con toda aquella felicidad que casi podía tocarse con los dedos. La presentía al lado, sobre mi cabeza, a la distancia de un brazo extendido. Nada de violencias, nada de precipitaciones, me repetí, nada de ruido y furia. Timing. Encuentros cálidos. Mutuo conocimiento. Me veía más cerca que nunca de Carmen Luisa y, lo que era aún más importante, tenía la certeza de que Carmen Luisa también me veía así.

Ahora Lucho Gatica iniciaba «El reloj» y, hacia el norte, las estribaciones del Avila destellaban con iridiscencias de nácar bajo una luna espléndida que se alzaba a un costado. Aquello terminó de decidirme: debíamos hacer una última parada antes de retornar a la guarida. ¿La explanada de la estación del teleférico, quizás? Carmen Luisa no se hizo rogar: haría frío allá, pero habíamos tomado la precaución de los suéteres, y aún era temprano. Giré a la altura de Maripérez mientras sentía que un grueso trago de la pócima del éxtasis, descendía por mi garganta, quemándola.

En aquella época yo practicaba con deleite esa pasión adolescente (que muchos prolongan hasta la senectud) de ejercer el derecho a la polémica y la impugnación más allá de los límites que la lucidez e, incluso, la mera fatiga, imponen. Bastaba que

alguno de mis amigos pronunciara una frase certera, inolvidable según los arbitrarios cánones de la edad, para que yo me lanzara contra él con un encarnizamiento tan desproporcionado que a menudo desataba las carcajadas del grupo o me exponía a la vergüenza de una contradicción flagrante. Esta pasión destructora se volvía aún más exacerbada cuando se trataba de una frase por la que, maldita sea, yo hubiera dado la vida para que me perteneciera. Era una especie de suicidio dialéctico, si me perdonan la expresión. Antonio, por ejemplo, anunciaba la frase, y entonces yo me abombaba, tomaba impulso, y me lanzaba contra ella con la ferocidad de una piraña amazónica. Si no era mía, no sería de nadie. O yo la volvería falsa y huera.

Por supuesto, los íntimos de la cofradía llegaron a conocer el jueguito de manera tal que a la postre se volvieron capaces no sólo de anticipar mis reacciones, hazaña nada difícil, tomando en cuenta mis aspavientos, sino también de aplicarles a tiempo el antídoto adecuado y, por tanto, de neutralizarlas. Esto llegó a ser especialmente cierto con Antonio, quien, a pesar de su propensión a la divergencia, o quizás precisamente por ella, vivía en permanente polémica conmigo.

Una de aquellas declaraciones grandilocuentes a las que con frecuencia nos entregábamos en nuestro ocio, se le había ocurrido, justamente, a Antonio, a Peraloca, como ya lo apodábamos, y tenía que ver con lo que él llamaba, pomposamente y entre comillas imaginarias, «la naturaleza intermitente de la felicidad». Según la reflexión, la felicidad estaría constituida de momentos aislados: no sería, por tanto, un estado permanente o continuo sino una sucesión de espasmos que, por cierto, debían ser escasos en número.

Con el transcurso del tiempo, llegué a percatarme de que esta creencia, aunque matizada en incontables formas y embozada tras innumerables disfraces, había estado circulando de manera fatal por las bóvedas subterráneas de todas las canciones de amor desde el comienzo de la historia. Aturdido por la candidez de aquella edad, sin embargo, el comentario de Antonio me lució no sólo hermoso e irrefutable, sino, lo que era peor aún, absolutamente original.

No lo pude soportar. Recuerdo que era una tarde de domingo y nos encontrábamos, desperezados en la terraza posterior de su casa, discutiendo los destinos posibles de los personajes de Peyton Place mientras escuchábamos el «Tragadiez» de Morel. Perdí los estribos de tal manera que en un momento, al tratar de obligarlo a mirarme y a tomar en serio mis absurdas impugnaciones, incurrí en la estupidez de tomarlo por el pecho, rasgándole el cuello de la chaqueta y provocando la afortunada intervención de Alberto y de Maruja, que finalmente me tranquilizaron, haciéndome volver a mis cabales. Al día siguiente, de manera espontánea, cabizbajo y sintiéndome de verdad una rata de cloaca, fui a pedirle excusas a Antonio y a reconocer mi error.

Ciertamente, la amistad de Antonio valía el esfuerzo... y la frase que había terminado por suscitar aquel acto de madura contricción, también.

Pues bien, nunca antes durante mis mal vividos 17 años de existencia, me pareció tan fundada aquella expresión como esa noche, mientras ascendía con Carmen Luisa a mi lado la pendiente de Maripérez. Si la felicidad se hilvanaba con instantes fortuitos, aquella velada, sin duda alguna, tendría que ser uno de ellos.

Habíamos subido a la explanada de la estación, habíamos contemplado el centelleante tapiz del valle que se extendía debajo como un animal largo y delgado, habíamos conversado de esto y de lo otro con «La antología del bolero» como tramoya... pero sabíamos que la literatura, la televisión, el cine y hasta la silvestre sabiduría de los amigos, esperaban de nosotros un telón de mayor altura.

Ella y yo también.

El pliegue, por esas cosas que ocurren, provino de un desvío inesperado: el teatro. La dirección del Fray Luis había preparado un acto especial con motivo de una recaudación piadosa, y una pieza mía (por favor, disimulen la sonrisa, lo necesito), un «sainete», como prefería llamarlo, había sido incluido en el programa que se montaría unos días más tarde. No quiero abundar sobre esa breve tragicomedia, de la cual, en cualquier caso, tendrán suficiente para cortar unas páginas más adelante, lo mencionaba porque fue un tópico que saltó espontáneamente en la conversación y que, antes de que me diera cuenta de un todo y sin que me lo hubiese propuesto (alzo mi mano sin rubor, vean), había subyugado de pies a cabeza (esa noche ella no lucía su inevitable boina oscura) a la arisca doncella que reposaba a mi lado.

¿El teatro? No. No se trataba del inicio de una relampagueante carrera de dramaturgo, le advertí, a pesar de que la pandilla, que de paso iba a integrar en pleno el elenco de la obrita, se hubiera declarado, en especial por boca de Antonio y mía, admiradora del escatológico Williams y del socialista Miller, cuyas obras, incluidas en el Index Librorum Prohibitorum personal del padre Ignacio, habíamos apreciado en las pantallas de la zona y en los escenarios de vanguardia. Y la actuación, a pesar de que el montaje preveía un papel para mí, era lo que menos me interesaba.

Hoy, de nuevo, un percance con la tubería, esta vez de la cocina, me obligó a suspender el trabajo en una escena clave del segundo acto. Inevitable: o salía a buscar al plomero y a apoyarlo, hurgando por las ferreterías de la zona los repuestos que

requería para detener el escape, o habría terminado con una réplica a escala de los raudales de Atures y Maipures fluyendo silvestres entre la cocina y la puerta de la sala. Es la tercera vez que necesitamos un auxilio parecido en siete semanas. Y yo no logro concentrarme con un taladro, un mazo y un martillo cumpliendo su labor de zapa sobre las cañerías y sobre mis nervios a un tiempo.

Me asombro y me conmuevo al recordar la tenacidad de Faulkner cuando, en los inicios, se veía obligado a garrapatear en la alta madrugada, de nalgas contra el suelo, con el cuaderno de notas sobre las rodillas, aprovechando los breves descansos de la maquinaria que traqueteaba al lado como una locomotora vieja y destartada, durante aquel infame empleo de operario nocturno. Y no menos la prolongada espera de Burroughs para cerrar su ciclo vital: cuatro meses contemplándose el dedo gordo del pie izquierdo en un cuchitril de Casablanca, saturado de opio entre compinches desconocidos y zombis que flotaban en medio de las fumarolas del desierto.

Una determinación expresiva que se sobrepone a todo, casi a la muerte misma, sin que se conciba una circunstancia opuesta, suficientemente adversa como para bloquear la escritura cuando ella acude. Al parecer bastaría el fuego, la «llama domada» para no exiliarse del estado de gracia. Y sin embargo, ¿cómo saber domesticarla cuando sobreviene? Y, aún más, ¿dónde acudir mientras no surge y cómo arreglárselas para doblegar su voluntad, reacia a evidenciarse?

Allí está el caso de Goethe y Schiller, tan compenetrados y, al mismo tiempo, tan diversos en su actitud. Goethe aguardaba, paciente, a veces durante años enteros, la cristalización del tema. No desesperaba. «Hay que amoldarse a la paciencia», proponía, «es un problema de ciclos de fertilidad». Y formulaba luego la analogía con el crecimiento y la maduración de los frutos de la tierra. Pero cuando advertía la más mínima señal, se abalanzaba sobre la cosecha, trilladora en mano, satánico, y no consentía reposo en su furia hasta asegurar la plenitud del saqueo. Schiller, por el contrario, tan apasionado y rebelde en otras pistas, prefería el trabajo diario, a pulso, sufriente ante la hoja con la barbilla reposando sobre la mano que hacía de repisa. El tópico parecía decantarse a través de la voluntad que el poeta le imponía en una confrontación tenaz. De haberla conocido, hubiese suscrito sin duda la reflexión de Flaubert: «El talento es una larga paciencia».

«De persecuciones está tapizado el sendero del deseo»: a veces pienso que en mi caso, y al menos en lo que a ciertos rostros y a ciertas circunstancias tuvo que ver, esta frase

funcionaba como una especie de divisa. Hablaba de Carmen Luisa, pero algo semejante me ocurrió, si bien en proporciones más reducidas y menos dramáticas, con Noemí, en Londres, meses antes de producirse el reencuentro con La Flaca. A Noemí la abordé en el salón asirio del Museo Británico, después de haberla perseguido aquella mañana, fuera de mí, por todos los parques y todos los laberintos de grama, engastados de hojas ocres y doradas que tapizaban a Bloomsbury. Jamás lo lamenté. Con ella pude regresar a la alegría del cuerpo y a la innumerable recurrencia de momentos absolutos, que lograron rescatarme para la felicidad en una época en que, con la partida de mi primer amor en las islas brumosas, me hallaba atravesando unos días más bien grises y planos.

[Nota marginal de La Flaca. No me estoy enfermado de cursilería ni de celos, sabes que detesto ambas cosas, pero esos arrebatos expresivos tuyos deberían ser más moderados. Sobriedad, querido, apestas a literatura. Y no siempre de la buena: ¡ahora resulta que estabas «fuera de ti»! La próxima me la sirves frappé y con canelita en la corona, ¿okey? Firmado: tu «laberíntica» Flaca, que sí conoció bien al Británico, lo sabes, y que no iba a los salones a fingir extasiarse entre las momias mientras saboreaba levantes entre los vivos. Como parecía muletear tu aficionada asiria... ¿Y como parecías muletear tú? Habría que ver. Dicen que el polvillo de los sarcófagos es capaz de actuar prodigios].

Y bien La Flaca parece estimar que los límites de su pasado se diluyen en los límites de mi diario. ¿Cómo persuadirla de que es al revés? Al fin y al cabo es ella quien está aquí, y no Noemí, a pesar de la sala asiria, de cierta sonrisa con refulgencia de láser cuya comisura bastaba para entibiar los inviernos sobre el río, y de cierto apartamentico anexo de Golders Green, de cuya iridiscente alfombra quisiera acordarme para siempre.

Ciertamente, uno podía recogerse en aquellos ambientes oscuros. La luz fría que flotaba ente septiembre y marzo acogía los secretos y auspiciaba una intimidad que el «tempo» cotidiano terminaba por volver natural. Había horas para ambos espacios: el personal y el compartido. Y la mirada detrás de la ventana hermética se volvía sin esfuerzo sobre ella misma. Aquí, en cambio, todo parece vivir hacia fuera: la luz, el color, la vibración, el movimiento: todo resulta intenso. La corriente de los días fluye hacia el exterior y es menester un esfuerzo para retenerla. ¿Ojos que empalan el gesto? ¿Ojos que engrillan? Volveré sobre esto después.

En cuanto a Carmen Luisa, aquella noche de enero del 57 todavía me tendría reservada otra sorpresa. Una revelación suya que por primera vez me mostró el hueso de un conflicto que se había estado incubando sin duda desde la temprana infancia y que de alguna manera gravitaría sobre los largos días que nos tocaría resolver en el futuro, y sobre ella misma, marcándola en cada edad. Me refiero a la imagen que había elaborado de la madre, y a los hilos filosos que la vinculaban a esa imagen.

Comenzó por relatarme la historia con una frialdad tan distante que desde el primer momento me lució sospechosa. Trazó, en un lenguaje normalmente reservado a la mesa de disección, un largo itinerario de desencuentros y escarnios, con la madre como contrafigura, que enraizaba en la niñez pero que se había recrudecido con el exilio del padre, unos años atrás. El tono era el de una psiquiatra en una reunión de discusión de casos clínicos, pero el temblor, que ella se esforzaba en apagar, la traicionaba en el brusco falsete, en la compulsiva frotación de manos o en el odio que se trasveía una y otra vez en cada codo del relato. La manera como apretaba la mandíbula para evitar que los dientes le rechinaran unos contra otros anunciaban que no se trataba sólo de una reseña de injurias remotas, había, además, con toda probabilidad, alguna pústula reciente que la obligaba a aquel incómodo inventario.

Estaba pensado justo en esta posibilidad cuando mi temblorosa princesa, en una de sus primeras manifestaciones espontáneas de lectura mental (que en el futuro constituirían una especie de prodigio casi cotidiano), encaja y me relata, sin mirarme, embebida en algún lugar del vacío negro más allá de la plazoleta, la última de las vejaciones que provenía, precisamente, de la tarde anterior. Narró su regreso sorpresivo, a deshora, al apartamento (había salido media hora antes de la quincalla de la tía, donde trabajaba después del almuerzo); narró la visión de dos cuerpos acostados y jadeantes sobre el sofá de la sala; narró, en fin, los insultos iracundos de la madre mientras, con el rostro desencajado, se ponía en pie de un salto y escapaba arrastrando al amante, desnudos ambos, con las ropas en bandolera hacia el dormitorio del fondo.

Concluyó el relato acezante, fatigada por el esfuerzo que había necesitado para mantener el control. Luego, como quien dicta una lección a un niño de kindergarten, se volvió hacia mí, pronunciando sílaba a sílaba en cadeneta aquel «U-na-mal-di-ta-pu-ta», cuyo ritmo y entonación podría repetir hoy, quince años después, como si acabara de oírlo. U-na-mal-di-ta-pu-ta.

A aquella bacante madura y en cueros que hizo mutis tras bastidores y que más tarde llegaría a convertirse en mi suegra, apenas si alcancé a tropezarla contadísimas veces en mi vida, y siempre en circunstancias tan protocolares que resultaba imposible que el uno esperara del otro algo más que un saludo de cortesía. Ninguna de esas

ocasiones refutó la pobre opinión que Carmen Luisa se había formado de ella; por el contrario, la refrendaron.

Era, el torvo personaje, uno de esos seres de aura siniestra que en su agria leche, no sólo dan un traspies tras otro abollando su propia vida, sino que, por añadidura, terminan por encarnar suerte de reyes Midas todopoderosos que desarrollan la malhadada virtud de transformar en mierda todo lo que tocan. Persona, objetos... hasta lugares. Me consta. Y perdonen que maneje de una forma que pudiera parecer ligera un asunto tan delicado sobre alguien si se quiere cercano; ocurre, a secas, que la perspectiva del tiempo impide que yo abrigue por esa figura algo siquiera lejanamente parecido al respeto. Tal vez asco. Piedad jamás. Espero que más adelante se entienda por qué.

El otro costado de la historia que, por razones por completo distintas, inquietaba a Carmen Luisa, era el banal argumento de Montescos y Capuletos que el exilio político de su padre y la posición ejecutiva del mío nos obligaba a repetir. Sin que mediaran explicaciones, decidimos, en perfecto consenso, que en lo que al punto concernía guardaríamos estricto silencio.

En la inmovilidad de la noche pude sentir que aún jadeaba de odio. Sabía que no me iba a resultar fácil sosegarla, pero la locura de saber que me necesitaba hizo de mí una mezcla de maestro oriental con brujo vienés en ciernes que me permitió amansar, hocico por hocico y más allá de mis fronteras de aprendiz, cada una de las bestias oscuras que aquella noche parecían haber tomado por asalto el desprevenido corazón de mi ninfa.

Sacudí la impertinente imagen de iracundos vecinos veroneses que por un instante me asaltara, y miré la silueta evanescente de Carmen Luisa que, desde el fondo de un cráter sin fondo, amorosa y desconcertada, ondeaba su mano hacia mis labios. La atraje hacia mí, tomé su cara entre mis manos y la besé como nunca antes había besado a nadie. La besé con furia y con ternura, atados ambos en un mordisco que duró siglos y que duró nada. Fue entonces cuando decidí, apostando todo a la ficha de la intuición y del azar, como en aquel bolero de Raúl Shaw Moreno, que la vida no valdría la pena si no la vivía con ella, a través de ella y, de alguna manera que para entonces me estaba negado calcular, también contra ella.

Capítulo III: Finales de 1957

1

CUANDO recobró por completo la conciencia, Bermúdez pudo apreciar, estupefacto, que la trompa del carro había logrado detenerse apenas a diez centímetros del parachoques del camión cisterna. De no ser por la estrepitosa corneta del camión y el frenazo reflejo que él había podido ejecutar a último momento en el filo del sueño, estaría, con toda probabilidad, muerto.

Experimentó un lancinante temblor a lo largo de la columna y sonrió, mirando el perfil de la terraza voladiza que se avistaba en el repecho de la colina, frisada por la luz sucia del amanecer: había rozado la muerte, pero en la lucidez del miedo su primer pensamiento había sido para Alida y el pequeño cuerpo que crecía en su vientre. No veía el momento de cruzar la puerta y echarse a la cama, a descansar a su lado. Había sido justamente ese agotamiento el que casi lo aplasta contra el cisterna: toda la noche en vela, al pie de la cama de Maruja, primero atendiéndola, luego practicándole el reconocimiento ginecológico, y finalmente dándole consuelo a la familia y tratando de domar el odio inespecífico del coronel. A esto se añadía la peritonitis sobre la cual había tenido que ejercer una vigilia de máxima alerta toda la noche anterior: aquella minúscula paciente de dos años a la que rescatara del coma y de la eternidad a fuerza de entereza. Sumadas, de la últimas 36 horas sólo había dormido dos, y, hay que añadir, con sobresaltos.

Ahora entendía que, aunque sólo fuese por profilaxis, debió haberse sustraído a la fiesta de los Paredes, pero ¿cómo eludir la insistencia del coronel y la dulce persuasión de Alida quien, por su delicado vientre de ocho meses, se había visto imposibilitada para cumplirles? Nada: finalmente no sólo había bajado al cumpleaños playero sino, maldita sea, condescendido con avidez a las ofertas escocesas de Paredes y de Landáez, verdaderos corredores de fondo en la especialidad.

Grave error, por supuesto, pero en su descargo, ¿quién hubiera podido prever al comienzo del jolgorio, la tragedia que luego se desataría? Cuando Fernando le informó de las condiciones en las que Marujita había sido encontrada supo, enseguida, que el llamado a asumir la emergencia no era otro que él. Paredes, con todo a razón, había insistido en mantener los acontecimientos al margen de la publicidad. El celo, en este sentido, se extendió a la exclusión no sólo de cualquier denuncia que pudiera dar origen a una indagación policial, sino también de la tentación de llevar a Maruja a

un centro clínico que la expusiera a la curiosidad de pacotilla. Y en esta orden no exceptuó ni siquiera al centro donde Bermúdez trabajaba. No. La atención médica y el reconocimiento ginecológico se realizarían en el estricto recato familiar.

Él, Bermúdez, comprendió. Era previsible: el coronel se hallaba en el ojo de un huracán sordo, vendado por el odio y la impotencia. En verdad, toda la familia y los amigos íntimos de Maruja estaban deshechos. ¡Y aquel muchacho, el novio de Marujita al parecer, a quien habían tenido que sosegar a fuerza de sedantes y sacar de la casa para evitar una segunda tragedia, tal era su arrebató! ¿Cómo se llamaba? ¿Alfredo? ¿Alberto?

Lo que sí no pudo predecir fue la magnitud de la reacción de Paredes cuando él le comunicara el resultado del reconocimiento. ¡Qué curioso! Todavía podía reproducir la frase exacta que en cadeneta, casi sin respirar, eliminando los artículos, logró recitar ante los ojos inyectados del coronel: contusiones en cuero cabelludo, rostro, pezones y perineo; hematomas en cuello, pubis y cara interna de los muslos; desgarros en vulva, horquilla e... himen. Fue esta palabra, como temía, lo que desató el trance.

Todavía podía ver la corpulenta humanidad del coronel cuando, totalmente fuera de sí, el rostro descompuesto, la mirada hueca, la emprendía a puñetazos contra el barandal de la terraza, al tiempo que prometía estrangular con su propias manos una, dos, mil cien veces, al «maldito degenerado», quienquiera que fuera, le asestaba repetidos cabezazos a la pared de la terraza, y, por fin, ovillado sobre el piso, se echaba a gimotear, laxo, como un niño de pecho.

Giró en horquilla en el extremo de la cuesta, dobló a la izquierda para penetrar en la calle arbolada y sonrió, protestando en silencio con una pendulación de cabeza: recostada de la verja, con el enorme vientre anillado por un abrazo y haciendo caso omiso de las estrictas normas preventivas que él había fijado en cinco paredes distintas de la casa (y que le había recordado varias veces por teléfono durante la noche), Alida lo esperaba, ansiosa y preocupada, para escuchar de él los pormenores de la desgracia.

Cuatro horas antes, los alaridos habían intrigado a Carmen Luisa y a Fernando, que se hallaban en la sala de los Landáez, al pie de la ventana, atentos a lo que ocurría al otro

lado de la calle. Pero al percatarse de que las maldiciones del coronel habían seguido al informe de Bermúdez, se miraron largamente, en silencio, y se dejaron caer sobre las butacas. Apenas habían alcanzado a oír fragmentos borrosos del anatema, pero lo que escucharon les bastó para imaginar el resto. De hecho, el diagnóstico del médico, por desgracia, sólo venía a refrendar una certeza sobre la cual ninguno de los dos había albergado la menor duda desde el momento en que vieran el cuerpo semidesnudo de Marujita tendido en medio de la caseta de jardinería.

Carmen Luisa comenzó a llorar de nuevo. Fernando le apretó la mano y dejó reposar la cabeza sobre el espaldar, con los ojos cerrados. Estaba agotado. Ya no podía calcular cuánto tiempo había pasado desde que la llamada telefónica de Carmen Luisa lo sacara de la cama, el día anterior a las seis de la mañana. Recordaba a medias, a través de imágenes espasmódicas, el vórtice loco de los preparativos, el viaje hasta el club, la fiesta, el baile, los concursos. Más tarde la arremetida de los comandos clandestinos, el apagón, la tormenta, la ansiosa búsqueda de Maruja (La Sigmuncita, entre chistes, sin sospechar esta vez, había vuelto a hablar del sueño de la niña extraviada y de la oscuridad y del mar), ¡y luego el shock de hallazgo en la caseta! Después el arreglárselas para darles la noticia al coronel, a doña Hortensia, a Antonio, y, para cerrar, la encarnizada lucha con Alberto a fin de evitar una nueva —y peor— desgracia.

¿Cómo habían logrado domarlo, persuadirlo de que todos se sentían tan ofendidos y heridos como él y de que deseaban la venganza o la justicia o como quisieran llamarla, con la misma intensidad con la que él la estaba deseando, pero también con la simultánea convicción de que era necesario mantener la cordura, ejercer el control que permitiera asestar sin misericordia, sí, pero también sin la más mínima posibilidad de error, el golpe de gracia? Lo ignoraba. Apenas recordaba la salmodia que Alberto había repetido una y otra vez durante todo el trayecto de regreso desde el club hasta la ciudad, y en la cual no había espacio más que para dos culpables: el hijo de puta del Colorado Febres y él, Alberto mismo. Febres por haber planeado y ejecutado el crimen y él por no haber estado allí para evitarlo.

En verdad, todos deploraban el no haber podido impedir la desgracia y se ensañaban en conjeturar inútiles alternativas para el pasado, pero en él, en Alberto, aquella ausencia inocente llegó a convertirse en una obsesión tal que colocó a su involuntaria omisión en colaboradora responsable del crimen, y a él en un nivel punto menos que de cómplice calificado.

Ahora era Antonio el que acompañaba a Alberto, quien yacía entre los cojines del sofá-cama, al extremo del recibo, atontado al fin por la triple dosis de Librium que Bermúdez le había prescrito unos minutos antes.

Hundido en el sopor de la somnolencia, Alberto continuaba balbuceando maldiciones en contra del espíritu ubicuo, por añadidura impuesto de la gracia de la invisibilidad, que se había empeñado en martirizarlo y que ahora lo perseguía hasta los territorios del sueño. A ratos el gorjeo se transformaba en una jerigonza incomprensible, a ratos cobraba sentido o erigía palabras redondas, siempre amenazantes. Oyéndolo, Fernando, Antonio y Carmen Luisa no podían evitar el preguntarse hacia quién, en verdad, era preciso orientar el obús envenenado. Quién era el culpable. Con más razón ahora, cuando con sus alaridos de guerra, el coronel mismo parecía tomar el fuego de las manos desfallecientes de Alberto, para relevarlo en la urgente tarea de la embestida ciega.

¿A quién, en verdad, se podía acusar?, se preguntaban. Los tres coincidían en que la labor urgente ante la cual todas las demás, aunque útiles, resultaban secundarias, era la de proteger a Maruja y lograr su recuperación. La Sigmuncita opinó que esto último iba a ser, con toda seguridad, un proceso lento y minado de regresiones. Antonio estuvo de acuerdo y agregó que, justo por eso, la determinación de no ubicar el asunto en el terreno policial había sido la más afortunada de la noche. Había que ahorrarle a la toñeca el suplicio de prestarse al levantamiento de un informe legal, que al lado de someterla al caprichoso escarnio de tres o cuatro sádicos de uniforme que duplicaría con creces la pesadilla, terminaría por resultar perfectamente inútil.

Carmen Luisa detestaba la palabra «toñeca» con que a veces, en un acto incomprensible para ella, Antonio nombraba a su hermana, pero guardó silencio. En vez de protestar, se limitó a recordar que el examen ginecológico de Bermúdez, sin duda necesario, era, en las circunstancias actuales, una especie de vejación amparada en el juramento hipocrático. Y no lo decía por Bermúdez, aclaró, que constara, era la sempiterna condición femenina, la ancestral vocación de víctima que ellas arrastraban como un estigma. Fernando le recordó que aquello pasaba por el momento a segundo plano: había que asegurar, desde el punto de vista médico, la ausencia de lesiones internas. La Sigmuncita lo miró como si lo desconociera, ¿era el cansancio de la jornada el que te había comenzado a tarar, cielo mío? Y le acarició la mejilla como si se tratara de un niño al que hay que aliviar por la frustración de un juego demasiado complejo para su edad. El niño cruzó una mirada de resignación con Antonio: detestaba aquellas fanfarronerías gratuitas de Carmen Luisa que no encajaban para nada con su propio lenguaje en la intimidad. Pero la amaba... y en el fondo compartía su preocupación. También Antonio tenía razón: nada de policías, nada de interrogatorios. Solamente médicos. O mejor, solamente un médico. Y bastaba. De administrar la justicia, en estos tiempos locos, ya se encargarían ellos mismos. Pero entonces volvía la duda, ¿a quién perseguir?

Antonio tomó lápiz y papel, limpió la mesa central del recibo que abundaba en tazas,

en porcelanas, en ceniceros, y se caracterizó de escriba acuclillado, tendríamos que elaborar una lista de sospechosos al voleo, anotar todas las posibilidades en el mismo orden en que fuese saliendo, sin jerarquizar todavía. Carmen Luisa razonó que la «alimaña obvia» debía ser colocada al final, empleando, quizás por primera vez, el mismo lenguaje que Alberto privilegiaba a la hora de referirse a Febres, de otra manera no podríamos pensar, caballeros. Fernando y Antonio sonrieron tímidamente, con la mueca que el abatimiento y el cansancio les permitían, progresaba La Sigmuncita, bromearon ambos, ¿no?

Enumeraron: allí tenían a los miembros del comando clandestino, quienes debieron dispersarse por toda el área del club para poder copar los puntos de vigilancia y para llevar a cabo maniobras de apoyo, como el corte de la energía. Y los efectivos que realizaban las labores de vigilancia, y quienes, a pesar de la ausencia del presidente, tenían a su cargo la protección de las personalidades que habían asistido al evento: militares, diplomáticos, empresarios, políticos. Y el personal de mantenimiento del club: jardinería, aseo, albañilería, electricidad, plomería, algunos de los cuales vivían incluso en las propias instalaciones del centro. E incluso los invitados, puesto que no todos permanecieron congregados a lo largo de la noche alrededor de la pista de baile y bajo los toldos: Antonio recordaba parejas, grupos y personas aisladas que recorrían el malecón los jardines o que se internaban incluso hasta la playa. De manera que podían contarse por docenas, para no decir por cientos, los sospechosos. Carmen Luisa bajó la cabeza, abatida, era un acertijo insoluble, jamás darían con aquel crápula, jamás.

Alberto bramó desde el sofá, sin despertarse, y asustó a Polito que, inquieto con el ir y venir de la gente a una hora tan inusual, había huido de su zona, cruzando la calle para desentumecerse en la alfombra de los Landáez. En la calle, un motor se ponía en marcha. Los tres se incorporaron en un salto sincronizado para mirar desde la ventana cómo Bermúdez se despedía del coronel y enrumbaba el vehículo cuesta abajo hacia la avenida Victoria. Sintieron que aquello marcaba una frontera entre dos momentos de la tragedia: la corroboración de la afrenta cerraba el capítulo de las dudas, en quien aún las tuviera, y abría el de la curación y la venganza, para Maruja y para ellos, respectivamente.

Carmen Luisa pensó, justamente, en Maruja, y sintió el impulso de ir a acompañarla. Ya era alta madrugada, pero Maruja misma, aquella tarde, la había invitado a permanecer con ella después de la fiesta, de modo que ella, Carmen Luisa, le había dejado una nota a la madre en la que le informaba que pasaría la noche afuera, donde los Paredes. Mero saludo a la bandera, por supuesto, dada la indolencia de la que ella padecía con respecto a todo lo que tuviera que ver con su hija. En todo caso, ¿querría Maruja estar a solas? ¿Se molestarían el coronel y doña Hortensia si ella insistía en

ver a su amiga? ¿Qué pensabas tú, Antonio? No lo sabía él, cariño, no lo sabía ¿Y tú, mi amor?, le preguntó a Fernando. Fernando opinó que lo importante era saber lo que le convenía a Maruja: ¿qué recomendaba el manual en estos casos, Sigmuncita?, se permitió bromear por primera vez desde el momento de la desgracia, al tiempo que le despeinaba la pollina a Carmen Luisa y se acercaba a besarla. La dejaras quieta, bicho, te quedaras tranquilo, lo regañó ésta. Antonio concluyó que de cualquier manera era conveniente hacerse presentes en la casa, dado que Alberto parecía tener inconsciencia para rato. Carmen Luisa y Fernando estuvieron conformes.

¿Nos íbamos entonces, Polito, amigo mío?

3

Al momento de abrir los ojos y parpadear rápidamente en la penumbra, Maruja volvió a experimentar el terror opresivo que ya la había asaltado varias veces aquella madrugada. No podía imaginar de dónde procedía esa garra que un segundo antes la había inmovilizado y ahora la aferraba por el cuello impidiéndole respirar. ¿Iba a repetirse de nuevo aquella tortura recurrente que no parecía encontrar fin? ¿Qué diferencia había entre aquel suplicio incesante y la muerte? ¿No resultaría un alivio el abandonarse sin reticencias a la tibia corriente de la eternidad? Sintió que se asfixiaba. Se retorció entre las sábanas e intentó desasirse arqueando el torso hacia arriba y lanzando arañazos a ambos lados, pero la fuerza oscura (¿o el rostro sin nombre?, ¿o el mal?) la aventó de nuevo sobre las almohadas, aturdiéndola.

De súbito la asaltó la certidumbre de que estaba muriendo, pero, aunque aquello no le provocara el menor desasosiego (no podía, no debía violentar con un grano de terror indigno los designios de la culpa), sustrajo del penúltimo espejo un resquicio de voz para despedirse en susurro de Alberto, de su madre, de su padre, de todos aquellos espíritus bienaventurados que nada sabían (y, en verdad, nada debían saber) de aquel cuerpo maculado y pestífero al que ella había sido predestinada desde la noche de los tiempos.

El grito, largo y desgarrado, sobresaltó a los padres que velaban a la puerta del cuarto; erizó a Antonio, a Fernando y a Carmen Luisa que en ese preciso momento entraba a la casa y, como suele ocurrir, precipitó el que ella, Maruja, terminara de volver en sí al tiempo que lograba refrenar de manera voluntaria el alarido que acababa de proferir y que ahora comenzaba a parecerle un lejano recuerdo de alarido.

La habitación se repobló en un instante. Los rostros sitiaron el lecho al tiempo que doña Hortensia la tomaba de una mano y Carmen Luisa de la otra y, nerviosas, la acosaban a preguntas. Permaneció en silencio, recorriéndolos a todos con la mirada, sin saber qué decir. En verdad, ella misma había sido sorprendida por su propio grito y casi había olvidado de un todo la pesadilla que lo provocara. Ahora experimentaba un agudo sentimiento de vergüenza, de hallarse expuesta ante todos por vez primera a ras de piel.

¿Era un tribunal de curiosos e inquisidores medievales el que la colocaba en el centro de aquella tarima, bajo el haz intenso de los reflectores, para acusarla e interrogarla? No. Allí estaban sus familiares y sus amigos, pero, aunque le pareciera insólito, ya no sabía si deseaba en verdad estar acompañada por ellos o permanecer a solas. No obstante, se decidiese una cosa o la otra, siempre tendría que ser con la lamparilla encendida: no se imaginaba en medio de la oscuridad. Y el solo acto de pensar la madrugada soñándose dentro de un sueño sin luz, la trastornaba. En todo caso, no quería herirlos. Vio que Carmen Luisa le sonreía, y hubiera dado cualquier cosa, Dios lo sabía, por lograr responderle la sonrisa, pero el rostro se negaba a obedecerle. Tal vez alguien, sin que ella se percatara, había ejecutado la hazaña de calzarle aquella máscara hierática... tal vez algo se había roto más adentro.

Se conmovió, es verdad, pero también experimentó un alivio profundo cuando Carmen Luisa le explicó, con las palabras que la hora y el escenario permitían, dónde se hallaba Alberto y por qué. Todavía no localizaba en ella la fortaleza suficiente como para enfrentarlo. ¿Podría hacerlo algún día? En cierta forma, y por paradójico que pareciera, el vejamen sufrido le otorgaba razón a él en su delirante cadenetita de desconfianzas y suspicacias. Lo podía imaginar torturándose con la culpa de haberse dado por satisfecho con las promesas y los rotundos y vagos discursos que ella soltaba para persuadirlo de que todo marcharía bien, en lugar de agotar las contrarreplicas para lograr convencerla de que el universo entero exhibía la estructura de una trampa donde fieras depredadoras campeaban a su aire obsesionadas con la meta urgente de la aniquilación ajena.

Había ocurrido.

Ella había acudido a la hora y al lugar propicios para que aquello aconteciera. Y ahora probablemente familiares, amigos, Alberto, todos se darían a una voraz cacería de inocentes, sin atinar con la culpable única, que yacía allí frente a ellos, desnuda y al descampado.

En todo caso, no deseaba herirlos, así que les mintió diciéndoles que se sentía bien, y les imploró que la dejaran sola; con la lamparita encendida me bastaría, palabra,

mamá, papá, Carmen Luisa, lo juraba, ya estaba bien, la dejaran sola, palabrita.

Es verdad que se había sentido mejor desde que el padre la cargara en vilo hasta su dormitorio, y la madre, haciendo esfuerzos para mantenerse serena, accediera a acompañarla hasta la puerta del baño y permitiera que ella se introdujera sola bajo el chorro de agua caliente, una, dos, cinco veces, frotándose, obsesiva, primero con el jabón y la toallita, y luego con el líquido antiséptico y la esponja metálica de fregar las ollas, en el rostro, en los senos, en la cara interna de los muslos, donde sintió o sospechó la pestilencia de una babaza oscura mezcla de coágulos de su propia sangre con excrecencias innombrables que la obligaban a saltar arqueada hacia la poceta, a devolver el estómago, la saliva, la bilis, preguntándose qué ángeles vengativos ejercían la crueldad simultánea de impedirle elegir la muerte y de obligarla a recordar la vida, un instante antes de sentir que la alzaban, la transportaban hacia la cama a lo largo de un túnel en cuyo interior llovía leche negra y retumbaban truenos de luz, y finalmente la embutían en un nicho de mantas tibias y mullidas que terminaban por sosegarla.

Nunca, sin embargo, ni en ese momento ni en las horas que siguieron, logró evadir el asedio de la sombra que unas veces se hacía transparente, hasta reducirse a la especie de una silueta borrosa que se confundía con el batir de los cortinajes, y otras cobraba cuerpo hasta transfigurarse en la bestia que cruzaba los límites de su duermevela y la llamaba desde una tierra sin luz mientras blandía la fulgurante guadaña.

¿Por qué de pronto la desnudaban y la sometían a aquel verdugo que había usurpado el rostro de Bermúdez? ¿Por qué su padre y su madre condescendían inmutables a la profanación que aquel demonio malicioso practicaba sobre su cuerpo? ¿Por qué nadie la defendía ahora que el torturador se inclinaba, provisto de luces y de gomas, sobre su cadera, y la abría para explorarla en sus rincones más íntimos, sin hacer caso de sus protestas?

Era evidente: ahora la consideraban una mujer pública. No cabía otra repuesta. ¿Qué acción o qué barro podían mancharla más de lo que ya estaba? Y nada de apelaciones, ella se lo había buscado. Si no, ¿por qué había elegido aquel sitio y aquel momento para estar a solas: una espesura alejada, en tinieblas y bajo la tormenta?

Cuando el demonio revestido de la facciones de Bermúdez finalizó su funesta tarea y abandonó la habitación para parlamentar con su padre, tomó la decisión de abandonar de un todo sus esfuerzos por comprender lo que acontecía. Fue entonces cuando el ángel, envuelto en una sayal que despedía iridiscencias añil y naranja, descendió sobre ella. No atravesó los muros, no desencajó los goznes de las puertas, no rompió las ventanas: sin anunciación, apenas precedido por aquel olor de azahar que ella siempre

había creído recibir cada vez que se aproximaba a la hornacina del jardín, en cuya pared interior Cristo mismo escoltado por huestes de arcángeles y querubines ascendía a la gloria, se había hecho imagen ante sus ojos. Ostentaba la misma belleza irreal frente a la cual tantas veces ella se había prosternado, en una súbita experimentación del prodigio del éxtasis.

Pero ahora no se trataba de una criatura evocada por obra y gracia de un arrebató místico, como había sido el caso en las revelaciones anteriores, sino de una real exaltación hecha cuerpo. Su aparición, sin embargo, no comportaba magnificencia, se trataba más bien de una sensación de arrobada paz, como la que suscita la contemplación de una delicada entrega de la naturaleza: el deslizamiento silencioso de un alcatraz sobre el rompeolas, el espeso cuerpo blanco de la lluvia en las llanuras. Contuvo el impulso de interrogarle sobre su salvación. En lugar de esto permaneció inmóvil: no había necesidad de palabras, puesto que él podía leer en ella sin esfuerzo alguno. No obstante, esta comunicación que no requería de palabras, si bien la colmaba de una íntima satisfacción (puesto que el silencioso contacto sólo podía delatar la estrecha identificación entre ella y el prodigio, gracias, por supuesto, a una infinita aquiescencia del prodigio), le causaba un inocultable rubor, derivado de la vergonzosa certeza de estar siendo conocida en su secreto más íntimos.

¡Si hubiese sido expuesta, al desnudo, en medio de la plaza pública, ante la densa multitud, no se hubiese sentido más abochornada! ¡Y se suponía que aquel era el omnipresente espíritu que la custodiaba! ¿Dónde se hallaba, entonces, en el instante de su tragedia? ¿Se trataba, quizás, de ponerla a prueba? Y si era así, ¿por qué a ella?

No Blasfemar no. Sería añadir otra impostura a su caída. Se dejó deslumbrar de nuevo por la llama auroral que parecía crecer en torno a la aparición, a una mínima distancia de la túnica y del rostro. El fagonazo la hizo retornar a la ruta. Si había sido merecedora de aquella revelación; si, pese a todo, él condescendía a brotar ahora frente a su lecho... no le restaba otra opción que la transparencia.

Es decir, la entrega.

4

—Te quiero confesar algo —dijo la mujer—. Pero tienes que prometerme que no te vas a disgustar.

El hombre terminó de despojarse de la camisa y se quedó sólo con la franelilla de algodón blanco que le lucía estrecha y corta. Sirvió dos tragos de ron y exprimió un limón en cada vaso. La sala del apartamento contaba apenas con tres butacas desvencijadas, y una mesa de centro que soportaba un florero partido con tres rosas de plástico blanco. En la mesa del comedor, sucia y alabeada, la voz de María Luisa Landín gritaba «Amor perdido» desde un tocadiscos portátil.

— Esta noche puedo prometerte cualquier cosa. Aun sin saber de qué se trata — respondió el hombre, sonriendo—. Como dicen los cronistas políticos: estuviste a la altura de los acontecimientos.

La mujer, que estaba sentada, lo haló por la pretina y, alzándole el borde de la franela, lo besó en el estómago y en el bajo vientre, restregando la nariz contra el abultamiento del entremuslos.

— De eso te iba a hablar —dijo, interrumpiendo—. Y te lo pido de nuevo: no te vayas a disgustar... Lo de esta noche fue una escaramuza de kindergarterinos. Un entretenimiento para piñatas...

— ¡Vaya! ¡Así me gusta! —exclamó el hombre, aplaudiendo. Tomó el vaso de la mesa y se lo ofreció a la mujer—. Una semana más y copamos a Miraflores por asalto, entre los dos.

La mujer agarró el vaso, riendo, y lo dejó seco de un envión, dejaras las bromas tú.

— Muy bien: nos adaptamos rápidamente a las circunstancias imprevistas, cambiamos las señas, armamos una acción alternativa sobre la marcha, la ejecutamos a perfección y cerramos, como si fuera poco, con una retirada impecable y sin bajas. ¡Perfecto! —dijo—. Pero yo no me resigno a la frustración de que la presa mayor haya hecho mutis. ¡Maldita la mala suerte que tuvimos! Estaríamos en este momento entrando a Miraflores con escolta. Qué digo entrando al palacio, formando gobierno estaríamos...

— Poco a poco, preciosa. No pierdas la perspectiva. Recuerda lo que decía tu querido esposo: del triunfalismo al derrotismo sólo hay un paso.

El hombre había caminado hasta la ventana y entreabierto una lámina de la persiana. Se preparó para recibir el grito condenatorio que la mujer profería cada vez que él le mencionaba al marido. En esta oportunidad, sin embargo, para sorpresa de ambos, no hubo sobresalto.

— Darías muestras de una gentileza que yo estimaría en mucho, si no lo mencionaras

cada dos por tres —dijo, en cambio, casi en susurro, al tiempo que encendía un cigarrillo—. Espero que esté sobrellevando su exilio con voluntad.

El hombre sonrió, sin dejar de mirar hacia la calle. Le parecía increíble lo que había cambiado la mujer en tan poco tiempo. Siempre había tenido temple, pero quizás antes lo administraba con menos osadía. Y en cuanto al esposo, era evidente que ya no había vínculo alguno, y no sólo porque estuviese exiliado: ahora hasta podía referirse a él con serenidad. No se le escapaba, sin embargo la paradoja de aquella actividad clandestina que en la medida en que resultase victoriosa significaba, asimismo, el retorno de los exiliados y por lo tanto... Pero si ella había tenido entereza para afrontar los momentos de la lucha, tan frecuentes en todos estos años, no cabía esperar que se amedrentara ante una circunstancia doméstica que, en la práctica, tácitamente, ya estaba decidida.

La trompa de una patrulla policial asomó en la bocacalle.

— Apaga la luz —ordenó el hombre.

La mujer presionó el botón de la lamparita de mesa, que representaba la única iluminación de la casa y se desplazó sigilosamente hacia donde se hallaba el hombre. La patrulla frenó bruscamente y ambos se lanzaron al piso. ¿Los habría delatado alguien o se trataba de un recorrido rutinario? Las fuerzas de seguridad habían perdido buena parte de aquella eficacia que las hiciera tristemente famosas en los tiempos iniciales de la dictadura, pero ellos incurrían en un error si menospreciaban la capacidad residual del enemigo. Al fin y al cabo, el dictador, aunque vulnerado, continuaba en el poder.

Un potente tubo de luz que sin duda provenía de la patrulla, recorrió la persiana de un extremo a otro, y desapareció con la misma rapidez. Tal vez contaban con un dato vago, zonal, y se hallaban en un tanteo azaroso, pensó el hombre (la mujer). Ahora el reflector parecía dirigirse hacia los muros del edificio que se alzaba en la acera opuesta. Se escucharon voces incomprensibles y, finalmente, el ruido de los cauchos sobre el pavimento. Entonces se relajaron de nuevo, se tocaron en la oscuridad y caminaron, tropezando con los muebles y riendo, hasta los vasos.

— México debe ser una ciudad fuera de serie —dijo por fin la mujer, retomando la conversación, mientras tanteaba sobre la mesa hasta dar con el botón de la lámpara—. Según me han dicho, uno la puede pasar muy bien allá... apuesto que hasta se consiguió su parejita de consuelo por el dolor de la separación —ironizó, rompiendo en carcajadas.

El hombre, que había estado sirviendo de nuevo los vasos y no había oído a la mujer, regresó.

— ¿Cuál es el chiste?

— Decía que lo más probable es que nuestro exiliado favorito se haya conseguido su parejita en México, para aliviar el dolor, supongo —y volvió a reír.

—...Y esto te haría sentir mejor —dijo el hombre, a modo de chanza, al tiempo que le entregaba el vaso.

La mujer lo miró como si lo estuviera midiendo.

— Mira quién habla —se defendió—. Uno de sus mejores amigos, compañero de partido y de comité... birlándole la esposa.

— Mejor no hacer comentarios —dijo el hombre, dejando de sonreír—. Vamos a cumplir lo que propusiste: no lo nombremos más.

— Por mi puede muy bien morirse... No nos hace falta ni a mí ni al país ni a nadie —dijo la mujer. Tomó un largo trago y encendió el cigarrillo—... Si no contamos a Carmen Luisa, claro.

— Mi querida enemiga... —dijo el hombre, sonriendo, por todo el comentario.

La mujer se dirigió a la estantería del comedor y extrajo unas galletas y un pedazo de queso. Ya no recordaba cuándo habían comido por última vez.

— No conozco un amor de padre más intenso que ése... Es casi morboso —ironizó—. Le escribe una vez por semana, a veces dos. Y ella le hace la vuelta.

— Bien —dijo el hombre, alzando el vaso—, brindemos por Carmen Luisa y por nuestro exiliado favorito. Recuerda que mañana tenemos reunión de evaluación —y desapareció el líquido de un envión—. ¡Salud!

— Está bien. Por la amargada de Carmen Luisa y por su padre, aunque ninguno de los dos lo merezca —dijo la mujer, chocando su vaso con el del hombre— ...¿A quién saldría esa muchacha tan amargada? —y bebió hasta el fondo—. ¡Salud!

Francisco Landáez giró bruscamente a la izquierda y enrumbó el carro hacia el garaje cubierto. La casa estaba silenciosa y apagada: apenas las luces del porche y de la entrada permanecían encendidas. Pero en la acera de enfrente, cincuenta metros más arriba, la quinta de los Paredes mostraba actividad. Sin duda Consuelo estaría allí, haciéndoles compañía a Julio y a Hortensia, al pie de la cama de Marujita. Y, con toda seguridad, lo habrían extrañado. Sin embargo, esperaba que Julio comprendiera: aquella llamada del presidente pidiéndole el informe personal sobre el asalto del Movimiento Patriótico, no le había dejado lugar para la duda. Había que tomar en cuenta que el plan de los clandestinos contemplaba el magnicidio. Propósito fallido a la postre, es cierto, pero magnicidio al fin.

Una incursión que revelaba el engranaje eficiente y lubricado que la conspiración había logrado desarrollar en la ilegalidad, como lo puso en evidencia no sólo la toma del club y el rapidísimo control de las instalaciones (que, de todas maneras, ante el cambio de planes del presidente, no ofrecían precisamente el aspecto de una fortaleza blindada), sino, sobre todo, el recurso de la impecable retirada que había logrado eludir, sin bajas y sin rastros, a las unidades de apoyo que habían salido en su persecución.

Ya casi amanecía y también para él aquella había sido una jornada interminable: las morosas reuniones ministeriales que se prolongaron durante toda la mañana y hasta bien entrada la tarde, la visita rasante a Marisela antes del anochecer (la preñez la había puesto celosa y mingona como nunca antes y él se había visto obligado a compensarle la inminente escapada al club y la fiesta en familia, con aquel dije de esmeraldas que tantos delirios y ronroneos le había suscitado el mes anterior), la solución a control remoto de todas las trabas domésticas, cosméticas y textiles que Consuelo y Elianita no cesaron en tropezar y reportarle a lo largo del día, y, para culminar, aquella endiablada y funesta celebración cuyo solo recuerdo le provocaba náuseas.

Si ahora le preguntaran qué énfasis contenía el informe que le había rendido al presidente sobre el frustrado atentado del club, se mostraría incapaz de responder. El agotamiento, la hora y —era menester admitirlo: había que practicar la sinceridad aunque fuera con un mismo— ... también las rápidas libaciones, como diría con seguridad Amado Nervo, a cuyas embestidas su organismo había sido sometido en aquel tú a tú mortal que casara con el compadre Paredes, apenas le habían dejado la lucidez suficiente como para no balbucear una bolsería ante el líder.

En cuanto a la propiedad o la exactitud, ya era exigirle demasiado. Hasta lagunas

mentales conservaba aún sobre las pequeñas, pero accidentadas, historias de la noche. Al punto que de no conocer el general la clase de funcionario, de hombre de estado y de político que él, Francisco Landáez, encarnaba, probablemente el desenlace de la conversación hubiese sido otro, y él hubiera terminado siendo echado, en forma expedita e ignominiosa, de los salones del poder. Pero los augures, como diría Rubén Darío, lo acompañaban: otro año tan sortario como aquel habría que ir a buscarlo en 1940, cuando la inteligencia y la afabilidad del general Medina lo acogieran de manera tan generosa en momentos tan desgraciados.

A pesar de las circunstancias políticas y de la hora, el presidente lo había recibido de un talante festivo, que parecía inmune a atentados y a golpes arteros, sus dos obsesiones favoritas de los últimos tiempos. Y luego la compañía de Juan, el argentino, cuyo estilo y mundanidad le habían agregado aquel toque de distinción al cierre de la entrevista, momento en el cual el presidente, enterado de su presencia, tuviera el buen tacto de acudir en persona a dejarle testimonio de su afecto.

Le agradó, por supuesto, este aire expansivo del general, pero se cuidó muy bien de hacerse ilusiones en relación con lo que aquella agitada alegría pudiera significar respecto a la correlación de las fuerzas militares y al destino inmediato del gobierno.

Como bien lo afirmaba Marañón, los hombres que exhibían aquella constitución corporal, es decir, la de un predominio de la línea redonda sobre la recta o la angular, tendían de manera incontrolada a transitar de unos estados amargos y depresivos a otros de euforia casi maniática, y viceversa, sin que eso tuviese que ver necesariamente con las circunstancias, elegidas o no, por las que en un momento dado estuviesen atravesando.

Por supuesto, meditaba sobre aquello sin el menor ánimo ofensivo, guiado sólo por el instinto, ancestral en él, de hurgar en el insondable pozo del alma humana, hábito o talento que a pesar de la buena voluntad con que la ejercía, Dios lo podía atestiguar, tantos y tan frecuentes chascos le había cobrado.

En cuanto al argentino, hombre de una cultura ética y de una discreción envidiables, continuaba siendo para él un misterio la maestría con que se las arreglaba para muletear los efectos de la copa, como si en lugar de whisky o ron o ginebra, que a los tres los empinaba con igual deleite, se tratara de una cebada de yerba mate.

Sin embargo, a diferencia del general, quien exhibía estos altibajos de humor con tanta frecuencia que había hecho de ellos un rasgo previsible de su personalidad, el país parecía estar condenado a no salir jamás de aquella endemoniada crisis política que había dado al traste con un crecimiento económico que, allí estaban las

contundentes cifras, no tenía parangón en la historia republicana. La ciudad actual prácticamente se había construido bajo el Nuevo Ideal Nacional que propugnaba la administración del general: portentosos edificios en los cerros que antes ocupaban los ranchos, rascacielos dominando el paisaje del centro, autopistas, urbanizaciones, obras en marcha por todas partes, producción, servicios, seguridad, empleo y una economía solvente y en plena expansión. ¿Y qué ocurría? Venían los frustrados, los resentidos de siempre a perseguir la revancha: creando el caos, protestando, sembrando cizaña en las fuerzas armadas. ¡Una tesonera creación de un decenio, que implantaba al país en el corazón del siglo XX, y lo proyectaba al XXI, a punto de ser destruida por el odio y la venganza!

Con estas mismas palabras se lo había resumido al argentino en el viaje de regreso a la ciudad, después del abortado cumpleaños y de la sorpresiva incursión de los alzados, y Juan había comprendido a cabalidad. No sólo había comprendido, sino que, por primera vez desde que lo conociera, le había confiado su crudo pesimismo en torno al futuro inmediato del régimen y del país. Había sido claro el argentino. Le había advertido que cuando los grandes capitales, la iglesia y el ejército de un país le daban la espalda al gobierno y comenzaban a combatirlo, ese régimen tenía los días contados. Era historia vieja. ¿Tenía que repetirse de nuevo la tragedia argentina? Y que no se dijera que se trataba del pueblo. El pueblo nada tenía que ver con el asunto. El poder económico, el poder eclesiástico y el poder armado: allí era donde estaba la clave.

Sentado a su lado, él, Landáez, había preferido guardar silencio, al tiempo que miraba a través de la ventanilla hacia la vastedad oscura y rumorosa donde se presentía el mar. Tenía razón Juan. La patria ya no era la misma: la debacle se presentía en cada ranura de la maquinaria. A veces bastaba detenerse un momento a respirar, tomando la precaución de colocar todos los sentidos en la bocanada, para admitir que incluso el aire ya no tenía la fragancia de antes. Era como si el universo hubiera envejecido de repente. El lo sabía, aunque con frecuencia fingiera ignorarlo. ¿No eran acaso todos los desatinos en los que había incurrido en los últimos tiempos una consecuencia directa de la certeza reprimida de que el tiempo acababa?

Y aquel cansancio que lo invadía a menudo, ¿no provenía del temor de saberse próximo al salto a ciegas que cada vez le parecía menos semejante a todo lo que hasta entonces la vida le había ofrecido?

Bajó el vidrio de la ventanilla. El aire, limpio, olía a sal mojada y a yodo. La breve tormenta había pasado con la misma rapidez con que se hiciera presente y ahora el mar estaba casi silencioso. La plaza y los palomares le señalaron a Macuto, que en la alta madrugada semejaba un pueblo abandonado. Al fondo, a la izquierda, se elevaba

el hotel de doble planta y veranda embalustrada donde veinte años atrás viniera de luna de miel con Consuelo. Sabía que los dueños intentaban esmerarse en mantenerlo habitable, y sin embargo las puertas a medias desportilladas, las molduras roídas por el salitre y las paredes sin repintar, delataban un largo deterioro.

Se volvió a ver en aquellos años lejanos: Consuelo tocada con una pava de sisal, radiante, caminando a su lado hacia el malecón bajo una luz iridiscente que no parecía provenir de los arboles distantes sino de alguna ranura insólita en el lecho del mar. Allá estaba aún la glorieta aislada donde se habían detenido un instante, aturcidos por el peso ingravido de la felicidad. Consuelo lo había besado y él le había respondido susurrándole una promesa al oído: sí, el hijo vendría el año siguiente, podía jurárselo, y se llamaría Fernando, como el padre de su padre.

De pronto se sintió liviano, proyectado fuera del tiempo. ¿Era él quien había vivido aquello alguna vez? Y, en todo caso, ¿cuándo? Veinte años no eran nada, había cantado Carlitos ¿De dónde habría sacado Le Pera aquel despropósito? Una mentira más de los arrabales del Plata. El podía decirlo: admirador apasionado del morocho del abasto, fundador del Club gardeliano de los llanos occidentales, guardaba siempre una rebanada de su corazón para compartir las lágrimas que el zorzal criollo propalaba en sus trágicas melodías.

Y el argentino, ¿qué pensaría Juan de aquello? Con toda seguridad estaría de acuerdo con él. El tiempo no golpeaba en vano. Todo se transformaba. Ya hasta la memoria, que era la única cuerda que lo enlazaba con lo que alguna vez había sido, también parecía rendirle culto a esa diosa traicionera del olvido. El chofer giró bruscamente en una curva de la autopista y por un momento la voluminosa humanidad del argentino se dejó descansar sobre él. Ambos se rieron, pero fue en aquel instante cuando pudo percatarse de que Juan había estado hablando en los últimos minutos sin que él le hubiera concedido la ligera amabilidad de una repuesta. El argentino percibió su súbito embarazo y, con su tacto habitual, repitió las últimas frases en el tono de quien pide excusas por una reiteración (esta fue la palabra empleada) que sólo persigue anotar un énfasis casi retórico sobre uno o dos lugares de la conversación.

Entonces se le hizo evidente que los comentarios de Juan avanzaban sobre un terreno mucho más delicado que el de la somera apreciación política. La charla fue prolongada y, sobre todo, franca, pero veinte minutos más tarde, cuando el vehículo dejó de escalar la empinada cuesta de la cordillera y se enrumbó por el valle, en dirección este, hacia el despacho personal del presidente, se prometió retener dos puntos esenciales para ventilarlos luego con Paredes y con Eliseo Febres.

En primer lugar, lo del negocio de los terrenos. Una operación impecable con riesgo

reducible a cero, que les reportaría un beneficio de varios millones a la vuelta de tres meses. Garantizado el cambio en el informe de factibilidad de la comisión técnica (la buena conciencia de los ingenieros no soportó la contundencia de varios ceros a la derecha) y, por tanto, la variante en el proyecto original del trazado de la autopista, sólo restaba firmar el documento de compraventa, cuestión que se deba por hecha, tal era la convicción que los dueños actuales abrigaban de estar realizando el negocio de sus vidas. Y ahora el argentino, el tercer socio en la adquisición, prefería quedar fuera del pacto. Nada grave, por supuesto: cuestión de cubrir el capital de Juan con un aporte adicional de Paredes o de Eliseo Febres o de ambos, porque en cuanto a él... Pero, en todo caso, una novedad que el compadre y Eliseo debían conocer.

En segundo término, el asunto del exilio. Algo tan determinante que, de ser considerado, modificaba de plano no sólo la operación con los terrenos, sino todos los otros negocios realizados y en marcha en los que la familia tuviera alguna participación, y, había que admitirlo, incluso su propio destino. El argentino había sido claro e, incluso, persuasivo: consideraba sin ambages que había llegado la hora de preparar las maletas y poner pies en polvorosa, antes de que se hiciera demasiado tarde y la revuelta —que sólo un testarudo de oficio sería incapaz de verla a vuelta de esquina— los atrapara dentro. No era temor, era simple y llana sensatez. Se lo aconsejaba por el mero impulso de la amistad que los había aproximado tanto desde que arribara el país, meses atrás, y que el paso del tiempo no había hecho otra cosa que consolidar. ¿Le prometías pensarlo, al menos?

Extrajo del asiento trasero la muda de ropa que había tenido que desechar después de la tempestuosa jornada del cumpleaños, y miró de nuevo hacia la residencia de los Padres. Sí, debía ir a acompañarlos siquiera por unos minutos. Después de subir a meter la cabeza bajo el grifo, por supuesto. Se miró en el espejo del porche y no le disgustó el reflejo, dadas las circunstancias. Por el contrario, resultaba casi un milagro, después de una jornada como la que había sobrellevado en las últimas horas, el que aún permaneciera de pie y con la fortaleza y la lucidez suficientes para hablar con Paredes.

Algún mérito, por supuesto, había que acreditarle al traje de reserva que la eficiencia de Consuelo para los pequeños detalles, siempre garantizaba. Y a los cinco cafés cerreros que había engullido, uno detrás de otro, antes de abandonar el club. Y, también, a la vida casi salvaje que llevara en su juventud y que tan generosa se había mostrado con él al dotarlo de aquel ímpetu y de aquella salud a prueba de desmanes para el resto de sus días.

6

La persiana se hallaba apenas entreabierta, pero la levísima rebanada de sol que rasgaba el aire de la sala y que ahora incidía justo sobre su rostro bastó para sobresaltar a Alberto y extraerlo de la prolongada hibernación. Por un momento no pudo reconocer el sitio donde se hallaba, pero la montaña que emergía del Monasterios de gran formato que colgaba en el muro opuesto, lo sustrajo del estupor. Los Landáez, claro. Aquella era la sala de los Landáez. Pero... ¿que hacía él allí y dónde estaban los demás? ¿Por qué lo habían dejado solo? Entonces fue cuando, lentamente, comenzó a sumirse en el terror: la fiesta, el asalto del comando clandestino, el corte de energía, la tormenta: recordaba, sí pero... ¿Y Maruja? ¿Qué había pasado con Maruja? Durante un piadoso instante que más tarde él maldeciría que no se hubiese extendido para siempre, un fogonazo de olvido lo llevó a imaginar que todavía era feliz: el universo se había congelado un día atrás y Maruja lo esperaba engastada en su tul de ilusión blanco un minuto antes de abordar los vehículos para bajar en caravana al litoral.

No. ¿Qué había pasado, verdaderamente, con Maruja?

La pesadilla que fue emergiendo con lentitud de los pliegues de la memoria, hasta envolverlo de un todo, no le causó sorpresa. Idéntica a sí misma, resultaba una siniestra copia al carbón de la agónica tortura de aquella madrugada: los mismos contornos abominables, igual regusto a tragedia final, idéntica sensación de que algo los había deslizado a una comarca infernal, obligándolos a traspasar una imperceptible película de satén que ninguno alcanzaba a comprender cómo y por qué había descendido sobre ellos.

Se vio de nuevo la noche anterior, al final de la fiesta, todavía en medio de la zozobra provocada por la incursión y la huida de los clandestinos, y, como si se tratara de una constelación de campanas repicando en el socavón de una mina, volvió a oír la voz de Fernando gagueando aquella fábula imposible.

Durante esa primera crisis, a un costado de la desierta pista de baile, había sido necesaria la intervención de la escolta del ministerio y del propio viceministro Landáez, para lograr reducirlo físicamente, desatado e incontrolable como se hallaba en su determinación, al comienzo, de abordar el carro en el que Maruja regresaba a la ciudad, y, luego (una vez persuadido de la imposibilidad de su intención dado que ya

el vehículo se alejaba 100 metros más adelante, detrás del cercado metálico), de su irracional empeño en tomar por asalto la furgoneta de inteligencia para apoderarse del arsenal y salir a la caza de El Colorado Febres con la decisión de volarle la cabeza de un disparo.

El resto de la labor de apaciguamiento fue asumida por la cofradía. El fue aquiescente, casi humilde: conservó el callado propósito de no cejar en su determinación, pero se prometió no causarle más dolor a la gente que lo quería y que con toda seguridad permanecería a su lado brindándole apoyo. Se dejó conducir al carro que Fernando manejaba; aceptó escuchar de nuevo, esta vez conservando la serenidad, los hechos del absurdo relato que Carmen Luisa le repitió a petición suya, y pidió incluso detalles a Fernando y a Antonio acerca del traslado de Maruja, que los precedía en el retorno, mientras salvaban el trayecto que él cubrió permaneciendo ensimismado la mayor parte del tiempo.

¿Por qué entonces se había derrumbado una vez más apenas pisó la residencia de los Paredes? ¿La proximidad de Maruja, quizás, a quien sospechaba hundida en el desespero, allí en su habitación, acosada por la memoria? ¿O tal vez la presencia de Bermúdez, quien con sus instrumentos de tortura hipocrática le recordaba el lado físico y cruento de la ofensa? ¿O, en fin, la sensación insoportable de estar escenificando una payasada que se prolongaría en la misma medida en que él continuara allí, esperando un diagnóstico que ya todos conocían mientras el maldito degenerado ganaba tiempo para evadirse?

De nuevo incurrió en la trampa que tantas veces le habían tendido sus humores. Y otra vez se hizo necesario la intervención de una figura de autoridad, que en este caso resultó el coronel. Con el añadido del escurridizo Bermúdez, quien valido de la patente de curso de la ciencia, lo había atiborrado de pastillas para psicóticos con la embozada intención de deshacerse de él para siempre.

Apenas se recordaba en la ceremonia de ser llevado casi en parihuela (por la cofradía, claro estaba), a la fortaleza de los Landáez, y de ser depositado en el sofá. Sí. Y la diligencia maternal de Carmen Luisa, que le había echado encima una cobija y le había colocado almohadones detrás de la cabeza.

Extendió la mano para ahuecar el mueble. Se sentía adolorido y, tenía que admitirlo por centésima vez, avergonzado. No se trataba de una culpa causada por el odio, que era esperable, ni por el deseo de venganza, que resultaba legítimo, sino por la manera caótica y explosiva como habitualmente estas dos emociones irrumpían fuera de él,

sin control alguno por su parte, y casi sin que tuviese conciencia de lo que ocurría. ¿Por qué aceptaba dejarse dominar por el odio o la ira hasta el punto de incurrir en actos desmesurados, que no sólo terminaban por transformarse en tentativas fallidas en relación con el propósito (cuando no en verdaderos bumeranes de filo doble), sino que lo degradaban ante los demás y ante él mismo e incluso herían y ofendían a quienes lo amaban? Era un estigma tan antiguo como su recuerdo más remoto. Sobrevenían luego el bochorno y el arrepentimiento... hasta que una nueva circunstancia lo re-insertaba en la rueda viciosa.

Y no se trataba de un monstruo larvario que hubiera elegido sus vísceras por madriguera y al que cada tal por cual le diera por exhibir sus colmillos y sus habilidades «hasta alquimizarlo en un mister Hyde caribeño cualquiera», como tantas veces bromeara Fernando, mientras brindaban a sifón alguna noche de viernes en el «Nueva Avenida», y se retorcían de la risa imaginando al recompuesto señor «Jequilo» en las trastiendas de una pensión de La Pastora.

No, él no era un engendro. Se lo había martillado toda la cofradía y se lo había susurrado Marujita, entre besos, hasta el cansancio. Era un problema de ritmo, de modulación, había declarado el impecable Antonio. A todos nos asaltaba, al menos una vez cada veinticuatro horas, el arrebatado de matar a alguien: si no tuviéramos la prudencia de contenernos a fuerza de templanza, a la vuelta de unas horas se largaría una carnicería de tal envergadura que no quedaría moro o cristiano alguno con aliento para contarlo —bromeaba el payaso de Fernando. El inconsciente que «rajuñaba», Tánatos que espoleaba, querido, un problema de bridas, de mecanismos de defensa —pontificaba La Sigmuncita. Y Maruja reía y lo invitaba, te relajaras, su amor, drenaras las tensiones, querido.

Todos coincidían, cadencia, ritmo. Ira, sí; rebelión, sí; pero moduladas. Esa era su tara, no sabía «administrar» la indignación. Un mundo de locos: atropellaban, ofendían, transgredían a mansalva los límites ajenos... y luego pedían «administración». Daba asco. Tal vez en él funcionaba un mecanismo distinto, una especie de equilibrio precario y mutante que requería forzar aquella válvula para mantenerse respirando. Quién sabía. Pero no aprendía. Taladro y barrena desde la infancia y nada que cuadraba. Había que ser ladino, cazurro, taimado, artero. Espontáneo jamás. Podías matar... a condición de mantener el estilo, la coreografía.

No. No era su ritmo. Según todos los indicios, él «yabeaba» a un compás distinto. ¿Cuántas veces le había ocurrido? ¿En cuántas oportunidades había insistido en involucrarse a contrapelo, sólo por el prurito de no someterse a la humillación del amilanamiento, del mirar a otro lado, del dejar pasar, a veces por razones o sinrazones nimias que cualquier otro, en su pellejo, habría muleteado por comodidad, sin

ruborizarse?

Perdía la cuenta.

Aún no le desaparecían las cicatrices del último de aquellos asaltos, y todavía por la noches creía respirar el olor espeso del merthiolate amalgamado en alcohol, su suplicio durante los días que tuvo que permanecer en la clínica a consecuencia de lo que se inscribiera en los anales de la cofradía bajo el alevoso renglón de «el extraño episodio del bolero con el gorila».

Ninguno de los miembros del grupo había dejado de recriminarle el suicida atrevimiento de enfrentar a aquel tipejo empulpado, 90 kilos cuando menos en una vara gruesa de 1,85 de altura, 12 kilos y 10 centímetros por encima de sus propias medidas, que en cualquier caso, nadie, nunca, había considerado desdeñables, ¿Qué se suponía que él debió haber hecho en lugar de enfrentarlo? ¿Apartar el carro para que «el peso completo» escapara en su camioneta sin esperar a tránsito, tal como se proponía, y sin responder por el parafangos roto cuando todas las pruebas lo señalaban?

Antes embalsamado.

Cierto que los dos uppers y el aventón contra el parachoques todavía le provocaban agujas dolorosas en la mandíbula y en los costados, pero lo tranquilizaba el calcular que algún recuerdo, recíproco y semejante, debía esta disfrutando su pareja a raíz del tacle en la entepierna y del tranquilizante en la «eminencia del temporal» (así rezaba el informe de marras) que había alcanzado a propinarle con la providencial cabilla que siempre enfundaba bajo el asiento, pensando precisamente en estas emergencias.

Se levantó, buscó su rostro en el espejo de la sala: tenía los ojos inyectados y se sentía sucio. Si alguien le hubiera dicho que apenas habían transcurrido 24 horas desde que, la mañana anterior, se reuniera donde los Paredes a planificar el traslado al club, lo hubiera tomado por desquiciado. ¡Juraría que habían sido meses! ¡Años, quizás! Y a pesar de eso (o quizás justamente por eso) abrigaba la esperanza extravagante de que la farsa terminara pronto, de que pronto descendieran el telón, se encendieran las luces del anfiteatro, salieran los actores al saludo ritual y, entre aplausos y bravos, no sin júbilo ni sin alivio, se regresara a la vida de todos los días.

Aquel rostro desencajado le testimoniaba que la realidad estaba allí, pero desde la noche anterior el mundo era otro. Y lo que había conocido hasta ahora no le gustaba. No sólo no le gustaba, le producía náuseas. Y sin embargo, también él había contribuido con creces para que aquel día negro que estaban viviendo fuese,

precisamente, aquel día negro que estaban viviendo. ¡Si en las últimas horas no había hecho otra cosa que incurrir en errores y en mierdadas!

En primer lugar, había puesto nerviosa a la princesa con aquellos desplantes de celos que lo habían llevado a transformar el rostro de Febres en una alucinación casi omnipresente durante todo el tiempo que duró el baile, actitud absurda e irresponsable por partida doble, si se toma en cuenta que al llegar la hora crítica, en vez de encontrarse donde las circunstancias lo exigían (¡y cómo!), ¡se hallaba al otro extremo del club, involucrado en aquellos ridículos concursos para maricones que en mal momento el coronel había tenido la desgracia de concebir!

Luego había hecho el ridículo montando ese circo de pretender apoderarse del arsenal de la furgoneta y salir a la cacería de Febres.

Y, finalmente, ¿qué creen que se le ocurrió para clausurar su deprimente show sino exhibir el desparpajo de presentarse en la propia casa de Maruja y darse a gritar desesperado, como una vieja plañidera, en momentos en que ella, su princesa, daba ejemplares muestras de entereza y de coraje, dos virtudes de las que él no había hecho precisamente gala aquella noche?

Rabo y oreja. Laurel. Presea olímpica.

¿Qué habría pensado ella? ¿Qué estaría pensando ella en ese instante? ¿Y los otros? ¿Dónde se habían metido todos? Debían de ser las ocho, quizás las diez. Tal vez sería conveniente dar un telefonazo a la casa: reportarse vivo, calmar a papá, tranquilizarlos a ambos. Aunque, si de comedias se trataba, qué se suponía que debía él hacer con aquella otra pantomima: un padre que no era padre, una madre que no era madre, una familia que no era familia.

Resultaba divertido imaginar el banquete que se daría La Sigmuncita de conocer aquel drama de TV a las 9. Con toda seguridad tendrían que amordazarla. Adulterio, ilegitimidad, traición, suicidio: Shakespeare y él, Félix B. Cagnet y él. Con la distancia que mediaba de autores a personaje, claro estaba. Peor aún, a personaje pasivo, si cabe el contrasentido. Su vía crucis, su maldición del edén. Y sin embargo, nadie en la cofradía tenía conocimiento de la pequeña historia. A excepción de Fernando, y eso por el drenaje de una noche de debilidad, si bien catalizada, es preciso admitirlo, por una docena de jarras de sifón en las mesas del «Santa Eduvigis». En cuanto a Maruja, varios túneles de insomnio ya había él ofrendado al dios del reposo en fallidos intentos por imaginar su reacción.

Y no obstante, ¿se atrevería alguien a acusarlo de aquel drama del cual a duras penas

se podría decir que él hubiera vivido de tan diluido como se hallaba en el tiempo remoto de su infancia?

Fragmentos apenas. Él, ovillado en un rincón de la casa pueblerina, envuelto entre cobijas de algodón, titiritando en un escalofrío ardiente bajo techos de treinta grados a la sombra, mientras afuera, ululando en el corredor, la voz del padre imprecaba a la madre. Trozos de frases en un rompecabezas que nunca terminaría de armar del todo. El engaño, el hijo de otra estirpe, las mentiras, el grano adulterino, a la calle debías ir, puta, a los burdeles. Luego estrépitos que lo sobresaltaban. Luego un silencio negro.

Las otras piezas hubo que reconstruirlas días después: la fosa al pie del talud gredoso, la caja amarillenta que descendía sostenida por los mecates, mientras los sepultureros, borrachos, reían y escupían el chimó por entre los colmillos hacia los chaparrales. Y de nuevo las voces, esta vez de las ancianas embutidas en camisones y pañoletas negras, susurrando, primero lo engañó y luego se dio la muerte, el hijo no es de él; hay gente que tendrá que desandar los caminos del infierno hasta el confín de los tiempos; ligera de cascos, eso era; tal vez ni ella misma había alcanzado a saber quién era el padre de la criatura; y aquel niño, pobre, inocente angelito sin culpa.

¿Estaba allí «el padre», entre los gredales mojados y el silbido de las chicharras, fingiendo no darse cuenta del drama que acababa de vivir o había optado por rezagarse o por permanecer encerrado en la casa donde había conocido la infelicidad?

Si la conseja era cierta (el suicidio de la madre parecía refrendarla) él no provenía de aquel ser dulce y taciturno que le tendía la mano. Y sin embargo, nunca conocería otro padre que aquél, ni durante la breve temporada que aún sobrellevarían en el pueblo ni, más tarde, en los largos años de «caída y resurrección» que vivirían en Caracas, después de la migración y de los tiempos flacos. «Un padre asesinado y una madre contaminada», diría Fernando en su incurable frenesí teatrero, mucho tiempo después. Un padre excluido y una madre manchada y muerta, parodiaría él, en silencio.

En cuanto al otro, al cierto, al trashumante (las voces lo designaban griego, libanés, sirio), ya sabía que nunca lo conocería. Acerca de eso abrigaba una certeza inequívoca que no se correspondía con el margen que el azar siempre introducía en las circunstancias que a él la correspondía vivir, incluso las más previsibles, como si el dios sin cara y sin nombre que había presidido los todavía breves días de su adolescencia (sobre todo luego de conocer a los agnósticos de la cofradía), se hubiese ensañado en someter a prueba su paciencia, que, ya lo hemos dicho, no era precisamente su virtud preferida. De hecho, odiaba a aquel semental nómada de cuya semilla él descendía por error, y con cuya ejecución sumaria fantaseaba y distraía los ratos en blanco.

En ocasiones había llegado a pensar que aquella veta insondable de ira con la cual había aprendido a convivir a fuerza de voluntad, provenía de este asesinato frustrado en la persona del padre sin rostro, que nunca podría llevar a cabo, por mucho que lo deseara.

Materia bruta para La Sigmuncita, pasto para Félix B. Caignet, decía a veces, mientras conversaba del tema con Fernando, pero sabía, que la tragedia se hallaba instalada para siempre en las ranuras de la costumbre cotidiana. Y tal como ocurre con los hábitos que llegan a invadirnos en silencio, le acontecía sorprenderse jugueteando con la idea de la muerte en medio de las circunstancias más anodinas: exprimiendo la pasta de dientes sobre el cepillo, puliendo el carro, caminando hacia la casa de Maruja.

Pero no, tal vez no deseaba exactamente la muerte, sino un estado de vacuidad anterior a la vida. Había copiado en la contraportada de su agenda de notas una frase cuyo autor, curiosamente, ahora le resultaba imposible precisar (tal vez Heine, tal vez Rilke), y con la cual no podía estar más compenetrado: hablaba de la inconsciencia provocada por el sueño y la comparaba con la magnífica anulación aparejada a la muerte, pero, decía, nada semejante a la dicha de no haber nacido jamás.

Y de pronto acusaba, allí, en un rincón de la casa, la presencia simple y directa de la vida. Su madrastra en el momento de arreglar, en silencio, las macetas de flores. Su «padre», con sus lentes redondos y frágiles, arrellanado en su sillón de cuero, revisando la prensa del día. Experimentaba hacia él un sentimiento a mitad de camino entre la conmiseración y el afecto, no del todo ajeno al respeto. Quizás hasta admiraba a aquel hombre casi insignificante que había consagrado su vida al difícil arte de olvidar y a la no liviana tarea de levantarlo a él, sabiendo de quién se trataba.

¿Cómo denominar, por ejemplo, a ese impulso tenaz que lo llevara a transformar la tiendita inicial en aquel gran almacén misceláneo, y a éste en la empresa fortalecida, con sucursal y solvencia, que ahora dirigía? No sabría decirlo. Pero se trataba sin duda de la misma energía solapada que lo había sostenido todos estos años en el trayecto de una meta inamovible: el reconstruir su vida a partir de los fragmentos que aquella relación le había dejado, casarse de nuevo, no sin dudas, y levantar un hogar a contracorriente de lo que había sido su infortunio hasta entonces.

De todo aquello, Marujita sólo había recibido la versión edulcorada que su prudencia (en los momentos de sinceridad le acreditaba la categoría de cobardía) le había permitido revelarle: nada de adulterios, nada de muertes, nada de nombres falsos. Una historia de emigración familiar a la urbe, tan común que resultaba anodina. Bien. Hasta aquí, bien. Pero sólo él conocía cuán costoso había resultado aquel

acicalamiento hipócrita de su pequeña biografía familiar. Tensión, estrés, esfuerzo. Una tremenda inversión de energía que fecha a fecha, lo erosionaba hasta la médula. Y, por mucho tiempo, sin nadie con quien contar para el drenaje, sin albañales para la catarsis, como diría La Sigmuncita.

Si exceptuamos a Fernando, que había tenido la paciencia de permitirle serenar el pulso durante los dos últimos años. Pero, por buena que fuera la voluntad del teatrero, y por efectiva, incluso, que hubiese resultado su ayuda, no bastaba para exonerarlo de la pesada máscara que él tenía que calzarse día a día ante el resto del mundo, y sobre todo, ante Maruja. Y ante su familia, incluso: su padre de repuesto, su madrastra, quienes jamás habían osado cruzar una palabra sobre el caso. Como si nunca hubiese acontecido nada.

Todo aquello hundía, por supuesto. Agotaba. Pero en comparación con lo que le ocurría con Maruja, resultaba un problema deleznable. ¡El, que odiaba los dobleces, obligado a la tortura de sostener con ella aquella cháchara oblicua en relación con su pasado! ¿Por cuánto tiempo más podría sostener aquella liga repulsiva que ceñía el antifaz? Y ahora que a duras penas había reunido el coraje necesario para confesarse, sobrevénía esta tragedia. Pasarían semanas, incluso meses, antes de que Maruja pudiera recuperarse a sí misma. En verdad, quizás nunca volvería a ser como antes.

Se lo repitió tres veces con estas mismas palabras, aunque él mismo no supiera qué estaba queriendo decir (o decirse) con aquello. Y volvería a repetírselo días después, en silencio, apretando la mandíbula hasta provocarse dolor, justo en el momento de empuñar el arma y disparar.

Capítulo IV: 1957

1

— LO PENSARON demasiado para sacar al pítcher —dijo El Colorado Febres, apurando el trago de cerveza—. Después de las dos bases gratis debieron traer al relevo largo.

— Es el pítcher crédito. Apenas estaban en el cuarto inning —respondió Perucho.

— No digas pendejadas, Guitarrista, desde el comienzo se notó que había venido fuera de zona —dijo El Colorado—. Duró mucho.

— A veces se ha recuperado después de un comienzo flojo... algunos son así: empiezan mal y luego enderezan —explicó Perucho.

El carro de Perucho, un Dodge del 49 repintado en negro puro, bajaba por la avenida Roosevelt hacia el oeste. Habían tenido suerte al evadir el embotellamiento a la salida del estacionamiento del estadio y ahora daban vueltas sin rumbo fijo por las calles de Los Rosales. Era una típica tarde de domingo, morosa y pesada. Se sentían perezosos, y las cervezas que despacharan durante el partido no habían hecho otra cosa que aumentar la impresión de lasitud que los mantenía descolgados sobre el asiento delantero del carro, casi inmóviles.

El asistir a los encuentros del universitario, acompañado por Perucho, era ya un hábito que El Colorado Febres mantenía entre sus preferidos. En especial, disfrutaba la atmósfera de fiesta que se respiraba las mañanas de domingo en las tribunas del campo: animaban a los equipos, bebían cerveza y casaban apuestas legales e ilegales durante todo el enfrentamiento, mientras engullían toneladas de tostones, de maní y de pinchos de parrilla. El que ahora prefiriera la compañía del Guitarrista a la de otros miembros más antiguos del grupo del Dorta había sido una decisión voluntaria de la que no había tenido aún ni oportunidad ni motivos para arrepentirse, a pesar de los pronósticos adversos que todos habían formulado en un comienzo sobre la permanencia de Perucho en la pandilla. Ocurría que donde los demás creían ver a un advenedizo, él, que era el líder, apreció desde un principio un carácter y una inteligencia que ya desearían para sí muchos de aquellos malparidos de ocasión. Más aún, su acercamiento al Guitarrista había ido evolucionando hacia un progresivo distanciamiento del grupo por parte suya, lo que a la postre provocara un resquebrajamiento de la pandilla en sí, que ahora, después de conocer épocas de

mayor fausto, se hallaba al borde mismo de la disolución.

La amistad se había iniciado unos meses antes, un sábado en que decidiera cerrar la noche recalando para los tragos finales en una boîte-bar de la avenida Andrés Bello donde Perucho rasgaba boleros antillanos hasta la madrugada, haciéndose acompañar de un conjunto melancólico que de vez en vez condescendía al danzón y al merengue amortiguado para animar a la audiencia. Un malentendido en la factura alcohólica, que pudo resolverse gracias a los buenos oficios del Guitarrista, bastó para presentarlos y aproximarlos en esa jornada nocturna que luego los trasladó a aquella fiesta de apartamento donde Perucho y el conjunto terminaron acaparando la gloria gracias a unas puntuales recreaciones de Los Panchos que por momentos superaron sin ambigüedades los matices del modelo.

Los connaisseurs que merodeaban, algunos más o menos virtuosos, o más o menos sensibles, no tardaron en revestir de elogios el desempeño del Guitarrista, quien muy pronto se vio obligado a complacer en solo (valeses del país, polos, y, para asombro de convencidos y no convencidos, fragmentos de algún Rodrigo, de algún Albéniz), la perplejidad del auditorio. Las comparaciones cursis que lo analogaban al diamante sin tallar y al esplendor del talento en estado salvaje no se hicieron esperar, mientras la promesa y su descubridor se reían por lo bajo, cruzando miradas cómplices a distancias.

Algo en esto era cierto. Perucho provenía de los cerros miserables de San Agustín del Sur, en cuyas escarpaduras había crecido entre potes de basura con olor a podredumbre, repechos de trochas sin salida y escaleras laberínticas repujadas en excremento. Había logrado sobrevivir, sin secuelas mayores, hasta el cuarto de secundaria en el Aplicación de El Paraíso, donde levantara aquella fama de verraco entre las pandillas y de «díscolo» entre el cuerpo docente que a la larga terminara por desahuciarlo. De no ser por la guitarra y la ajustada tesitura de tenor con que estaba dotado, nadie hubiera podido impedir la indigencia donde con toda seguridad lo habría conducido el vagabundeo ocioso de la deserción.

El instrumento lo había asimilado de oídos, contemplando serenateros, boleristas retirados y borrachos sentimentales que espantaban las nostalgias de la vejez imitando a Los Panchos y a Los Tres Diamantes en las escalinatas del barrio. La pulitura vocal y aquel barniz introductorio de cultura musical de la que ya se sentía orgulloso fueron, ambos, una consecuencia directa del arribo providencial a los predios de San Agustín de un vergonzante ex soldado del III Reich. En efecto, desde que Otto Klatter, artista y luther, instalara su delicadísimo taller de marquetería en las fronteras de Puente Hierro, El Guitarrista se confirió, por decreto propio, el título de asistente y pupilo de aquel bávaro alucinado cuya laringe de sintetizador múltiple, (y estas fueron leyendas

divulgadas por el propio Perucho, años más tarde, en los tiempos en que, egresado del conservatorio, comenzara a forjar a la estrella jazzística que finalmente terminó por encarnar) era capaz de alcanzar cumbres de 800 vibraciones por segundo, y deslizarse, diversificando lo armónicos, tres octavas en la pendiente de los tonos.

Pero quienes quince o veinte años después, alcanzaron a oírlo y admirarlo en su etapa estelar, cuando llegó a ser el mejor saxofonista–jazzista del país, no se imaginaron jamás lo duro que debieron ser los comienzos. Entonces se combinaba con dos o tres de los veteranos de la zona para conformar en base a una dosis de trabajo y de improvisación (los veteranos a destajo fallaban sin preanuncio, los sustitutos descompasados menudeaban), el pequeño conjunto que él debía dirigir pese a su edad y que le permitía ir malviviendo mientras se formaba.

En los primeros tiempos, la ronda, a menudo azarosa y accidentada, se iniciaba los jueves a las siete en tarantines de cualquier pelo (botiquines, fuentes de soda), se espesaba luego en tugurios malencarados al entrar la hora y, finalmente, se empeñaba en drenarlos al filo de la medianoche, aturcidos y agotados, por los estribos del «Pasapoga». No había, en la época y en el oficio (declararía Perucho años después, ante el entrevistador, entre una y otra sesión de saxo en el Wolfgang Amadeus Bar) sitio más estratégico para la sobrevivencia que la puerta del «Pasapoga», donde de cuando en vez, un azaroso yab de la fortuna podía traerte bajo la manga de un trasnochador manirroto la prodigiosa solución de una semana.

Estas ribazones de divisas, no obstante, constituían más bien la excepción. La tarea cotidiana era, por el contrario, precaria: la ronda por los tugurios del centro, paisaje con niebla de cigarrillo barato y vaharadas de orine rancio donde siluetas que siempre se tambaleaban al borde de la debacle caían dormidas sobre mesas vomitadas, tapizadas de moscas, alucinadas por el resplandor mágico del tercio de cerveza, mientras los arrullos roncros de Toña La Negra las hacían volar más allá de las terrazas antenadas, más allá de las escaleras del cerro, más allá del cerro mismo hacia lo profundo de ese hueco al revés que era el cielo resplandeciente en las noches del trópico.

Y entonces no quedaba otra opción que acoger con delirio la empanada de cazón enchumbada en manteca, acampar de las lluvias en pocilgas quejumbrosas y aliviar la miseria con caña blanca o anís, y luego pedirle permiso al dueño para frenar el D3 que sonaba y dedicarles un bolearito aquí, de gratis, de puro cariño que nos teníamos, a la Lola, a la Lupe, a la Carmiña.

Regresaban en la cumbre de la medianoche por calles espejeantes de cristal renegrido, patinando entre charcos de azabache, frutas aplastadas, pipotes de desechos

desbordados, a pie Concordia abajo, entre pensiones de mala muerte y casas con zaguán melancólico, ventanas de barrotes oxidados y voladizos derruidos. Santa Rosalía abajo, sorteando los zanjones de la avenida en construcción, y luego Hornos de Cal arriba, por escalerillas a medias encementadas, abrazadas por tufaradas de orine, de mortecina y de tierra removida, que subían adelgazando hacia la punta del cerro, hasta la casa colgada sobre el precipicio vertical, desde donde Caracas puros punticos de colores a lo lejos, pura culebra de luces reptando en la autopista, hasta la puerta de tablas asegurada con retazos de anuncios, ACE era el más poderoso para la ropa, Glostora era el peinado que enamoraba, hasta el tanteo en la cocina vacía, un cambur negro, bollos de pan nacidos, un gato, misu Florentino, hasta la rodada al cuarto donde los hermanos menores ya dormían, hipnotizados por la alucinación del hambre.

Perucho giró el volante frente al cine y encaminó el Dodge hacia la avenida Nueva Granada, escalando por la suave cuesta que cierra en Roca Tarpeya. A pesar del domingo, diciembre y la navidad se sentían en el aire. La tarde era transparente y seca: la brisa de pascua comenzaba a soplar desde el este y en todas las vitrinas de los negocios colgaban luces de colores que burbujeaban, grumos de papel brillantado y bambalinas de plata. Un grupo que se dejaba deslizar por la pendiente, en patines, ensayando maromas y cabriolas, lo obligó a practicar una brusca maniobra hacia la isla y desde el edificio que se elevaba en la esquina, un contrapunto chillón discutía entre cuatros y furrucos el acoplamiento que debía dársele al aguinaldo.

— Hay que inventar algo —dijo El Colorado Febres, mirando primero a El Guitarrista y luego a su propia imagen en el retrovisor, mientras se organizaba el mechón del cabello rubio que le caía en pollina sobre la frente—. Hay que inventar algo o reviento. Ahorita no hay ninguna diferencia entre un sapo aventado y yo.

En verdad, se sentía flojo y descoyuntado: se viró, alargándose hacia atrás como una boa. Entonces le invadió en ralentí la imagen del caballo bayo galopando, el olor del sudor, el sonido de la respiración en la nuca... aunque no fuera medianoche ni estuviera acostado a solas en su cama.

— Tengo una invitación para esta tarde —dijo Perucho—. No te había dicho nada porque pensé que tenías bastante con lo de anoche.

En verdad, se había tratado de una parranda fuera de serie en la playa, de la que él, Perucho, retenía fragmentos aislados y trepidantes, cada uno más excesivo que el otro: El Colorado, por ejemplo, lanzando bolsas de billetes contra los ventiladores del cielo

raso, en el burdel de Catia La Mar, mientras las puticas se mordían, se azotaban, se asestaban taconazos unas a otras con la desafortada esperanza de que todo aquello no resultara una piñata siniestra, un perverso anticipo del fuego circular que el padre Galavís les prometiera como abreboza de la eternidad, por el excesivo crimen de hacer comercio de la concupiscencia, como si la sola carne no fuera ya una falla merecedora de la quinta paila por méritos propios.

O bien él y El Colorado, hundiéndose desnudos a plena medianoche en los oleajes paganos de Quebrada Seca, con cuatro «anfitrionas» raptadas, generosas de nalgas, que se revolcaban aullando en barriales de ron con arena, mientras escuadras de pescadores asombrados y excitados por el escenario, espiaban, ocultos por los aparejos y los cicales.

— Pensé que estarías cansado —dijo Perucho; él mismo cabeceaba de sueño y no sabía si quería o no quería un remezón que lo instalara de nuevo en el ciclo del clavo que saca al otro clavo y éste a su vez al otro etcétera.

— Supongo que no hablas en serio —dijo El Colorado—. Lo contrario me ofendería.

Perucho sonrió. Genio y figura hasta le sepultura, pensó, refraneando: Febres no perdía ocasión de alardear.

— Era nada más para cuidarle el armazón, compadre —dijo— ...Pero si está listo...

El Colorado le pidió detalles del programa, mientras flexionaba el brazo con las mancuernas de calentamiento fuertemente asidas y se observaba de reojo en el retrovisor externo. Lo del entrenamiento permanente era una arraigada y afortunada costumbre que había contribuido con creces a mantenerlo en forma: no importaba la hora, el lugar o la circunstancia, le había declarado al entrevistador deportivo del periódico estudiantil, cualquier momento era apropiado para mantenerse en forma, ése era su secreto. ¿Que lo catalogaran de exhibicionista, de engreído, de narciso? La fama tenía su precio. Y él lo sabía; yo; él, que había alzado la cresta haciéndose respetar a punta de gambetas, de chutes, de golazos, «colocando en alto el banderín futbolístico del Fray Luis de León», declaraba, drenaje natural de aquellos bíceps y estos pectorales y aquellos deltoides y estos trapecios y aquellos tríceps y estos cuadríceps del fémur y aquellos tendones de la corva y estos latissimus de la espalda que tanta disciplina le habían cobrado, cien flexiones diarias, la pera el potro el full squat la cuerda el press de pierna la bolsa el remo vertical los tensores la torsión lateral el press de banco las mancuernas la rueda de muñeca la barra larga el arnés de cuello la barra fija el pull down el press militar las paralelas las cincuenta piscinas crawl para no mencionar el training del fútbol que se le daba sin esfuerzos

cabeceando, lanzando tijeras a los tobillos, repartiendo gambetas entre los enardecidos enemigos del Loyola o de La Salle que terminaban más paralizados y tejidos que un poste de sebucán, driblando como lo haría Pelé un año más tarde en Suecia, tocando en el medio campo hasta penetrar la zona en un baile de samba con tumbadito de merengue que las defensas sólo podían derribar incurriendo en la pena máxima, y luego, yo mismo soy, vieran, un cambio de ritmo casi invisible que desconcertaba al arquero contrario y anidaba el «esférico en el rincón inalcanzable», como anunciaba, asombrado, el narrador de Radio Deportes, «el mejor delantero de todo el Distrito Federal, el baluarte por excelencia en la conquista del galardón nacional por parte de la divisa agustiniana del Fray Luis de León», como escribía Abelardo Raidi en las páginas de los diarios, y como a mí, a él, a El Colorado Febres, le apetecía que lo llamaran, no por la gloria deportiva del colegio, escenario que le era perfectamente prescindible, sino por la de él; él, que ya se había preparado en Colorado, limando sus huesos en las pendientes heladas del esquí, fajándose con los gringos para diputarles no sólo el slalon y la presea sino también la popularidad; lo decía yo, él, vieran los deltoides, los pectorales, los trapecios, los bíceps, alfeñiques, los vieran.

Desde hacía algún tiempo el delirio había conseguido incluso deslizarse en los bastidores del sueño. Entonces se miraba en el resplandor de un impreciso día del futuro: proyectado sobre una enorme plataforma aérea, a doscientos metros del suelo, coronado, con una rama de laurel ciñéndole la frente, cetro en mano, es venerado por multitudes de vasallos extáticos y perplejos, que desfilan en la madrugada frente a las puertas de la gran explanada embanderada (se imagina el Mall de Washington, con su grama podada y sus fuentes, visto desde la colina del Capitolio) aguardando entre bosques de fogatas que él, en un acceso de piedad, condescienda a descerrar las aldabas para permitirles la gracia de su contemplación.

La gloria de haber sido el goleador estrella del equipo que ganara el nacional juvenil había trascendido las fronteras del fútbol para avanzar hacia campos menos acatados, como los de la pandilla del café Dorta, a la que los liceístas llegaron a admirar por lo bajo, a pesar del estigma de desmadrados y delincuentes que todos ellos compartían. O quizás por eso mismo: tratándose de la bandita de Febres, resultaba de caché meterse en las perradas que perpetraban por la zona. Hasta las muchachas llegaban a soñarse hembras de gangsters, orilleras de banda que subían con agilidad de venaditas entre ráfagas de ametralladora al estribo del Ford T, mientras lograban escapar de la policía que inútilmente intentaba frustrar el asalto millonario, el golpe de joyas y diamantes, el contrabando de drogas, y aterrizaban acezantes pero excitadas y felices, ellas quiero decir, entre los brazos aquiescentes y cálidos de El Colorado, que las esperaba entre humos de tabaco habanero, en la sonrisa trasera, quiero decir en el asiento trasero del Ford T, con una sonrisa en los labios displicentes, el cañón del arma humeando y un borsalino gris de ala doblada sobre las cejas.

El regusto de la notoriedad de uno o de otro signo podía, quizás, persistir (y en él, la solitaria fantasía que lo recreaba en los momentos blancos no cesaba de recordárselo), pero tanto el fútbol como la pandilla eran, ambos, vicios del pasado. Así lo había decretado, y así lo vivía ahora. En estos días se sentía deslizarse por pendientes menos suaves y más amenazantes quizás que las lechosas hamacas de esquí tapizadas por la nieve de Colorado, donde alguna vez creyó volar, pero infinitamente más excitantes. Su vida de hoy se distanciaba de su vida de ayer, y presentía que en un futuro cercano la brecha sería mayor. Desesperaba por el día en que pudiera verse librado de la maldita familia, la momia insoportable del viejo, la cháchara.

De allí que este nuevo «negocio» en el que había empezado a militar, casi sin buscarlo, no pudiera venirle más a medida. Recibir la mercancía, colocarla, cobrar. Lo importante era no ponerse en evidencia, para lo cual apenas había que disponer de maña, de perspicacia, de sagacidad, virtudes que a él le sobraban para repartir en el mercado. Contigo no íbamos a tener ningún problema, había dicho el contacto, pero en la remotísima eventualidad de que esa circunstancia se diera, con toda seguridad la organización se haría cargo. Aquello era convincente: él no conocía a nadie a quien hubiesen hecho preso por un delito así. Y de cualquier manera, en esta vida había que arriesgar, había insistido el contacto, algo con lo que él no podía estar más de acuerdo.

Ahora, era cierto que aquello ameritaba algunos arreglos en sus costumbres. Sacrificar a la tristosa pandilla del Dorta, por supuesto: labor de saneamiento que no le quitaba el sueño y que, por otra parte, ya él había decidido emprender con anticipación. Reactivar nexos antiguos (abotonamientos con la élite, los llamaba el contacto) que, en el frenesí de las fechorías inmaduras, había descuidado, pero que continuaban allí, a disposición de su voluntad, como podría decirse. Para no mencionar un sinnúmero de otros pequeños detalles que cubrían desde las reuniones sociales hasta el color de la chaqueta.

En síntesis, una especie de cuidadosa reformulación personal que, vamos a decirlo a coro con él mismo, lo emocionaba y lo entusiasmaba hasta el éxtasis. ¿Le había sorprendido, en esta vorágine de cambios, la oposición de Perucho ante su confidencia acerca del «negocio» en el que estaba comenzando a «militar»? No del todo. Ya, si se quiere, estaba acostumbrándose a las recias aristas del carácter de Perucho, que una y otra vez no cesaban de afirmarlo como una personalidad que poco o nada tenía que ver con los pobres mamarrachos —incluidos los de su propio grupo— con los que el azar había ejercido la maldición de relacionarlo desde su regreso de los Estados Unidos, dos años atrás. A pesar del origen, se repetía, cada vez que reflexionaba sobre los motivos por los cuales continuaba con aquel trovador humilde que soñaba glorias y desmesuras.

El Guitarrista le extendió la cerveza que ahora estaba casi tibia y él, sin paladearla, la bajó de un envión.

— Creo que te puede mover el panorama —le pronosticó Perucho.

— ¿A qué te refieres? —preguntó él: había olvidado por completo de qué estaban conversando.

— La invitación, caballo —respondió Perucho—. Música con este trovador, tragos, viandas de las que quieras...

— ¿Dónde? —preguntó El Colorado, sin mucho entusiasmo.

— Por el Cementerio... por Los Totumos —explicó El Guitarrista—. Gente de pueblo... pero el que contrata es un chivo grueso en la política, amante del caramelito de la casa. Tal vez hasta lo conozcas: la chequera le abulta tanto que tiene que llevarla en carretilla... un tal Landáez, Francisco Landáez.

El Colorado Febres dio un salto que lo llevó a expulsar por la ventanilla el trago de cerveza y se volvió a contemplar a Perucho, como si Perucho, antenas desplegadas, piel fucsia, enormes ojos desorbitados de insecto, estuviera descendiendo la escalerilla de la nave espacial. ¿Francisco Landáez? ¿Te referías tú a la momia de Landáez, al viceministro? El Guitarrista asintió, sin comprender nada, estupefacto por la reacción de Febres, mientras El Colorado había quedado literalmente descoyuntado por la carcajada que lo cimbró, lanzándolo contra el tablero del carro.

— ¡De manera que la momia de Landáez tiene un segundo frente estable! —celebró en voz alta, ¡aquella era una noticia extraordinaria, Guitarrista, una verga compadre!

¿Y ahora qué bicho te picaba, qué coño te andaba a ti con Landáez?, preguntaba Perucho. El Colorado lo miró: por un momento le pareció imposible que Perucho no estuviera al tanto de su amasado y antiguo odio hacia el viceministro, pero recordó que, en verdad, nunca le había conversado del asunto. Y si era por Fernando, en las contadas ocasiones en que se lo había mencionado, lo había hecho llamándolo por su nombre, lo que no permitía establecer ningún nexo familiar con el padre.

El Colorado aún recordaba la humillación pública a la que había sido sometido por la momia de Landáez en los carnavales del año anterior. Una confusión con la carroza de la reina, en pleno desfile de gala, que terminó en sangre y en la que se vio involucrado, lo envió directo a un esmirriado calabozo de prefectura. Al viejo Febres, amigo de la momia de Landáez, no se le ocurrió idea más brillante que agenciarse los buenos oficios del vice. La intervención de Landáez, por supuesto, fue efectiva,

pero... ¿a qué costo? Todavía podía verlo escoltado por el famélico prefecto de bigotes y por su padre, un minuto después de que el funcionario lo dejara libre de nuevo, descerrajándose con aquel discursito tan humillante como ofensivo e hipócrita. Lo encontró de filo, porque la merced que él, El Colorado, le devolvió con creces, consistió en un discurso amasado con esencia de arsénico y con hojitas de chirel, donde le recordaba al honorable vice desde sus deslices corruptos y millonarios en el ministerio donde medraba hasta la línea medular de sus ascendientes, y que, con toda seguridad, la momia no se imaginó jamás oír de sus labios.

El viejo Febres (quien, por todos los indicios, recibía algunas rebanadas de la torta mafiosa de Landáez) palideció y tuvo que ser sometido a los primeros auxilios, al tiempo que le prometía a su hijo único la desherencia por centésima vez en los últimos meses, mientras el cadáver ministerial volvía a exhibir su influencia, esta vez en sentido contrario, para remitirlo de nuevo a la maldita mazmorra. En aquel cuchitril pestilente permaneció las previsibles setenta y dos horas de rigor que la letra y el uso dictaminaban para la circunstancia: tres días contados con sus noches que él, lejos de amedrentarse, empleó en ahuyentar las ratas, maldecir a Landáez, y planificar una siniestra venganza en su contra.

Se trataba, es verdad, de los «tiempos frenéticos» del pasado que ya habían sido superados: él ya no era el que había sido, y del despropósito fantasioso de matar al viceministro o incendiarle la quinta (ambas ideas fueron largamente mimadas por su odio), poco quedaba... Y sin embargo, ¿por qué soslayar esta oportunidad que el azar ponía ahora en sus manos sin participación alguna de su voluntad? Aún podía sentir un desbalance pernicioso entre las cabronadas que Landáez había practicado sobre él (era capaz de enumerar varias, casi todas con la participación cómplice de su propio padre: el incidente del carnaval no había sido aislado) y la inacción con que el paso del tiempo, la pereza y las distracciones lo habían llevado a ofrecerle como respuesta durante todos aquellos meses. Podía anticipar un regusto de placer nada desdeñable y, además, gratuito.

Sin embargo, no creyó conveniente contarle nada a Perucho. Al menos no todavía.

— La momia Landáez es amigo de mi viejo —le respondió en cambio—. Y, por si no lo sabes, excelso progenitor coño de madre que se empeñó en jugar a mi enemigo en ese maldito convento de tarados donde estudio y que me volvió cipe el radiador del carro hace unos meses.

— ¡Vaya! Ni cabrona idea —confesó Perucho—. ¿Qué fue lo que hizo él con el carro?

Fue sincero: no guardaba mucha bronca por Fernando.

— El Llanero no es el problema. Digamos que lo del radiador fue un desafío en buena lid, una puja de los tiempos gloriosos del pasado —dijo, alisándose el copete de pelo en el retrovisor, tocándose los bíceps—. Lo del padre ya es otra cosa. Sería un gran placer sorprenderlo en pleno verguero... Así que está amancebado el momia...

— Con una tiernita preciosa que debe andar en los 20, si acaso —explicó El Guitarrista—. Está esperando un hijo suyo.

¡Estaba esperando un hijo de Landáez!, pensó El Colorado, aquello daba un giro interesante: la familia debía estar en la más pura de las ignorancias en relación con el afercito, se dijo en spanglish, sonriendo.

— ¿Entonces? —instó Perucho ¿íbamos?

Para luego era tarde, Guitarrista, hermano, exclamó él.

Perucho giró bruscamente hacia Prado de María, mientras él sacudía la cabeza para librarse de aquel recuerdo obsesivo: el perfil del jinete, el galope del caballo bajo su cuerpo, el olor del sudor... ¡Nos íbamos!

2

Cuando la limousina de Francisco Landáez se detuvo frente a la reja, ya Marisela los esperaba, acodada contra el barandado del jardincillo frontal, ensayando su fulgurante sonrisa de 19 y alisándose ansiosa la falda de verticales azules que el viento sobre los armadores insistía en revolver un minuto después. El jardín aromaba a palotal y a tierra negra mojada por la lluvia. Por petición suya, Landáez había hecho frisar y repintar la fachada, los hierros y los voladizos de las ventanas, abonar los rosales y los arriates de novios y de bella de noche, cepillar y barnizar la madera de las puertas y colgar helechos rizados en los garfios de la cornisa.

En lo que a ella se refería, la labor de persuasión no había podido resultar más sencilla: un pucherito con aleteo de pestañas y un ronroneo de gatita malcriada (melindres de cuya eficacia ya había fe desde el momento en que se propusiera reconquistarlo para la familia, es decir, heredarlo de las manos de la madre, en tiempos en que ninguno de los seductores artilugios de Eudora ni del brujo versado que las había asesorado en el «trabajo», parecían hacer mella en la frialdad del vice)

había bastado para que una cuadrilla de peones silenciosos, comandados por un maestro de obras que le debía favores a Francisco desde la guerra de las loterías clandestinas, se hiciera presente con el propósito obsesivo de rematar el proyecto en una semana.

La persuasión fue providencial porque apenas unos días más tardes ella acogía a Francisco con una sonrisa pizpireta y una panoplia de coqueterías como nunca antes él le había visto, retozando entre los muebles del recibidor, a que no me alcanzabas, las manos cruzadas en la espalda, ocultando el papel del laboratorio que el médico le había entregado aquella mañana, y él, Francisco, correteando detrás, fingiendo ignorar de qué se trataba, aunque no tuviera necesidad de reportes para aclarar el misterio ya develado por la conversación con el obstetra, positivo, viceministro, ibas a ser padre, desde la oficina, a cuyo bañito anexo había corrido a recatarse para que nadie lo viera llorar, tan grande era la apoteosis, yo, una verga, un roble a mi edad.

Aunque el ascensorista no había entendido ni el afectuoso golpecito por la espalda ni la mueca de placidez en un rostro que sólo lo saludaba en año nuevo, la florista habitual de la Urdaneta, más perspicaz quizás, lo había conmovido con aquel toque idílico del ramillete de claveles rojos adornado con base de anime dorado y misterio añadido de sahumero artificial, y que Dios bendijera tu núbil vientre donde crece la prístina semilla de nuestro inmenso amor, con besos de quien te ama y te cuidará siempre, tu Francisco, en la tarjeta de su propia cosecha.

La florista había opinado, enternecida, que Ud. era un poeta nato, señor Landáez, mientras ajustaba los versos en el tallo y los prendía con un alfiler de gancho revestido en oro, al tiempo que él arrebatava el presente con una mano y con la otra, ciega, no veía el instante de triturar a su amor contra su pecho.

Aquello había sido una semana antes, ahora él lo había meditado bien antes de arrastrar al argentino: no siempre los invitados habían rendido reciprocidad a la anfitriona: Eudora en los primeros tiempos, con su experiencia y sus modales de matrona versada, y, luego, Marisela, una castañuela que se las arreglaba para estar en todo lugar donde él la requiriera, sonriendo, desplegando mohínes en torno a los cuales Eudora la instruía, apoyada en la extensa hemeroteca de revistas habaneras que el propio viceministro se encargaba de proveer.

Sin embargo, esta vez no tenía reparos: conocía al argentino, «el paquete sureño», como lo llamaban en algunas esferas. Un espécimen singular con quien había mediado una franca amistad, soldada con lo que él estimaba «la fragua de la más perfecta comunidad de ideales políticos, económicos y hasta sociales». Especialmente después de aquellas reuniones cordiales, de aquellos negocios expresos pero

sustanciosos durante los cuales no había hecho falta ni hablar porque se comunicaban hasta por telepatía cuando no bastaban las picadas de ojo. No extrañaba entonces que el propio presidente lo hubiera acogido, es decir al argentino, con tanto entusiasmo como lo había hecho: recepción, alojamiento, salvoconducto, carta blanca en operaciones financieras. Gestos que resultaban doblemente elocuentes en lo que a la generosidad del General se refería, si se registraba que Juan no atravesaba precisamente la mejor racha de su vida.

El «encanto» del argentino no se reducía, por otra parte, a las circunstancias importantes; también en los pequeños convites se hacía evidente ese tacto caballeroso y esa gentileza que tantas satisfacciones parecían haberle merecido. Landáez recordaba algunos almuerzos de parrillada pampera rociados con mostos tintos de la Emilia–Romaña, milongas de puerto y hasta cebadas de mate para el que apeteciera (no precisamente para él, Landáez, quien juzgaba, valga la infidencia, que en comparación con la chupada de yerba, un sorbo de ñoña líquida a pitillo resultaba una exquisitez).

Tales romerías terminaban a veces en prolongadas exuberancias nocturnas con milongueros importados y minas complacientes que bailaban y cantaban aires porteños a la par de una veterana del Boca, y con quienes el argentino se había sentido como en su casa, gangoseando también él mi Buenos Aires querido, cuando yo te volviera a ver, camisa arremangada, sudoroso bajo caneyes flameantes de palmas y berberías, con una mina en la rodilla, el tronco sin armas a pesar de los múltiples atentados fallidos de que había sido objeto, y en la mano el vaso rebosante de ron con soda, aspergido con ginebra y pétalos de mandarina en flor, como se había aficionado a beberlo en Caracas.

Otras veces condescendía a la nostalgia, rememorando los paisajes de la primavera en la pampa, que en la región de donde él provenía se colmaba de olores y de silbidos de pájaros y de vetas esmeralda y malva en torno a los lagos azules, inmóviles, donde los pescadores vacilaban en lanzar el anzuelo hacia el agua o hacia las nubes o hacia los ramajes en flor que convergían en la distancia, borrosos, sacudidos por el viento o por el peso silencioso de la planicie, a través de cuyos caminos arribaban los payadores con aquella música agresiva, nostálgica y transparente a un tiempo, que él había decidido amar, aunque no hubiera alcanzado a comprenderla del todo, y que tanto le había ayudado a aproximarse a Landáez, tangófilo, milongófilo, cuecófilo, argentinófilo como era él por su parte, co-fundador del Nuevo Club Gardeliano del Estado Portuguesa en el año 36, en cuyos salones él, Francisco, había pronunciado aquella luctuosa alocución, a un año del irreparable adiós del zorzal criollo, elegía que tantas alabanzas había acopiado entre los propietarios rurales y los políticos, y tantas lágrimas entre las damas de falda larga, encajes de organdí y robacorazones sobre la

frente que lo habían ovacionado hasta el frenesí aquella caldeada noche de junio, en cuya apoteosis le había pedido la mano a Consuelo, tan menuda y pizpireta y risueña en aquel entonces como lo era ahora Marisela, con este pañuelito que blandía presurosa para modularse la sombra, y con el cual disimulaba luego, una basura en la pupila, una ondeadita de saludo que ya llegaban, y el espejo con recubierta del «Nuevo Ideal Nacional» directo a la cartera mientras se alisaba ansiosa la falda de verticales azules que el viento sobre los armadores insistía en revolver un minuto después.

Tampoco ahora el viceministro había olvidado el ramo de las ocasiones excepcionales, aunque esta vez se trataba de un espectacular arreglo floral donde refulgían las orquídeas labiadas, amatistas y blancas, al lado de las calas, espigadas como una fuente de oro y nieve, según el veredicto autorizado de Eudora. El ramillete anidaba en un profuso nicho de lazos rubí donde (¡sorpresa!) nuestro oferente se había encaprichado en embutir el corazón del regalo, una gargantilla de brillantes coronada por una esmeralda, que provocó suspiros de asombro en la concurrencia y gritos de satisfacción en la homenajead, quien no se hizo esperar para saltarle al cuello, Francisco, mi amor, y sofocarlo a besos.

No había empezado a amainar la algarabía cuando estalló un nuevo aplauso, ahora provocado por la caja pequeña, rosada, exquisita, que el argentino le extendió a Marisela una vez que estuvieron instalados en la sala y una vez que el tocadiscos había comenzado a divulgar barrio plateado por la luna, algo calamitosa la melodía ya, para ser sinceros, en honor justo al nuevo invitado, rumores de milonga, que permanecía de pie, sonriendo en el centro de la habitación, sorprendido aún por la estruendosa alegría del trópico, tan semejante a esa otra vivida en el Mediterráneo tiempo atrás: Roma, Nápoles, Sicilia, en aquella ya lejana pasantía europea de los años 30, cuando acaparaba la atención de los oficiales con sus proezas de fuerza entre los vinos y sus proyectos políticos y sus exégesis musicales: el tango no había muerto con Gardel y Argentina seguía próxima al corazón de los italianos.

Marisela desató el lazo y del interior de la caja irrumpió un haz de chispazos rielantes que encegueció a Eudora, asomada por detrás de los hombros de Marisela, y desató la ovación delirante en el resto del grupo. Del tamaño de una caja de fósforo, cúbico y tallado como una concha de cedro, el pequeño trozo de cristal deslumbraba. Nadie preguntó para qué servía, pero todos se dejaron seducir por él.

— Puro cristal tallado de Murano —explicó el argentino, señalando con delicadeza la punta del trozo, satisfecho.

Marisela miró de reojo a Landáez.

— Juan quiere decir que es italiano, muñeca —precisó Francisco. También él se había permitido sus vagabundeos por Venecia en ocasión de aquellos contactos tan amables entre Aerolíneas Transatlánticas Italianas y el gobierno venezolano, que tantas satisfacciones habían abonado de parte y parte —Parece valiosísimo— agregó, en susurro, para Marisela, quien había tomado el diminuto objeto y lo contemplaba aún, hipnotizada.

La situación había impedido que se percataran de los dos recién llegados a quienes Fabián, el utility de la casa, había franqueado la entrada y ahora escoltaba, mascullando incoherencias a lo largo del pasillo que conducía al patio. Fue Eudora quien les dio la bienvenida y los atrajo hasta el núcleo de convite.

— ¡Mire quién está aquí! —exclamó Francisco, acercándose a saludar a Perucho Quiñones, que se había adelantado al Colorado Febres —¡La guitarra de oro de San Agustín, en persona!

Perucho saludó y respondió a la presentación y a los vítores con una venia protocolar, mientras abría los brazos para recibir a Francisco y a Marisela que se acercaban a recibirlo.

— ¡Qué sorpresa tan rica! —chilló Marisela— ¡No me digas que vienes a cantar! —buscando la mirada de Francisco para dar con una explicación.

— Nos va a brindar serenatas hasta la hora del desayuno —aclaró Francisco—. Ese fue el contrato, ¿no es así, uña de oro? —palmeando a Perucho.

— Bueno, me soplaron que viene por ahí un heredero —respondió Perucho, blandiendo la guitarra enfundada en dirección al vientre de Marisela— Hasta canciones de cuna le traigo de una vez, para que se vaya entrenando... y un guarda espalda por si me quedo dormido —y señaló al Colorado Febres que en ese momento avanzaba hasta el grupo.

— Saludos a los caballeros —dijo El Colorado, bromeando con el protocolo, porque ya había reconocido a Landáez.

Landáez palideció, ¿de dónde había salido aquel cagaleche?

— ¡Pero si a este gallito yo lo tengo repetido! —bromeó, sin embargo: la mejor estrategia era disimular y ganar tiempo mientras averiguaba —¿Cómo anda tu viejo? Hace meses que no nos vemos.

— Estoy seguro de que si él hubiera sabido que lo iba a encontrar, le manda el abrazo,

así que déjeme interpretar lo que él hubiera hecho —dijo El Colorado y estrechó a Francisco, disimulando—. Y a la futura madre, mis parabienes —completó, besando la mano de Marisela, ahí te iba ésa, carcamal, ya sabías que yo sabía, sonriéndole a Francisco.

¡Bienvenidos! —dijo Marisela—. No tengo que decirles que están en su casa. Y Ud., Perucho, gracias por regresar. La pasamos muy bien en el cumpleaños de mamá. Mamá dice que ni Lucho Gatica interpreta «Somos» como Ud. lo hace. ¿No es así, mamá?

Eudora, que se había percatado de la incomodidad de Francisco, respondió que sí, y aprovechó para cambiar la conversación y enviar a la tía Carmen por las bebidas. Los recién llegados fueron presentados al resto y el argentino se enfrascó en una animada plática con Perucho sobre la música venezolana y con El Colorado Febres sobre el fútbol brasileño y la nueva sensación de 17 años que había prometido traer el banderín de Suecia para los cariocas.

— Lo que no me gusta de él es cómo se llama: suena a sobrenombre de payaso —dijo El Colorado.

— Pelé —repitió Juan—. Pelé... Es verdad —reconoció—. Los brasileños son así con los apodos.

La tía Carmen trajo la bandeja con la botella amielada de ron, en el centro, y los vasos metálicos, troquelados con estandartes militares, a los lados. Colocó las servilletas, los apoya-vasos redondos con motivos alusivos al «Nuevo Ideal Nacional» formando círculos sobre la mesa, y un cubo con hielo. Fabián, refunfuñando por las órdenes de Eudora, completó con los pasapalos: aceitunas, caviar, casabe y empanaditas de cazón con ají.

Desde el tocadiscos, los barrios plateados por la luna dejaban paso a cuesta abajo en mi rodada, pero por qué no nos deleitabas con esa guitarra tuya, Perucho, con esa voz con que Dios te había galardonado, muchacho, arengaba Landáez, tratando de olvidarse de la presencia del Colorado, dejáramos descansar la aguja. Marisela batió palmas y Perucho y El Colorado salieron a afinar la guitarra. El argentino se acercó a Landáez y a Marisela. Marisela le mostró la caja al argentino y luego la apurruñó contra el pecho, en señal de agradecimiento.

— A ella le gustaba mucho —confesó el argentino a Landáez, señalando la pequeña caja de madera—. Decía que nos traía buena suerte. La tenía siempre al alcance: en el velador, en la peinadora...

Marisela interrogó a Francisco con las cejas.

— La esposa —dijo Landáez, casi en susurro, ¿cómo no se acordaba?, se lo había explicado tanto, le había enumerado tantos datos— ...Murió —agregó, tratando de parecer triste.

El argentino guardó silencio. Siempre le ocurría aquello apenas alguien le mencionaba: ese golpe bajo, ese estilete agudo en el diafragma. Le disgustaba reconocer estas emociones en un hombre de su temple y con sesenta años a cuestas, pero así era el amor. ¡La primorosa piba de la radio! Una brecha de más de 20 años de edad entre ambos y sin embargo... sin embargo. Y había sido tan fugaz aquella «pasión madura», como la había llamado él en sus cartas: ¡apenas siete años! Una revelación primero, y luego la sorpresa: aquella muerte, ¡pelona, puta, descangallada! Y después... después el universo entero se había transformado en un descomunal palacio abandonado. ¿Era ella quien lo había sostenido? Dos universos: aquellas masas delirantes que los aclamaban desde las grandes explanadas que se perdían en un cielo circular, entre filamentos de manos que ondulaban, y ella a su lado, en la plataforma, soñando el mismo sueño que ellos soñaban, pálida ya, febril, eterna; y luego el recodo íntimo donde volvía a calzar en él: una identidad doble que se complementaba.

— ¿Es bello ese Murano?

La pregunta de Marisela, que insistía sobre la caja labrada, reveló al argentino de sus memorias. Landáez se sonrió. Le encantaban aquellas salidas de Marisela.

— Tenemos que buscar un mapamundi —anotó Eudora, mientras servía el hielo, ya iba.

Juan había tomado un pedazo de papel y comenzaba a dibujar la bota y el arco de Trieste.

— Sí, era bello —dijo, sin reparar en que hablaba en pretérito. Rememoraba la travesía del vaporetto desde San Marcos a Murano, en otoño—. El mejor momento para conocer Venecia, como dijera alguna vez el gran Casanova.

— ¿El don Juan, el mujeriego, el aventurero? —preguntó Marisela, para reivindicarse: había visto «Valores Humanos» en el canal cuatro.

— El mismo, pero al lado de mujeriego era un poeta, un verdadero testigo de su época —enfaticó el argentino, mirando largamente el cristal biselado del vaso donde el ron quebraba la imagen de Marisela. Aquel otoño, las islas borrosas en la bruma del

Adriático y la línea fina de la cúpula de San Jorge cruzadas por las corrientes frías del norte, y la morocha de Mestre, de cabellos negros, enormes ojos zarcos y perfil griego, que le había hecho olvidarse del rigor de la academia de armas en ese hotelito húmedo y dorado, oloroso a resina de pino, musgo y flores marchitas, desde donde se podía oír el chapotear de los remos en los canales y las conversaciones y los cantos de los gondoleros bajo los puentes.

Marisela escuchaba sobrecogida, hecha un ovillo de estambre blanco en las rodillas de Landáez mientras los demás hacían círculo alrededor del argentino. Eudora, que ya se había hecho sus ilusiones con Juan y amasaba esas ilusiones con suspiros a medida que el argentino hablaba —le parecía estar caminando dentro de una película de Libertad Lamarque, dentro de un tango de Gardel—, colocaba disco tras disco de Canaro y se vaciaba copita tras copitas de ron con hielo, con sigilo, con lágrimas de contenida emoción que resbalaban furtivas por sus mejillas, por mis mejillas como perlas desprendidas del collar de una odalisca enamorada: aquella voz, aquel carácter, aquella mirada de hombre curtido que el argentino lucía... ¿No podría poner sus ojos en mí alguna vez? ¡Ah mundo los quince! ¡Ah mundo un carato mágico que la volviera niña! Fané, che, fané.

A las seis, la comida estuvo a punto. Parecía temprano para cenar, pero la rapidez con que habían dado cuenta de la copiosa provisión de alcohol que Landáez había garantizado, exigía un primer alivio para la noche que se vislumbraba. Perucho había interpretado una variada tenida de tangos y boleros en honor al argentino; y El Colorado, mientras tramaba la vía más productiva y segura de sacarles provecho a los secretos de Landáez, contaba chistes y anécdotas al grupo de adolescentes que ya se había formado en torno a él.

Tía Carmen sirvió las verduras en la bandeja, los trozos de pescado en la escudilla y el caldo del hervido, ya cernido, en un bol de 10 litros que apenas acogía el contenido de la descomunal olla del traspatio. El mojo canario, uno de los pocos legados intelectuales que el padre de Marisela, isleño y arisco, dejara a la familia en el momento de desaparecer para siempre, diez años antes, fue dispuesto en cazuelas de arcilla a cada lado del pescado.

— Este es el secreto de Eudora para el hervido de mero- explicó Francisco—... y el punto de ají.

— La sabiduría está en los secretos —remarcó El Colorado Febres, acercándose a la mesa en compañía de Perucho.

La indirecta no inmutó a Landáez. El argentino mostró curiosidad por las verduras, y Marisela, que ya había sido puesta al tanto por Eudora sobre los riesgos con Febres, aprovechó para comenzar una larga disertación sobre el apio y la yuca y, luego, sobre el mojo isleño que también intrigaba a Juan.

— Como ve, todo el arte está en las medidas del cilantro y del perejil, que hay que machacar junto con el ají, sin venas ni semillas, porque puede cambiarle el sabor... y el punto exacto de ajo para que no mate el gusto de las yerbas —remató Marisela, orgullosa de poder instruir en algo al argentino.

— Tienes mucha suerte con este pequeño angelito que sabe cuidarte tan bien —dijo Juan.

— Las mujeres tienen un conocimiento intuitivo para el cuidado de la casa. Estoy seguro de que con ese bebé va a ser una maravilla... ya van a ver —terció El Colorado, mirando a la homenajeadá, y, luego, a Francisco.

— ¡Apoyo al compañerito! —terció Landáez—. La mujer será siempre el perfume más exquisito en la vida de un hombre...

Perucho aplaudió y lanzó un viva para respaldar los gestos retóricos que ya Landáez comenzaba a desplegar. Eudora gritó que ahí tenían un poeta, que vieran, ella siempre lo había dicho: tú tenías corazón de poetas, Francisco, ¡en el fondo lo que tú tenías era un corazón de poeta de este calibre!

— ¿Qué sería de nosotros sin ellas?

Landáez condescendía, sobreactuando, haciéndose el abrumado, y estiró la mano para acariciar el pelo de Marisela y el vientre de Marisela, donde imaginó un gusanito acurrucado flotando en aceite de merey transparente.

Perucho rasgó la guitarra y alzó la copa, conmovido por la incontrolable poesía de Landáez.

Afuera, los niños del barrio, que habían estado alborotando durante toda la tarde, se

calmaban, agotados, convencidos ya de que Landáez no saldría más a arrojarles centavitos sobre la acera. Las campanas de la iglesia de Prado de María llamaban al ángelus y el viejo Fabián se hincó como pudo y se persignó, temblando. El sol se deslizaba rasante, en forma de rebanada dorada con hebras de humo suspendidas en el centro, cercenaba en dos el aire de la sala y rebotaba en iridiscencias agudas contra la superficie de la mesa. Eudora, la tía Carmen y las otras mujeres, trasteaban y hacían ruidos en la cocina. Alguien le había colocado la cubierta de tela a la jaula de los pájaros, que ya no trinaban, y el perro, a pesar de la guitarra y el trajín, permanecía echado en un rincón, irguiendo la oreja de vez en cuando. Un sopor húmedo se suspendía en los corredores, e incluso afuera, en la calle, donde la brisa de las seis tardaba en soplar, las matas de almendrón, enhiestas, parecían columnas barnizadas por la luz del crepúsculo.

Los adolescentes del barrio, con toques de agua de colonia en el cuello y el copete húmedo y ondulado, comenzaban a reunirse en las esquinas, esperando completar la colecta para hacer cola frente a la licorería. En la calle principal, las amas de casa se apresuraban hacia los abastos para cancelar las deudas y hacer las compras especiales de fin de semana, y en la zapatería, un libanés colorado, de pelo lacio y negro, rendido por el cansancio, dormitaba bajo el toldo multicolor.

Juan se pasó la mano por la cabeza y se sonó la nariz, con un pañuelo. Era comienzos de verano en Argentina y él siempre se engripaba con los cambios de estación, especialmente después de los solsticios. Poco importaba que estuviera en el caribe y no en Río de la Plata, aquello era un accidente, un sueño malo, transitorio, cuando yo te volviera a ver no habría más penas ni olvido, y sin embargo por momentos todo le volvía a parecer imposible. A veces, cuando se despertaba en la alta madrugada, una fugaz venda de muerte lo cruzaba: cuestión de estirar el brazo, de alcanzar al arma en el velador, de apretar el gatillo. Entonces volvía a reconstruir todo, cuando yo te volviera a ver, y en un vórtice negro la corriente de la memoria le regresaba el perfil, la mortaja, ella engalanada con guirnaldas de claveles blanco, yaciendo para siempre, y los rostros sitiando el catafalco, con su limosna de alivio a, perdidos en arañas pálidas de luces apagadas.

— Vida y muerte —se sorprendió diciendo, regresando. Ese era el transcurso del hombre sobre la tierra: vida y muerte, y una voz, dentro, gangoza y seca a la vez, repetía: vita e morte, questa è la esistenza, en un café de Roma, 1939, profesor Cambrini. Aquella calle olorosa a charcutería, basura y pastelillos de manzana en un costado del Tíber. Paredes rancias, encaladas, que por momentos tornaba irreal el golpetear de las botas en la vía y el canto heráldico de los camisas negras, al fondo ¿Qué era lo prioritario: el socialismo o la patria? Un vaso de tinto y la tos del profesor Cambrini, que se revestía de filósofo al dejar las aulas de la academia de armas:

resistir el dolor, endurecerse, una cadena de azares, eso también era la vida. Y por primera vez, él, Juan, había sentido el deseo impostergable de escribir. ¿Ecce homo? ¿Ecce homo? No, no, insistía Cambrini. Endurecerse. Existían hombres llamados por el destino, Il Duce era uno, tú podrías ser otro, Juan, tú eras otro, muerte.

Perucho había dejado de cantar y ahora punteaba en las cuerdas unas notas lentas y blancas. También Landáez estaba conmovido, pero no era cuestión de que dos hombres se pusieran a moquear como plañideras delante de todos, así que alzó la copa de escocés y

— ¡Brindo por el tripón! —exclamó, y se levantó de la butaca, acezante, casi asfixiado.

No iría a tener problemas con la maldita tensión, no ahora, pensó, deseó, no ahora que tenía a Marisela. Pero hacía meses que no se controlaba. El argentino tenía razón: la muerte acechaba a la vuelta de la esquina. Iba a ir, lo juraba, mañana mismo le diría a la secretaria que le telefonara. No, eso era una cuestión de portón adentro. Le diría a Consuelito para que ella lo hiciera. Con tantas responsabilidades, hoy día los hombres públicos como él, como el argentino, como el General, debían contar con un corazón de plástico, a prueba de crisis. Ya lo inventarían, se estaban viendo cosas increíbles. Ahí estaban los rusos con su sputnik: una luna de metal dándole vueltas a la tierra. ¿Por qué no un corazón de metal? Lo necesitaba. Ya no era el mismo que se aventuraba en las selvas de Ticoporo a cobrar piezas de altura por el puro placer del riesgo.

¿Dónde había comenzado a envejecer? ¿Dónde había experimentado por vez primera aquella caída libre hacia la nada? ¿Dónde aquella urgencia de vida y de sexo que no lo inundaba con una fiereza igual desde los días en que espiaba a las muchachas silvestres, desnudas y enternecidas por el follaje, flotando más que nadando sobre las corrientes del Timana, cuarenta años atrás? Había sobrevivido a tantas fiebres mortales en la infancia que la familia sólo lo pudo explicar por el expediente de un ángel tutelar que lo habría ungido de óleos mágicos capaces de burlar el poder de las pestilencias más allá de los límites humanos. Tal vez esa misma providencia le guiara la mano diez años después para colocar el plomo en los pulmones de Jacinto Noguera, segundos antes de que Jacinto Noguera, su enemigo obsesivo, intentara, fallidamente, la recíproca, y rodara exánime fuera de la cabalgadura.

De haber ocurrido después, la gente los hubiera tomado por comparsas de una película del oeste, pero en aquel tiempo no había ni televisión ni cine en las llanuras. Nada

más la tierra amarilla, los rastrojos y la reverberación del sol. Aquel duelo, que Francisco no propició (ni eludió al llegarle la hora) y que tanta tela diera para cortar en boca de sus enemigos políticos, le permitiría a la postre duplicar sus dominios, extendiéndolos casi hasta el piedemonte, al menos hasta el año 33, cuando las amenazas de los sicarios gomecistas lo obligaran a desprenderse del hatu por el precio de un caballo ensillado.

Tal vez haya sido favor divino la pasión que suscitara en Consuelo Silva dos años más tarde, cuando regresó a Catagua con la idea impostergable de conseguir mujer, casarse y reunir progenie.

Tal vez haya sido, asimismo, obra de la Voluntad Suprema, la recuperación sorpresiva de sus tierras, después del inacabable litigio que siguió a la muerte del Dictador, y el hecho de que el fallo coincidiera con el nombramiento en el tren ejecutivo estatal del presidente Medina y con el advenimiento de su primogénito, Fernando, cuando ya la familia temía una esterilidad irreversible en Consuelo.

Lo cierto es que si dejásemos el dictamen en sus manos, no tendríamos que aguardar un instante para verle otorgar los galardones al poder omnímodo, así diría, de la tenacidad propia, que en él escalaba el rango de virtud.

Esta férrea voluntad de ascenso habría sido, entonces, la responsable de la lúcida paciencia con que soportó las pruebas a que fuera sometido por la persecución oficial durante el trienio del 45, y que luego le permitiría la reivindicación a las posiciones de poder que en mínima justicia le correspondían, una vez barrida la ignominia por el rescate del «Nuevo Ideal Nacional».

Este era el sueño retrospectivo al que se entregaba en las noches en blanco. Una realidad ahora tangible, que superaba con creces los delirios más descabellados de su remota juventud. Entonces el fantasma de Jacinto, y el rostro adolescente de Consuelo en la Feria da Catagua, veinte años atrás, y la sonrisa transparente de Fernando, jugueteando entre los pañales de la cuna, en 1940, y los colmillos babeantes de los perseguidores, se volvían figuras de zaranda que giraban danzantes en una beatitud sin tiempo.

Estaba complacido, sí, pero no satisfecho. Restaba mucho por hacer y no contaba precisamente con la eternidad. ¡Si el país pudiera disfrutar al menos de unos años más de estabilidad y de paz! Pero no, la conspiración infectaba los estratos más insospechados de la sociedad. La envidia y la revancha de nuevo amenazaban con devorar a las instituciones y las amistades confiables constituían un círculo cada día más reducido. Por eso había que justipreciar la compañía de las personas que,

acciones mediante, daban cada día pruebas de su lealtad y de su afecto. Consuelo y los hijos, en primer lugar. Marisela y su gente, por razones distintas que cualquiera entendería, en segundo lugar. Y, en otro plano, las amistades consecuentes: el General, Juan, el Ministro, los Paredes.

No eran muchos, ciertamente, y justo por eso debía protegerlos, mantener ese precioso equilibrio que los volvían el paisaje íntimo de su mundo. Le gustaba pensarlo con esas palabras que había leído en algún libro olvidado: el paisaje íntimo de su mundo.

Él, como cualquier mortal, no estaba exento de errores, por supuesto. Todo hombre resultaba una suma de sus virtudes y de sus defectos, y él no escapaba a esta ley. Lo importante era que más allá de las torpezas y las omisiones, el tacto y la buena voluntad preservaran el equilibrio amenazado.

Pensó en El Colorado Febres. En lo que significaba un secreto exquisito como el de su vida con Marisela y el embarazo de Marisela, en manos de un crápula como aquél, que había sido repudiado hasta en el seno de su propia familia. No se explicaba qué culpa habría purgado Eliseo Febres, un hombre tan cabal, tan caballero, con la maldición de engendrar un hijo de aquella catadura. Todavía recordaba el grotesco incidente del carnaval, cuando El Colorado había tenido la desfachatez de llevar sus payasadas hasta el límite de la sangre, y Eliseo le había rogado su intercesión para que el hijo de puta pudiera salir de las rejas. Una verdadera amenaza. Tendría que cuidarse.

Pensó en el clima político de la ciudad y en el peligro que representaba una asonada militar que interrumpiera la continuidad institucional del General y precipitara al país en una catástrofe económica; y, con el país, a su familia, a toda la gente que le era querida, a él mismo. Un terremoto que abriría la tierra en dos y los hundiría en el infierno.

Era extraño, pero tenía que aceptarlo: por primera vez experimentaba con toda claridad la sensación asfixiante de que el tiempo no le iba a alcanzar para vivir. Tal vez eran esas las primeras artimañas de la vejez que ya comenzaba a sitiar la plaza, a preparar el asalto final a sus espaldas. Tal vez era el temor a hacerse anciano en un mundo que ya no sería el mismo, después de haber sido tan igual a como él lo soñara.

Sí, tenía razón Juan, vida y muerte: ¡esa era la clave del transcurso del hombre por el mundo! Juan mismo, a pesar de su distinción y de su clase, daba la impresión de un zombi. Después de la tragedia argentina y de la muerte de... ella, lo que restaba de la antigua gloria no era otra cosa que la cáscara de un sobreviviente. Dolor, melancolía,

resignación casi: una letra de tango porteño. Y sin embargo... ¡cuánta lección de integridad se desprendía de su mera presencia!

En cambio él, Francisco, ya no estaba tan seguro de que pudiera reponerse con el mismo vigor de un cataclismo como el que Juan había soportado en Argentina y cuyas ondas a veces resonaban tan próximas.

— Ponga sus barbas en remojo —le había confiado Juan al General—. Detrás de cada edecán asoma la nariz un traidor.

Y lo respaldaba la experiencia.

En esas circunstancias, ¿de qué podía servirle su tenacidad? Se había repuesto de la persecución gomecista de los años treinta, de la pérdida de las tierras, del abominable golpe del 45, es cierto, y de cada una de aquellas derrotas había salido, a la postre, fortalecido... pero eran otros los tiempos y otras las circunstancias: la vida era joven y el mundo estaba por hacerse. Nada parecido a esta asfixia que no le dejaba tregua. Nada parecido a los terrores que cada noche lo sacaban del sueño para conducirlo al limbo del insomnio. Nada parecido a esta máscara cotidiana que ahora debía calzar. Todo estaba bien, nada ocurriría, la muerte, digo el espectáculo, debía continuar.

— Brindo por el tripón —dijimos que había repetido Francisco, eufórico.

Se sentía otra vez como nuevo. Después del ahogo, Marisela le había desatado la corbata, reclinado y refrescado con un paño humedecido en vinagre. Ahora, aquella oleada de ansiedad y de urgencia que lo había sacado del estupor lo impelía a incorporarse del sofá, a enlazar a Marisela que se había engalanado con la compresa de vinagre y a hacerla girar sobre sí como una bibelot de caja de música, enrollándole con lazos en el cuello la cinta del arreglo de orquídeas, danzándole en torno, un tejedor de baile de Sebucán frenético.

— ¡El chucuaco! —anunció, ¿por qué no le dábamos un trago bautismal al tripón que ya debía tener boca?

— ¡Pero qué ocurrencia tienes tú, Francisco Landáez! —refutó Eudora, que regresaba de una larga ausencia por los estantes del ron, trastabillante, si aquel vientre sumaba un mes, ya era mucho, ¿de dónde sacaba boca su nieto con un mes que contaba? Le preguntaran a este caballero que estaba aquí, señalando a Juan, y la perdonara Ud., a quien le destilaba la sabiduría hasta por los poros, se le veía, ¿podía tener boca un feto de un mes?, aproximándosele al argentino con las pestañas aleteantes y las caderas

partidas, le respondiera Ud., sonriéndole y haciéndole ojitos al argentino y desdeñando a Landáez que comenzaba a reírse a carcajadas, Ud. que sin duda conocía el eterno femenino, citaba de memoria la hemeroteca de farándula mientras sobreactuaba con ademanes de cocotte alrededor de Juan... y sabía cómo tratar al eterno femenino.

Marisela había cambiado de color, recogida en las rodillas de Francisco que no paraba de reír.

— No digas eso, mamita. Vas a poner nervioso al señor Juan. ¿No es cierto, mi amor? ¿Qué iba a imaginarse el señor Juan? —le aconsejaba a Eudora que no la oía ya, embebida en su papel de odalisca serpenteante.

Está en trance —diagnosticó Francisco, sin dejar de reír—. Fuera de Juan, el mundo no existe para ella.

Perucho, que entretanto había regresado con El Colorado Febres y comenzaba también a acusar los efectos de la parranda, se presentó con un arpegio de tablao flamenco en la guitarra, escoltado por el grupo de adolescentes del traspatio que se incorporaba a batir palmas y a castañuelear con los dedos.

A las segundas bulerías El Colorado arrastró a Eudora hasta el centro de la sala. Los adolescentes, seduciendo al resto del grupo, incluidos Francisco y Marisela, formaron una comparsa de andaluces salvajes que se entregó a un feroz taconeo en un intento por acoplarse al ritmo vertiginoso de la guitarra.

Juan aprovechó la confusión para deslizarse hasta el patio. En todas partes era igual, en Europa, en Argentina, aquí: aquel minúsculo drama del amor, se dijo, contemplando las parejas a través de la ventana. Sintió compasión por Eudora, que ahora sacudía sus faldas, oculta a medias por el grupo. Recordó sus torpes melindres de seducción y se confesó asombrado por ese «inagotable pozo de sorpresas: el alma humana», una cita de Rodó que recordaba como si fuera suya. El círculo de rostros se le revelaba a través de una nube magenta de bordes oscuros que a veces se desgajaba en retazos de tul anaranjado y plata y otras se desvanecía para dar paso a la nada y a otras más se coagulaba, viajando por regiones polares, en el esternón, en la base del cráneo, y caía en forma de gotas de azogue.

Eudora resbaló en un giro sevillano y cayó extenuada en el sofá, al lado de Marisela.

— Hacía meses que no te veía tan alegre —le dijo Marisela.

Era verdad, admitió Eudora, tal vez se debía a la emoción del nieto, la gente decía que

a los nietos se les quería tanto como a los hijos.

— Sí, debe ser eso —dijo Marisela, palmeándose el vientre con la propia mano de Eudora, allí estaba.

— Sí —repitió Eudora, sonriendo—. Así es la vida: si en esa barriga está mi nieto, entonces tú, Francisco Landáez, vienes siendo como mi hijo, ¿no?

— ¡Es cierto! —chilló Marisela, después de pensarlo un momento— ¡Qué cómico, mi amor, tú de hijo de mamá!

Landáez sonrió. Le gustaba aquella idea que lo rejuvenecía y colocaba a Eudora al borde de la tumba.

— ¡Pero entonces yo voy a tener un hijo de mi hermano! —volvió a gritar Marisela, desternillándose de la risa, le trajeras agua, tía Carmen, por favor, ¡le dolía la mandíbula de tanto reírse, se ahogaba ya!

— Extraordinario —comentó Juan.

— Y mi hijo, además de ser mi hijo es mi sobrino —celebró Landáez.

Perucho improvisó una melodía en la guitarra y comenzó a declamar el «Canto a los hijos», de Blanco: unas estrofas que había tenido que memorizar para un fin de curso en el Aplicación. El Colorado estudiaba el jueguito incestuoso en que había derivado la rotación de parentescos: satisfecho, concluyó que aquello cargaba aún más la carta que estaba preparando, te esperaba, cacaíta.

— ¿Por qué no le preparas otro café a mamá, tía Carmen? —dijo Marisela, había que mantener despejada a Eudora.

— Ningún café la va a despejar si no ha comido —dijo Carmen.

— ¿Eso es verdad, mamá? ¿Es verdad que tú no cenaste? —preguntó Marisela, alarmada.

Eudora bajó la cabeza por toda repuesta.

— Ahí está su plato sin tocar. Frío debe estar ya —dijo Carmen.

— ¡Con razón! —dijo Marisela.

— Peor que un hervido frío sólo hay una cosa: una mujer sin nalgas —le susurró Francisco a Juan—. Así dicen en Cojedes.

Juan no se atrevió a estar en desacuerdo y chocó su vaso con el que Francisco le ofrecía, y bueno, ¿ibas a dejar aquel brindis en suspenso?

— Es verdad, con todo el berrinche el brindis se quedó varado —sentenció Landáez— ¡Vengan todos! ¡Marisela, los muchachos, Carmen, tú, Eudora, que ya estás como para otro maratón! ¡Vengan todos! Rara vez se puede brindar por un chicuaco que sea hijo, nieto y sobrino a la vez, ¿no es así?

— Eso es verdad —respondió Juan, que había recuperado el tono.

— A propósito, ¿no conocen en Argentina esa palabra: «chicuaco»? —preguntó Francisco.

— No. No lo creo —respondió Juan.

— Esa palabra no la conocen sino en Portuguesa, mi amor —bromeó Marisela.

— Mejor así —dijo Francisco—. ¡Brindo por la vida, entonces!

— ¡Salud! —repitió Juan, pensando de nuevo en ella, el tiempo viejo que añoro y que nunca...

— ¡Salud! —gritaron los demás.

La vas a necesitar, momia, la vas a necesitar, murmuró El Colorado para sí, mirando a Landáez estrechar a Marisela.

3

— He estado soñando como un alucinado con ese encuentro en tu apartamento desde que caiste en el desliz de ofrecérmelo —susurró Fernando al oído de Carmen Luisa

Era sábado. Estaban echados sobre un corto retazo de hierba, en el jardín Botánico.

— Lo ofrecido es promesa, te lo dije. Sólo hay que esperar que la pequeña nigua de la

prima Sofía regrese a su Maracaibo natal cargadas las alforjas con las baratijas de navidad que quería llevarse. Ya sabes cómo encajamos ambas... pertenece al costado maldito de la familia —susurró ella a su vez, acercando su cuerpo y guiñando un ojo—. Pero si vas entonces... no seré capaz de negarte nada. La bruja de la manzana con seguridad estará atareadísima intentando serrucharle la silla a tu presidente. Y tu muñeca se quedará solita en el castillo, aguardándote...

Fernando escuchó un súbito golpeteo de tumbadoras en la región del páncreas y el crepitar de un círculo de hornos a leña que se encendían desde la grama.

—Prepárate —dijo, haciéndole cosquillas mientras le mordía los labios—. Este cuerpo es para cubrirte mejor...

Carmen Luisa no lucía ni la caperuza rubí ni su habitual boina negra pero él intuyó que aquella risa bastaba para celebrar la idea mientras rodaban pendiente abajo enlazados cuerpo contra cuerpo.

CAPITULO V: COMIENZOS DE 1958

1

¿SERÍAS capaz de marcarme a hierro algún día, si te lo pidiera? le había preguntado ella, horas antes.

Ahora casi anochecía. En la habitación flotaba un aire levísimo que se escurría a través de la ventana, pero Carmen Luisa no hubiera podido despertarse de no ser por el estrépito que los niños del vecindario provocaban con sus juegos en la planta baja. Le tomó algún tiempo el darse cuenta del sitio donde se hallaba; pero allí estaba, a la izquierda, el afiche que mostraba a Presley en la incómoda cabriola de retorcerse guitarra en mano, y, a la derecha, la postal ampliada de Yves Montand que Fernando le regalara unos días antes.

A través de las persianas, un filón de oro naranja cortaba la habitación en dos y encendía el ramo de claveles rojos que había llegado con Fernando y que ahora flameaba en el jarrón de arcilla sobre la mesa de noche.

En el dormitorio todo parecía «dispuesto». Sólo ella sabía que la escena era menos el producto de una disciplina compulsiva, que la consecuencia natural de un antiguo modo de ser donde la espontaneidad personal usurpaba el lugar que en otros ocupan la norma y el método. Esa complicidad del azar la hacía pensar que la habitación había ido paso a paso amoldándose a ella a lo largo de todos aquellos años y que, de alguna manera que no alcanzaba a explicar ni le importaba comprender, cada objeto que la ocupaba, desde los suéteres y las boinas que con frecuencia colgaban en el viejo perchero hasta los libros y los discos que se disponían sobre los improvisados anaqueles de tabla desechada, apuntalados por ladrillos, sin olvidar los cortinajes, las medias tejidas y la colección de osos de peluche que Fernando celebrara en la primera cita, la noche de la cena en «El Aljibe», mostraban un sello personal que los volvía suyos, con una pertenencia que franqueaba los límites de la mera propiedad.

El hecho de que aquel cuarto hubiera terminado por convertirse en su nicho, no obedecía a un odio visceral por el resto del sitio; por el contrario, le había descubierto al apartamento rincones que con placer disfrutaba a solas... mientras no se transformaran en territorio ocupado. Por desgracia, le bastaba oír el sonido inconfundible del llavero de la madre en la cerradura, para que el deseo de abandonar la «zona compartida» de la sala-comedor y la cocina, y recogerse en su acorazada fortaleza, se volviera una urgencia.

¿Había sido siempre así?

Era una pregunta que, para su sorpresa, tanto Fernando como Marujita, por razones diferentes en cada caso, le habían planteado en aquellos días. El Llanero, debido a la curiosidad voraz que mostraba por los más insignificantes detalles de su pequeña historia («voy a comerme tu vida, muñequita», le había dicho, frase que por alguna razón que ella no alcanzaba a precisar, le provocara un extraño escalofrío), Marujita, debido sin duda a la impaciencia que experimentaba por constatar con alguien mayor que ella, la analogía de los obstáculos que aquel «agónico y desesperado camino hacia la madurez» (comprensiva sonrisa de Carmen Luisa), le impusiera.

Por uno y por otra, y también por ella misma que —era necesario admitirlo— estaba atravesando «un nudo crítico en su proyecto de vida», palabras con las cuales, se lo había confesado a Fernando, a pesar de que Fernando, ese monstruo del humor negro, se hubiese mofado del «registro trágico» y hubiese comenzado con una de sus rotaciones aleatorias del sentido a las que solía entregarse, «una crítica de vida en tu proyecto de nudo», «un proyecto crítico en tu vida de nudo», etc., por todo, sí, y por ella misma, en los últimos días se había repetido la interrogante a solas, sorbiendo té en el refugio, sin hallarle respuesta.

¿Había sido siempre así?

A medida que trepaba hacia la lejana infancia, los rostros se tapizaban con un tizne blanco y espeso, que apenas los hacía reconocibles. Pero no, con un poco de esfuerzo podía aún identificar a la madre: aquellas facciones duras que nunca sonreían o que sonreían a destiempo, y siempre con una mueca desviada y agria. ¿Era el odio que ahora le profesaba lo que la hacía creer que jamás había recibido un beso de ella o estaba de verdad aquella mujer de taller y pañoleta genéticamente incapacitada ya no para quererla, sino incluso para soportarla? Con estas prendas la revestía el desleído recuerdo de la niñez, cuando todavía medraban en los alrededores de Nueva Catia y el padre oficiaba en la flamante municipalidad del presidente Gallegos. Entonces los tres, es decir, el padre, la madre y ella, se engalanaban para acudir a las verbenas en las casas del partido. Había piñatas y payasos y tómbolas y loterías y concursos de juegos. El padre se desvivía por complacerla en sus caprichos y cuando los mayores la interferían y le impedían disfrutar del espectáculo, él la alzaba en vilo y la sentaba a horcajadas en el cuello, con las piernas rodeándole la cabeza. Entonces ella lo despeinaba, le tiraba del fino bigote y le estampaba besitos en los pómulos mientras mordía la chupeta o lamía la barquilla de mantecado.

Aquellas verbenas eran como ferias populares donde se vaciaban los barrios enteros, y en ellas podía verse desde el presidente Gallegos, que alguna vez la había tomado en

los brazos, la había alzado y besado, provocando los aplausos del corro que le seguía los pasos, hasta retahílas de pordioseros y menesterosos que acudían por las limosnas y la posibilidad de escarbar algún mendrugo entre los borrachos ahítos de ron y de aguardiente, las parejas que danzaban en las pistas improvisadas y los perros que hociqueaban los pipotes de basura.

Cuando se trataba de una celebración nocturna y elegante ella permanecía en la casa con tía. Tía le distraía las noches con historias de aparecidos que fatalmente eran condenados, por alguna injuria cometida en vida, a vagar ululantes por los helados caminos de los páramos, donde el viento cercenaba los ojos y el cielo bajaba hasta colocarse a la altura de la mano. Para entonces tía era todavía una mujer sana y locuaz, capaz al mismo tiempo de dirigir una reunión —como en efecto lo hizo a menudo en los comités del partido—, y de asear una casa o dormir a un niño. Más tarde, cuando el presidente Gallegos fuera depuesto, y la familia abrazara la lucha clandestina, la ahora Tomasa en falso nombre sería investida de heroína por su arrojo, no sólo en el criterio del padre, que llegaría a ser una cabeza importante del movimiento insurrecto, sino en el de aquel mítico «Pablo» a quien el padre tanto admiraba y acataba y que sólo tiempo después, en los días de su violenta desaparición a manos de la policía, ella llegara a conocer por su verdadero nombre.

Ahora habían transcurrido cinco años desde la muerte de Ruiz Pineda y el mismo tiempo desde el exilio del padre. A veces le parecía que todo aquello nunca había ocurrido: ni la irrupción de la policía en el apartamento, derribando puertas y destruyendo muebles, ni la prisión del padre, ni las torturas en las mazmorras del Paraíso (todavía recordaba las voces susurrantes de amigos y familiares, que intercambiaban noticias creyéndola dormida), ni las visitas en la cárcel de Ciudad Bolívar, donde la tía, la madre y ella llegaban cargadas de regalos y de escudillas de dulce de icaco, el favorito del padre. Lloró aquella fatalidad a pesar de las cartas que él le enviaba para tranquilizarla (la comida mejoraba, el trato era distinto, los cursos de inglés y de economía política, y las lecturas, lo mantenían ocupado, y la gimnasia diaria, ya veías tú, mi pequeña, lo ayudaban a conservarse en forma), y lloró su partida cuando le conmutaron la pena de prisión por exilio (aquella extraña modalidad de aquiescencia que el propio General, y Moreno, su secretario, andinos ambos, ejercían hacia sus coterráneos, y en la cual los opositores veían una maniobra para desintegrar la resistencia).

La pequeña foto blanquinegra, casi borrosa, que ella todavía atesoraba en el rincón de la cómoda, resultaba casi un facsímil de aquel rostro único que de él fue construyendo en el tiempo con gajos fallidos y remotos de memoria: metido en su traje de casimir negro, sonriente, íntegro, el pelo negro peinado hacia atrás, mira hacia la cámara, sin sorpresa, mientras alza la mano en ademán de despedida. A lado y lado, los grises

funcionarios de la policía parecen una colección de maniqués de anime.

Esa foto era el único testimonio que conservaba de aquella tarde. Allí, con seguridad, debió estar la madre, pero ningún recuerdo la señala. Y es posible que tía Cristina hubiera permanecido afuera, aguardándolas detrás del cordón de seguridad. En todo caso, rememoraba el desvanecimiento exactamente como un vacío. ¿Se había golpeado la cabeza contra el piso al caer? ¿Alguien había alcanzado a sostenerla antes de dar contra el granito de la sala de partidas? Los médicos de emergencia atribuyeron el desmayo al estrés y a la debilidad (no había probado bocado en todo el día, y sus dientes habían dado cuenta de sus uñas hasta reducirlas a la raíz): es posible. Ella sólo recuerda el vértigo de la inmensidad negra, y el deseo de morir que la atravesó un segundo después de que el padre franqueara la puerta y se perdiera, entre fantasmas anónimos, hacia la escalerilla del avión.

Aquella noche había escrito un poema que con palabras de Nervo y de Ibarbourou, sus autores de los trece años, homologaba la vida al infierno y a la muerte. Había sido una época dura, que, por cierto, no terminaría con el exilio del padre. Tía Cristina iba a morir el siguiente febrero, después de una larga agonía, privándola así de la única voz con que contaba para amortiguar el silencio dejado por el padre, y para organizar su vida en aquel territorio oscuro en torno a esperanzas y a zozobras difusas que no se decidía a conjugar. No. Ahora la casa era un campo de batalla segado y plano, sin recursos, desde cuyos rincones se palpaba el viciado aire respirado por el ubicuo enemigo que transfigurado en gárgola sin ojos, le invadía las pesadillas: la madre.

Por coincidencia, en aquellos días se aventuró en una historia cuya crueldad pudo sobrellevar debido a la analogía que la anécdota guardaba con su propia circunstancia, y al hecho adicional de que fuera el último libro que el padre le regalara antes del viaje: un volumen desportillado y de carátula desleída que ella misma se encargaría de reencuadrar con sus propias manos y conservaría luego como un pergamino íntimo. Nunca alcanzó a imaginar que aquel drama del gris empleado que se transformaba en insecto volvería a tropezarla tiempo después, esta vez como tema de los insustituibles de la cofradía de Las Acacias, cuando los conociera cinco años más tarde, y que aquella foto de Kafka, «el niño de ojos asombrados», extraviado para siempre en la selva del mundo adulto, que tanto persiguiera en las páginas de las enciclopedias, estaría aguardándola, colgada en el dormitorio de Fernando, como un icono sobrenatural, para reconocer en ella a la niña que había sido.

¿Por qué la familia no había seguido al padre? Ella contaba ya con edad suficiente para entender razones, pero la madre se las escamoteaba, estaba segura de eso. Durante mucho tiempo, tal vez por miedo, tal vez porque la clandestinidad se estaba volviendo de verdad una forma de vida, sólo oía susurros cruzados que la madre ponía

a circular entre los visitantes nocturnos que se escurrían tan silenciosamente como llegaban y que siempre parecían estar cambiando de nombre: la premura con que el padre debió partir, la dura circunstancia que representaba el exilio para una familia entera, expuesta al hambre, a las acechanzas de la enfermedad, un matrimonio y una hija ya representaban un hogar a cuestas, argumentaba la madre, sabían ustedes, una niña casi era Carmencita todavía, vieran.

¿Por qué, acurrucada en su cama, envuelta entre cobijas y edredones que no bastaban para quitarle aquel frío que parecía irradiarle desde algún lugar situado entre capas de carne hasta donde su mano no alcanzaba, era incapaz de evitar la náusea provocada por aquellas patrañas pregonadas a media luz, entre cuchicheos y tacitas de café recalentado? ¿Por qué nadie le había preguntado si estaba preparada para seguir al padre hasta el remoto confín que la asediaba en sus pesadillas, sostenida por la sola determinación de compartir la miseria y hasta la muerte si de eso se trataba? ¿No era acaso esta separación el verdadero fuego sulfuroso que las monjas del nuevo colegio prometían para los espíritus díscolos que naufragaban en sus propósitos de enmienda? ¿Y dónde estaban las fallas por las cuales a ella se le escamoteaba la eternidad, es decir, la gracia del reencuentro?

2

Por añadidura, tres circunstancias casi simultáneas vinieron a confabularse para aumentar el suplicio.

Al principio, aquella diminuta mancha sepia en el reverso de la tela no le había provocado ningún desasosiego. Estaba preparada por las clases de biología, por las lecturas, por las confidencias de amigas precoces. A falta de ceremonia, se había incluso puesto de pie sobre un taburete de madera frente al espejo del baño, había abierto el grifo rojo y embutida en la neblina vaporosa que transmutaba la habitación en un laberinto denso de partículas de yeso suspendidas, había oficiado el rito de despedida a aquel vientre infantil del pasado mientras arriesgaba unas puntillas de ballet y extendía los brazos a los lados, lista para ascender a los núcleos de luz que flotaban encima, tal como parecía ocurrirle a la venus naciente que su padre le había revelado sobre un volumen de Botticelli en los tiempos felices. El dolor corporal y el abatimiento comenzaron en el mes siguiente. Una palabra apenas pareció bastar para que la metamorfosis que ya no le daría tregua en el resto de su vida se abatiera sobre ella.

—Veo que te llegó la maldición —había confirmado la madre, durante un extraño arrebató de confianza, sonriendo con un cigarrillo colgado en los labios mientras hurgaba las manchas oscuras sobre la pequeña prenda de algodón—. Ahora es cuando vas a saber lo que es bueno...

Jamás sabría si esa perversidad en forma de profecía había, ciertamente, operado, o si, por el contrario, se trataba de una mera coincidencia que su cuerpo le había llevado a revestir de superstición. En cualquier caso, aquella máquina interior, que desde entonces se pondría en funcionamiento a un ritmo azaroso, imposible de predecir (ocurriría cada 28, cada 15, cada 43 días), sumiéndola en una postración tan malsana como inevitable, iba a constituirse en una suerte de enfermedad a la que nunca terminaría de resignarse. Había consultado tratados de ginecología: para un porcentaje del sexo femenino, reducido quizás, pero existente, aquella excepción resultaba la norma. La incomodidad que sentía no era por su condición de mujer, sobre eso no abrigaba dudas: el rechazo era hacia aquel foso lancinante en el que su cuerpo se precipitaba cada mes, y sobre el cual le estaba impedido ejercer control alguno. Salvo las pastillas que le ayudaban a sobrellevar el prurito, el dolor y el malestar.

La muerte de tía Cristina, a raíz de aquella enfermedad que la consumió en dos meses en medio de dolores inenarrables, la despojó de aliados puertas adentro. Aquel rostro, desencajado e irreal, durmiendo sin dormir debajo del vidrio de la urna, se mantendría dentro de ella para siempre como una primera elaboración física de la muerte. ¡Cómo contrastaban esas órbitas sin pupilas con la rutilante mirada que la había velado desde la remota infancia! La volvió a ver en las tibias noches de los tiempos felices, con su dormilona de algodón estampado, reclinada al borde de la cama, rehaciendo para ella aquellos relatos de neblina y lluvia delgada, entre los páramos, donde los antepasados de su padre habían fundado siembra y casa y vástagos. Matías, el abuelo, muerto en reyertas de poder. Evelina, que se había dejado robar por un jinete invisible y nunca se volvió a saber de ella. Y Daniel, el tío débil mental, que había sido marcado con el estigma de la familia y cuya historia le producía una extraña desazón: apenas había alcanzado a hablar y era confiado y simple como un niño.

En medio de aquella orgía de tragedias incomprensibles, el destino, o aquel belcebú que parecía haber usurpado su sitio en los últimos meses, le tenía reservada la puntilla final, esta vez bajo la forma de una barrida universal de rostros, falseada en mudanza. Había perseguido a la familia, se había llevado al padre y a la tía y ahora le cambiaba

el paisaje, el colegio y las amigas.

La mañana en que los muebles fueron por fin mudados de Catia a Los Rosales, después de varias intentonas fallidas, resultó gris y fría. Lo recordaría luego porque tuvo el cuidado de anotarlo en el diario aquella misma noche. «... tengo trece años y ya me han cortado las raíces», agregó. Después plegó la página para señalarla con una cinta negra y antes de cerrar el cuaderno insertó en él una hoja del icaco que se alzaba en un recodo del minúsculo jardín. Ya nunca volvería a desprender aquellas esferas doradas ni a saborear su pulpa astringente y espesa, pensó. Quizás jamás volvería a trepar a un árbol: el nuevo apartamento era limpio y rutilante, tal vez demasiado, y estaba en un cuarto piso. En comparación, la casa de Catia era menos pulcra, pero se hallaba plantada a ras de suelo... y en todo caso había sido su hogar de toda la vida.

El tiempo aliviaría las heridas pero no barrería el recuerdo del antiguo barrio, con sus calles empobrecidas y sus vecindades de pueblo y sus lentos domingos ni la memoria del padre, agazapada en algún recodo de ese arcón invulnerable que ella había construido con el barro del día y luego abrazado para arrebatarlo al deterioro.

El hábito, sin embargo, fue cediendo a la novedad. Y, de cualquier manera, no le desagradaba la avenida Roosevelt, con sus amplias aceras arboladas y su verde isla central, flanqueada por quintas con jardines frontales y edificaciones multifamiliares de baja alzada, que habían sido erigidas en los últimos años, y lo estaban siendo aún, como parte de ese repunte industrial que la administración del General había bautizado con el heráldico rótulo de «la revolución del concreto». Desde el balcón de la sala se podía disfrutar de la vasta perspectiva de la avenida y sobre todo, de las palmeras, los caminos empedrados y los vibrantes arriates en flor que constituían la comarca del parque, apacible al otro lado de la calle. Hacia aquellos bancos de madera, escondidos entre los macizos de capachos y de jazmín falcón, extendería ella su refugio.

Allí se retiraría a leer, a escribir, a estar con ella misma, y, algunos años después, allí se entregaría a aquellas prolongadas conversaciones con Fernando, aquellos impostergables intercambios de claves.

Pero esto último ocurriría cinco años después.

Por ahora su incertidumbre residía en los usos y las costumbres del nuevo colegio: una modesta escuelita de parroquia donde las monjas vacilaban entre la embarazosa tarea de mostrarles el mundo a las tímidas pupilas de uniforme blanquiazul y la

inefable labor de cazar sus espíritus para la eternidad.

Para ella, la religión había sido un asunto de ceremonias ocasionales, ajenas y untadas de incienso que acontecían algunas mañanas de domingo. Y los religiosos, de uno y otro sexo, el pasto favorito de las sesiones de chistes con que Ruiz Pineda y su padre solían aliviar el rigor de las juntas clandestinas. Como era de esperarse, después de los trances de misticismo que la arrebataron algunos meses después, y durante los cuales rodaba sobre el suelo del dormitorio, poseída por el arcángel Gabriel mientras profería pasajes de «Las Moradas», se sumió en una crisis de descreimiento absoluto, a raíz de la cual la más ligera alusión a la existencia de una vida ultraterrena le provocaba espasmódicos ataques de risa, y los creyentes se transformaban en fanáticos dignos de una inquisición a la inversa, pero más eficaz e impecable que la otra.

¿Fue un proceso de síntesis, de socavamiento recíproco de estos dos excesos? ¿Una lenta recuperación de la lucidez y de la —transitoria— serenidad? ¿El simple agotamiento? Como quiera que sea, lo cierto es que para el momento de su ingreso al Santa Cecilia, aquella pendulación en la que tanto y tan inútilmente se había consumido, abdicó a nombre de un agnosticismo que reivindicaba para sí, a un tiempo, los beneficios de la cordura y de la duda metódica que algunas precoces caminatas por la filosofía y sus alrededores habían comenzado a instalar en ella. Este desplazamiento que la ubicó «en sintonía con ella misma», merecía, por añadidura, dos guiños de complicidad que no podían provocarle más satisfacción. El primero, del padre. El segundo, del para entonces inexistente (aunque, como sabemos, al acecho en algún rincón del futuro) Fernando Landáez, alias El Llanero.

El padre había terminado por enclavarse en Ciudad de México, después de un azaroso peregrinaje por América Central y el Caribe. El involuntario tour había agotado sus reservas de trotamundismo y de paciencia y, a la par, exacerbado sus deseos de instalarse, trabajar y comenzar en forma a contribuir con la causa. Una cosa y la otra le llegaron, en un solo paquete y como regalo expedito, de manos de Alvaro Valdez, un antiguo funcionario del gobierno de Lázaro Cárdenas, ahora retirado, a quien había conocido en Caracas cuando los agitados y dichosos tiempos de Gallegos. Valdez, por lo demás un personaje legendario y épico (se hablaba de convicciones inmutables, de vínculos con la brigada Pancho Villa, que tanta memoria aún suscitaba en los republicanos españoles), le había conseguido alojamiento en un anexo por Coyoacán y le había dado trabajo en su propia imprenta. Aquí, padre, que había realizado labor clandestina en las rotativas de Caracas, se sentía como en casa y no tardó en estructurar su pequeño comité de exiliados y en lograr el apoyo de Valdez para la publicación de un pasquín tabloide que resultaría, a la postre, tan inocuo en la historia de la lucha desde el exilio mexicano, como vital en el mantenimiento del espíritu de grupo entre los expatriados de Tenochtitlán.

Las tareas de la imprenta eran absorbentes, pero lograba arreglárselas para reservarle noches a la pasión de la lectura y a la febril actividad epistolar: familiares, comilitantes, políticos, amigos y, por supuesto, Carmen Luisa. Paquete tras paquete, cuidadosamente atados con pabilo y fechados con cinturones de papel, los extensos y esperados pliegos fueron abarrotando las gavetas del archivador, donde Carmen Luisa los clasificaba, los releía y... los mantenía en celosa custodia bajo llave en un rincón del clóset. De hecho, iban a permanecer con ella durante un lapso casi mítico, y más allá de los escollos que el simple transcurso del tiempo le impondría.

De esas innumerables cartas recordaría tres en especial. Aquella primera, desde San Juan, en la cual, comenzando el exilio, le aconsejaba fortaleza de espíritu y voluntad para sobreponerse a las adversidades. La segunda, desde México, fechada a finales de 1957, poco antes de su retorno a Venezuela: a raíz de la muerte de Diego Rivera, vecino de Coyoacán y cómplice de tertulia, le hablaba del arte y del «imprecisable acertijo a cuya pregunta sólo los artistas podían aproximar una respuesta». Y la tercera, anterior a ésta, donde a raíz de una interminable encíclica remitida por ella («el panfleto de la librepensadora», como Fernando, eufórico, la bautizaría tiempo después), él, padre, celebraba su recién estrenado «agnosticismo», quiero decir el de ella, y le refería la crónica de sus personales y recurrentes dudas.

A este guiño, tanto más importante para ella cuanto que se trataba de un testigo, amoroso sí, pero a distancia, de su propio proceso, se iba a añadir ahora la desafortada complicidad de Fernando, en cuyo universo con paisaje agnóstico, su vocación de titiritero hacía danzar las burlonas siluetas de las deidades clásicas como si se tratara de comparsas amigas (Venus disfrazada de Colombina, Quetzalcóatl transmutado en Pierrot, Visnú vertido en Arlequín), en una coreografía que los ayudaba a ser felices mientras intentaban cruzar aquel laberinto adolescente en una de cuyas salidas parecía estar Dios y en la otra... la nada.

Aún no lo hemos dicho: pero para el momento del encuentro, a comienzos del año anterior, ella había empezado a pensar de veras que quien trazaba los límites del mundo no era otro que aquel agrimensor estrábico y cascarrabias que, por desgracia, había emplazado su refugio demasiado lejos de la avenida Roosevelt como para que su amoroso abrazo nocturno, una vez abandonado el libro sobre el regazo, embutido en sábanas y colchas y cojines y muñecas de peluche, pudiera sobrevolar el Caribe y el vasto océano intermedio y Las Canarias y la protuberancia ibérica y, salvados los Pirineos, descender en barrena sobre París, sobre la orilla izquierda, sobre el Barrio Latino para, finalmente, apartando la fragante pipa, cubrirlo y mimarlo.

3

Ya despierta del todo, Carmen Luisa saltó de la cama y le dio vuelta al disco del que apenas procedía ahora el monótono ruido que marcaba el final de los surcos. Verificó en la carátula el ordinal de las bandas y colocó el brazo justo al comienzo de la versión que Jimmy Rogers consumaba de «Besos más dulces que el vino».

Se pasó los dedos sobre los labios, con los párpados fuertemente apretados: hacia la zona media, donde Fernando había mordido, sentía una especie de carnosidad protuberante, sensible al tacto, que daba la impresión de estar latiendo. De hecho, todo su cuerpo se le aparecía en la semioscuridad como una masa que, habiendo estado largo tiempo en hibernación, se encontrara de pronto recobrando su aire acostumbrado, o mejor aún, ingresando en un equilibrio, que aunque desconocido hasta entonces, se le imponía como el único pensable, hasta el punto de que el solo acto de imaginar que aquel hechizo pudiera por un momento fracturarse y dar paso a la antigua manera de respirar, de oler, de caminar hacia el baño o mirar los objetos de siempre, se le antojaba simplemente escandalosa.

Al lado, Frida, con sus enormes ojos achocolatados y sus espesas cejas negras, la contemplaba, sonriendo desde las sábanas, como una pícara cómplice que, en silencio, espera el momento embarazoso, pero inevitable, en que su devota aliada acopiara el valor suficiente para compartir con ella las confidencias acerca de lo que ambas, si bien desde papeles dispares, acababan de vivir momentos antes.

Carmen Luisa le frotó la nariz y no pudo evitar la risa: en un momento especial, justo cuando Fernando se deslizaba boca abajo para descender con su vibrátil lengüecilla sobre el vientre hacia el pequeño bosque triangular, la muñeca, por virtud de una de esas singulares expediciones autoquinéticas que los objetos parecen proclives a emprender en el lecho de amor, había quedado atrapada en un repliegue musgoso entre el pecho bufante de El Llanero y sus propios muslos, de modo que desde arriba, donde por momentos, al hamacarse, podía recibir un relampagueante flash del resto del universo en expansión, la pizpireta mejilla de Frida asomaba como la media luna de un mango en flor, subiendo y bajando de su cueva, al ritmo de las caprichosas exploraciones de Fernando.

«Frida, un nombre algo raro para una muñeca de porcelana», había dicho Fernando horas antes, tomando el delicado juguete entre las manos, mientras ella se aprestaba a introducirlo en su tupida selva de muñecos, «suena como una marca de salchichas alemanas». Carmen Luisa soltó una carcajada explosiva y sobreactuada que en parte

provenía del hecho de imaginarse a Frida Kahlo (aquel extraño personaje que asomaba en las cartas mexicanas del padre) transfigurada en un perro caliente, multiplicada en miles de réplicas de sí misma que, colocadas en una hilera sin fin sobre la banda de montaje, aguardan el instante de ser metidas en sus respectivos envases, embaladas y expandidas a los mercados; y en parte también de la idea, a cada momento más calientica, de estar por primera vez encerrada en su dormitorio, a solas con Fernando, al lado del lecho que se le presentaba alternativamente como un ara de sacrificios y como el paraíso donde (¡por fin, diosas de la noche y de la sangre!) la vida se le mostraría.

Mientras lanzaba miraditas de reojo hacia el territorio de las sábanas que de pronto parecían ahuecarse para recibirlos, ella había estado ofreciéndole a El Llanero una visita guiada por la galería de objetos en la que había transfigurado su dormitorio, y dentro de la cual las muñecas y los animales de peluche ocupaban un rango privilegiado, casi a la par de los libros, y, ciertamente, por encima de los afiches que habían colonizado toda una pared y desbordado luego para invadir el piso del clóset.

Cada uno de aquellos personajes —vaciados en porcelanas, barro, cocuiza, trapo, madera, goma, plástico, o cartón; elaborados en talleres artesanales o en galpones industriales, y con mayor o menor maestría, pero sometidos todos al mismo fervoroso cuidado por parte de ella— tenía una identificación que no sólo suponía la asignación de un nombre y de una filiación permanentes, sino también una detallada historia que no pocas veces ocasionó convulsivos ataques de risa en Fernando, a lo largo del accidentado recorrido.

En ciertos casos los nombres procedían al azar del almanaque cristiano, pero en otros respondían a curiosos paralelismos con personajes reales o literarios. Así ocurría con Jean-Paul, un recompuesto caballero de trapo cuyos ojos, dos botones de plásticos marrón, habían sido mal cosidos con guaralillo a uno y otro extremo del óvalo, y apuntaban, por tanto, en sentidos contrarios y divergentes. Y así ocurrió con Frida, una hermosa bibelot de porcelana, de exuberante cabellera carbón y espesas cejas negras, que se asemejaba a la compañera de Rivera (recreada por padre en sus cartas) como una pizca de miel a otra.

En cuanto a los historiales, un coleccionista de curiosidades habría hecho su agosto. Aquí reposaba un muñeco asmático que cada dos o tres noches durante los meses de lluvia, provocaba largos insomnios en ella, en Carmen Luisa, deprimido como se veía por los períodos de asfixia. Allá se reunía un corrillo de débiles mentales que requerían de ayuda hasta en las más elementales tareas cotidianas, y que pasaban horas embebidos, tarareando el mismo aire infantil que Daniel, aquel tío mongólico y dulce recreado una y otra vez en las narraciones de tía Cristina, acostumbraba entonar,

ya anciano, saltando alternadamente sobre un pie y sobre el otro, en los apacibles caminos de los páramos. Había muñecas cojas y lisiadas y niños psicóticos; damiselas ciegas a quienes ella servía de lazarillo por el apartamento y ancianitas con enfermedades terminales, parecidas a la que había sufrido tía Cristina.

4

Carmen Luisa acunó la muñeca a su lado, alzó de nuevo el brazo del tocadiscos y colocó sobre el plato, a tientas, apenas guiada por la penumbra que se deslizaba desde la avenida entre las láminas de la persiana, el larga duración de Raúl Shaw Moreno. Había anochecido, y debido a que había preferido quedarse acostada, inmóvil casi, sobre el lecho, ahora se hallaba echada boca arriba con la cabeza apoyada sobre la almohada, en una oscuridad casi completa. El recuerdo de la visita de Fernando la había sumergido en una flotación sin tiempo de la que apenas ahora se recobraba. ¿Serían ya las siete? ¿Tal vez las ocho? ¿Estaría aún a solas? El apartamento permanecía en silencio. Además, desde la intentona insurreccional del 1º de enero, la madre ya nunca regresaba antes de la medianoche. Y si estaba en vigencia el toque de queda, simplemente pasaba la noche afuera. En cuanto a avisar por teléfono: la presencia del Halley exhibía una frecuencia mayor. Y cuando condescendía a llamar, motivada más por evitar la interrupción de su aventura a consecuencia de un descuido doméstico (la inundación provocada por una llave abierta; el peligroso escape de gas en la cocina) que por una inquietud maternal, los monosílabos eran la norma.

Sin embargo, en lo que a Carmen Luisa se refería, lejos de molestarle, este recrudecimiento de la incomunicación provocado sobre todo por el espectáculo nudista frente al televisor de la sala, el año anterior (la grotesca imagen de la madre y de su rollizo amante huyendo borracho del sitio del encuentro, trastabillando, intentando cubrirse a medias con las prendas recuperadas en la estampida), pero también por el horario de urgencia que las nuevas características de la lucha clandestina parecían estar imponiendo a la madre, este recrudecimiento de la incomunicación, repito, constituía por el contrario un motivo de celebración, desde el momento en que le permitía disfrutar a su aire de la paz del apartamento e, incluso, invitar a sus amigos o amigas, como ya había ocurrido con Maruja y, ahora, con El Llanero.

¿Se había metamorfoseado la madre, gracias a un bebedizo secreto, en mártir potencial de la lucha clandestina, como en su momento lo había sido padre e, incluso, tía Cristina? Lo dudaba. Podía imaginársela como la gata en celo que, fingiendo la ideología que no posee, se pega día y noche a su amante en espera de un atajo de tiempo para revolcarse con él a su antojo, pero no como la militante a tiempo completo, que lucha por un ideal compartido. Eso no. Entre la imagen de heroína que pretendía divulgar, y la de puta embozada que en realidad le correspondía, había una distancia considerable.

Ella lo sabía, contaba con la evidencia. Mucha gente lo ignoraba. Su padre, incluso, lo ignoraba. No obstante, tan pronto colapsara el régimen, él regresaría: sus últimas cartas no podían ser más optimistas. «El dictador se derrumba, sus colaboradores lo abandonaban, el jefe de la policía se ha visto obligado a dimitir por la propia presión interna, en un intento desesperado (e inútil) del gobierno ilegítimo por purificarse y ganar credibilidad ante el pueblo», escribía a raíz de los sucesos caraqueños del 1º de enero, en el pasquín semanal que el comité editaba en México, y que ella coleccionaba como inapreciables fragmentos que algún día le permitirían reconstruir el hilo de la campaña.

Con estas palabras ella lo había pensado muchas veces, y le hacía gracia el constatar que incluso en su correspondencia, el padre se olvidara del destinatario e incurriera a menudo en discursos excesivos como si ella fuese la exiliada, y él, desde el país clandestino, quien tuviera la misión de mantenerla informada y en pie de lucha.

En cuanto al «problema» materno, la decisión de guardar silencio, le parecía la menos inconveniente. Lo había discutido con Fernando, lo había sopesado y ahora podía decir que se hallaba en paz consigo misma. Incluso padre, cuando lo supiera, sabría comprender que si ella había callado se debía sin duda al deseo de evitarle una preocupación adicional, en momentos en que la precipitación de los acontecimientos políticos y la actividad en el exilio, requería de él una dedicación total.

Encendió la lamparilla y extrajo el reloj de la gaveta de la mesa de noche. Las nueve ya. Hacía una hora que el toque de queda había entrado en vigencia. No había oído ruidos en el apartamento, pero eso nada quería decir: la madre solía deslizarse con sigilo cuando era conveniente (otro rasgo que tenía en común con las serpientes, pensó) y jamás abría la puerta para asegurarse de que su hija estuviera en el dormitorio, o para darle las buenas noches. Una rápida misión de reconocimiento por

las otras habitaciones la sacó de dudas, estaba sola. Afuera se escuchaba el áspero traqueteo de los transportes militares y las tanquetas, y, cada cierto tiempo, disparos aislados seguidos de ráfagas de ametralladora.

De haber regresado, el padre, con toda seguridad, se habría colocado en el centro de la refriega (y ella, ay, hubiera tenido un nuevo núcleo de ansiedad). La madre, en cambio, a esta hora, si algún combate enfrentaba era el del duelo a dos, entre las sábanas.

Imaginó a la detestada pareja cabriolando en la cama y recordó la fugaz imagen del rostro que el amante le había permitido conservar en aquella sorpresiva irrupción suya en escena, meses atrás. ¿Había sido desconcierto y... vergüenza lo que entreviera en aquella silueta huidiza, un segundo antes de desaparecer tras la puerta del dormitorio? Si ella estaba en lo cierto (y laboriosas reconstrucciones del pasado remoto, imaginadas con la implacable tenacidad del odio durante las madrugadas en vela que siguieron a la escena, así se lo atestiguaban), aquel rostro, pálido, exangüe casi, de rala cabellera negra y espeso bigote que la araña luminosa del recibidor había revelado por instantes, y que, cosa extraña, en algo le recordaba al de su padre, correspondía al de aquel militante a tiempo completo, funcionario menor en los tiempos felices de Gallegos, hosco y más bien callado en las reuniones partidistas de la etapa inicial de la clandestinidad (según lo recordaba ella, que a veces se escurría entre los complotados y, con un poco de suerte, cabalgaba un minuto sobre las rodillas de padre), y trabajador tenaz, de acuerdo al rasero más bien exigente de tía Cristina.

No le interesaba en lo más mínimo el mecanismo bastardo por medio del cual aquella sanguijuela se había dejado atrapar en las redes de la madre. No le interesaba si había sido a la inversa. Analogías siniestras, quizás: afinidades electivas entre gusanos de una misma llaga purulenta, tal vez. Le indignaba, sí, lo que la alianza misma entrañaba. Todavía podía recordar (y hubiese preferido ser incapaz de hacerlo) la camaradería, y el afectuoso desinterés con que padre acogió en la casa a aquella lacra disfrazada de hombre. ¿De qué materia podía estar elaborado un ser así? ¿Mierda, quizás? No, al lado de él la ñoña pasaba a ser una sustancia nobilísima y exquisitamente aromática. Tenía que ser algo peor... e imantado: con capacidad para atraer con hechizo mesmeriano a sus homólogos y armar en la fusión un mecanismo automático de apoyo mutuo.

¿Había sido entonces cuando comenzó aquel celestial comercio?

Le resultaba imposible rastrear indicios tan remotos con la sola ayuda de la frágil memoria de infancia, no sólo porque su corta edad le impidiera entonces concebir interpretaciones semejantes, sino también porque la sanguijuela en cuestión había

dejado de acudir a la casa, por razones de seguridad, desde el momento mismo de la prisión de padre. Tampoco se volvieron a realizar las reuniones de otros tiempos. Y luego, al mudarse a la avenida Roosevelt, probablemente el movimiento clandestino había estimado que el apartamento de un exiliado fichado por la policía del régimen no resultaba el lugar más seguro para sostener encuentros políticos.

Si sabía de las actividades de la madre y de los militares cercanos a ella, era en virtud de fragmentarias conversaciones telefónicas, captadas a medias y por obra del simple azar, o gracias a la presencia de notas sueltas, de papelitos con instrucciones a veces muy comprometedoras que ella, la madre, abandonaba en la cocina, bajo las conchas de las verduras, o en la propia sala, entre las páginas de revistas.

Había sido justamente de esa fortuita manera como se había enterado de la participación de la madre y del gusano baboso en el abortado operativo del clandestino Movimiento Patriótico la noche del cumpleaños de Maruja. Aquella evidencia, que por largas noches ocupó sus insomnios y parecía crecer a medida que las conversaciones con Maruja la insertaban poco a poco en el núcleo de aquella obsesión que se había apoderado de su amiga, había terminado por arrojar sobre sus hombros un peso tan desproporcionado (e irracional) de culpa, que Fernando se había visto obligado a urdir argumentos de filigrana para persuadirla de lo que no debería requerir de persuasión, a saber, que quien había participado en el fallido magnicidio, en la toma del club y en la voladura de las plantas de energía que había dejado en tiniebla la zona y propiciado, por tanto, en última instancia, la violación de Marujita, había sido su madre, y no ella, Carmen Luisa.

Más aún, le argumentaba El Llanero, la violación en sí, había sido una consecuencia tan colateral y fortuita respecto del objetivo principal del operativo del Movimiento Patriótico, que ni siquiera a ellos, a la gente del Movimiento como colectivo, podía inculpárseles.

Peor aún, a través de las últimas cartas del padre, que hablaban con tanta emoción del operativo a pesar de que la meta principal hubiera fallado, se había vinculado tan afectuosamente con el admirado y elusivo Movimiento, que la ambivalencia y la confusión de emociones derivadas de tales circunstancias por momentos la emplazaban en el límite de una benévola esquizofrenia.

La funda de los éxitos del 55 se había deslizado del cubrecama y, sin que Carmen Luisa pudiera atinar con una explicación, había terminado por quedar cubierta por las sandalias que ella calzara, minutos antes, en su última exploración del apartamento, y que luego dejara caer, sacudiendo las piernas, antes de reinstalarse en su nicho de tela. Encendió el cocuyo de la cabecera, recuperó a tientas el disco y acertó con la aguja sobre el tema de «Picnic».

Había sido uno de los regalos con que Fernando la sorprendiera en navidad, y, desde el momento mismo en que lo recibió, no transcurrían 24 horas continuas sin que lo escuchara al menos en una ocasión.

Cuando era de noche y se hallaba tendida de espalda sobre el lecho, como ahora, no requería de esfuerzo alguno para hacer que desde la niebla opaca que la ventana soplaba hacia el cielo raso, emergiera el entarimado del pequeño muelle, con la espléndida luna sobre la corriente del río, donde Willian Holden a un costado de la pantalla, contempla a Kim Novak, en el momento en que ésta se aproxima ondulante hacia él, moviéndose despaciosamente al compás de «Moonglow».

¿Cuántas veces había visto «Picnic»? ¿Cuatro o cinco quizás? Había perdido la cuenta, a pesar de que la última peregrinación, en diciembre pasado, esta vez hacia el teatro «Rosales», enamorada y abrazada a Fernando, dejara a las demás hundidas en el imperfecto plano de los bocetos. O tal vez había sido por eso mismo. En todo caso, ahora, aunque los detalles reproducían la posición y las circunstancias que solían disparar en ella la automática evocación del muelle y la seducción más bien púdica de la Novak por parte del curtido Holden, no fue esta la imagen que surgió desde ese lugar intocable de la memoria donde la carne almacena con minucia sus tarjetas postales, sino el simulacro desleído de un cuerpo que al comienzo se negaba a cobrar nitidez (como un borde insubsistente, como un resplandor, como un deseo sin rostro), pero que lentamente, al ritmo de un desesperante retardo entre una concesión y otra, iba revelando los rasgos de Fernando en un diagrama vacilante que enfocaba y desenfocaba el objetivo, como si las facciones de Holden y de Fernando se superpusieran, alternándose en un juego de disolvencias y contradisolvencias al final del cual, sin embargo, terminaba por imponerse, episódicamente, en cada rasgo, el perfil de Fernando.

Para el momento en que finalizó la emergencia, el proceso de erotización general que había comenzado a modo de pulsación irritante en algún lugar del torso (ella calculaba una latitud próxima al centro del esternón, pero ligeramente más profunda que éste, aunque sin alcanzar los estratos del ventrículo derecho que ya latía sin brida) se había diseminado por toda la extensión de la piel, irradiando del centro hacia la periferia y saturando cada resquicio de cuerpo.

No. No era la música, que antes acompañara sus fantasías sexuales, lo que ahora le producía tal efecto: la carnada melódica había sido abolida por la imaginación y esta vez era la reconstrucción del pasado inmediato el escenario hacia el cual la excitación se abría.

¿Cómo había ocurrido todo?

Durante un momento experimentó la inconfundible sensación de la amnesia y se dejó arrebatar por el temor a que un olvido blanco usurpara para siempre el lugar del recuerdo. Pensó que el olvido, entonces, empezaría a semejarse tanto a la muerte que ya no habría valido la pena continuar viviendo. La impresión, por fortuna, apenas la acompañó un instante. Imposible. El que aquel pedacito de tiempo no sobreviviera a su propio transcurso debía resultar, simplemente, imposible.

¿Pero cómo había ocurrido todo?

A ver: la gira turística por el dormitorio permaneció «casi» virginal hasta el momento en que Fernando tomó la muñeca de la lágrima dibujada y ella cayó presa de aquella crisis de llanto que la había resultado imposible dominar. ¿Luego? El Llanero había adivinado el nombre de la muñeca y la pequeña historia atribuida y, claro, las causas de las crisis en la que ella, Carmen Luisa, se sumiera. Después ambos se reclinaron en la cama y conversaron largamente sobre Maruja. También recordaba el bienestar y la sensación de paz que siguieron a la conversación. Hasta allí todo estaba claro, pero ¿qué siguió a aquello? ¿Cómo pudieron deslizarse ambos desde aquel aire más bien lúgubre y opresivo al que la historia de Maruja los llevara, hacia aquel otro, demente y celebratorio a un tiempo, que los envolviera unos minutos después, para sorpresa — y rabiosa dicha— de ambos?

¡Las tanquetas! ¡Eso era, las tanquetas y el estrépito de los aviones! Decenas de vehículos militares habían comenzado a desfilar a lo largo de la avenida, mientras los helicópteros camuflados y los aviones, maniobraban rasantes sobre las antenas de los edificios. Lo recordaba. Habían hecho memoria del abortado golpe del 1º de enero y luego regresando al anaquel de los bibelots. Allí fue donde el clima cambió.

Ella exhibió ufana su galería de «muñecas sexuales» mientras Fernando hacía esfuerzos para no asfixiarse por las carcajadas. Mesalina, la ninfómana, quien en lugar de túnica romana lucía taller y pañoleta, como la madre; Edith, la prostituta de Montmartre, con su lunar en la mejilla y sus medias de malla; Mitsuko, que no era una muñeca sino un muñeco travesti, patético con sus piernas peludas y sus tacones Luis XV; Gertrudis, la lesbiana, rolliza y majestuosa como la Stein, forrada en negro y bucles de seda al cuello; Dolores, la ninfulilla perversa, que saltaba la cuerda mientras

exhibía con descaro sus muslos bronceados y sus cicatrices; y Brigitte, la seductora liberada, que era réplica perfecta de la Bardot tal como Vadim la había imaginado en «Y Dios creó a la mujer».

Fue allí, con BB y la seducción, con el mito de la falsa inocencia y la perversidad blanca, cuando comenzó todo, porque Fernando, rendido fanático de Brigitte (no me dabas celos, mi amor, ella también guardaba lo suyo, comenzó a bromear Carmen Luisa, aproximándose sin percatarse demasiado al filo mismo de la navaja, para llamarlo de alguna manera), y a quien la gira por la galería sexy había dejado en el mejor de los humores posibles, se empeñó en que ella, Carmen Luisa, caracterizara de veras a la francesita, quién sabía, si atrapaba el carácter tal vez él mismo se animara a ofrecerle un protagónico en su próxima «mise en scène», tal vez luego Broadway, Cinecittà, quién sabía, alardeó Fernando, sobreactuando, practicando saltitos de bufón de corte alrededor de Carmen Luisa y a lo largo y ancho del dormitorio, para entonces tálamo nupcial prefigurado, gruta del encuentro, ara de Eros en la imaginación ya calenturienta del sátiro sagrado (¿o sangrado? ¿o, mejor aún desangrado?) en cuyo disfraz se había embutido.

Carmen Luisa, quien temblaba en la sola intuición de los senderos por los cuales la petición de Fernando prometía conducirlos (una gárgola babeante servía de lazarillo al ciego deseo que se aproximaba toctoqueando por lo bajo con un bastón de sándalo), no se hizo implorar para involucrarse con armas y bagajes en el divertimento.

Aún no había terminado aquél de exhibir sus pezuñas y de cabriolar por la habitación, cuando ya ella se alzaba la falda por encima de la rodilla —para lo cual sólo fue preciso que la arrollara bajo la pretina a la mitad de esa cuesta que se extiende desde el adelgazamiento de la cintura hasta el extremo de la cadera—, anudaba sobre el ombligo los faldones de la blusa, ampliaba el escote hasta la comisura del entresenos, dilataba aún más las ya generosas elevaciones con el auxilio de dos bultitos de tela y ceñía su cabellera por detrás, a la altura de la nuca, con una cinta colorada.

El resultado de aquella metamorfosis fue (ahorremos adjetivos) escandaloso.

Petrificado de súbito en medio de una de las cabriolas que ejecutaba con el propósito inútil de distraer el deseo, Fernando sintió que un golpe seco de sangre en la base del cráneo, lo extraía de la vulgar dimensión de los objetos cotidianos para recomponerlo en el centro de un universo ignorado donde los límites de la realidad habían sido abolidos para siempre por el mandato de un dios ebrio y amistoso.

Alargó el brazo hacia la silueta de luz que parecía sonreírle en el otro extremo de la habitación y balbuceó las palabras iniciales de una frase incomprensible, o comprensible únicamente en el mundo anodino que acababa de dejar atrás.

Carmen Luisa se dejó tocar por aquella mano, y luego acariciar por aquella mano y luego besar por el rostro que correspondía a aquella mano, no sólo porque eso era lo que en verdad había estado aguardando desde el principio, sino porque el solo hecho de considerar cualquier reacción distinta frente a aquella mirada de fauno que amenazaba con devorarla sin preámbulos, hubiera sido no sólo inútil sino simplemente imposible.

La hipótesis que El Llanero sostenía acerca de la transmisión contagiosa de la locura, y que tanta mofa le había acarreado por parte del resto de la cofradía, iba a recibir en aquella inefable tarde de frotamientos y succiones uno de sus soportes más contundentes. Carmen Luisa, ejecutando una traducción fiel de la borrachera propalada por Rimbaud —que había sido el descubrimiento más reciente de los muchos propiciados por Fernando—, procedió a un desarreglo sistemático de todos los sentidos, como si el sátiro que se le había echado encima se hubiese erigido en un modelo ineludible, y su destino, quiero decir el de ella, se hubiese limitado a la labor de copiarlo puntualmente en cada uno de sus desvaríos.

En medio de la bruma rutilante que le impedía darse cuenta por completo de lo que estaba aconteciendo (por instantes sentía que quien participaba en la escena era una de ellas, desprendida de ella, mientras ella misma, suspendida e invisible, se apartaba a un rincón del cuarto, reducida al papel de espectadora) se sintió tomada en vilo y trasladada al lecho.

Otro grupo de tanques cruzaba abajo, en la avenida, y asordinaba las modulaciones próximas de «El toque mágico». Se dijo que aquel acetato en 45 de los «Platters», ahora repetido viciosamente por el tocadiscos en directo, auguraba la sesión encantatoria que estaba por comenzar y respecto de la cual todas las complicidades anteriores (húmedos escauceos, estremecimientos clandestinos que ella evocaba luego, en la soledad del lecho lunar) iban a constituir una deliciosa prefiguración material.

Se deslizó hacia arriba sobre las sábanas mientras Fernando la suspendía,

soportándola por el cuello para colocarle la almohada debajo. Soportó el peso de la pierna que la cubrió por un momento, arqueándose sobre la cadera, y se sobrepuso al punzante prurito del mordisco con que los dientes atraparon su lengua. Comenzó a emitir un leve quejido, pero prefirió rendirse a la mano de Fernando que ya la había tomado por el pelo, hundiéndole los dedos hasta la raíz y doblegándola mientras le susurraba a ras de oído. Entonces cerró los ojos y se abandonó a la sensación tibia y penetrante que le producía la boca múltiple que ya la succionaba, la besaba, la mordisqueaba y la lamía sin tregua, mientras descendía desde los labios y los hoyuelos silvestres de la nuca hasta la suave pendiente de los muslos y las estribaciones del empeine, pasando lenta, insistente, sobre las ondulaciones del vientre.

Un estremecimiento que la destazaba de parte a parte la atravesó desde la médula. Ardía y temblaba.

La mano múltiple, ahora desprendida del cuerpo, la liberó de la blusa y del sostén (adivinó que El Llanero sonreiría en la penumbra al tropezarse con las tiras de tela que minutos antes la habían hecho aproximarse a las medidas de Brigitte) y cuando se aventuró hasta la falda y la diminuta prenda del vientre sin dejar de recorrerla con los labios, ella misma se sorprendió en la tarea de cooperar arqueándose hacia arriba y doblando las piernas para facilitar la maniobra.

No fueron ni el rubor ni la vergüenza que en algún momento anterior hubiera entrevisto y temido (cuando en madrugadas de semivigilia anticipaba, estremeciéndose, la escena que ahora vivía) los que asistieron a la cita, sino una sensación de plenitud que sólo podía provenir de aquella especie de reconciliación con una zona de ella misma que la costumbre o la ignorancia habían ocultado hasta entonces y que de pronto se le revelaba como la única verdadera en su feroz intensidad y, por tanto, como la única vivible.

Se oyó en un aljibe sin tiempo donde la duración cotidiana cedía el sitio a una especie de continuo presente sin referencias reales que la orientaran; pero antes que suscitarle temor, estos nuevos espacios sin bordes la impulsaban a aferrarse con frenesí al instante que parecía disolverla y reconstruirla una y otra vez, con prescindencia de su voluntad o su deseo.

Creyó experimentar la nítida sensación de que un par de manos diestras, habiéndola colocado boca abajo en el lecho, la hubieran moldeado como si se tratara de una masa de arcilla, para devolverla luego, transubstanciada, a su posición inicial. Entonces sintió el tacto de Fernando que le abría los muslos con delicadeza, y, enseguida, la pulpa tibia de la lengua que le recorría la dulce concavidad de un extremo a otro,

insistiendo en el ápice de la hondonada, para descender, toqueteando y vibrando, hacia el rosado centro, y recomenzar el itinerario, una y otra y otra vez.

¿Podría soportarlo?

Una loca arritmia de timbales cuyo origen ignoraba la inundó. Le imploró a Fernando que no se detuviera y le imploró al dios distante en el que ya creía no creer que no permitiera el suplicio de que Fernando suspendiera, ni por un segundo, aquel éxtasis sin cuya plenitud ya no concebía existir. Se vio cabalgar en un paisaje submarino, pero desconocía si ella encarnaba al corcel o al jinete: la única certeza residía en el desaforado impulso de continuar a toda costa, no importaba por qué o hasta dónde.

¿Había lugar en la existencia para algo más intenso que aquello, excepto, quizás, la vivencia límite de la muerte? Una variante en el ritmo del estremecimiento la hizo presentir que estaba a punto de ingresar a otro doblez de la sensación: algo, dentro de ella, la había colocado en una pendiente sin frontera sobre la cual su cuerpo rodaba hacia un vacío anhelado y remoto. Se oyó gemir primero, y luego gritar, entreviendo de manera vaga que estaba a punto de traspasar un portal sin regreso. La explosión postergada, llegó al fin. Sintió que su cabeza, fuera de todo control, se sacudía de un lado a otro. Le pareció que su cuerpo todo se diluía en una sustancia rutilante que la transformaba en la divinidad inmortal cuya piel, de alguna manera, ella había calzado desde siempre sin saberlo. Estaba segura: le bastaba con extender el brazo para rozar a Dios.

¿O ella era Dios?

Palpó en la penumbra el rostro sudoroso de Fernando, quien ahora se proyectaba, ascendiendo desde su vientre. Cuerpo sobre cuerpo, con el valle sagrado aún latiéndole, sintió el acero que ahora la frotaba en el musgo húmedo de la vertiente. Escuchó la susurrante voz que la tranquilizaba, sólo te iba a doler un momento, muñeca mía, sólo un momento. No hacía falta: lo único que deseaba era ofrecerse. Ya. Se abrió y rodeó con las piernas el tronco que la cubría, mientras susurraba que hicieras con ella lo que te viniera en gana, papi, la partieras en pedazos si querías, la destrozaras, dueño mío.

El Llanero embocó y con tres golpes secos, que hicieron que ella gimiera, le implorara el perdón y la bendición, y luego se mordiera los labios rogándole que no y que sí, de manera alternativa, la penetró hasta la empuñadura.

Sin embargo, Fernando no la había aplastado echándosele encima: con los brazos extendidos a uno y otro lado de su cuerpo, las manos sobre el colchón, se había

suspendido sobre ella, inclinado, de manera que su cadera la tocaba ahora, frotándola, pivotando con golpes secos alrededor del eje con el cual la había clavado. Ella lo dejó hacer, mientras echaba los brazos detrás y debajo de su cabeza, los dedos entrecruzados, imaginando que alguien se los había inmovilizado allí, valiéndose para ello de cadenas y pernos cruzados por candados de acero cuya llave desconocía.

Decidió, para su asombro, que sería maravilloso transformarse en su esclava y se miró, incluso, en el futuro, echada boca abajo sobre la alfombrilla mientras él la herraba en la grupa, marcándole la piel con su monograma al rojo vivo. Por ahora, sin embargo, sólo quería complacerlo, devolverle compartido el paraíso donde él mismo la condujera momentos antes.

Un estremecimiento y un nuevo ritmo en las embestidas de Fernando le hicieron intuir que éste se hallaba en el umbral mismo de la cumbre. Apenas cerró las piernas para estrechar la tenaza con que lo tenía asegurado sobre ella, sintió el cálido filtro que, a oleadas, parecía recorrerla desde adentro, colmándola. Entonces experimento un vértigo que templaba su cabeza hacia delante y hacia arriba, mientras Fernando, fuera de sí, de nuevo chupaba y lamía sus labios. Se percibió inundada por una lava de corpúsculos centelleantes que descendía sin ruido desde la nada, extendió los brazos con la intención de volar, suspiró profundamente y al fin se desplomó sobre las muñecas y los cojines que cubrían las sábanas.

—¿Qué colgajo es ése? —preguntó Fernando, media hora más tarde.

Estaban tendidos de espaldas sobre la cama, fumando, y era ahora, después de que Carmen Luisa encendiera las luces para compensar la penumbra creada por las persianas cerradas, cuando se daba cuenta de las chapas iridiscentes que parecían aplastadas contra el cielo raso. Carmen Luisa extendió la pierna desnuda hacia arriba y, doblando el empeine como una balletista, señaló hacia los pequeños objetos que habían despertado la atención de Fernando.

—Son mariposas.

—¿Mariposas?

—Mariposas de latón dorado —explicó Carmen Luisa—. Las pegué allí el mes pasado.

Fernando sonrió. Sentía complicidad con aquel museo.

—A falta de ángeles de la guarda... —añadió Carmen Luisa—. Creo que ya no tengo ángeles de la guarda. ¿Tú qué crees?

El estruendo de una escuadrilla de aviones rasgó la ventana. Se oían disparos aislados y ráfagas cercanas. En el tocadiscos sonaba «Teen angel».

—Los tienes. Lo juro —respondió Fernando—. Uno de ellos acaba de sacudirme bien, hace media hora.

Soltaron la risa. Eran jóvenes y dichosos.

De pronto, Carmen Luisa se quedó pensativa por unos momentos, con una seriedad que intrigó a Fernando.

—¿Sería capaz de marcarme a hierro algún día, si te lo pidiera? —le preguntó, por fin.

Capítulo VI: Finales de 1972

1

INTUYO que el diario ha sido, en la accidentada historia de la literatura, un género reservado al callado jardín de los solitarios: la mano que se extiende en semivigilia, en medio de la noche, y sustituye por el cuaderno de notas la piel del cuerpo inexistente que no reposa al lado. ¿Habría sido posible un diario de Kafka sin los rompimientos sucesivos, viciosos, con Felice? Tal vez no. Y sin embargo allí están las cartas. Pero la correspondencia supone un interlocutor, un oído, aunque lejano, que descifre el murmullo. El diario, en cambio, es el estanque de Narciso.

¿Cómo conciliar esta circunstancia con el diálogo que La Flaca ha decidido sostener con mis cuadernos de apuntes a través de sus anotaciones «marginales», por más que éstas rebosen de humor y de perspicacia e, incluso, a menudo superen la observación que comentan? Debe tratarse de un caso único (no necesariamente aberrante) en la historia del género. Supongo que llegará también el momento en que mi cada vez más acorazada piel de rinoceronte (imprescindible por mi parte para sobrellevar la situación) sea observada como una sobrecogedora curiosidad de la esgrima literaria.

En cuanto a la pieza con la que ahora combato (La Flaca la denomina «la escritura pública», e insiste en que no alcanza la intensidad de las notas personales que ella acota y enmienda), he tenido que someterla a un sorpresivo reposo: una oportunidad de montaje para «Voces en el espejo» (laberinto onírico en tres actos que comencé a escribir en 1969, y cuya primera versión rematé en Londres en el apartamentico de Belsize Crescent) ha asomado como vaguísima posibilidad en estos días. Un grupo nuevo, pero con sala propia y kamikazes de larga experiencia entremezclados con savia nueva serían los encargados de la misión suicida de abrir la temporada con la obra de un desconocido.

¿Cabeza visible? El inefable Ferrini, a quien no tropezaba desde los tiempos gloriosos de la universidad y de la Sociedad Dramática. De concretarse el proyecto, necesitarían la pieza en un lapso máximo de seis meses. Eso excluye, de inicio, la posibilidad de montar «el trabajo en marcha», que aún requiere, estimo, de un año y medio más de cocción, y le deja el patio libre a «Voces en el espejo». Recuerdo lo que Carmen Luisa opinó al leer el primer acto de «Las voces...» (¿cuándo?, ¿a mediados, quizás del 69?) «Bravo, Llanero, es un limpio homenaje a las trastiendas del inconsciente. Un poco retórico, quizás, pero no podría esperarse otra cosa viniendo de ti. Me gustan, sobre todo, los sueños. No. No está nada mal. Hubiera podido ser escrita por mí».

Tenía razón, por supuesto. Yo, por mi parte, la sentía como una celebración de algo que podríamos llamar (represen por favor las carcajadas) la existencia paralela, la existencia posible. Burda pretensión de utopista. ¿Seré víctima, en verdad, de una deformación así? ¿Creo en la vida sólo hasta ese límite inatrapable en el que la vida es transubstanciada en ficción, y entonces, con toda inocencia y sin una sombra de rubor, empiezo a creer en la ficción y a soslayar la vida?

Peste de animal simbólico: la existencia como mera excusa para el arte. La sangre con letra entra. ¿Y el teatro? De analogarlo a una pestilencia, tendríamos que remontarnos a 1956 ó 1957 para, en mi caso, localizar el inicio del morbo. No, no fue el 56 sino el 57. Más exactamente: comienzos del 57. Una contaminación en la que no poca responsabilidad habría que imputar al padre Gonzalo y a los militantes de la cofradía de aquel entonces mi primer —balbuceante— descenso al limbo de las tablas y la simulación.

Ciertamente, de no haber sido por los oficios del padre Gonzalo, quien incurriera repetidas veces en la venial falta del falso testimonio por la causa de la cofradía, en general, y de mis desviaciones literarias, en particular, probablemente mi pequeña historia hubiese sido otra. Todavía me parece ver a aquel cómplice ensotano, más bien bajo, de contextura frágil y cabello ensortijado que se desplazaba por los largos y estrechos pasillos del colegio ejecutando cortos salticos sobre la punta del pie. Su registro de soprano, que vibraba en falsetes intensos sazonados con zeta española a los que descendía en mitad de la frase, había sido considerado al principio como un destino grotesco al cual él parecía resignado desde su arribo al colegio, meses atrás, y que usaba sin querer para provocar risitas a hurtadillas en los desalmados de quinto, entre quienes nos contábamos.

Con el tiempo, sin embargo, aprendimos a amoldarnos a su estampa como a un paraje divergente del paisaje y, por fin, a aceptarla casi con alegría, con la misma facilidad con que logró acostumbrarnos a sus ojos saltones y a su nariz filuda y fañosa... y, por supuesto, a su inteligencia.

Un talento incisivo y desprejuiciado que disparaba ideas como si se tratara de fuegos artificiales en un campo abierto. Y no precisamente por lo inocuas. Semana tras semana lograba envolvernos en aquella madeja de conceptos y contraconceptos que para él constituían una especie de eucaristía pagana (si cabe la expresión) sin cuyo oficio el dragón hambriento que rumiaba en su cerebro, con toda seguridad habría parecido, arrastrándolo de paso. Nuestros encuentros, que la mayoría de las veces eran discretos, se asemejaban más, según el acertado ojo de Antonio, a un choque de espadas filigránico, pero voraz, entre, digamos, Rocambole y D' Artagnan, que a un debate académico entre un maestro ocurrente y unos indóciles discípulos que con

frecuencia no las tenían todas con ellos.

El padre Gonzalo no contaba chistes colorados como el hermano Francisco, que ya había sido amonestado por el rectorado gracias a la fruición con que divulga su colección particular de anécdotas de chinitos, ni aconsejaba a los descorazonados como hacía el padre Hipólito, en confesión, los primeros jueves (se sabía cómo había interferido en los firmes propósitos suicidas de al menos media docena de púberes desesperados, acosados por el insomnio pertinaz que la sombra de las muchachas en flor del Santa Cecilia inoculaba en ellos cada nuevo septiembre), pero en sus clases de biología y de apologética, con la venia de Albertine, se permitía esos deliciosos excursos que otros profesores menos imaginativos y más rígidos se tenían prohibido, y que le ganaron el fanatismo del pupilaje, incluso el de aquellos que, como El Colorado Febres y sus chupamedias, tenían por pasatiempo el incesante boicot de las sesiones.

No había para él tópico prohibido. Desde el satélite soviético hasta las repercusiones de la masturbación, pasando por la debatida prohibición de Y Dios creó a la mujer o por la improbable existencia de la deidad cristiana, no había lazo que cualquiera de nosotros le tendiera (Antonio, Alberto, yo mismo) que él no se apresurara a recoger y desandar. Entonces se sonreía, suspendía el hilo de Oparin o Leeweenhock o San Agustín, condescendía al reto, y a los cinco minutos el aula toda se transformaba en una inmensa y bulliciosa corte donde hordas de leguleyos salvajes daban rienda suelta a sus dudas más borrascosas.

Contra lo que se podría esperar por los hábitos y la disciplina agustiniana que algunos obcecados erigían como paradigma para acechar la gracia divina cortando camino por territorio seguro, este clímax era el que provocaba en el padre Gonzalo las mayores satisfacciones. Ni la oración ni el ayuno ni la flagelación imaginaria con el cilicio real que colgaba al lado de su cama, sino el éxtasis de la barahúnda que se alcanzaba a mitad del debate, era lo que suscitaba en él aquella expresión de plenitud: inmóvil y sereno, como en pleno umbral del nirvana, escuchaba sin interrupción las intervenciones, a menudo provocadoras y hasta sacrílegas —sobre todo cuando provenían de El Colorado o de alguno de sus compinches, pero también de nuestra vanguardia, que no con infrecuencia y sin perder la elegancia, se negaba con igual tenacidad a sustraerse a la irreverencia—, alzando apenas el dedo índice de la mano izquierda cuando se trataba de ceder el derecho de palabra a un nuevo desaforado que irrumpía en el debate. Aunque a veces ni siquiera esto era posible.

Esta vez, sin embargo, se trataba de algo diferente, no sólo por las circunstancias extraordinarias que rodearon al hecho, sino por la influencia que toda la cadena de acontecimientos ejercería sobre mi tiempo futuro y mis cambiantes pero tenaces

relaciones con el teatro.

La discusión había comenzado en septiembre de aquel año (hacia los días en que emprendía mi persecución de Carmen Luisa), a propósito de la versión de Clarence Darrow que Leopoldo Gámez practicaba en «Herederás el viento», sobre el entarimado del Teatro Nacional. O mejor, a propósito de los argumentos que Huxley divulgaba por boca de Darrow, quien a su vez divulgaba por boca de Gámez en la pieza. El montaje había constituido un éxito de crítica y de público, si consideramos la escuálida atmósfera teatral de entonces, y yo, que a la sazón dirigía la Gaceta Literaria del colegio, no sólo había sobrellevado con ascetismo (y, es verdad, con la solidaria presencia de Antonio, Alberto, y Maruja) las tres horas de fila en las taquillas del teatro, dos domingos antes, sino que había logrado del Rector el permiso para pedir a la compañía un montaje especial de la obra, de manera que los alumnos del colegio y las tiernitas del Santa Cecilia pudieran asistir al espectáculo pagando la entrada a mitad de precio, con el compromiso de donar la recaudación en canastillas de navidad para las madres que alumbraran el 24 en la «Concepción Palacios».

La iniciativa, sin precedente en los anales artísticos del colegio, resultó un triunfo para los que estuvimos involucrados en su organización. La compañía, probablemente más conmovida por la aceptación agustiniana que por la piedad de las canastillas, aceptó. La exhibición fue autorizada para todas las secciones de cuarto y quinto año de ambos años, y unos doscientos cincuenta espectadores (entre los cuales se contaba mi todavía distante, inacariciada, Carmen Luisa), que asistieron ávidos al auditorio con olor a incienso, a naftalina y a cera, siguieron con una compostura impecable el montaje y aplaudieron con frenesí a la caída del telón.

El elenco se vio obligado a repetir varias veces la genuflexión y Leopoldo Gámez recibió la ovación de su vida. Por supuesto, no faltó quien se escandalizara ante los parlamentos de Darrow, sobre todo entre los adultos que habían asistido por curiosidad, pero la reacción a favor fue tan determinante que incluso los más indignados terminaron por percibir que cualquier intento por condenar el sentido del acto hubiera desembocado en una derrota humillante.

Hubo, previsiblemente, excepciones.

En primer lugar, la del director general, un cura cuarentón, cuadrado, con cuerpo de peso mediano venido a menos, que usaba unos lentes gruesísimos y de color verdusco y a quien una operación urgente había impedido el espectáculo. Y en segundo término, la del rector de primaria, un viejecito chupado, harinoso, y demasiado anciano para condescender a la incomodidad de la duda. La réplica del rector de primaria se quedó apenas en un estallido convulso que pronto él mismo se encargó de

olvidar. No pasó lo mismo con la del director general, quien tan pronto superó la convalecencia, citó a los representantes de los organizadores de la desvergüenza (es decir Antonio, Alberto y yo), y amonestó enérgicamente en privado al padre Gonzalo, a quien consideraba, tal vez con justicia, la eminencia gris de la convocatoria.

Para Antonio, Alberto y yo, e incluso para el padre Gonzalo, quienes una vez sofocado el jaleo inicial nos divertimos hasta el desmadre con lo ocurrido, aquellas reacciones no sólo eran comprensibles, por proceder de quienes procedían, sino también absolutamente olvidables. Parejamente, tampoco la respuesta de El Colorado Febres nos asombró. Como anoté antes, para entonces nos hallábamos atravesando ese ingrato paraje de la adolescencia durante la cual la maldita manía de afirmarse a través del dispositivo de aplastar a los otros, ofrece su clímax. Nos ocurría a todos. Y Febres no constituía la excepción sino el paradigma.

Supongo que el éxito de la representación programada por nosotros aunado a la pequeña virulencia que ella suscitara en la autoridad académica, lo llevó a concebir aquella retahíla de desafueros en una campaña vengativa que era, en igual proporción, ingenua y abyecta.

Al comienzo fueron los volantes anónimos contra «el infiel y despreciable séquito de hijos de Satanás» (la palabra «séquito» se había puesto de moda gracias a otros pasquines, los que la Junta Patriótica hacía circular contra el gobierno), de «abogados del diablo», y algunas otras excrecencias con melodía semejante de las que el olvido ha tenido la piedad de separarme. Luego le tocó el turno a los graffiti (ese recurso del mensaje público que se pondría de moda en la década siguiente): primero en las paredes de los alrededores y luego en la propia fachada de la institución. Más adelante vino la distribución de cataplasmas de excrementos a lo largo de las naves, antigua práctica que sospechábamos cara a la pandilla, y que esta vez estuvieron cuidadosamente apoyadas por inscripciones en letra roja sobre las cuarterones y los nichos de la puerta principal de la iglesia, en las cuales se nos endilgaba no sólo la paternidad de aquéllas, sino también, ¡maldita sea!, la de todas las plastas que la parroquia había tenido la desdicha de conocer en el pasado.

La campaña fue tan burda que nadie quedó convencido. Semanas después la propia Carmen Luisa me confesaba que incluso quienes no nos conocían sino de oídas, por resonancias del propio «affair», como había sido el caso de ella, fueron por el contrario persuadidos de nuestra inocencia, en la más pura tradición del efecto bumerán.

A pesar de eso, nuestro contragolpe no se hizo esperar.

Durante mucho tiempo (justo hasta aquella memorable noche en el Wolfgang Amadeus Bar, varios años después) me estuve preguntando por qué milagrosa razón un tipo tan ladino y suspicaz como Febres no se tomó nunca la molestia de sospechar de aquellas sesiones a puerta cerrada en el gimnasio o en los trasfondos de la sacristía, donde nuestra pequeña compañía teatral (a la sazón Antonio, Alberto y yo, y Marujita y Carmen Luisa, como apuntadoras, cuando nos reuníamos donde los Paredes), ensayaba aquel engendro que este servidor había perpetrado en varias noches de insomnio, con su ojo inyectado por la sevicia y el placer de la venganza postergada.

El sainete, como tuvimos el tacto de llamarlo, permaneció prácticamente en secreto hasta el día del estreno, a pesar del derecho de censura previa sobre el borrador que la dirección general, o el capricho de aquel boxeador en retiro que la detentaba, había reivindicado para él. En la práctica, y ante nuestro alegato de que en buena medida la obra iba a ser una especie de teatro de ensayo, cuyo texto se iría modificando a medida que los encuentros del grupo fuesen aconsejando añadidos o mutilaciones, el tribunal se contentó con refrendar una sinopsis que, si bien reflejaba en líneas generales el bodrio definitivo, permanecía en un plano suficientemente vago como para impedir que cualquier detalle revelara su oscuro origen biliar e impidiera el visto bueno del tribunal.

De hecho, la sinopsis era franca... hasta donde puede serlo una sinopsis. El toque de gracia residía, justamente, en los detalles: filosos aguijones de curare que transformaban el pudoroso apunte sobre «las relaciones paterno-filiales y los problemas de la juventud en la segunda mitad del siglo XX», como declaraba de manera pomposa la car(p)eta que llegó a manos de la dirección, en una sátira contra los comemierdas alzados de todo pelo, mediocres y sin talento, a quienes no hacía falta mencionar porque todos conocían. Para cualquiera que supiera leer entre líneas, aquello no era otra cosa que el retrato destilado de Febres y de todas las circunstancias que habían sazonado su pasmoso itinerario desde el remoto pasado cuando el viejo Febres, al cabo de sesudos raqueteos morales frente a vasos de Bacardí con limón, amasara la idea de remitirlo a los Estados Unidos, hasta los días farragosos del presente narrativo en que nuestro héroe se dedicaba, con una maña digna de mejor causa, a emplear sus excrementos para frisar el espíritu de todos los desventurados que habíamos incurrido en el grave error de, siquiera a distancia, conocerlo.

Por otra parte, el temor de que una eventual ausencia de su parte nos echara el plan al suelo, acabó por ser infundado. Aquel ramillete de tiernitas que la fracción pro-

misiones del Santa Cecilia prometía aportar al espectáculo, resultó una tentación tan insoportable que su sola sospecha bastó para provocar relamidas en los pasillos y postergar cualquier travesura alternativa. Con ese aperitivo balanceándose en el fondo del paisaje, Febres y las guabinas de su cardumen acabaron mordiendo el anzuelo con lombriz y sedal, para transformar aquella cotidiana noche de verbena en una de las fechas más memorables que la cofradía estuviera destinada a vivir.

2

A propósito del bastidor de hilos cruzados que enlazaría vida y (i) arte, he releído con La Flaca fragmentos de anotaciones de Londres que se referían a La Polaca. Ha sido una confrontación reveladora: la Luisa de la Flaca resulta un personaje por completo distinto a la Luisa imaginada por mi cuaderno. Si apartamos los datos generales (Luisa existiría, sería polaca, habríamos compartido con ella nuestro apartamento de Belsize), ninguno de los rasgos que yo creí necesario anotar, coinciden con los que La Flaca elegiría. Tuve la sensación de que sólo nos estaba dado coincidir en una verdad histórica, borrosa, que se bifurcaba de mil modos diferentes apenas intentábamos descender a los detalles específicos.

La verdad íntima es que convivimos durante semanas con dos inquilinas distintas y, por momentos, opuestas.

De allí la doble desviación: La Luisa A, viviente en el instante i, se deforma al desplegarse en el tiempo t, hasta conformar un rostro modificado (¿opuesto?) en el instante i'. Pero aún aquella Luisa A dista mucho de ser inequívoca en el instante i', puesto que su imagen se recompone según sea la experiencia en la cual se incruste: la de La Flaca, por ejemplo. Así, ya desde el inicio, contamos con una Luisa A (la mía); otra A1 (la de LA flaca); otra A2, la del inglés flemático que en un arrebató de satiriasis quiso disponer de ella a la fuerza; otra A3, la del libanés que la empleó en el mercado de Soho, cada una de las cuales mudaría a su vez en el tiempo.

[Anotación marginal de La Flaca. El correo copia a la memoria: apenas termino de leer la «o» de tiempo en tu párrafo, cuando qué crees que encuentro en el buzón, al bajar. Un sobre alargado, sucio, maltratado, cubierto casi por completo con estampillas de la corona y sellos de P.O.: carta de Luisa. Te la dejo, apenas violada por una hojeada veloz, sobre la mesa.

Ejercicios que debes realizar a partir de la correspondencia de Luisa, si es que «Las Voces... » te dejan un respiro:

a) La memoria sometida a los embates del tiempo y del espacio: ¿qué queda de la Polaca en nosotros?, ¿qué de nosotros en ella?; ¿qué rasgos sobrevivirán de unos en otros con los años b) ¿Por cuánto tiempo se sostendrá este diálogo a distancia, tomando en cuenta que, con toda probabilidad, no volveremos a verla jamás?]

Si la memoria adolece de esa fragilidad, entonces la literatura sería una falsificación con derecho... una falsificación que invadiría el lugar de la vida, al menos de la vida que fue.

El sainete desbordó el local del auditorium con una marejada aplastante que dejó pequeña a la boletería reunida por Leopoldo Gámez en la noche de «Heredarás el viento» La función había sido programada para las seis de la tarde, pero a las cinco y treinta ya el patio central y buena parte de los corredores elevados que miraban hacia él, pulidos los embaldosados y enjaezados los balaustres con cintas y flores de papel crepé, hervían con la cháchara y la agitación de la audiencia. Allí estaban los curas del Fray Luis, uno que otro alto dignatario de la congregación que había sido especialmente invitado al evento, misioneros de chancletas y barbas blanqueadas (recuérdese que la recaudación sería destinada a las misiones, y que los boletas habían sido colocadas a mano por voluntarios de ambos colegios, en especial bombocitos del Santa Cecilia, entre los cuales destacaba mi princesa emboinada), los últimos cursos en pleno con los familiares embutidos en sus mejores galas de tarde, y hasta inofensivos curiosos de parroquia que sazonaban el ambiente con sus largos tabacos cumaneses y sus camisas de puños raídos, pero blancas y almidonadas.

Detrás de lo que habíamos dado en llamar bastidores, que no era otra cosa que una sección de la sala de recepciones, parapeteada con tabloncitos de cartón piedra y amplios trapos de dacrón, el elenco en pleno, comenzando por mí, sudaba a chorros a pesar de la brisa de agua que ya soplaba en el patio interno y de la confianza absoluta que hasta el día anterior, en el último ensayo con vestuario, nos había hecho reír hasta revolcarnos en algunas escenas, y brindar con sangría rebajada a tu salud, Tennessee, a la tuya, Esquilo, a la de todos, Eugene, vaticinando la limpia estocada que le clavaríamos a El Colorado en pleno morro, 24 horas más tardes.

Texto y montaje estaban listos y aprobados, a pesar, ¡ay!, de la objeción de Carmen

Luisa, quien haciendo uso de su investidura de invitada de honor al imaginario palco de la crítica, había abogado hasta el último minuto por la inclusión de un farragoso parlamento de A puerta cerrada, que Antonio, con justicia y con éxito, había impugnado.

Nada: a Alberto se le olvidaban los párrafos y equivocaba las entradas. Antonio llegaba a última hora, desesperado, arrastrando el disfraz de Mefistófeles con los arreglos finales que Maruja y Lastenia le habían practicado para evitar que él rodara en plena escena, como le había ocurrido dos días antes. El flamante autor, por su parte, había sido asaltado por cólicos satánicos que imaginó invocados por nuestros enemigos: por momentos experimenté la absoluta certeza de que todas las jornadas previas habían constituido una pérdida inútil de tiempo y esfuerzos, y que la obra, a la postre, acabaría concretando el ridículo más estrepitoso en la inexistente historia del teatro venezolano.

No me pregunten cómo ocurrió, pero si hasta aquel momento la idea que me había estado martillando la sesera era la de suspender el acto (y si no lo había propuesto a los demás había sido por la cobardía y la vergüenza del fracaso anticipado), bastó que Alberto se me acercara casi llorando, escoltado por Antonio y abrumado por el tartamudeo de parlamentos ininteligibles que por instantes se le mezclaban con capítulos de libros de biología, oraciones a San Marcos, canciones de Mario Suárez y hasta cuñas de colchones Sweetdream, a suplicarme que desapareciéramos de allí y mandáramos todo muy largo a la mierda, a la mitosis, al dulce sueño, para que yo, aventado por un asalto de imaginación en el que amalgamé el rostro de El Colorado, sarcástico, eufórico por la satisfacción de mi fracaso, con la imagen angelical de Carmen Luisa que aguardaba, empotrada en la segunda fila al lado de Maruja, la subida del telón, aureolada de destello irreales como tantas veces había soñado mientras mordía la almohada con Raúl Shaw Moreno de fondo, bastó eso para que yo, digo, me levantara del guacal donde había permanecido casi hundido de nalgas y, aclarándome la garganta, alisándome los cabellos a lo William Holden en «Picnic», enjugando el sudor de mi frente con la capa de Mefistófeles, pronunciara de un envió el discurso más nítido y convincente que yo recuerde haber intentado en mi vida, basurero donde las peroratas y otras pantomimas de esa calaña han sido más bien abundantes.

Alberto y Antonio escucharon abobados, con sorpresa al principio y con una mezcla sui génesis de determinación y serenidad al final.

Cinco minutos después, lo que había allí, detrás de aquel miserable telón de fondo, soportando las polillas del dacrón envejecido y del candelabro tridente que los transmutaba en siluetas de pantalla chinesca, eran tres lobos agazapados, de colmillaje

pulido dispuestos a acometer cualquier proeza, por desmedida que ella fuera.

Nos encomendamos a Santa Rita de Casia, sonamos con los nudillos la punta del guacal que me había servido de atalaya y le gesticulamos al hermano Danilo la señal convenida para que tocara a rebato las campanillas internas de primaria.

El telón bajo 45 minutos más tarde para decretar la apoteosis. El aplauso fue interminable, unánime, de pie. El cortinaje se elevó tres veces para hacernos salir a retribuir la ovación entre los coros de viva que brotaban de las incondicionales de las primeras filas, escoltadas por ráfagas de palmadas rítmicas, y dirigidas, entre otras por Maruja, quien se había aperado con flashes y automáticas para inmortalizar la ocasión, y por Carmen Luisa, quien se había sobrepuesto a la compacta masa para lanzarme besos voladitos entre los hurras, gracias quizás, a la misericordia pagana de Salomón y su Canticum Canticorum, miel y leche hay en tu lengua, amada, nuestra oración pagano-bíblica con la que cada día celebrábamos la unión, aireando nuestras vísceras, de la misma manera que el propio Fray Luis había aireado las suyas, junto a Isabel y sus «tetras como cabritillos gemelos», 400 años antes.

Bien por la faena cumplida, las orejas cortadas, la bienaventuranza que nos había acompañado después de mi arrebató, pero mentiría si no admitiera que lo que me provocó aquella satisfacción insoportable que me indujo a percibir boronitas de mercurio incandescente flotando sobre las cabezas del público y casi me obliga a cerrar la noche con un desmayo, pálido y lánguido, fuera de programa, fueron las carcajadas cómplices de todos los que descifraron los «upper» con juego de piernas de los parlamentos, las alusiones satíricas que ridiculizaban no voy repetir a quién, y, por supuesto, el desconcierto y la ira desmadrada de El Colorado, cuya expresión hacía pensar que Kinkón en persona se le había escurrido debajo de la silla y estaba en ese momento colgado de su escroto, ocupado en practicarle una lenta y modulada torsión de bolas.

Debido a que el sainete era el número que cerraba el programa, la multitud drenó enseguida, deteniéndose apenas en corrillos fugaces para saludar a los conocidos y para felicitar al autor y a la improvisada compañía escénica. La tensión que el montaje había inoculado en el flamante elenco y en sus figuras de apoyo, comenzando por mí, se disipó de súbito, dando paso a un extraño estado de estupor que en parte era agotamiento y en parte euforia.

Afuera nos esperaba una noche tupida y fresca, cruzada a ráfagas por la brisa de las lluvias de mayo. En el aire vibraban las voces a capella de los niños del coro y una vaharada húmeda y fragante se elevaba desde el suelo mojado.

¿Fue aquel éxito fulminante y precoz el disparador de mi futura dedicación «al arte de las tablas», como dijera el padre Gonzalo en un éxtasis de admiración? Lo ignoro. Resulta, sin embargo, sospechoso que a más de 15 años de distancia pueda aún reconstruir aquella noche con una precisión tan espesa que podría señalar sin error el orden en que la audiencia conocida ocupaba los puestos centrales de las primeras filas.

Con el tiempo, sin embargo, he llegado a tropezar camadas de actores, directores y dramófilos de variado ataque que confesaban haber experimentado el mismo fenómeno en ocasión de sus respectivas iniciaciones. Tal vez sea una curiosidad menos infrecuente de lo que imaginamos. En todo caso, resulta evidente (al menos para mí, que ya habité la historia real y ficticia de la cofradía de Las Acacias), que para los otros, quiero decir Alberto y Antonio, e, incluso, Maruja y Carmen Luisa, quienes en cierto modo fueron nuestras asistentes, el estigma no fue el mismo. Ninguno de ellos se dedicaría al teatro o a cualquier otra actividad semejante. Ninguno de ellos, ni siquiera Carmen Luisa, de quien se podría esperar un nexo emocional con los detalles de aquella velada, recordaría la puesta en escena y sus alrededores como yo lo haría.

Al respirar el aire de la noche y sentir el viento acuoso de mayo soplando sobre la calle, me copó un golpe de felicidad casi doloroso. Me rodeaba gente próxima a mi corazón, y a mi lado, colgada de mi brazo, Carmen Luisa intentaba disimular el orgullo que la ahogaba por el vertiginoso triunfo de la velada.

Pensé que la felicidad que se había apoderado de mí en los últimos meses (exactamente desde que decidiera prescindir de la persecución y acercarme a Carmen Luisa, con los éxtasis recurrentes ya conocidos) estaba tal vez alcanzando un punto de saturación. Recordé la discusión con Antonio sobre la fugacidad y sentí un oscuro temor aullando en algún lugar del cuerpo.

3

Anteanoche, cena con Bermúdez y Alida en el apartamento. Vinieron, al fin, a conocer la guarida después de varios viernes de amenazas fallidas. Imágenes: La Flaca, temprano, con una pañoleta anudándole el pelo, corre por la cocina con la

escudilla en la mano, nerviosa por el pastel de carne, mientras Vivaldi enloquece en su jaula.

Más tarde: la luz débil de la vela, Bermúdez riendo de sus propios chistes; La Flaca, relajada por la cerveza, y el rostro de Alida arrebolado por los vapores del vino.

Alida fue, con mucho, el gran amor de mi infancia. ¿Era mi imaginación o en verdad, esa noche, por momentos, volvió a mirarme con los mismos ojos irreales de aquellos días remotos y edénicos?

En aquella época vivía en Catagua con mis padres y algunos familiares de mi madre. La casa era un inmenso laberinto de rincones sombreados, con solares ventosos donde por las noches colgaba una luna morada como una amatista. El jardín, cuyos rumores uno podía presentir entre los bosques de palmas, rosas y berberías con sólo trasponer el anteportón, era rectangular y estaba totalmente flaqueado por gruesos pilares y corredores donde los pájaros flotaban al amanecer o se deslizaban sobre la luz lisa y redonda que anunciaba la noche. En tiempos de los abuelos, los muebles habían sido lujosos y, quizá, exquisitos, pero ahora apenas ostentaban la hidalguía de un pasado de abolengo, templado por un deterioro sobrellevado con dignidad.

Los sábados toda la casa era puesta al revés en busca de sucios recónditos, de telas de araña, de pátinas de polvo que la humedad fijaba como barniz sobre los sitios menos trajinados, y un desvaído perfume a resinas y a jabón se mezclaba con el sahumero de los azahares, de las guayabas abiertas sobre los albañales y del estiércol tocado por la lluvia.

Cada rincón guardaba su olor particular, de manera que tú podías cerrar los ojos y, si respirabas en la dirección conveniente y precisabas con maña las mezclas, podías adivinar el lugar exacto de la casa donde te encontrabas y, con algo de suerte, incluso la hora del día y la época del año.

Las butacas más mullidas ocupaban el codo de la casa próximo al zaguán, pero la favorita de mamá, una poltrona baja de mimbre, con cojines de plumas, cuyas fundas de matices de rosa pálido y orla de encajes eran descosidas y renovadas cada diciembre por las tías, se hallaba al lado del RCA que destacaba al fondo, acunado en un nicho de sisal que tío Francisco había negociado por las tierras del norte.

Allí se arrellanaba mamá por las tardes, a la hora de la radionovela, y allí estaba aquella mañana en que llegó Bermúdez con su Studebaker gris, cuyo escape lo anunciaba a través de un inconfundible golpeteo sincopado de tamborcito de juguete, para llevarnos a Caracas, aprovechando una coyuntura familiar que ya olvidé o que no

quise recordar nunca.

Bermúdez había llegado al pueblo dos años antes con el diploma de médico cirujano bajo el brazo, dos maletas donde los estetoscopios y los termómetros se mezclaban con colecciones empastadas de clásicos griegos y latinos y un esbozo imaginario de lo que debía ser la monumental «Geografía médico–sanitaria de Catagua» que, en efecto, cristalizaría tres años después en un fornido volumen de setecientas páginas en octavo que alebrestó los humores del gobierno local y terminó por costarle al autor su posición de médico–jefe en el hospital «Juana de Rivera».

La erudición inútil y amena del hacedor de crucigramas y sus peroratas científico–sociales inspiradas por igual en Jaurés y en Claude Bernard, debieron converger en aquel flanco débil del ánimo de tío Félix para persuadirlo cuando él, Bermúdez, comenzó a dejarse caer por la casa del tío Félix —portón con portón al lado de la nuestra— a la hora de ludo y la lotería de cartones. No era el mecanismo de la apuesta lo que le interesaba a Bermúdez. Ni la conversación trivial en aquel grupo de fieles de azar que se congregaba en la sala, frente al enorme corredor de pilares toscanos descascarados donde ratas, palomas y bachacos se refugiaban entre los restos de lo que había sido un jardín exuberante (en los remotos tiempos del general Guzmán), con cortos senderos de piedra pisada y lirios de agua. No. Como pronto se hizo evidente, lo que arrastraba noche a noche a Bermúdez al ritual obsesivo de colocar granos de maíz reseco en los monótonos tableros de cartón era, maldita sea, los ojos amielados y serenos de Alida, la penúltima de mis seis primas hermanas.

A diferencia de Bermúdez, católico y populista, tío Félix era derechista y agnóstico, pero compartía con aquél el culto enfermizo de Rubén Darío (en verdad, una peste benévola que infestaba a toda la familia) y la afición por la polémica ociosa que, frente al café con leche y el tabaco, no transgrediera los límites de la decencia. Así, nadie pareció asombrarse cuando Bermúdez formalizó sus intenciones durante un cuchicheo protocolar con tío Félix ni cuando comenzaron las visitas «oficiales» en el recibo. Alida y él se apartaban del grupo de jugadores (risitas de las muchachas, reojos, cabezas bajas) seguidos por tía Julia y se sentaban en el sofá repintado a oír el «picó» (boleros de Los Panchos, valeses de Strauss, el Cascanueces), a leer en voz alta, a trabajar la guitarra, mientras tía Julia tejía en el mecedor de cuero, casi de espaldas a ellos.

Dije nadie, pero miento. Había alguien para quien aquella conspiración a dos constituía algo a un tiempo inexplicable y doloroso: yo. Alida había sido mi compañera hasta donde alcanzaba el recuerdo: me copiaba las canciones, acaudalaba las barajitas de las galletas Susy para luego meterlas a montón bajo mi almohada, discutía conmigo las películas que veíamos en el cine de tío Francisco (el engaño en

que Nioka había incurrido, la inadmisibile mala suerte del hombre-cohete), leía para mí. era bella: a los quince años ya concitaba pesadillas eróticas en los Juramentados de la Liga del Santísimo Sacramento y atraía los cuidados de Marcolina, quien a la vuelta de sus recurrentes peregrinaciones a Sorte, cargada de sahumeros, recalaba en los húmedos corredores para unirla de antemano contra el mal de ojo.

Pero nada de esto: ni la insoportable belleza de los quince ni el asedio de los pretendientes ni la jerarquía de la menstruación la hicieron distanciarse de mí, a pesar de que la diferencia de edades, antes desestimable, se uniera ahora a las nuevas circunstancias para transformarme en un pichurro neto a su lado. Las ganas de matar y de morir que me provocaron las visitas de Bermúdez y las tertulias a dos en la salita, bastaron para persuadirme de una verdad irrefutable: el mundo podía ser un sitio inhóspito, pestilente, de donde la sabandija que yo era iba a ser expulsada en cualquier momento al barranco sin fondo que, con toda seguridad, se encontraba en los confines de la tierra, y de donde ya nadie podría rescatarme.

Lloré. Me agazapaba en el traspatio, al fondo del matorral de berberías entre las raíces del guanábano donde, por temporadas, brotaban gusanos azules que parecían crecer de la tierra húmeda y porosa que sólo en ese rincón del solar tomaba aquel aspecto de arena movediza y aquel olor a bosta mojada. Pero entonces no había gusanos ni lluvia: me quedaba solo, con la respiración de los adobes en la tarde morada y ventosa, agachado contra la pared a medias derrumbada, imaginando que una carroza negra tirada por cabras negras se hundía en el mar de Puerto Cabello, de Morón, de Tucacas, que papá me había llevado a conocer en diciembre del año anterior.

Durante un tiempo cambié de carácter, me hice insoportable para mis amigos: una broma que antes hubiera olvidado sin resquemores bastaba ahora para envolverme en una pelea a muerte: maldecía, mordía, y cuanto más estrecha era la amistad, mayores resultaban el encarnizamiento y la sevicia. En el río me subía hasta los salientes más elevados, aquellos que hasta los adultos evitaban, abombaba el pecho como un pichón de paloma y, sin hacer caso de los gritos de advertencia, me lanzaba contra la elipse de cristal irisado que me aguardaba abajo, entre los remolinos.

Esa enfermedad de corazón roto me duró semanas, y quizás se hubiera prolongado durante toda la vida de no ser por dos acontecimientos que sellaron para siempre el final de mi niñez y me chutaron con dulzura agria hacia lo que el pajizo de Bermúdez llamó en un cursi artículo de «Lamos Tinaqueros», el «sinuoso tremedal de la pubertad». Uno de ellos es el incidente de los caribes y la castración, y lo contare de una vez porque es dramático y breve. Al otro podríamos denominarlo «de la venganza», y, largo y con trasfondo, lo soltaremos luego, con más suspenso.

El caribe, honrado por el Barón de Humboldt como la más voraz de las criaturas del trópico, es un pez pequeño... tan pequeño que los que no vienen impuestos de su temperamento a veces se le ríen en la cara e incurren en temeridades que parecerían payasadas ridículas de no resultar, la mayor parte de las veces, fatales. De mandíbulas insólitas y hábitos que frotan el terreno de lo prodigioso, no ataca solo sino en cardúmenes y, como el tiburón, se deja enloquecer por la sangre hasta el absurdo. Es fama que si se toma un perro herido, se le ata por la cola y se le hunde en un pozo de caribes, bastan quince segundos para halar el mecate y descubrir en el cabo una armazón de huesos pulidos y blancos como palitos de yeso. Sin embargo, en ocasiones, arreos de reses pueden atravesar una corriente infestada y ganar la otra orilla, mondas y lirondas como si estuvieran cruzando una sabana desierta.

Otra curiosidad del animalito es su distribución: en una misma región eligen o descartan ríos por razones que hasta el momento escapan a nuestra comprensión, y, en un mismo río, eligen zonas a escasos metros de otras que rechazan con terquedad. Este último era el caso del Timana.

Aquel sábado de enero, la macilenta y escasa patrulla que solía incursionar monte adentro a cazar iguanas, había tenido un día duro. Después de atravesar sabanas peladas y calientes y deslizarnos por hondonadas húmedas con fondo de barro color de melaza vieja, por donde corrían los caños en invierno, habíamos salido a un pozo lento, de barrancones elevados, tupido de cimbrapotros y oscurecido por las ceibas, con caudal suficiente como para ser el Timana, ¿pero era el Timana o un brazo que no conocíamos?

Aquel día éramos siete: ninguno pasaba de los quince, ninguno quería aceptar que no teníamos la más remota idea del sitio donde estábamos. Nos agarramos a las ramas de los cimbrapotros y a los troncos de las ceibas para asomarnos al pozo que nos había sitiado y que, transfigurado por las copas, parecía un espejo de carbón sin fondo, tres metros más abajo. Estábamos paralizados por el cansancio y el recelo del río, pero después de diez horas de caminata solar, la silueta del paraíso cobraba la forma de una zambullida infinita, de un olvido sin regreso en aquellas corrientes desconocida... Sólo que alguien tenía que ser el primero... Entonces, como si se tratara de una troupe de bailarines en una coreografía largamente ensayada, nos volteamos todos al mismo tiempo (y exhibiendo la misma expresión de babiecas sin sesos), hacia Esteban.

No. Cierto que Esteban era el mayor, pero ni siquiera este argumento, de tanto peso en aquella edad, podía justificar que lo empujáramos con alevosía hacia lo que tenía todas las características de resultar una clara (y absurda) inmolación en aras del grupo.

Conocíamos las historias. Cazadores expertos que veían desaparecer sus presas de súbito, disueltas en locos borbollones de sangre; curiosos al paso que habían perdido su masculinidad de un tajo, por bañarse desnudos en quebradas que a primera vista parecían transparentes e inofensivas.

Y ninguna era exagerada.

De pronto, me dejé envolver por el recuerdo de Alida. La vi con el vestido que la tarde del viernes había lucido para recibir a Bermúdez: fondo en blanco puro, chiffon transparente con flores que brotaban de tallos azules, cintas de colores que la transformaban en una visión de cuento encuadrado. Recuerdo que me había parecido demasiado joven para Bermúdez y pensé que lo leal de su parte sería esperarme, en lugar de hacerse la pendeja con aquel tipo, viejo en comparación, y que además ya echaba barriga.

El mero recuerdo le bastó al corazón para meterse en esa orgía de saltos y resaltos que produce la mezcla agria e incomprensible del amor y del odio. ¿Qué podía hacer? ¿Escaparme del pueblo sin dejar rastro y regresar después de años a estamparles besos de padrino a los hijos de ella y de Bermúdez? Prefería el pozo. Si los caribes me capaban ya no podría casarme con nadie. No podría casarme con ella, con Alida, pero tampoco con nadie. ¡Sería el gran escarmiento para ella! Y si por casualidad salía airoso de la prueba, aquello no podría significar otra cosa: Alida dejaría a Bermúdez, volvería a mí para siempre.

Me vi capado, caminando hacia ella con un cofre en la mano, dentro del cual —sólo yo sabía— reposaban mi pene y mis testículos cercenados, entre algodones, mientras ella me esperaba sonriendo, sin sospechar nada, recostada sobre un almohadón de pelusa de tambor. Me vi muerto, saliéndole por la noche con guitarras y mariachis. Me vi en el limbo, aguardándola hasta la eternidad en un desespero con esperanza.

Hace mucho tiempo que dejé de sorprenderme de las cabronadas insólitas a las que me he prestado en ocasiones. Al principio (durante la secundaria, por ejemplo) llegaron a preocuparme más de lo podría considerarse conveniente e, incluso, francamente a molestarme. A menudo deseé haber sido diferente. Miraba con envidia a la gente «normal» que parecía no sufrir ningún traspiés en nada de lo que emprendían: se deslizaban por la vida como un expreso japonés sobre un monorriel trazado desde la infancia, al que nada lograba perturbar. Pero mi envidia era un sentimiento curioso: lleno de orgullo, deseaba imitarlos, o más bien ser como ellos de una manera «natural», si es que esto tiene algún sentido. Más tarde, como se podría esperar, empecé a considerar lo inalterable y típico como sinónimo de anodino y pendejo, mientras los desastres que me ocurrían, o que yo propiciaba que me

ocurrieran, pasaron a ser «la verdadera naturaleza del paisaje»; estaban allí, los apreciaba porque eran míos. Podía intentar incluso comprenderlos, pero ya no deseaba cambiarlos.

—¡Para luego es tarde! —recuerdo que grité, casi en falsete, parándome en el centro del grupo—. ¡Yo me zumbo!

Los que desbrozaban el terreno dejaron el trabajo y se voltearon a contemplarme con una mirada de estupor y misericordia, como si un sortilegio me hubiese transformado súbitamente en cadáver. Un silencio de cripta me embalsamó mientras me desnudaba, dejaba a un lado los zapatos embarrialados y rotos y me acercaba al borde de la barranca. Aquello parecía la paz que antecedió al inicio del tiempo... y de pronto todo el grupo se desmadró a gritar y a gesticular como si hubiese llegado el fin del mundo. Todos, sin embargo, parecían infinitamente más alarmados por la posibilidad de que yo emergiera del agua transformado en eunuco que por el hecho más probable de que muriera despedazado en la orgía homicida de los caribes.

—¡No me agarren! —chillé, sobreactuando, dándome cuenta de que algunos ya se acercaban con sigilo y me rodeaban.

Ni siquiera medí la distancia. Me volteé a medias en la punta del saliente y clavé mi cuerpo tres metros más abajo en medio del terror y el éxtasis del salto, y con una vaga conciencia de que algo me había quemado el vientre en la maniobra. El pozo, desde arriba, me había parecido más un charco espejeante de café cerrero que un río, y recuerdo el frío de cuchillo que, en el último instante, me había erizado y me había puesto a temblar por segundos. Pero al tocar el agua atravesé el espejo. Un bloque de éter sólido me sostuvo: con un descenso rampante que me pareció sin límite me sentí caer al limbo, a zonas sin luz ni sonido al final de las cuales me aguardaba la dicha.

Tres imágenes retengo de aquella impostura: la babosa sensación del fondo, donde mi cabeza, por fortuna, remató (hojas, barro, limo acolchado); las salvas de aplausos y gritos de triunfo con que el grupo me aclamó cuando, varios segundos más tarde, salí a flote en los bancos terrosos de la orilla opuesta; y, claro, el fantasma rutilante y velado de Alida que ondeaba la mano en saludo y me lanzaba besos volados desde el pie de la ceiba.

Me llevé la mano a la entrepierna con ansiedad, con certidumbre, con vacilación; lo toqué y suspiré aliviado. Era un perro anciano e inmortal que acezaba junto a un lago venenoso. Cerré los ojos para reponerme mientras me reclinaba sobre los retazos de hierba rala que crecían al lado del agua. Entonces me ahogó una sensación vaga de metamorfosis: la ceremonia me había investido, quizás para siempre, de algo que en

aquel momento me resultaba imposible comprender del todo, pero que llegaba hasta a mí, y me llamaba desde adentro, por primera vez, con la voz de Alida, de Antonieta, de todas las muchachas que había soñado en el pasado, con la voz resplandeciente y oscura al mismo tiempo con que el amor y el sexo me nombrarían desde entonces.

4

El segundo incidente de aquella semana prodigiosa, al que he llamado «de la venganza», ocurrió con motivo del viaje a Caracas, un día después de la ceremonia del río y la emasculación fallida, e involucró a la contrafigura de aquella pequeña gran tragedia que mi infancia quería imaginar a toda costa: Bermúdez.

Cuando pienso en el Bermúdez posterior, a quien la familia tuviera tanto que agradecer, sobre todo en aquel febrero de 1958, en los días que siguieron al derrumbe de la dictadura, y lo coloco al lado de aquel otro monstruo intruso, que mi odio imaginaba emergiendo de algún recodo del infierno para arrebatarme la sonrisa de Alida, me avergüenzo. He dicho que el compromiso de mi prima favorita me provocó unos deseos irrefrenables de «matar y de morir»; pues bien, el blanco de aquellos delirios homicidas que mi odio fantaseaba no era otro que aquel individuo transparente y bondadoso hasta límites absurdos, que permanecía ajeno a mis propósitos, y a quien yo, en la ceguera que proporcionan la ira y los celos, ya había encasillado en la categoría de «gran ladilla negra y babosa», supremo galón al que podían aspirar mis adversarios de entonces.

Desde que descubrí que el insomnio me podía proporcionar muchas horas de silencio y de reflexión para urdir con paciencia el crimen perfecto, me entregué a él. Pronto me percaté de que si bien en el limbo ideal del ensueño las posibilidades eran innumerables, por no decir infinitas, la vida de todos los días estaba erizada de obstáculos tan grandes que, si ya resultaban enormes para cualquier adulto, contemplados desde la perspectiva de un asesino infantil y sin experiencia, se volverían francamente insalvables. Esto alcanzó para abatirme el ánimo, pero no para rendirme. Por el contrario, la sospecha de la frustración parecía más bien atizar mi imaginación: pócimas perfectas e irreconocibles, brujerías, falsos accidentes que no daban lugar a la sospecha, todo lo concebía en mi fiebre... incluso el asesinato por telepatía, mejor dicho, por telequinesia.

Esta fue, justamente, la alternativa cuya práctica terminé abrazando... hasta la fecha

del fatídico viaje.

Recuerdo muy bien aquella mañana, no sólo por la experiencia que viví horas más tarde —y cuya siniestra médula es la que deseo relatar— sino también por la ansiedad del viaje largamente esperado y la inminente visión de la ciudad presentida y remota donde, poco tiempo después, aunque entonces lo ignorara, acabaría instalándome por el resto de mi vida.

Del trayecto que iniciamos tan pronto Bermúdez, sentado frente al volante, cerró la puerta del Studebaker con mamá, tía y yo adentro, apenas conocía una primera sección: recta, llana, previsible. Estimé, ignoro la razón, que el resto podía ser similar: nada más alejado de aquella culebra ovillada que apenas flanqueado el enorme lago espejeante que constituía el límite, se arrastraba lenta hasta los dos mil metros para descender luego, planeando en ángulo forzado sobre el valle. Las imágenes que el breviario de la Sociedad Protemplo atribuía al infierno fraguaron las pesadillas que me asaltaron por lo que restaba de viaje.

Recuerdo las copas flameantes de los bucares girando tras la ventanilla como en el ojo de un trompo, el agua con esencia de malaguetas que mamá me hacía oler para aliviar el mareo y, en especial (el pequeño degenerado en antifaz que fui aplaude con fruición)... las paradas intempestivas que obligué a practicar a un azorado Bermúdez para desocupar mi estómago: café, arepas, queso, y, al final, el sabor excrementoso y astringente de la bilis. Para entonces la lluvia que nos había estado acompañando desde el momento en que salimos había arreciado tanto que por trechos resultaba imposible distinguir los linderos de la carretera y sortear la embestida de los carros que, debido a la estrechez de la vía, se veían obligados a morder la izquierda para esquivar los troncos caídos, los peñascos desprendidos y la vasta mierda que la corriente, agargantada en las cunetas, arrastraban en alud.

Tal como temíamos (tal como el mavitoso de Bermúdez había pronosticado sin sospechar aún con cuánta mala leche), la noche nos cayó, en el ápice del laberinto para empeorar el paisaje: gruesos vahos de neblina sucia se escurrieron entre los picachos y la bruma se sumó al agua para borrar el almohadillado del suelo. Bermúdez podía tener arrebatos de pendejo, pero no de loco: había manejado con una precaución tan exagerada durante el trayecto que por momentos uno experimentaba la sensación de que nos deteníamos por completo. A pesar de esto (o quizás por esto: sólo los artilugios de la venganza lo saben), mis náuseas no terminaron. Un poco más adelante del repecho escandaloso que los camioneros conocían como «el voladero de Guayas», me asaltó el cólico más espeluznante que había sufrido hasta aquel momento, y Bermúdez se vio obligado, entre mis boqueos delirantes, a pisar los frenos una vez más para permitir que mis vísceras se desahogaran en lo que

constituiría para nosotros (mamá, tía, yo) la última interrupción de aquel viaje, y para él, Bermúdez, la más aciaga de su vida.

El parte médico despachado por los especialistas, que sería reproducido junto a unas espantosas fotografías de las víctimas en las páginas amarillas de la mañana siguiente, fue escueto pero preciso. El texto periodístico, por el contrario, describía morosamente las heridas y abundaba en minucias narrativas sobre las circunstancias. El chofer del camión, a quien ninguno de ellos alcanzó a ver hasta el último momento, maniobró en el lapso adecuado para esquivar el choque con nuestro carro, estacionando a medias en un rincón enmontado del borde y a medias en la carretera, pero no para evitar la cornada contra Bermúdez, quien en ese momento bajaba por el costado izquierdo, el más expuesto, a presenciar la pequeña acrobacia que mis vísceras, escoltadas por mamá y tía, escenificaban entre los mogotes y los bejucos del lado derecho.

Es un lugar común, pero debo repetirlo: todo ocurrió en fracciones de segundo. Bermúdez es embostado contra la defensa de concreto que flaquea el sitio en el cual la cuneta ahonda para abrirse al desagüe. El camión cruza la vía por completo hacia el extremo opuesto, embiste y desclava la defensa del puente y termina por encunetarse en la zanja donde es detenido por el talud. Mamá y tía gritan pidiendo auxilio después de un momento de consternación y yo... permanezco entre las chamizas mojadas, lelo, mirando entre minúsculos planetas acuáticos que orbitan el aire, al cuerpo descoyuntado de Bermúdez pendular como una muñeca de trapo, sin trapo.

La noticia, que pude leer al día siguiente, acurrucado en el extremo del corredor de las Durán, aún perplejo por las desgracias incontroladas que mi «concentración silenciosa» podía desatar, era insistente en la evidencia de que las consecuencias que el accidente había arrojado rebasaban con creces las circunstancias que lo describían.

El camión, por ejemplo, se desplazaba a una velocidad ridículamente baja, el declive era pequeño y el barranco por donde desbordó apenas podía llamarse zanja. Sin embargo, la carga desbalanceada, sin seguridad y excesiva, había perforado el techo del transporte y «aplastado al conductor contra la caña del volante», separándole de un tajo la cabeza.

En lo que a Bermúdez se refiere, para todos resultó un misterio cómo pudo ir a golpearse contra la baranda del puente sin ser aventado sobre el capó del carro, y habiendo sido, como en efecto fue, alcanzado por el camión cuando cerraba la puerta izquierda del Studebaker.

Ya desde aquel momento, ovillado en el corredor con el periódico temblándome entre

las manos, llegué a descalificar el papel cumplido por el camión a favor de algo que habría chutado sin misericordia al tripudo cuerpo de Bermúdez contra el saliente, provocándole las heridas que tan desgraciadas consecuencias la acarrearían: él habría advertido la proximidad de la amenaza, esquivado el golpe y arribado a la zona de seguridad frente al parafango delantero y... cuando ya comenzaba a celebrar la finta, algo habría rematado la secuencia, despaturrándolo contra el puente, mientras la gandola se deslizaba en su maniobra hacia el talud sin rozar siquiera el parafango, como lo testimoniara más tarde la averiguación de tránsito.

No agregaré nada a esto. Sólo quiero terminar confesando el sueño que aquella noche soñó mi culpa.

Alida está sentada en una majestuosa silla al fondo de un salón enorme, vacío, de bóveda elevada como un gimnasio. A uno y otro lado, una doble hilera de contraventanas cerradas, fuertemente aseguradas con aldabas, impide la luz. Yo contemplo el salón desde el centro, me percato de las ventanas clausuradas y me pregunto de dónde proviene el resplandor (esa claridad porosa y blanca de los sueños). Me doy cuenta de las arañas de cristal que pendulan en lo alto del techo raso enmaderado y que atraviesan su longitud hasta el extremo. Es entonces cuando percibo la silla al fondo y a Alida sentada en ella. El corazón se me desboca y la saludo, dudoso. Alida no me contesta. «Está demasiado ocupada haciéndose la reina», pienso, y por primera vez noto que la silla no es una silla corriente sino un trono.

La imagen siguiente me encuentra aproximándome a Alida. Pero no camino: llevo los pies firmes, como atados, y sin embargo el trecho que me separa de ella se reduce paulatinamente: como un maniquí deslizándose en una plataforma sobre el suelo pulido. No me pregunto quién me está empujando, acepto el hecho. Ahora puedo distinguir con mayor nitidez: en el regazo de Alida, en lugar del cetro o del estuche — al comienzo me había parecido una cosa y la otra— hay un pequeño cuerpo acurrucado. ¿Quién es? Escucho una guitarra que rasga el aire al otro lado de las paredes y comienzo a experimentar miedo y placer a la vez.

Me aproximo (o algo me aproxima) más a la escena: reconozco, asombrado, mis ojos, mi nariz, mi pelo, en el niño que, sin mirarme, succiona el pezón descubierto de Alida que lo amamanta con los ojos entrecerrados. Acepto la extraña evidencia de ser, a un tiempo, el que observa y el que chupa. Pero... ¿por qué Alida no se ha dado cuenta de nada? Si al menos abriera los ojos... En efecto, ahora me hallo sentado en el regazo de Alida y he reasumido el tamaño debido. Pero no estamos en el trono. Nos balanceamos en un columpio del parque, entre los almendrones. Reconozco a la abuela Julia: sentada en una mecedora de paleta, teje un ancho velo negro. Me sorprende verla allí, puesto que está muerta desde hace tres años. Pero no siento temor

sino la natural extrañeza de quien se encuentra en la calle a un amigo a quien hacía de viaje. Al lado de abuela Julia, vestido de negro, Bermúdez. Comienza a ventear y, sin saber por qué, en el sueño, me acuerdo del papagayo que perdí meses atrás y lloro.

Ahora abuela Julia teje un papagayo amarillo. Alida me consuela y me besa. Bienestar. Me siento sin peso y con luz por dentro. «No tengas miedo... no te va a hacer nada si te quedas conmigo», susurra. Se refiere a Bermúdez. Entiendo. Y veo por qué: Bermúdez se ha levantado y viene hacia nosotros... con un cuchillo en la mano, envuelto en negro de la cabeza a los pies. No parece un médico sino un sacerdote, pienso. Vamos a tener que volar, le digo telepáticamente a Alida, que me sonrío y me pica el ojo.

De un salto, pero más flotando que volando, caemos en un carro de mulas. Es Mitiliano Palma, el de la bloquera, quien lleva las riendas. Reconozco el sombrero y la mula, pero la parte trasera no está acondicionada para transportar bloques de greda sino pasajeros. Allí descendemos, Bermúdez nos persigue a caballo, girando un lazo gritándole a Alida que la ama. No lo oigo con claridad, pero sé perfectamente que es eso lo que dice.

Ahora estoy sentado en el piso del carro de mulas y Alida me mira desde arriba, de pie, diciéndole adiós a Bermúdez mientras sonrío. Volteo hacia atrás: descubro, con horror, que ya Bermúdez no nos persigue. Mitiliano Palma gira la cabeza y la mitad del cuerpo, sin soltar las riendas: ya no es Mitiliano Palma sino Bermúdez, vendado, sangrante, quien conduce. Desisto de saltar a la calle porque, cuando me asomo, es tempestad y nubes negruzcas lo que veo. Ventea duro. Alida ha desaparecido y Bermúdez lleva el carro de mulas, el cuchillo en una mano, las riendas en la otra: no sé hacia dónde vamos y me provoca llorar o lloro porque sé hacia dónde vamos.

Capítulo VII: Comienzos de 1958

1

LO PRIMERO que Maruja pudo entrever al salir del sueño causado por la anestesia fue el grueso rostro de la enfermera que se inclinaba sobre ella. La mujer, que le había suscitado una antipatía visceral cuando la recibiera a la puerta del consultorio unas horas antes, llevaba un uniforme esmeradamente planchado y de un color blanco cal que hería con los reflejos de la luz lechosa del «quirófano». Era amarillenta, rolliza y se notaba que estaba esforzándose por ganar su simpatía. Ella, sin embargo, no se hallaba en el ánimo de emprender nuevas amistades, ocupada como estaba en arreglárselas para superar aquel incómodo aturdimiento para el que no se sentía preparada. Con esfuerzo, podía oír a medias las voces que provenían de la habitación vecina, ¿o se trataba, quizás, del pasillo del fondo o de la recepción?

Era la primera vez que acudía a aquella clínica de segunda sobre la cual, sin embargo, Bermúdez le había dado a la familia garantías suficientes como para vencer los prejuicios que habían transformado la discusión sobre el aborto en esa delirante pesadilla que los empleara de manera tan siniestra durante la última semana.

¿Cuál de ellos había sufrido más en aquella tortura? Tal vez la madre, quien desde el diagnóstico del embarazo no había hecho otra cosa que enclaustrarse a entristecer, abrumada por una culpa tenaz que no tuvo que esperar la comisión del hecho para desmenuzarse las entrañas con su peso. Se sentía al borde de las candelas eternas. Alucinaba con demonios flamígeros que venían por ella, y la saludaban a distancia, sonriendo mientras cabalgaban en carrozas tiradas por gárgolas, aromatizadas en azufre, que descendían sobre pendientes de lava.

A pesar de la resonancia apocalíptica, éstas habían sido las palabras que ella, la madre, empleara para revelárselo al coronel, y ella lo sabía no porque alguno de los dos se lo hubiese confiado en un arrebatado de confianza, sino gracias a su recién adquirida habilidad para deslizarse en silencio, casi flotando sobre el piso, a lo largo de habitaciones y pasillos, para escuchar aquellos susurros ajenos que se las ingeniaban para musitar su desgracia con nombres cada vez más oscuros.

Sin embargo, rezos y expiaciones, vía crucis y promesas, resultaron insuficientes para revelarles a la madre el recurso providencial que aunque liberara a su hija de aquel engendro tenebroso que le crecía dentro, no la sustrajera a ella de la senda de piedad que la religión de sus padres le determinara desde la infancia.

Una noche, la asfixia del sufrimiento se le volvió tan insoportable que despertó en la

alta madrugada creyéndose en el trance de franquear a solas los pórticos del infierno, mientras clamaba a gritos por monseñor Arocha, el cura español de cuyas manos había recibido la primera comunión, tocada con diadema alba, en los altares del pueblo, treinta años antes. Alarmado, el coronel se precipitó a Turina al amanecer para regresar con el sacerdote a cuestras (quien a todas éstas, quizás por la avanzada edad, quizás por lo inopinado de las circunstancias en las que se había visto obligado a participar, no parecía tener la más remota idea de la escena que estaba presenciando), antes de la caída de la noche e instalarlo en compañía de quesos, bollos y vinos en la habitación de huéspedes que remataba el ala sur de la casa.

Nadie alcanzaría a conocer nunca los términos precisos de la conversación terapéutica que bajo secreto de confesión la madre sostuviera con el anciano sacerdote a la mañana siguiente. Lo cierto, no obstante, es que mientras de aquel encuentro doña Hortensia pareció rebotar aún más inquieta que antes y cargada con las dudas de siempre, el coronel se revistió con una renovada voluntad que, aunque súbita, todos habían estado aguardando desde el comienzo (los Paredes, los Landáez, Bermúdez e, incluso, la cofradía —con excepción de Alberto, claro está, a quien habían decidido mantener en una piadosa ignorancia). De manera que por una parte finiquitó la reinstalación del religioso en su parroquia y por la otra se impuso a sí mismo la decisión de cerrar el caso cuanto antes y por los medios que fuese, con prescindencia declarada del rubor o la legalidad.

Bloqueados los sentimientos de pecado (a propósito de esto Carmen Luisa notaría —y anotaría— que tanto doña Hortensia como doña Consuelo se abstendrían de mencionar las objeciones de conciencia a partir de la determinación del coronel) y controlado a niveles tolerables el temor que la circunstancia quirúrgica suscitaba, ninguna emoción pareció entorpecer en los días siguientes la puesta en marcha de lo planeado.

El coronel parlamentó con el Dr. Bermúdez —quien se había mantenido al margen de la controversia ética y religiosa— y éste, luego de sopesar con cuidado las alternativas, optó por la recatada clínica del doctor Bronchard.

Gineco–obstetra, Bronchard era portador de un pasaporte que lo señalaba como portorriqueño, pero circulaban rumores de que igual podía exhibir dos o tres documentos que lo acreditaban, asimismo, como ciudadano de otros tantos países. Había actuado como médico asimilado en el ejército norteamericano que combatiera en Corea a comienzos de la década, lo que, según él, explicaba su mundanidad y su cosmopolitismo. Sincero para lo que le convenía, jamás ocultó que una de sus principales misiones en el Pacífico consistió en librar a las campesinas orientales de preñeces indeseadas, productos de las violaciones o las seducciones o los

enamoramientos no correspondidos que la desolada tropa yanqui esparciera entre ellas en sus ratos de solaz.

Finalizada la refriega, Bronchard creyó llegada la hora de establecerse en el trópico para ejercer, ahora en el abanico del Caribe, las útiles y siempre buscadas habilidades que con tanto arte había desarrollado en el este lejano. Por qué no sentó sus reales en San Juan o en Ponce o en cualquier otro rincón de Puerto Rico, y por qué, en todo caso, eligió a Caracas entre todas las otras opciones que se le presentaban en tierras tibias, es algo que nadie le preguntó nunca. Tal vez porque temían la repuesta (se habló de procesos en la isla), tal vez porque la conocían (se mencionó la lenidad de nuestras leyes, las más bien laxas costumbres caribeñas), tal vez, en fin, porque quienes lo trataban, en especial aquellos que iban en procura de sus servicios, preferían jugar con la primera de las cartas que constituían su lema promocional: discreción, pulcritud, experiencia. Un eficaz leitmotiv que caló como ninguno en su vasta audiencia hasta el punto de colocarlo a la vuelta de pocos años en la cúspide del renombre, a la cabeza de la escala de honorarios en su oficio y a la sombra protectora de todos los gerentes del poder político, desde los días de la dictadura hasta la trágica fecha, muchos años después, en que se aventurara con su avioneta en busca de las fuentes del Orinoco, para no regresar jamás.

También en Bermúdez hizo mella el eslogan promocional de Bronchard. Aquél mencionó al coronel la alternativa, y una corta entrevista, en la que el médico isleño hizo gala de su proverbial simpatía, bastó para persuadirlos de que la escogencia era adecuada.

Maruja arqueó la espalda sobre la cama para aliviar el escozor que le producía el contacto con la superficie acolchada y viró ligeramente el cuerpo para apoyarse sobre el costado izquierdo. No había visto al médico desde el comienzo de la intervención, pero las instrucciones que la enfermera le comunicara eran terminantes: no levantarse, mantenerse en reposo, aguardar hasta nueva orden. En cualquier emergencia, sólo tenía que pulsar el timbre que colgaba de la pared, a su derecha, para ser atendida. Ahora se sentía mareada y con una ligerísima sensación de náuseas. Pero era preferible soportar, esperar que se aliviara, a tener que someterse de nuevo a la enfermera. Resultaba casi prodigiosa la manera como ahora disfrutaba de la soledad. Apenas si aceptaba a Carmen Luisa, quien estuvo siempre a la mano cuando la había necesitado. Su compañía no le pesaba porque nunca le había demostrado conmiseración ni pedido explicaciones ni impuesto consejos ni exigido confesiones con la simple mirada, como ocurría con otros. Se había limitado a acompañarla en silencio, a escucharla cuando quería ser oída (ahora le provocaba charlar de tópicos

sobre los cuales nunca antes hablara) y a conceder sus opiniones cuando ella, venciendo las reservas y los temores, pero aún apretando los puños, las solicitaba.

No por capricho la habían apodado La Sigmuncita, se dijo, y esbozó una mueca de sonrisa contra la almohada. Más aún, era evidente que se sentía mejor con La Sigmuncita, en la intimidad de su dormitorio, que en el gabinete de Monsalve, el psiquiatra, por más que fuese la propia Carmen Luisa quien, curiosamente, sirviera esta vez de puente entre la familia y el gremio. Y había sido también su amiga la primera en saber sobre su retardo menstrual y sobre su espanto ante la posibilidad de que un monstruo contra natura estuviese germinando en ella.

¿Cómo había sido capaz de sobreponerse al terror y acceder a la probabilidad del engendro, hasta el punto de confiarle a la familia su sospecha? Y, sobre todo, ¿en qué momento y en virtud de cuál credo desconocido había tornado la determinación de que era preferible morir antes que ceder vida a una vida marcada desde su origen por el anatema de la repulsión?

Lo ignoraba.

Es verdad que su padre también se había inclinado por la interrupción del embarazo, incluso desde el comienzo, aunque se requiriese de la crisis suscitada por la visita de monseñor Arocha, para que se arriesgara a aceptarlo. Pero en él esta actitud enraizaba en la decisión de no tolerar otra afrenta a un enemigo que, aunque todavía sin rostro, ya contaba con la condena, personal y sin apelación, a la pena extrema. Mientras que en ella lo que actuaba era su decisión de defender esa pequeña sección de sí misma que todavía seguía experimentando como propia: el cuerpo, su parcela íntima e intocada. Si accedía a transigir en aquellas circunstancias, a subastar sus entrañas, ya nada le quedaría por defender.

Cambió de posición. Aquella camilla le parecía dura, pero ya le habían dicho que el procedimiento sería ambulatorio, de modo que en cualquier momento podría irse. Deseaba abandonar cuanto antes aquel claustro infamante, aunque sus miembros parecían infectados por la laxitud o clavados al plano de la colchoneta. Ya había pasado todo. O quizás no todo, pero sí aquello. En sentido lato, la habían desembarazado... de la maldición. Y, sin embargo, no se sentía distinta en lo fundamental. Ni siquiera aliviada. Sospechaba, por el contrario, que de alguna manera que aún no podía precisar sobrevendrían culpa y bochorno en el futuro, quizás hasta horror.

Dos hombres, en quienes creyó recordar al médico y al anestesista, irrumpieron en la habitación. Bronchard, tras bromear con ella intentando hacerse el simpático, la invitó a incorporarse y a bajarse de la camilla. La enfermera la ayudó, tomándola por la espalda. ¿Se sentía bien, mi reina? ¿Se había repuesto ya? Entonces la reina dio tres pasos hacia la pared y, antes de que pudiera responder, se fue en un espeso vómito sobre el centro mismo de la habitación, alcanzando al anestesista y al propio Bronchard, quienes, sorprendidos por la inesperada náusea, fueron incapaces de reaccionar a tiempo.

2

Estaban sentados en la sala. A Marisela ya se le notaba la barriga. El vientre le abultaba de manera casi exagerada y para estar cómoda en el sofá debía proyectar la cadera hacia delante, el tronco hacia atrás y descansar la parte superior de la columna sobre el espaldar del mueble. Había disfrutado, sin embargo, de un embarazo sin tropiezos, y ahora lucía radiante con su bata materna de algodón rosa, y el cintillo carmesí que le sostenía el cabello hacia atrás y le despejaba el rostro. La presencia de Perucho resultaba, si se quiere, inusual, dada la circunstancia de que se encontraban a mitad de semana y de que no mediaba ninguna celebración.

Gracias a la afición de Landáez por el bolero, el guitarrista se había constituido en una figura conocida en la casa, al punto de que, en el último año, no hubo convite o jolgorio al que no fuera invitado por el viceministro, apertrechado siempre con su instrumento «para deleitar a su público con los melódicos e imperecederos aires del Caribe», como invariablemente declaraba Landáez, advirtiéndole que no hacía más que citar al maestro Agustín Lara, sin duda alguna un poeta de la estatura de Neruo y de Darío, cada vez que lo presentaba ante los habituales de la calle La Pica. Pero fuera del paisaje festivo, de los tragos y de la música, su presencia resultaba tan equívoca y desplazada que Marisela, al verlo más allá del enrejado, no atinó a reconocerlo y le hubiera cerrado la puerta en las narices de no ser por el grito con que el guitarrista, a falta de mejor salvoconducto, alcanzara a hacer mención del nombre de Landáez. Nada: un amigo músico de Prado de María que lo citara y lo dejara esperando, entonces se había preguntado por ellas, por Marisela y por Eudora, que eran casi del vecindario, y allá lo tenían. ¿Lo ayudarían con una tacita de café mientras alcanzaba la línea Cementerio–Centro o lo dejarían allí, sirviéndole de pie de amigo a la verja?

Eudora, que había abandonado sus tareas culinarias con el sonido del timbre y ahora

asomaba su cabeza por detrás de la hija, se rió y lo regañó, al tiempo que lo halaba cariñosamente por la oreja, ¿desde cuándo necesitaba Ud. dar explicaciones para visitar aquella casa?, le dijera. Perucho besó a las dos mujeres y bromeó con el inmenso vientre de Marisela, dos morochos macizos venían por allí, dos pesos completos apersogados. No, por favor, morochos con ella no. Uno bastaba. Además ya la abuela había hecho las pruebas de la aguja y de la mano y no había dudas: sería hembra... aunque en aquella casa hiciera falta un hombre. Perucho se percató de la alusión a Landáez, quien quizás por los tumbos que venía dando el mando, habría reducido sus visitas a La Pica, pero se aconsejó ignorarlo: con el temple de las mujeres de aquella casa, hombres sobraban, comentó, ¡y la belleza que tendría si heredaba a la madre y a la abuela! ¡Pedigrí del más alto! Eudora se había inflado con el elogio y por un momento Perucho temió que comenzara con la enumeración de los mestizajes que constituían su estirpe (indios kariñas de la meseta de Guanipa, ingleses que accedieran por la punta de playa de Trinidad, italianos trashumantes, mulatos de las afueras de Barlovento) y que determinaran aquel matiz de tamarindo bruñido en oro que exhibía la piel de la hija.

Por fortuna, alguna melcocha empezaba a burbujear en la cocina y Eudora, claro, debía supervisar para impedir el desastre, si te quedabas algo ibas a conocer el paraíso, guitarrista, nada menos que su majarete en exclusiva, ¿apostabas? Perucho y Marisela se vieron y coincidieron en el mismo gesto de impotencia, qué se hacía. El Guitarrista había pensado que la bebé llevaría el nombre de la madre, pero no, ¿sabías tú que ella detestaba su propio nombre? Muy lejos. Se llamaría Isabella, con «ll» al final. ¿Isabella? Se le había quedado en la memoria a partir de un relato veneciano del argentino, de Juan, el amigo de Francisco, que había viajado a Italia en su juventud.

Isabella.

La palabra se quedó con ella y durante la noche se le escurrió dentro de un sueño: ella se hallaba enclaustrada en un calabozo infame, en las afueras de un puerto que se asemejaba a La Guaira pero que no era La Guaria. Era una ciudad del Mediterráneo. De repente, por el pequeño ojo de buey del muro, se derrama un resplandor celeste. Ella se pone de pie, se asoma, y avista una balandra que navega entre el mar y las nubes y que se dirige hacia la prisión. A su proa, sentada en una especie de mascarón dorado con la imponencia de un trono, alguien, tal vez una reina, tal vez una virgen, le sonríe y gesticula, apuntando con el dedo hacia el letrero que bautiza la nave: «Isabella». Ella piensa. ¡Dios mío, estoy salvada! Y se despierta.

A Francisco, y también a Eudora, el sueño les pareció un buen presagio y consintieron en la elección. Magnífico, a él también le parecía un buen augurio, dijo Perucho, y en esas promesas había que creer, ¿no? A propósito, ¿cómo se encontraba nuestro

excelentísimo viceministro, el nunca bien ponderado don Francisco Landáez?, bromeó, ¿clueco con el bebé en camino? Un gran hombre, afectuoso, alegre, con un corazón generosísimo, así era Francisco, tú lo conocías, sabías de sus virtudes. Por desgracia, el trabajo y la política no le dejaban tregua: desde el alzamiento del 1º de enero aquel hombre no tenía vida, no dormía, no comía, se sostenía a fuerza de whisky y de café, parecía un zombi ¿No lo habías visto tú en el Taboga, acaso? ¿Ya no tocabas allí? Sí. Por supuesto. Guitarreaba allí todavía. Y Landáez se dejaba caer, a veces en la hora de almuerzo, otras por la noche, siempre acompañado por jefes de rango, también por don Juan. Pero ya no podía conversar con él como en otros tiempos; la relación, sin duda, era otra. Marisela se apresuró a tranquilizarlo: te lo había dicho, la marcha del país lo tenía nervioso, se volvía descuidado, él, que tan esmerado era con todos los detalles, incluido el trato con los amigos. Perucho movió la cabeza. No eran sólo las tensiones del trabajo y del país, se trataba de algo, si se podía decir así, más... personal ¿Personal? ¿Contra él?, preguntó Marisela: no lo podía creer. Quizás te ibas a reír, se trataba de algo indirectamente personal. Marisela, en efecto, soltó la risa, cómo era aquello. ¿Recordaba la celebración del embarazo, aquella fiesta en la que doña Eudora se puso tan... alegre y hubo tanta diversión y tantos regalos para ella? Lo recordaba, por supuesto. ¡Una reunión divertidísima que fue aquella! Excepto, precisamente, para mamá. Si no se equivoca, esa había sido la última vez que él, Perucho, visitara la casa. Así era: aquella había sido la última vez que él visitara la casa. ¿Recordaba ella cómo él había llegado acompañado por un amigo que conocía al viceministro?

—¿El Catire? —preguntó Marisela.

—Querrás decir El Colorado. El Colorado Febres —respondió Perucho.

—¿Qué loca soy? ¡El Colorado Febres, claro! ¿Qué hay con él?

¿Recordaba ella la atmósfera tensa que surgió enseguida, cuando se cumplió la presentación de El Colorado al grupo? ¿Recordaba, un poco más tarde, los dardos indirectos, las alusiones, las frases de doble sentido que se cruzaron el viceministro y El Colorado? Marisela conservaba un vago rastro de aquella sesión de esgrima, nada importante: ella había sido la homenajeadada ese día, pero también la anfitriona, de modo que entre el apoyo a las tareas de la cocina y el nerviosismo por el estado en que se puso mamá, poco tiempo y menos energía le había sobrado para interceptar aquellas sutilezas. Por otra parte Francisco nada le había comentado. Perucho sonrió: nuestro querido vice era un hombre muy discreto, con toda seguridad la política le había enseñado a ser cuidadoso. La verdad era que El Colorado Febres odiaba (para decírselo de manera que lo entendiera) no sólo a Landáez sino a la familia entera, especialmente al hijo varón, un tal Fernando.

La soga en la casa del ahorcado.

Marisela enrojeció, y por un momento se colocó a la defensiva. Siempre le ocurría lo mismo, y siempre, también, se reprochaba a sí misma la inocentada de no acostumbrarse a la circunstancia.

De pronto el rugido agudo de lo que parecía una escuadra de aviones de combate en vuelo rasante los sacó del silencio en el que se habían detenido. Eudora corrió desde la cocina hacia la calle, persignándose, con el rostro pálido y desencajado: el golpe del 1º de enero le había puesto los nervios a flor de piel, ¡Dios suyo!, hasta de insomnio sufría ahora, ella que nunca había tenido contratiempos con el sueño. Por añadidura, a los lejos, sobre la avenida principal, se divisaba una extensa columna de transportes militares que se arrastraba hacia el norte. De manera esporádica, aquí y allá, podía escucharse ráfagas y disparos de armas largas.

También a Marisela inquietaban aquellos amagos de confrontación: se contaba entre las personas a quienes la recurrencia de los falsos escarceos y los despliegues de ensayo, antes que habituarla, la exasperaba. A veces experimentaba la tentación de desear que aquel macabro interludio terminara de una vez por todas, aunque fuese con la victoria de los insurrectos. Pero enseguida meditaba, enmendaba, al tiempo que se acariciaba el abultado vientre a través de la bata, con suaves movimientos de rotación: aquello significaría una tragedia para Francisco, una debacle que las arrastraría a ellas también. ¿Qué sería de ella y del bebé y de todos? No quería ni imaginárselo.

Y luego aquel juego siniestro de los anónimos. Ofensas que provocaban náuseas y que habían logrado que la madre, una mujer tallada en algarrobo, como decía Landáez, llorara de vergüenza. Amenazas que voces sin nombre, siempre acusando al «harén cómplice del viceministro», proferían en esquelas, en murales, en llamadas de media madrugada.

—Ha amenazado, incluso —dijo Perucho.

La voz del guitarrista sobresaltó a Marisela, quien, sorprendida, no pudo comprender. Se sonrió, ¡qué cabeza tenía!, le pidió excusas.

—Quiero decir, El Colorado. Tiene amenazado a Landáez.

—¿A muerte? —chilló Marisela.

—Casi —respondió Perucho, guiñándole el ojo—. No, tranquila, es una broma —sonrió. Y añadió—: La verdad es que no sabía si decírtelo o no, pero... creo que es casi un deber.

Marisela lo miró.

—Bueno, vamos a ver, ¿de qué se trata?

—Es algo delicado. Te ruego que lo tomes con calma.

—¡Ahora sí! ¿Qué te pasa, Guitarrista, te metiste a torturador también? —reclamó Marisela, palmeándose la rodilla, le dijeras ya, piel de cocodrilo tenía ella, de hipopótamo.

Perucho encendió un cigarrillo.

—Amenazó al vice con cantarle todo a su esposa —dijo, por fin.

—¿Con contarle todo? ¿Qué es todo? —preguntó Marisela: el corazón le había dado un salto, se cubrió al abdomen con las dos manos.

—Lo de ustedes. Quiero decir lo tuyo y lo del bebé.

Marisela se puso de pie, pero sintió que las rodillas le cedían. Perucho se apresuró a ayudarla.

—No lo puedo creer —suspiró Marisela—. ¿Qué puede tener ese maldito contra mí y contra mi hijo?

—No es contra ti. Ya te lo dije, es contra Landáez y contra su familia. Quiere hacer estallar el escándalo, acabar con ellos.

—¿Y cómo se pudo enterar de... —comenzó a decir Marisela. Pero se detuvo y miró a Perucho.

Perucho asintió.

—Sí. Febres se enteró cuando yo lo traje aquel día de la fiesta —dijo, compungido—. Soy el culpable... Pero eso entendí que era mi deber decírtelo. Pero te juro: nunca imaginé que Landáez, por una parte, y el enemigo favorito de El Colorado, por la otra, resultaran la misma persona. De haberlo sabido, por la estima en que los tengo a todos ustedes, a ti, a doña Eudora, al propio vice, jamás lo hubiera traído.

—Pero de verdad, ¿Francisco lo sabe?

Perucho bajó la cabeza.

—Sí. Lo sabe. Febres lo llamó.

—¡Con razón ha estado tan tenso el pobre! ¡Como si no tuviera suficiente!

Perucho se sentía de lo peor. Marisela lo miró como si lo estuviera midiendo.

—¿Y por qué esperaste tanto para decírmelo?

—El Colorado no se me confió enseguida. Tal vez estaba madurando el plan o decidiéndose... qué sé yo —respondió Perucho—. Lo supe hace unos días. Luego él se fue de viaje al extranjero.

—¿Está en el extranjero en este momento?

—No. Regresó el martes, por eso estoy aquí.

Marisela estaba a punto de echarse a llorar. Por un momento detestó a Perucho y sintió el impulso de echarlo a la calle a empujones, después de insultarlo. Pero un segundo después, por fortuna, se contuvo: era cierto, El Guitarrista no tenía la culpa. Si estaba allí era porque deseaba ayudarla. Se levantó y se dio a caminar alrededor de la mesita del recibo mientras Perucho fumaba e intentaba mirar hacia otro lado.

Muy cerca, diríase a doscientos metros, sonó una ráfaga, luego gritos y disparos aislados. Más lejos aún, la escuadra de aviones y dos explosiones consecutivas.

Eudora, sin anunciarse, les trajo un par de cafés y un plato con galletas: ahora ibas a saber lo que era un tinto de primera, y si lo querías envenenado con ron no tenía más que gritar, invitó a El Guitarrista, y se alejó, mientras lo amenazaba con las penas del infierno si se iba sin probar su majarete.

Marisela siguió a la madre con la mirada hasta que ésta desapareció por la puerta del fondo: lo iba a saber, no habría manera de evitarlo, pero antes debía encontrar el momento oportuno y el modo adecuado para decírselo. Tomó una galleta al tiempo que le extendía el plato a Perucho.

—Me vas a perdonar la indiscreción, pero hay algo que me intriga en todo esto— le preguntó, sin mirarlo, ocupada en hundir, una y otra vez, con toda calma, la punta de la galleta en la taza de café— ...¿Cómo es que tú, una persona confiable y que se reclama digna de confianza, puede traicionar a un amigo? Porque imagino que Febres y tú son amigos, ¿o me equivoco?

El Guitarrista vaciló. ¿Fue una falsa apreciación de Marisela o había, en verdad,

cambiado de color?

—Hay dos razones —dijo, por fin—. Una de ellas ya tú la conoces: me sentí culpable por haber traído a Febres a la fiesta. De no venir conmigo, no se hubiera enterado y todo seguiría igual. Pensé que debía darte una satisfacción poniéndote en guardia. La otra es más sencilla: El Colorado y yo ya no somos amigos. Corté toda amistad con él desde hace algún tiempo.

A su pesar, El Guitarrista no pudo evitar la imagen del rostro transfigurado y descompuesto de Febres, aquella insólita noche de la ruptura: las balbuceantes incoherencias, su manía de volverse caballo, sus relinchos de loco. Borró la memoria con un trago de cerrero.

—Pero pareces muy enterado de sus movimientos —insistió Marisela.

—Conocidos comunes —respondió El Guitarrista—. Además, si uno rompe con un tipo como El Colorado, lo peor que puede hacer es ignorarlo.

Marisela había practicado un gesto hacia la puerta de la cocina, por donde Eudora asomara, y ahora guardaba silencio, mientras la madre terminaba de colocar otra ración de galletas sobre la mesa, ya el majarete se estaba reposando, caballero, calma tuviera.

—¡Quién lo ha visto! —dijo Marisela, pensando en el protocolar Febres que ella había conocido en la celebración del embarazo. E ironizó—. En mi vida hubiera imaginado que ese cortés caballero que me besó la mano tantas veces y desplegó tanta etiqueta, fuese una víbora de esa calaña. Nos embaucó a todos. Hasta a mamá, que tiene tanto olfato.

Perucho sonrió con resignación. Aquel era otro de los macabros talentos de Febres.

—Es una persona realmente extraña. Con virtudes, por supuesto. Excelente deportista, inteligente, hábil. Desgraciadamente arrastra muchos complejos. No soy quién para andar repartiendo recetas por ahí, pero creo que está en su punto para el psiquiatra — parecía más aliviado, hablaba como quien narra una lamentable historia, por suerte ya superada. Terminó el café y se secó el incipiente bigote con la servilleta—. En el fondo debo agradecerle lo que maduré en este tiempo. Por contraste, me ayudó a ver más claro cuál era realmente mi camino.

Marisela soltó la risa.

—¡Estas hablando como un iluminado! —bromeó. Pero cuéntame: ¿por qué se

pelearon?

—¿Cómo?

—El Colorado y tú: ¿por qué se pelearon? —repitió Marisela.

Perucho, de nuevo, cambió la expresión.

—No te molestes, pero preferiría no decírtelo. Tal vez algún día lo sepas.

—¡Ahora sí! ¡Misterios conmigo! ¡Sólo eso me faltaba! —fingió quejarse Marisela.

Había recobrado el ánimo. Por la puerta entreabierta y por la ventana soplaba la brisa de enero. El aire olía a azahar y a canela: jardín y postre, pensó. Se levantó hacia la vitrina y extrajo un frasco de «Perfecto Amor» y dos vasos minúsculos. El obstetra le había recomendado una copa diaria de alcohol. Podía ser de cualquier tipo: ginebra, vino, ron, whisky. Profesaba la teoría de que una pequeña ración diaria elevaba la inteligencia del feto.

—Como el majarete no llega vamos a calentarnos con un licorcito, ¿te parece? —animó a Perucho—. Enero, a esta hora, ya invita.

El «Perfecto Amor» no era lo que se dice el trago predilecto de El Guitarrista. Lo asociaba, sin saber por qué, con los maricones y los travestis que a veces circulaban por los clubes nocturnos donde le había tocado trabajar, pero aceptó.

—¿Y cuál es ese nuevo camino? —insistió Marisela.

—Este —dijo Perucho, por toda respuesta, y tamborileó con los dedos sobre la guitarra que, enfundada, reposaba sobre el sofá, a su lado.

Marisela batió palmas

—¿En serio? ¿Vas a decidirte a fondo?

—Ya lo hice —dijo Perucho, y echó el cuerpo hacia atrás para medir la reacción de Marisela—. Ahora quiero revelarte un secreto.

—¿Otro? ¡Mijito! ¡Todavía no me recupero del primer mazazo y ya quieres asestarme el otro! —protestó Marisela, a mitad de camino entre la broma y la petición de clemencia, le dejaras tomar aire, chico.

El Guitarrista soltó la carcajada

—Tranquila. Esta vez es un secreto positivo —dijo, mientras extraía el instrumento de su funda y arpegiaba al azar, tomándose su tiempo— ...Me inscribí en el conservatorio —y payaseó lanzando una bocana de aliento sobre las uñas para terminar puliéndolas sobre el género de una solapa imaginaria de un esmoquin imaginario.

—¿En el Conservatorio? ¡Qué maravilla, Guitarrista! ¡Esa sí que es una noticia!

La alegría de Marisela no era fingida. Diferencia salvadas, se sentía identificada con Perucho: también ella había postergado su carrera, abandonando al graduarse en la secundaria. Aunque no lamentaba lo del bebé, se había prometido que en un futuro más próximo que remoto, ingresaría a la universidad.

—¿Y cuáles son los proyectos?

—Bueno. El Taboga me va a dar contrato por un año, renovable. Eso me va a alcanzar para mantenerme y pagar el conservatorio —dijo, entusiasmado—. Quiero desarrollarme como concertista, y, si el talento y el tiempo alcanzan, hasta componer mis piezas. No creo que por mi vida anterior se me pueda canonizar, como dice la vieja, pero de ese jueguito pendejo de pandillero de segunda, no quiero saber más nada. Borrón, cuenta nueva y música a tiempo completo... Por cierto que en lo del Taboga me ayudó mucho la recomendación del vice.

—¿Francisco te recomendó? ¿No me dijiste que estaba enfriado contigo?

Perucho punteó en las cuerdas las notas iniciales de «Sabrás que te quiero»: conocía que Marisela andaba loca por Raúl Shaw Moreno.

—A pesar de eso me recomendó. El dueño le había pedido referencias mías. Me lo dijo el administrador —respondió, sin dejar de tocar— ...Le estoy agradecido de verdad.

—¡Ese es el Francisco Landáez que yo conozco! ¡Puro corazón! —exclamó Marisela, como si hablara para sí misma ¿no era divino el padre de su hijo? Le dijeras, Guitarrista, ¿no era divino aquel hombre?

Perucho estaba de acuerdo, por supuesto. Y para sellar el acuerdo, emprendió con furia un aire asturiano de Albéniz que había repasado de oído.

Marisela se puso de pie, taconeó unos segundos sobre el granito, la mano derecha alzada castañueleando sobre su cabeza, la izquierda cubriéndole el vientre, y de

súbito, soltando un grito de hinchazón, salió en carrera hacia la cocina, como tú no le querías confesar por qué habías roto tu amistad con El Colorado, ella hacia mutis, chao, chaíto tú, y desapareció por el pasillo del fondo, ¡Perucho en el conservatorio!, ¡era para morirse!, mamá tenía que oír aquella noticia.

3

Fernando se llevó el pañuelo a la boca para atenuar el acceso de tos que lo sorprendiera justo en medio de la alocución del padre Gonzalo y dio tres pasos hacia atrás a fin de que el cuerpo de Antonio, ubicado entre él y el grueso del cortejo, lo ocultara. Todavía arrastraba la misma gripe rebelde que los asaltara a mansalva la noche del cumpleaños de Maruja: aquel aguacero bíblico, calador de médula, aquella cosecha mórbida con los bronquios de la cofradía en pleno. De todos, él había sido el más afectado: aún ahora se congestionaba en las noches frías y, de vez en vez, sin que lograra acertar con la causa, le sobrevenían escozores en algún lugar de aquellos laberínticos tubos de aire, que lo hundían en ataques convulsivos de tos y lo obligaban a ovillarse sobre sí mismo como si se tratara de un gusano.

Eso era exactamente lo que ahora le había ocurrido.

Tan pronto como el trance cedió, se secó las lágrimas y alzó el cuello del paltó para cubrirse la garganta. La noche estaba a punto de cerrarse y, desde que cruzaran el pórtico del cementerio, había comenzado a correr un viento caprichoso que resultaba helado aun tratándose de enero. Sin saber por qué, se vio de nuevo en la casa de su infancia. Era un niño, y refugiado entre los murmullos y los silbidos del follaje que se tupía hacia el recóndito extremo del solar, volvía a escuchar la voz de la madre: la noche, la humedad, el sereno de la luna llena, exigían el abrigo y la sobrepel de la lana. Arriba, los círculos lunares dibujaban la trama de fuego frío por donde los primeros jueves de cada menguante descendían los duendes y las sayonas que en la alta madrugada gritaban su pena en el trayecto que mediaba entre la iglesia y la vuelta de La Cruz, a lo largo del callejón Ricaurte. Dos persignadas y tres invocaciones a la Dolorosa debían bastar, según la ciencia del padre Salazar, para conjurar el insomnio blanco que le sobrevenía en las fechas de aquellos cortejos siniestros. Con él, sin embargo, quizás por arte de alguna indignidad en la que había incurrido y olvidado, estos antídotos rituales no ejercían el efecto prometido. Antes bien, constituían un motivo adicional de desazón gracias a la incómoda mezcla de lo infernal con lo divino —puesto que las imágenes de la procesión persistían dentro de él mientras los labios

se esforzaban por continuar el curso de la plegaria.

La voz de Carmen Luisa, que le ofrecía toallitas de papel absorbente y le dirigía un mohín de ternura, lo sacó de la memoria. La fosa había sido cavada al costado de una vía de tierra apisonada que conducía hacia el extremo sureste del campo, dirección en la cual todavía podía extenderse el abarrotado cementerio. A la derecha del promontorio de tierra removida, se agrupaba el cortejo: el padre y la madre, familiares, los Landáez, los Paredes, sacerdotes y alumnos del Fray Luis de León, conocidos, vecinos. A la izquierda, sobre una franja estrecha de terreno, se extendían las parcelas desocupadas que parecían asfixiadas por el cerro. En las pendientes, como frágiles cubos de utilería, los ranchos de ladrillo, de tablas, de cartón recortado, que se tornaban más endebles a medida que remontaban la cuesta. La silueta opaca de la cordillera semejaba ahora una sierra de dientes irregulares, detrás de la cual desbordaba el prodigioso resplandor magenta del crepúsculo, que luego se licuaba en tonalidades de añil y de violeta. Por un momento, Fernando pensó en la recurrencia del monótono espectáculo: vida y muerte enclavados en aquel azaroso engranaje sin límite ni comienzo. Ruido y furia. De armoniosa relojería sólo guardaba la apariencia. Tras bastidores, cualquier ojo anónimo podía vislumbrar su verdadero rostro: el de una rolliza masa informe que viajaba, torpe y sin conciencia, hacia la nada. Ruido y furia. Siniestra labor sin sentido, materializada por legiones de zombis que payaseaban fingiendo entusiasmo y que morirían sin saber por qué y para qué habían sido destinados a esta breve vigilia

Los obreros habían sellado la fosa y ahora colocaban las coronas sobre la tumba. El Llanero pensó en las decenas de veces que había repetido aquella reflexión, casi con las mismas palabras que ahora empleaba, y en las acaloradas discusiones sobre la muerte en el seno de la cofradía. Antonio había declarado que el único problema filosófico de verdadera importancia era el suicidio y todos le habían dado la razón. Incluso Alberto, quien, aun estando de acuerdo, prefería no ahondar en el tema, no por móviles intelectuales (toda buena razón para vivir es también una buena razón para morir, decía a menudo, como si se tratara de un eslogan) sino emotivo. Y firmó, también, aquella bufa «declaración de principios del club de suicidas potenciales», donde se comprometían a no permitirse llegar a los 30 años, una edad «vergonzosamente avanzada como para ser aceptable». Ahora todos aquellos rituales ingenuos con que solían llenar los ocios de fin de semana cobraban el carácter de una comedia macabra que anticipaba su muerte.

Se sintió agotado y débil. Al llevarse la mano a la cara, se sorprendió: había estado llorando en silencio y apenas ahora se percataba. De las calles cercanas que trepaban hacia el cerro venían ruidos de disparos y de sirenas que ululaban. Vio que su padre se deslizaba hacia la salida, tratando de no atraer la atención. Lo excusaba: en los

últimos días había estado muy presionado por la situación, y hoy mismo se había desatado otro conato de golpe, esta vez, al parecer, más exitoso que los anteriores. Los grupos de personas que salían a manifestar su oposición al régimen ya no se molestaban en tomar precauciones, y por todas partes se sentía que el presidente, ciertamente, tenía sus horas contadas, como se afirmaba en los volantes y los pasquines que circulaban casi libremente. De cualquier manera, y quizás también por las mismas razones, muchas de las personas que habían asistido al sepelio, probablemente las menos cercanas a la familia de Alberto, comenzaban a retirarse. ¿Tendrían ellos que tomar sus precauciones como había oído comentar a su padre por lo bajo?

La familia de Francisco Landáez era la familia de un viceministro del régimen, un funcionario corresponsable de lo que ocurría en el país, como la propia Carmen Luisa, a pesar de que no le abrigaba mala voluntad a su padre, le dijera, empleando las palabras menos ofensivas. ¿Qué proporciones tendría la respuesta? ¿Hasta dónde alcanzaría la ola de revancha cuyas sacudidas ya habían cobrado las primeras víctimas? Lo ignoraba. A veces se sentía tan ajeno a lo que acontecía a su alrededor que había llegado a preguntarse si no se estaba comportando como una especie de monstruo autista, que se alimentara con sevicia de su propia carroña. Su único vínculo con aquella historia colectiva, era, ciertamente, Carmen Luisa. Porque con su padre (de quien con seguridad hubiera podido recibir toda la información que se le antojara, si ese fuese el caso) prefería no tocar el tema.

La madre de Alberto sufrió un desvanecimiento que provocó la rápida intervención de los que se hallaban a su alrededor. El incidente le recordó a Fernando dónde se hallaba y sintió vergüenza de haberse alejado imaginariamente de la escena, aunque fuese por escasos minutos. Caía la noche. Tomó la mano de Carmen Luisa y, con un gesto, invitó a Antonio a unírseles, no sin antes volverse para mirar la tumba por última vez. Se repitió que aquella era la lápida de Alberto, «nuestro neurótico favorito» como le decía La Sigmuncita, y reflexionó, él, el maldito intelectual, que los lugares comunes eran tales precisamente porque a veces no había mejor manera de expresarse que repitiéndolos.

4

El día anterior, Alberto había madrugado. Al menos eso fue lo que se dijo la madre cuando lo vio entrar a la cocina en busca del café a una hora tan inusual. Faltaban

veinte minutos para las seis y recién ahora estaban terminando de colar. En realidad, había pasado la noche en vela. Pero ahora la decisión estaba tomada: asestaría el golpe aquella misma mañana. Un impulso providencial lo había extraído de su dormitorio la tarde anterior y lo había conducido, casi al margen de su voluntad, a la casa de los Landáez, que ahora, debido a las circunstancias, se impusiera como sitio de encuentro.

Desde el momento en que Maruja se mostrara reacia a verlo, se había ensimismado más que de costumbre. Redujo sus asistencias a la cofradía. Habló aún menos y transformó su dormitorio, hasta entonces mero rincón de descanso obligado, en un laboratorio privado para el desarrollo y perfeccionamiento de las estrategias de exterminio más fantásticas, bizarras y despiadadas de las que él mismo jamás hubiera tenido noticia. Contaba con inagotables reservas de tiempo, ahora que las actividades académicas habían sido suspendidas hasta nuevo aviso debido a las escasas garantías de seguridad y al hecho de que el padre, acongojado e intranquilo por su aspecto demacrado y por las extrañas ceremonias domésticas a las que lo veía entregado, había decidido olvidarse de la acostumbrada colaboración con los almacenes que discretamente le pedía cada vez que se presentaba un asueto colegial. Invertía esas horas muertas (que a él se le antojaban interminables lapsos de siglos) en una laboriosa exploración del territorio sin normas, celosamente cultivado desde su infancia, en el que afrontaba su fantasía.

Durante esas razzias imaginarias, donde él siempre encarnaba al torturador, el rostro de la víctima era huidizo. En la mayor parte de las ocasiones, sin embargo, las facciones de Febres se volvían tan nítidas que sentía la tentación de extender su brazo para estrangularlo de súbito, aunque eso lo privara del placer de hacerlo una y otra y otra vez en su espiral de revanchas. En otras oportunidades, no obstante, la identidad era la de aquel padre itinerante de quien no conocía ni siquiera el apodo que empleara en los bajos fondos. Y a veces, en fin, él mismo encarnaba su propia víctima. Entonces discernía complicados mecanismos de eliminación que o bien suprimía todo rastro del cuerpo volviendo impracticable la identificación, o bien transformaban el suplicio en evento de feria, haciéndolo público y llamativo, para cumplir una última venganza contra el mundo.

¿Qué lo sacó esa tarde de sus habituales ejercitaciones en privado para conducirlo a la casa de los Landáez, donde con toda seguridad los oficiantes de la cofradía se hallarían entregados a una de sus aburridas sesiones de parloteo? A no dudarlo: la providencia. No tenía ningún deseo especial de compartir sus reuniones. Peor aún, en aquel momento perfeccionaba el diseño de un dispositivo imaginario que provocaba la muerte por asfixia, a fin de lograr que la privación del oxígeno, pudiese ser automáticamente retardada a medida que la ansiedad de la víctima, y, por tanto, la

amplitud y frecuencia de sus respiraciones, aumentara, creando en ella una ilusoria — e intolerable— esperanza de salvación.

A pesar de ello, se levantó de su cama, eligió calzarse los mocasines sin medias —en lugar de las botas de goma, que eran sus preferidas— como si tuviera prisa; soslayó la tentación de una caminata a lo largo de la avenida Victoria o del Paseo Los Ilustres, y, antes de que pudiera percatarse de lo que ocurría, en dónde creen que se hallaba sino en trance de toparse de frente contra la cancela de los Landáez.

¿Por qué una vez allí había decidido, sin vacilar un segundo, dirigirse al corredor de la hamaca donde siempre se reunían, frente al patio del fondo, siguiendo la incómoda ruta de la derecha, un pasadizo aplastado entre la pared lateral de la edificación y el muro que representaba el lindero con la parcela vecina, que nadie empleaba nunca, en lugar de seguir la ruta del interior de la casa o la del costado izquierdo que se iniciaba con la explanada del garaje y se continuaba en un sendero ancho, bordeado de jardineras y flores, y era, con mucho, el habitual? Y, finalmente, ¿por qué se encontraban Fernando, Antonio y Carmen Luisa conversando en un sitio tan insólito como el cuarto de la ropa, rodeados por cestas de pantalones lavados, planchas, mesas y máquinas de coser, lo que había permitido que él, a través de la ventanilla perforada sobre el estrecho pasadizo por donde se acercaba, escuchara todo el relato que hasta aquel momento le habían ocultado precisamente ellos, los cofrades del equipo, sus declarados amigos eternos: la confirmación de las sospechas sobre el estado de Maruja, su desesperación y, en fin, la discusión en el seno de la familia, que desembocara en la determinación del coronel y en el apresurado aborto?

Demasiadas coincidencias. No existía otra denominación para ellas: providencia, karma, fatalidad. Haciendo acopio de una voluntad que lo llevó al límite de sus fuerzas, pudo mantenerse en silencio, oculto a las miradas al pie de la ventana, cambiado en un ovillo de vísceras en descomposición y con la lengua atada entre los dientes, oyendo hasta el final cada detalle de la historia. Entonces, coincidiendo con lo que a todas luces parecía el final de la conversación, se escuchó la voz de Elianita que llamaba a Fernando desde la sala y un sonido de muebles rodados que anunciaba la suspensión de la reunión. De pronto él también se puso de pie, lanzó un alarido que más tarde Antonio describiría como una mezcla de bramido de batalla y de llanto de niño que sobresaltó a la cofradía, y corrió hacia el jardín frontal en busca de la reja.

En ese momento no tenía un propósito definido. Si le hubiesen preguntado tendría que haber contestado que deseaba huir. ¿Pero huir de qué? Tal vez de él mismo, del cuerpo que arrastrara hasta entonces, no podía decirlo. Ahora estaba claro hasta qué

extremo había quedado deshecha la vida de Maruja, que era la suya propia. Nunca más volvería a ser lo que fueron. ¡Y aquellos que lo sabían, todos cercanos a él, en lugar de tenerlo al tanto de los acontecimientos, lo soslayaban, arrumándolo al rincón de los objetos desechados, como si se tratara de un artefacto inservible o de un animal agónico! Bueno, quizás en eso tenían razón. Tal vez él era, en efecto, la última bestia de una especie extinguida. Pero tal cosa no le escamoteaba su derecho a conocer qué lo destruía y cómo lo destruía. A menos que también ellos, los que se encontraban en el dominio del secreto, se hubieran alineado en su contra, formando frente común con los enviados del mal.

Todo era posible. Pero ya lo veían, el divino ojo estaba de su lado, susurrándole las claves de los enigmas, develándole los rostros de los enemigos. Lo dejaban abandonado a su suerte, pero aquella soledad era ilusoria: ya no le importaba saber quiénes lo desconocían o a qué número ascendían sus huestes. Podía tratarse de legiones enteras: los cofrades, las amistades, los compañeros del colegio, los vecinos, hasta la familia. Era irrelevante. No había en el universo cuestión más endeble y cambiante que la amistad. Y en cuanto a la familia... mejor no hablar de eso.

En el fondo aquella ruptura constituía una victoria: cuanto más al margen quedaba con respecto a aquel mundo, más compenetrado se sentía consigo mismo. Y ahora Maruja, el único fragmento del universo restante que aún podía interesarle, que le pertenecía incluso como un espacio sobrepuesto a su propio cuerpo, había sido desgajada de él.

Recorrió en segundos el trayecto que mediaba entre la reja de los Landáez y su casa. Al comienzo había escuchado voces que lo llamaban por su nombre, que le pedían regresar, que le imploraban detenerse. Las desatendió. No tenía nada de que hablar: con su actitud, ellos mismos, Fernando, Carmen Luisa, Antonio, todos, habían transgredido los límites de la lealtad y cerrado las fronteras. Aun en el caso de detenerse, los idiomas hubiesen sido irreconciliables. No. Ahora él contaba con una lengua personal, hecha a su medida.

Tan pronto traspuso la puerta de entrada, se refrenó. Sabía que hasta allí no se aventurarían: se había encargado de hacerles experimentar, desde el mismo momento de su ingreso a la cofradía, lo mismo que él, más allá de los detalles cotidianos, sentía también: que aquella región merecía la reverencia de lo extraño, de lo que no nos pertenece. Hasta Fernando, el único de ellos que sabía de su circunstancia familiar, se abstenía de hacerle visitas. Ahora se trataba de dar el toque final. El momento, largamente preparado en extensas noches de vigilia, por fin estaba allí. Sólo era menester la infalible labor de cierre.

Cuando Alberto presionó el gatillo, El Colorado Febres se encontraba a cinco metros de él, frente a su carro, a punto de abrir la puerta. Tal como había previsto, no necesitó explicarle: por la expresión de terror, resultó evidente que éste había comprendido lo que le esperaba desde el momento en que se percatara de quién estaba frente a él y para qué servía el objeto brillante que empuñaba en su mano derecha. Excepto por el detalle de que no fue necesario un tercer disparo, todo aconteció en la exacta manera en que lo había planeado: después de llamarlo por su nombre para lograr que se virara y se colocara de frente, le apuntó con toda serenidad al pecho, en el centro de un triángulo imaginario con vértices en las clavículas y el ombligo, le sonrió y le descargó en sucesión dos de las cámaras del 45 que aquella misma mañana extranjera del estudio del padre.

Siguió con la mirada el cuerpo mientras éste se proyectaba con violencia hacia atrás, contra el costado del vehículo, antes de desplomarse exámine sobre el camino rampante, de hierba y de granito, que conducía desde la reja hasta el umbral del garaje.

A continuación montó de nuevo el percutor, se llevó la boca del arma al velo del paladar, con el cañón viendo hacia arriba, y apretó por tercera vez el gatillo.

5

Mientras Francisco Landáez tocaba el timbre a la puerta de los Febres, no dejaba de reflexionar sobre la precariedad de la situación en la que se hallaba sumido y sobre los recursos a los cuales podía apelar para mantenerse a flote. Masculló para sí, de nuevo, esta expresión, y dejó escapar una sonrisa de desaliento. «A Flote». Estaba, como se dice, vendiendo la plata de la familia. En el desolladero. Si alguien le hubiese pronosticado esa circunstancia, unos meses, unas semanas antes, incluso, lo hubiera tildado de loco. Ahora era el mismo quien se contentaba con el portento de un salvavidas. ¡Vaya portento! Ni siquiera se trataba de rescatar lo que quedaba de su carrera política. Esta, desde aquella misma mañana, había quedado sepultada a raíz de la tercera reestructuración del gabinete en lo que iba del mes. Su ministro cayó, y, con su ministro, él mismo y el resto del grupo —un equipo lubricado y eficiente en cuya preparación invirtieran años—, habían ido también al despeñadero.

Lo peor, sin embargo —y esto podía entenderlo en toda su extensión cualquiera que hubiese merodeado por los predios del poder—, resultó el sintomático saludo que el presidente le extendió a la salida del gabinete. Aquello no había sido la rubricación de una amistad ni el guiño de un antiguo cómplice con quien se comparte un mal momento ni la petición de paciencia por parte de un jefe a un subalterno despedido que debe aguardar mejores tiempos para un reenganche: había sido, maldita sea, un adiós frío y, casi se podría decir, humillante. Una gélida despedida, escribiría José Angel Bueza, con su melancólica pluma.

Quizás, como solía advertir El Argentino, aquello se veía venir desde el año anterior, para hacer un cálculo más bien conservador, y el error lo había cometido él, al sobrestimar las posibilidades de maniobra del régimen. Por cierto, echaba de menos a Juan, con su sonsonete rioplatense y sus apreciaciones tan acertadas. Por desgracia (o por suerte para él, porque los acontecimientos le estaban dando la razón) en estos momentos debía hallarse muy lejos: alguna villa mediterránea del sur de España, alguna casa campestre cerca de Alicante, algún paisaje remoto que le permitiera olvidarse de Argentina de una vez por todas y envejecer en paz consigo mismo, como le confesara, casi nostálgico, horas antes de abordar el avión.

Sí, El Argentino había acertado mientras él se empeñaba en coleccionar un yerro tras otro. Pero en esta falla habían incurrido todos. ¿Quién, en verdad, podía ufanarse de haber ejercido la previsión? Ahora los capitostes en pleno del ejecutivo se quejaban de sentirse traicionados por la historia, lo que en el fondo no era otra cosa que confesar de una manera eufónica que las fuerzas armadas ya habían levantado la bota para asestarles una patada en el culo. Y que quedara claro: había dicho «fuerzas armadas» y no «pueblo».

¿Quién, se repetía, podía ufanarse de haber ejercido la previsión? Los desaciertos habían proliferado a todos los niveles del aparato estatal. Y esto era verdad incluso en el caso del presidente. Podía decir más: era cierto, en primer lugar, en el caso del presidente, quien, para el estupor general, cometiera el craso fallo de acatar los dictámenes de las famosas «comisiones de avenimiento» casi sin rechistar. Una sugerencia tras otra, las flamantes comisiones —verdaderos caballos de Troya si los hubiere—, lograron que el presidente reestructurara cuatro veces en un mes el consejo de ministros y el tren ejecutivo en general, desde los cerebros políticos que concibieran el «Nuevo Ideal Nacional», hasta los infalibles conductores de la internacionalmente reconocida maquinaria de seguridad.

¿«Reestructuración» había dicho? «Desmantelamiento» sería un término más adecuado. A cuatro semanas de comenzado ese maquiavélico juego de trueques, los «grupos de avenimiento» habían logrado lo que toda la organización clandestina y las

intentionas de las fuerzas armadas no lograran en diez años. Y tenían que decirse: sin esfuerzo. El resultado era que hoy en día, en Miraflores, se encontraba el hombre más solitario y aislado de Latinoamérica, dirigiendo en teoría a una cáfila de judas y trepadores que ni lo respetaban ni lo obedecían... ni, lo peor, estaban dispuestos a tolerarlo. Ahora sólo quedaba el movimiento maestro y final: la reestructuración del propio presidente. A saber, su renuncia.

Fue el mismo Eliseo Febres quien acudió a abrir la puerta. Landáez lo encontró rozagante y enérgico como siempre, con la misma tez rubicunda y las mismas mechas amarillas de su vástago: a aquel caimán de caño no parecía afectarlo ni el derrumbe del país ni la gravedad del malnacido de su hijo, que en aquel momento debía de estar jugando dados con la muerte. Se sintió alentado por el estrecho abrazo y la amplia sonrisa con que Febres le dio la bienvenida: sin duda no había olvidado los conspicuos negocios que amasara en el sector público y en el privado, gracias, en buena medida, a las gestiones que él desde el viceministerio o desde las otras posiciones de poder, emprendiera para facilitar (o incluso garantizar) la firma de los acuerdos. Es cierto que en algunos de ellos él disfrutó del rango de socio, pero en lo que a porcentajes de ganancias se refería su distancia respecto a Febres resultaba sencillamente abismal. Un problema de handicap, quizás. El era un político, con sentido común y motivación para los negocios, podía concederse; Febres, sin embargo, parecía elegido para encarnar la esencia del éxito en el oficio.

El recibimiento había sido asupicioso, sí, pero mientras caminaban hacia el estudio Landáez calculó que sería de pésimo gusto plantearle a Febres, a boca de jarro, la verdadera razón de su visita, sin antes hacer mención del trance mortal en el que se debatía el cabrón de El Colorado.

—Sé que tu hijo se encuentra grave en estos momentos. Te juro que fui el primero el lamentar esa absurda tragedia —dijo, en efecto, mientras tomaba asiento—. Este jovencito González, Alberto González, que en paz descansa, tenía sin duda problemas de desequilibrio mental. El pobre había empeorado últimamente, a raíz del problema de la hija de los Paredes. Aunque de esto creo que ya conversamos, contigo y con Julio... ¿Cómo está tu hijo?

Febres recogió las carpetas y las hojas sueltas que reposaban sobre el escritorio del estudio y las bajó a la gaveta-archivo que, abierta, sobresalía a un costado. Se echó sobre la silla giratoria y fijó la mirada largamente en Landáez.

—Ya está fuera de peligro, gracias a Dios —dijo, por fin—. Este hijo mío se ha empeñado en arruinarse la vida y en complicármela a mí y al resto de la familia, pero hay que reconocerle un punto: tiene la piel muy dura. Con ésta son cinco las ocasiones

en que ha estado en pabellón por emergencias. Y el fútbol sólo es responsable de una de ellas... Sin embargo, nunca había estado tan cerca de una tragedia irreparable —se levantó y caminó hasta una especie de secreter con enrevesadas molduras que destacaba en la biblioteca de pardillo. Giró la llave y, abriendo la hoja vertical, extrajo una automática con concha de nácar— ¿Qué te parece? Una verdadera joya ¿no? La compré en Estados Unidos hace varios años y, sin embargo, nunca la he sacado de su estuche para enfundarla y cargarla conmigo. Tampoco mi hijo es aficionado a las armas de fuego. Lo que explica que no se haya metido en líos mayores, peores que los que conocemos. Le gustan las armas blancas: los cuchillos, las navajas... sabe manejarlas, es cierto. También le he visto con cachiporras. Pero nunca con un arma de fuego. Por eso considero doblemente injusto lo que le ocurrió. Una agresión gratuita contra una persona desarmada.

Landáez tomó la pistola que ahora le tendía Febres. La examinó con atención, aunque hubiera querido cambiar de tópico y entrar en materia.

—Tienes razón: es una joya —comentó. Había estado a punto de mostrarle su cañón corto del cual, por razones de seguridad, nunca se apartaba, pero se refrenó para no propiciar la prolongación del tema—. También concuerdo en lo de tu hijo: fue un atentado a mansalva.

—Es inocente, Francisco —dijo Febres—. Sabes que mis relaciones con él han sido malas desde que pisó la adolescencia. Casi nunca nos hablamos. Lo envié a estudiar a los Estados Unidos con la excusa de que se formara bien, pero, aunque me ha costado reconocerlo, la verdad es que quería deshacerme de él... Simplemente no hallaba cómo enfrentarme al problema. Pero nada tuvo que ver con la violación de esta niña, la hija de los Paredes. El se ofreció a prestarse a un contraste de sangre y de semen desde un primer instante, me insistió, incluso, para que hablaran con Julio a fin de llevar a cabo cualquier procedimiento que lo alejara de toda sospecha: sabía que lo iban a señalar. Y él no estaba al tanto de que Paredes rechazaría llevar el asunto al terreno policial. En esto no me equivoco. Uno, a pesar de todo, conoce la cara de su hijo... pero de eso ya conversamos con Paredes frente a ti. Si mal no recuerdo tú presenciaste toda la conversación, ¿no?

—Sí. Yo estuve allí todo el tiempo.

Febres, que había recuperado el arma de manos de Landáez, la devolvió a su sitio y tomó una botella del bar. Sirvió dos vasos con hielo y soda.

—¡La juventud! ¡Qué diferencia en nuestros tiempos! ¿No es así, querido amigo? —suspiró Febres—. ¡En fin! Por fortuna Agustín se recupera de la herida... y en cuanto

al joven González, el pobre desgraciado, ya está muerto. Dios se apiade de él —vació el whisky de un envión y contempló a Landáez—. ¡Pero qué mal anfitrión soy, Francisco, tú eres la visita y no te he permitido ni abrir la boca!

La invitación de Febres tomó por sorpresa a Landáez, quien se había distraído, pensando en lo errática que había sido la parca al llevarse al pobre Alberto, mientras le dejaba las manos libres a Agustín Febres para seguir repartiendo jodiendas a diestra y siniestra.

—Estás hablando como padre, Eliseo —dijo, en cambio, recuperándose—. Yo también tengo hijos, y siempre he pensado que cuando un hombre comienza a hablar como padre, los que le acompañan deben escucharlo.

—Tienes razón, pero ya es hora de que sea yo quien te escuche.

Esta vez fue Landáez quien vació el trago. Se arrellanó en la poltrona y se aprestó a narrarle a Febres las desventuradas circunstancias en las que el devenir político del país lo había sumido. No se avergonzó. Había tomado la precaución de prepararse apelando al recurso de recrear en su memoria, una y otra vez, las decenas de ocasiones en las que Febres acudiera a su despacho (o lo invitara a una cena rociada con mostos de Burdeos y, ¡ay!, ahogada con cebada escocesa) para solicitarle una prebenda que le sacara el cuello del lodazal. Fue breve pero exacto. Cuando concluyó, se sintió al mismo tiempo aligerado y aturdido.

Eliseo Febres se puso de pie para servirle otro trago, esta vez con una lentitud exasperante. Landáez se preguntó si había sido claro en su relato. Se trataba del final de su carrera política: una encrucijada de vida o muerte, y aquel pusilánime no daba muestra alguna de conmoverse. ¿Se habría idiotizado con el paso del tiempo? No. No era eso. Tuvo que admitir que la lentitud obedecía a algo peor.

—Si entendí bien se trata de algo así como un despido —reflexionó Febres, finalmente—. ¡Francisco Landáez, nuestro viceministro favorito, ha quedado desempleado! ¡Parece mentira!

A Landáez no le agradó para nada el tono, ¿se alegraba de la circunstancia o era una falsa impresión suya? Tal vez convenía colocar el hecho en su exacta perspectiva.

—Perdóname, Eliseo, pero pienso que es algo más que eso. El país se hunde y...

—Querido amigo —interrumpió Febres—, no es el país el que se hunde, sino el gobierno.

—Lo acepto. Se hunde el equipo de hombres y de ideas que han gobernado a este país en los últimos tiempos, es cierto —respondió Landáez—. ¡Pero estamos hablando de diez años! ¡Es una catástrofe institucional! Si mañana cae el presidente, y las dudas de que esto ocurra son casi nulas, los golpistas tendrán que partir de cero —se había dejado ganar por la vehemencia, debía sosegarlo o estaba perdido—. En todo caso, ese terremoto nacional o como quieras llamarlo, afecta personal y gravemente a tu amigo. Por eso estoy aquí.

Febres se aproximó y agarró a Landáez por el antebrazo, apretándolo en un gesto de afecto.

—¡Y has hecho bien! ¡Has hecho muy bien Francisco! —enfaticó—. Es más, lamento que esta conversación tan franca, tan descarnada, no se haya producido antes. Yo la esperaba. Cuando se presentaba un hecho importante que indicaba, cada vez con mayor claridad, la proximidad del fin para nuestro testarudo presidente (y me excusas la expresión, pero es vox populi), me decía: Francisco Landáez debe de estar por llamar; no pasarán 24 horas sin que mi amigo Francisco tome el teléfono para plantearme la situación y, quizás, hasta pedirme consejo —a Landáez aquel tono falsamente paternal seguía disgustándole—. Me dije eso cuando sostuve la conversación con Julio sobre el problema de la hija, de Marujita, pobre muchacha, en la que él quiso que tú estuvieras por su amistad contigo, y de la que te fuiste justo cuando estábamos por terminar. Hubiera sido una excelente oportunidad. Y me lo dije, sobre todo, cuando me llamaste para cancelar el negocio de los terrenos de la autopista. Pero de nuevo me equivoqué: colgaste de pronto, cuando pensaba que ibas a comentarme la situación global —Febres se había sentado sobre el borde del escritorio y continuaba con su aire de juez—. En una palabra, amigo mío, imprevisión. Te involucraste tanto en tu trabajo, en la labor política menuda, que te olvidaste de lo demás. Y, sobre todo, olvidaste que lo único que proporciona estabilidad y tranquilidad personal es la seguridad económica. Pero para ti parecía no existir otra cosa que los cuatro muros del ministerio.

Landáez esbozó una sonrisa con un leve aire de sarcasmo.

—Me estás reprochando dos aspectos claves: mi entrega al trabajo y mi eficiencia. Dos rasgos que, curiosamente, me ganaron el reconocimiento y la confianza del gobierno... y crearon la plataforma básica para que los proyectos que presentabas y las ideas que llevabas, pudieran ser canalizadas y aprobadas —enumeró, y, sin proponérselo, infló el pecho, qué te parecía esa jugada, cacaíta.

Febres acusó el yab, ¿tendría este gallo viejo copia de algunos papeles peligrosos? ¿Chantajearía? ¿Incurrirían en la baja traición de lanzarlo a los leones? No. No,

Landáez no era capaz de algo semejante. No le convenía a nadie. Se hundirían todos.

—Nunca te he ocultado mi gratitud. Hemos transitado muchos vericuetos juntos. Eso es imborrable —dijo, tratando de distender la conversación y, al mismo tiempo, subrayar la amistad.

Landáez se acercó a la mesa-bar y esta vez se sirvió él mismo el escocés. Era hora de pasar al grano.

—Precisamente. En honor a esa combinación, invicta en tantas batallas, es por lo que me tienes hoy aquí. Yo era el político y tú el hombre de negocios. Mi carrera política ha hecho kaput. Se trata ahora de que me aceptes como tu socio y alzó el vaso a modo de brindis.

Febres dio un salto ante la mención de la palabra «socio», había que cortarle el ímpetu a aquella estocada.

—¡Caramba! —dijo, tratando de medir a Landáez—. La verdad, Francisco, querido amigo, que me agarras fuera de base —daba vueltas por la habitación, se sonreía—. Te juro que me encantaría poder decirte que sí... Sin embargo, no es tan fácil. Tu situación es muy delicada, pero no sólo políticamente, sino también en el terreno legal. Ya se habla de juicios, de incautación de bienes, incluso.

Landáez palideció.

—¿Incautación? ¿De dónde sacas eso?

—Calma. El enemigo no soy yo —dijo Febres—. Recuerda la caída de Gómez. Puedo concederte, incluso, que las circunstancias son ahora distintas. Pero se trata de no menospreciar ninguna eventualidad. Ni siquiera la peor.

Landáez apuró un trago.

—Gracias por el consejo —dijo, sonriendo con ironía—. Lo tomaré en cuenta.

—Bueno. Pon tú que no te incauten los bienes. ¡Ojalá! Pero puedes tener por seguro que te cortarán las alas. Sector público: cero posibilidad. Sector privado: escasísimas, para no decir ninguna, por lo menos durante un tiempo. Tú conoces los millares de recursos con que el gobierno cuenta en este país para persuadir al capital privado, o para chantajearlo o arrasarlo llegado el caso. Y, como tú dijiste, los nuevos van a venir con la política de «caída y mesa limpia». Con todos los hierros y los colmillos babeándoles de venganza. Sabes de qué te hablo.

Landáez estimó que el planteamiento era crudo, pero, en líneas generales, exacto. Hasta coincidía con algunos cálculos pesimistas que él había repasado la noche anterior. Sin embargo, eso sólo significaba que su necesidad de ayuda era aún más perentoria.

—Eso viene a reforzar mi petición —se tradujo a sí mismo.

Febres abrió la gaveta superior del archivador y desplegó un gesto histriónico hacia la colección de expedientes que se apretaban en su interior.

—¿Ves esto? —dijo, dejando caer su mano sobre el archivador—. Aquí reposa la historia de mis negocios. Decenas, centenares de aventuras económicas. Es posible que ninguna de ellas hubiese llegado a feliz término sin contar con algún tipo de contacto auspiciador, protector, en las esferas del poder. Tú ayudaste en algunos. En muchísimos otros no. Pero siempre se requirió de un peso político, de poder, gravitando en ellos...

—Eso ya lo sabemos... —comenzó a decir Landáez, encogiéndose de hombros.

—De acuerdo. Lo sé yo y lo sabes tú. Pero yo lo estoy proyectando al futuro para usarlo como elemento de juicio y de decisión, tú no —cortó Febres. Y Landáez comenzó a prestarle una atención especial, ¿por dónde venía aquel golpe de navaja? —. Si yo te recojo en este momento y te subo al barco, dentro de un mes estamos naufragando ambos, con nave y aperos. Si te asocio me hundo yo sin salvarte a ti. Porque, perdóname lo que te voy a decir... —y aquí tragó grueso, vaciló—, perdóname de verdad, te repito que esto nada tiene que ver con nuestra amistad, pero así como tu nombre era una garantía positiva hasta hoy, a partir de mañana será una garantía negativa, ciento por ciento negativa.

Landáez estaba asombrado: aquel hijo de puta intentado librarse de él. Lo único que faltaba era que le aplicara la cuarentena de los apestados.

—Yo en tu lugar me retiraría por un tiempo, me escondería —continuó aconsejándole Febres. Landáez no podía reaccionar: las reservas de su antiguo compinche lo habían dejado estupefacto: ¡aquella alimaña lo estaba emparedando en vida!—. Esperaría que las aguas volvieran a su cauce... ¿Cuánto puede tomar esto? No lo sé. Dos años, tres, quizás. No lo sé. Vivimos en una tierra de memoria corta, Francisco. El arte consiste en darle tiempo al tiempo, lo demás viene por sí mismo, querido amigo. Mientras tanto, vive de las reservas, porque supongo que...

Landáez apenas había vaciado tres whiskies, un abreboca para un paladar como el suyo, pero se sentía mareado y asfixiado. Permaneció clavado en la butaca, mirando

hacia la biblioteca que recibía por un costado la luz rampante de un sol tumbado. Se percató recién entonces, de que el radio el estudio se hallaba encendido y pudo distinguir una melodía de Los Panchos, casi inaudible. Experimentó de nuevo la sensación de aquel hueco oscuro creciéndole desde adentro y vaciándolo. Vivir de las reservas. Lo mismo había comentado el argentino. ¿Cuáles reservas? Contaba con la casa, sí, y el mobiliario y el terreno en el pueblo y la finca. Pero la casa y los muebles eran intocables, la finca era un chaparral improductivo que no le había reportado más que dolores de cabeza, para no mencionar los papeles de propiedad, que cada gobierno interpretaba según su libre capricho. En cuanto al terreno y la casa del pueblo, si le servían de mortaja podía darse por satisfecho.

¿Reservas? Nada de cuentas en bancos del exterior, nada de propiedades en Europa: lo que poseía estaba a la vista. Los ingresos servían para garantizar la supervivencia de la familia: cubierto este flanco, era menester disfrutarlos. Y eso había hecho. Una tal vez curiosa relación con el dinero, que muchos reproches le había merecido. Ahora se encontraba en el cabo del cabestro, como decía su padre, y, no obstante, al mismo tiempo, inundado por una espléndida serenidad. Como el reo que, ya en paz consigo mismo, camina impávido hacia el cadalso, se dijo, e intentó recordar, sin éxito, a quién pertenecía la expresión.

Lo único que lo perturbaba era la suerte de los que dependían de él: Consuelo, Fernando y Elianita, por quienes por supuesto, entregaría su vida; y, ahora, aquel nuevo retoño que estaba por nacer, y Marisela, su bálsamo de alivio en la borrasca, como dijera Juan de Dios Peza.

Miró a Eliseo Febres que, como un payaso nauseabundo, gesticulaba frente a él.

Maldijo el lejano día en que el demonio lo instigara a conocer a aquel mojón pestilente y, cerrando los ojos, tomó impulso para incorporarse y dar por concluida la conversación.

6

El Colorado se incorporó con dificultad sobre la almohada, volvió la cabeza hacia la ventana y pudo contemplar los faldones escarpados de El Ávila, cortados en lingotes ceniza y naranja por la luz del atardecer. La clínica donde había sido llevado a raíz del atentado se alzaba en la prolongada cuesta que ascendía desde la parte alta del valle,

hacia el norte, hasta el pie mismo de la montaña. Era, para él, un paisaje inusual. Y, ya que debía ser atendido, personalmente hubiera preferido cualquier clínica más al sur. Lo único que explicaba aquella travesía de la ciudad para buscar un centro tan distante, era la absoluta certeza por parte de la madre de que él se hallaba al borde mismo de la muerte. Se lo habían explicado varias veces, y todos coincidían en añadir el comentario sobre su buena estrella. Era cierto, aquel hijo de puta de Alberto se había aparecido con la maldita intención de darle visa de residente en el club del azufre: disparó, lo dio por embalsamado y, sin pensarlo dos veces, se levantó los sesos. Además de loco, pendejo: una combinación difícil de encontrar, excepto en aquella sociedad de imbéciles que se autodenominaba «la cofradía». Aunque, bien visto, hasta suerte había tenido el malparido: de salir vivo, él en persona se hubiese encargado de rendirle un servicio de despacho menos misericordioso y, ciertamente, menos impaciente que aquel de sacarle brillo a la sesera a punta de plomo.

Haciendo un esfuerzo, verificó el estado de bíceps y tríceps en el antebrazo izquierdo: se dio por satisfecho. Sin embargo, no pudo lograr lo mismo en el lado derecho, que se hallaba cubierto e inmovilizado: el primer disparo había rozado el brazo, y el segundo, el más delicado, había acertado en el pectoral. De acuerdo a los médicos, no obstante, la recuperación se daba por descontada; y no habría secuelas funcionales, lo habían jurado. Todo se reduciría a una cuestión de tiempo... y de disciplina en la fisioterapia.

¡Y pensar que era él quien tenía fama de descocado! ¡Ante ese loco furioso de González, él podía considerarse la más genuina encarnación de la cordura! Una víctima, el pobre, con toda seguridad, del geniecillo reencauchado de Antonio Paredes o del iluminado de Fernando Landáez.

(Volvió a oír, a ras de nuca, el sonido de los cascos que golpeaban el terreno árido y quebradizo del hato, y, más cerca, la respiración agitada del caballo que ya trotaba sin riendas)

Y si era al padre, al flamante viceministro (¿o quizás debía decirle ex viceministro?, tendría que averiguar), ya lo tenía en el suelo con el tacón de la bota pisándole el cuello. Un gol de media cancha que el azar le regalaba. La noticia, con toda seguridad, estaría por llegarle a doña Hortensia en cualquier momento. Tal vez ahora mismo. La última bravuconada que haría en su vida: un hongo nuclear en el corazón de aquella sarta de chupamedias.

Fue un arrebató de inspiración que le sobrevino el mismo día de su salida hacia Miami, para aquel viaje que la madre le implorara, como regalo de cumpleaños. En su enfermedad, la pobre se había dejado aterrar por la idea (finalmente acertada, como

pudo verificarse luego) de que le cobrarían al hijo, injustamente, la agresión contra «la menorcita de los Paredes». El Colorado la complació, tapándose la nariz para acompañar al padre, ponerse a derecho ante el coronel, y, una vez persuadido éste, tomar el avión un día después para vacacionar en Florida mientras se «enfriaba» el ambiente. Al fin y al cabo, razonó, no le vendría nada mal un toque técnico en los cayos con los compinches desmadrados que dejara en el norte dos años atrás y con quienes aún seguía en contacto.

Horas antes de subir la escalerilla, sin embargo, obedeció al impulso repentino de darle al viceministro, quien se le había «endurecido» a última hora, negándose a compensarlo adecuadamente por su silencio, una última estocada en el morro. Ya no quería «compensaciones», le bastaba con desatar los nudos de aquel paquete que Landáez amarraba con tanto celo. Introdujo en el sobre la carta con los datos, colocó la dirección valiéndose para ello de letras preimpresas y selló y remitió el bulto desde la oficina postal de Sabana Grande.

Desde entonces habían trascurrido varias semanas, era cierto, sólo que con todo el jueguito de golpes y de contragolpes en que rodaba el país, el correo debía de estar atravesando un período crítico. Pero ya estaría por llegar: era cuestión de días, de horas quizás. Si los rumores se correspondían con la verdad, el gordito que usurpaba el trono de mandamás debía estar por abandonar el palacio de un momento a otro, de esta manera el cabrón de Francisco Landáez recibiría un segundo mazazo antes de reponerse del primero.

¿Qué lo había hecho regresar tan pronto? ¿Por qué había abandonado Florida para venir a asumir el dudoso rol de blanco inmóvil para aquel pendejo de González? Ni él mismo tenía la respuesta. Un buen día, al cabo de una extraña noche de insomnio, se sorprendió rehaciendo el equipaje y abordando el vuelo casi en estado de sonambulismo. ¿El frío de enero? ¿Los amigos no localizados, en parte porque ya no vivían donde él había esperado, en parte por lo intempestivo de la decisión? Quizás. Había, sin embargo, otras razones que le costaba aceptar y que tenían que ver con aquella ansiedad sin sitio, con aquel desasosiego que, nuevo para él, lo había tomado por asalto en las últimas semanas.

No se trataba del eterno enfrentamiento con el gran carajo de Eliseo Febres: imposible que empeorara una relación que no existía. Ni de la maldita herencia negada, decisión con la que don Eliseo muy bien podía ejecutar un autogol por el arco de las aguas negras, si así lo estimaba conveniente. No. Tenía que ver con una certeza que se le había impuesto de pronto, mientras se servía crema de leche sobrevolando el Caribe:

ya él no era él. O mejor aún: sentía que ya él no era el que había sido y todavía no alcanzaba a ser el que quería. Un trabalenguas. Se lo repitió, no obstante, con estas mismas palabras, y las anotó, aunque enseguida experimentó náuseas de que le sonaran tan semejantes a las que el cabrón de Fernando acostumbraba emplear en sus peroratas de apologética durante las clases del padre Gonzalo.

Ciertamente, algo comenzaba a marchar distinto. Y había síntomas. ¿Por qué, si no, el año pasado, había exagerado aquella lujación, en realidad superable, él, la estrella, y dejado el equipo en la estacada en pleno inicio de temporada, para no regresar más? ¿Cómo explicar aquel desaforado y torpe enfrentamiento con Perucho, su amigo entrañable, su hermano, que había conducido a la ruptura inevitable entre ellos, y que nunca se cansaría de lamentar? ¿Y, peor aún, cómo entender su absoluta indiferencia ante la disolución de los restos del maltrecho grupo, una vez separado El Guitarrista?

Algo cambiaba.

Los caballos regresan, pensó, y lo hacen cada vez con más frecuencia y más intensidad.

Masculló una maldición tres, cinco, diez veces, al tiempo que se mordía el labio inferior hasta hacerse sangrar.

Luego la puerta de la habitación se abrió, entró la madre, y él ofreció la frente para dejarse besar por ella.

Capítulo VIII: Finales de 1972

1

AYER, nueva carta de La Polaca. Malos tiempos: una gripe prolongada, pocas oportunidades con el grupo de la «Square House», melancolía. Insiste en afirmar que nuestra ausencia la ha dejado «fuera de la vida», aunque en verdad lo que quisiera decirnos es inexpresable, porque «ocurre más allá del lenguaje, y hasta del propio pensamiento, como los sueños». Ha tenido fantasías de suicidio, fugaces e inocuas, «pero frecuentes». Con La Flaca a mi lado, leí y releí en voz alta aquella especie de testamento lírico, escrito en el filo temible de la depresión. Nos preocupamos. Decidimos escribirle con más frecuencia y alertar al poeta irlandés y a los amigos restantes. «No hay que descuidarla», dijo La Flaca, «¿recuerdas? A veces nos parecía estar en un equilibrio límite, a punto de fracturarse en el momento menos esperado: como una cuerda de arco antes de ser soltada». Estábamos en el balcón mirando la lluvia, lenta y pálida, caer sobre el valle. Nos dimos al juego de comparar anécdotas sobre La Polaca, sobre el grupo de la House, sobre la universidad y los poetas de Clapham: nos fuimos a la cama sobre las dos y media. De no ser por los sabuesos de la Fundación, que la esperarían reloj en mano a las ocho de la mañana siguiente, hubiéramos amanecido.

Las coincidencias analógicas: la carta de La Polaca que nos habla de una casi muerte, inefable, situada al borde de la lógica, como en el sueño, por una parte, y por otra el tercer acto de «Las Voces...» donde los delirios inconscientes dan la clave de lo incomprensible, sin desvirtuarlo. Es decir, sin revelarlo. Otra vez lo inefable: la intuición de la muerte, postergada e interrogada por el amor.

Es curioso: esa pregunta de dos caras ha estado frecuentándose con sospechosa frecuencia desde que comencé la nueva pieza hasta hoy: suspendí la escritura, emprendí la revisión de «Las Voces...», me entregué a algunas investigaciones a futuro... y la inquietud seguía allí.

A raíz de eso he tratado de precisar la ocasión en que por primera vez me atrapó la conciencia de la muerte. Inútil. Debió ser en un momento muy remoto de la infancia, ¿hacia los cuatro o los cinco años, quizás? No recuerdo la conciencia, pero sí la primera «sensación» de lo que podría ser la muerte. Aún puedo reconstruirlo, creo, con tolerable exactitud, debido al relato que de ella hice a los miembros de la cofradía, no en una sino en varias oportunidades. Y siempre por insistencia de ellos: a Carmen Luisa, por ejemplo, que la consideraba «fascinante» como experiencia, y que luego la reproduciría con bastante aproximación, por su cuenta, se la referí hasta el

cansancio.

Es, sin embargo, simple. Ocurrió en uno de aquellos viajes a la ciudad que tan frecuentes se hicieron por un tiempo, poco después del «misterioso» accidente de Bermúdez, que ya relatamos páginas atrás. Esa vez, como de costumbre, nos alojamos en la casa de las Durán: un impresionante falansterio al norte de la ciudad, de fachada envejecida que se alzaba al tope de una cuesta almohadillada y cuyos ventanales, adornados por arabescos de metal forjado, malogrados por la corrosión, y poyos de mármol manchado, casi rozaban la acera. Dentro, el falansterio se transformaba en una especie de laberinto secreto y encantado: fuentes, largos corredores de ladrillo ocre, jardines tupidos, enredaderas que trepaban por pilares y tejados, helechos desmedidos. En las habitaciones, muebles, cojines, brocados, tapices y cortinas parecían reliquias dormidas en un sueño sin tiempo.

En esta feria de misceláneas que me fascinara desde un comienzo, había una pieza que me llamó poderosamente la atención a partir del momento mismo en que la menor de las Durán (frágil, solterona, con un olor que mezclaba en dosis variables la naftalina, el estiércol y la esencia de vainilla, igual que su hermana), me condujo al sitio para mostrarme el «nuevo» dormitorio que se me destinaría esta vez, en sustitución del lúgubre depósito que había utilizado en los viajes anteriores. Me refiero a un espejo largo, delgado, engastado en un marco de madera carcomida, que mostraba numerosas cicatrices oscuras, con perfil de mapas, en los lugares donde había perdido el azogado. Me pareció más un ornamento de salón que un apoyo para la tualé femenina. Desde mi cama podía ver cómo el jardín, reflejado en él, se volvía un bosque discontinuo, un acertijo incompleto y fantasmal que se resistía a ser recompuesto.

En los ratos en blanco escuchaba la radio, me tendía sobre los cojines a leer los libritos de Calleja con que la familia me obsequiaba por una especie de vicio recurrente, o paseaba el jardín protegido por los arcos vegetales, abandonándome a la «beatitud» que me inundaba cuando dejaba de pensar en Alida.

Un juego que me obsesionaba entonces era el del globo. Había leído la historia de la navegación aérea en El tesoro de la juventud, pero más que los aviones o los cohetes anunciados para el futuro (ya se pronosticaba la conquista de la Luna, aunque faltaran aún varios años para el sputnik y la histórica carrera espacial que desató), me subyugaban las experiencias aerostáticas y el dirigible. Clasificaba a los Montgolfier por encima de los hermanos Wright, y la cumbre de la genialidad la reservaba para el conde Zeppelin, cuyo dirigible, majestuoso, apacible e imponente, ilustraba una de las páginas de la enciclopedia. Imaginaba que me inflaba de un gas ligero y que flotaba por la casa, descubriendo el universo, impulsado por un siseo inaudible que me

llevaba del jardín al salón y de éste a la cocina y al dormitorio, mientras una voz interna, con aspavientos de locutor de acrobacias aéreas, refería las maravillas que el escurridizo gigante de gas iba revelando a los pasajeros.

Estaba lejos de conocer el terror morboso que mucho después llegué a experimentar cada vez que subí a un avión, y que aún persistiría de no ser por la «relajación inducida» que descubriría más de veinte años después, y por la costumbre. Pero en el tiempo del que hablamos, este juego de multiplicación donde me desdoblaba en máquina y capitán de nave y grupo turístico y mecánico aeronáutico, a un tiempo, me encantaba.

Deploraba el olvido rencoroso en que la historia había depositado a aquel prodigio de ingeniería, después de haberlo adorado como a un fetiche, y aún más lamentable aquella tragedia del Hindenburg, al que imaginaba transformado en montaña de fuego sobre la siniestra explanada de Lakehurst.

El hangar de la nave era, previsiblemente, el cuarto que las Durán habían reservado para mí. Así que luego de su taciturno itinerario por la casa y de la evacuación del pasaje, el aparato era conducido por su capitán a un cómodo rincón de la habitación, entre trapos húmedos, alfombras enrolladas e imágenes piadosas, donde comenzaban las labores de descenso, ubicación y anclaje para el mantenimiento de ley. Yo debía encarnar los roles de piloto, copiloto, nave y técnico. Expelía ruidos de todo tipo, silbaba, dictaba órdenes por altavoces imaginarios y dialogaba con el compañero de cabina. Era el protagonista de todos los papeles, pero al único personaje al que le prestaba mi nombre era, claro está, al capitán. Así que cuando al copiloto le tocaba hablarle al capitán, su camarada, lo tenía que llamar por el nombre de pila, que era el mío. A veces me colocaba frente al espejo acebrado y largo que se recostaba contra la pared, y alternaba los parlamentos que cada uno debía manejar.

Cierto día, por casualidad, me detuve más que de costumbre a contemplar mi imagen reflejada en la superficie, al tiempo que modulaba con lentitud el nombre del copiloto o el de algún otro miembro de la tripulación o, finalmente... el que yo, en un acto de fatuidad, le había cedido por horas al capitán. Fue esto último lo que, en el lapso de un relámpago ciego, disparó aquello que varios años después la cofradía bautizaría con el pomposo y chocante título de «la despersonalización».

Recuerdo que ocurrió la misma tarde en que esperábamos la llegada de papá, tal vez de tío y, junto con ellos..., la llegada de Alida. Yo había vuelto a recaer en una gripe que en las últimas semanas me tomaba y me abandonaba a capricho, aunque ahora el malestar era más débil y, tal vez por eso mismo o por la ansiedad de la expectativa, sentía fiebre y algo de vértigo. Mamá y tía no regresaban aún de las diligencias diarias

y aquel día la mayor de las Durán las acompañaba. El silencio era una circunstancia feliz para la travesía del Hindenburg, pero el malestar y el agotamiento después de tres horas de travesía vespertina me habían postrado. Me tomé la avena, abordé la nave y me dirigí al cuarto con la idea de leer por un rato los Callejas, arrojarme y dejarme dormir.

Descendí, aproximé la nave al hangar y miré hacia el espejo con la intención de pedir al capitán su aprobación sobre las maniobras de rutina. Sólo que ahora un centelleante parpadeo interno que desconocía, iba, por primera vez, a recorrer para mí lo que más tarde. La Sigmuncita llamaría «el telón de la contraportada», revelándome entre oleadas de estupor, la debilidad de mis seguros vínculos con aquella habitación, con la vida y con el universo en entero, que a lo largo de mi infancia me habían parecido tan sólidos y eternos. Apenas había mirado hacia la superficie espejeante y dicho mi nombre, en susurro, un halo lunar que parecía emanar de la piel enmarcó el contorno de la imagen. Creí perder el sentido del espacio, cuya ambigüedad ahora me hundía en el fondo luminoso de mí mismo, hacia el vacío abierto tras el ojo anónimo que me contemplaba desde el espejo, y al que vacilaba en tocar. Me miraba y era mirado. Me reconocía y me desconocía. Me llamaba repetidamente y, al mismo tiempo, era llamado por una voz cuyo registro era y no era el mío.

Aquella contradicción de dos caras, volvió una y otra vez, en un zigzagueo que terminó por anclar, al fin lo sabía, en la única idea que sentía cierta: la de que «yo» no era aquel cuerpo superficialmente sólido que siempre había considerado como tal, sino algo profundo e inefable que debía ser redescubierto en su misterio, cualquiera que éste fuese, y que me persuadía sin vacilación de la fragilidad del mundo y de la esencia misma de mi propia fragilidad.

Una mariposa que aleteó desde el jardín y se empeñó en penetrar la lámpara, bastó para quebrar el trance. Cerré los ojos, mareado todavía, y me acosté sobre las sábanas olorosas a jabón azul y a madera, sonriéndole en silencio a aquel incontable intruso que se había asomado dentro de mí y que (¡maldita sea, ya lo sabía!), algún día moriría conmigo sin haberme abandonado jamás.

[Sí. Con los vellitos del brazo y del cuello erizados como un campo de cañas puedo decírtelo: sé de qué hablas. Me disuelvo cuando, mirándome de cerca en el espejo apagado, me nombro... y también cuando, ¡adorado cuerpo improbable!, mirándome de cerca en tu ojo encendido, te toco.

Firmando: tu (mortal y amatoria) Flaca]

2

Secuencia de mediodía, justo después del almuerzo y justo antes de sentarme a trabajar «Las Voces...»: La Flaca llega, acezante (el ascensor, otra vez, nos deja a pie), con una bolsa de plástico abombada, brillante: el esperado huésped para el acuario que nos regalamos la semana pasada. «Delego en ti el derecho a bautizarlo, chamán (¿o simplemente chamo?), grita, antes de dispararse de nuevo hacia la reunión del grupo comunitario.

Le puse Jack, quiero decir al pececito, en honor a aquel otro destripador que hace algunos años barrió, a colmillada pura, la población del acuario de los Paredes.

Sí. También entonces hubo muerte. De hecho, creo no equivocarme si anoto que la primera confrontación estrecha con la muerte, fue aquella tragedia, incomprensible y sorpresiva, de Alberto.

Recuerdo que aquella tarde nos habíamos refugiado en el «Estoril», que, al lado del «Taormina» y del «Guayana» integraba el triángulo de circulación de los cofrades en lo que a terrazas de café se refería. Cada uno encerraba disfrutes (y defectos) peculiares que no compartía con los otros y que, a la modesta escala del grupo, los singularizaba. Aquella tarde, por ejemplo, privaron razones geográficas. Queríamos reunirnos fuera de la urbanización, y el «Estoril», vecino a parque Tiuna, trascendía los límites de Las Acacias. Además, la terraza arbolada y ensombreada que se alzaba a dos metros sobre el nivel de la acera y permitía, por tanto, dominar el paisaje de la Roosevelt, sustrayéndose, a un tiempo, de su confusión, había sido advertida inicialmente por Alberto, y, por mucho tiempo, había chiflado a Maruja con el mágico néctar de fresas a la frappé que constituía su platillo emblemático.

Su única imperfección, la de estar pegada al flaco este de la clínica «Farías», era a menudo desestimada en beneficio de sus virtudes, y podía serlo de nuevo aquel día, con doble peso tratándose de una reunión que no necesitaba de convocatoria para que todos (mejor dicho, los que quedábamos de la cofradía) entendiéramos que estaba dirigida a Alberto y a Maruja, nuestros grandes ausentes.

¿Cómo describir las aristas del nudo corredizo en el que nos sentimos atrapados aquella lejana tarde? Una mezcla de abatimiento, ira e impotencia. Sufríamos por creer, quizás erróneamente, que le habíamos fallado a Alberto; que, de alguna manera,

habíamos sido incapaces de lanzarle al centro del lodazal negro en el que braceaba a ciegas, el cabo salvador. Carmen Luisa, por ejemplo, experimentó aquella semana su primera «gran crisis» (incrusto aquí el mismo término que ella empleó, años más tarde —¿1968?, ¿1969?—, para hacer el balance «retrospectivo» de esa época). Caminando siempre en el filo de la navaja, ayudada por un bastón que ostentaba a un extremo la solidaridad y al otro el humor ácido, nuestra Sigmuncita había actuado como una intérprete permanente de la conducta de Alberto. Ahora, pensaba, la impavidez de la muerte elegida por él reducía al terreno del ridículo sus pretensiones.

Inútil advertirle que ante sus «répices espirituales», como los bautizó Antonio, Alberto ejercía una distante indiferencia. Una actitud que, por lo demás, hacía extensiva a cualquiera de la cofradía que siquiera por un momento intentara, conforme a su criterio, «hacer de él el que no era». Cualquiera, excepto Maruja. Pero La Princesa tampoco lo cambiaba en esencia, sólo lo amansaba.

¿Se hubiese suicidado igual, de no acertar los dos disparos, de no creer que, en verdad, había dado muerte a Febres? Ahora resultaba inútil, pero, por una vez, nos lamentábamos de que su oponente no hubiese reaccionado más rápidamente que él, quizás evadiendo el ataque, o, con un poco de suerte, hasta desarmándolo. El lo sabía: llamaba destino a esa especie de voluntad determinista que ostentaba casi el rango de divinidad y que intervenía en la ocurrencia de los más mínimos latidos de la relojería del universo, incluyéndolo a él y a los rasgos de su carácter.

Algunas veces, condescendíamos a la provocación. Entonces era Carmen Luisa quien gritaba afirmando que el único argumento a favor de Dios, formalmente limpio, el de San Anselmo, entrañaba el grave defecto de contenido que a través suyo se podía demostrar la existencia de cualquier cosa con sólo imaginarla y suponerla única, por ejemplo: una hidra hermafrodita. Todos, entonces, cristianos y paganos, budistas y adventistas del séptimo día, nos revolcábamos en el corredor trasero de los Paredes, ahogados por las risas sobre los tapetes de sisal. Otras, menos chistosas, ondeaba su boina al aire, y, desafiando a la audiencia a que no la tomaran a broma, les imploraba que, por misericordia, por amor a Dios, le señalaran a Dios con el dedo.

En cuanto a Maruja, que se hallaba en los entrenamientos iniciales, leyendo vorazmente todo lo que Alberto, por una parte, y Carmen Luisa, por la otra, le ofrecían, se fogueaba a menudo actuando como «abogada del diablo», en pro de una u otra tola, según su humor, la distancia respecto de la última ocasión en que hubiera disfrutado del sacramento de la eucaristía o la página más reciente por la que hubiera paseado el ojo.

Mientras recordábamos aquellos momentos intensos y dichosos, un humor sombrío

(maldita sea, no me gusta esta palabra, pero no veo otras más exacta) se iba apoderando de nuestra mesa redonda y aformicada. Si la violación de Maruja y el suicidio de Alberto planteaban un reto insalvable para la creencia en un Dios benévolo, ambos hechos, contemplados descarnadamente, convertían nuestras exquisitas discusiones en una nauseabunda ronda de payasos.

¿Por qué elegí aquella tarde, con el contrapunto de los disparos que parecían provenir de todos los barrios de la ciudad, por una parte, y del contagioso clarinete de Chris Barber desde el portátil del cafetín, por la otra, para confiarles la secreta tragedia del origen de Alberto, que él ocultara como una cicatriz y que ellos desconocían? ¿Por qué no unos días o incluso unas semanas después, en algún momento más alejado de su muerte, en cualquier de aquellas conversaciones que nos ocuparon en ese año implacable?

En los tiempos de nuestra crisis, en la época de su derrumbe y de la ruptura, años después, yo recordaría de nuevo este atardecer de finales del enero de 1958 en el que Carmen Luisa me mostrara esa fisura personal que no sería otra cosa que un síntoma de una fragilidad naciente hasta entonces desconocida para todos, incluso, tal vez, para ella misma.

Ahora puedo ver en ella un anuncio precoz de lo que viviríamos más tarde, pero en ese momento apenas representó una ocasión de desconcierto para Antonio y para mí. Permaneció veinte minutos ensimismada, llorando, sin dirigirnos la palabra, mientras nosotros agotábamos los recursos y la imaginación para sacarla a flote, cuando por fin reaccionó —es un decir— fue para hablarnos como si se hallara ante dos extraños: seca y distante, me reclamó la ignorancia en la que la había mantenido con relación a Alberto y, antes siquiera de comenzara a justificarme (algo, como habrán visto, innecesario), se incorporó sin apenas despedirse y nos dejó allí de una pieza.

Antonio y yo estábamos por comenzar a celebrar la brillante, aunque torcida, improvisación cuando, incrédulos al comienzo, nos fuimos convenciendo poco a poco, a medida que la veíamos alejarse por la avenida en dirección al parque o a su casa, sin responder a nuestras llamadas ni volverse, de que la escena, por insólito que nos pareciera, había sido en serio.

De haberme percatado de lo que le ocurría, no la hubiera dejado ir bajo ninguna circunstancia, a pesar del agudo sentido del ridículo que ya para entonces padecía.

Puedo jurarlo. Pero ¿cómo saber que no jugaba?

Hasta el instante en que cruzó la puerta del edificio donde vivía, Antonio y yo esperábamos, todavía con un proyecto de sonrisa que era mitad mueca y mitad proyecto de sonrisa, que se diera vuelta para decretar con un aplauso que la microfunción terminaba.

Entrar ella al vestíbulo (del edificio a la terraza del «Estoril» mediaban poco más de cien metros) y salir yo disparado hacia el teléfono del cafetín decidido a no darme por vencido hasta recibir una explicación satisfactoria, fueron una misma e inútil cabronada. Cuando, minutos más tarde, regresé a la mesa, Antonio no necesitó de relatos para inferir qué había resultado de la llamada. Nada. Silencio absoluto. Tres veces marqué el número y tres veces me había cortado. Aquello no solamente era absurdo sino insultante. Con estas palabras se lo dije a Antonio, que se encogió de hombros: estaba de acuerdo, pero ¿no era aquello una conspiración? ¿Una maldición astral? ¿Cómo mierda se llamaban el signo zodiacal y la casa celeste por donde transitábamos, Llanero? ¿Podía iluminarlo? Primero Maruja, dos veces, luego Alberto, luego la serruchada a tu viejo, ahora Carmen Luisa. La probabilidad de que aquella serie se debiera al puro ejercicio del azar, era nula, yo debía saberlo, me dijo. Y en cuanto a La Sigmuncita, si hubiese vaciado de una envión la pócima del Dr. Jekyll no se habría transmutado en alguien menos reconocible. Vivimos tiempos negros, hermano, y, ¡maldita sea!, no sabemos por qué. Tuve que estar de acuerdo con él. Era, exactamente, como si todos nos estuviésemos volviendo locos.

Probé un sorbo de café que me supo a bosta colada y oí que Antonio me aconsejaba, refiriéndose a la reacción de Carmen Luisa, una dosis de paciencia: ya se repondría. Entonces fue cuando, repitiendo su sugerencia, susurré por primera vez (¿se dieron cuenta de cuán rico en «primeras veces» resultó aquel día providencial?) aquellas palabras que llegarían a constituirse en una especie de guaracha triste por el espacio de los diez años siguientes que el destino me tenía reservado en metal noble: «tendré que esperar a que se le pase».

Un ruido infernal que procedía de la columna de tanquetas que remontaban la avenida hacia el este, nos interrumpió. Algún paciente, algún personal de servicio, alguna enfermera blanca se asomó al portal de la clínica para contemplar el sorpresivo desfile. Oí que alguien comentaba que aquellos serían los últimos estertores del gobierno, mientras otro le respondía, Dios lo oyera, y golpeaba con los nudillos la madera del mostrador.

Antonio, quizás para aliviar las tensiones, comenzó a describirme su nuevo invento, el ajedrez octogonal, al cual apenas le faltaban algunas reglas adicionales sobre el

movimiento del alfil. Respetaba la creatividad de nuestro inventor favorito, pero no me hallaba en forma para nuevas ideas: las que tenía, pocas por fortuna, ya me pesaban en exceso. Miré hacia la acera opuesta, en dirección al cruce de Roosevelt con Nueva Granada y recordé a papá y a Carmen Luisa y al tragicómico incidente del día en que, por fin, yo decidí abordarla. Allá se alzaba el pequeño arbusto donde la comitiva casi me atropella, y aquí al lado estaba la clínica donde papá me había traído. De aquello hacía apenas unos pocos meses, menos de un año, y, sin embargo, sentía que había transcurrido una distancia enorme: imposible de estimar, pero enorme. Lo compartí con Antonio, quien, previsiblemente, abrió su vena para hablar de la duración psicológica de la experiencia vivida. No tenía remedio, me dije, pero la culpa era mía por buscarme amigos de aquella calaña. Me gustaría que un día dejáramos de pensar, le propuse, aunque sin perder la conciencia, aclaré. Trato hecho, comencemos desde ya a pensar en eso, tal vez se nos ocurra algo, bromeó.

Y los dos sonreímos por primera vez aquella tarde, con amargura y no sin complicidad, hasta donde las circunstancias nos dejaban.

3

La llegada de Alida al desvencijado palacete de las Durán, me cambió de un tajo. No sólo domé mi cuerpo para sacudirme en doce horas los vestigios de infección y la fiebre: con la complicidad de la Durán menor (en quien descubrí a una niña a pesar de la avanzada edad), llegué a transformar la habitación de los trastos en escenario de vodevil, donde el púber siniestro, disfrazado a imagen y semejanza de Xandú El Magnífico, se las arregló, después de una visita de papá a «La Media de Seda», para engullir retazos de papel encendido, extraer serpientes multicolores de sombreros vacíos y hacer hablar a las gavetas de la cómoda.

Otro día, recordando la pasión de Alida por los retratos de época, persuadí a la Durán para que nos mostrara los álbumes de la familia, un tesoro que la hermana mayor compartía sólo con el fantasma del esposo muerto: imágenes en óvalo de mujeres pálidas con encajes, mantillas y robacorazones, que miraban hacia algún punto del vacío entre la cámara de fuelle y el paraván con arabescos brumosos; grupos en bodas; muchachitas en trajes de primera comunión, con cirios y misales entre las manos, y... una revelación inesperada que nos tumbó de risa por media hora: el bebé de doce meses, boca abajo, sobre cojinetes y colchas, el mameluco de paño blanco que lo envolvía y se prolongaba en el par de orejas sobre los bucles ralos: al pie, una

inscripción: Alidita Malpica en disfraz de conejo, recuerdo de los carnavales de 1936 , y luego una frase ilegible.

También operé más allá de los límites del castillete. Con maña convencí a papá para que en su Citroën medio achacoso pero fiel complaciera a la recua de adultos que se desvivían por explorar las urbanizaciones fronterizas. El Citroën, estrecho, no abría espacio a los curiosos, y yo me dejaba obligar, luego de una renuncia hipócrita, a aceptar por asiento el regazo de Alida, quien se burlaba y me hacía cosquillas y se movía sin piedad al ritmo que el Pachito e´ Che, Moré, o el ágil cadereo de Pérez Prado, le dictaban desde el radio del tablero, mientras mi pobre vientre era devorado por hordas de comejenes carnívoros.

Y la playa: su olor a almendrones y a salitre, que yo comprobaba sin pudor, distraído, lamiéndole el brazo.

Fue una temporada intensa y feliz, a pesar de las interrupciones provocadas por las visitas de Alida al lecho de enfermo de Bermúdez. A veces, en la soledad de la medianoche, me veía obligado a apretar los dientes para que las lágrimas de dicha no se soltaran en un alarido de éxtasis que despertara a la ciudad toda y pusiera en evidencia mi delirio. Si en esos días alguien hubiera osado advertirme que aquellos accesos serían apenas el aperitivo de una apoteosis ante la cual el más enfermizo de mis desvaríos podía palidecer, me le hubiera reído en la cara.

Sin embargo, fue exactamente eso lo que ocurrió, para mi asombro, aunque el sueño de la noche anterior lo presagiara casi al detalle.

Veo una habitación gris en cuyo centro destacan dos camas coronadas por pesados e imponentes copetes de madera labrada y doseles de damasco. Hay paisajes desolados colgando en las paredes, un escaparate con puertas de espejo. A distancia comienza a escucharse un ruido grave y sordo que se hace cada vez más intenso y cercano. ¿Carrozas? ¿Tanques de guerra? En todo caso intuyo que se trata de algo enorme o múltiple que me hace sospechar, aun que muy vagamente, una amenaza. Miro la escena toda desde la entrada del dormitorio, pero por alguna razón no me siento participando. Por momentos pienso que estoy en el cine, y que todo sucede como en una película proyectada desde cierto lugar detrás de mí por un motor invisible.

Pero no: si bien la cama de la izquierda está vacía, en la derecha hay un cuerpo que se mueve lentamente, desperezándose, y que, una vez que se desliza bajo el foco de luz, resulta ser Alida. La alegría y la sorpresa me llevan el corazón a la garganta. Mientras trato de controlar la pulsación, el golpear del latido se mezcla con el ruido amenazante que escuché antes... Me esfuerzo en comprender si el rugido proviene de la escena

que se desarrolla en la película o de la sala donde se supone que yo contemplo como espectador.

La revelación, sin embargo, no se hace esperar: horrorizado en el brumoso silogismo del sueño entiendo que si la secuencia que transcurre incluye a Alida, no puede tratarse de una película sino de una escena real. Como para confirmar mis temores, Alida, que hasta aquel momento ha actuado con toda naturalidad, ajena tanto a mí como a la amenaza que ruge tras los muros, yergue la cabeza para percibir mejor, mira desconcertada hacia el techo y las paredes, y un segundo después es sólo un amasijo de terror que grita desde la cama.

Entiendo que aquella llamada me involucra y resuelve el dilema: soy parte de lo que ocurre. No sé si lo que ocurre es el fragmento de una película o del tiempo real, pero lo mismo si percibo, recuerdo o imagino, soy parte de eso. Me precipito a la cama y la abrazo. Ella tiembla, pero en mí el placer de aquella proximidad anula el temor. Al fin, por el eco acuoso, por el trueno de piedras en avalancha, me resulta evidente que se trata de una inundación.

No es, sin embargo, el resultado del desbordamiento de un río o el efecto embudo producto de prolongados días de lluvia. No. Lo veo claramente. Veo el muro de la represa resquebrajándose, veo la masa inmensurable de agua ensanchar las grietas y reventar la contención, veo la avalancha salvaje descender por la garganta del cerro, aproximándose.

En unos segundos todo esto será arrasado, pienso. Pero no le digo nada a Alida. La idea de morir abrazado a ella me hincha de felicidad. Cierro los ojos atándome a ella, oliendo sus perfumes, abandonándome a la catástrofe inminente en la certidumbre loca de que nadie, ahora, se interpondría jamás entre nosotros.

La noche siguiente llovió. El aguacero ventoso que se desató desde el mediodía no sólo inundó buena parte del jardín sino que derribó el añoso mamón del patio, arrojando pesadas ramas podridas en el techo y abriendo, providencialmente, una enorme fractura en las tejas que coronaban mi improvisado dormitorio. La emergencia se hizo mayor debido a la hora, y las hermanas Durán (o los ángeles bienaventurados que en aquel momento usurparon sus cuerpos) decretaron que, puesto que yo era todavía un niño, y dado que no había otro sitio más apropiado, podía dormir por aquella noche en la cama vacía que sobraba en el cuarto de Alida, mañana ya se vería.

Contuve la respiración, me hice el distraído y repasé, en silencio, los renglones de la letanía mientras se terminaba la limpieza inicial de los destrozos causados por la tormenta.

Como era previsible, la llegada del momento esperado con tanta ansiedad me desarmó. Amaba a Alida, pero era evidente que nuestra relación, más allá de mis fantasías y padecimientos, nunca había violado los códigos de la amistad. Me di cuenta hasta qué punto mi <<pasión>> no había sido más que un babeo solitario y cómo, entre nosotros, no había existido otra intimidad corporal que la del juego. De pronto sentí vergüenza de ella, de todos los abyectos planes en que mi delirio la había envuelto sin el menor consentimiento de parte suya.

La oí salir a cambiarse en el baño y regresar. La oí entrar en el cuartico, curucutear en el aguamanil, sentarse en la cama. Estaba oscuro, aún lloviznaba. Yo tenía frío y comenzaba a sudar. Sentí náuseas, pero ni las pijamas ni las chancletas aparecían por ningún lado, y para alcanzar el baño debía salvar parte del pasillo donde aún el viento cortaba y mojaba. Abrí y revolví a ciegas las gavetas del escaparate y finalmente decidí vestirme de nuevo y tratar de atravesar el corredor a tientas, alejándome de los desagües y pegándome a la pared como mejor pudiera. La topografía precisa que la rutina aérea del Hindenburg había levantado, me resultó de inapreciable ayuda. Al fin me recliné sobre la poceta, boqueando y resoplando en vano durante cinco minutos, y probablemente hubiera permanecido allí, titiritando y aguardando en balde la devolución que no se decidía a llegar, si la tormenta, el frío y la oscuridad absoluta en que me veía aislado no hubieran terminado por convencerme.

Para no hacer ruido, me senté en la cama con movimiento tan leves que podían hacer pensar que intentaba armar un castillo de barajas en vez de acostarme. Es verdad que los estallidos del aguacero volvían inútil toda precaución, pero para mí se trataba de otra cosa, no del ruido. Se trataba de una especie de «delicadeza» hacia aquella víctima a quien mi deseo había esperado profanar, y, por fortuna, desistido de hacerlo, y a quien ahora sólo anhelaba reverenciar en silencio, custodiando a distancia su sueño.

Sólo que, como dice el oráculo (y yo aprendí aquella noche), los mortales proponen y el cielo dispone.

He aquí el expediente.

Ahora me encuentro tendido sobre la cama, rígido. Mi ojo abierto en asombro trata de perforar los velos negro que lo separan del cielo raso. Estoy desnudo. Sin pijama ni cobija tiemblo bajo la sábana. Para calentarme me imagino en Catagua, corriendo entre los chaparrales bajo el sol blanco del mediodía. La tibieza que me invade desde los pies y desde el recuerdo al mismo tiempo me adormece, siento que estoy casi inconsciente y que me deslizo aturdido hacia la felicidad del sueño. La respiración gruesa que traza el límite entre la vigilia y la duermevela franquea una última hendidura de mundo con la que alcanzo a distinguir un cabo de vela en el sitio iluminado por el relámpago y un zumbido humano que regresa en donde creí escuchar el eco agudo del tímpano.

Ahora oigo con claridad: es la voz de Alida la que me llama. Me volteo, todavía incrédulo, con los restos de voluntad que la sorpresa ha dejado intactos: ha cambiado de posición y, acostada boca abajo con la cabeza hacia los pies de su cama, la cara despegada de las sábanas, sostiene una vela en la mano izquierda. Por un momento experimento un golpe sordo en la nuca que me paraliza y me enmudece, pero conservo la tenacidad del desquiciado: ¿qué?, logro responderle, al fin, casi con un chillido. Con la señal del índice cruzado sobre los labios, me tranquiliza, sonriendo, shiii, gritando así ibas a despertar a la casa entera. Me sonrío de nuevo, esta vez en silencio. Entre las sombras chinescas de la vela, le descubro unos ojos de culebra vaheando que nunca antes le había visto. Trago saliva. «Se ha acostado hacia los pies de la cama para que pueda verla», pienso. Me sonrío también. Espero. Nos miramos.

¿No tenía frío yo? ¿No me congelaba así, desnudito, como estaba? Me doy cuenta de que, en verdad, estoy desnudo, y me ruborizo a pesar de la oscuridad. Pero percibo algo extraño en aquello: ¿y tú, como sabías que yo estaba desnudo? Me lo dijera ella. Risitas. Fácil era: la Durán se había confundido con tanto ajetreo y había enrollado mi pijama y mi cobija en el paquete que le había colocado a ella. Zúmbamelas, le digo, candoroso todavía, lo juro. ¿Qué?, se hace la sorda. Déjate de jueguitos y zúmbamelas, le repito, con una seriedad ministerial. ¿Y si no? ¿Qué le iba yo a hacer si no...? Ni se te ocurriera, panzona, comienzo a seguirle el jugueteo, echando mano del ping-pong de apodos grotescos con que nos distraíamos desde la infancia. Cabeza de tapara, me responde, eres un pichurro, ignorante, cabeza de tapara, cantandito, balaceando la vela peligrosamente sobre las almohadas, el babero me trajeran, me fuera a chupar el dedo, bebé, cantandito. Pichurro y todo vas a tener que pedirme perdón si no me la zumbas, le lanzo el ultimátum. Eso es viéndolo, me reta, quítamela si puedes, quién había visto bebé poniendo condiciones, le dijeran.

Me está invitando, recuerdo que pensé. ¡Es increíble pero me está invitando! La oleada de felicidad que me bate crece hasta el punto de ahogarme. Tranquilo, me susurro, tranquilo. Respiro profundo, reúno fuerzas y, abriéndome paso entre bacantes

y baños de machos cabríos, nado a ciegas hacia su cama. La posibilidad inminente de aquel contacto mullido que mi fantasía había sobado durante tantos meses, bastó para volverme loco. Como en las mutaciones que padecía en los cruceros del Hindenburg, me multipliqué y me disolví. Ignoraba quién era. Desvariando, recitando incoherencias en la esperanza de distraerla para impedir que se arrepintiera en un último acceso de recato, anclé acezando al borde de su cama como al borde de una isla desierta.

En el temblor de la vela veo su rostro con vetas anaranjadas y oscuras que me sonrío, y, más allá, su cuerpo: tendida de lado, apoyada sobre el codo izquierdo, inclinada, mechones de cabello negro sobre los hombros, las piernas retozan bajo la cobija que la cubre hasta el cuello.

Mentiría si dijera que recuerdo con exactitud lo que siguió. Parecido hasta en sus detalles a las delirantes borracheras a las que me entregaría, en algunas noches de éxtasis, muchos años después, pero claro, revestidas con el estupor de la revelación y la entrega original que éstas no tuvieron, tiemblo todavía ante las versiones superpuestas que con los cabos de aquella remota experiencia de iniciación, completa hasta donde podía serlo tomando en cuenta al sátiro en período de gateo que yo era, ha entretejido mi memoria.

He aquí un relato de aquella noche en el que incurrí algunos años más tarde, en una época en que me entregué al jugueteo experimental con las palabras más de lo que resultaba saludable (¿a los 16, tal vez, o a los 17?).

Pequeña ronda nocturna con eufonías

Veo mis brazos que se alzan, veo mis manos que se abren y se encrespan como garras de cunaguaro sobre Alida, mientras gruño y me envuelvo en una colección de muecas, de respingos, de cabriolas insólitas sólo comprensibles en el resplandor del deseo. Ibas a ver, panzona, ¿dónde era que estaba la cobija? ¿Dónde te la habías metido, tú, brujita?, me dijeras, preparando el asalto. Y ella ya entregada al juego, ya entendiendo pero haciéndose aún la modosita, que viera si el cunaguaro bebé podía encontrarla. Y yo lanzado ya, buceando en la venenosa laguna de las sirenas. Y ella tanteando, alzando la cobija, apoyada todavía en su codo, deslizando con la mano derecha el pequeño bulto que en este momento alcanzo a ver, detrás, hacia su espalda, con todo desparpajo, el mismo bendito bulto detrás de sus caderas que se mueven copiando el

ritmo de la cancioncita que ella entona, quién lo alcanza, quién lo alcanza, el pequeño-bebé.

Y el cunaguaro que arremete de nuevo, todavía con una sombra de recato, y la despreciable sábana que cubre la pelambre del cunaguaro deslizándose hacia el suelo, y ella y yo entregados al fragor de la lucha, ignorando ella que el cunaguaro ha quedado desnudo, hasta que me distancio un momento hacia atrás para estudiar una nueva embestida, y me pongo en evidencia, y me turbo por un segundo, pero ella, con la mano en la boca, una risita de sorpresa, de nuevo toma las riendas, ¿tiene friíto el cunaguaro bebé? ¿no quería el pichurro acunarse con su primita?, me amielaba, me consentía en broma pero en serio, ¿no venía para que su prima querida le diera su calorcito, nené, tullido como estaba, su arrorró?

Yo columpiándome ya sobre ella, el cupido cabrón, el concupiscente capitán. ¿Viene el cunaguaro bebé? Para ver quién era la panzona, para que tanteara dónde estaba la panza que decía, pichurro, dónde.

Dudando, el duro se hacía el donjuán domado.

Su mecida, insistía, su canción de cuna, su chupón. ¿No viene? ¿No gatea hasta aquí? Rodando ella el rostro, retozando, removiendo rodillas sin reposo en la ruta rumbosa. Mientras el requetebebé rebusca redondeces remontándola ya.

Sobre ella finge que la lucha el capitán, hunde la garra el cunaguaro, yo, bajo la colcha, cayendo en cuenta con asombro, con dicha, que nada hay, nada bajo la cobija, que se interponga entre ella y yo, entre ella y yo, nada.

Ella y el pequeño cunaguaro frotando piel contra piel, frotando en frufú fogoso, firme, en forma, ella furiosa, farfullando fájame con frenesí, fusílame; furrueándole yo la flor fragante, fondeando entre los forros como facineroso fornicador, frágil pero allí fantaseando en mi falucha.

Mi biberón, mi acurrucadita, ¿no quería?, bajando la mano, acariciándome, brujita, retozando, abrazándome ya bajo las colchas, su jugueteo, su nené lindo. Mi sobada, yo entre los senos el cunaguaro. Su beso. ¿Quién era la panzona? Nadie, digo tú, digo nadie: contra su pecho restregándome, nadie era la panzona. Su chupeta. Entre los brazos el supercapitán, entre las piernas el cunaguarito, yo, sobando, besando, sí. Su nenecito. Loquita toda, me la comiera. Retorcidita sobre la cama. El chupón: ¿no quería mi cunaguarito entre las piernas?, pregunta, ¿no le tocaba el seno a su nene?, halando la boca hasta la punta, acunándome, su besito.

Entonces yo chupando, chachareando en un chinchorro sin chancletas. Ella chillando,

pidiendo chicha, chapaleando con chapaletas chutas.

Yo mamando, montando, mordiendo. Ella majadera de mentira, y más me la manoseaba, más moneaba mimosa la manopla desde la mullida base hasta la mandola mudéjar.

Ella que araña, que me llama, que nada en la mar plana. Yo que la ataco en la almohada sin albarda, sin faja, sin tacha.

Ella me la baja, me la besa, me la abarquilla, basta, basta, blasono, pero me la bate mientras yo le bebo la bamba, baja, baja más, balbuceo, bésame, y así le barajo desde la base hasta la boca, y ella bendito, bendito, bendito, batuquéame sin bondad, con baba, bebé mío.

Sácalo, sóbame, susurra ella. Yo sudando soy silbido zumbante sobre sus zonas, soplo y sacudo y suavizo. Súbete, susurra, zarandéame con soltura, con suavidad. Sabrosito, sermonea, mientras yo sorbo la sangre, a sabiendas de que la sacudo a son de salsa, a son de soneto, a son de zumba que zumba sin sosiego. ¿Siempre soñó sollozar así? ¿Siempre?, sondeo en la sombra. ¿O es sólo zanganada de zafia? En silencio sisea ya, pero no se zafa, sin cesar sufre y sonrío, subiéndome al cielo, sofocándome en la subida, sacudiendo a saltos mi sable hacia el supremo susto suspendido.

[Nota marginal de La Flaca. ¡Bis! ¡Bis! ¡Bravo! ¡Repítame el rugido rápido, Ruin Ramplón!]

Capítulo IX: 1958

1

EL SAQUEO de la casa de los Landáez ocurrió a comienzos de febrero. Aunque no fue un acontecimiento recogido en la prensa, logró provocar la extrañeza y la suspicacia de los que, por una vía u otra, alcanzaron a enterarse de los hechos. ¿Por qué se producía en una fecha tan postergada, cuando ninguno de los otros sucesos similares de los que se tenía noticia llegaban a distanciarse más de una semana en relación con la huida del presidente?

Veamos cuáles fueron los acontecimientos.

En primer lugar, y por fortuna, la familia no se hallaba en el sitio elegido. Persuadido por los escasos amigos con que aún contaba, y luego de una prolongada consideración de alternativas y de una veloz recolección de objetos estrictamente indispensables, Landáez se había trasladado, familia incluida y no sin vergüenza, a la casa de Bermúdez y de Alida, quienes encarnaban, dadas las circunstancias, los anfitriones por excelencia.

Por su parte, los ruborizados huéspedes (uno, entre ellos, intentando camuflar con humor la turbación que ya sabemos de dónde provenía), se acomodaron, con paciencia y con voluntad, a las dos habitaciones dispuestas para ellos por sus convidantes en aquella mansión que se erigía en una apacible esquina, al cabo de una calle ciega en las estribaciones de Las Colinas de Bello Monte. La única desventaja del refugio, a juicio del grupo, residía en la distancia que los separaba de la abandonada quinta de Las Acacias, con la que sostenían una nostalgia casi dolorosa.

En cuanto a ésta, había quedado bajo la vigilancia de un antiguo empleado de servicio en el ministerio de Landáez (bedel, limpiapisos, mandadero, chofer ocasional) que para el momento del derrocamiento estaba a punto de cumplir por segunda vez el lapso requerido para la jubilación: don Toribio.

¿Por cuánto tiempo? Esa era una interrogante que ni siquiera el propio Landáez estaba en capacidad de responder, acosado como se hallaba por la incertidumbre de la coyuntura. El general se había exiliado, una junta de gobierno había tomado el mando, los líderes opositores expatriados regresaban cada día por centenares y el proceso era, a todas luces, irreversible. Para los funcionarios de confianza del régimen desplazado, sin embargo, no estaba clara la normativa legal que se les aplicaría ni la naturaleza de los delitos de los cuales se les podía acusar, llegado el caso, por tanto, las estrategias de defensa legal o, incluso, social y económica, que resultarían apropiadas para

escudarse ante las líneas de asalto.

Con este corsé de provisionalidad, las decisiones no podían ser de otra índole que intuitivas. ¿Qué debían hacer? ¿Permanecer en la casa? ¿Alquilarla, venderla, hipotecarla? Pero entonces, ¿adónde irse a sobrevivir? ¿Quedarse en Caracas? ¿Irse de vuelta al interior de donde habían salido diez años antes? ¿Exiliarse? Y en todo caso, ¿cómo se ganarían la vida? Nulo. Imposible responder. Para no mencionar el problema de la pertinencia de algunas de estas preguntas, porque todas ellas daban por descontada la libertad de maniobra.

Sentado en el filo de esta navaja de doble hoja, fue donde Landáez se inclinó por la transitoria opción de evacuar la casa, refugiarse con la familia en una madriguera insospechada, hacerse de un guachimán de confianza, y, según la dirección y la fuerza de los vientos, poner a seguro en un servicio de custodia, el mobiliario, los utensilios y los objetos que aquel éxodo intempestivo dejaba atrás. Aunque ni el retorno ni una mudanza estratégica dentro del mismo territorio urbano estaban descartadas.

Ninguna de estas alternativas, sin embargo, tomaba en cuenta el riesgo que, en definitiva, se abatió sobre «La Landaezera». De manera que aquella tarde en que, sin pasar aviso, irrumpió en escena la poblada de marras, «La Landaezera» se hallaba solitaria, pero tan intocada en su interior como si sus habitantes hubiesen salido a dar un paseo por la vecindad, dejando cada mesa, cada cristal y cada florero de cerámica en el preciso lugar en que siempre habían reposado. La única sombra en aquel paisaje doméstico era la desgarrada y frágil silueta de don Toribio que cada tal por cual abandonaba su nicho, apestoso a sahumeros de tabacos, en la habitación del fondo, para practicar su patrullaje preventivo a lo largo de pasillos, cuartos y jardines, al tiempo que sostenía la respiración para no importunar a los morrocoyes del traspatio.

¿Cuántos eran? ¿Cuántos y cómo llegaron? ¿Qué buscaban? Difícil decirlo. Se agruparon frente a la casa lanzando mueras y, enseguida, tal vez para amedrentar a las personas que suponían dentro, tal vez para soplar los ánimos de los más pusilánimes de la gavilla, se dieron a la tarea de lanzar piedras y pesados trozos de madera contra la fachada y, en especial, contra las ventanas que, desplegadas en las paredes frontales y laterales, ofrecían apetitosos blancos de vidrio. Al no ver reacción alguna desde el interior, dos o tres de los más osados, que a todas luces constituían la vanguardia de choque abrieron la verja, penetraron al jardín y, valiéndose de cabillas, palancas y picos, desportillaron y forzaron la puerta de entrada.

Don Toribio, quien recién entonces se despabilaba de su sopor vespertino y

presentaba su aterrado y huesudo rostro a los invasores, fue rápidamente sometido, amordazado y dejado a un lado, mientras el resto de la multitud entraba en oleadas sucesivas que se desplegaban en todas las direcciones, gritando y arrasando con lo que encontraban al paso.

La explosión de violencia había resonado en las manzanas próximas provocando consternación y temor entre los vecinos, quienes, sorprendidos por la naturaleza del ataque, reaccionaron con una epidemia de parálisis.

Todos con excepción de los Paredes. O quizás sería mejor decir de doña Hortensia quien, junto a Lastenia y Polito, era el único miembro de la familia que estaba en casa en aquel momento. El coronel se hallaba en una de las interminables reuniones de proyecto que constituían la norma en la institución armada desde el cambio de gobierno; Antonio compraba materiales para su tercera versión de ajedrez poligonal, y Maruja, que ya se animaba a salir, hacía esfuerzos en el diván del consultorio para sintonizar con Monsalve, el psiquiatra, a quien, después de sinuosas dudas, había accedido a acudir dos veces por semana.

Lo que siguió a continuación constituyó por momentos una comedia de las equivocaciones en versión dramática, a pesar de la buena voluntad de los actores y de un final que aunque trágico, no exhibió los ribestes apocalípticos que, por desgracia, estuvo a punto de alcanzar.

[Nota bene: Los interesados en una visión más fiel que la suministrada por la literatura, necesariamente sucesiva, pueden apelar al dispositivo de imaginar una pantalla de video dividida en cuatro subsecciones de igual tamaño (que pueden aumentar a seis o reducir a dos, según las necesidades), en cada una de las cuales se desarrolle, de forma simultánea, una secuencia narrativa distinta y parcial, aunque paralela, del transcurso temporal que sigue.]

Veamos.

Doña Hortensia, temblorosa, levanta el auricular y marca el número de los Bermúdez para comunicarse con cualquier miembro de la familia Landáez, especialmente con don Francisco. La llamada es recibida por doña Consuelo quien, para sorpresa de su amiga, se nota a través de la línea tan atribulada como ella misma. Doña Hortensia, intentando, sin éxito, no generar pánico, le cuenta en cinco párrafos extensos lo que está ocurriendo (o lo que ella, desde su casa, cree que está ocurriendo) en «La Landaezera». Termina el quinto párrafo y no oye reacción al otro extremo. En vez de eso, escucha, al fondo, con dificultad, un grito con el que alguien parece estar llamando a la señora Landáez.

Corte.

Resulta ser Alida, quien con dificultad ha logrado llegar hasta el aparato, no para hablar, sino para auxiliar a doña Consuelo que parece tan afectada por lo que ha oído que ha estado a punto de desvanecerse. No hay necesidad de acudir a los primeros auxilios, aunque Alida insiste. La afectada se repone y le contesta a la amiga, ay, mijita, se muere ella con esa desgracia, no soporta; pero todo venía junto: Alidita había comenzado a perder sangre y Bermúdez, desde la clínica, entrando al quirófano, le ha ordenado reposo absoluto. ¡Y ella es la única para cuidarla! No, no insistas tú, Alidita, lo del saqueo es una tragedia, pero «La Landaezera» puede hundirse: ella no te deja sola. Lo que debes hacer, Hortensia, mi amor; es llamar a Julio. ¿La policía? Ni loca: colaborarían con los saqueadores, los protegerían, incluso, tenlo por seguro. No, ella no sabe dónde localizar a Francisco, pero lo intentará. Mientras tanto reza, Hortensia, encomiéndamele la casita a San José Carpintero. Doña Consuelo, en efecto, acomete la diligencia: una, tres, cinco llamadas. Negativo. Francisco no aparece por sitio alguno. Pero los que han sido interrogados se comprometen, a su vez, a colaborar con la misión. De uno a otro extremo de la ciudad, los impulsos se cruzan, tejiendo una espesa red fosforescente, al tiempo que el viceministro, como pez verraco, como guabina abisal, evade, sin proponérselo, la trama.

Corte.

Doña Hortensia, por su parte, marca el número del coronel. ¿Se encuentra allí? ¿Podría decirle, por favor, que es muy urgente, que se trata de la familia? No, no señor, mis respetos y saludos al General Arias, pero comuníqueme al coronel Paredes que es de vida o muerte. Bien. Gracias.

Corte.

Paredes se excusa: todos han escuchado la naturaleza del mensaje. ¿Hortensia, hija, qué ocurre? Asiente a medida que desde el otro extremo del hilo le llega la emergencia. No debes perder la calma. ¿Dices que Francisco no ha sido localizado? ¿En ninguna parte? Ten cuidado con Maruja. Y que Antonio esté alerta. Por lo que me dices no hay peligro de que la poblada se extienda. Tiene todos los síntomas de una revancha política. Calma. El va a librarse de la reunión y a salir para allá. Antes de dirigirse a la sala capitular del edificio, sin embargo, el coronel toma, a su vez, el teléfono y marca los dígitos de Eudora, es decir, de Marisela, quejándose mentalmente de la inocente promiscuidad de Francisco, su querido compadre.

Corte.

En el café Taormina, Fernando interrumpe la lectura paralela de «Seis personajes en busca de autor» y de «La muerte de un vendedor viajero» (cotejo mediante el cual intenta imaginar una puesta en escena que le permita aplicar, en algún entarimado del futuro impreciso, la ruptura de la distancia a la reflexión milleriana) alquila el aparato del mostrador y se conecta con los Paredes. ¿Se encontraría, por casualidad, mi querido Ciro Peraloca? Escucha a doña Hortensia, quien de inmediato lo pone al tanto de los hechos, sin detenerse a darle razón del paradero de Antonio. Fugazmente teme por los libros y los discos, pero enseguida se tranquiliza al recordarlos en el rincón seguro que Antonio les ha asignado en su dormitorio (no ha querido sofocar bajo cajones y paquetes la residencia de los Bermúdez) y decide ponerse en marcha hacia su antigua casa.

Corte.

La llamada de Paredes es respondida por Eudora quien, al tomar la bocina, se turba (como a menudo le ha ocurrido con los amigos de Francisco, en especial desde que el ex vice la dejara por Marisela, el coronel surte en ella el extraño efecto de seducirla al punto de hacerle perder la compostura). Sin atinar con el tono que debe emplear, balbucea entre el protocolo derivado del respeto que la investidura militar de Paredes le impone y el deseo de aprovechar la rendija para coquetear con él, tanto tiempo que hace, hasta que escucha el grito del coronel, cortándola, urgiéndola a llamar al compadre. Landáez toma el auricular y palidece segundo a segundo a medida que Paredes le cuenta lo que Hortensia, a su vez, le ha narrado a él. Marisela salta. Eudora salta. Perucho, que se halla de visita, salta ¿Qué hacer? Landáez no tiene carro (para evitar las tentaciones siniestras de algún trasnochado revanchista que nunca falta, ahora se desplaza en «libres»). ¿Qué hacer? Si Ud. no se opone yo puedo acercarlo hasta allá: no es una gran cosa mi Plymouth, por supuesto, pero le garantizo que llegamos, aunque sea empujados, ofrece Perucho, que a la sazón ya había aclarado malentendidos con el ex vice. Es cierto, mi vida, dice Marisela, si te dedicas a esperar «libres» no llegas hoy. Eudora apoya, sí, Francisco. Perucho abre la puerta, Landáez aborda y se pierde rumbo a Prado de María. Don Francisco se lleva la mano al sitio donde habitualmente se encuentra enfundada la pistola. En lugar del arma, vacío. Le pregunta a Perucho. No: también Perucho anda desprotegido. Grita una maldición y se pasa el pañuelo por la frente, ¿cuándo acabaría todo? Tal vez no sea necesario, dice Perucho. ¿Cómo? Tal vez no sea imprescindible llevar armas. ¿Le dijeron de dónde salían?, pregunta Perucho. ¿Quiénes? Digo los saqueadores, ¿sabe de dónde venían? Al parecer no llegaron desde la avenida Victoria, bajaron desde la punta del cerro, responde Landáez. Para lo cual han tenido, en primer lugar, que subir por la ladera norte, es decir, la del barrio, conjetura Perucho, subieron a la cima desde el barrio, traspasaron la cerca divisora de las crestas y bajaron hasta su casa, no pudo ser de otra manera, explica Perucho. Esa gente viene de San Agustín, de la Charneca, de Hornos

de Cal. No tendría nada de raro que yo los conociera. Landáez lo mira, escrutándolo. Perucho le devuelve la mirada: tal vez pueda ayudarlo, mi vice.

Corte.

Entretanto, Antonio ha terminado sus compras y, examinando la calidad de los cartones y de los trozos de madera que lleva en la bolsa rotulada, camina a ritmo de paseo por la avenida Guayana, rumbo a su casa.

Corte.

Maruja se despide del psiquiatra, le cancela a la secretaria del consultorio y toma un taxi de regreso.

Corte.

La red de impulsos telefónicos es ahora sustituida por un diagrama de puntos incandescentes que se desplazan a diferentes velocidades sobre la cuadrícula de un plano y convergen hacia las colinas de Las Acacias.

Corte.

Cuando Landáez y Perucho llegaron a la cuadra de «La Landaezera», el ex viceministro pasó del temor a la depresión: dos camionetas estilo pick-up sin placas de circulación, cargadas de objetos de todo tipo (se podía entrever el flequillo de una alfombra, un fragmento de la cañuela de un cuadro), partía de la quinta saqueada y pasaba rauda delante de ellos como si estuviese practicando un recorrido rutinario. Los hijos de puta arrasaron hasta con las pocetas, observó Landáez, abatido. No, todavía hay movimiento dentro, tal vez podamos hacer algo, respondió Perucho. Landáez lo miró: las camionetas, dijo. ¿Qué pasa?, preguntó Perucho. Si los saqueadores remontaron el cerro desde Hornos de Cal, ¿de dónde salieron estas camionetas? Perucho respondió que no podía saberlo, pero que si la poblada provenía de donde le habían dicho, quizás él podría hacer algo. Le aconsejó al viceministro que permaneciera rezagado, para evitar que lo reconocieran: nunca se sabía, ¿no? Landáez, por un momento, sonrió con cansancio: así estaban las cosas que hasta El Guitarrista le dictaba consejos: el mundo andaba al revés. Pero permaneció donde Perucho le había sugerido, mientras contemplaba cómo éste se aproximaba a la casa de donde aún entraban y salían personas, franqueaba la verja del jardín, ahora destrozada y sacada a medias de sus goznes, y, finalmente, entraba al propio ojo del huracán, donde se preparaba la barrida final y, según contó más tarde don Toribio, el

incendio del edificio.

Cinco minutos después, para sorpresa de Landáez y de toda la audiencia que se había congregado para asistir al desenlace del drama, incluidos Antonio, Maruja y el coronel (quien, por cierto, a duras penas pudo ser contenido por el ex vice en su determinación de sacar a los invasores a punta de revólver), Perucho acompañaba al grupo final de alebrestados que ahora abandonaban la casa con las manos vacías y casi arrepentidos, seguidos por un «quejumbroso y encorvado» don Toribio.

Con la aparición pacífica del último contingente, toda la tensión acumulada drenó y la multitud de curiosos que ahora se contaban por decenas, parapeteados en su mayor parte detrás de los árboles de la avenida, estalló en aplausos y vítores.

Landáez, a quien la presencia de Perucho, trasmutado en héroe de la jornada, le producía satisfacción, pero también, hay que decirlo, nerviosismo e incomodidad, aprovechó el batiburrillo final para aproximarse al Guitarrista y pedirle discreción. Perucho le rindió excusas a don Toribio, con quien conversaba sobre el inicio del asalto, y acompañó a Landáez a un recorrido de inspección por la quinta. ¿Tenía que decirte, Guitarrista, la deuda que había contraído contigo?, confesó Landáez, al tiempo que hacía esfuerzos para no dejarse deprimir, más de lo que ya estaba, por el paisaje que se le iba revelando a medida que avanzaba por la escalera. No había por qué mi vice, había sido un trabajo menor ese de convencer a Toromocho y a Pollino y al resto de la manada de que estaban apuntando al hombre equivocado. No eran gente dañada, en el fondo, aquellos tipos, los conocía: se habían dejado engañar. El hijo de puta que los había manipulado seguramente se iba a quedar con el botín, conjeturó Perucho. Menudo botín, comentó Francisco, sonriendo con amargura. Lo lamentaba, vice, quizás si hubiesen llegado un poco antes... No. No te preocuparas, te habías portado a la altura, Guitarrista, algo quedaba aquí, ¿no?, y estaba lo del incendio, de no ser por ti, ahora estaríamos haciendo de bomberos...

Pero Landáez no pudo terminar, porque allí estaban el coronel y Antonio, y también Fernando, que recién llegaba en aquel momento, y querían conocer al benefactor. Aquí el coronel Paredes, presentó Francisco, aquí su hijo, Antonio, y aquí mi primogénito, Fernando. Y éste es Perucho, si encuentran por allí algo que haya sobrevivido a los vándalos, se debe a sus oficios, además evitó que la población le diera candela a la casa. No fue nada, era gente de San Agustín, dijo Perucho. Landáez aclaró que Perucho era músico de conservatorio, no fueran a confundir, un hombre culto y sensible, todo un caballero.

¡Qué vergüenza!, exclamó por su parte el coronel, contemplando el evacuado campo de batalla, a esto nos ha llevado el caos que estamos viviendo. ¡Me gustaría saber si

en Miraflores están al tanto de los desmanes que se cometen en nombre de la democracia!, declamó. Landáez esbozó una sonrisa de sarcasmo y de depresión, si esto es posible, por décima vez en aquella tarde: sabía que su compadre había estado coqueteando con la nueva administración, como el coronel prefería llamarla, y que su situación no era fácil. No lo juzgó, la reacción que exhibiera minutos antes, aunque exagerada, sólo se explicaba por la prolongada amistad que los había unido.

Fernando y Antonio se despidieron, querían dar una ojeada a la planta superior, ¿te imaginabas, Peraloca, la sabiduría que se hubiera perdido si él no hubiese tomado la precaución de dejarte su biblioteca personal en custodia? Ni Alejandría, Llanero, diagnosticó Antonio, ni los sótanos del Vaticano ni la British Library, bromeó, empujándolo.

Landáez aprovechó la ausencia de la segunda generación para darle al coronel un testimonio de confianza: El Guitarrista fue quien me trajo desde allá, de no ser por él no hubiera llegado a tiempo. Y de no ser por tu llamada, por supuesto, y le apretó el antebrazo. Paredes sonrió: cuando supe que Consuelo no te localizaba en ninguna parte, imaginé dónde podías estar. Miró con sigilo alrededor y se aproximó a Landáez hasta una distancia de susurro, aunque, la verdad, compadre, yo pensaba que dadas las circunstancias Ud. andaba un poco alejado de todo eso, pero por lo que veo lo tienen más halado que yunta de bueyes.

Soltó una ruidosa carcajada para celebrar su propia ocurrencia y le asestó a Francisco, por la espalda, tres golpes de complicidad que casi lo tumban del rellano, ¡ah, zorro viejo y ladino que eras tú, compadre! Francisco lo miró, intrigado, ¿le estaría marchando bien la sesera a Julio? No esperaba que el coronel se echara a morir por el hecho de que a su compadre y vecino de años le limpiaran la casa, pero de allí a exhibir estas reacciones sobreactuadas, mediaba un trecho. Primero aquel papel de comando invencible, en la calle, y ahora aquellos chistes malos y fuera de atmósfera. A pesar de la aparente jovialidad, lucía agotado y ojeroso: te estaban raspando la médula en ese cuartel, compadre, te estaban chupando la vida, chico, qué te pasaba, le dijo, arqueándole el brazo por el hombro, le contarás.

Los curiosos se habían dispersado. En la puerta de entrada, Fernando y Antonio, que había terminado su recorrido por la planta alta, conversaban con Perucho y con don Toribio. Perucho, para responder a una pregunta de Antonio, había abordado el tema del jazz y ahora proclamaba que la guitarra era, jazzísticamente hablando, una tierra casi virgen a pesar de su antigüedad como instrumento. Peraloca se mostró apasionado con aquel riesgo de la incesante improvisación, y la oportunidad le pareció de perlas, ¿por qué no les ofrecías una sesión privada un día de aquellos, Guitarrista? ¿Por qué no te animabas?

Perucho sonrió, halagado, aún andaba en los comienzos, compañeros, se lo agradecía de verdad, pero aún andaba en los pininos, quizás más adelante, quizás en unos años, porque, le fueran sinceros, Uds. no pensaban perderse de vista, ¿o sí?

2

No podría decirse que la noticia hubiera sorprendido a Carmen Luisa. De hecho, el que la madre eludiera formar parte de la comitiva que el comité regional del partido designara para recibir a su padre al regreso del exilio, le había hecho pensar que alguna baraja desconocida para ella estaba comenzando a circular en aquella mesa de póquer a dos cuyas reglas ignoraba. En la correspondencia, el padre nada había mencionado acerca de los arreglos personales que dispusiera para su regreso. En estas circunstancias, no resultaba extraño que ella optara por la discreción y que prefiriera esperar por el reencuentro para conocer de sus propios labios cualquier noticia que él hubiera decidido escamotearle hasta entonces. Ahora que él les oía a los compañeros de la comitiva una dirección diferente para su traslado, al tiempo que la guiñaba el ojo a ella buscando su complicidad y le apretaba la mano entre las suyas, le resultó evidente que algún arreglo de separación había acordado con su madre, por más que tanto el uno como la otra hubiesen decidido mantenerlo en silencio.

De la madre no cabía esperar algo distinto. Era en el padre en quien lo sentía como una pequeña maniobra de traición. Sin embargo, no se lo mencionó. La felicidad arrolladora que le proporcionaba su regreso constituía excusa suficiente como para aconsejarse paciencia. Además, los comilitantes escandalosos que los acompañaban dejaban pocas rendijas para el susurro. A su momento, estaba segura, él mismo tomaría la iniciativa.

El peso de la responsabilidad presentida había llegado a su clímax en la terraza del aeropuerto, minutos antes de que el avión aterrizara: aferrada a la barandilla, sin poder contener las lágrimas de dicha, por instantes se sorprendió deseando que su padre no regresara, para ahorrarle el desengaño de un reencuentro al cual, imaginaba ella, él acudiría esperanzado. Pero ahora sentía alivio. Había sido relevada de la tarea: sus padres se separaban sin necesidad de que ella interviniera, y se sentía aliviada.

El hombre que iba al volante dobló en la avenida Miranda a la altura del Obelisco en dirección norte, y de nuevo doscientos metros más arriba, hacia Los Palos Grandes. Dentro del vehículo prevalecía una atmósfera festiva que no dejó de llamar la

atención de Carmen Luisa. Los tres hombres que habían venido a recibir al padre contaban anécdotas sin parar y se reían a mandíbula suelta cada dos por tres, al tiempo que le ofrecían consejos y recomendaciones al recién llegado: a quién debía acercarse, a quién no, quiénes resultaban confiables, quiénes no, incluso cuáles eran los puestos que la organización había considerado para él y a qué específicas circunstancias debía atenderse.

Carmen Luisa buscó en su memoria los remotos días en los cuales los comités clandestinos de resistencia se reunían en la casa de Catia: una docena de siluetas discutiendo a media en luz, en medio de la niebla espesa de los cigarrillos y las tazas de café. Eran osados, claro, pero las medidas de protección del partido les obligaba a comunicarse a través de complejas claves dobles y de seudónimos que a ella resultaban divertidos como un juego, por más que los mayores le instruyeran, hasta donde una niña podía comprender sobre la importancia de las medidas. Por las mismas razones, la mayor parte del tiempo conversaban en susurro, y, a veces, la falsa alarma de una redada los obligaba a correr hacia el patiecito del fondo, en donde, trepando por la escalerilla del tanque de agua, podían perderse hacia un antiguo taller abandonado.

Se rió a hurtadillas al recordar por un momento la imagen del gordo Marín (una simpática mole que superaba los cien kilos, en un esqueleto que con dificultad alcanzaba el 1,70 de estatura, y que, en cada reunión, sin faltar una, le traía baratijas que ella coleccionaba en forradas cajas de zapatos), intentando sin éxito elevarse hasta el primer travesaño de la escalerilla, que se apartaba del suelo en poco más de un metro, y rodar luego, el pobre, para caer de nalgas sobre el charco del albañal. Le habían puesto el apodo de Chocolate, por su hábito de comer bombones con corazón de maní, a los que guardaba por docenas en los bolsillos del raído paltó, sin importar la hora ni la circunstancia. Y volvió a ver el rostro decidido de la tía Cristina, quien, aun enferma, era la primera en responder a la ronda de opiniones y la encargada de reprender, con la anuencia del responsable de turno, serena y autoritaria a un tiempo, a los que incurrían en errores o en retardos o en incumplimientos. Lo hacía con la misma voz y casi con el mismo tono que había empleado tiempo atrás para dormirla, mientras le tarareaba viejas melodías de las montañas o le narraba las recurrentes fábulas de la familia.

Volvió a imaginar, como lo hacía en su infancia estimulada por el susurro que la adormecía, a aquel tío que poseía la candidez de un niño, la sonrisa de un niño, la simplísima mente de un niño, y que recorría los caminos helados cortando el aire límpido con su inacabable canturreo, acompañándose de una lata vacía.

Aquellas historias que ella escuchaba desde la sombra de una plácida duermevela, la

sumían rápidamente en un sueño encantatorio... excepto en los casos en los que el papel protagónico de la anécdota recaía en su padre. Entonces tía y sobrina se mofaban hasta cansarse y se revolcaban en la cama, con las mandíbulas doliéndoles por la risa.

¿Cuánto hacía de aquello? ¿Trescientos años? ¿Quinientos, quizás? ¿Perteneecía a los acontecimientos de una existencia paralela a la suya, vivida por una Carmen Luisa más pequeña y menos deforme que ella? ¿Lo había soñado, tal vez?

Y sin embargo, quien viajaba en el carro al lado suyo, era su padre. Comparó aquel rostro con la todavía nítida memoria: aparte de algunas canas impertinentes y alguna línea de cansancio, el rostro era, en lo fundamental, el mismo. Si su cuenta no fallaba, él debía andar sólo un poco más allá de los cuarenta. ¿Y la madre? Por un instante olvidó la edad de la madre. Ahora ambos estaban separados, enseguida vendría el divorcio, y luego, sin duda, reharían sus vidas. ¿Terminaría su madre casándose con aquel gusano baboso que tenía por pareja? ¿Y el padre? Por lo que se veía, albergaba toda la voluntad de hundirse en aquella vorágine a cuyo ritmo parecía estar bailando el país entero. Pero él era de una pasta diferente, sabría cómo manejarse en aquella intrincada red de trampas: conseguiría un lugar desde dónde poner en práctica sus ideas sobre el país, y todavía le restaría tiempo para ocuparse de sí mismo. Ahora tenía una frustración auestas, era verdad, pero quien era capaz de escribir cartas tan hermosas y sabias como las que ella había recibido de él en todos aquellos años, no se dejaría doblegar por un fracaso.

El hombre que iba en el asiento delantero dictó una última indicación al hombre que iba al volante, y éste, con una rápida maniobra, mordió de chaflán el brocal de la acera y estacionó el vehículo frente al enrejado señalado. Era una edificación de ocho plantas, con dos apartamentos por piso y amplios balcones en saledizo con toldos y maceteros de helechos. Carmen Luisa echó un vistazo hacia la entrada y se sintió encantada por el arreglo del jardín. A un costado, en la planta baja, se abría el amplio ventanal francés de lo que parecía el salón de fiestas. Adosada a la pared lateral, custodiando la ventana, se alzaba una pérgola de campánulas que marcaban un aire verde, fresco, sombreado. Al otro lado, las jardineras, con setos de berberías y jazmines falcón se mantenían hacia los bordes, dejando en el centro un amplio terreno de grama esmeralda cortado por franjas de tierra apisonada donde se disponía un pequeño parque de juegos. Desde las ventanas y los balcones se tendría, con toda seguridad, una imponente perspectiva de la montaña, que yacía al fondo, prodigiosa y evanescente a la luz negra del anochecer.

Conocía mal esta zona de la ciudad, si no contábamos la parte baja, donde la avenida Miranda servía como límite convencional. En los años tempranos, aquella esquina

había sido el lugar de los prodigios: con sus laberintos de luces, con sus túneles de horror, con sus vértigos mortales e interminables, el «Coney Island» se abría para hacerla desaparecer en un pozo de asombro.

El padre sacó el equipaje del maletero, rechazando la ayuda que el hombre que había estado al volante, le ofrecía. Eran dos maletas viejas de cuero manchado: había empacado lo estrictamente necesario, el resto se lo enviarían después, por barco, le explicó a Carmen Luisa, al tiempo que la abrazaba y la besaba en la pollina. Los hombres de la comitiva le recordaron un lugar y una fecha, y se despidieron, nos veíamos, mexicano, ustedes tendrían muchas cosas que conversar.

—Según me dijeron, es minúsculo —explicó el padre, mientras probaba una a una, en la entrada del apartamento, las llaves que los hombres de la comitiva le habían entregado—. Me lo contrató, provisionalmente, la gente del partido. Espero que me guste... y que te guste a ti —enfaticó, si no engordabas mucho, allí cabrían los dos.

Carmen Luisa entró, al tiempo que se volvía a mirarlo, interrogándolo con las cejas.

—No entiendo... —dijo, por fin.

El padre sonrió.

—Si las relaciones tuyas con tu madre están como me contabas en las cartas, mañana mismo puede Ud. venirse con todos sus realísimos bártulos para nuestra humilde cueva, princesa —le anunció, ya él había conversado con tu madre.

Carmen Luisa dio un salto de dicha. ¡No podía creerlo! ¡Eso era lo que, en secreto, había estado deseando desde que el padre le anunciara el regreso!

¿Cueva? ¿Rincón provisional? Aquello sería la purísima copia del paraíso, verías, si era cierto que el paraíso existía. Lanzó la boina al aire, contra el techo, y le dio al padre un beso en la mejilla para sellar el pacto, ¿la chocabas?

3

Como la mayor parte de las casas solariegas de Catagua, la de los Landáez estaba trazada conforme a la antigua planta de la colonia. Cuatro corredores amplios,

precedidos de un zaguán y sobre los cuales se abrían las habitaciones, abrazaban un patio, tupido de limoneros y naranjos, de berberías, crotos y trinitarias, de palmas y de helechos. Una gruesa puerta, perforada en la pared del corredor opuesta a la entrada, comunicaba con el solar. El sitio había dejado sus mejores días en el pasado, pero el gallinero aún estaba nutrido y los mangos, los naranjos y los guayabos se cimbraban en cosecha hasta el suelo con el peso de las frutas. El anciano matrimonio que cuidaba la posesión, se hallaba en ella desde los remotos días felices en que Francisco Landáez, llamado por la administración central, se desplazara con la familia entera.

El viceministro nunca consideró la posibilidad de vender o alquilar la casa: le resultaba difícil imaginar un refugio mejor para aliviar la fatiga de vivir cuando, en un futuro que entonces imaginaba lejano, le llegara el día de su retiro. Y mientras tanto, en vacaciones, en los asuetos, vendrían de visita a renovar los nexos de familia y saludar amistades. Amaba esos rincones apacibles, en especial éste, con el chinchorro de moriche que lo cruzaba en diagonal y el batir rumoroso de las ramas de trinitaria desdibujándose contra el cielo, donde se hallaba ahora, desde el inicio de la convalecencia.

El sonido de las campanadas desvió su mirada hacia el reloj de la pared, que cada hora ahuecaba el aire con su vibración gruesa. Era un antiguo mecanismo de péndulo labrado en finísima marquetería que, milagrosamente, había podido derivar de padres a hijos en el linaje de los Landáez, conservando intacta no sólo la filigrana de su madera sino también la precisión de sus engranajes. Ahora celebraba la decisión, tomada en la época en que dejaran el pueblo, de conservar el vínculo entre aquel artefacto, a la vez joyas e instrumento, y las vetustas paredes que le habían servido de cofre durante tanto tiempo.

Esta fue la idea que les inpuso a Jacinto y a Josefa, cuando ellos recibieron la responsabilidad de velar por la propiedad. En ningún momento imaginó entonces, como una probabilidad siquiera remota, que el destino le haría regresar tan pronto y en tan precarias circunstancias. A pesar de que los vaivenes del país le habían demostrado con creces que resultaba una locura forjarse planes a lo largo plazo contando con la estabilidad política, esa vez había incurrido, sólo Dios y la Virgen del Carmen podían saberlo, en el despropósito de creer que, por una ocasión, el signo político del estado sería previsible y eterno.

Sin duda, había calculado mal. Imaginó, candorosamente, que seguiría siendo el mismo de los años treinta o cuarenta, cuando pudo sobreponerse con voluntad (incluso con plomo, pero esto es secundario) a las asechanzas del destino; y que, asalto tras asalto, con clinches, con sogas, bailoteando, yabeando a veces en su segundo aire, la decisión le sería favorable al alcanzar el campanazo final. Nunca el

nocao. Jamás la lona. Pero, como decían sus padres, la procesión andaba por dentro. Y no se refería sólo al armazón físico (los esfuerzos, las puntadas, el amollamiento general), sino, sobre todo, al colapso del espíritu, como escribiera José Asunción Silva. Usted se hundía en el sueño durante la noche, y, al día siguiente amanecía sin espíritu.

¿En qué lance se le había amellado el filo? Lo cierto es que ahora se sentía viviendo lo que los futbolistas llamaban el descuento (si creíamos a Fernando, antiguo medio campista, a ráfagas, del Fray Luis, C, en ese incomprensible y aburrido juego de las patadas). Un lapso concedido por añadidura. Y sin embargo, experimentaba una gran paz. A ratos, es cierto, lo asaltaba el reproche de no haber resistido. Caracas, a qué dudar, era la gran fundición: allí se templaban todos los aceros de todos los proyectos. Pero, como decía el tango (¿o era un bolero, o, incluso, un poema de Neruo?), una sola golondrina no hacía verano. Y si alguna sensación lo había ahogado en estos aciagos meses, había sido la del sabor extremo de la soledad. Un regusto a derrota que se le fue imponiendo poco a poco, a su pesar: el trabajo, los colegas del poder, los amigos de parranda, la vida social, el reconocimiento y el respeto, el club, la casa, y luego, por añadidura, algo que tampoco imaginó nunca, la ruptura con Consuelo y, por consecuencia, con Mariselita. Cataclismo total.

¿Por qué reaccionó Consuelo de aquella manera irreflexiva, colocando de lado no sólo la lealtad que le debía y la unión de la familia, sino también las circunstancias en las cuales él se hallaba a raíz de aquella negra coyuntura histórica que el país atravesaba —sin trabajo, sin poder, sin recursos, sin amigos, sin destino visible? ¿Cómo había podido, después de su infarto y de aquel paréntesis de cuidados en la clínica que tantas esperanzas le habían hecho abrigar en torno a una reconciliación, regresar a la frialdad, a la mudez, a la incomprensión? ¿No podía, acaso, perdonar una falta tan propia del sexo masculino, y de su particular forma de ser, tan distinta a la de la mujer, como había sido, en su caso, aquella debilidad carnal, ni siquiera por cualquiera, sino por alguien como Marisela, un ser, además, tan digno de amor? ¿No hablaba, por ventura, el gran Marañón, de esta singularidad del hombre, dado a la aventura, a las grandes empresas, y con un ser sexual diverso al de su compañera, en contraste, incluso, con ella, raíz por esencia, piso y savia de la vida misma?

No entendía. No podría entenderlo jamás.

Reconstruía el apretado proceso en su memoria, y le resultaba difícil creer que hubiese ocurrido, y, sobre todo, de la forma tan vertiginosa y caótica como en verdad había ocurrido. La carta anónima que delataba el «asunto» de Marisela y del niño por nacer («anónima» era un decir, allí se veía, claramente, la mano del malparido de El Colorado, cuya pasta, mierda pura, sólo era comparable a la del traidor de su padre).

La desmedida reacción de Consuelo. La conversación telefónica de Consuelo con Marisela (¡y con Eudora!). El infarto.

Ahora ya todo estaba consumado. Podía rememorar el momento exacto en que experimentó esta sensación y la palabra que empleó para advertírselo a sí mismo: consumado. No se dijo «terminado» o «concluido», utilizó ese vocablo de resonancia bíblica, que no dejaba sitio para el regreso: «consumado». Y fue aquel día, la última de las breves fechas de su convalecía en la casa de los Bermúdez, a su regreso de la clínica. Días incómodos y absurdos: Consuelo ya había hablado con el abogado para iniciar los trámites legales de la separación, y, en la práctica, no le dirigía la palabra; Fernando y Eliana, aunque discretos y cariñosos, turbados por su salud y por el ritmo de los acontecimientos; y, finalmente, aquel par de seres extraterrestres que eran Alida y Octavio Bermúdez, de cuyo desprendimiento habría que hacer leyenda.

Había, sí, otras dos deudas.

Una era con los niños (nunca pudo llamarlos de otra manera, a pesar de la edad), de quienes sólo recordaba los asombrados ojos del comienzo, llenos de curiosidad.

Otra con Marisela. La pequeña barrigona había ido a visitarlo a la clínica, mimosa, y, luego, lo había recibido en su casa el día de la despedida. No recordaba de ella una mirada equívoca. Aceptaba la vida tal como la vida se le presentaba. Lo único que lamentaba de aquel viaje era que el niño, al nacer, ignorara la bendición de contemplar de cerca los ojos de su padre. No exigió, no recriminó, no odió. ¿Qué nombre podía otorgársele a esa sabiduría que a fuerza de serle leal a la vida, la celebraba? Ni Simón Rodríguez ni Marañón ni Rubén Darío idearían alguno.

Landáez escuchó los cinco golpes graves del reloj. Era hora para el café de la tarde. Todos los médicos se lo habían prohibido, pero constituía un placer al cual ni siquiera la abreviación de la vida le haría renunciar. Pasaría por la bodega de Julio José y recogería el casabe. Luego le avisaría a Josefa para que cuidara de tener el guarapo a punto. Entonces tomaría la silleta de cuero y el libro de Nervo con que Marisela le obsequiara la víspera del viaje y se sentaría a la puerta a aguardar el anochecer y a saludar a los paseantes.

Una ráfaga fresca que parecía soplar desde ninguna parte estremeció los retoños de la trinitaria. Tal vez llovería en la noche, o en la madrugada, se dijo. Buscó la línea de luz que horadaba el follaje de los arbustos y se dedicó a leer por tercera vez la carta de

Marisela. Todavía no se reponía del acceso de felicidad que la primera lectura le provocara y ya quería otra dosis de aquella fiebre piadosa que lo había sacado de la rutina. La niña había nacido y la flamante madre no cabía en sí de la dicha. Amalia, un nombre sonoro y hermoso. Se preguntaba cómo sería Amalia dentro de algunos años. Pero en unos años quizás él no estaría para verla.

Observó la foto que acompañaba a la carta. La niña, aunque era un bebé y se podía esperar que cambiase, mostraba los mismos ojos, expresivos y ligeramente rasgados, que Fernando tenía a esa edad. No le venían de él, sino del abuelo. Y mostraba, también, el mismo hoyuelo que hendía con gracias la barbilla de Marisela.

En otra foto, la madre sonreía mientras acunaba al bebé en sus brazos. ¿Qué sería de ella ahora que habían tenido que mudarse? Evocó por un instante la calle La Pica, la fachada de la casa con el pequeño jardín a la entrada y la acogedora sala donde viviera tanta dicha acumulada y simple. Le deprimía la certeza de saberse culpable indirecto de aquella mudanza: de no ser por su presencia allí y de su relación con ellas, Marisela y Eudora no habrían sido hostilizadas por los envidiosos de siempre y no se habrían visto en la necesidad de abandonar el barrio por una zona más sosegada y... desconocida.

Josefa se acercó para preguntarle si cenaría y entonces se percató de la noche. No había podido ir al abasto de Julio José ni sentarse a la puerta: antes de caer en cuenta, la lectura y el recuerdo le habían escamoteado el atardecer. Siempre escuchó con desconfianza la conseja según la cual los días de los convalecientes se acortaban hasta casi darles la impresión de que desaparecían: ahora podía confesar que era cierto.

¿Qué provocaba ese borramiento? ¿La jornada sellada por la rutina de los hábitos? ¿El ritmo sedentario del pueblo? ¿La enfermedad? En todo caso, allí estaban esos meses, fluyendo hacia la muerte con la rapidez y la irrealidad de un sueño. Un año antes, el más pequeño fragmento de esta monótona espiral hubiera bastado para horrorizarlo, hoy, cualquier novedad, cualquier súbita aparición que interrumpiera la piadosa recurrencia del ciclo, lo perturbaba hasta la demencia. Nada de caras nuevas, sólo los viejos rasgos del pasado. Y aun éstos, sólo en la realidad imaginaria y benigna de la memoria.

Algunas noches, sin embargo, le ocurría sorprenderse conversando en la duermevela con alguna voz de los días idos, entonces jugaba contra sí mismo a adivinar la máscara: a veces se trataba del timbre transparente y melódico de Marisela; otras, del registro agudo de Consuelo; pero, para su asombro, la mayor parte de las ocasiones era la voz pausada y sosegante de Fernando la que se dejaba escuchar. Tal vez se trataba de esa especie de reencuentro que, a raíz de los contratiempos, en especial de

la enfermedad y la convalecencia, sobreviniera entre ellos.

Ahora Fernando se dejaba llegar, con frecuencia, hasta el pueblo, almorzaban juntos, conversaban y tomaban el café en el corredor de la higuera. Aunque a veces se hacía acompañar por el alocado de Antonio o por Carmen Luisa, o por ambos (puesto que iba y regresaba, manejando, en la misma jornada), generalmente venía solo. Entonces era cuando más placer le provocaban sus visitas. Ya no representaba sólo al primogénito que disfruta el compartir la memoria familiar con el padre; era también, y sobre todo, el solidario y remoto compañero que perdiera, capaz de escuchar y comprender.

Josefa ya le había colocado las fundas a las jaulas de los chirulíes, pero las minuciosas diligencias de la cena le habían hecho olvidar la que colgaba al fondo, vecina al ramaje de crotos. Landáez se lo comentó al sentarse a la mesa, frente a las arepas y las briznas de queso. Jacinto se ofreció a enmendar el olvido y le recordó a don Francisco que a la mañana siguiente pasaría la vendedora de naiboa, ¿tenía pensado encargarle una ración? Tú debías estar perdiendo el seso, Jacinto, ¿desde cuándo había delegado la escogencia de la naiboa? El mismo se encargaría del asunto, él madrugaría si era el caso.

Miró hacia el patio adonde ya la lluvia caía a cántaros. Ráfagas de viento se abatían contra los mangos y los caimitos. Después de concederle un par de mordiscos a la arepa, se bebió el carato de parcha y se levantó de la mesa. Sentía un calor húmedo y bochornoso aquella noche, pero sabía que la lluvia aliviaría el aire en la madrugada. Encendió el tocadiscos, colocó en el plato «Dos gardenias para ti» y se echó sobre la hamaca, cubriéndose con una manta de algodón. Sólo por un rato, se dijo, mañana debía madrugar por ese asunto de la naiboa, ¿dejaría tres o cuatro?

4

—Creo que debemos confiar en el azar —dijo Fernando—. Colocamos los papeles con los nombres dentro de la bolsa, sacudimos bien todo el paquete y acatamos la decisión.

—Acatas la decisión, querrás decir —aclaró Antonio.

—Bien, acato la decisión —aceptó El Llanero.

Se hallaban echados de vientre sobre la arena, protegidos del sol por un toldo desvencijado que Carmen Luisa había improvisado valiéndose de las toallas y de cuatro pedazos de madera húmedos y renegridos que la marea arrojara sobre la costa, apuntalados por bases de piedras. El cielo era una inmensa llanura azul apenas moteada por un par de matorrales desflecados y blancuzcos que interrumpían la línea del horizonte. La luz resultaba tan intensa que se hacía difícil, sin el auxilio de los lentes oscuros o de la sombra, seguir con la vista el contorno de las embarcaciones que se deslizaban sobre el bucle de oleajes o de los alcatraces que barrenaban contra la superficie.

Aunque estaban en plenas vacaciones, la playa se hallaba casi desierta. Por solidaridad con Maruja, que todavía se negaba a visitar Costa Azul, el sobreviviente trío de la cofradía había declinado la invitación de los Paredes y había preferido revolcar sus cuerpos en la intimidad de esos entrantes rocosos que proliferaban más allá del oasis de Naiguatá. Estrategia fallida, porque ni siquiera Carmen Luisa fue capaz de persuadir a Maruja, quien a última hora cambiara de parecer, para que abandonara su habitación y los acompañara. Resignados (y recordando a Monsalve, el psiquiatra, quien les había recomendado paciencia) se instalaron, luego de una deambulación que los condujera hasta Los Caracas, en este ángulo de arena solitario protegido del oleaje por una escollera natural que se adentraba en declive sobre las aguas hasta desaparecer a 100 metros de la playa.

—Veo que estás abandonando tu morboso apego al razonamiento lógico — diagnosticó Antonio, notando que, aunque fuese en broma, Fernando anunciaba confiar en el azar para tomar su decisión vocacional—. Progresas, Llanero. Esa amistad con la brujita de Viena te hace bien. Calculo que si continúan juntos, en una veintena de años más estarás completamente deslastrado.

Boca abajo, las cabezas apoyadas sobre los brazos cruzados, El Llanero y La Sigmuncita, que habían soltado la carcajada, estuvieron a punto de asfixiarse con un diminuto huracán de arena.

—No te burles, Peraloca. La cosa va en serio: estoy perdido, hermano —confesó Fernando, una vez que pudo reponerse: Carmen Luisa ya había decidido, Antonio había decidido, todos los restantes chupamedias de la promoción habían decidido, menos él. Y la inscripción era cuestión de días.

—¿Por qué no te dejas llevar por La Sigmuncita y te anotas en una de interpretación? —dijo Antonio: el oleaje había arreciado y debía gritar para hacerse oír—. Con la

sabiduría sumada van a tener la mitad de la batalla ganada.

Carmen Luisa sonrió en silencio, sin incorporarse ni abrir los ojos: el que Fernando se anotase con ella en Psicología, en la Central, era un proyecto que ella había abrigado por largo tiempo, aunque fuera incapaz de mencionarlo. Fernando se sentó, se sacudió la arena y miró a La Sigmuncita y luego a Peraloca, ninguno de los cuales se dio por enterado.

—No me imagino escuchando secretos ajenos —dijo, por fin—. Carmen Luisa lo sabe. Lo hemos discutido.

No es verdad, pensó La Sigmuncita, pero calló.

—Hay algo que sí es cierto —dijo, en cambio—. Este caballero es paciente, sin duda, pero extremadamente sensible: sospecho que se cargaría mucho y muy fácilmente.

—Todos los terapeutas son sensibles y se cargan —objetó Antonio—. Forma parte del juego.

—Dije «mucho y muy fácilmente». Adverbio de modo: dícese de lo que califica al verbo, Nebrija, Capítulo cinco.

Eso es lo que me gusta de tu princesa encantada, Llanero: la daga precisa en el momento preciso —dijo Antonio, sentándose al lado de Fernando—. No me explico por qué no ingresa en Derecho.

Fernando, que se había desentendido por un momento del duelo de los dos amigos, limpió de arena la cubierta del libro y retomó el hilo.

—Me gustaría tenerlo tan claro como ella —dijo, guiñándole el ojo a Carmen Luisa—. Psicología y filosofía, en ese orden, con gríngolas y sin desviarse un ápice de la meta.

La Sigmuncita ensayó un mohín de impotencia, qué se hacía, una etiqueta lapidaba.

—Ya quisiera yo —dijo, resignada.

—¡Ya quisiera! ¿Oíste lo que dijo, Peraloca? Dijo que ya quisiera ella. ¿No te contó que se inscribió en el propedéutico de filosofía? Temario oficial: las corrientes actuales del pensamiento filosófico. Temario verdadero: cómo hacerse existencialista en cuatro lecciones. Conferencista: Guillent Pérez, el inconoclasta. Maestro de ceremonias: García Bacca, el ecléctico. La Facultad está cerrada todavía, pero se ha

valido de sus encantos de vestal y de su boina ladeada para seducir al pobre bedel que cuida y lograr que la deje escurrirse a oler la madera de las aulas y a escuchar el silencio del inconsciente —bromeó Fernando.

De no girar la cabeza a tiempo, hubiera tragado arena y algas resacas de la ración que, cuidadosamente dispuesta en una concha de coco, Carmen Luisa le arrojara (había comenzado a llenarla a la altura de la palabra «propedéutico», concluido al nivel de «Bacca» y lanzado antes de que El Llanero alcanzara a pronunciar «inconsciente»), eras un asqueroso traidor, bicho baboso y peludo, te odiaba para siempre, ¿oías? De un salto se puso de pie y, fingiendo refunfuñar, trotó hacia el agua.

—No le hagas caso, muñeca, vomita envidia, mírale la baba —gritó Antonio—. Ya quisiera él...

Pero El Llanero no pudo oír el final del alarido: Antonio saltaba también y de tres zancadas se ponía al lado de Carmen Luisa que parecía medir la elevación de las crestas, antes de adentrarse en el oleaje. Fernando prefirió quedarse sentado bajo el toldo: tomó por un momento el libro, lo abrió sin esfuerzo justo en la página donde había dejado la lectura (Baty y Chavance se solazaban en los artilugios escénicos de la época de La Reforma) pero lo abandonó de nuevo antes de concluir el párrafo. Sabía a qué se refería Peraloca. También con Carmen Luisa lo había discutido. Si él tuviese verdadera vocación mandaría todo a la mierda y se dedicaría a lo que en realidad lo jodía. Fuera estabilidad. Fuera profesión. Bienvenidas miseria y precariedad. A la mierda la universidad y la carrera.

Pero allí comenzaban los problemas. No estaba seguro de si lo que deseaba era ser un profesional del teatro, quería decir, del espectáculo. ¿Director, productor, actor, luminito, escenógrafo? Ya lo había probado. Un escenario estudiantil, muy bien, pero lo había probado. Y no podía decir que le gustara. No hasta el punto de morir por el rol. Lo que él deseaba (al menos lo que creía que deseaba) era escribir para el teatro. Los entretelones que resultaba conveniente conocer podía conocerlos en contacto con la agrupación oficial de la universidad. Allí había gente con experiencia, no improvisados. Y para esto no se requería ser un mártir o abandonar los estudios. Estudiaría y... trabajaría. Sí. Esto no lo había compartido con nadie, ni siquiera con Carmen Luisa, pero era necesario.

Estaba decidido a meter el hombro: por la familia, por el viejo, por él mismo. No se iba a hacer el distraído. No después del derrumbe familiar. ¡Todo había sucedido tan rápidamente! Incluso la diáspora que la cofradía temía que sobreviniera ahora, en septiembre, se había adelantado: Alberto estaba muerto; Maruja, encerrada en sí misma; Carmen Luisa se había mudado, y también él. Ni un levísimo rasgo de la vida

que un año antes él previera, se correspondía con este tortuoso vértigo de ahora.

Todavía requería de un esfuerzo por su parte el verse como dependiente en una librería (quizás lo menos malo: leer de balde en las horas vacías) o en una tiendita de animales (pasara usted señora, ¿notaba qué pico tan pulido el de este pterodáctilo?), y trastocar los pedidos o fallar las cuentas. Le costaba imaginarse calzando el rol, pero era imposible que fuese imposible. Es decir, para él. Miles de idiotas en todas partes del mundo lo llevaban a cabo, sin dificultades y con eficacia ¿Por qué no él? ¿Qué tenía Alfonso, el mecánico, que no tuviera él? En todo caso, sólo aspiraba a ser un gris empleado, mientras tardaban los laureles, por supuesto. Sobrevivir. El presente era la hora cero de todo lo que estaba por inventar. Se repitió esta frase, a la que consideró original y talentosa (olvidaba que la debía a John Cage) y se prometió repetirla delante de Carmen Luisa y de Antonio, quienes, estaba seguro, sabrían apreciarla. ¿Y qué era lo que estaba por inventar?

En ese momento, Carmen Luisa se adentraba en el oleaje y braceaba estilo libre con lo que parecía un claro desafío de llegarse hasta el cabo de la escollera. Antonio se volvió hacia Fernando, interrogándolo con un gesto acerca del riesgo que corría La Sigmuncita. Aquella no era una playa autorizada.

—Déjala tranquila, es una atleta laureada —gritó Fernando, aunque de inmediato sintió temor.

Peraloca regresó al toldo, acampando cada tres pasos en la raquílica sombra de las uvas de playa. La arena parecía al rojo blanco y la sed abrasaba. Una venta ambulante de cerveza y de refrescos hizo sonar el cencerro desde la carretera. Aquello era lo que estaban necesitando, saltó Fernando, y acompañó a Antonio hasta el borde de la vía. Desde las aguas, Carmen Luisa los conminó a tomarla en cuenta con el milagro de los panes. Y un momento más tarde, los tres se hallaban celebrando las cervezas y las galletas con queso que La Sigmuncita recordara traer. Alguien comentó que, aparte de la naranjada con sombra de limón que Lastenia le reservaba a Alberto donde los Paredes, aquella era la merienda por excelencia de nuestro neurótico favorito. De nuevo hablaron del neurótico favorito, un tema que los deprimía a los cinco minutos de estar sobre él, y se abatieron, en efecto, a los cinco minutos de estar sobre él.

—No les he hablado del trabajo —dijo Fernando, rompiendo el silencio.

Carmen Luisa y Antonio se miraron, ¿y ahora?

—No les he hablado del trabajo —repitió Fernando—. Estoy decidido a trabajar en septiembre, a como dé lugar.

Carmen Luisa se ahogó con un pedazo de galleta. Aquella sí que era una sorpresa, Llanero, dijo Antonio.

—¿Quién te contrata? ¿Sísifo? —preguntó, seria, Carmen Luisa, para estallar luego en carcajada a coro con Ciro Peraloca, quien, revolcándose en la arena como un epiléptico, chillaba: estabas brillante Sigmuncita, aquel era el chiste más cojonudo y serio que él oyera, ¿veías, Llanero? ¡Todo un pronóstico vital por el mismo precio! ¡Un chiste que le sacaría una carcajada a nuestro propio abogadillo de Praga, incluso en trance de metamorfosearse! ¿Veías; Llanero?

Fernando pensó que siempre ocurría lo mismo con Peraloca: una cerveza ejercía en él un efecto inmediato: sobreactuaba, se aceleraba. Y el calor lo había hecho despachar la botella en un dos por tres.

—Sí, es muy bueno —dijo, sin embargo, volviendo al chiste y guiñándole un ojo a Carmen Luisa—. Pero es en serio, quiero meterle el hombro a la maldición bíblica. Así que divúlguenlo entre los conocidos.

_ ¿Y el Alma Mater? ¿A la quinta mierda? —preguntó Carmen Luisa.

—Medio tiempo —aclaró Fernando—. Medio tiempo cada empresa, amor mío. Labor y ciencia. Tarea y reflexión. Está decidido. Tuve un momento de iluminación mientras ustedes chapoteaban. Me afilio al grupo universitario y así las tablas tienen también lo suyo.

Continuó desplegando sus proyectos antes las bocas abiertas de Antonio y Carmen Luisa, quienes, oyéndolo, estaban tan asombrados como él mismo. Se había incorporado y, mientras declamaba, acompañaba toda la parrafada con una mímica que lo sacaba del toldo hasta que la plancha calcinante de arena, lo hacía bailotear y lo aventaba de nuevo a la sombrilla improvisada.

—Creo que esto merece un brindis urgente —apreció Antonio. No se muevan, pareja. Esta vez yo pago y sirvo: mi mejor amigo ingresa al vasto ejército de los asalariados. Eso merece un brindis, sí señor.

Dijo esto con la mejor voluntad y sin meditarlo mucho, pero mientras caminaba hacia la venta ambulante ejecutando esa especie de danza de San Vito a la que el calor de la arena obligaba, se percató por primera vez de lo que aquella decisión de Fernando entrañaba para él y para su familia. Sabía, por supuesto, que la caída del gobierno, la ruptura, el infarto y la convalecencia de don Francisco, y debían afectarlos a todos (aunque el mutismo que El Llanero había sostenido en relación con esto resultaba, cuando menos, extraño). Sin embargo, en el plano propiamente económico, carecía de

datos para calcular hasta dónde lo que desde afuera podía parecer un tropezón superable, era, en verdad, una quiebra.

De pronto sintió que se había comportado como un verdadero imbécil con Fernando. Tal vez El Llanero no compartiera con él la preocupación, precisamente por lo incómodas que resultaban estas situaciones donde el dinero mediaba. Y él, un adulto, mayor de edad, en el peaje universitario para más señas, actuando como un inmaduro. Pasó por alto el saqueo de la casa, y la pérdida del cargo del vice e, incluso, la apresurada venta de la casa, asunto que oyerá de primera mano por haber sido su propio padre quien ayudara en el papeleo. ¡Era el colmo!

El cervecero le tendió las tres botellas y comentó algo acerca del motor de la bicimoto que impulsaba el cargamento ambulante. Un grupo de muchachas, en un yip sin techo, pasó cantando «Patricia», al tiempo que reían y agitaban las toallas al aire. Arriba el graznido de las aves alborotaba un cielo unánime.

Se sintió con algunos años más que un segundo antes. Tal vez, por fin, la mierdosa adolescencia iba a quedar atrás. ¿Debía hablar con el viejo y conseguirle algo al Llanero? Se prometió a sí mismo que nunca más incurría en aquel error.

—¿Qué pasó, Peraloca? ¿El cervecero te metió una patada en la entrepierna? — bromeó Fernando, al verlo regresar.

—No. Finalmente se dio cuenta de que el ajedrez octogonal es imposible —agregó Carmen Luisa.

—Es la maldita arena. Le desguaza a uno la planta, como diría El Llanero —dijo Antonio.

—No pareces desguazado, sino triste —dijo Carmen Luisa.

Antonio no respondió, pero se ríó y les pasó las cervezas.

—Tuve un sueño anoche, Sigmuncita —dijo por fin, echándose bajo el toldo—. Me gustaría que...—

—Lo siento, Peraloca, el consultorio está cerrado hoy —dijo Carmen Luisa—. La bola está cubierta, los tabacos apagados, querido.

Antonio sonrió, se encogió de hombros.

—Está estupefacta. Acaba de enterarse de que le salió competencia y todavía se

encuentra en estado de perplejidad —dijo Fernando, y miró, divertido, a Peraloca, que no entendía nada.

La mini-anécdota que le había narrado a Carmen Luisa mientras Antonio iba por las cervezas era apenas un episodio, pequeño si se quiere, pero curioso, de una historia que comenzara con la visita de Marisela a la clínica donde su padre convalecía del infarto. Marisela allí, su padre, y él. Y luego ir amortiguando la sorpresa, que poco a poco, dio lugar a una serena aceptación y, más tarde a una «simpatía amistosa», como la llamó La Sigmuncita, a quien la historia de Marisela y de Eudora había apasionado al punto de llevarla a releer esa mierdosa colección de chimes de cocineras que la historia ha acordado en llamar mitología griega.

Al nacer la bebé, él, con Carmen Luisa, había ido a conocerla, y luego, con motivo de la mudanza, le pareció una gentileza elemental el acudir a ofrecerles ayuda. La última de aquellas visitas, había ocurrido dos días antes. Fue entonces cuando Eudora le impuso de aquel nuevo oficio que ella ejercía desde hacía unas cuantas semanas, y cuyo conocimiento, ahora, provocara tal sorpresa en Carmen Luisa.

Repitió el informe para Antonio, a quien la respuesta de La Sigmuncita le pareció graciosa.

—Lo que debe hacer es unirse a ella- bromeó. ¿No te parece, Llanero? ¿Crees que doña Eudora admitiría a Carmen Luisa en el negocio?

—Es una mujer impredecible —dijo Fernando, continuando el chiste, al tiempo que recogía las toallas, las enrollaba y las colocaba en el bolso de Carmen Luisa—. Tal vez valdría la pena intentarlo.

Carmen Luisa ayudó a Fernando con los objetos de playa.

—Fumar el tabaco, montar «trabajos» elaborar «contras»... No puede ser tan difícil —dijo, terciándose el bolso.

El carro los esperaba a la sombra de unos almendrones, al borde de la carretera.

—De todas maneras, nos vamos a morir sin saber nada de nada, ¿no habíamos quedado en eso? —comentó Antonio.

—Correcto, Peraloca —dijo Fernando.

—Estamos claros, Peraloca —dijo Carmen Luisa, cerrando la puerta.

Aquella noche Carmen Luisa decidió visitar a Maruja. Desde que dejara la zona para mudarse con su padre no habían podido verse con la misma frecuencia que antes. Ahora, para poder viajar de Los Palos Grandes a Las Acacias, debía tomar dos autobuses, y hasta tres cuando estaba muy agotada. Fernando había conservado el carro de la madre, de modo que eventualmente podía contar con él para ahorrarse molestias, pero ya los Landáez habían vendido la casa y, por razones cabalísticas (de la cábala de los gentiles, por supuesto), también habían emigrado hacia el este. La ciudad entera, por otra parte, parecía sometida a aquella peste que comenzara años atrás y que ahora recrudecía con nuevo ímpetu. Vecindarios enteros se desplazaban en aquella dirección, lo que hacía brotar urbanizaciones completas de la noche a la mañana, ya al norte, ya al sur del río que hendía horizontalmente a la ciudad. Con la mudanza de los Landáez, cuya breve pasantía por la casa de los Bermúdez había bastado para persuadirlos de las bondades de Las Colinas, los únicos que parecían resistirse a la diáspora eran los Paredes.

Esa tarde, Fernando había regresado con una jaqueca que a duras penas le permitía mantener los ojos abiertos (la combinación de la cerveza y la reverberación de la arena resultaba «históricamente» un coctel letal para él, muñeca, le había recordado, pero él no parecía aprender), por fortuna, Antonio se ofreció espontáneamente a «hacerle el tour por las áreas evacuadas de la ciudad», sin exigirle interpretación alguna a cambio. Aunque no lo confesara, el bueno de Peraloca continuaba preocupado por la hermana: tal vez había imaginado una recuperación sencilla y rápida que ni la condición de Maruja ni su tortuoso proceso de los últimos meses parecían respaldar. En cuanto a ella, hay que decir que si bien desde un primer momento intuyó que para Maruja la cuesta sería empinada y sin treguas, sólo con la afanosa exploración que luego emprendió por el «asunto» llegó a ratificar su temor inicial. De modo que ahora se hallaba preparada para ofrecerle a Maruja una prolongada compañía.

¿Compartía Maruja esta certeza? ¿Se encontraba equipada para aquella travesía que con toda seguridad le consumiría meses, tal vez años? Difícil saberlo. En lo que a Carmen Luisa se refería, estaba dispuesta a renunciar a su propia serenidad para que así fuese. Hasta un «diario clínico» improvisado, garrapateado en hojas y servilletas al voleo, había comenzado a llenar para entonces.

Transcribo aquí algunos fragmentos de ese sintomático documento (y, según Fernando, también clarividente respecto a lo que La Sigmuncita misma viviría diez años después).

Párrafos del diario clínico de Carmen Luisa

(...) La violación ha significado para Maruja, a no dudar, una ruptura con el cuerpo de su infancia (...).

(...) De pronto el espejo roto, el desmembramiento, el rostro desdibujado. (...).

(...) La tarea que ahora debe enfrentar consiste, en buena parte, en reconstruir el rompecabezas personal a partir de fragmentos que si a veces pueden resultarle familiares y antiguos, otras, por el contrario, le serán desconocidos, cuando no francamente hostiles (...).

(...) y sobreponerse al lugar del desgarramiento (...).

(...) En cuanto al embarazo, no puede verse sino como una moneda de doble cara. Si bien sirvió, por una parte, para mostrar la voluntad de Maruja; por otra, simbolizó una nueva ceremonia de intervención sobre su cuerpo, y, por, consiguiente, una cicatriz añadida («profanación», fue la palabra utilizada por Maruja; con lo cual cabría preguntarse si el aborto, en este caso particular, no constituye una suerte de exorcismo o de sagrada purificación «del vientre»)

(Sobre este fragmento, redactado por La Sigmuncita a fines de febrero, y hallado casualmente por Fernando días después, éste practicó una anotación, entendida por él como una «humorada llena de amor hacia la biografiada y hacia la biógrafa», y por ella como una «violación intelectual y una burla de la peor especie». La leyenda, escrita al margen de la hoja, y destrozada por Carmen Luisa, no ameritaría mención alguna, de no ser por la reacción de La Sigmuncita que la llevó hasta el despropósito de sustraerse con ferocidad a todo contacto con él durante varios días. Esta sería la segunda crisis de importancia que Fernando recordaría de ella en aquellos años iniciales.)

Cuando Carmen Luisa llegó, Maruja estaba en su cuarto: ovillada en la butaca, las piernas cruzadas a la india, la cabellera amielada sobre los hombros de la bata,

encarnaba una fiel reproducción de la que ella misma había sido en los últimos meses. El dormitorio sólo recibía la flaca lumbre del cocuyo que reposaba sobre el velador, a un costado de la cama. La ventana francesa que se abría sobre el balconcillo se hallaba cerrada, y las cortinas estaban corridas. Sobre la alfombra, el tocadiscos portátil, apenas audible, repetía «Collar de perlas», en la asordinada trompeta de Miller. Sin saber por qué, la convalecencia la había aficionado a la música sin tiempo, como el jazz; o pasada, como ésta de Miller, o poco frecuentada por ella en el pasado, como la del barroco.

Detestaba casi todo lo que antes la enloquecía: el rock, el chachachá de la Aragón, las canciones de Boone, los boleros de Gatica y Shaw Moreno, las baladas de Los Crest, el ritmo convulso de Pérez Prado. De lo actual, sólo instrumentales, y de éstos apenas los más próximos. Ni hablar del club ni de esa especie amorfa que la gente llamaba «los conocidos», tan detestables, o más detestables aún, que los extraños. La realidad edénica de no ver de nuevo sus apestosas caras, la llenaba de regocijo, y era eso, justamente, lo que la había decidido a desertar del colegio. En cuanto a la pérdida del año, había resultado un hecho tan sin importancia que ahora comenzaba a pensar si no sería una decisión sensata el abandonar los estudios para siempre. De cualquier forma, de regresar (si regresaba), jamás sería a aquel claustro blanqueado.

En aquel paisaje de campo bombardeado, el único apoyo con el que en verdad se sentía a gusto era el de la cofradía. Y dentro de ésta, el de Carmen Luisa. La Sigmuncita resultaba, curiosamente, la única de sus amigas antiguas (¿tenía amigas antiguas?) ante la cual no experimentaba esa diabólica amalgama de vergüenza y de envidia que al instante le provocaban las otras. Por el contrario. CeEle, como a veces la llamaba, la sosegaba, sin dejar de volverla, al mismo tiempo, más consciente de sí misma. Como la oscuridad, se dijo. Y recordó lo sorprendido que se mostrara el psiquiatra ante esta confesión.

—Me atemoriza la oscuridad cuando se trata de un sitio desconocido, no cuando puedo dominarla. En esta casa la domino. En mi dormitorio, por ejemplo, me gusta estar a oscuras —le explicó ella en esa ocasión—. Lo mismo me ocurre con la soledad.

—¿Y las tormentas? —repasó Monsalve.

—Me horrorizan las tormentas —dijo ella, pero no recreó aquella tormenta.

—¿Y los parques?

—Tiemblo en los parques. Más aún si están solos. Más aún si es de noche.

—¿Y el mar?

—Ud. sabe que no he vuelto al mar. No sé qué sensación me provocaría el mar.

Y entonces ella le explicó que, quizás, tampoco en el mar se sentiría a gusto.

Carmen Luisa tocó a la puerta y, al oír respuesta, se asomó y entró sigilosamente, como si en la habitación durmiese un niño. Y quizás dormitase un niño, se dijo. Aunque tenían casi la misma edad, la relación que, sin que ninguna de las dos se lo propusiera, se había ido estableciendo entre ellas, era la de tutora y pupila.

—Hola, Princesa —dijo Carmen Luisa, besándola en la mejilla—. Lamento la tardanza. Al Llanero empezó a reventársele la sesera y fue el sin tornillos de tu hermano el que me trajo. ¿Cómo te sientes?

Maruja lanzó el libro a un lado y estiró los músculos, mientras dejaba escapar un largo bostezo.

—Sin aire —dijo, sonriendo—... Ya ves... —y esbozó un gesto hacia ningún sitio.

Carmen Luisa recogió el libro y se echó sobre la alfombra.

—Debes de estar desarrollando facultades especiales —dijo—: a mí se me hace imposible leer con esta luz.

—Creo que tendré que desarrollar facultades especiales —bromeó Maruja. Había cultivado el hábito de hacer chistes crueles sobre sí misma cuando conversaba con Carmen Luisa—. Ojo de lechuza, está bien; piel de hipopótamo sobre todo, creo.

—Ya salió otra vez el hara-kiri —le reprochó Carmen Luisa.

—Por favor, suicidios no —dijo Maruja.

La Sigmuncita se estremeció. Se sintió torpe:

—¡Mira esa noche! —dijo, para cambiar de tema. Se había incorporado y abierto en el cortinaje una delgada ranura, con el espacio justo para observar hacia fuera.

El cielo estaba estrellado y sobre las colinas soplaba el tibio viento de agosto. La Princesa se volvió hacia la ventana para complacer a Carmen Luisa. Se sentía desolada y desgajada de ella misma y del mundo: ni aquella noche ni ninguna otra serían para ella.

—¿Y el día? —dijo, sin embargo: no deseaba abrumar a Carmen Luisa, ¿cómo les había ido en la playa?

Carmen Luisa la observó en silencio, hasta lograr que se volviera.

—Tomamos posesión en nombre de la cofradía de un recodito solitario que ya hubiera querido yo ver en sueños. Cúpula azul añil de extremo a extremo. Palma de rigor en el ángulo. Brisa de barlovento con velocidad de caminata suave. Oleaje de crespo bajo —recitó Carmen Luisa—. Un menú de cardenal... Con una única omisión: Ud. La extrañamos mucho, querida amiga.

Maruja dejó de mirarla, sonrió y extendió el brazo hacia Carmen Luisa. La Sigmuncita le tomó la mano y comenzó a darle masaje en los dedos.

—Lo sé. No necesitas decirlo. También yo los quiero, y, aunque te resulte difícil creerlo, me hacen falta. Pero tú entiendes, no puedo llevar a una extraña a la cofradía: a mí misma me cuesta reconocermé a veces. No sería justo con Uds. Lo único que lamento es que se atrevan a pensar que ya el ambiente de la cofradía no me interesa. No es así. Uds. han significado todo para mí. Alberto —se detuvo a aclararse la garganta—... Alberto, tú, Fernando... Incluso Antonio, que al comienzo tenía el perjuicio del hermano mayor, se dio cuenta de que en la cofradía éramos otros, y mejores y (me voy a poner cursi) más hermosos.

—Es bello lo que dices. A mí también me ocurre. La atmósfera del grupo es mágica —dijo Carmen Luisa—.

El disco de Miller había terminado. Sin moverse de la butaca, Maruja extrajo de la funda una larga duración de spirituals y lo ajustó sobre el plato.

—Repíteles lo que te dije. Reúnanse en el café cada semana y pídeles que me invoquen en voz alta: «Maruja nos quiere», —dijo Maruja, tratando de no llorar—

Carmen Luisa se había sentado a su lado, en el brazo de la butaca, y le pasaba la mano suavemente por el pelo, como si se tratara de consolar a una niña que se ha golpeado. «Daría cualquier cosa por la posibilidad de que todo esto fuese una pesadilla, daría cualquier cosa por volver a noviembre y quedarme allí para siempre», oyó murmurar a La Princesa, la perdonaras, manita.

—Tranquila, saca todo lo que puedas. Para eso estamos, ¿no? —aquella escena se había repetido decenas de veces, casi idéntica: Maruja rememorando a Alberto o la violación o el frustrado cumpleaños o el aborto o el mar que le producía temor; Maruja sollozando; Carmen Luisa consolándola sin detenerla; Maruja excusándose

con Carmen Luisa; Carmen Luisa alentándola; para eso estábamos, ¿no?; ¿quién era, entonces, tu psiquiatra de repuesto, tu profesora laica, tu paño de lágrimas?, le dijeras, espejito mágico, digo Princesa. Y ambas volvían a sonreír.

—Te prometo algo. Cuando sienta deseos de volver a la playa, tú serás la primera en saberlo, ¿estamos? —dijo por fin Maruja, componiéndose teatralmente la expresión, como acostumbran hacerlo los mimos—. ¿Dónde andábamos? A ver... Ya: «cielo añil de extremo a extremo», «oleaje de crespito bajo» —le dio el pie a La Sigmuncita

—Un sol blanco... —completó Carmen Luisa.

—Se te nota: tienes un bronceado de sueño —dijo Maruja, tomándole el brazo para observarlo como si se tratara de una valiosa joya.

—Me protegí bien. Hay cremas fabulosas ahora. —dijo Carmen Luisa—... El que no parece escarmentar es nuestro Llanero favorito. Lo hubieras visto al pobre: rojo como un camarón y con una jaqueca infernal que todavía cuando lo llevamos, no le dejaba en paz. Por fortuna era Antonio el que manejaba.

—¿Y cómo van las cosas? —preguntó La Princesa, guiñándole un ojo.

Carmen Luisa se incorporó, ejecutó dos pasos de vals sobre la alfombra, y, cerrando los ojos, abrazó en el aire a un cuerpo imaginario.

—Lo amo, manita. Amo a ese bendito loco —exclamó, por fin, arrobada—... Aunque a veces me comporte como una imbécil. Me trastorno por nimiedades, me enfurezco ve tú a averiguar por qué y luego no se me ocurre mejor idea que hacerlo pagar los platos rotos...

—Pero él te tiene paciencia, los he visto...

—Me tiene paciencia —admitió La Sigmuncita—. Espero que no se le agote. Me moriría.

—Lo importante es lo que sientes. Lo que ambos sienten —dijo La Princesa, casi en susurro—.

Era el tipo de situaciones en las que La Sigmuncita quedaba desarmada. Maruja estaba en lo cierto. Incluso en las palabras que habían empleado. Era un dolor legítimo, casi intocable. ¿Cómo evitar el ponerse, también ella, a temblar? Se aproximó de nuevo a La Princesa, que permanecía ovillada en la butaca, le tomó la cabeza entre las manos y la apretó contra su cuerpo: ¡parecía tan indefensa!

—Algún día esa emoción te va a ser devuelta, Princesa —dijo Carmen Luisa, separándose del rostro de Maruja para poder mirarla—. Estoy segura de eso.

Maruja sonrió a medias, con dudas.

—¿Te confieso algo? —comenzó a decir vacilante—... A veces siento el temor de que nunca más voy a ser capaz....

Carmen Luisa negó, sin dejar de mirarla. Ya antes habían conversado sobre aquello. En su «diario clínico», había anotado: «Es parte de eso que los psiquiatras llaman «el cuadro»: la experiencia traumática hiere, la herida tarda en cerrar, la cicatriz sobrevive por largo tiempo. En las que resultan vírgenes para el momento del abuso, como ha sido la circunstancia de Maruja, los síntomas se complican. Al no haber otra referencia, relación sexual y trauma, coito y horror, son imágenes que permanecen fuertemente enlazadas a nivel consciente, y, sobre todo, inconsciente».

—¿Por qué dices eso? —le preguntó, aunque sabía la respuesta.

Maruja se puso de pie y caminó por el dormitorio, tocando objetos aquí y allá: la cama, la carátula de un disco, una muñeca de porcelana, el anaquel de libros, una falda que colgaba en la perilla del clóset.

—El horror no me da tregua. Está conmigo día y noche. La sola idea de tener pareja me repugna. Y todo lo que está relacionado con eso, llámese caricia o sexo o como quiera que sea, me produce náuseas. Y si es en los sueños, ya lo sabes: se cuelan esos seres infernales y sin rostro que me acosan y me desnudan y me torturan hasta que despierto, dando alaridos.

Carmen Luisa se había sentado en la cama y la escuchaba en silencio. En el tocadiscos, Armstrong, arrastrando las largas notas de la trompeta, hilvanaba las frases de «El último adiós de Jane», una canción que le encantaba. Polito ladraba en el traspatio mientras Lastenia corría, llamándolo, desde algún lugar de la casa.

—Hay algo peor —continuó Maruja. Sé que el acto sexual no es siempre un acto meramente físico... hay sentimientos y emociones. Pero mi rechazo no abarca sólo a lo físico, sino también a lo que alimenta lo físico. No sé si me explico...

—Comprendo lo que quieres decir —respondió Carmen Luisa—. Eso vas a superarlo. Estoy segura de que vas a superarlo.

Maruja se había acostado de espaldas sobre la alfombra. Contemplaba el techo.

—No lo sé. A veces pienso que antes debo tocar fondo —dijo lentamente, como si quisiera convencerse, en primer lugar, ella misma—. A veces deseo tocar fondo.

Carmen Luisa no respondió.

Más tarde, ya en su casa, antes de dormirse, alcanzó a escribir (su trabajo final de curso, había llevado el exagerado título de «La tragedia en la Grecia clásica y el hombre contemporáneo»): «Todos somos personajes de Sófocles, ocurre sólo que algunos se percatan más tardíamente que otros».

Y no pudo recordar si la frase le pertenecía o no.

Segunda parte

Capítulo X: 1973

1

DUELO. Esta mañana, a las ocho, mientras desayunaba abrazado a la loca esperanza de tener un día feliz: llamada de las oficinas de «El Matutino» para aceptar mi petición de ingreso a la empresa. Los dioses de la indolencia son testigos de mi absoluta pereza. La propuesta me sorprendió: es verdad que ellos constituyeron uno de los treinta objetivos a los que La Flaca bombardeó con letales copias de mi currículum, y que, semanas más tarde, me arrastré hasta la entrevista para enfrentar a un psicólogo sudoroso que alternaba las sonrisas mecánicas con alarmantes eructos, pero, la verdad, nunca creí que me aceptaran.

Mi terror aumentó cuando la voz comentó que eran una empresa «nueva y moderna», y que estaban rastreando (empleó este verbo, lo juro) gente como yo. Traté de detenerlo preguntándole en qué sentido, exactamente, pensaban ellos que yo llenaba sus expectativas de rastreo. No respondió. En vez de eso se entregó a una vertiginosa descripción de mis futuras labores: espectáculos, arte, literatura, una miscelánea sencilla, dijo. Experimenté el impulso de colgarle, pero algo, en un instante límite, me detuvo: pensé en La Flaca, en el apartamento, en la solidaridad recíproca. Y acepté. Todavía me pregunto de qué manera llegué a deslizarme hasta las aulas de esta carrera que estaba tan cerca de mí como podía estarlo un cargo de entrenador en pelota vasca o de amaestrador de focas. ¿Constituyó, como a veces creo recordar, el piadoso resultado de un divertimento al que, con la complicidad del chiflado de Peraloca, confiara la planificación de mi futuro vocacional, una remota mañana de agosto de 1958.

Poco interesa ya. En verdad, creo que nunca tuvo importancia alguna. Mi único deseo entonces era el poder husmear con impunidad en una pandilla teatral suficientemente profesional como para enseñar algo de las trastiendas del oficio. La «Nueva Sociedad Dramática» de la universidad me proporcionaba justo lo que perseguía: cuál carrera, artesanía o vicio secreto me acompañaría en la tarea, era algo por completo secundario. La «sociedad», de la que conocía algunos montajes iniciales, sobrios y no indignos, fue una especie de gimnasio donde pude foguearme y sudar pero al cual, por razones que no viene al caso recordar ahora, le saque poco. No me arrepiento: lo registro, a secas.

De cualquier manera, cuando llegó septiembre, la escuela de periodismo contaba entre sus filas con un nuevo escéptico. No era, por supuesto, el único, los había por millares. Creo que incluso constituían la mayoría. Y no sólo allí, por lo que podía intuirse a partir de una gira superficial por las facultades, los perplejos menudeaban

como el arroz. El caso de Carmen Luisa (escogencia razonada, preparación prolongada y minuciosa) encargaba más bien la excepción.

Pero no es de esto de lo que deseo hablar. Me refería a mi condición descolocada dentro de aquel laberinto sólo para agregar que, justo por no ser única, distaba un abismo de impedirme el sueño, cuando soñaba. A la larga, incluso, llegué a adaptarme como pez al agua. Un agua turbia y rala, si se quiere, pero familiar. Y espero que esto no desdiga ni de los académicos que me tocaron en suerte —todos de buena voluntad, todos pacientes— ni de la pequeña institución en sí —sus paredes, sus secretarias, sus jardines— ni siquiera del pénsum, errático como todos los pensa de todos los institutos, pero «esperanzador». No, Si a algún responsable hubiera que señalar en este impasse tolerado, no tendríamos que buscar muy arduamente. Asumo mis deberes y mis culpas. Y repito, no lo deploro. ¿Cómo lamentar unos años en cuyo espejo miro transcurrir los cuerpos evanescentes de mis amigos con la levedad de un sueño, por más que la crónica pública los señale entre los más violentos y agitados de nuestra accidentada historia?

Es, quizás, un resultado de la brumosa perspectiva de la distancia. Los contemplo ahora desde la altura de esta década y puedo verme de nuevo, hipnotizado por la recurrencia cotidiana. El reto cotidiano era un filo de navaja cuyo resplandor me exigía un ojo permanente.

En las mañanas, la liturgia académica: un ejercicio de paciencia para no desesperar ante el alud de datos técnicos y tediosos sobre los cuales los «veteranos del oficio» apoyaban sus prácticas proselitistas para atraernos a sus respectivos corrales. Digo tediosos y técnicos, no inútiles: sería injusto despreciar esa panoplia de «trucos del oficio», que constituyen la artillería básica de las distintas artesanías —incluida ésta— y que en más de una ocasión me libró de la quiebra financiera total, cuando mis bolsillos menguaban más allá del límite razonable.

En cuanto a los libros que nos recomendaban desde las tarimas, se asemejaban más a un vademécum de fórmulas preestablecidas que a un volumen de ideas originales capaces de movernos la sesera al ritmo de los tiempos que corrían. Y atención, hablo de aguas profundas. El vocablo «corrían» no resulta en modo alguno apropiado. Más que de una competencia de pista se trataba de una caída libre hacia el ignorado confín del universo donde nos aguardaba el clímax de la entropía. Hablo de los años sesenta y de sus mil y una madejas de delirio. El cuerpo en estado de exaltación pura. La vigilia total.

Interrumpo. El teléfono me saca del cuaderno.

Era La Flaca: ¿había llamado el líder comunal de Los Canjilones, un tal Pedro Ramos, o algo así? No. El capo del barrio no ha llamado. Bien, si resucita (ella lleva dos horas esperando en la entrada de La Vega), ponlo al tanto. Dijo así: ponlo al tanto. ¡Y colgó! Maldita sea: aprecio la pasión «añadida» que mi socióloga favorita le imprime a su

profesión, aprecio su engranaje. Pero, alabados sean Viracocha y mis dioses lares, quien está en el proyecto La Vega-Alfa es ella, no yo. ¿Cómo poner al inefable Pedro Ramos al «tanto», de algo que ignoro? ¿O Pedro Ramos espera que le hable de los autos sacramentales durante el siglo de oro español?

[Corchete de La Flaca, al margen, aquella misma noche: Rendirse a la evidencia: desayuno con un zombi. ¿Qué esperpento, si no, era el que engullía esta misma mañana su pan de centeno con requesón «a la anacoreta», y leía su «cuerpo C», asintiendo como un porfiado pendulante, mirándome incluso de vez en cuando, mientras Flaca, la ingenua, en jeans y tacones bajos, le refería emocionada la agenda que la aguardaba durante el día, no sin tomar la precaución de repetir el párrafo que tenía que ver con Ramos, el inefable, precisamente porque el inefable, muy probablemente llamaría para pedir los datos de la reunión que ella, ociosamente, reiteraba una y otra vez?

Inferencias para la historia: mirada no significa oído; asentimiento cefálico no significa comprensión; volumen corporal no significa presencia.

Albricias: de cualquier manera Ramos compareció. ¿Quién le puso en autos sobre la hora, la fecha y el lugar? Te lo dejo como problema, Maigret. Aunque quizás fuese un dramaturgo en ciernes, que habita en Babia y responde al teléfono en situación de éxtasis. Corto y fuera.]

Releyendo lo anterior me percaté de un paisaje que aunque fuese un sentimiento largamente compartido en aquellos años, lo había olvidado con el tiempo. Se trataba de la presencia de una doble circulación sanguínea. Una especie de Hyde y Jekyll de la academia cuya línea divisoria se ubicaba en el umbral de la puerta de entrada al aula y que dividía nuestra existencia en dos universos paralelos e irreconciliables. Y aquí hay que hacer mención de una palabra latina en su origen, usufructuada hasta la saciedad por los anglosajones, cuya sonoridad no puede ser más expresiva. Campus. No exagero. Al trasponer la salida de las cuatro paredes blanqueadas que enmarcaban el aula, la verdadera vida, el barco ebrio, se hacían presentes. Pasillos, jardines, campos abiertos, caminerías, boscajes, canchas, cafetines, bancos, rincones sin nombre y sin tiempo donde bebíamos hasta la fatiga un brebaje hechizante que la academia de entre muros distaba mucho de ofrecernos.

Escribo en el balcón saledizo que, prolongando la salita, se abre en arco sobre el precipicio hacia el norte. El apartamento es pequeño, sí, el edificio de segunda, sí, pero la colina con repecho en la cual se enclava domina un área del valle que, más allá de los exilios y de los tortuosos vericuetos de esta década, aún se asienta en mi corazón como entonces. El distrito postal 1051 y sus estribaciones. Una visual que barre el corazón de la ciudad desde esa mezcla de anillo de Möebius y Coliseo desvencijado que es el helicoide de Roca Tarpeya hasta la línea donde el baluarte

bohemia de Sabana Grande se abre hacia el sur, sobre las zonas emergentes que ahora le disputan el reino ligero de la noche. Allí, en el centro de esta maqueta imaginaria, custodiando la colina de la antigua casona, se eleva el techo cóncavo del gimnasio universitario, a la izquierda, el cajón rojo de la biblioteca y más allá, cerrando el campus, al pie de la cresta boscosa del Jardín Botánico, la mole del hospital con sus amplias terrazas.

Recuerdo el día que practiqué por vez primera este vuelo rasante e imaginario de avioneta fumigadora desde ese mirador natural que constituyen Las Colinas, asomado, por añadidura, a un balcón idéntico a éste hasta en los porrones de ficus, de drasenias y de cebollas gigantes que lo flanqueaban. Fue aquella mañana de fines de enero de 1958 en que, abandonamos «La Landaezera» para correr a guarecernos en el refugio provisional, pero efusivo, que nos ofrecía el galeno Bermúdez y mi querida Alida. La casa, cuya fachada de dos plantas enfrentaba al cerro, se desplegaba en su parte posterior descendiendo la colina, según el principio de los niveles alternos, en dos pisos adicionales, invisibles desde el sendero de entrada. Los cuartos de huéspedes y de servicio, ubicados justamente en esta especie de sótanos aéreos, proyectados sobre el vacío, contaban con una pared ciega al fondo, pero la opuesta estaba siempre perforada por balcones que, orientados al norte, miraban en perspectiva sobre el valle.

Llegué, deshice equipaje y bolsones de libros, y todavía perturbado por el beso casto y prolongado con que mi antigua iniciadora erótica me daba la bienvenida, acodé mi esqueleto en la baranda de la pequeña terraza y me di a respirar el aire verde de la colina y a meditar sobre la forma como nuestra condición de perseguidos políticos podía gravitar sobre mis planes.

La reflexión sobre los planes me llevó a la escogencia de carrera, y ésta me condujo a la universidad. Entonces fue cuando me entregué a la tarea de realizar aquel levantamiento topográfico desde el solitario mirador que Alida, la vestal grávida, había reservado para su primo favorito.

(Nota para la delgada husmeadora de diarios ajenos: por si ocurre que la mención de Alida, la iniciadora, te provoque ataques de celos negro, debo invitarte a recordar una noche de vinos londinense, en aquella habitación anexa que La Polaca asaltó, durante un período fugaz, en Islington, cuando en un arrebatado de sinceridad les confesé mi ceremonia iniciática, a manos de la samaritana de mi prima, en una madrugada de mi pubertad que se pierde en la madrugada de los tiempos.

Te convidó, asimismo, a recordar cómo se emocionaron hasta las lágrimas, tú y La Polaca, con la imagen visual del cachorro de cunaguaro violado (ardua excursión por los Oxfords a mano para traducirle «cunaguaro» a La Polaca), al punto de concederme la Indulgencia Plenaria en todas las perversiones, veniales o mortales, en las que incurriera en el terreno del sexo.

[Aclaratoria de La Flaca: Nada contra ti. Nada contra tu prima. Nada contra tu

iniciación. Había olvidado los detalles espaciales de la noche de Islington, pero no su esencia. Debió ser poco después de que conociéramos a La Polaca, y algo antes de que ella se viniese a vivir con nosotros. Tu relato, sobre todo, se quedó conmigo para siempre. Nos conmovió, es cierto, y nos exaltó. Llorábamos de pura ternura y de alegría y de placer... y de lo singular que le resultaba a La Polaca, con su inglés inicial y titubeante, entender tu inglés pasado por vino, tanto como le resultaba a nuestro poeta irlandés, hacerse a nuestro español caraqueño.

No, querido teatrero: no me molesta recordar tu relato ni tu divertida iniciación ni las precoces travesuras de la prima. Por el contrario, te revelaré un secreto. Aquella noche, oyendo en éxtasis tu relato iniciático, yo que, como recordarás, en aquella época iba y venía de tu lado como un péndulo loco, me sentí sacudida por la súbita certeza de que una corriente loca, que fluía a través de nosotros hacia un lugar sin tiempo, me atraía hacia ti para siempre, más allá de la voluntad y de la duda. No por azar nos instalamos en el pisito de Belsize por aquellos días. No por azar te escribo ahora.

Postdata: ¿Necesito decirlo? Alida es de mi corazón, gafito.]

2

Si en las mañanas las exigencias del aula y los placeres múltiples del campus, me retenían en los predios de la antigua Hacienda Ibarra; por la tarde, melodía y paisaje cambiaban por completo. De hecho, de obedecer a mis vísceras, hubiera permanecido echado en la planicie arbolada que se extendía desde los jardines de la Facultad hasta el tope de la suave colina donde comenzaban las residencias de estudiantes, leyendo, escribiendo o mirando la evolución de las nubes hasta al anochecer, pero, como solía decir mi padre, la diana del deber soplaba a mis oídos.

La diana, en este caso, asumía la ramplona vestimenta de los costes diarios. Como era esperable, los sucesos de aquel año del señor de 1958 asestaron demoledores yabs contra las finanzas de los Landáez, de modo que al promediar septiembre, fecha de mi ingreso a la universidad, nuestra hoja familiar de «balanza de pagos», ostentaba un manchón en rojo más cruento que una novela de caballería.

Mamá comenzó a compartir un negocio de mercería que un familiar más bien lejano había instalado por Los Chaguaramos, pero papá amenguaba en el pueblo y Elanita era muy capullo para trabajar. Decidí conseguirme un empleo a como diera lugar. Recuerdo cuándo y cómo tomé la determinación. Fue en agosto, poco después de la graduación secundaria, durante un día de playa en el escondite rocalloso y solitario donde Peraloca y Carmen Luisa (los únicos disponibles de la cofradía) nos habíamos refugiado para sortear la ansiedad de la elección que nos aguardaba. Había sol y calor

y el aire olía a yodo. Por si no lo he dicho aún, con unas cuantas onzas de alcohol y unos minutos fugaces bajo el sol blanco del Caribe, se puede batir un cóctel que, en mí personalísimo caso, se sirve junto con un aturdimiento loco que me hace decir barbaridades y, luego, pero casi de inmediato, con una jaqueca capaz de transformarme en una momia por horas.

Eso, justamente, fue lo que ocurrió.

En esa alcabala que media entre la locuacidad y el dolor, convoqué a mi leal audiencia, y, sin darme demasiada cuenta del sentido de mi balbuceo, proclamé mi disposición inmediata a formar parte del «vasto y sufrido ejército de los asalariados», como luego bromeara Antonio.

«Debo conseguir un empleo a como dé lugar», ésta, u otra semejante debió ser la frase central de mi proclama. Han transcurrido quince años desde aquel remoto «rito de pasaje» en el umbral de mi adultez, ahora puedo decir que no calculaba entonces la magnitud de la oferta que les formulaba a los días por venir.

¿Docena y media? ¿Tres docenas? Perdí la cuenta de la cantidad de empleos con los cuales me comprometí en el entretanto. Y no recuerdo el día en el que dejé de contarlos. Tampoco la caótica diversidad de las tareas que me tocaron en suerte. El terreno ha sido, sin dudas, ancho y ajeno. De verificador de planillas, preparador docente, cajero, encuestador, corrector de pruebas, que fueron los primeros, hasta redactor suplente, investigador y creativo publicitario, que han sido los últimos, pasando por anexo de producción de espectáculos y guionista, para nombrar algunos, una larga lista de tareas se extiende desde aquel distante día de playa en el litoral central hasta la silla de lona de este balcón donde escribo.

Algunas me trataron mal, otras me divirtieron, no pocas resultaron aburridas, ninguna me dañó.

La primera de aquellas colocaciones al brinco fue, por paradoja, casi una broma de mal gusto. Y no pienso en Peraloca, quien, vía el coronel Paredes, fue quien me engarzó en la tarea, ni en la condición de los usuarios a quienes debía atender, gente común y de buena pasta cuyo gran problema consistía en haber sido víctima de las circunstancias. La paradoja estribaba en que yo, que había estado buscando colocación y que la buscaría de nuevo poco tiempo después, y en muchas otras oportunidades futuras, había sido apostado, justamente, en la función de llenar y chequear planillas de personas desempleadas que aspiraban a esa especie de seguro de paro forzoso, que la Junta Provisional de Gobierno debió improvisar sobre la marcha para atender a los miles de miserables que ahora planteaban su hambre a plena calle. Fue, pueden creerme, una experiencia tan sintomática, como nutritiva y... pasajera. En primer lugar, la participación en aquel desfile de desheredados, marcó lo que, en palabras de La Sigmuncita, en broma, pero en serio, «representaba nuestra primera revolcada en la realidad». No se trataba de que Carmen Luisa trabajase conmigo — aquellas labores eran consideradas, todavía, por la administración central, como

impropias de una adolescente— pero, a contracorriente de la norma oficial, mi vestal igual se deslizaba, cada tarde por medio, en el maremágnun del centro de atención hasta llegar a constituirse en parte habitual y, más tarde, imprescindible, de aquella corte de los milagros caribeña en la que debía sumirme cada día después del almuerzo.

Y no se crea que la relación con el público se reducía a un trámite rápido y burocrático. Esperar eso en la circunstancia de la Carmen Luisa típica de aquel tiempo, sería desconocerla. Por el contrario, puesto que a menudo los casos rozaban los límites de la indigencia, resultaba imposible mantenerse ajenos a ellos, a menos que comenzáramos, también nosotros, a militar en las huestes del cinismo, que nunca, por supuesto, han sido ralas. No era mi condición ni mucho menos la de Carmen Luisa. Todavía puedo verla, en bluyines y botas de goma, escalando los cerros de la ciudad en busca de un rancho donde una colección famélica de pequeños ventrudos de ojos enormes y saltones, moría de mengua. O escuchando, por horas, el moroso relato de las madres abandonadas, con frecuencia menores que ella, casi niñas, que terminaban moqueando en su hombro.

Esto no ocurrió una vez, ocurrió muchas. Y con toda probabilidad hubiera continuado hasta la culminación del Plan (que fue abolido el año siguiente, por la nueva administración surgida de las urnas de diciembre), de no ser por una circunstancia que no por repugnante dejaba de ser común. Se trata, claro está, de esa versión contemporánea y perversa de la picaresca que es la corrupción.

El modus operandi era simple: se trataba de recibir la asignación en metálico varias veces en un mes (y no una, como era lo previsto). Para ello podía apelarse, por ejemplo, al subterfugio de las identidades fantasmas, o a la comparecencia a centros distintos y sucesivos, para no mencionar más que algunas de las posibilidades. Los listados de control eran obviados con la complicidad de funcionarios venales y del propio primitivismo del sistema, y el botín (considerable si se estima que, en teoría, podía transformarse en un ciclo infinito), se repartía sin rubores entre los iniciados. Este circuito, tanto más nauseabundo cuanto que tomaba a los más menesterosos como víctimas, no comenzó con el plan, pero tan pronto las hienas de costumbre se percataron de la facilidad del golpe, se abalanzaron sobre el festín con una voracidad grotesca.

El sistema, sin embargo, alojaba especímenes que por ignorancia, estupidez u honestidad, se empeñaban en la incomprensible actitud de permanecer al margen de la asquerosa calesita. Me contaba entre ellos. Se lo comenté, incluso, a Peraloca y al coronel. Antonio no tenía poder alguno, y el coronel, siempre dado a las posiciones ambiguas, y amedrentado quizás por la inconsistencia de la situación política, prefirió no inmiscuirse. Concluyó, además, aconsejándome, no dudo que con la mejor voluntad del mundo, hacer otro tanto.

Mi primer impulso fue renunciar de inmediato: me detuvieron dos razones. En primer

lugar, necesitaba el trabajo, y, en mi inexperiencia, pensaba que si perdía aquél no podría conseguir otro, o, peor aún, no sería capaz de desempeñar otro.

En segundo lugar, estaba ansioso por saber cómo culminaría aquel saqueo siniestro. Mi condición de excepción me transformaba en un equilibrista sin red; pero las excepciones en sí, aunque molestas, podían ser toleradas... mientras no entraban el funcionamiento del engranaje o no pusieran en peligro su existencia. Sólo que eso fue, precisamente, lo que ocurrió. Como si se tratara de una infección generalizada, la hipertrofia de la llaga comenzó a no tolerar secciones sanas de tejido. Se volvieron agresivos y cínicos, y finalmente, terminantes.

Para abreviar la parábola diré que el finale se produjo una tarde a raíz de una firme negativa mía a encarnar el benjamín de la dichosa familia. Con la pésima suerte para ellos de ocurrírseles iniciar la fase de los chantajes en el justo momento en que aparecía, bufando entre los rejoneadores, una combinación de Amazona con supermujer de criptón que calzaba el rostro emboinado y feroz de Carmen Luisa.

Apoteosis. La insólita aparición, que no ahorró adjetivos en su proclama, los congeló como si se tratara de la propia Virgen María presta a ordenarlos en fila para el juicio final. Se organizó el infaltable grupo de curiosos, que vitoreó con frenesí a la lidereza, e intervino la policía para bajar el telón del entremés.

La pelea fue reseñada, con omisión de identidades, en la prensa de la mañana siguiente. Lo que sirvió para arreciar la urticaria que el plan había estado suscitado en los usuarios comunes.

Aquel mismo día, con alivio, envié mi renuncia. No comparecí en persona. No fui capaz de remitirles el largo panfleto que La Sigmuncita elaborara la noche anterior, en su casa, encendida de nuevo por los comentarios que su padre le formulara en relación con la confrontación. En vez de eso, entregué a distancia una carta casi telegráfica que apenas mencionaba el detalle de que ya no regresaría a las caldeadas oficinas del plan de protección.

Aquella tragicomedia representó mi bautizo en las filas laborales, en general, y, en particular, mi zambullida en las malsanas aguas de la burocracia criolla.

A propósito, esta misma mañana comencé mis tareas en «El Matutino». La primera revelación fue que cambiaron por completo los planes que gerencia del cuerpo había dispuesto en un comienzo para mí. En lugar de la función de utility, diversa, quizás, pero forzada, «estimaron más acertado» ubicarme al frente de un nuevo proyecto, resultado, al parecer, de la última reunión directiva convocada para evaluar los retos de la competencia. La idea supone un encartado dirigido «a la juventud», dentro del tabloide, en la edición de los sábados. No hay paradigmas ni pautas a priori. Todo estaría por decir y por hacer: la cara en positivo de estos nuevos diarios que resultan verdaderos globos de ensayo. El costado en negativo, ya se intuye, reside en que el ímpetu del novicio y la improvisación a menudo bastan para transformarlos en ideales

de un año, de un mes incluso.

¿Por dónde empezar?

Disposición del escenario: Café con sacarina y galletas a la requesón, invitación personalizada a mi asesora favorita en estrategia Pert, y capa cortical en blanco para iniciar desde el inicio.

[Nota de La Flaca: ignoraba tu admiración por ese rasgo más bien menor de mi personalidad, como lo es el agregado Pert, ¿lo aprecias más que a mi pasión, mis ojos o mi inteligencia? Es una pregunta demasiado «femenina» para mi gusto, pero, por favor, dime que no. Con todo, acepto iluminarte, ¿mañana en la noche?, si añades a ese estricto rigor calórico, una botella de Chablis. ¿Hecho? Al paso, podría hacerme la recíproca en un tema que me trae curiosa, y que tiene que ver con el loco más amado del mundo. Yo lo llamaría: «el artista y el trabajo convencional en el subdesarrollo». Ahora en serio (quiero decir, también en serio): hurra por tu bautizo de fuego en la burocracia, toco madera para que me exorcice también a mí.

Interrogante oscura: ¿dónde se esconde esa amazona, vital y prodigiosa que te salvó de la jauría de perdigueros en aquellos tiempos míticos?]

Después de este debut más bien desalentador en las trastiendas de la burocracia, cualquiera que estuviera en sus cabales hubiera medido muy bien sus pasos (quizás habría que decir brincos espasmódicos, tratándose de mí). Nada de eso. Ahora, cuando reconstruyo mi currículum, puedo citar tantas reincidencias que me asombra no haber terminado precozmente mi carrera detrás de un escritorio oscuro de una oficina oscura, sellando legajos oscuros en un eslabón cualquiera de la cadena de funcionarios oficiales.

Esta afición involuntaria por «el castillo» público cundió sobre todo en los días iniciales. Luego, a medida que maduraba, fui deslizándome casi sin darme cuenta hacia la maquinaria privada. Nada del otro mundo: un tratante de esclavos por otro. En todo caso, se trataba siempre de puestos a destajo, que yo sentía provisionales antes incluso de asumirlos, con un rango bajo o intermedio, y, de manera inevitable, una dedicación a media jornada durante los seis años que consumí en lograr el pergamino firmado por el rector de turno. Hay dos rasgos, sin embargo, que los iguala a todos.

Jamás experimenté la creencia de que mi vida estuviese ligada a ninguna de aquellas zanjas de trincheras que el azar y Amalivaca colocaban en mi camino. Por eso, quizás, no alcanzaron a provocarme úlceras o migrañas o neurosis, como les ocurre a tantos infelices. El que no pretendiera hacer carrera alguna dentro de la empresa o la institución, me inculcaba una fortaleza y una seguridad tales que no tardaron en constituirse en mis mejores cartas de presentación. Al lado, por supuesto, de la cuota de inteligencia necesaria para ejecutar las tareas con un mínimo de eficacia. La mayor parte del tiempo me tomaba las situaciones con calma y con humor. Donde otros

veían un quebradero de cabeza, yo encontraba una charada. Y cuando esto dejaba de ser posible, simplemente me iba. Esta provisionalidad se hizo norma. Saltaba de un puesto a otro como un equilibrista cambia de trapecio.

¿Por cuánto tiempo se prolongó este estilo?

Es difícil decirlo. Según Antonio, los rasgos más propios continúan siendo los mismos, «da la impresión de que no te tomas nada demasiado en serio, ni siquiera cuando te lo tomas en serio». Esto es, probablemente, cierto, pero por otra parte resulta evidente que no soy el mismo de ocho, diez o catorce años atrás, ni siquiera en cuanto al trabajo. Ha habido inflexiones. La graduación, pienso. Luego el matrimonio, por supuesto. Y, finalmente, el viaje de postgrado.

El balance parcial, ya casi doblando el cabo bíblico de los 33, no es, sin embargo, desalentador. Hubo estruendosos fracasos, hubo retos, hubo diversión. También circunstancias excepcionales que me resultaron, por una razón o por otra, difíciles de olvidar. Ese fue el caso del trabajo en la agencia de publicidad.

Es fama que estas «máquinas de producción de motivaciones» terminaron por resultar el refugio favorito de legiones de «talentos» silvestres que acosados por las estrecheces y los rigores del circo encontraron en ellas un lugar donde no sólo les toleraban las locuras, sino que se las recompensaban con un estipendio tan jugoso como era imposible soñar en los comederos de donde provenían. Una vez más fue Antonio quien, blandiendo justamente este argumento, me convenció de atender a la convocatoria, que se divulgó en las páginas de avisos laborales durante uno de esos períodos de ladilla que, como ya he dicho, me tomaban por asalto luego de unos cuantos meses en la misma rutina.

Anoto al paso que el propio Peraloca, quien con el tiempo llegaría a ser un ejemplo excelente de la leyenda arriba anotada (comenzó como «creativo a prueba» y escaló hasta accionista de la compañía), ya trabajaba para la época en una empresa rival de la que finalmente se decidió a contratarme, después de las entrevistas y de las baterías psicométricas que constituyen la tortura usual en estas circunstancias.

También a mí me designaron creativo a prueba. Pero en lugar de escalar, como hacía Antonio en el redil vecino, practiqué una suerte de reptación en descenso que me llevó sin detenerme a recuperar el aliento, primero, a enamorarme y a jugar con una modelo que resultó novia del hijo del gerente ejecutivo; luego, a arruinar la campaña de recuperación de imagen de un político venido a menos (en la cual la empresa cifraba algunas cuentas de las campañas presidenciales futuras); y, finalmente, a insultar al accionista mayoritario de la compañía, de cuya identidad no tenía la más remota idea, a raíz de un choque menor en el estacionamiento corporativo.

Orejas y rabo y vuelta al ruedo.

Por añadidura, mis desafueros tuvieron consecuencias no sólo intra sino extramuros, porque al cabo me resultó tan fácil lograr que me aventaran de la firma como difícil

obtener un perdón de Carmen Luisa en el «asunto de la modelito prohibida». Todavía hoy me pregunto cómo pudo una sola persona incurrir en tanta insensatez junta. Si recuerdo bien eran aquellos los meses finales de la carrera universitaria. Carmen Luisa y yo estábamos a punto de recibir el papel profesional y pensábamos casarnos inmediatamente después. En estas circunstancias no se me ocurrió nada mejor que, por un lado, provocar mi echada en un trabajo que, más allá de mis ya históricas dudas, abría perspectivas; y, por otro, arruinar la concordia de mi relación con La Sigmuncita, una paz que, sobreviviente de varias grietas, ya transitaba, por fin, algunos meses de solidez.

¿Qué causó esta segunda estupidez? Por insólito que parezca lo que voy a decir, es la absoluta verdad: lo causó un arrebató de pureza. Quiero decir, por parte mía. El hecho es que Carmen Luisa ni conocía ni sospechaba mi desliz con la maniquí. Y —el escapulario del Negro Miguel vaya adelante— el desliz mismo no hubiera pasado de ser un acercamiento menor y olvidable, de no haber acarreado las desafortunadas consecuencias que acarreó. No se trataba de que ni ella ni yo jamás hubiésemos jugado a la travesuras, pero estas «excursiones corporales», como ella las llamó alguna vez, siempre nos devolvían a nosotros mismos, y, lo más importante, acontecían durante esas separaciones que en ocasiones se extendían por meses y de las cuales regresábamos aturcidos y ávidos hacia un nuevo reencuentro. Nunca mientras estábamos juntos.

Pues bien, después del dossier con el figurín me prendí de la absurda obsesión de que nunca podría ser feliz con Carmen Luisa si no ejecutaba ante ella un minucioso desgarramiento de vestidura. Lo medité bien. Me dije que si callaba no se trataría de una mentira, sino de una omisión. Me repetí que su reacción podía ser desmesurada, como ya había ocurrido antes, en conflictos mucho más simple. Ninguna de estas sensatísimas reflexiones cumplió su labor. No alteré un ápice mis propósitos.

Una noche en la que no tenía ensayo ni taller con los teatreros universitarios, la cité en un cafetín entoldado de la avenida Lincoln (el tiempo había ido desplazando nuestro cafetines hacia Santa Mónica y Los Chaguaramos, primero, y hacia Sabana Grande, luego) y, de un envión, sin anestesia, le vacié el cuento.

Ese día, por primera vez, aprendí que nunca terminamos de conocer a nadie. Nunca. No importa cuán compenetrados estemos con la contraparte ni cuánta vida hayamos transitado en común, el resultado es el mismo. Idéntica ignorancia. Carmen Luisa no me interrumpió ni una vez para pedirme aclaratorias o plantearme preguntas: fumando un cigarrillo tras otro, sin mirarme, escuchó el relato en silencio hasta el final. Luego, en silencio todavía, todavía inexpresiva, pero ahora sin apartarme los ojos, se puso de pie, tomó la sopa de cebolla y el batido de lechosa que el mesonero recién había colocado sobre la mesa y, con lentitud, sin derrochar una sola gota, la vació concienzudamente sobre mi chaqueta. Acto seguido echó mano del cenicero, atiborrado de colillas aplastadas y de fósforos a medio quemar (Carmen Luisa solía

mantener la llama viva, sin soplarla, frente a sus ojos, una vez que el tabaco agarraba fuego: fue un hábito que sostuvo durante todo el tiempo en que permanecimos juntos) y, ante el estupor de los clientes, coronó mi asombrada cabeza con aquella sucia diadema de plástico azul.

Un minuto más tarde, mientras permanecía aún congelado sobre la silla y sentía una falange de lombrices líquidas que se escurría sobre mi estomago, la vi desaparecer dentro del taxi, volverse a medias y cerrar la puerta al tiempo que el carro comenzaba a ganar velocidad.

¿Sonreía, en verdad, furtiva y maliciosamente a través de la ventanilla a medida que se alejaba o sólo lo imaginé? En todo caso, aquella ruptura, la más prolongada de todas, se extendió hasta la propia fecha de nuestra graduación, unos meses después.

3

En esas tareas que me ayudaron a apuntalar mi escuálida bolsa empleé yo mis tardes a lo largo de aquellos años espesos y felices. Las noches, en cambio, eran para la actividad elegida. Al promediar las seis, cualquiera que fuese la pestilente oficina donde estuviera, arrancaba como un velocista ante el disparo de los cien metros planos, rescataba mi fiel Volkswagen de las entrañas del estacionamiento y, sorteando las banderolas del slalon, cruzaba la ciudad hostil hasta el campus, que me guardaba, con el mismo rostro que me había despedido al final de la mañana.

Se trataba del horario de la máscara.

Por lo general, las actividades de la «Nueva Sociedad Dramática Universitaria» se iniciaban a las seis y media, y, dependiendo de la dificultad, los retrasos o, incluso, la involucración de los participantes, podían prolongarse por dos, tres o más horas.

Teníamos talleres, conferencias, seminarios internos, ensayos y puestas en escena. Y, en estética teatral, se postulaba el eclecticismo. Todo era potencialmente empleable. Todo era discutible. Entendíamos el teatro como proceso, no como estado. Brecht y Artaud, Stanislavski y el happening, la creación de grupo y la escena coreográfica, la herencia clásica y el entarimado multimedia: el inventario estaba allí, a nuestro capricho, listo para el saqueo.

Con dificultad podía yo aburrirme en estos desafíos. No sólo por lo diverso —e, incluso, lo inopinado— del menú sino también por la relación sui géneris que yo mantenía con el elenco, basada a un tiempo en la responsabilidad y la independencia. Sabían (se los confesé desde un primer momento) que mi interés al aproximarme a ellos estribaba en el aprendizaje que yo deseaba realizar, a partir de adentro, de los distintos costados del abecedario teatral. ¿Podían quizás colocarme, a título de utility, en apoyo de los diversos frentes del grupo? Hecho. ¿Podía realizar mis pasantías por

la escenografía, la dirección, la actuación, la iluminación, la producción, la redacción y adaptación de textos, e, incluso por la promoción del espectáculo, sin perjuicio de pasar más tiempo en aquellas áreas en las que me sintiera más endeble, más motivado o más incómodo, según el caso? Hecho. ¿Se me dejaría, eventualmente, en libertad para permanecer sólo como testigo de una tarea, o para ausentarme por un período, si así lo conveníamos con anticipación? Hecho.

Dada mi aspiración de soportar las dificultades de la trastienda a fin de macerarme para la escritura de las piezas que ya cocinaba en mis libretas, aquel pacto no podía venirme más a punto. Fueron benévolos conmigo, yo les resulté útil. Hice de productor en Medea, de adaptador de versiones en Sueño de una noche de verano, de chulo y de músico ambulante en La ópera de tres centavos, de ayudante de dirección en Lo que dejó la tempestad. Asistí a seminarios, en rol de coordinador y en rol de pupilo. Dicté charlas, algunas abortadas, como aquella acerca de «Los mensajes subliminales de la publicidad y el lenguaje dramático»; otras apoteósicas, como la que titulé, pomposamente, «Tres consideraciones psicopatológicas en torno a la obra de Tennessee Williams, con especial referencia a Un tranvía llamado deseo y a Una gata sobre el tejado caliente. Los acompañé en giras, y deserté, también, por largos períodos.

Antes dije que me despedí con la sensación de no haber podido aprender de ellos todo lo que posiblemente hubieran sido capaces de ofrecerme. No estoy seguro, ahora, de haber sido justo. Creo, por ejemplo, que durante mucho tiempo me hubiese resultado imposible sobrellevar la rutina del aula en la primera mitad del día, y, sobre todo, la esclavitud de las oficinas por la tarde, de no contar por la noche con esa espléndida caja de Pandora.

¿Por qué me alejé de la sociedad dramática?

Senderos que se bifurcan. En su legítima exploración de las formas escénicas posibles, el grupo tropezó en un momento de su evolución con las propuestas del teatro corporal o coreográfico que fundamentaba su expresión más que en la palabra, en el movimiento. El texto tendía a minimizarse, cediéndole sitio al gesto, a la mímica, a la danza contemporánea, incluso. Por principio, nada tuve contra aquel nuevo paradigma. Sólo que lo pensaba como una visita rápida, que, una vez trabajada y asimilada, sería tamizada por la experiencia propia, incorporando de ella sólo aquellos elementos cuyo valor expresivo franquearan los límites de la novedad por la novedad misma.

No fue así.

Por alguna razón que desconocemos, quien para entonces se hallaba al frente de la agrupación se afilió con tal pasión a estos dictados que, en la práctica, la sociedad dejó de ser el experimento abierto que hasta entonces había sido para cambiarse en un grupo de vanguardia radical, es decir, cerrado, cuyas puestas en escena sólo respondían a estos limitantes patrones de ensayo.

No soy conservador. Creo que el teatro puede beneficiarse de un encuentro con la coreografía, incluso llegar a compartir su lenguaje, según sea el caso, pero no hasta el punto de abolir el texto. Y eso era, exactamente, lo que estaba ocurriendo dentro de nuestro pequeño aquelarre, y amenazaba con recrudecer de un momento a otro.

Me fui sin desplantes: en silencio, como había llegado. Estuve con ellos casi los seis años que permanecí en la universidad, de modo que, en muchos sentidos difíciles de precisar, el campus y la propia institución, superponen su figura a la de aquel dinámico y entretenido club. Allí crecí, y, por cierto, no sólo en número de conexiones neuronales. Los espacios donde el grupo imprimía su aire podían ser, sí, mesa de debates y entarimados para los ensayos, pero también sala de fiestas, punto de encuentro para los amigos, tarima política y lecho propicio para los juegos de amor. Pienso, por ejemplo, en la sala de conciertos, en los vastos y laberínticos sótanos del edificio central, en la espléndida Aula Magna, en la espejeante explanada de la Plaza Cubierta, en los jardines adjuntos a la torre de aire, en la suave pendiente de la colina rectoral. Allí me reencontré y me perdí. Desprecié con odio bíblico a los que pensaba mis enemigos de entonces y me revolqué en combates dulces y feroces con mi amada en medio de fragancias de roble y cortinajes enmohecidos, o sahumeros lunares en atardeceres sin límite.

Todo este loco y memorable peregrinaje estuvo anudado de modo inextricable a la presencia de la sociedad dramática. Cuando sentí que ya ella estaba dejando de ser lo que había sido, me desprendí. Sin traumas, sin rupturas cruentas, sin amargos pases de facturas. Sé que existen aún, infortunadamente en estado pre —agónico. De cuando en vez montan obras pequeñas, pobres, carentes del aliento que animó los inicios. Asisto a todas, despojado de esperanza pero con un fervor que linda con lo religioso. Y salgo abrumado por una nostalgia insoportable, con deseos de volverlo a vivir todo, tal cual ocurrió en el pasado, incluidas las pequeñas frustraciones, y con un impulso iracundo de gritar y darme de cabezazos contra los muros y planear desde la montaña, calmo y silente, sobre la ciudad dormida, en un bosque de lunas apagadas fuera del tiempo.

Por suerte, en estas circunstancias, La Flaca me comprende. Se resigna a la fatalidad de que hablaré sin parar de los días idos, de que moquearé sin ruborizarme, de que finalizaré, grogui y sin respiración, acodado junto a ella en la barra de una tasca anónima adonde la habré arrastrado.

[Nota de La Flaca: debo imaginar que quedaste exhausto después de este «maratón» por los años «espesos y felices» en el campus de la Hacienda Ibarra. Debo, asimismo, agradecértelo. Con estas hojas, he aprendido a amar al adolescente que fuiste y que estabas dejando de ser en aquellos días, al resignado empleado que reptaba de una a otra maquinaria de tortura, el teatrero frenético que dejó sus noches en la sociedad dramática, al amante paciente y entregado a la Carmen Luisa que fue.

Te acompaño a complicidad en esas memorias que no me incluyen. Y comparto contigo la sensación nítida de que constituyó un tiempo mágico.

¿Qué lo reviste, en todo caso, de ese pasmoso hechizo? ¿Te lo has preguntado? ¿Se trata, acaso, de un espejismo de la edad, del codo difícil en que comenzamos a sorber los ásperos brebajes de los días adultos? ¿O es el estupor por el abandono final de ese conflictivo campo de nadie que es la adolescencia?

Me interrogo por mí y me interrogo por ti, «comprendido» arlequín cotidiano. Por cierto, releyendo tus quejas laborales tropiezo cada dos líneas con la imagen de «la oficina», así entrecomillada, como el potro medieval donde los inquisidores de turno descargaban su odio sobre ti. ¿Nunca te tocó en suerte un trabajo en espacios abiertos? ¿No había una pizca de claustrofobia, o de «síndrome del abogado praguense» debajo —¿o detrás?, ¿o encima, tal vez?— de esa necesidad de urgente abandono de los espacios, como si se tratara de las galerías de una mina sepultada, donde el aire, de manera lenta pero inexorable, desaparece? ¿No había quizás una sensación física de ahogo?

En Londres, durante los encierros obligados por el frío pastoso y la delgada y blanca lluvia del invierno, a menudo te oí la palabra «asfixia». Te revolvías en aquella butaca imperio de segunda mano —y, sin duda, de vigésima legitimidad— que habíamos comprado en el mercado de Camden, y entonces salías, conmigo o sin mí (la mayoría de las veces sin mí) a «inhalar» el aire helado de Hampstead Heath o Primrose Hill, protegido apenas con aquella magra chaqueta de cuero colombiano, las manos embutidas en los bolsillos laterales y la nariz escondida en un pliegue alto de la bufanda, única prenda en la que te detenías a considerar, jamás supe el por qué, la estética.

Cero consejos. Mencionaba lo del trabajo y la oficina, sólo por la circunstancia de estar disfrutando hasta el delirio (puede que no sea, exactamente, así, pero cargo con demasiada fatiga y demasiada necesidad de un regaderazo tibio como para indagar en un sustantivo menos dramático. Te regalo la búsqueda. Te cedo el celo... semántico) mi tarea con el instituto en los barrios.

Hoy, por ejemplo, ni la lluvia (en este caso más bien gruesa y cálida) ni el barro, ni la amenaza, a veces solapada a veces abierta, de una banda agresiva que merodeaba alrededor del repecho de cerro donde nos reuníamos y que los propios vecinos rechazaron y terminaron por ahuyentar, con sus improvisados recursos pudieron dar al traste con las decisiones iniciales para la autogestión en el programa de vivienda. Felicítame y felicítalos: creo que hoy logré el escalón inicial, el abrazo. Me han aceptado. No soy parte de ellos —por desgracia, nunca lo seré—, pero me aceptan... y me creen.

Corto y fuera. Gracias por los casetes de la Holiday, los veinte «golden hits». Ya casi olvidaba esa pieza de coleccionista que es «My man». La escucharé mientras me baño. A propósito: ¿no es Edith Piaf una Billie Holiday francesa? ¿No vocalizan

ambas arrastrándose de la misma sinuosa manera a lo largo de las melodías? ¿No resultaría pasmosa la semejanza si el inglés contemplara esa «r» gutural con que la Piaf ejecuta sus gargarismos? ¿No tuvieron, por ventura, los mismos sórdidos inicios?

Y, finale andante, ¿te has fijado en estas zonas llameantes en las aletas de Jack? Recordar: preguntar en «El acuario oriental» sobre los síntomas].

Un paseo necesario antes de levar anclas. ¡Los equívocos en torno a Londres son tan frecuentes! Quiero decir, las versiones que La Flaca y yo sostenemos sobre las mismas escenas, sobre las mismas vivencias, sobre los mismos paisajes, resultan a menudo tan insólitas, que me pregunto si a veces no alquilaba los oficios de alguna latinoamericana en apuros para que, adecuadamente enmascarada, la sustituyera en nuestros provisorios encuentros. Pero celebro estas disidencias porque me obligan a regresar sobre la memoria con una recurrencia tan minuciosa que sería impensable de no ser por estos retos no buscados.

Comenzaré por el principio. ¿Fatiga respiratoria en las oficinas del castillo? Tibia. Creo más bien en los ciclos de vida de aquellos puestos de combate. Se herrumbraban. Caducaban. O yo lo hacía en ellos. Para no mencionar que, con frecuencia (me sobrestimas, adorada huesuda), eran las instancias de poder o mis desafueros los que me aventaban de nuevo a las honrosas filas del «ejército industrial de reserva». Allí está la cómica incursión en los entretelones del plan de emergencia, mi primera medalla al mérito, si Uds. me lo permiten. Allí encontramos, también, mi errática pasantía por los predios de la industria publicitaria.

Suficiente. Voy ahora con Europa. ¿Qué me llevaba, con frecuencia, en invierno, fuera de aquel nicho, edénico en otras estaciones? El olor. El sahumerio a polilla embalsamada, a tapetes podridos, a tapicería vetusta y enmohecida. Nunca he padecido de alergia, ni siquiera en los casi olvidados días de infancia, en Catagua, cuando dormía entre escaparates carcomidos, baúles de la época en que mis antepasados andaluces hicieron planta en las playas caribeñas y edredones polvorientos, pero en aquellas selladas habitaciones de invierno, bastaba que promediara la tarde y que todos los aromas de aquel cascarón de ladrillo ocre que debía remontar los cien años, alzaran su vuelo, para que mi deseo de aspirar los perfumes de Parliament Hill (no es una metáfora, esa colina, en el campo de Hampstead, tiene fama de ser la eminencia menos llana de Londres) se apoderara súbitamente de mi voluntad.

De cualquier manera, esos rincones del Heath —los estanques, el valle de la salud, la colina, la concha acústica de Kenwood, los bosquecillos, los ventosos matorrales—, constituían mis predios londinenses favoritos en cualquier estación, y mi pasión por ellos no necesitaba de excusa alguna para manifestarse cada tal por cuanto.

Paso la página —y doblo la esquina de la hoja, porque más adelante volveremos sobre

ello—. No quería eludir la analogía entre La Sigmuncita que a fines de los años 50, al costado de mis labores en el inefable Plan de Emergencia, me arrastraba a los abrevaderos de la miseria urbana para tenderles una mano a los menesterosos de entonces, y mi besada Flaca de estos primeros setenta, que con igual efusión alerta, incorpora, organiza y activa a los nuevos miserables para que ellos mismos tomen su bastón y remonten las cuevas de un infierno cotidiano que no ha cambiado para nada desde los impulsivos tiempos del plan.

Estilos y énfasis distintos, idéntico sentido de la acción. Y, así mismo, itinerarios diversos. En Carmen Luisa, un punto de partida que, por desgracia, ni se repitió ni se decantó. En La Flaca, un punto de encuentro consigo misma, después de un largo proceso de decantamiento. ¿Y yo?

4

Escogencia aleatoria o no, al cabo de seis accidentados años en aquella pista de rodamiento académico a la que dedicaba el grueso de mis mañanas y para no pequeña sorpresa mía y de mis fans, de pronto allí me encontraba yo, la noche del 24 de agosto de 1964 (atención, lo pronuncié de seguido, sin tartamudeos, sin rubores, sin mala conciencia, algo se aprende), recibiendo de manos del gran sacerdote del templo de la sabiduría, el pergamino que me acreditaba ante los incrédulos del mundo, como uno más de los artífices del oficio. Me gradué. También lo hizo Carmen Luisa. En una fila distinta, pero en la misma ceremonia, nos guiñábamos el ojo a distancia.

El día anterior (la mañana de imposición de los anillos, en la jerga académica) nos habíamos reconciliado, sobrevivientes del ya reiterado problema de la maniquí publicitaria, que nos alejó por algunos meses, y que me llevó a pensar que «nunca más volvería a estar entre mis brazos» (ruego no juzgar la frase con los raseros de originalidad usuales: fueron semanas de reiterados boleros, de inagotables blues, de baladas depresivas: lo pueden atestiguar Ray Charles y Chucho Avellanet y Bobby Solo y Javier Solís). Fue ella quien tendió la mano. Algo natural, puesto que había sido ella quien la había retirado. Nos hallábamos, pues, en plena luna de miel del retorno. Un oasis de dicha furiosa que se prolongaría sin fracturas hasta la mañana providencial en que firmaríamos la refrendación de nuestro concubinato ante una juez gorda y sudorosa, habilitada a nuestra medida en la sala principal del palacete de los Paredes.

Como es usual en estos desmadres protocolares, el Aula Magna se hallaba atiborrada de público hasta las planchas aéreas de Calder. Los asistentes se apiñaban incluso sobre las escaleras alfombradas que permitían el acceso a las butacas de la tribuna, y en el espacio vacío entre las primeras sillas y el escenario elevado, jaurías de

fotógrafos silvestres se peleaban a colmilladas el derecho de tomar las imágenes de aquella larga hilera de ingenuos con rostros de perplejidad y ridículos sayales negros que, de manera inevitable, se les enredaban en los tacones, haciéndolos trastabillar sobre las alfombras y el entarimado, y, en el peor de los casos, provocando sus aparatosos deslizamientos por las escaleras que bajaban del proscenio. La atmósfera estaba caldeada, los ánimos exaltados, los graduandos ansiosos. Los familiares, como ya es costumbre, se agrupaban por zonas, al modo de las barras en los campeonatos de béisbol, para darles hurras a sus respectivos pupilos en el momento del llamado al estrado.

Había, por supuesto, excepciones. Como lo sabemos desde el Génesis, las familias se dividen. En balcón, en la zona «D», por ejemplo, se podía entrever la rígida silueta de la madre de Carmen Luisa, con su nuca engolada, como si de manera permanente calzara un collarín de traumatología, escoltada por ese personaje patético, protagonista de aquella apresurada huida en cueros del año 57, en el apartamento de la avenida Roosevelt, a quien La Sigmuncita encerraba en el calificativo gráfico y simple de «la alimaña». Qué singular impulso había llevado hasta allí a esta pareja casi trágica —almidonada ella, amargado ahora él—, para acompañar a distancia a una Carmen Luisa que apenas si les había dirigido la palabra una decena de veces en los últimos siete años, es algo que nadie comprendió entonces ni se molestó en averiguar.

Por su parte, en Patio, en la zona «A», conmovido, sí, pero chequeando la hora cada tres minutos, como si esperase un bombardeo aéreo o un desastre natural preanunciado, el padre de Carmen Luisa. Tampoco él era el mismo romántico exiliado de ciudad de México de la década anterior, ni siquiera el impetuoso repatriado del 58 que había deslumbrado a la hija con sus proyectos de redención social y sus sueños de construcción de un nuevo mundo «en los países emergentes de la América olvidada», como varias veces comentó en reuniones informales, alrededor de las hayacas de navidad.

Ahora contaba con un abultado curriculum en cargos de responsabilidad en el tren ejecutivo. También el vientre se le había hinchado, y, según Carmen Luisa, incluso la masa encefálica había sufrido un lamentable proceso de achatamiento. Como en su momento ocurriera con mi padre, los adversarios políticos pronto comenzaron a incluir su nombre en deshonorosas listas de funcionarios venales; acusaciones que él se apresuraba a desmentir, con indignación, ante la hija, calificándolas de infamias. Con el tiempo, La Sigmuncita se mostró cada vez menos crédula, al punto de llegar a alistarse en la corriente que desde el interior del partido oficial, adversaba las políticas del ejecutivo, aproximándose paso a paso a las líneas de la oposición, hasta terminar, hacia el comienzo de la década de los sesenta, con el cercenamiento de la organización en dos gajos no sólo irreconciliables sino mortalmente enemigos. Y el adverbio no es azaroso: los dos gajos se habían armado hasta las muelas y prometido

no cesar en sus empeños hasta lograr rasparle el hueso al oponente, destazarlo y enterrarlo de manera anónima en el primer revolcadero de basura.

De resultas de esa caballeresca atmósfera que se respiraba aún para el momento que nos ocupa, La Sigmuncita había decidido, un año antes, resignarse a la muerte del héroe, estrangular por segunda vez el nudo umbilical y montar tienda aparte, en cualquier piadoso lugar lejos del padre físico, que le permitiera reencontrarse con el padre imaginario de la infancia y del epistolario adolescente. Un apartamentico de dos ambientes, producto de la remodelación de una antigua quinta en Los Chaguaramos, a un salto de la universidad, y la decisión de compartir la renta con una amiga, le resolvieron el dilema.

Desde entonces apenas se comunicaba con él: en los cumpleaños, en las crisis de bolsillo, en las fechas especiales. Y esta era una de ellas. Con todo, si le creemos a Carmen Luisa, el pobre debió reflexionar más de una vez ante su invitación, habida cuenta de la fama de cuartel general de la insurrección que los predios universitarios se habían ganado para entonces.

—Tal vez se haga acompañar de una gavilla de guardaespaldas —recuerdo que comentó La Sigmuncita—. Ahora se ha aficionado a eso. Parece que no va ni a la poceta sin un matón que le ayude a cortar el papel... ¡Cosas veredes...!

Pues bien, allí compareció él, su padre, aquella tarde de agosto, tras las líneas enemigas. Y quien lo acompañaba no era precisamente un sicario, sino una mujer de empaque impresionante que parecía llevar encima algunas piezas irrepetibles de Chanel o Saint-Laurent. Carmen Luisa acusó enseguida el golpe: desde las butacas de Psicología me hizo llegar una misiva temblorosa: «Aprecia a la acompañante de mi memorado progenitor, ¿no se asemeja a un arbolito de navidad como un salivazo a otro?»

Diez filas más abajo del arbolito de navidad, el azar le había reservado una silla a mi padre. De no saber que se trataba de él, me hubiese resultado difícil reconocerlo. Pálido y ojeroso, enflaquecido y con el rostro chupado, parecía poco interesado en lo que acontecía sobre el escenario. Varias veces traté de atraer su atención agitando el brazo desde abajo, desde la zona de graduandos, sin éxito.

Lucía ausente, y hubiese jurado que por momentos incluso dormitaba. Cada cierto tiempo inclinaba la cabeza como para escuchar mejor algo que el coronel Paredes, a su lado, trataba de hacerle entender, y se dejaba sorprender por los aplausos hasta el sobresalto. Para decirlo con un lugar común, no era ni la sombra del enérgico político que tantas travesuras se permitiera en tiempos menos rigurosos. Sin duda, el segundo infarto, que lo desplomara meses atrás, había dejado una visible secuela orgánica: en la postura, en la respiración, en la manera como caminaba y hablaba.

No era un inválido, por supuesto, podía valerse por sí mismo, pero su deterioro me conmovió. Con facilidad podía intuirse en su temblor la inminencia del derrumbe

final.

Carmen Luisa, quien lo ayudó cuando en un momento, finalizada la ceremonia, había estado a punto de dar un traspies en el instante de abrazarla, me lo comentaría más tarde. Estaba estupefacta, triste, nostálgica incluso. La entendí: papá, de alguna manera, estaba asociado a nuestros comienzos como pareja, a las calles de Las Acacias, al bachillerato. Pertenecía a una temporada irreal, magnificada por el paso del tiempo en nuestra memoria, que sabíamos que no volveríamos a vivir nunca más. —Los años cincuenta, la adolescencia... parecen tan remotos —me diría más tarde, en el brindis, después de despedirse de su padre y del mío, sin hacer el menor esfuerzo por secarse las lágrimas—. Es como si me hubieran desenraizado, como si me hubieran sacado un órgano: el vientre, la médula, un brazo. Era nuestro origen, Fernando, el momento providencial en que todo fue creado —vació la copa de champaña y, casi sin respirar, se sirvió de la tercera botella que reposaba sobre la mesa—... No te vayas a reír, Llanero, amor mío, pero en este instante experimento la perfecta sensación de estar vieja.

No hice comentario alguno. La contemplé en silencio mientras se llevaba la copa a los labios: tenía apenas 24 años y resplandecía como nunca antes.

Mamá, por su parte, se había instalado en el área B del Patio. La escoltaban doña Hortensia, Alida y mi hermana, por un lado, y Antonio y Maruja por el otro. Se le veía erguida y elegante, pero no rígida. De hecho, unos minutos más tarde, se unió con entusiasmo al masivo lagrimeo de la audiencia, que coronaba dramáticamente la ceremonia. Por momentos —contaría luego Peraloca— miraba de reojo a padre, a quien no le hablaba desde el segundo infarto, cuando me acompañaron, ella y Elianita, a visitarlo a la clínica donde yacía envuelto en una espesa madeja de cables.

Fue un encuentro patético. Papá estaba acompañado de tía Eloísa, su hermana mayor, a quien nosotros, debido a sus constantes mudanzas por toda la geografía occidental al lado del tarambana de su esposo, apenas conocíamos, y a quien nos topábamos al azar, quizás en vacaciones, quizás en navidad, cada cuatro o cinco años. La atmósfera era tensa y mamá decidió regresar al día siguiente, con Eliana. Yo permanecí junto a él unos días más, hasta que superó la fase crítica y comenzó a reponerse.

En esos días pudimos acercarnos como hacía mucho tiempo no ocurría: le leía, conversábamos, lo acompañaba en silencio. Había crecido con la idea de tener un padre que no se amilanaba en las crisis, y experimenté una gran alegría atestiguando hora a hora su sobrevivencia: el impacto había sido feroz, lo confirmaban los médicos, habría, por tanto, secuelas, pero allí estaba, vivo, de pie en el conteo de ocho, maltrecho pero acezando en su esquina. Sentí, sin embargo, que el haberle insistido a madre para que me acompañara, no había sido una decisión feliz.

Ahora, aunque el tiempo, también aquí, había actuado, ella continuaba mostrando ese aire distante y ofendido que eligiera seis años antes, como estrategia y escudo a raíz de la ruptura. Por momentos, sin embargo, un velocísimo relámpago de nostalgia la

alcanzaba por una rendija de la memoria. Algo en los ojos, algo en la mirada cambiaba para borrarse tan de súbito como apareciera. ¿Una delgada rebanada de culpa? No lo creo. ¿Piedad, quizás? Tampoco. Definitivamente era un pequeño resplandor cercano a la nostalgia, una pregunta por el ángulo de eternidad donde convergían la lejana imagen del esposo en cuyo lecho había dormido durante veinte años y la de este extraño y envejecido transeúnte que emergía del dolor para deslizarse en la noche festiva del hijo.

En fin, para completar el paisaje, arriba de nuevo, en Balcón, en la zona «B», se podía distinguir otros tres rostros familiares que, en verdad, constituían una sorpresa. Se trataba de Marisela, Eudora y la pequeña Amalia, mi medio hermana. Es cierto que en una visita reciente, tanto Carmen Luisa como yo les habíamos hablado del grado e invitado a la ceremonia. Pero el hecho de que no nos repreguntaran sobre la fecha o el lugar o la hora, y la circunstancia de que nos hubiesen ofrecido por anticipado un brindis con sidra, nos llevó a pensar que, muy probablemente, no asistirían al acto. Recuerdo que bromearon con Amalia, que en ese momento culminaba su preescolar preparatorio y se aprestaba oronda a ingresar en la primaria, sobre la competencia entre hermanos y los alcances de nuestros respectivos talentos. Entonces pensé que, además de sus actividades, Marisela en el modelaje y Eudora en la adivinación y las terapias y las soluciones milagrosas, la propia presencia de Amalia se constituía en un obstáculo adicional para que ellas asistieran a la ceremonia. Pensé en cosas como la vergüenza o el temor o la incomodidad. Por otra parte, una multitud como aquella, que rebasaban el millar con creces, sin duda garantizaba el anonimato. Para no mencionar el hecho de que, hasta donde alcanzábamos a saber, mamá no conocía a Marisela ni a Eudora ni a Amalia. Y, ciertamente, habíamos menospreciado el lazo afectivo que en todos aquellos años aproximaran a aquel singular trío tanto a La Sigmuncita como a mí.

Los encuentros no habían sido demasiado frecuentes, pero sí cálidos y dichosos. Y en los últimos meses, debido a la ocurrencia de Carmen Luisa de escribir su tesis de grado sobre «el fenómeno Eudora», las visitas habían menudeado. El título elegido, que hacía estallar en carcajadas al propio objeto de estudio, rezaba «Acercas de algunos aspectos psicológicos presentes en la ceremonia de “la lectura del tabaco”: estudio de un caso», y, ciertamente propició encuentros a la vez divertidos e intensos (La Sigmuncita, no es necesario decirlo, había erradicado toda intención de mofa en el trabajo) entre Carmen Luisa, la pitonisa fumadora y los devotos clientes que acudían a la consulta. La tesis se le hizo merecedora de una mención de honor, con expresa recomendación de ser contemplada dentro de los planes editoriales del año en la Facultad.

¿Qué duende benévolo ejerció sus artes para que en aquella memorable noche se erigiera el frágil equilibrio que las partes mantuvieron durante toda la ceremonia y,

más tarde, en los encuentros de pasillo, hasta el final de la reunión? Lo cierto es que ni siquiera a la salida, momento en el cual la tradición establece que familiares y amigos rodeen a los homenajeados para abrazarlos, besarlos, felicitarlos, llorar en coro y acceder a las fotografías en grupo, se fracturó el armisticio.

Ocurrió así con la fanaticada de Carmen Luisa y ocurrió así con mi propia fanaticada. Allí estaban todos, aproximándose y alejándose, saludando, fingiendo ignorarse, tomado posiciones estratégicas, camuflados en la multitud, pero entrelazados fatalmente por nuestra presencia. Allí los padres de Carmen Luisa volvieron a mirarse, esta vez de reojo, después de años de comunicarse a distancia, por teléfono, y en contadísimas ocasiones. Otro tanto hicieron mis padres. Allí mi madre vio por primera vez a Marisela y a Amalia, y mi padre las reencontró después de meses de distancias y de olvido.

5

No puedo calcular a cuánto alcanzó la tensión padecida por estos protagonistas, forzados por las circunstancias a calzar roles incómodos e improvisados; pero en lo que se refiere a la segunda generación, la situación era otra. Yo diría que estábamos relajados, divertidos incluso. Antonio, que se había graduado en la Católica un año antes, en la especialidad de Relaciones Industriales, y que ya disfrutaba de la insólita posición que mencionamos en la compañía publicitaria que mencionamos, se hallaba en uno de sus mejores momentos. Exhibía una capacidad de trabajo que todos envidiábamos, puesta al servicio de una inteligencia que no parecía desconocer dimensión alguna de aplicación (esa maquinaria multifacética que en el lenguaje de los colegas de La Sigmuncita se denominaba «factor G») y de una creatividad sin freno cuyo disfrute de la vida era sin duda su mayor gratificación.

Hasta aquella fecha había patentado tres inventos, entre ellos el nunca bien recordado ajedrez poligonal, que ya se vendía en las tiendas de deportes y en las jugueterías, y había ganado menciones en la Feria internacional del juguete, en Marsella. Tenía un temperamento sorpresivo, pero nunca se disgustaba, ni siquiera cuando existían razones sobradas para hacerlo. Se encontraba instalado en el mundo como si se tratara de un nicho que hubiese sido diseñado pensando en sus necesidades. Y aunque ya no lo veíamos con tanta frecuencia como en los tiempos de secundaria, continuaba siendo el cómplice entrañable de siempre. Contaba apenas con 24 años, y, para decirlo de algún modo, era un monstruoso: lo considerábamos el orgullo de la cofradía. Su único flanco débil, si lo tenía, era la relación de pareja, aunque tampoco esto parecía molestarlo. Hasta aquel momento le conocíamos fugaces e intrascendentes empates (la madrina de un club de béisbol juvenil, una poetisa hacedora de sonetos, la

joven profesora de una materia electiva de la UCAB, una estudiante de filosofía, la dependiente de una floristería de Santa Mónica): ninguno había logrado involucrarlo, y se deshacía de ellos con la misma tranquilidad con que los iniciaba.

A menudo nos preguntábamos en aquella época, si era ésta, acaso, su relación ideal, o si se trataba, por el contrario, apenas de la punta de un iceberg, elaborado con burbujas siniestras que tanto Carmen Luisa, como Maruja y yo, ignorábamos.

Aquella noche estaba de un humor a prueba de tensiones. Recuerdo que bromeó largamente, a propósito de los circuitos cruzados que habían coincidido en la ceremonia y de las vetas que un Félix B. Cagnet explotaría en ellos. A partir de las planchas de Calder, que no cesaba de admirar en el techo del Aula, me propuso la construcción de un edificio de oficinas en base a «estábiles», separados, pero interconectados por delgadas plataformas que cumplirían el mismo papel que los hilos metálicos de apoyo ejercían en la bóveda acústica. Metales livianos, plásticos y vidrio debían completar los recursos. Después discutimos sobre el significado del «Bimural» de Legér y sobre los volúmenes del «Pastor de Nubes» de Arp, al que no apoyaba. Y, ya casi abordando el carro para llegarnos hasta el brindis, me dispensó un breve comentario sobre su última relación, ya interrumpida: una alegre y superficial niña, que comenzaba derecho en la Católica, y que apenas le durara dos meses.

—Locata, respingona, prescindible —definió; tres joyas menores de su arsenal de adjetivos.

En cuanto a Maruja, teníamos motivos suficientes para estar felices. Sin duda, aquellos seis años no habían transcurrido en vano. Deslumbraba con su belleza a la que La Sigmuncita siempre había catalogado de «destellante» y que no resultaría nada original el señalar, de no ser por el hecho de haber estado tanto tiempo embozada por el renuente dolor de aquella lejana medianoche de cumpleaños.

¿Estaba ya entonces capacitada para aquellos gajos de felicidad que ella misma se negara, sin proponérselo, durante tanto tiempo? No. Aún no. Carmen Luisa opinaba que se hallaba, quizás, en el justo umbral de sí misma. El que hubiese sorteado sus fosos internos y hubiese podido culminar en cinco años su carrera, ya hablaba de los escalones que había podido trepar en aquella prolongada cuesta. Pero no se trataba sólo de la academia. También con la terapia tuvo avances notables, al punto que las sesiones regulares, semanales, del comienzo, con Monsalve, ya no resultaban imprescindibles. Asistía si experimentaba la necesidad, pero la cita regular había quedado reducida a una frecuencia mensual.

La Sigmuncita continuaba siendo el testigo por excelencia del proceso.

—Deberías oírla —me comentaba, en los tiempos iniciales, quizás hacia el año 60 ó 61, cada vez que regresaba de una de sus extensas conversaciones con Marujita- ¡Es asombroso cómo ha cambiado la manera en que se refiere a ella y a sus proyectos! Comienza a parecer otra persona, y lo puedes notar en la forma de arreglarse, en la música que elige, en los lugares a los que ha comenzado a salir. Ahora hace cosas y

planea hacer cosas. No todas las que debería o podría, pero es algo. ¡Qué digo algo, es mucho, Fernando, mi amor!

La Sigmuncita hablaba así. Y, si embargo, cada uno de nosotros creía saber perfectamente lo que la contraparte intentaba decir.

—¿Cuánto tiempo más le tomará volver a ser la misma? —le preguntaba yo.

—Ya te lo he dicho: Maruja no volverá a ser la misma nunca. Ni tiene por qué serlo. Lo importante es que se asuma y se proyecte como una persona sana, capaz de ser feliz ella y de hacer feliz a otros.

Y dale por allí. ¿Quién hablaba de Babel? En todo caso, con el transcurso del tiempo, sus explicaciones técnicas se hicieron cada vez menos necesarias: el solo contacto, incluso fugaz, con Maruja, bastaba para convencernos de que el proceso, aunque lento, progresaba, y de que se aproximaba la salida del laberinto. Había otras señales. Para esa época ya comenzaba a resquebrajar la almena a prueba de seducciones en la que se encerraba por propia voluntad desde los tiempos de la tragedia. Alguna tímida aceptación al galanteo, algunos acercamientos fugaces durante los cuales la percibíamos casi tan cómoda y desenvuelta como antes. La relación afectiva parecía excluida aún, y, al parecer, si acatábamos el testimonio de La Sigmuncita, también los juegos eróticos y el sexo. Pero a aquellos ensayos inocentes, a aquellos escarceos fuera de cancha los celebrábamos en el núcleo de la menguada cofradía (Carmen Luisa, Antonio y el escriba presente, acompañados a veces de algún invitado de ocasión, extraído de la Sociedad Dramática o la universidad o las desechables empresas en las que trabajé, casi con frenesí, como si fuésemos doncellas de doce ruborizadas por el beso iniciático.

Digo celebrar y quiero decir exactamente eso. Nos apretábamos en mi infaltable Volkswagen azul y, de haber sobrantes, en el Taunus de Antonio, y recalábamos en la Cervecería Selva Negra, aquel sótano engastado en madera, en charcutería y cerveza que se hundía en algún rincón de la avenida Lincoln y, mientras La Sigmuncita, discreta pero precisa, nos ponía en autos, alzábamos las jarras en honor a la nueva elección de Maruja, La Princesa, en ausencia de La Princesa misma.

Vamos a decirlo de una vez. La reacción, ayer, del gerente ante el conjunto general de pautas de las 12 primeras entregas del inefable «suplemento juvenil», ante la maqueta del número cero, y ante el «cronograma de inicio y consolidación», como lo llamó La Flaca, fue asombrosa. Hasta abrazo y escocés en las rocas, sin excluir la bienvenida y la promesa de un rincón de trabajo a mi estatura. Un espaldarazo incondicional que, en verdad, no me esperaba. Al menos no en esas proporciones.

Es a la mano de La Flaca, si embargo, a quien corresponde al menos la mitad de esta «franela amarilla». No es metáfora: el mamotreto en cuestión fue producto de un ciego maratón de catorce horas a punta de galletas de afrecho, requesón e infusiones de té, manzanilla y canela, que dejaron mi estómago transformado en una turbina de

regurgitaciones y el de ella en una piltrafa de desechos. La verdad, no se me ocurre acción de gracias, que se coloque a la altura del sacrificio que me entregó. ¡Y pensar que el palpitante cordero que colocó sobre el ara de sacrificios fue la escritura de un informe de progreso acerca del Proyecto La Vega–Alfa —noche y madrugada— y una reunión impostergable con el comité de vecinos —mañana del día siguiente! Y bueno, también una palma para mi previa inmersión en la bibliotequita de la escuela, hasta las honduras del anaquel de adolescencia ¿Gran orden del lector? ¿Cordón al mérito en el fichaje en su segunda categoría?

Ahora que te miro, Jack, caro amigo, prometo no dejarte vivir un día más sin tu poción antihongo, sin tu balanceador de cloro, sin tu bactericida: una aleta desgarrada, podrida, encarnada: demasiada indolencia de nuestra parte. «El Acuario Oriental» me verá mañana créeme.

En todo caso, hoy ya es sábado en las escamas de mi pez, y podríamos celebrar el laurel periodístico obsequiándonos una noche de ronda... pero para eso se requiere solvencia, y mi magra bolsa sólo recibirá alivio en un mes... ¿Seré capaz de llevar mi descaro hasta el punto de invitar a La Flaca a que me invite y se invite?

Respuesta: sí.

[Tarjeta de congratulación fijada con cinta plástica por La Flaca al pie de la hoja -la portada muestra a Manolito en el momento de entregarle a Mafalda la cuenta del almacén, al tiempo que se esfuerza en producir una mueca parecida a una sonrisa de simpatía. El globo del diálogo, que parte de la boca de Manolito, dice: «Antes tienes que saber que te hemos hecho un descuento especialísimo, por tratarse de ti». La mirada de Mafalda no requiere explicaciones. El texto caligráfico de La Flaca, por su parte, dice: acepto la franela amarilla, las disculpas y los elogios. Todo lo que afirmas sobre el cordero es cierto: me gané un buen mojiçón —Dios mío, esta palabra es de tu cantera— por parte del jefe de División que no recibió el esperado informe, pero, sobre todo, ¡ay de mí!, recogí el desconcierto de todos los participantes en la asamblea de vecinos con quienes, justamente, en la última reunión, había invertido dos horas en la exaltación gloriosa de la puntualidad.

¿Qué hacer?, se preguntó la atribulada coordinadora. Decirles estrictamente la verdad, se respondió la iluminada coordinadora. Y, en efecto, les recité toda la historia de tu publicación juvenil, las pautas anticipadas de los números, el cronograma y la solidaridad compartida. Hubo preguntas y, a vuelta de página, me vi obligada a hablarles de nosotros, de ti y de la relación. Una sinopsis superficial, claro.

Interrogante: ¿tienen hijos ya? Contestación: no.

Interrogante: ¿y dónde se casaron? Contestación: no estamos casados.

Perplejidad general. Rubor de la coordinadora. Más de la mitad de ellos viven en feliz concubinato y sin embargo no lo comprenden (¿ni lo toleran?) en su caso. ¿Fosa cultural? ¿Usos de clase social? Al fin, una carta en la manga la extrae del apuro: (la

aludida carraspea varias veces, ¿tose, incluso?) y les propone discutir «la relación de pareja en el mundo actual». Telón.

En cuanto a la invitación a invitarte: a pesar de las pésimas referencias, el director decidió aprobarte el crédito, reservándose, sin embargo, la elección del lugar del convite. Además, la cuenta te llegará, puntualmente, en un mes, con intereses parecidos a los que cobraría el personaje de la tarjeta.

¿Cuál fue el antro seleccionado por el directorio? Agárrate el corazón: nuestra barra de jazz ancestral y favorita, el Wolfgang Amadeus Bar, remodelado y resplandeciente. Ningún comentario especial sobre tu memorioso testimonio de los sesenta. Salvo que me siento gozosa. Cero recuerdos. Cero nostalgias. ¡Todo el poder para los días que vendrán!

PD: naturalmente, el jazz en el bar será después de la hora de la zapatilla, porque antes (y aquí la segunda sorpresa), te llevaré a ver a nuestro amado Piazzola, in situ, che, querido.]

Añadido mío, un minuto antes de salir al bandoneón, sin ánimo de polemizar: el elegir el «Mozart» para las jugadas de medianoche ya constituye una concesión a la memoria, adorada huesuda. El templo pagano del 67, revisitado (¿Fue en el 67?) Parafraseo a nuestro bardo favorito: «Ocurre que olvidamos a cada instante que recordamos siempre, y así olvidamos».

Capítulo XI: 1965

1

EL PRIMERO en llegar a la cervecería «Selva Negra» fue Fernando. Había salido de la compañía publicitaria antes de la hora y apenas deteniéndose en el electroauto para reponerle la correa al Volkswagen, y en la casa para refrescarse un poco y cambiarse, había llamado a Carmen Luisa y, con el mismo impulso, continuado hacia Chacaíto. El aire estaba liviano y fresco. Desde la avenida Suapure, que corría en barrena por la cuesta norte de la colina, se avistaba la montaña, barrida bajo la luz poniente, y dividida por las gargantas en enormes franjas doradas y sepias que se extendían en el horizonte rampante hasta la cima, donde eran abruptamente recortadas por el descenso del cielo. Sobre el valle soplaba un viento apacible. No se veían nubes bajas, el esmog estaba más delgado que otros días y hacía frío.

La radio anunciaba que Los Beatles habían sido investidos por la reina Isabel con la Gran Orden del Imperio Británico en un evento juzgado como apoteósico y escandaloso. Los argumentos a favor exhibían un contundente peso en esterlinas, pero varios aristócratas, antiguos beneficiarios de la Orden, habían devuelto sus condecoraciones en protesta por lo que consideraban una afrenta.

Fernando se sonrió. Toda su vida había detestado la pompa huera y absurda de la aristocracia, y, en lo que a la historia inglesa atañía, bastaba con decir que su héroe era Cromwell, el Cromwell inicial, como le gustaba aclarar. Nunca entendió la desproporción con que la memoria de la Inglaterra actual ensalzaba los méritos de figuras que al lado de Cromwell alcanzaban la estatura de comparsas de circo, mientras a aquél le reservaban un lugar menor de incómoda oveja negra. Seis años después, ya en Londres, aquella pasión por el «Defensor del Parlamento» estaría a punto de serle cobrada con creces, cuando en compañía del poeta irlandés, de La Flaca y de La Polaca, se instalara frente a la estatua del pusilánime Carlos I, para descerrajarse con un discurso cuyas promesas más inocentes serían la de decapitarlo de nuevo y la de refundar el Movimiento Antimonárquico Contemporáneo, cuyos militantes primigenios (diría, así, «primigenios»), lo recordaría más tarde porque el poeta irlandés, que sabría algo de español y estaría traduciendo el discurso para La Polaca, tendría dificultades con la palabra), serían aquellos cuatro expatriados que vociferaban (incluirían al poeta) y, por supuesto, el excelso fantasma del héroe. Pero esto pertenece al impreciso futuro, ahora Fernando doblaba a la izquierda y cruzaba el río a la altura de Bello Monte. El grito del locutor que cerraba el comentario con un aullido rockero lo devolvió al presente, y, en el momento en que desembocaba en la avenida Venezuela, escuchó las primeras frases de Yesterday. A La

Sigmuncita la trastornaba aquella canción, al parecer un rimeic de un aire antiguo, con su espíritu de balada sin tiempo y de nostalgia visceral. Había llegado hasta el exceso de llorar en silencio, junto a él, la primera vez que la oyó. Y aquella no era una excepción: en los últimos tiempos la veía conmovirse (¿o deprimirse?) hasta las lágrimas en circunstancias que en otros tiempos la hubieran dejado impasible. Sin duda había experimentado cambios que en modo alguno podían interpretarse como una aproximación a la madurez; por el contrario, refrendaban la fragilidad y la inseguridad que sus estallidos emocionales del pasado sacaran a flote.

Muchas veces lo había imaginado como una carcoma que progresaba en ella, sigilosa y fatal, en contra de su voluntad. La asociaba con la palabra fisura, y la soñaba en pesadillas, gráficamente, como una falla tectónica que se descompensaba día a día y cuya eclosión final no sólo podía ser prevista, sino calculada, con poco error, en términos de un calendario inevitable. Cuando esto acontecía, también él podía ser presa del insomnio. Se inquietaba pensando en el rumbo que tomaría Carmen Luisa siendo guiada por esas brújulas. Se preguntaba por él, mirándose en aquel rostro que noche a noche cambiaba; y por ellos, claro, apuntalándose el uno al otro, ciegos toctoqueantes con bastones imaginarios, marchando a cojas hacía los días por venir. En ella, sin embargo, así como venían, iban. A una semana lóbrega, seguía otra radiante: sin solución de continuidad y sin que la lógica cotidiana pudiese hallar explicaciones. El la volvía a ver sonreír y entregarse a los incesantes juegos de ideas. Entonces se aplicaba a sí misma su demoledora máquina de ironía para hacer escarnio de los rostros que había calzado en las semanas anteriores y que ahora sólo eran materia bruta para el humor.

—Ya ves, de nuevo bebiendo en la fuente de la felicidad —decía, y sonreía con la mirada que ella confesaba imaginar en la Justine de «El Cuarteto», cuando la Justine del Cuarteto condescendía a la dicha—. La de encarnar a la «desollada» es una etapa que quedó atrás... para siempre. —y tocaba madera o fingía chupar de un tabaco ficticio al tiempo que hacía sonar los dedos, tal como lo había presenciado en la ceremonia de Eudora.

Él, entonces, respiraba aliviado y daba la bienvenida al retorno de aquella imagen rutilante, que ahora debía prestar, sin su consentimiento, el cuerpo que amaba. Esta duplicación no era un hecho privado: también Antonio y Maruja y otros amigos y conocidos se percataban de ella. Y compartían su estupor. ¿Cómo y por qué surgía? Antonio mencionó algo que había leído alguna vez en alguna parte (desestimaba los detalles de referencia y, a menudo, las citas eran apócrifas) sobre la bisagra de la adultez: el cambio de piel que separa el nicho de la rutina estudiantil, de la realidad chata del mundo adulto.

—Tal vez no esté preparada. Es talentosa, no tengo que decírtelo, pero su inteligencia es juguetona —argumentaba—. Está atravesando el último umbral que divide, como diría ella, el principio del placer del principio del deber.

Podía continuar con un discurso de este tenor por horas, así que El Llanero, apiadado por ambos, lo interrumpía.

—No digas pendejadas, Peraloca, si alguien tiene talento juguetón eres tú. La invención de juegos es un juego, y eso no te ha llevado ni a la depresión ni a la manía ni a la neurosis. Al menos hasta donde yo sé.

—Es verdad. Pero se te escapa un detalle: yo soy un juguetón concreto.

Y pasaba a otro tema, prometiéndose pensarlo mejor, anotarlo incluso, aquella misma madrugada.

Con Marujita, en cambio, la explicación tomaba el curso del drama familiar de Carmen Luisa. Notablemente recuperada de su propia quiebra, la experiencia de los últimos años la inclinaban a no descuidar a las personas en favor de las circunstancias.

—Allí tienes a la madre —decía Marujita, pasando, en lo que a La Sigmuncita se refería, de observada a observadora: un rostro no sólo ausente sino declaradamente hostil, Llanero. Mientras vivían juntas, no se hablaban, y si lo hacían era para herirse. La agresividad de esa señora, según cuenta Carmen Luisa, era de locura. Pero esto no es una novedad para ti... Y luego, después de mudarse con el padre, ¿en qué fecha?, quizás febrero o marzo del 58, tú recuerdas, bueno, ya dejaron de verse y de hablarse de manera definitiva. La Sigmuncita dice que fue la mejor de las soluciones.

—Que le llegó en bandeja cuando el padre regresa del exilio mexicano —anotaba Fernando.

—Así es. Y entonces se despliega el segundo acto, como dirías tú: al comienzo todo marchando de perlas, el héroe, por añadidura revestido con la túnica del padre, rescatando a la doncella de las fauces de la dragonesa. ¡La apoteosis! Pero pasa el tiempo, y la estatua del coloso comienza a mostrar fisuras: deslices veniales, primero, luego faltas gruesas y, finalmente, desafueros a diestras y siniestra.

—Sí, se queda a la deriva, sin puntos de referencia. Quiero decir, Carmen Luisa —aclaraba Fernando.

—Exacto. Digamos que el padre le falló. ¡Y en el momento en que más lo necesitaba! —continuaba Maruja.

Fernando dobló a la izquierda para desembocar en la avenida Casanova. El tránsito estaba pesado y las caminadoras y los travestis ya comenzaban su trote nocturno. Era la hora en que los almacenes cerraban y las tascas comenzaban a animarse. Sabana Grande se transmutaba de extensa boutique diurna en enorme revolcadero de la noche.

Aunque no lo dijera, Maruja debía de tener presente la pequeña historia de Alberto cuando hablaba de Carmen Luisa y su relación con los borrosos progenitores que le habían tocado en suerte. Mejor dicho, uno, o una, que odia, mientras el otro defrauda, pensó Fernando. No atinaba a calcular si resultaba una situación peor que la de

Alberto. Recordó, también, aquella anotación de los denominados «fragmentos para una autobiografía clínica» que casi por azar La Sigmuncita había puesto en sus manos, en donde hablaba, justamente, con su acostumbrado discurso psicológico, de la misma pústula que Maruja había exprimido.

En beneficio de la brevedad, les ofrezco la nota textual, tal como la pude transcribir de la memoria de El Llanero (apenas he prescindido de las redundancias, de algunos pasajes imperfectos de La Sigmuncita y de algunos materiales de desecho, producto del «ruido» que la percepción de Fernando, mientras conducía por Sabana Grande, introducía en la versión rememorada).

Anotación de Carmen Luisa

«Con madre las alternativas fueron transparentes desde el comienzo: se trataba del odio, a secas, sin encajes. No me permitía la oportunidad de moldear mi rostro en semejanza con el suyo, pero me proporcionaba una imagen contra la cual podía ir construyendo la mía. Al ignorarme me daba la oportunidad de elegir cómo no debía ser (...))»

«Madurar junto a ella: forjar una identidad a partir del odio»

«(...) y entonces cerrar los ojos y volver a la niñez, al vientre, a la nada (...))».

«¿Y padre? La traición envuelta en papel celofán o cómo vender tu alma a Belcebú».

«Nunca te lo perdonaré, padre, has destrozado mi fe, ya no en el hombre, en el universo entero>>».

«¿Es eso lo que llaman vejez: que se pudra el espíritu antes que la piel?».

«Me marchó, padre, Judas, te dejó el paquete de cartas (se volvió demasiado pesado). Espero que la soledad te permita discernir de manera más nítida las fronteras. Aunque también puede ocurrir que te vuelva más impune. Chao, ruina, me arruinaste».

El Volkswagen dobló a la izquierda para tomar la avenida Solano en dirección oeste. La línea de vehículos no se movía. A lo lejos, doscientos metros más adelante, una enorme multitud que parecía provenir de la Plaza Venezuela, vociferaba consignas que la distancia volvía ininteligibles. Paciencia. Fernando giró el botón de sintonía: tal vez las noticias dirían algo. Nada. En tres estaciones diferentes, La Lupe cantaba «Adiós».

Pero no, la mudanza, el rompimiento con el padre, no parecían haberla aliviado, se dijo, pensando de nuevo en La Sigmuncita. Es cierto que el alejamiento constituyó un gesto de dignidad. Concedido. Y es verdad, asimismo, que el conseguir el trabajo de medio tiempo, y el asociarse con Lorena para compartir los gastos del anexo, fueron un corte umbilical que a todos encantó y sorprendió, dadas las circunstancias,

comenzando por ella. Pero quizás ella esperaba del padre una reacción distinta a la paciencia que exhibió.

¿Cómo qué?, se preguntó Fernando, entonces. ¿Un propósito de enmienda? ¿Un borrón y cuenta nueva? Aunque pudiera parecer una ingenuidad, dado que se trataba de un hombre ya maduro, con una gruesa experiencia de vida a sus espaldas y unas decisiones tomadas, no existía en apariencia una explicación alternativa. ¿Ingenuidad de parte de Carmen Luisa? Sí, y también pureza, añadió Fernando, y unos deseos locos de que no fuese cierto lo que las evidencias a la mano hacían evidente. Al fin y al cabo se trataba del padre. La lógica consintiendo ante el amor, se repitió una vez más.

El Volkswagen parecía empalado a cincuenta metros de la esquina. El locutor que ahora entrevistaba a La Lupe, la interrogó acerca de las razones por las cuales cada vez que se presentaba a escena, le daba por desprenderse de sus zapatillas y acostarse en el piso. Fernando sonrió: sobre esas excentricidades, el común de la gente hacía circular una explicación por lo bajo: la hierba, susurraban, mientras se daban un codacito y se guiñaban el ojo. Una conseja que la artista negaba con vehemencia. Ahora la multitud, que sin duda constituía una manifestación, se había acercado. Era imposible entender lo que voceaban, pero a medida que la vanguardia avanzaba, los mensajes de las pancartas se hacían más nítidos. ¿Qué decían? Fernando estaba perplejo: protestaban por el juicio que se incoaba contra el general, ahora extraditado, y exigían su libertad para lanzarlo a la presidencia en los comicios del 68.

Apenas dos años antes un acontecimiento así hubiese sido impensable. Recordó haber leído noticias sobre los comités pro-libertad que, al parecer, se estaban constituyendo por centenares en todo el país, pero no consiguió darles crédito. Se imaginó al padre, al día siguiente, en su poltrona de enfermo, en el pueblo, sonriendo con ironía ante las reseñas televisivas de aquella protesta.

¿Y él mismo? ¿Qué y cómo sentía él aquello? No la manifestación ni lo que subyacía a ella. No. Le interesaba sopesar lo que sentía hacia su padre en tanto su padre se le evidenciaba en relación, pasada y actual, con aquel movimiento, al que subyacía una manera de ver la vida. Pero cada intención de balance finalizaba en una tentativa fallida. Algo se le escapaba, o él, negándolo contra su voluntad, lo dejaba afuera. Ya la Sigmuncita misma, en sus peores crisis de culpa respecto a su propio padre, se lo había reprochado.

—Nada personal, pero debemos rendirnos a la evidencia, mi cielo, nuestro querido ex vice está «incurso en delitos contra el patrimonio público». Lee —decía mostrándole las listas, ordenadas en columnas, del periódico.

Fernando tomaba el periódico, pero no lo leía, la contemplaba a ella, tratando de entender por qué hacía de eso un punto de honor.

—Tiene dos infartos encima, está al borde de la muerte y tú pretendes que lo juzgue —respondía—. ¿Qué quieres? ¿Se supone que debo sacarlo a rastras del pueblo,

recostarlo contra un a paredón y fusilarlo?

Carmen Luisa no perdía la calma. Se aproximaba, le tomaba la mano, le hablaba como si se tratara de un niño a quien se debe convencer de aceptar una medicina que se niega a tomar.

—Sabes que no me refiero a eso. Estimo a tu padre. Sé que está enfermo. Ni siquiera me interesa el fallo de la justicia oficial, que, al parecer, sigue tan podrida ahora como en los tiempos de nuestro inefable General. No. Se trata de un problema de ética personal, de moral íntima. Se trata de que te confrontes contigo mismo. Una voz que hable desde esa hondura que la madre Suplicio, en el «Santa Cecilia», y seguramente tu padre Gonzalo, en el «Fray Luis de León», llamaban «el fuero interno».

Al Llanero no le gustaba el tono. Algo le sonaba fingido en aquella aparente labor de profilaxis. Era como si Carmen Luisa se sintiese culpable de haber juzgado a su padre, es decir el de ella, de haber fallado en su contra y de haberlo, en consecuencia, abandonado; mientras él no hacía otro tanto con el suyo, tal como ella parecía esperar. Y sin embargo, tuviese razón o no, existía una enorme diferencia entre las dos circunstancias. Más bien en la manera como ella y él vivieran las dos circunstancias. El jamás había aureolado a su padre. Veía a aquel esforzado funcionario oficial como un ser humano: quedaba, entonces, dentro de la esfera de lo posible, y hasta de lo probable, que tuviera defectos y que incurriera en errores, incluso en faltas graves. Tuvo su propia vida y sus propias oportunidades. El no lo imitaría, tampoco le correspondía juzgarlo.

Aquellos desatinos, habían ocurrido en un tiempo que ahora le parecía remoto y casi inabordable: desde el alzamiento que derrocara el régimen de los militares habían pasado seis años; y cuando aconteció la asonada del 48, la que los instalara en el poder, él era todavía un niño que apenas comenzaba la primaria. Erigirse en juez para condenar a su padre en retrospectiva, justo ahora que estaba acabado y al borde de la muerte, le parecía cuando menos repugnante.

Con estas palabras, punto más o menos, trataba de hacerse entender por La Sigmuncita. Siempre resultaba inútil. Se trataba, simplemente, de que ella no deseaba comprender. Para hacerlo hubiese sido necesario que se ubicara en su lugar, pero la culpa de su fallo contra su propio padre la inmovilizaba. Decenas de veces repitieron esta conversación y decenas de veces terminaron sofocados y agriados, sin ponerse de acuerdo.

A la postre, por simple fatiga, Fernando optó por evitar las provocaciones. De buen talante, no con infrecuencia apelando al humor, cambiaba el tema cada vez que amenazaba con reiniciar lo que ella llegó a denominar «el problema de la conciencia sesgada». Pero estas fintas lógicas de El Llanero, lejos de disiparla, la enardecían. Entonces, como en otros momentos de súbita actividad volcánica, no le restaba otra opción a Fernando que callar, alejarse, y confiar en la cicatrización espontánea.

En efecto, el primero en llegar a la cervecería «Selva Negra» fui yo. Desde temprano me había comunicado con la gerencia para reservar una mesa cómoda, apartada y no demasiado próxima al piano, pero el convenio estaba sujeto a la puntualidad; y en los otros, «simples» invitados a una noche que me pertenecía por derecho propio, prefería no confiarme. Así que decidí evitar dificultades, haciéndome presente media hora antes de lo acordado. El local se hallaba aún semivacío. Apenas dos parejas, una debajo del escudo de armas y otra cerca del piano, se susurraban a la luz de los candiles, acostadas sobre las mesas que constituían uno de los rasgos distintivos del local: tabloncillos redondos, revestidos con manteles de cuadrados blancos y rojos, que se apoyaban sobre rústicos toneles de madera.

En otra mesa, esta vez doble, un ruidoso grupo de universitarios ya borrachos bebía en común de una enorme copa alargada, que, cual si se tratara de un tótem ceremonial, presidía el jolgorio desde el centro del ancho tablón.

¿Quién había propuesto la idea de una «despedida de soltero» informal y anticipada y «mixta», para vencer mi resistencia a estos rituales paganos a los que los usos y las circunstancias nos obligan a someternos casi por inercia? Tal vez Antonio, quien proclamó varias veces que deseaba estar seguro de que «la amenaza» que se cernía sobre La Sigmuncita y sobre mí, iba en serio. Quizás Maruja, nostálgica. O la propia Carmen Luisa, para ponerme a prueba. Lo cierto es que una vez que me dejé ganar por el proyecto, no sólo me entusiasmé tanto como los otros sino que me ofrecí a encargarme de las previsiones y los detalles de la rumba, al menos en lo que al equipo masculino se refería.

La idea era realizar dos reuniones, paralelas, unisexuales, como la tradición establecía, durante la primera parte de la noche, para luego converger en un lugar previamente acordado. Persuadí a los otros dos cómplices de equipo acerca de la conveniencia de celebrar el encuentro «a» en la cervecería «Selva Negra», y de proponerle a la fracción femenina, para el encuentro «b»... la cervecería «Selva negra». La sede del primer encuentro sería mantenida en secreto por cada grupo. Miré la hora, me reporté en gerencia y decidí que tendría tiempo suficiente como para tomarme un trago en la barra mientras esperaba al resto de los conjurados. El embotellamiento en la avenida me había provocado una sed de los mil diablos, así que me deshice de la primera cerveza antes incluso de que el dependiente terminara de servirla. Por regla general, cuando la bolsa lo permitía, me inclinaba por el whisky (un capricho que siempre me acarreó problemas con mis amigos), o, en su defecto, por el

ron (en su versión cuba libre) y hasta por el vino (en su variante blanca y helada, a la medida para el Caribe), pero, hay que decirlo, llegado el caso podía ofrecerme para cualquier misión, por sorpresiva que fuese. En cuanto a la cerveza, ya habían pasado los días adolescentes en los que una media jarra en la playa bastaba para producirme lanzazos insoportables entre un oído y otro, y tres, para rellenarme hasta la bóveda palatina. Ahora me había amañado. Además, beber cualquier otra cosa en aquel sótano engastado en madera, charcutería y ladrillos rojizos y ocres y encofrado en escudería alemana, hubiese resultado cuando menos una incongruencia.

Para protegerme de una manera efectiva contra la incongruencia, ordené una segunda jarra, que resultó tan fugaz y gratificante como la primera. Atención. No era un alcohólico. Ni siquiera podía decirse que ejerciera una mediana afición a la bebida. Por el contrario, la gente de la Sociedad Dramática solía ironizar conmigo, atribuyéndome el rasgo de tomar <<como un oficinista casado>>, es decir pocas veces al año, y en pequeña cantidad cada vez. Es probable que exageraran: la mayor parte de ellos trasegaba en abundancia, y, conforme a sus raseros yo podía parecerles un asceta, pero tenían razón al anotar que era cuidadoso con mis raciones. Releo «cuidadoso» y siento que no es el adjetivo adecuado. Yo no tenía que practicar un esfuerzo extra para protegerme. Se trataba de un apetito que, en forma espontánea, se mantenía en un perfil más bien bajo, con muy raras y espasmódicas alzas.

Y bien, digamos que aquella era una de esas noches de alza. Un exceso más bien venial, si se toma en cuenta que uno no padece de su adiós a la soltería un día sí y otro no. Y en este caso era yo quien se despedía.

Entretanto, la clientela había estado fluyendo. A la izquierda, cerca del pequeño muestrario de antipastos se había conformado un pequeño aquelarre de poetas, con algún rostro conocido. Les correspondí al saludo sin aproximarme, alzando la copa de cerveza, al tiempo que, con un gesto italiano, les hacía llegar mi sorpresa de verlos allí, en lugar de hallarse en sus abrevaderos habituales, hacia las estribaciones de la Plaza Venezuela. A la derecha, en torno a la mesa adosada a la columna central, vociferaba una peña taurina de parroquianos españoles a quienes recordaba haber visto con frecuencia en una tasca cercana al restaurante «Las Cibeles». Me dije que aquella era una noche de desplazados.

Por su parte, la mesa de los estudiantes había comenzado a cantar a capella algo que se suponía musical y que el contrapunto de maullidos volvía ininteligible. En cualquier otro momento, un atentado vocal la mitad de sanguinario que aquél, hubiera bastado para aturdirme y expulsarme del circo; aquella noche apenas si me rozaba. Estaba exaltado en mi interior, pero exteriormente sereno. Como un trompo, me dije, y de inmediato recordé un viejo poema del año 61, donde La Sigmuncita, en su primer verso, echaba mano de una imagen idéntica para expresar una idéntica sensación. Me sonreí y le murmuré algo a la cerveza; pero quizás no tan bajo como suponía, puesto que el dependiente se volvió hacia mí, asintió y me renovó la bebida antes de

que pudiera aclararle el malentendido. Es genial, me dije, esta noche ni siquiera tengo que ordenarlas. Sí. Carmen Luisa y yo habíamos alcanzado un grado tal de combinación alquímica que no nos asombrábamos si a menudo nos ocurría discurrir análogas imágenes en los mismo momentos silenciosos o soñar las mismas pesadillas en idénticas noches. Aquellos ocho años que nos separaban de la memorable mañana en que, renunciando a mi siniestro papel de sabueso anónimo, me decidiera a abordarla en el cascarón del expreso Valle–Silencio mientras ella acariciaba en su regazo un neblinoso volumen de Sartre —su amor de entonces—, no habían transcurrido en vano.

Para decirlo con una frase que le perteneció o podría haberle pertenecido: nos habíamos «interdiluido con intensidad». Noten la suave resonancia del verbo compuesto, que evoca líquidos y corrientes lentas, colocada al lado de la fuerte vibración del sustantivo que lo matiza. Un síntoma de las zonas de baja presión que circulaban en su espíritu: la síntesis a través de la armonización de opuestos. O, como lo definiría más tarde, aquella misma noche, Gustavo, el cineasta en ciernes que en esos meses acompañó a Maruja: la dialéctica de la rabieta y el beso francés.

En todo caso, estábamos en 1965, comenzando nuestras vidas, y éramos felices.

Alcé la copa de cebada, vi la luz del bar devuelta en irisaciones por el oscuro vidrio y sentí la certeza física de estar donde me hallaba: sentado en un taburete de la barra, la noche de mi despedida de soltero, aguardando a Antonio y a Gustavo para entregarme a aquella exaltación de los monótonos y recurrentes ciclos de la vida. Experimentaba una dicha difusa que podía analogarse a la felicidad. La ceremonia civil (la única a la que nos someteríamos, si dejamos de lado el teatro pagano que Carmen Luisa, a veces, fantaseaba como postre para la fecha), estaba fijada para un mes más tarde, y por momentos me imbuía en la extraña alucinación de estar deslizándome en un proyecto de destino que no me pertenecía.

Horas más tardes, cuando la cerveza amenazaba con franquear los límites de lo tolerable, y la maldita discusión sobre los «verdaderos alcances del libre albedrío en la elección del destino personal» (un maldito tópico planteado en la mala hora por Peraloca y acogido con fruición por Gustavo) amenazaba con franquear los límites de lo tolerable, se me ocurrió disipar la asfixia compartiendo con los compinches de marras (¿o de jarras?) aquella temprana vivencia.

Gustavo, que ya podía anotar un precoz matrimonio y un divorcio en su agitado currículum, no vaciló un instante.

—Sé de qué hablas, hermano —dijo, dirigiéndose a mí, mientras encendía la pipa, chupaba para animar el ascua, y se inclinaba hacia atrás, en silencio, como esperando que la audiencia lo animara a continuar (dos típicos gestos suyos que, más allá del afecto que había comenzado a profesarle, me producían la misma impresión que una patada en los testículos)—. Me ocurrió también cuando me deslizaba por ese tobogán lubricado que finaliza en los encajes del arco nupcial y al que el común de la

fanaticada aplica el sintomático nombre de compromiso. Una sensación, pasajera, por supuesto, caso contrario resultaría insoportable, de caída libre.

Antonio miró, sonriendo.

—Ese lenguaje —me preguntó—... ¿No te recuerda el de alguien?

Gustavo no entendía.

—¿Qué pasa? -preguntó, a su vez—. ¿Dije alguna barrabasada?

—Nada, compadre. Es que hablas como Carmen Luisa —lo tranquilizó Antonio—.

Los términos que utilizas, los énfasis...

—Afinidades electivas —anoté. Gustavo, aunque no ejerciera, era psicólogo, como La Sigmuncita.

—Es cierto —concedió Gustavo—. Debe ser la huella de la carrera.

—Aunque mi doncella se mece en ese swing desde la secundaria —dije—. Tú recuerdas, Peraloca, las sesiones semanales de interpretación de sueños...

—Memorables, Llanero. —dijo Antonio—. La Sigmuncita debe haber sido parida con un volumen de las obras completas del vienés bajo el brazo.

—Quizás aquí, a nuestro cineasta favorito, le haya ocurrido otro tanto —dije.

—Punto a favor de Marujita —dijo Antonio, mejor si combinaban las escapadas con sesiones de asesoría, ¿no?

—Sobre la diferencia entre el gran primer plano y el plano medio, supongo. Se te olvida que no ejerzo, ni siquiera en hobby —se defendió el cineasta—. Pero me interrumpieron en el momento en que iniciaba el segundo aire de la caída... Pocos años después de casado, me divorcié. Si el proceso del matrimonio te produce esa sensación —dijo, mirándome mientras apuntaba la boquilla de la pipa hacia mí—, tendrías que pasar por una experiencia de divorcio para completar la sacudida.

—Peor, me imagino.

—Lo mismo, pero añadiéndole resentimiento.

—Habrá excepciones —conjeturó Antonio, que aún miraba la corrida desde el tendido de sombra.

—Todavía estoy por tropezarme con una —lapidó el cineasta—. Quizás si vivo lo suficiente...

—A Peraloca, en cambio, aún no parece haberle llegado la hora —dije, para moverle la lengua a Antonio.

—A propósito de la hora, me gustaría satisfacer algunas necesidades orales —dijo el cineasta, en cambio.

Recordé que al entrar, Gustavo se había detenido en el mostrador de antipastos con algo más que simple curiosidad: a pesar de su laboriosa militancia, tenía fama de gourmet y hasta de buen cocinero.

—Tú que estás de frente, hazle una seña a El Apureño —le dije a Antonio—. Creo que el cineasta quiere picotear un poco antes del plato fuerte —habíamos previsto la cena para el momento en que mi bienamada y sus damas de honor arribaran a

palacio.

—¿El Apureño? —preguntó Gustavo, que esa noche estaba conociendo al «Selva Negra».

Por toda respuesta, Antonio le señaló al rubio alto, pálido, ojiazulado, que ya se dirigía a nuestra mesa.

—Es una de las singularidades del local. Mientras apenas lo han visto, nadie duda que se trate de un maitre importado directamente de Alemania. Cuando lo conocen, todos se retuercen en carcajadas. El tipo realmente nació en San Fernando de Apure, es un llanero legítimo —explicó Antonio.

—Entonces ya son dos los que no parecen ser de donde son —comentó Gustavo refiriéndose, por supuesto, a mí.

El Apureño, que conocía nuestro plan de navegación, saludó y extendió la cartilla de antipastos y pasapalos.

—El cachilapo que Ud. ve aquí es Gustavo Lara, paisano —le dije a El Apureño-. Es cineasta y un gourmet de lujo. Y ya sabe de dónde vienes —le apagué un ojo.

—¿Oíste esa palabra, cineasta? Dijo «cachilapo» —ironizó Antonio—. Dispara vainas así cuando se le desconoce su linaje de tierra caliente...

Ignoré el comentario y le expliqué a El Apureño que a Gustavo le interesaba pasearse por el abanico de antipastos, ¿tendrías alguna sugerencia especial?

—Tal vez el invitado prefiera ver de nuevo el mostrador. Un gourmet le concede mucha importancia a la presentación del bocado, ¿me equivoco? —respondió, al tiempo que, con un expresivo gesto, invitaba a Gustavo a acompañarlo.

El cineasta se incorporó.

—No. No se equivoca —le dijo a El Apureño; y, dirigiéndose a nosotros: —Si quieren opinar...

Ninguno de los dos tenía criterio ni ánimo para la excursión.

—Buena nota el cineasta, ¿no? —dijo Antonio, una vez que Gustavo y el maitre se alejaron—. Me alegro por Maruja, creo que puede hacerle bien. Aun en el caso de que la relación no se prolongue mucho.

—Menosprecias a Maruja, creo que los beneficios serán de parte y parte —le corregí: aún mostraba coletazos de su síndrome de hermano mayor.

La peña de estudiantes, que a esas alturas ya había tirado la toalla, subía las escaleras de salida, mientras bromeaba con un grupo de muchachas que recién llegaba. Peraloca se distrajo.

—Creí que eran ellas —dijo, refiriéndose al trío de muñecas que debían unírseles de un momento a otro, por supuesto. Y para responderme: No creas que ignoro lo que Marujita vale. Pero sabes a qué me refiero. Cuando pienso en lo que le ocurrió, aun después de tanto tiempo, todavía me preocupa. Me sentiría más tranquilo si la viera con una pareja estable...

Volvimos a mirar hacia los antipastos. Ahora Gustavo conversaba con el poeta

Guaicaipuro Ramírez, que llegaba a incorporarse a la mesa de los desubicados. Crucé los dedos para ligar que el cineasta no trajera al poeta hasta nosotros: estimaba a Guaicaipuro, leía sus obras, pero si se sentaba a la mesa, nadie más podría abrir la boca en toda la noche.

—¿Es fino el chisme? —preguntó Antonio, insistiendo en la foja política de Gustavo.

La duda de Peraloca no me sorprendía; por alguna razón, los modos refinados y elegantes del cineasta dificultaban el que la gente lo identificara con ese largo currículum de lucha revolucionaria clandestina, donde abundaban las acciones armadas y las escaramuzas milicianas, que ciertamente constituían su prontuario.

—Se nota que estabas exiliado en la Católica. La mitad de la gente que conozco en la UCV sabía del asunto. Creo que sólo la policía quedó afuera. Además, el mismo se lo confesó a Carmen Luisa y a Maruja...

Cambié de clave: Gustavo ya regresaba con un menjurje de vegetales envinagrados. Aproveché el entreacto para ir al baño, mientras Antonio se aprestaba a escuchar la disertación del gourmet en torno al origen y la evolución del antipasto. Me abrí camino entre la espesa niebla con perfume de tabaco que vagaba en copos intangibles saturando el aire. Yo no fumaba, tuve que aceptar que esa noche el «Selva Negra» estaba menos respirable que en otras fechas. Desahugué mi vejiga y decidí meter la cabeza bajo el grifo: al fin y al cabo había sido el primero en abordar aquella nave de locos, llevaba unas cuantas cervezas de ventaja a los cómplices y aún quedaban varias horas de vuelo.

El agua me despejó. De inmediato me sentí mejor. Me propuse no olvidar la ceremonia de inicio a la metamorfosis que, al alimón con Carmen Luisa, se suponía que oficiábamos aquel día. Debía permanecer sobrio. Me sequé, respiré profundamente y mientras comenzaba a oír las primeras notas de «El Choclo» que en su versión de «Besos de fuego», Monoserio, el pianista, acometía sobre el teclado, empujé la puerta para salir del baño e incorporarme al segundo y final acto de aquel entremés.

Franquear la puerta y escuchar a lo lejos una voz musical pero espesa que chillaba «¡amado!», desde algún lugar de las neblinas de humo, y que me impactó, y sobresaltó al propio Monoserio en su taburete, fueron una misma y sorpresiva cosa. Juro que al principio no acusé el mensaje. El amoroso relincho de potranca en celo me resultaba familiar, pero algo de bramido rugoso me impedía fusionar aquel falsete con la melodía de la sirena que me había estado arrullando, de manera intermitente pero leal, durante los últimos ocho años por aquellas islas innombrables.

De pronto, al fondo, encaramada en una silla, elevada por encima del plano de la mesa, transubstanciada por virtud del espeso vaho de humo en una aparición evanescente, mi sirena sobreactuaba, declamando hacia el lugar donde me intuía, algo que al comienzo me pareció una perorata delirante, y que al separarla de las

vocalizaciones de Monoserio comenzó a cobrar la forma de una fragmentaria antología del siglo de oro, recorrida por una actriz a punto de alcanzar el clímax en un trance místico más bien accidentado.

A su alrededor, sentadas ya a la mesa, Maruja y Yolanda, que así se llamaba la nueva amiga de Antonio que había estado celebrando junto al team femenino, riendo y mirándose entre sí y disculpándose en gestos ante la audiencia, no atinaban con una expresión adecuada a la atmósfera creada por la pantomima y los parlamentos de Carmen Luisa. Entretanto, Peraloca y El Cineasta, estimando conveniente adelantar precauciones, se habían colocado de pie, con los brazos abiertos, en torno a la silla donde mi muñeca se balanceaba lanzándome a distancia sus rimas de amor.

Me abrí paso hasta la improvisada tarima, no sin antes saludar a Monoserio, quien al verme comenzó a golpear la marcha nupcial. Aquello tenía que haber sido una idea de Antonio. Carmen Luisa no había desistido de sus arengas, cuyos detalles ahora podía escuchar con claridad, «Vuestra soy, para vos nací», decía, reencarnada en la santa de Avila, tratando de dominar la risa y mantener el inestable equilibrio que aún la sostenía en su escenario, «¿qué mandáis hacer de mí?», remataba.

No transcribiré las respuestas que la pregunta mereció por parte de alguna voz aguardientosa de la barra y de la mesa de los poetas, pero sí la cabriola con que me recibió mi bienamada y que en un instante la elevó de la silla, la sostuvo por un momento en los aires y la depositó por fin frente a mí, besuqueante y lunática.

La «a» de lunática coincidió puntualmente con la última nota de la marcha que Monoserio había tenido a bien regalarnos, y con el aplauso que no sólo provino de la breve audiencia de nuestra mesa, sino también de la barra y hasta del círculo de los poetas que se habían dejado arrebatarse por el verbo de Carmen Luisa. Aquello era más de lo que, en circunstancias normales, mi sentido del ridículo podía soportar. Pero he dicho bien, «en circunstancias normales»: aquélla no lo era.

Dejamos de besarnos y saludé a Maruja y a Yolanda: se veían alegres y radiantes, pero no tanto como mi juglaresa particular.

—¿Y dónde fue donde ascendieron tan rápido a ese nivel? —le preguntó Peraloca a Yolanda, pero señalando hacia Carmen Luisa.

Fue Maruja quien respondió.

—No creo que la brecha sea tan grande, querido hermanito— protestó—. ¿Quieres que te practique un cuatro impecable?

—Por cualquier remezón del sótano, me ofrezco de apoyo— ofreció Gustavo, poniéndose de pie para ayudar a su princesa aun antes de que ésta pusiera en marcha su reto.

—Gracioso —fingió reprocharle Maruja, sonriéndole.

Pero ya Antonio le aclaraba a Yolanda que en realidad él se había querido referir a La Sigmuncita. Entretanto, Carmen Luisa se había dirigido al piano para agradecerle a Monoserio el recibimiento. Ahora le daba palmaditas y le estampaba un beso en la

oscura calva, al tiempo que lo invitaba a brindar con ella.

—Nunca la había visto así. Apenas se puede sostener de pie —agregó Antonio.

—Bueno, en su descargo habría que recordar lo que estamos celebrando —dijo Yolanda. Al fin y al cabo uno no se lanza así más que una vez en la vida...

—Depende. Algunos lo intentan dos o tres veces... y hasta más —interrumpió Maruja, dirigiéndose a Gustavo, mientras le picaba el ojo.

El Cineasta ya iniciaba su defensa, pero yo no pude oírlo: Carmen Luisa, a quien un nuevo ataque de carcajadas le impedía hablar con claridad, se esforzaba en llamarme desde el piano, abrazada a Monoserio. El pianista, conocido de ambos por largo tiempo, le había permitido, a título de regalo, elaborar el programa de sus interpretaciones para la próxima tanda, y ella quería que la ayudara. Tuvo graves problemas para pronunciar el nombre del pianista y el del poeta Guica Ramírez, que se hallaba a varios metros de distancia y a quien ella intentaba hacer callar en vano. Monoserio me dirigió un guiño de comprensión mientras deslizaba los dedos sobre el teclado.

Sí, también yo sabía lo que ocurría con Carmen Luisa. Había mezclado demasiado, probablemente desde temprano, y luego había potenciado con yerba. Ni Antonio ni las muchachas parecían haberse percatado del cóctel (aunque un fugaz chispazo en la mirada de Maruja podía significar lo contrario), pero sí El Cineasta.

—Algo anda mal en ti que te impide disfrutarla, cariño —me comentaba, cuando ya se le había acercado varias veces—.

Yo simplemente la miraba, sonriéndole, sin caer en provocaciones. Además, en su caso no se trataba en absoluto de una dependencia: iba y venía sin ansiedades, y podía pasar mucho tiempo sin que pareciera sentir la necesidad de regresar.

Acatando la invitación del pianista, elaboramos un variadísimo programa que incluía canciones de Aznavour y Gréco (recuerdo *Les feuilles mortes*), de Parker y de Robeson (recuerdo *Sometimes I feel like a motherless child*), de Soledad Bravo y de Agustín Lara (recuerdo «Noche de ronda»), de Endrigo y de Donaggio (recuerdo *Io che non vivo senza te*). Tristes y exigentes, sobre todo por el cambio de señas que involucraba el paso de una a otra, Monoserio las protestó con debilidad al principio, para luego acometer el conjunto en una especie de popurrí, no ajeno a sus veleidades jazzísticas, que terminó en una creciente y espléndida apoteosis.

Esos fueron, en síntesis, el escenario y el tono de aquella noche memorable. Sólo agregaré dos pequeños detalles que sin duda resultarán reveladores.

Primer añadido.

Cuando regresamos a la mesa, Antonio y Yolanda conversaban en un rincón y Gustavo y Maruja en otro. Carmen Luisa haló a Maruja para preguntarle no sé qué detalles de Paul Robeson, que ambas conocían bien y que ella, por alguna razón,

había olvidado. Entonces El Cineasta aprovechó para acercárseme.

—No te pongas ansioso, Llanero. Son gajes. La Sigmuncita es de buena pasta —dijo—.

Además, ese alpiste sólo en exceso puede volverse de cuidado. Era su opinión. Y tal vez no le faltaba razón, pero aún tuve que esperar cuatro años para comprender hasta qué punto, sin proponérselo, había acertado.

Segundo agregado.

Era la hora de la retirada. CeEle y yo habíamos pensado culminar la ceremonia yéndonos a algún hotelito de las faldas de la ciudad. Ingenuidad mía. No habíamos terminado de abordar mi fiel escarabajo, cuando a mi amada bacante no se le ocurre otra idea que devolver sobre sus alfombras, de una sola arcada, los platos fuertes y débiles que El Apureño desplegara en el «Selva Negra».

En el trayecto (y a pesar de los actos de contrición que la protagonista reiteraba, desgajándose en carcajadas), la operación se repitió a sí misma, en dos ocasiones más. A duras penas pude trasladarla, ya dormida, del escarabajo al venial lecho que aguardaba por nosotros al fondo de la madrugada.

Fui hasta el baño, humedecí una toalla y la extendí sobre su cara. Continuaba desvaída. Luego la descalcé y le aligeré la ropa. Finalmente la cubrí, la besé y, sin lograr extraerla del pozo, le susurré un buenas noches al oído y me dormí a su lado.

3

Maruja, acatando las instrucciones del personal de vigilancia, detuvo el carro en la rampa del estacionamiento, a dos metros de la barrera de seguridad. El vigilante se le acercó y le solicitó el carnet de ingreso.

—Es mi primer día aquí —le dijo, sonriendo—. Todavía no me lo han entregado, pero creo que esto puede servirle- y le extendió un oficio con el logotipo del instituto. El hombre lo examinó concienzudamente antes de franquearle el camino y permitirle continuar hacia el sótano.

En efecto, aquel era su primer día en el edificio. No conocía aún ese laberinto subterráneo, bordado de columnas y salientes de concreto, bañado por una luz de tiza y una fragancia asfixiante de mina clausurada.

Si en los atroces meses de 1958 alguien le hubiese dicho que ahora, siete años después, se encontraría trabajando como socióloga en aquel instituto soportado por la ONU, y que la labor consistiría en un proyecto de investigación sobre las expectativas profesionales de la mujer, con seguridad lo hubiese tildado de loco.

Volvió a verse en ese entonces. Aturdida por la muerte de Alberto y paralizada por su

propia tragedia, sólo la abulia le había impedido iniciar el gesto que interrumpiera para siempre aquel horror. Uno tras otros, los coletazos de la noche del cumpleaños se abatían sobre ella, en una retahíla cuya existencia jamás hubiera creído posible de no haber pasado por ella. La violación. El suicidio de Alberto. El aborto. El aislamiento. La terapia. Una pesadilla contra la que había librado combates tenaces y a algunos de cuyos fantasmas aún tenía que ensalmar.

A duras penas avistó un pequeño espacio ajustado entre una columna y lo que parecía la pared lateral de un depósito. Era un rincón en penumbras donde, con algo de maña, podía introducir el Opel. Sólo le molestaba la oscuridad. Uno de los temores larvarios que, junto al de las tormentas, afloraba en ocasiones para provocarle un casi imperceptible espasmo estomacal. La sobresaltó la presencia sigilosa del vigilante interno a quien también tuvo que mostrar el oficio provisional de circulación; circunstancia que aprovechó para pedirle que la acompañara hasta el ascensor.

No tenía forma de retribuir a La Sigmuncita todo lo que había hecho por ella durante aquellos años. Estuvo a su lado en cada crisis y la acompañó cuando el cambio de colegio y la mudanza agravaron su aislamiento. Es cierto que tanto Antonio como Fernando se mantuvieron leales, pero el apoyo que le proporcionaban no podía compararse con el que le brindaba Carmen Luisa. Había aristas cuyo filo resultaba imposible ya no sólo limar con ellos, sino incluso asomarlo ante ellos.

Y sin embargo, su pequeña reserva con respeto a Antonio y a El Llanero, era insignificante si se la comparaba con la súbita incomodidad que al principio sentía ante las personas en general, y ante el sexo masculino en particular. Al fin y al cabo Antonio era su hermano, y Fernando, su mejor amigo y la pareja de Carmen Luisa. ¡Los restos de la cofradía! El arduo camino que la inquietaba y atraía con simultaneidad (y cada vez más esto y menos aquello, a medida que el tiempo pasaba), era el de su vida amorosa. La pareja y el sexo: ese era el acertijo.

El edificio, propiedad de la Fundación, consistía en una proporcionada y funcional estructura de cuatro plantas. En la primera visita que le hiciera, en oportunidad de la entrevista de contratación, le habían impresionado los amplios ventanales que se abrían en panorámica hacia el este, sobre los campos de golf del club privado con el que colindaba. Más arriba, en dirección norte, se podía avistar la falda verde y plisada de la montaña. Hacia ese costado, justamente, se orientaba la oficina que le había sido asignada: un cubículo pequeño pero cómodo, subsección del departamento, donde desplegaría la mayor parte de su labor, cuando no estuviera en las tareas de campo o en las reuniones de planificación y discusión en la mesa oval.

Fue a partir del ingreso a la universidad, cuando comenzó de nuevo a aceptar invitaciones. Se trataba, por lo regular, de compañeros de curso con quienes condescendía al cine, a una fiesta, a la playa. Al comienzo prefería los pequeños grupos: se sentía menos insegura y aprensiva junto a aquellos testigos que fungían de escudete contra cualquier entusiasmo a destiempo de alguno de sus fugaces parejas. Poco a poco se hizo al coraje para la soledad a dos. Amistades al inicio, mero recurso para conjurar el temor. Luego los tímidos simulacros de pareja: relaciones fugaces y prescindibles que ella prefería interrumpir cuando empezaban a exigir escauceos eróticos que franqueaban la imaginaria línea de no entrega que se había trazado tiempos atrás.

¿Cuándo comenzó a hacer agua aquel casco de acero?

No hubo fecha. Fue un deshielo gradual y no exento de recaídas que, de nuevo, lentamente, la fue depositando en una tierra de gracia cercana a la felicidad sin ser la felicidad misma. El temor fue cediendo una parcela tras otra, hasta quedarse apenas con el espacio ritual del lecho. Había sido tomada por violencia, es verdad, pero para la entrega voluntaria aún continuaba virgen.

El grueso de la nómina de la Fundación estaba integrada por mujeres, la mayoría tan jóvenes como ella misma. No conocía a nadie, si exceptuamos a la coordinadora del proyecto, con quien había hablado en dos oportunidades, pero la recepción fue cálida. Y tan pronto se integró a la plenaria de información en la sala de reuniones, una vez que instaló sus pertenencias en el flamante cubículo, terminó por convencerse de que con aquel festivo equipo de trabajo se iba a llevar aún mejor de lo que había sospechado.

El proyecto para el que había sido contratada era todavía un legajo lleno de buena voluntad, pero más nada. Y, por supuesto, no el único que la institución acometía. En cuanto a ella, aquél representaba su primer cargo profesional, pero contaba con una efectiva experiencia anterior, en pregrado, como ayudante de investigación en proyectos de la universidad y como auxiliar docente en la cátedra de metodología. Tenía, por tanto, diferencias sobre el diseño que debía aplicarse en este caso. Pensaba justo en esa posibilidad cuando la jefa del departamento le cedió la palabra.

Entonces conoció a Gustavo. Ocurrió a finales del año anterior. Había sido comisionada por su cátedra para coordinar una serie de documentales que debían ser producidos en la División de Audiovisual de la universidad. Allí coincidió con El Cineasta, quien fuera colocado, por contrato, en la dirección de unos micros para la TV. El magnetismo fue súbito y recíproco.

¿Qué le atrajo en él? Difícil decirlo. Existía, claro está, una sintonía física, y le agradaba su manera de hablar, vivaz y reposada a un tiempo. Pero aquello no era todo. Había también un rasgo curioso que le resultaba sorprendente: era activo, poseía ideas y las llevaba adelante, y, sin embargo, el conversar con él a solas, o, todavía menos creíble, el simple hecho de permanecer a su lado, en silencio, sintiendo que se hallaba «viva» junto a él, bastaba para llenarla de una paz interior que ejercía sobre ella un afecto balsámico, como nunca antes conociera o sospechara.

No se trataba de un maleficio que la sustrajera de la realidad, inmovilizándola, sino, por el contrario, de un prodigio que, para decirlo con las mismas palabras que ella empleara al confesárselo, «la instalaba en el universo con plenitud y serenidad». Y agregaba, «atención, dije en el universo, no en el mundo». No era necesario explicárselo, él entendía. Por vez primera en años experimentaba estar, en verdad, viviendo. Su existencia —al menos su existencia interna— había sido «congelada» aquella noche de 1957, cuando ella todavía era una adolescente. A tientos y de forma remisa había ido despertando, pero aún podía tocar dentro, embozados, numerosos núcleos de temblor que ella padecía como si se tratara de larvas enquistadas, renuentes a todo antídoto.

¿De dónde sacó determinación para contarle, mientras intentaba dominar el temblor, los detalles de su historia? Y luego, cuando él le tomó la mano, y le habló, a su vez ¿cómo hizo para dominar el impulso de correr, sin volverse, y no parar hasta escapar de la mirada que, a su pesar, de nuevo la enfrentaba a la culpa y la vergüenza?

Sea como fuere, allí permaneció, a su lado, con una felicidad tan dolorosa que por momentos le cortaba la respiración. Compartió aquella revelación con La Sigmuncita, porque el parloteo en el sillón del psiquiatra no le bastaba. Y volvió a confiarse a su amiga cuando se «reconocieron» juntos por primera vez: ella estaba tímida y torpe, pero el amor le permitía sobreponerse; él, sonriendo, le prohibió desvestirse; ella se lo agradeció, dejó que la besara y le tomara la mano; él la descalzó, le besó los pies y se acostó a su lado; finalmente ambos bebieron vino, conversaron y... se durmieron, nariz contra nariz.

A partir de entonces se rindió a la evidencia: podía ser feliz de nuevo. Su cuerpo, como alguna vez le pronosticara Carmen Luisa, le sería restituido. En una de aquellas noches, tal vez una o dos semanas más tarde, volvió a soñar con su vergüenza, sólo que ahora se trató de una vergüenza absuelta.

Ella camina, sola, por una ciudad grande y antigua. Las calles son estrechas, serpenteantes y trepan entre muros de piedra y paredes blancas hacia una cumbre que debe estar en algún lugar que ella ignora. Diríase una ciudad de esplendor medieval pero conservada con esmero. Hay camiones, carros y autobuses circulando por los callejones: el tiempo histórico, sin duda, es el presente. Pero ella tiene trece años.

¿Vaga sola por voluntad propia o está extraviada en el espeso laberinto urbano? ¿La acompaña la familia, su padre, quizás? Quiere pensar que sí, aunque por momentos lo

duda. Entretanto ha anochecido. Los transeúntes, hombres recatados por capas oscuras, la ven deambular y se le acercan, susurrándole propuestas obscenas. Apura el paso con la esperanza de librarse de ellos, ¿pero cómo? Todas las puertas parecen selladas y ella misma desconoce a dónde se dirige o podría dirigirse en busca de protección. Decide correr a ciegas, pero siempre subiendo. Un borracho desdentado y hediondo se le acerca, gritándole puta. Lo evade doblando en una esquina oscura. Otros dos personajes, esta vez sin rostro, conversan sobre ella, agazapados a un costado de la acera:

—Es inútil que se empeñe en disimular. Todo el mundo sabe que se trata de una puta —dice uno de ellos—. Tiene cara de niña pero no es más que una putica.

—Peor que eso —advierte el otro—. Aparte de puta es ninfómana, y, claro está, frígida como toda ninfómana. No vale la pena.

Ella no termina de entender. Si es apenas una niña, por qué la injurian de esa manera. Siente que toda explicación resultaría inútil: se trata de posiciones tomadas de antemano, a las que nada ni nadie podría alterar.

La única alternativa es huir. Una voz le dice que corriendo cuesta arriba alcanzaría la clave. Ignora de cuál clave se trata, pero de pronto, al extremo de la cumbre adoquinada, un resplandor solar parece anunciar la aparición sobrenatural que, sin saberlo, aguarda. Es de noche, pero nada la sorprende.

Ahora la grumosa masa de cal se divide y deja ver el atrio de un templo. No recuerda haber entrado, pero no le importa. Su atención se adhiere al sacerdote que, de espaldas, oficia el sacrificio sagrado. ¿Es aquella la eucaristía católica o se trata, quizás, de una ceremonia pagana, blasfema incluso? Imposible saberlo. En vano busca iconos, altares o símbolos que la orienten. Pero algo la hace intuir que no es necesario. Se trata, sin duda, de un ritual de acatamiento universal.

El sacerdote se ha dado vuelta y ahora mira hacia las naves del templo. Ella se encuentra sola, a la cabeza de la nave central, de cara al altar y al oficiante. ¿Y ahora qué ocurre? Un sordo rumor que, poco a poco, se eleva como un coro, y que parece proceder de la feligresía, la aturde. Antes no había reparado en los fieles, pero debe ser la feligresía que murmura o que canta. Se vuelve: sí, es de la multitud, densamente apretujada entre los bancos, de donde procede el extraño ruido ¿Qué susurran y por qué se ríen? ¿Es por ella?

Mira hacia su cuerpo y se percata de que está totalmente desnuda. Siente que se ruboriza hasta la raíz del cabello, y, en un gesto desesperado de recato, se arrodilla, sentándose sobre sus pantorrillas, y juntando sus manos frente al regazo.

De pronto, sin que oyera sus pasos, el sacerdote aparece a su lado, de pie. Ella alza la mirada.

—Yo te absuelvo —declara el sacerdote, mientras le coloca la mano sobre la cabeza. Un prodigioso resplandor que procede de lo alto de la cúpula mayor se derrama sobre ellos. Pero el ruido de la multitud ha crecido.

—No entiendo —se oye decir, con desespero—. No entiendo.

—Yo te bendigo y yo te absuelvo —repite el sacerdote.

El resplandor enceguecedor amaina y ahora puede distinguir las facciones de Gustavo que surgen del rostro sin rostro del oficiante. Aún de rodillas se abraza a sus piernas y levanta la cara para mirarlo, llorando, agradecida.

Y se despierta, sonriendo entre lágrimas.

Con estos mismos párrafos se lo relató a Carmen Luisa, en la tarde del día siguiente.

—Te estás absolviendo tú misma —dictaminó La Sigmuncita ejerciendo su antiguo oficio de descifradora. Te estás despojando de temores tú misma.

—Bueno. No sé si el sueño pueda interpretarse así. Pero creo que tienes razón: también yo siento lo mismo. Como dirías tú: oigo una voz que me anuncia que el ciclo se está cerrando —dijo Maruja, al tiempo que sonreía, pícaramente, para sí misma, si supieras, Sigmuncita, si te contara, manita, pensó, pero el postre había que reservarlo para el final.

Era por los días de la boda de Carmen Luisa y Fernando, y se habían reunido las dos, esta vez por iniciativa de Maruja, en el Museo de Bellas Artes, donde Mario Abreu presentaba una individual de sus primeros «Objetos Mágicos».

—Ya se te olvidó —comentó Carmen Luisa, mientras hojeaba el catálogo en el mostrador de control.

—¿Se me olvidó? —preguntó Maruja.

—No fui yo quien anunció que estabas cerrando el ciclo —respondió La Sigmuncita, mirándola, mientras hurgaba a ciegas, en el bolso, por el dinero—. Fue Eudora, cuando el tabaco.

Maruja lo recordaba vagamente. Había ido a la fumada sólo para complacer a Carmen Luisa, quien después de escribir la tesis sobre la ceremonia oracular, en lugar de quedar liberada del hechizo, como la cofradía esperaba, continuaba prendada de las artes de Eudora. Ella, en cambio, ante la sola recreación imaginaria de un vaticinio personal, no importaba si trágico o auspicioso, se había dejado recorrer de nuca a talón por un escalofrío agudo que casi la desmaya.

La experiencia, sin embargo, no pudo resultar más lejos de sus temores. Sí, ahora lo recordaba: hacia el final de la lectura, con la habitación del altarcillo asfixiada de exvotos y de humo, la pitonisa caribeña había resumido la visión con esas palabras: «tu ciclo ya se cierra».

Dijo esto con los párpados bajos. El tono era reposado y optimista, y se había dejado subsumir en una especie de trance al que acompañaba con música y con silencio.

En cuanto a ella, aunque distara de compartir la admiración casi ingenua de Carmen Luisa, se había sentido relajada y cómoda, y veía a Eudora y a su mundo como materia de una historia insólita que no la incluía pero con lo cual, el misterio que ella intuía alrededor de la vida y de la muerte (aquí la Sigmuncita se reía, batía palmas, ya estaba convencida, Princesa, ya estabas lista, ya eras uno de ellos, hermana), de

alguna manera, dialogaba.

—Y bueno, entonces era Eudora quien tenía razón —dijo.

Ahora Carmen Luisa la había tomado del brazo para detenerla frente a una de las obras.

—¿Lo reconoces?- le preguntó.

El «Objeto Mágico» era un abigarrado montaje a modo de altarcillo, que comprendía, precisamente, velas, dijes, amuletos, lámparas votivas, espejos, pequeños juguetes y retratos desvaídos de personas y de grupos. Por un momento, creyó que La Sigmuncita trataba de conectar a la obra con la conversación sobre Eudora y la lectura del tabaco, pero no entendía cómo.

—¿Hay algún fumador de tabaco escondido detrás de uno de los espejitos o incrustado en la cera del cirio? —bromeó.

La Sigmuncita sonrió y la invitó a aproximarse, acercándose ella misma hasta casi rozar el borde del Objeto con la nariz.

—Es Mitsuko —declaró, señalando hacia el cuerpo de una muñeca que ocupaba la esquina izquierda del ensamblaje.

—¿Mitsuko?

—El travesti, Princesa —explicó Carmen Luisa; y, viendo que ella no entendía: —El travestí de mi galería de muñecos de la adolescencia: Mitsuko...

Maruja soltó una carcajada explosiva a la que de inmediato intentó ahogar, al recordar dónde se hallaban, al tiempo que se volvía hacia la puerta en busca de algún visitante incomodado. ¡Era increíble! Con dificultad podía traer a su memoria aquel divertido muestrario de tipos humanos que la inventiva de La Sigmuncita alineaba en los estantes del dormitorio en los lejanos tiempos de la secundaria.

Pero la colección, como tal, había sido desmontada y embaulada cuando Carmen Luisa se mudó con su padre. A excepción quizás de la Brigitte en miniatura y del destartado Sartre que escoltaba los extremos de la cómoda en el minúsculo apartamento donde vivía ahora que había decidido separarse del padre. Ignoraba que Mitsuko, el muñeco travestí, existiera aún, y menos calzando aquel rol protagónico que Abreu le asignara.

—¡Dios mío, manita! ¿Cómo logró este personaje escurrirse hasta aquí? —le preguntó, riéndose aún, ella lo creía muerto, te lo juraba.

—Un día oí hablar a Mario sobre este proyecto —dijo Carmen Luisa—. Explicó el sentido de cada sección y de cada personaje. Estábamos en el cafetín del Ateneo. Le hablé de mi colección... y terminé regalándole a Mitsuko. Incluso fue una idea de tu Cineasta bien amado, que merodeaba para el momento por aquellos abrevaderos. En efecto, había sido Gustavo, precisamente, quien les presentara a Abreu, unas semanas antes.

—Sí. Gustavo lo aprecia mucho —dijo ella, pensativa—. Quiero decir, a Mario... Aunque no es aconsejable mencionar la soga del cineasta en la casa del ahorcado

plástico —bromeó, recordando, sin saber por qué, el dossier del asalto a la «Exposición de Pintura Francesa», justo en aquellas salas, donde Gustavo había ejercido un papel ciertamente más complicado que el de espectador ingenuo.

—Ya veo. Participan del mismo tuétano mágico —dijo La Sigmuncita, que a veces bromeaba empleando algunas de las palabras que El Llanero solía reivindicar.

Maruja la contempló, alzando las cejas. Debía tratarse de otro juego de palabras.

—¿Tuétano mágico? —repitió, interrogándola—. ¿Participan del mismo «tuétano mágico»?

—Así es. Abreu, con «los objetos» y Gustavo con... el toque, diríamos —y se rió, ¿no era así, muerganita?, le dijeras, mientras le guiñaba el ojo—. Sospecho que vienes con novedades, porque ese sueño de la iglesia se las trae...

La Princesa se aclaró la garganta, tratando de escoger las frases. La verdad, no encontraba la forma de comenzar, ¿iba a ruborizarse?

—Ocurrió, Carmen Luisa —se oyó decir, por fin, con una solemnidad que no le gustaba.

—¿Ocurrió? —repitió La Sigmuncita, preparándose para soltar un «hurra» mientras adelantaba el contenido de la confidencia.

Ahora Maruja pudo levantar la cara y mirar a la amiga:

—Quiero decir que hicimos el amor...

El alarido de Carmen Luisa inundó las tres salas destinadas a la muestra de Abreu, rebotó en los fustes de las columnas, atravesó la explanada de los museos y se extendió, bajo la especie de minúsculos fragmentos de alarido, por los senderos del bosque de Los Caobos hasta la Plaza Venezuela.

Por un momento, Maruja, sentada a una de las cabezas de la mesa oval, creyó que había sido el alarido de La Sigmuncita lo que la extrajera de la ausencia a la que fuera llevada por los saltos (mortales e involuntarios) de la memoria. Cuando volvió al presente, sin embargo, la coordinadora y el resto del equipo la miraban entre divertidas y curiosas. Sin duda, había sido la coordinadora quien le dirigiera la palabra, y ahora repetía la invitación: querían oír su opinión en torno a los problemas de logística que el proyecto, tal como estaba, ya permitía anticipar.

Por suerte, se había tomado la molestia de leer el bendito legajo de título a firma, al punto de ser capaz de repetir, si llegara el caso, párrafos enteros a pie de letra. Habló de la especificación de sueldos y viáticos y planteó una redistribución de las tareas asignadas al personal, algunas de las cuales parecían superponerse en el cronograma de fases, hasta volver confuso el curso. Presentó objeciones sobre el modelo muestral y la estrategia del abordaje de los sujetos, y propuso cambios en la diagramación del formulario de entrevista, en las preguntas incluidas como ejemplo y en los criterios de tabulación de las respuestas.

La exposición le tomó dos horas, al final de las cuales le dedicaron un cerrado aplauso, de pie, que, salvando las proporciones, le hizo recordar la noche de la graduación universitaria, cuando el Magna Cum Laude le valiera una apoteosis semejante.

La coordinadora se le acercó, y, obligándola a girar sobre sus talones, la colocó frente a la puerta de entrada: el presidente de la fundación, en persona, había estado allí todo el tiempo, escuchándola sin que ella se percatara, y ahora se le aproximaba también, guiñándole un ojo y con los brazos extendidos en bienvenida.

Cuando vio que Gustavo, atendiendo a la venia que ella le hacía oír desde la cama, abría la puerta del baño y entraba a la habitación, sintió una primera sacudida lacerante y helada que la estremeció a lo largo de la columna, y, con ella, el impulso apremiante de desaparecer de aquel suplicio. Se hallaba sobre el lecho, con la sábana fuertemente apretada entre las manos cubriéndole hasta los ojos.

La puerta, al abrirse, había provocado un haz centellante que le hirió simultáneamente el iris y la memoria: otra puerta, azotada por el vendaval, en medio de la cerrada oscuridad de la noche, se desplegaba, siete años atrás, justo un segundo antes de que aquella mano sin rostro que se le deslizara en los sueños para supliciarla durante tanto tiempo, la tomara desde su espalda por el cuello y la lanzara, con un golpe seco en la nuca, contra el embaldosado de la caseta del club.

Hizo acopio de voluntad para no abandonar la cama y saltar, ahora, como una esfinge vivificada por el temor, a través de la ventana hacia el vacío, y aletear con vigor para tomar altura y descender luego en barrena contra un sitio sin nombre que por momentos analogaba al limbo. Debía relajar la tensión. Respirar profundo.

Abandonarse. Se repitió estas dosis de serenidad a medida que bajaba el pliegue de la cobija para mirar a Gustavo mientras éste se aproximaba a ella.

Minutos antes le había rogado que se retirara al baño mientras ella se despojaba de la falda y de la cota. El Cineasta sonrió, pero no la contradijo. Una vez sola, con las dos piezas de la ropa interior cubriéndola, se había deslizado entre las sábanas y cerrado los ojos. Por un segundo, boca arriba sobre la cama, los puños apretados contra el pecho, pensó que aquello se asemejaba a la posición de las víctimas propiciatorias en los sacrificios humanos como una gota de sangre se asemeja a otra.

Había logrado distender los músculos de brazos y piernas y sentir la presión de las coyunturas, ahora laxas, contra la superficie del colchón, pero tan pronto Gustavo se sentó al borde del lecho, una súbita aprensión la hizo replegarse, de un salto, como si una siniestra maquinaria, al margen de su voluntad, se hubiese apoderado de los resortes más frágiles de su cuerpo.

Gustavo no la tocó, se limitó a extender el brazo y abrir la mano para que fuese ella quien se aproximara de nuevo y la tomara. Para su sorpresa, se vio en el gesto inesperado no sólo de aceptar la invitación al contacto, sino también de incorporarse,

rodearle con sus brazos el cuello, atraerlo y besarlo con un levísimo roce de labios. Esta vez no era una trampa del temor o la frialdad, por el contrario, la excitación la quemaba: se trataba de acoplarse al «tempo» que intuía en Gustavo, una coreografía donde la suavidad y la lentitud constituían las claves.

No fue derribada de un golpe ni aventada contra las baldosas, en lugar de eso, se dejó descender sobre la almohada mientras Gustavo la conducía. Vaciló. ¿Le pediría que apagara la luz del velador para no mirar los gestos que vendrían y a los que, sin embargo, aguardaba ansiosa? ¿No le sobrevendría, entonces, la torva parálisis que desde aquella remota noche la asaltaba en medio de la oscuridad? ¿Se sentiría, por el contrario, más cómoda, si la claridad le permitía borrar con el rostro de Gustavo el del agresor sin rostro?

Se decidió por esto último.

Grabó la mirada de Gustavo un segundo antes de cerrar los párpados y suspirar, confiada. Entonces sintió que sus manos recorrían la colcha, liberándole parcela a parcela, con lentitud, primero el cuello, luego el torso y las caderas y finalmente las piernas. Sobre cada fragmento descubierto la boca imaginada, besaba y succionaba y calentaba con vahos de aliento tibio, mientras la mano reptaba bajo su espalda.

Se arqueó levemente y alzó el hombro derecho hasta escuchar el seco sonido con que los dedos liberaban el broche del sostén. ¿Respiraba ahora sin nudos, levitando sobre la superficie de la cama o soñaba que respiraba sin nudos levitando sobre la superficie de la cama? El conflicto fue abolido por el cosquilleo producido por la boca que ahora se demoraba, pertinaz, en las estribaciones del vientre. Recreó el gesto con que la mano alzaba la liga de la seda y la frotación viva con que la lengua aliviaba el escozor de la goma a lo largo de la huella encarnada que la acinturaba, como una delgada faja alrededor del tronco.

Una palanca que provenía de sus entrañas pero que escapaba a su voluntad le suspendió la cadera y le entreabrió los muslos para ayudar al descenso de la prenda que parecía deslizarse hacia sus pies en virtud de un impulso intangible, como el del viento sobre el velamen de un bote.

Con los ojos aún cerrados, se pensó, tal como en efecto se hallaba, desnuda, en reposo, siendo contemplada por la mirada de Gustavo. A diferencia de lo que ocurriera en los tiempos que siguieron a la desgracia (cuando le resultaba imposible evocar fotográficamente los detalles de su cuerpo, desgajado en innumerables fragmentos contradictorios que se resistían a encajar los unos en los otros), la imagen de su piel desnuda desplegada sobre la sábana permanecía serena, idéntica a sí misma, en espera del corazón de la felicidad de cuya atmósfera extática ya se sentía imbuida. Ahora el prodigio se completó con el de decenas de manos y de bocas que palpaban, succionaban y mordisqueaban sin tregua cada meseta de piel, vivificando las corrientes de lava que el temor mantuviera en silencio.

Ya no abrigaba dudas: el placer existía, el sexo no se analogaba al terror ni el amor a

la tragedia. Ella era capaz de sentir, y la ahogaba la dicha de saber que no era necesario abolir el cuerpo para sobrevivir.

Cuando la pulpa que lamía, incesante, el ápice de la fisura, la ascendió hasta la ternura del éxtasis, ya no logró controlarse por más tiempo: briosa, sacudiendo la cabeza a uno y otro lado, se escuchó en el momento de romper a sollozar en medio de un estremecimiento que era mitad acción de gracias y mitad delirio, y que la reconciliaba, a un tiempo, con una dimensión de la eternidad que ya creía negada para siempre, y con la muerte.

Afuera, en el bar del motel, un tocadiscos divulgaba. «Se piangi, se ridi», en la afelpada versión de Bobby Solo. Un carro arrancaba, patinando sobre el asfalto, y sobre el techo de cinc del estacionamiento golpeaban, separadas y gruesas, las primeras gotas de una lluvia inesperada.

Experimentaba la curiosa certeza de hallarse incrustada en un lugar sin tiempo. Como si el dormitorio todo hubiese sido transmutado en una suerte de cámara basculante, donde la duración, sin ser barrida por completo, fluyera no en una dirección monótona, del pasado hacia el porvenir, y con un ritmo idéntico, sino en cualquier dirección concebible —en retrospectiva, oblicuamente, hacia los lados, incluso—, y a velocidades cambiantes y espasmódicas —escenario congelado, caída libre, trote, danza griega, cámara lenta, ataque epiléptico, tap—.

¿Había vivido ya aquella escena en un momento del pasado que la memoria extraviara, no a causa del olvido sino, al contrario, por virtud en un ciclo de recuerdo que se repetía idéntico a sí mismo, una y otra vez, trocándole las claves? Por momentos no le quedaban dudas de que fuese así.

Pero, entonces, ¿de dónde provenía aquella sensación de extrañeza que la llevaba a creer que todo aquello —no sólo la habitación y el hotel, sino su pareja, la ciudad, la época, su propio cuerpo y la totalidad del mundo real- estaba siendo vivido por primera vez, por ella, y se le revelaba, entonces, en su transparente irrealidad, como si le hubiese sido dado el privilegio de estar allí para presenciar, vencida por el asombro de la fugacidad, el primer día de las cosas sobre la tierra?

Experimentó esta impresión contradictoria en el segundo que tardó Gustavo en deslizarse sobre su cuerpo para igualarla rostro a rostro, mientras le entreabría más los muslos, le proyectaba las piernas hacia arriba y hacia atrás y se aprestaba a cabalgarla.

Todavía semanas después se preguntaría de donde extrajo el valor para atenazarlo con las piernas alrededor de la cintura y atraerlo hacia ella (en lugar de gritar y, colocándole el talón sobre el pecho, derribarlo, para, a renglón seguido, escapar pidiendo socorro por los pasillos, tal como en ocasiones, prefigurando la circunstancia, había temido), al sentir el roce del endurecido estilete que la frotaba un momento antes de penetrarla hasta la raíz.

No. no hubo dolor, y, para su sorpresa, en lugar de hundirse bajo el ávido peso del

jinete que la cabalgaba, experimentó el efecto de estar siendo elevada con cada envión del cuerpo de Gustavo contra su cuerpo, mientras su columna era sacudida por un temblor creciente que la desmoronaba (¿o la licuaba?, ¿o la anulaba en la nada?) de pies a cabeza.

Sintió que Gustavo aumentaba la velocidad del oleaje, la tomaba por el cabello y deslizaba su boca, desde la pendiente del cuello a través del frágil lóbulo de la oreja, hasta sus labios, para succionar y mordisquearle la lengua. Asombrada se escuchó gemir e implorar con lágrimas la traspasaras, las partieras tú, mi amor, sin misericordia, mientras el ciclón incandescente a cuyo vórtice paso a paso se había ido entregando explotaba en algún lugar detrás de sus ojos.

La coordinadora del proyecto le reiteró que no tenía por qué agradecer el aplauso de esa manera, puesto que todo el mérito le pertenecía. Las compañeras se incorporaron al pequeño corro celebratorio, no sin un esbozo de envidia en las comisuras, y la abrazaron.

—¿Y saben ustedes lo que esta pequeña estrellita me había confiado hace una semana, cuando firmamos? —anunció la coordinadora, dirigiéndose al grupo—. Me dijo que estaba muerta del miedo. Así como lo oyen; ¡muerta del miedo! ¡Imagínense si hubiera estado confiada! —enfaticó—. Creo, por el contrario, que con este desempeño has disipado tus dudas y las nuestras, jovencita, si las hubiera —remató, cariñosa.

Cuando despertó, Gustavo estaba sentado a su lado, reclinado sobre ella. La contemplaba mientras aplicaba sobre su frente una toalla humedecida. La lluvia había recrudecido, la habitación continuaba a media luz y ella se hallaba feliz.

—¿Cómo se siente mi princesa? —le preguntó El Cineasta, mientras se reclinaba para besarla.

Ella sonrió, sosteniéndole la mirada.

—Cuando quieras recomenzamos —lo retó, por toda repuesta.

El presidente de la Fundación contempló con satisfacción el entusiasmo del grupo de trabajo que rodeaba a Maruja. «Esta muchacha promete llegar lejos», se dijo para sí, mientras se volvía para despedirse y desaparecía tras la puerta.

Gustavo le había aceptado el desafío, y ahora jugueteaba en círculos sobre los endurecidos pezones. De nuevo experimentaba un placer indecible, de nuevo no deseaba otra cosa que entregarse. ¿Quién era aquella bacante desvelada que había estado conviviendo con ella en su propio cuerpo en silencio, sin mostrarse en todos aquellos años?

¿Qué ocurría? ¿Esa no era ella, o, por el contrario, era por primera vez ella? Y, de ser

así, ¿cómo llamarla?

Capítulo XII: 1973

1

REVELACIÓN anteayer. La Flaca, mimosa, huidiza con expresión de temor: “¿Tendría alguna esperanza si te pidiera que me dieras un hijo? Antes de responderme, ¿lo pensarías al menos?”

Se refería, por supuesto, a José Antonio, mi hijo con Carmen Luisa: su enfermedad, su muerte. Estaba especialmente dulce y, creo, melancólica. La tranquilicé: sólo han transcurrido cuatro años desde el accidente que mató a José Antonio, y, por supuesto, soy todavía sensible a su recuerdo, que me enseñó a descubrir en mí vetas de ternura que desconocía.

Nos sentamos en las butacas del balcón. Sobre el valle descendía una brumosa gasa de agua que diluía, a la distancia, las madejas de luces, y contra las colinas soplaban una brisa lenta y fresca. Trajo una bandeja con copas y una botella de vino. Quería brindar por el sí con que yo acababa de acoger su propuesta.

—Salud por ti y por mí: la vamos a necesitar —dijo, chocando las copas—... y por «el proyecto bebé».

Me quedé de una pieza. Siete años antes, poco después de casarnos, La Sigmuncita había susurrado exactamente las mismas palabras, alzando una copa semejante de vino, para celebrar una decisión parecida.

—¿Puedo pedirte algo y me prometes que no te vas a disgustar conmigo? —dijo, con expectativa, una vez que brindamos. No sonreía.

Le dije la verdad:

—Esta noche no soy capaz de negarte nada —y le di un beso.

Entonces me pidió que volviéramos a sentarnos, respiró largo y me rogó que le hablara de José Antonio.

—Quiero que me relates su nacimiento, no su muerte —aclaró—. Cuéntame todo. Cómo se prepararon, qué ocurrió, cómo nació, cómo respondieron ante la enfermedad Carmen Luisa y tú.

Fue una noche larga. Nos emborrachamos con vino blanco y vivimos juntos la lluvia espesa y el recio viento que se desataron momentos antes de que comenzáramos a llorar hacia el filo de la medianoche. Terminamos exhaustos e hicimos el amor con una intensidad extraña y resplandeciente, como si una antorcha silenciosa nos iluminara desde adentro.

La Sigmuncita y yo firmamos el acta de matrimonio una mañana de sábado de 1965. Fue, si se quiere, el cabo natural de una larga relación que nos había llevado a estimar que no valía la pena cubrir, sin la presencia del otro, la prolongada espera que a cada uno lo separaba de la muerte. Habíamos estado juntos por mucho tiempo, desde

aquella remota noche en que la llevara a conocer a mis padres, cuando el providencial desmayo de Manuela nos había proyectado hacia una velada sin olvido en aquel olvidable restaurancito criollo que, no obstante, supo acoger con tanta comprensión nuestros rubores casi puberales.

¿«El Pozo»? ¿«El Aljibe», quizás? ¿O tal vez «La Gruta»? Probablemente La Sigmuncita se reiría de esta desmemoria. Se entregaría seguramente a un desciframiento puntual de los trozos de amnesia que el tiempo y las galerías ciegas se dan a la tarea de instalar, con mala leche, en nuestras seseras de minotauros venidos a menos.

—Ningún olvido procede al azar —decía, dentro de la más recta ortodoxia—, toda pérdida de memoria es, de alguna manera, una confesión de culpa. No importa que se trate de una culpa legítima o imaginaria... los efectos son los mismos.

—Debo regalarte una pipa para navidad —le tomaba el pelo yo—. Cuando te oigo pontificar así, no puedo evitar el imaginarte con una noble pipa de raíz de eglantina roja, ladeando tu cabeza, mirando a la audiencia a ras de cejas.

—Paz, Toro Sentado, paz —podía decir ella, por ejemplo. Y ambos soltábamos la risa.

Me refiero, por supuesto, a La Sigmuncita de entonces. No estoy seguro de si la de hoy podría encajar en estos moldes.

No hubo ceremonia eclesiástica. Si alguna duda nos quedaba aún en los tiempos de Las Acacias, sobre la existencia de una deidad barbada que, telescopio en mano, se dedicara con placer a observar nuestros ingenuos deslices para planificar la balanza de nuestra condena eterna, las aulas y los campus de la inefable Hacienda Ibarra se habían encargado de triturarla. Y ni hablar de los aparatajes de las ceremonias «sagradas». Si a mí me inspiraban una piadosa sonrisa (los pensaba como una comparsa de saltimbanquis venidos a menos que, poniendo un último resto de voluntad, se esforzaran en vano por resultar graciosos), a Carmen Luisa, simplemente, le provocaban náuseas.

Puesto que ninguno de los dos contaba con un espacio cómodo a mano, el acto civil se llevó a cabo, con limpieza, en la casa de los Paredes. Alida y Bermúdez habían luchado a brazo partido por hacerse con el honor (mi viejo amor de infancia blandió, con fiereza, su condición de prima del novio), pero a los Bermúdez ya mi familia le debía muchos favores, y, para ser sinceros, los Paredes ni siquiera tuvieron que argumentar, porque tanto a Carmen Luisa como a mí nos venció la nostalgia.

El mero hecho de regresar a Las Acacias, ocho años después, a la ceremonia de la unión, nos parecía casi un sortilegio. En aquella zona nos habíamos conocido y habíamos iniciado la relación. Casi frente a los Paredes yo había vivido toda mi vida adolescente, y el «nicho» de la Roosevelt donde mi bienamada sobrelleva el horror de la madre, apenas distaba unas pocas cuerdas. Por si fuera poco, la quinta misma de los Paredes había servido a la cofradía como sala capitular, academia, club, gimnasio,

biblioteca, salón de fiestas, clínica de reposo, estudio musical y guarida.

La zona, por supuesto, había dejado de ser, en buena medida, lo que fuera en los tiempos del bachillerato. Todos los antiguos conocidos se habían desplazado hacia el este. Algunas de las viejas residencias eran transformadas en negocios y en talleres, o, en el mejor de los casos, habitadas por recién llegados. Sin embargo, aquí y allá, en un jardín de trinitarias y crotos y rosas abiertas, en un pequeño abasto portugués que sobrevivía, en el recodo de un café, pero sobre todo en las lentas calles arboladas que trepaban hacia lo alto de la colina, era posible aún tocar el sabor de los años idos. Por otra parte, el coronel Paredes, aceptando finalmente la diáspora, había adquirido un penjaus en El Cafetal: la mudanza era cuestión de semanas.

El día que les confirmamos, los Paredes nos invitaron a almorzar con ellos. La infatigable Lastenia preparó su pollo relleno y, como en las meriendas de antes, un cabello de ángel como postre. Maruja, Antonio y los viejos estaban de un humor festivo y nos entretuvimos durante la comida escuchando las anécdotas del coronel sobre las precoces chifladuras de Peraloca y sus peleas con Marujita. En la sobremesa nos pusimos nostálgicos, saqueamos los anaqueles musicales de La Princesa y nos echamos sobre los cojines del estudio.

Nos sentíamos en plena adolescencia. De nuevo eran los años 55 ó 57. Decidimos que no estábamos graduados, ni nos hallábamos a la mitad de nuestra veintena, ni trabajábamos en graves y formales lugares, ni estábamos a punto de casarnos. La vida y sus muros blancos eran una amenaza lejana. Sólo nos interesaba dialogar con aquellos fantasmas benévolos que desde los surcos negros nos susurraban frases de otro tiempo.

Nos agotamos durante dos horas discutiendo la trascendencia musical de los Beatles: Peracola pronosticó que serían la revolución melódica, armónica y de instrumentación más grande del pop contemporáneo y La Sigmuncita dijo que las letras no estaban nada mal. Maruja opinó que en el pop, después de Presley, había que hacer trampas, aunque ella, personalmente se quedaba con Armstrong y Ellington. Y yo me sentía extraño, pensando que aquella discusión no tenía sentido y que la música era el único idioma mítico y que todos los músicos, desde el inventor de la primera percusión cavernaria hasta los concretos, pertenecían a una estirpe sobrehumana. Recordé que Alberto opinaba que él prefería el silencio a cualquier música, pero no lo comenté con los otros.

Al atardecer pusimos en práctica el último ritual de aquel día, el más infantil y hermoso de todos. Nos apretujamos en el carro de Antonio, nos llevamos una cavita que rellenamos de cerveza en la licorería de toda la vida y nos dimos a la ingenua tarea de dar cíclicos, deambulantes, amorosos recorridos por las zonas de nuestra secundaria. Cuando dimos por terminado el juego, ya era de noche, había en el cielo una luna azul pálido aureolada de círculos acuáticos, y estábamos exhaustos y dichosos.

Anoche, abatido por una jaqueca infame y apenas sostenido por la soga de la nostalgia, alcancé a garrapatear los párrafos anteriores. En la alta madrugada soñé con Antonio y con el resto de la cofradía y, por si fuera poco, hoy, después del almuerzo, quién creen que asoma su bigotudo rostro por nuestra sala sino el mismísimo Ciro Peraloca. Acababa de recibir la buena noticia de que su juego más reciente, una intrincada variante de las clásicas damas chinas, había merecido el tercer premio en la Feria Internacional del Juguete, en Marsella, un concurso que equivale, salvando las distancias, al Nobel en la especialidad. Estaba sobreactuado, quería celebrar con nosotros el galardón, y, en un ademán de prestidigitador, desplegó sobre la mesa el pastel de guanábana más espectacular que yo recordaba haber visto en años. Era, como lo temía, del Taormina. Había visitado el café-pastelería tal vez una o dos veces en los últimos catorce años («después de la diáspora de finales de los cincuenta ya no quise volver más», nos confesó), y en especial, luego que la familia dejó la zona para mudarse al Cafetal, en el 65, casi había logrado olvidarlo por completo. Y hoy, de pronto, sin que mediara razón alguna, experimentó la súbita certeza de que el pastel del premio no podía provenir de otro sitio que de aquella cafetería más bien modesta, cuya terraza, moteada de mesas con mantelitos de plástico floreado, se abría sobre la acera sur de la avenida Victoria, y cuyas sillas entretejidas nos habían soportado con paciencia en tantas y tan ociosas jornadas del pasado.

—La verdad, creo que la última vez que lo visité, quiero decir al Taormina, fue durante aquel loco recorrido con que decidimos despedirnos de la zona, una semana antes de tu matrimonio con La Sigmuncita, y un mes antes de que nos mudáramos al Cafetal —dijo, concentrado en el pastel, mientras La Flaca y yo nos mirábamos con espanto. ¡Maldita sea! ¡Aquello era demasiado! Cuando por fin se volvió, quien palideció, viendo nuestra expresión, fue él. Y bueno, le contamos sobre la conversación que habíamos sostenido tres noches antes en el balconcito, sobre la anotación posterior (que ya La Flaca, por supuesto, había leído), y, como postre paralelo al esotérico pastel de guanábana, les revelé a ambos el sueño que me hiciera despertar, aterrorizado, esta misma madrugada.

La transcribo como me viene.

Título provisorio: «Pesadilla del barco ebrio».

(Dedicado, sin pesadumbre, a Rimbaud, a Caronte y al sereno del cementerio de Catagua).

«Realizamos un crucero en una embarcación enorme, que es mitad yate, mitad carabela del siglo XV. Aunque los roles no están muy claros, el capitán y, también, de alguna manera el guía de la excursión, parece ser Alberto. Todos sabemos que Alberto está muerto, y nos causa una profunda pena el pensar que él no lo sepa o finja no

saberlo (!). Sin embargo, por paradoja, nos alegra hasta la locura el hecho de que, aunque se trate de una equívoco, esté allí con nosotros.

Se hace de todo en ese viaje: bailes, paseos en bote, expediciones a islas remotas donde el barco ancla, concursos, baños, lecturas, ceremonias sagradas. De pronto nos paraliza una inmensa sacudida. «Un maremoto», pensamos.

—Sí, no es más que un maremoto —opina La Sigmuncita, mientras se entretiene jugando con un reloj de arena.

Todos nos vemos las caras, con estupor, estamos en peligro de muerte y, encima, Carmen Luisa la ha tomado por desvariar.

En ese momento nos damos cuenta de que no sabemos a dónde vamos. Nadie recuerda de qué puerto hemos zarpado ni cuál es nuestro destino. Discutimos acaloradamente, soportando el viento y tratando de mirar hacia el mar, cuando desde lo alto del velamen la voz de Alberto nos paraliza. Está pálido, iridiscente bajo una luz que ciega, y apenas puede sostenerse debido a las sacudidas provocadas, no por el presunto maremoto, como se podría esperar, sino por las estruendosas carcajadas que no logra —o no desea— reprimir.

Lo miramos. Nos mira.

—Así que no saben a dónde nos dirigimos. ¿No lo sospechan? ¿Tanto que alardean de talentosos y no lo sospechan? —grita, fuera de sí—. ¡Este es el viaje final, cofrades! ¡No hay pasaje de vuelta, llavecitas! ¡Bienvenidos a bordo!

El eco rebota en un cielo de estrellas en espiral, se hace una tiniebla absoluta en la cubierta, y yo me despierto jadeando y bañado en un sudor pastoso.»

La Flaca se quedó de una pieza. Peraloca se quedó de una pieza. Yo estaba asustado.

—¡Mierda! —reaccionó, por fin, Antonio—. ¡Vaya viajecito!

—¡Mira cómo estoy, papi! —exclamó La Flaca—. ¡Erizada de pies a cabeza!

¡Mírame, por favor!

Era cierto. Lo había olvidado: la muerte a veces le removía cosas adentro. Traté de calmarla.

—Lástima que la Sigmuncita no esté aquí —dijo Antonio, moviendo levemente el timón, mordiendo una fresa—. Se hubiera dado un banquete con el sueñito.

—Tendrías que haberla convocado varios años antes —le aclaré—. Porque lo que es ésta de ahora...

La ceremonia se realizó por habilitación, el sábado siguiente, en la casa de los Paredes. Como es sabido, a estos rituales suelen acudir invitados dificultosos, quienes haciendo de tripas corazón y fingiendo olvidar, incluso, ofensas y desencuentros, convergen en el jolgorio, acatando un impulso gregario que aún hoy escapa por completo a mi comprensión. El nuestro no constituyó una excepción. De hecho, se arracimó allí, con una voluntad digna de mejores causas, casi la misma colección de hinchas que se había dado cita en el Aula Magna, un año antes, con motivo de las graduaciones de La Sigmuncita y mía.

Esta vez, sin embargo, siendo la arena más pequeña y teniendo los gladiadores que estar, por tanto, más a alcance de espada, la tensión era mayor. Por suerte, el procedimiento fue breve, y en cuanto a los lances, algunos antiguos condiscípulos de la universidad actuaron, a su aire y sin proponérselo, como efectivos burladeros humanos. Allí estábamos, en el delicioso pasillo del traspatio que por tantos años constituyera, puertas adentro, el despacho oficial de la cofradía, todos los especímenes del manual de zoología fantástica —contrayentes incluidos— que la vida nos había llevado a tropezar hasta entonces.

Cinco minutos antes de la ceremonial firma del contrato, esta era la disposición del campo de guerra: los padres de Carmen Luisa, cada uno por su derrotero propio y con su respectiva escolta erótica (ella con la alimaña nudista más veloz de los postreros 50s, según el ya conocido diagnóstico de La Sigmuncita; él con su esposa: aquel arbolito de navidad que ya conocíamos desde la graduación, un año antes); mamá, haciendo bulto junto a Alida y Bermúdez; los Paredes, en su limpio papel de anfitriones comprensivos; Maruja y Peraloca, actuando como soporte de la logística, apoyados por Gustavo y Yolanda; Carmen Luisa escuchando la perorata fetichista de Eudora, flanqueadas ambas por un pequeño grupo de antropólogos improvisados (o de pacientes potenciales del tabaco de Eudora, si Uds. quieren); y yo, compartido entre Marisela, Perucho y Amalia, mi media hermana, por una parte, y el recortado, infaltable clan de ex condiscípulos universitarios, por la otra.

Lastenia, que ya comenzaba a olvidar los detalles del día anterior, pero que continuaba haciendo las mismas maravillas culinarias que diez o quince años antes, iba y venía de la cocina al bar improvisado, al pasillo de reunión y al patio, charlando en voz alta consigo misma y quejándose de malestares imaginarios. Aquí colgaba de las alcayatas una hamaca semejante a la del pasado; allá los limoneros, los naranjos, las cayenas y los capachos, seguían siendo los mismos. Apenas podíamos echar de menos los ladridos de Polito, que había muerto de cáncer dos años antes, después de agonizar semanas aullando como lobo.

Y a papá por supuesto, a quien la enfermedad, que para entonces se le había convertido en una asidua y artera sanguijuela, le impidiera venir, pero no recibirnos en el pueblo, siete días después, apoltronado en el corredor de los crotos, comiendo casabe con guarapo mientras escuchaba a Gardel.

La reunión fue, ya lo dijimos, relancina. Firma, aplausos, brindis y mejillas, se deslizaron rápidos y sin obstáculos como por una eficaz línea de montaje. Mamá, Alida, Marujita y doña Hortensia dejaron escapar algunas lágrimas de arrobó, un segundo antes de que el grupo, estratégicamente comenzara a disolverse. Aún Perucho tuvo que rasgar el instrumento en tres ocasiones, en especial para complacer al coronel, quien, aunque no lo había visto desde el día del confuso saqueo a «La Landaezera», le había reconocido al instante y recordado el antiguo compromiso de interpretar algunos boleros caribeños para él y para doña Hortensia («¿Solamente una

vez»?, ¿«Perfume de gardenias»? ¿«Cenizas»? lo he olvidado).

Permanecieron para escuchar a El Guitarrista las huestes de la segunda generación y los discípulos. Pero, con todo y esto, apenas hora y media después de haberse iniciado, la inefable romería llegaba a su fin, con más gloria que pena, pero, sobre todo, sin sangre.

¿Qué significado entrañaba para nosotros aquel rito, extraño y grave como una disección? Lo diré directamente: ninguno. La evolución que en los últimos años se operara en Carmen Luisa y en mí, nos había conducido de una manera lenta pero inexorable a un decrecimiento total en las instituciones de la sociedad y del Estado. Aunque no había excepciones, nos sabíamos, claro está, atrapados en el engranaje. Si se me pidiera una definición de nuestro perfil de ideas en ese entonces, emplearía la palabra «anarquismo» y la palabra «ingenuo». Un anarquismo no contaminado y hasta un poco infantil. Y por supuesto, imposible de ejercer en circunstancias normales: aquí o allá, de una forma o de otra, siempre nos tropezábamos con un detalle que nos obligaba a transgredir nuestros «principios».

Con el tiempo he llegado a pensar que se trataba de una especie de juego, contradictorio y divertido a un tiempo, que de alguna manera nos ayudaba a vivir. Habíamos crecido en forma paralela, nos habíamos «interdiluido con intensidad», como prefería decir ella. Así que ambos sabíamos de qué se trataba. Y éramos benévolo y permisivos con nuestras traiciones. El niño. En el caso de la boda civil, lo que la excusaba era la consideración del hijo que tendríamos. Para Carmen Luisa la maternidad encarnaba una especie de reto con el que no veía el momento de enfrentarse.

—Hay que probar que podemos traer un niño a este circo sin necesidad de ejercer el odio o la traición —decía, como si estuviese arengando a una multitud: las rendijas por donde se colaban los honorables señores Estévez saltaban a la vista.

Deseaba ser madre. Una pasión algo extraña si se toma en cuenta su experiencia como hija, pero ya se sabe lo intrincados que pueden resultar los senderos que conducen a uno mismo. En ella, repito, fue una especie de revancha benévola y de desafío. Sólo aguardaba de la vida el momento prodigioso en que aquel deseo se plasmara. En cuanto a mí, lo recibía como algo «natural». Desde el momento en que uno pactaba con la vida, y aceptaba seguir con ella a pesar de sus mierdosos misterios, había que funcionar conforme a la regla. Y la regla, en este caso, era clara: el objeto de la existencia era insistir en ella misma.

Ninguno de los sobrevivientes había seguido el ejemplo de Alberto; todos habíamos hecho mutis de aquel «elemental» convenio de suicidio que alguna vez suscribiéramos en las ociosas tardes de café. Así que había que calzarse las botas y darle a la noria. Incluso por el propio Alberto. Lo demás era retórica.

De esta manera pensábamos entonces. En todo caso, ya estábamos trabajando en esa dirección. Nos ayuntábamos (por alguna razón que nunca me comunicó, desde el

momento en que decidimos concebir al niño La Sigmuncita prefirió este verbo a cualquier otro sinónimo de copular) con frecuencia, y no tomábamos ninguna precaución.

Así funcionaron los proyectos antes aun de la ceremonia civil. Y también, por supuesto, de la ceremonia pagana, velada con la que Carmen Luisa había estado fantaseando por algún tiempo. Esta celebración, a sus ojos, constituía el verdadero nexo mítico, y se había llevado a cabo unos días antes, en el apartamento donde hasta entonces ella había estado viviendo y que sería, en el futuro, nuestro propio cobijo. Un reducido grupo, en el que destacaban Maruja, Gustavo, Antonio, Yolanda, Marisela y Perucho nos acompañó, sin sarcasmos y con una alegría casi excesiva, durante aquella noche pagana. El apartamento fue literalmente revestido con ramilletes de flores y aromatizado con espigas de sándalo que ardían en un rincón invisible. Teníamos música de cítara, y Perucho mismo, que a todas estas se había convertido en un virtuoso del jazz, accedió a improvisar con la guitarra sobre unos fragmentos de Shankar que Carmen Luisa tuviera la precaución de grabar y de hacerle llegar unas semanas antes. La bebida era occidental.

¿Debo recordarles que nos hallábamos en la segunda mitad de la década de los sesenta y que la refrescante —y para algunos, claro está, incomprensible— ola orientalista que recubriera buena parte de nuestros días en los años por venir, ya había comenzado a hacerse presente, todavía no en sus formas íntimas y más profundas, pero sí a través de un sinnúmero de pequeños usos y de detalles prescindibles que se incrustaban, inadvertidamente, en el trajín del día a día, y, sobre todo, en las rendijas entre una noche y otra?

En todo caso, fue una de esas fechas que difícilmente se olvidan. Por alguna razón que ya perdí, Antonio estaba poseído por la manía de la fotografía. Tal vez había comprado una cámara nueva, tal vez se hallaba en uno de esos períodos de frenesí que lo asaltaban entre una fase creativa y otra, y que con frecuencia lo extenuaban a él, pero, sobre todo, dejaban fuera del cuadrilátero a los que estuvieran a su lado. No recuerdo si me regaló otras, pero conservo dos de aquellas tomas. Una de ellas atrapa al grupo: estamos todos, no sonrientes, sino serísimos, una actitud sugerida por Peraloca, el único que no aparece debido a que se encuentra, con seguridad, detrás de la cámara.

La otra presente a La Sigmuncita tocada con la boina que tanto había usado durante la secundaria y que abandonara al poco tiempo de ingresar a la universidad. La envuelve, con varias vueltas sobre el pecho, un collar de enormes semillas achatadas. ¿Es una falsa suposición mía, elaborada ahora a partir del conocimiento de todo lo que ocurrió después y que en aquel instante ignoraba, o ciertamente, esa casi imperceptible mueca en el lado izquierdo de la boca revela una preocupación, un temor anticipado por lo que podría ocurrir con ella, con nosotros, con alguien que aún no estaba allí?

Recuerdo que se había mostrado inquieta en esos días, debido a que Eudora, por primera vez desde que la conociera, había eludido una respuesta ante una consulta que ella le hiciera.

—¿De que se trata? —le pregunté.

—Quería que me leyera cuántos hijos íbamos a tener nosotros —me dijo—. Y cómo iban a ser.

Permaneció mirándome fijamente, como si fuese yo y no ella quien tuviese que dar la información.

—¿Y entonces? —la animé.

—No quiso responderme nada —dijo—. ¿Te das cuenta? Es la primera vez que Eudora me deja en ascuas con una consulta.

Pensé confesarle que, en lo que a mí se refería, y más allá del aprecio que le profesaba a Eudora, me hubiera gustado que su oráculo fuese menos osado. Se me ocurrió compararlo con el loro de los Paredes. Pero callé.

—No puedes pedirle que tenga una respuesta para todo —dije, cautamente—. Sería una sabiduría excesiva.

—Sé que ejerces la duda metódica con ella y con el ritual. Ahora, si has perdido imaginación, ese es un problema tuyo. Aguántalo con dignidad y, al menos, no intentes contagiar a tu naciente esposa.

Habíamos comenzado de nuevo. Me recordó un seminario de los tiempos de la Sociedad Dramática, que yo mismo le había relatado, en el que se asentaban los orígenes del teatro en los rituales iniciales de las sociedades primitivas.

—Ya ves. Abominas hasta de tu propia raíz, teatrero.

Adoraba los chispazos sorprendentes de su talento, pero cuando caía en la agresividad gratuita podía llegar a provocarme náuseas. Me pregunte por qué ella, un espléndido ejemplar de la especie humana cuyo CI debía de estar rozando los 180, y cuya preparación podía suscitar la envidia de rugosos académicos, se deslizaba de forma tan temeraria hacia esa credulidad ciega.

No pude responderme, pero las conjeturas me preocuparon durante un largo rato. Tal vez sea el síndrome de «identificación acrítica con el objeto de estudio», me dije, pensando en la tesis de grado sobre la ceremonia del tabaco y en ese cuadro sintomático que algunos textos de metodología describían. Ocurría con frecuencia en las investigaciones «participativas». Me pareció estar repitiendo la memoria al profesor Pérez Linares, aquel estrábico y tímido catedrático, siempre enfluxado en lana negra, que ya había pasado a mejor vida, el pobre, pero, con todo, sentía que aquella era una hipótesis nada desdeñable.

—No has comprendido —me dijo, alarmada—. Resulta que Eudora no sólo me dejó con la pregunta en suspenso, sino que trastabilló de una manera casi ridícula, palideció, incluso, cuando la miré... Parecía asustada.

No le comenté nada. Íbamos en el Volkswagen, camino a su trabajo en el ministerio, y

pasábamos en ese momento frente al parque Los Caobos; me resultó fácil cambiar de tema. De regreso, sin embargo, ya solo, no pude evitar el pensar en Eudora con resentimiento. Muy bien: no era quizás culpa suya. Ni de nadie. «Ella se rodea de humor y de menjurjes, cae en trance y recita sus visiones», me repetía. «No importa que no crea o descrea en absoluto. Igual la gente sale impresionada y... amedrentada. Y permanece impresionada y amedrentada. Allí reside el problema.» ¿Pero por qué eso? ¿Por qué La Sigmuncita, precisamente ella se dejaba arrastrar hasta esos extremos? ¿Qué había allí?. ¡Maldita sea! ¿Qué había?

2

Releo lo anterior luego de una semana. El matrimonio, la ceremonia pagana, Shankar, el silencio de Eudora, las fotos. Todo ocurrió hace ocho años, y sin embargo, vuelvo a hundirme en el perfume de sándalo y en la cascada de flores. Interrumpo. Coloco un nuevo disco de Shankar en el plato: la cítara permanece idéntica a sí misma en su vibrátil sonoridad, igual ocurre con el rostro en la contraportada de la funda. Una melena más canosa, quizás, unas líneas más dibujadas en las sienes, pero la misma pupila transparente, el mismo sosegado rostro.

Es ahora cuando vuelvo a disfrutar del tono necesario para retomar estas notas. ¿Qué ocurrió durante estos siete días? El canto de la máscara, el llamado del carro de Tespis, como decía, sobreactuando, nuestro director de la Sociedad Dramática: el primer contacto efectivo con la posible escena, desde el regreso de Londres, ha ocurrido. Existen, ahora sí, posibilidades ciertas de que «Voces en el espejo», sea llevada a escena por la troupe de Ferrini que la tenía en sus manos desde hacía unas semanas.

Y en eso he estado estos siete días: intentando limar las «fruslerías» de Ferrini, que terminaron por envolver la revisión de dos actos y la reconstrucción total del tercero. La revisión, por supuesto, fue sólo tarea de maquillaje menor, pero la transformación del desenlace involucró problemas de estructura que subyacían a la concepción misma de la pieza. Los que hayan visto las puestas en escenas de Ferrini pueden hacerse con facilidad una idea de sus proposiciones estéticas. Pues bien, si imaginan un eje, en uno de cuyos extremos se halle el paradigma de Ferrini y en el otro mis propias nociones sobre el teatro, podrán inferir, de nuevo sin dificultad, mi abecedario sobre el tópico.

Está bien. Se me puede objetar que Ferrini es un director y yo un escritor, y que la narración dramática y la puesta en escena son esferas quizás complementarias pero diferentes. Y no siempre complementarias. Y, lo que es peor aún, a menudo no sólo diferentes sino, incluso, contrapuestas. Lo concedo. A condición de que se recuerde

que el ojo que tachó y enmendó mi texto, no era literario sino histriónico, algo que, en este caso, lo transfigura en un ojo, tal vez no ciego, pero sí miope, o hasta estrábico. Un ojo que duplica su propio punto de vista y lo vuelve falsamente denso.

Ya. Reposo. Todo esto —se habrán percatado—, no es más que un «resuello por la herida», como decían en otro tiempo mis antepasados de la estirpe Landáez. Con el agravante de que se trata de un resuello fuera de paso, puesto que el daño ya está hecho, y la herida —la herida «simbólica» diría Carmen Luisa, tal vez—, cicatrizada. Resultados son estas tres propuestas de cierre, anecdóticamente diferentes, pero estructuralmente análogas, que ahora reposan sobre mi mesa de trabajo y que mañana llevaré a la mesa de ocio de Ferrini.

¡Y que las mulas manetas que tiran del carruaje de Tespis, me sean benévolas!

[Nota de La Flaca. Huelo, oigo y veo que sin tu máscara no estás completo, querido teatrero. El regreso a la escena, después de tanto tiempo en los bancos de galería, dizque reflexionando y aguardando el instante climático para la creación, te ha sacudido. No hay inspiración, hay flagelación, fuelle y voluntad. Artesanía y no arte. Pero esto tú lo sabes y lo has sufrido, mucho mejor que yo. ¿Debo decírtelo? Celebro tu regreso a la escritura, aunque para ello haya sido necesario el látigo de nuestro enigmático Ferrini.

Ahora puedo decírtelo: me encantaban tus religiosas asistencias a las charlas en el Instituto de Camden, pero siempre temí que se te ocurriera, al final, derivar hacia la academia o la crítica, dándole la espalda a la escritura. Calzar el traje del profesor. Al fin y al cabo, hacía más de tres años que no garrapateabas una frase. Ahora yo, y mi incipiente hemisferio izquierdo, podemos respirar en paz.

Esa obra, te lo juro desde hoy, se montará. Y si hace falta arrastrar a las «mulas manetas» al traumatológico, puedes contar conmigo.

Tarea para Luisa Lane: ¿habrá alguna mula en el imaginario mitológico de algún pueblo de la tierra?

Asomo mi rostro por debajo de la hoja donde escribes y te beso.]

¿Fue en ese entonces cuando comenzó aquella jugarreta circular de la ansiedad y la frustración, como ella misma, La Sigmuncita, sin ruborizarse, acertó a llamarla? Tal vez no. Creo recordar que hubo una corta brecha de tranquilidad antes de que comenzara la temporada de huracanes. La mudanza de Luciana del apartamento compartido, coincidió puntualmente con las dos ceremonias, de modo que yo pude trasladarme al piso sin dilaciones y emprender junto a Carmen Luisa el comienzo de nuestro rali a cuatro manos. El refugio, que me era familiar por mis frecuentes incursiones anteriores a la cama de La Sigmuncita, se hallaba en el sexto piso de un edificio ubicado en la zona baja de Santa Mónica, justo al nivel donde se inicia la inflexión del terreno y la cuesta de la colina, que escala en terrazas hacia la cima de la montaña, se acentúa. Era un emplazamiento que nos fascinaba. Cerca de los antiguos

revolcaderos de la adolescencia, pero vecino también al campus universitario, adonde regresábamos con frecuencia por algún espectáculo del Aula Magna o por alguna conferencia que nos moviera, y próxima, también, a los nuevos andaderos de Sabana Grande y de Chacaíto. Las aceras eran arboladas, las calles tenían respiración y los comercios estaban cerca pero no sobre nosotros.

Con ayuda de un arquitecto recién graduado, homosexual y esteta, a quien conociéramos desde los tiempos de la universidad, nos dimos a la tarea de transformar la guarida. El proyecto consumió esfuerzos, tiempo y buena parte de nuestras harapientas bolsas, pero el resultado valió la pena. Al cabo de tres meses habíamos cambiado la destartalada cueva en un refugio habitable que, calculábamos entonces, podría servirnos con dignidad durante los próximos años.

Contábamos con dos dormitorios, una sala-comedor en la que nos la ingeniamos para cuadrar un minúsculo estudio, cocina, dependencias de servicios, en cuyo remate, también logramos aislar un espacio que eventualmente podía alojar una cama, y el balcón, flanqueado en el extremo por una jardinera. Concluida la provisionalidad creada por la remodelación, una tarde, de pronto, mientras descansábamos en el balcón relejendo a Durrell y escuchando a la banda de Chris Barber, nos percatamos de que al fin estábamos instalados. Una dosis de nuestra precoz, elemental sabiduría, anotaba yo con ingenuidad entonces, nos permitiría transformar el ideado proyecto en felicidad, y una ración adicional de imaginación —¡nos sobraba, proclamaba, dando saltos, La Sigmuncita! —nos prevendría del peligro de que la felicidad terminara, a su vez, por transformarse en aburrimiento.

Aquellos días iniciales fueron dichosos y previsibles. Carmen Luisa trabajaba en el ministerio, mientras yo dirigía la revista institucional de la cámara de talleres mecánicos. Nuestra jornada comenzaba temprano en la mañana y finalizaba alrededor de las cinco. Disponíamos de dos horas para el almuerzo, pero, debido a la distancia entre los lugares de trabajo, rara vez podíamos reunirnos a mediodía para comer. Cuando lo lográbamos, celebrábamos el acontecimiento con una jarra de sangría, que literalmente engullíamos, entre risas, al tiempo que devorábamos, sin respirar, los pedazos del asado a la criolla que para entonces era mi platillo favorito.

En las tardes y en las noches nos permitíamos leer, escribir, ir al cine o al teatro y caminar, entre una tarea casera y otra. Los fines de semana asistíamos a reuniones con amigos, que con frecuencia contemplaban la tasca o la discoteca y durante el día bajábamos a la playa o atizábamos al escarabajo por las cuestas montañosas de la Colonia Tovar.

Y hacíamos el amor sin tregua, exaltados, apostando con dicha a aquel costado de nosotros mismos en el que siempre, hasta entonces, nos habíamos encontrado, y que no cesaba de recordarnos, noche a noche, el prodigio de hallarnos vivos y la promesa de lo que vendría.

Aquella promesa, permanentemente y para ambos (aunque de manera especial para

Carmen Luisa), pasaba por el proyecto del niño, o por «la operación pequeño Edipo», como ella prefería llamarla. A veces tocando madera, otras cruzando los dedos luego de descender del orgasmo, otras más, en fin, invocando a «Viracocha y a los dioses lares», o a la benevolencia lunar, para que el espíritu de la fertilidad soplara sobre nosotros, no perdía oportunidad de hacerme saber lo que esperaba de mí, de ella misma, de ambos.

¿Cuándo comenzaron aquellos gestos de conjuro a dejar de ser un recurso más del jugueteo sexual entre los pliegues del lecho para cambiarse en prolongados períodos de ansiedad? Lo cierto fue que de la noche a la mañana nos encontramos bajo una tensión que semanas antes nos hubiera parecido inimaginable y que, antes de que nos percatáramos de un todo, nos impulsó a pasar de la pasividad a la decisión activa. Desde el ensayo de posiciones «propiciatorias» durante el coito, hasta el examen detallado por parte de especialistas, pasando por los bebedizos y las contras, Eudora incluida, nada fue rechazado.

Acompañé a Carmen Luisa en esta travesía del desierto no sólo con lealtad de pareja sino con la certeza de que nos sometíamos a un legítimo acto de amor y de compenetración mutua, y hubiera estado a su lado en otras tentativas similares, más allá de las reservas que algún caso en concreto pudiera suscitar, si ella me lo hubiese pedido. No tenía en relación con esto, repito, resquemor, problema o reproche alguno, y, en consecuencia, lo llevaba adelante en positivo y sin ansiedad. Por desgracia, no ocurrió lo mismo con Carmen Luisa. Padecía de ráfagas de mal humor, molestias y baches depresivos cada tal por cual; accesos que recrudecieron a raíz de las dos «pérdidas» sucesivas, apenas separadas por cuatro meses una de la otra, que la obligaron a pedir un permiso indefinido en el trabajo y la sumieron en un negativismo a un tiempo torvo y paralizante.

Ambos abortos espontáneos habían ocurrido durante el segundo mes y habían llevado a conjeturar acerca de la presencia de un delicado problema de anidamiento cuya causa aún se ignoraba. De modo que cuando se presentó un tercer embarazo y el vientre alcanzó el séptimo mes sin señales de rechazo, dimos por seguro que la criatura llegaría.

El niño nació, en efecto, sietemesino, el 16 de abril de 1967, dos años después de nuestro matrimonio.

—Va a ser de Aries, mi amor —dijo Carmen Luisa, sonriendo, momentos antes de ser pasada al pabellón de parto: ya había leído las descripciones zodiacales en un grueso volumen que extrajera de la biblioteca circulante—. Los ariesianos son impetuosos y fuertes, ¿sabes? Su sexo es el masculino; su naturaleza, el movimiento; su triplicidad el fuego y su casa, Martes. Además le corresponde el tercer decano de la casa, nada menos que Venus.

Ella sabía que yo podía disfrutar la lectura de Hermes Trismegisto, si de eso se trataba, pero le constaba, asimismo, que no estimaba a la intuición astrológica entre

sus mejores momentos creativos. Con aquella descripción astral imaginé un guerrero iracundo e hiperquinético que no cuadraba en lo más mínimo con el perfil que yo había elaborado para un hijo. Callé, sin embargo, y sonreí. Quien era arrastrada al pabellón era ella, no yo.

Para entretenerme, mientras aguardaba, me pregunté qué habría sido de aquel imbécil de Catagua, a quien recordaba por haber descubierto, al azar, mientras ojeábamos la matrícula en la comisión de disciplina del tercer grado, que habíamos nacido el mismo día, del mismo mes, del mismo año, a la misma puntual hora, y, por añadidura, en el mismo pueblo.

—¿Viste? Somos del mismísimo signo, llave— proclamó, sonriendo mientras exhibía su colección de dientes picados.

Era mi polo opuesto. No podía caerme más pesado. Yo tenía apenas nueve años, pero en ese momento juré por mis santos antepasados que imploraría el machetazo minucioso de un rayo antes de dejarme embaucar alguna vez por un vaticinio astrológico de la calaña acostumbrada.

Me hallaba en estas sesudas deliberaciones cuando comenzó a llegar la primera avanzada de familiares y amistades, integrada por mamá, Elianita y Alida. Más tarde aparecieron doña Hortensia, y el coronel Paredes (que ya era general y se hallaba al borde de su retiro, lo que no impedía que yo lo siguiera llamando como antes) y, finalmente, Antonio. Papá estaba en Catagua, inmovilizado por la enfermedad, y Marujita andaba en Maracaibo, llevada por su trabajo en la Fundación.

En cuanto a los padres de Carmen Luisa, que habían hecho mutis durante aquellos dos años, sólo asomaron la nariz dos días más tarde; quiero decir, don Felipe, porque en cuanto a la madre, después del día de la ceremonia civil nunca más volvimos a verla, ni entonces ni más tarde (La Sigmuncita solía imaginarla descendiendo en caída libre por la boca de un volcán en plena ebullición).

La espera no fue larga. Cuando estábamos comenzando a casar apuestas sobre el sexo, se abrió el portón de la zona reservada y empezaron a salir los miembros del equipo. Primero las enfermeras, luego los asistentes, el anesthesiólogo, incluso, pero ni el obstetra ni el pediatra aparecían por ningún lado. Lo que más inquietud nos provocó, no obstante, fue la sonrisa estereotipada y a todas luces falsa que se descolgaba en los rostros de los que salían de la sala de parto. Aclaraban que la madre aún dormía, pero eludían nuestras preguntas sobre el niño y, deslizándose con rapidez hacia los pisos inferiores, nos decían que ya el obstetra llegaba. Pero ni el obstetra ni el pediatra quien, para colmo, no era otro que Bermúdez, se decidían a dar la cara. Y yo, que había dejado el cigarrillo por segunda vez, dos años antes, recomencé a chupar tabaco como un desmadrado.

—Tranquilo, primito, el niño es prematuro. Lo normal en estos casos es que lo pasen a incubadora mientras se recupera —me tranquilizaba Alida—. Acuérdate, Luis Alberto nació de siete meses. Parecía un renacuajito, no se veía de puro flaco. ¡Y

míralo ahora, un tronquito que hay que pararle la boca cosiéndosela! Con los adelantos de ahora, la recuperación de un prematuro es rutina, créemelo.

Mamá enumeró no menos de veinte casos de sietemesinos saludables que conocía entre sus amistades y el coronel me ofreció un trago de whisky de una carterita forrada en cuero que había traído especialmente para la ocasión.

—Era para compartirla contigo cuando trajeran al tripón al cuarto, pero creo que si lo adelantamos él no se pondrá bravo —me dijo—. La carterita es un souvenir que me dejó Perón, gran amigo de tu padre, por cierto, a su paso por Venezuela... pero no lo divulgues —bromeó.

—Esto de la espera de los padres en los pasillos de la clínica siempre me ha llamado la atención, Llanero —bromeaba Peraloca—. Estoy pensando en la necesidad de inventar un apaciguador que les alivie el trance. Algo así como las cuentas griegas, pero más tropicales.

Todos estaban muy amables, pero el tiempo pasaba y no teníamos noticias. Iba a preguntarle a Alida por qué Bermúdez no venía a informarnos, cuando vemos al propio Bermúdez aparecer en el extremo del pasillo. Salimos a su encuentro mientras mamá, Alida y doña Hortensia, eufóricas, le pedían a gritos noticias del niño, pero a medida que nos aproximábamos se hacía evidente que algo no andaba bien. Bermúdez sonreía, pero con la misma mueca desinflada de los asistentes, y buscaba con nerviosismo las palabras.

—El niño y la madre están bien... —dijo, por fin, sudando, con las venas del cuello brotadas, como si alguien lo estuviese estrangulando.

Me pareció estar viéndolo diez años atrás en la casa de los Paredes cuando, ante sus vacilaciones, el coronel se había visto obligado a gritarle y a sacudirlo por los hombros para hacerlo hablar claro después del reconocimiento de Maruja. Pero esta vez fui yo quien tuvo que presionarlo.

—¿Como está el niño? —le pregunté, mirándolo.

—Esta vivo... está sano... lo tenemos en la incubadora —vacilaba—. ¿Podemos hablar un momento, Fernando? —me dijo, finalmente.

Nos vimos las caras, Mamá, Alida y doña Hortensia comenzaron a hacerle preguntas, gritando.

—Por favor, dinos a todos lo que me tengas que decir a mí —le pedí.

El oscuro tambor mayor que percutía en mi pecho, me impedía pensar con claridad. ¿De qué se trata? ¿De qué maldita mierda se trataba? ¿Iba a morir, acaso? Puedo jurar que aquel silencio piadoso de Bermúdez duró siglos.

Finalmente Bermúdez respondió, cabizbajo.

Un molino comenzó a triturar arena en algún punto dentro de mi cabeza. Me sentí aturdido, por un momento pensé que me desmayaría. Creo que fue Antonio quien me abrazó y me guió hasta la silla, mientras mamá, notando mi reacción, ansiosa, le pedía a Bermúdez que le explicaras, Octavio, qué quería decir eso, por el amor de Dios,

mijo, se lo dijeras.

3

Papá murió en octubre de aquel año, dos días después de la ejecución del Ché Guevara en las selvas bolivianas. Recuerdo que recibí la llamada de Don Jacinto, para anunciarme la gravedad final, mientras compartía una cerveza con Gustavo y con Antonio en el balcón del apartamento. Y recuerdo que discutíamos, justamente, las polémicas versiones que sobre la muerte del Ché divulgaban las agencias internacionales. Tenía al niño sobre mis rodillas y trataba de leer a distancia un titular que Peraloca me mostraba, cuando sonó el teléfono.

Al reconocer la ya cascada voz de Don Jacinto, supuse lo peor. Papá venía arrastrando su delicada condición desde hacía un tiempo considerable. Yo lo visitaba con frecuencia: salíamos al amanecer, pasábamos el día con él en la casa, almorzábamos juntos y en la tarde, temprano, regresábamos a la ciudad. A veces me hacía acompañar por Carmen Luisa, y, en algunas ocasiones, también por Amalia, quien lograba sacarle sonrisas sin esfuerzo. Pero la mayor parte de los viajes los realicé solo. Me gustaba oírlo hablar de los «viejos días felices», cuando jineteaba en la hacienda hasta el agotamiento, en aquel bayo de buena alzada que lo acompañara en tantas y tan duras faenas, no siempre santas.

—He sido peor de lo que imaginas —hijo—. Creo que cuando me llegue la hora voy a tener que hospedarme por una buena temporada en ese tres estrellas del purgatorio del que han echado tantas pestes, aunque nadie que lo conociera haya regresado. ¿Tú qué piensas?

Por toda respuesta yo me sonreía o

—Tranquilo, nube de agua le decía bromeando con él—. Estos años de penitencia en el pueblo le han traído una sanidad que Francisco de Asís envidiaría. Su visado está seguro.

—¡Quién lo oye! —respondía—. A mí tú no me engañas. Sé que eres un ateo recalcitrante, igual que Carmen Luisa. Me gustaría saber qué piensa tu madre de eso — y se dejaba sacudir por las carcajadas, como si se tratase de una travesura propia. También podíamos permanecer largo rato en silencio, sentados en las butacas del corredor de los crotos. Ocurría por lo general después del mediodía: yo leía y él escuchaba tangos o boleros hasta quedarse dormido, siseado por la brisa que, sin faltas, comenzaba a soplar al atardecer. Yo permanecía con el libro abierto, esperando que se despertara y me pidiera otro disco, pero con frecuencia, sobre todo en los últimos meses, llegaba la hora del regreso sin que se recuperara del sopor. En estos casos prefería dejarle una nota de despedida para no extraerlo de aquel pozo profundo

y recubierto en el que parecía hundirse tan a gusto, a pesar de la pendiente que a todas luces lo succionaba con dulzura desde la muerte.

Era evidente que nuestras visitas, al interrumpirle su monótona cadena de jornadas iguales, lo dejaban agotado. Muchas veces discutí con el especialista que lo atendía y también con Bermúdez la conveniencia de aquellos maratones a los que se veía sometido con cada viaje nuestro. Las opciones eran simples: el desenlace estaba, por desgracia, próximo, negarle la compañía en esos meses finales resultaba una alternativa no sólo inútil sino incluso desalmada.

Y era cierto, lo veía empeorar de fecha a fecha, fatalmente, sin que nadie pudiese hacer nada por impedirlo. El mundo se le iba volviendo, a un tiempo más estrecho y más remoto. Le preocupaban de manera exagerada algunas minucias cotidianas que podían producirle inusuales estallidos de ira (la cantidad de arepas que le ponían en la mesa, la hora en que doña Josefa salía al solar a alimentar a las gallinas), o lejanísimos acontecimientos de su juventud que la memoria, en un divertimento torvo e incomprensible, le traía sin consultarle, para sumirlo en la melancolía.

Hasta los sucesos políticos, que le habían interesado durante toda su vida y que en los comienzos de la enfermedad todavía eran capaces de conmoverlo, habían dejado de atraer su atención por completo. Ni siquiera el sorpresivo repunte de la popularidad del General, que amenazaba con reinstalarlo en la presidencia esta vez por la vía del voto legítimo, lograba alterar aquella plácida intimidad en la que vivía. Sin embargo, no se trataba de una indolencia unánime, había circunstancias, aun nuevas, que podían ganarse su emoción.

Todavía recuerdo la manera cálida como reaccionó ante la enfermedad del niño. Yo en persona le di la noticia del nacimiento y de la dolencia, por teléfono, el mismo día del parto. Me rogó que le llevara a José Antonio tan pronto dejara de ser un riesgo el someterlo al viaje. Era su primer nieto, y no quería morir sin conocerlo. A los tres meses, cuando notamos que ya comenzaban a superarse las secuelas más notorias de la prematurez, pudimos complacerlo. Estuvo extrañamente melancólico ese día: cargó al niño en los brazos por largo tiempo mientras se columpiaba en la mecedora, luego me pidió que lo cargara yo mientras él actuaba para el bebé en el papel de guía turístico que ya había desempeñado para nosotros en las primeras visitas al pueblo, varios años antes.

Cuando la tomaba por allí se volvía hasta maniático en la descripción de los detalles que permitían distinguir los tipos de pájaros, las clases de arbustos, los géneros de flores. Relataba sus propias experiencias en el cuidado de las matas o de los animales, pasando de la variedad de alpiste que ayer le habían colocado al chirulí a la epidemia que en los años treinta había diezclado, de un día para otro, su privilegiado hatillo de reses. En varias oportunidades le hizo gracias al niño mientras lo llamaba por mi nombre, pero resultaba evidente que reconocía en José Antonio a su nieto y no al hijo recién nacido que yo había sido para el 28 años antes. ¿O, a veces, en verdad, nos

confundía?

En todo caso, cambiaba: por momentos se detenía a mirarlo largamente, y dirigiéndose a él con una profunda delicadeza, le advertía que las cosas tal vez le iban a resultar más difíciles que a los demás, pero las lograrías, tripón, te lo decía yo, tu abuelo, ibas a ver, chucuaco.

—Además, déjenme confesarles una cosa —nos decía a Carmen Luisa y a mí, mientras nos abrazaba apoyándose en nosotros, arrastrando los pies y guiándonos por los caminos que serpenteaban entre los naranjos:—, después de tantos afanes y tropiezos, uno llega a entender, a las puertas de la muerte, que la llave de la felicidad no se encuentra en otra parte que en las cosas más simples de la vida.

Nos conmovía cuando se acoplaba a ese ritmo de «manual de consejos para ser dichosos», que La Sigmuncita y yo recordábamos haberle oído en algunas de sus farras más memorables, durante los 50s, pero que ahora, aun siendo igual, se engalanaba con los graves hábitos de la agonía.

Con las resonancias de aquellas oraciones fúnebres y con el collage que mi memoria urdía a partir de las remotas imágenes de mi infancia junto a los recuerdos de unas horas antes, a menudo durante el viaje de regreso aliviaba, llorando como un tripón de kinder, el nudo que amenazaba con asfixiarme.

Anoche sostuve una larga discusión con Ferrini sobre «Voces en el espejo».

—Es una pieza cruel y descarnada, pero me gusta —repitió en varias ocasiones, acariciándose el bigote—. O, mejor dicho, es cruel y descarnada, y me gusta precisamente por eso.

Escribí la obra, como dije, en 1969, un año que por circunstancias que ya relataré en su momento, resultó fatal para mí. Estuve mucho tiempo luchando contra una depresión que para alguien no dado a esos humores, como era mi caso, resultaba insoportable, y se me ocurrió que una manera efectiva (y sin duda placentera) de abreviarla o de sobrellevarla mientras duraba, era hundirme en el trabajo.

Revisé viejas notas, practiqué una «tormenta de ideas» en mi particular zona de bajas presiones y, una vez realizada la poda, comenzando por el menos atractivo, me quedé con una corta lista de tres argumentos que, si se examinaban con detenimiento, constituían un verdadero resumen de los fantasmas que mi inconsciente —no sin ciertas ayudas de la «región de la luz cotidiana», como La Sigmuncita bautizaba a la contraparte— había estado alimentado en los últimos diez o doce años, para no decir desde la niñez.

Recuerdo que reconstruí la experiencia en estos términos, y recuerdo que quizás el azar, quizás algo menos fortuito que el azar, hizo que me detuviera en la palabra «inconsciente» como si debajo de ella se ocultara la clave que me proporcionaría la solución que buscaba. No obstante, ¡maldita sea!, la idea no saltaba. Fue entonces cuando, tal como había hecho en otras ocasiones, lo comenté con Carmen Luisa.

—Artaud —me dijo, simplemente, mientras se servía el té para apurar el tranquilizante que había sacado de la cartera.

—No comprendo —le dije.

—Antonin Artaud —me repitió-. El inconsciente, vía el teatro, te conduce directamente a nuestro querido loco surrealista, mi amor. ¿No te acuerdas de Artaud? Me acordaba, claro está, de Artaud. Y también de las proposiciones del grupo del «Alfred Jarry», que el poeta, una vez desvinculado de los surrealistas, elaborara en los textos de «El teatro y su doble». La Sigmuncita, de nuevo, acertaba. Lo increíble, como me explicaría luego, era que la analogía no le hubiese exigido esfuerzo alguno, porque en aquel preciso momento se encontraba leyendo las «Cartas a Génica», la correspondencia de nuestro atormentado favorito con aquella seductora actriz rumana que casi lo conduce al suicidio.

Había discutido las propuestas de Artaud hacia 1961, en algún galpón del campus, con motivo de un taller organizado por aquella versátil Sociedad Dramática de mis tiempos iniciales en la universidad. Ahora, ocho años después, intuía que aquel paradigma delirante que vindicaba los valores del sueño y de las fuentes no conscientes de la experiencia, encajaba de modo providencial con algunas imágenes espontáneas y algunos fragmentos de historias que me habían estado invadiendo, en aquellos meses sombríos.

—No veo la hora de contemplar a tus personajes, ya que no a ti, lanzando quejidos y gritos de desesperanza en plena escena —decía Carmen Luisa, no sin una sombra de ironía—... tal vez me anime a acompañarlos.

Sí, habría quejidos y gruñidos, monstruos deformes y pesadillas encarnadas, éxtasis y agonías: un paisaje tal vez algo distante de mi habitual «frenesí ponderado», pero que, a despecho de mi voluntad y mis deseos, se había estado volviendo cada vez más familiar. Fraguada, por añadidura, en ese horno endemoniado que fueran para mí aquellos meses finales del 69, la pieza resultó lo que la intuición permitía prever: una especie de joya salvaje y expresiva, pero de alguna manera inacabada.

No logro recordar si el título, «Voces en el espejo», data de entonces o si se me ocurrió más tarde. Tal vez sea posterior: la palabra «espejo», en especial por la resonancia modulada de «voces», evoca una limpieza y una serenidad que marcan una distancia neta con relación a la atmósfera de la obra.

¿Qué es lo que he hecho ahora con ella, a raíz de la lectura de Ferrini? La respuesta es sencilla: balancearla. Se trataba de limar aristas, de reducir la estridencia, de decantar. Yo he cambiado; no resultaba insensato imaginar en la pieza una transformación paralela.

Hibridación de Suzuki y Corominas: «teatro» y «meditación», provienen, ambos, de la misma estirpe semántica. «Teatro» proviene del latín *teatrum*, tomado del griego *théatron*, derivado a su vez de *theáomai*: «yo miro, contemplo». De igual raíz que *teáomai*, proviene *theoria*: «contemplación», «meditación», «especulación».

¿Será el teatro un ticket para el nirvana?

Aquella tarde de octubre, sin embargo, en que por centésima ocasión abordé el escarabajo rumbo al pueblo, esta vez para ver morir a padre, las circunstancias iban a ser otras y muy distintas.

Incontables veces me he preguntado en qué dirección y en qué medida los acontecimientos y las impresiones de esa noche (abominable, si hubiese alguna), terminaron por cambiar mis sentimientos hacia él. Había amado, sin dudas, al borroso y activo padre que me devolvía mi memoria de infancia, y había experimentado una especie de comprensiva simpatía por aquel funcionario, a un tiempo próximo y desconocido, que tuteló mi adolescencia casi sin percatarse, y que ganó finalmente el afecto maduro de mi adultez al verlo enfermar, primero, y aproximarse a la muerte, luego, con una dignidad y —¿por qué no?— con una sabiduría, que ya desearía yo para mí mismo en mi propia hora.

¿Bastaba, entonces, un solo momento vivido en añadidura por aquel cuerpo casi exánime para hacernos reconstruir con otras piezas el rompecabezas que de él habíamos armado desde siempre? ¿Era suficiente el peso de una declaración instantánea para acabar con una imagen a la que, por la fuerza de la costumbre, habíamos llegado a considerar incambiable?

Bajé del carro con la esperanza de conseguirlo en vigilia y con lucidez. Le había pedido a Carmen Luisa que se quedara en la ciudad en espera de mis noticias, de modo que cuando toqué a la puerta, me hallaba solo, empapado por la lluvia y conducido por un sentimiento incómodo, mezcla de temor y resignación. Siguiendo las instrucciones de siempre, don Jacinto había evitado difundir entre las amistades de la casa los alcances de la gravedad. Por otra parte, el pueblo se hallaba sometido a uno de esos torrenciales aguaceros de piedemonte que ya duraba medio día y podía prolongarse hasta el amanecer. Pero no hacía frío, sino un calor húmedo y pastoso. Quien me abrió, puesto que don Jacinto había ido por el sacerdote a la casa parroquial, que distaba unos cien metros, fue doña Josefa. Me dirigí rápidamente al doctor que parecía salir en ese momento de la habitación. No era el especialista, sino uno de los internistas jóvenes del hospital, asiduo a la casa, a quien había conocido en una de mis visitas aquel año.

—Los signos vitales se apagan, Fernando —me explicó, compungido, mientras me estrechaba la mano—. Ya nos comunicamos con Mejías, quien desafortunadamente está de viaje. Debe llegar de un momento a otro... Yo he estado siguiendo sus instrucciones.

Doña Josefa nos ofreció café.

—¿Ninguna esperanza? —pregunté, aunque sospechaba la respuesta.

—Conoces la evolución —dijo, simplemente. Parecía estarse excusando—. Esto se esperaba.

Hablábamos en susurro, aunque el estruendo grave de la lluvia asordaba nuestras voces. Entré al dormitorio a verlo: estaba dormido, casi desvanecido. Sabía que no podía escucharme, pero igual lo saludé y lo besé.

—Debería ponerse una camisa de don Francisco, mijo —me aconsejó doña Josefa, cuando salí de la habitación—. Esa que tiene ahorita está enchumbada. Le voy a buscar una.

En ese momento llegó don Jacinto acompañado del padre Altuve. El párroco lucía envejecido y, por lo visto, su cojera de los últimos años, sobre la cual papá acostumbraba bromear, había empeorado. Pero él se aferraba a su ministerio. Había sido párroco de aquel ingrato pueblo desde que tenía memoria, decía, y de allí lo iban a sacar si acaso para el cementerio, y eso cuando él quisiera. Se excusó explicando que otros óleos, en no sé cuál caserío, lo habían retrasado.

—Parece que quiere confesarse —dijo, mientras se dirigía al dormitorio.

Lo seguimos. Papá aún estaba dormitado. De pronto el grueso estadillo de un trueno lo sobresaltó. Le tomé la mano mientras el médico se acercaba.

—Por favor, esperen afuera —dijo el padre Altuve, notando que papá se había dado cuenta de su presencia.

Nos sentamos en el codo de los dos corredores principales, donde aguardaba la cafetera humeante que ya doña Josefa había dispuesto para nosotros. Ahora me sentía agotado, pero recubierto de una extraña serenidad. Parecía que la prolongada sobrevivencia de padre llegaba a su fin. Se había sobrepuesto a varias crisis, algunas de ellas capaces de acabar con alguien menos fuerte que él, según el testimonio de los especialistas. Pero la fortaleza decrecía con la edad y los impactos de cada crisis se sumaban unos a otros. Con todo, me tranquilizaba pensar que moriría sin sufrimientos y que con mis visitas en todos aquellos años de plácido aislamiento había podido, al fin, hacerle sentir mi afecto como en ninguna otra circunstancia del pasado.

En el patio la lluvia continuaba cayendo con un ritmo monótono, hueco, casi hipnótico. Nos habíamos quedado en silencio. La noche húmeda y la flaca luz de las lámparas que colgaban del techo raso me devolvían a la infancia. En una casa semejante había transcurrido mi niñez, a lo largo de días lentos y serenos cortados por las ceremonias religiosas, las fiestas familiares y los paseos de domingo.

Un pliegue de la memoria me despojó de la edad: a través de un recuerdo blanco me vi de nuevo cruzando el portón de aquella casa: llevo puesto un overol azul y me aferro con alegría a la mano de padre que me lleva en dirección al parque. El cielo está de un azul diluido, acuático, apenas rasgado por bandadas de pájaros y de pericos que cruzan en algarabía. Desconozco el universo, o el universo todo se resume en aquella mano sonriente que me lleva al encuentro del juego. Al frente se extiende la plaza, demarcada por una línea continua de delgadas láminas de plata y, más allá, alzándose por encima de las copas de las ceibas y los caobos, la iglesia «vieja», con sus torres agudas y sus campanas lejanas.

El padre Altuve, con 20 años menos, camina hacia nosotros a través de los jardines que flanquean las naves.

—Fernando, hijo, tu padre quiere hablar contigo —dijo, ahora, el párroco, sacándome del sueño.

Me sentí mareado. El médico se inclinó para colocar la taza de café sobre la mesa mientras doña Josefa se acercaba a traerme una camisa seca. La lluvia, ahora cambiada en garúa textil, continuaba. El sacerdote me repitió el mensaje. ¿Qué podría querer papá? ¿Una última voluntad, acaso? Abrí la puerta, ahora el dormitorio me parecía más oscuro que antes, aunque la luz de la lámpara era la misma. De modo que avancé casi a ciegas hasta el borde de la cama y me senté. Apenas podía verle el rostro.

Comenzó con una curiosa digresión que me pareció larga, tomando en cuenta su estado. Habló confusamente de pecado y de culpa y de deseos indignos. Luego mencionó los tiempos caraqueños (¿adónde iba?) y el final del año 57 (¿adónde carajo iba?) y el cumpleaños de Marujita (¿qué era aquello? ¿qué mierda era aquello?).

—Fui yo, hijo, balbuceó.

Un hilo negro y helado enrolló mi cuello. ¿Dónde estaban las comparsas y el resto de los payasos? ¿Dónde mierda se había escondido el maestro de ceremonias?

—No entiendo —le insistí. Tal vez le había oído mal.

Sentí que me miraba con los ojos cerrados y que comenzaba a llorar.

Tercera Parte

Capítulo XIII: 1973

1

EL VIERNES pasado: con Ferrini y La Flaca en el Wolfgang Amadeus Bar. Una noche prodigiosa. La Flaca lucía rozagante y hermosa como nunca, al punto de que el gigoló de Ferrini tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para refrenar al sádico baboso que ha cargado de polizone con él durante toda su vida. Y fue él, por añadidura, quien invitó: pato a la naranja, beaujolais y sobremesa prolongada con generosos escoceses que lo llevaron a improvisar antes los micrófonos al codo de la media noche. Por si fuera poco, el «saxo salvaje» de Perucho era la estrella invitada para la jornada de Jazz de los viernes. ¿Y qué celebrábamos? Línea tendida a lo profundo del jardín izquierdo: el contrato definitivo para montar «Voces en el espejo» en la próxima temporada.

Sería, óiganlo bien, la primera puesta en escena de una pieza mía. Quiero decir el primer montaje «profesional», porque ni la obrita de los tiempos del Fray Luis ni las adaptaciones en los mosaicos que la Sociedad Dramática solía armar ni los ocasionales y minúsculos entremeses que alguna vez mostré, incluyendo el de los talleres de Camden, pueden ser dignos de ese título. En unos casos porque no eran de mi autoría (las versiones «libres» de Molière, de Maquiavelo y, ¡ay!, de Shakespeare, en las que incurrí a instancias de los desafortunados de la NSD, son tristes confesiones de parte), en otros porque se trataba de simples entrenamientos de aficionado (la diatriba contra el pobre del Colorado Febres, al final de la secundaria, el monólogo «cocteauniano» que trabajamos en el taller de Camden), y los últimos, en fin, porque, debido a su longitud, la categoría de «obras» les quedaba grande (como ocurrió con el sketch para el teatro itinerante de Los Caobos)

La noticia, por supuesto, me alegró, pero al lado de la euforia de La Flaca y del entusiasmo extrovertido de Ferrini, mi tono era casi sereno.

—Hay un detalle que tal vez resulte difícil resolver, pero creo que debemos arriesgarnos —comentó Ferrini, acercándose a nosotros para hacerse oír.

—Yo adivino —bromeó La Flaca, que ya estaba dejándose achispar por los escoceses: la plata para el montaje. ..

—No... plata hay, muñeca —dijo Ferrini—. Me refiero a una travesura de tu arrejunte aquí al lado —y me señaló torciendo la boca— No sé si estás al tanto, se le ocurrió colocar una vestal en el centro del escenario, a la altura del tercer acto, completamente desnuda.

La Flaca me miró y luego se volvió hacia Ferrini, con expresión de sorpresa.

—¿Y qué hay con eso? En Londres, sobre todo en ciertos circuitos, ya es moneda corriente —replicó.

—Tienes razón, cariño, pero aquí, en el teatro venezolano, no tiene precedentes.

Marcaríamos, como dice nuestro crítico favorito, «un hito histórico».

—¡Me entero! —exclamó La Flaca—. ¿Eso es verdad, mi amor? —me preguntó.

Era verdad: había insinuaciones, cuerpos velados, gasas, fragmentos de senos, pero desnudo de cuerpo entero y sin obstáculos, no.

—Lo decía porque vamos a tener que resolver dos problemitas —explicaba Ferrini—.

Primero hay que encontrar a la actriz que quiera presentarse en cueros.

La Flaca soltó una carcajada

—¡Pero bueno! ¿Qué pasa aquí? —protestó—. Me imagino que tendrás una cola de espera cuando ofrezcas públicamente el papel...

Ferrini me miró con expresión de impotencia.

—Insiste en sentirse en Londres —dijo, dirigiéndose a mí al tiempo que me picaba el ojo—. El desnudarse no es lo único que la que resulte privilegiada hará en escena, de modo que tiene que ser, en primer lugar, una actriz —prosiguió mirando a La Flaca—.

No podemos recolectar caminadoras en la avenida Casanova, cariño.

—Si me lo permiten, me gustaría apuntar de pasada, solamente al margen, que el desnudo ocupa dos minutos en una obra de una hora y cuarenta minutos— dije, y me levanté a orinar.

La verdad, La Flaca había quedado con la obsesiva impresión de que todas las actrices inglesas no sabían hacer otra cosa que desnudarse, aunque tuviesen que cumplir un papel de hermanitas de la caridad. La culpa es, probablemente, de las dos azarosas visitas que nos concedió en la fase segunda —y final— de mi pasantía por el Taller Experimental de Teatro, de la Municipalidad de Camden, en momentos en que ensayábamos sobre una pieza experimental que exigía algunas escenas despreciadas. Era apenas una de las ocho obras en las que me tocó trabajar mientras estuve en el taller, pero a pesar de la ingenua coraza feminista detrás de la cual le gustaba camuflarse, podría jurar que tuvo celos de aquellas doncellas aéreas que saltaban como cerbatanas blancas en los sótanos de la Square House.

Y sin embargo, no fui promiscuo, puedo jurarlo. Oportunidades tuve de sobra, rubores aparte, pero si bien el propósito llegó a exigirme esfuerzos y sacrificios excepcionales, logré mantenerme furiosamente en el terreno de la fidelidad. Todas las aventuras que corrí en las «islas brumosas», que no fueron escasas, se concentraron de manera frenética en los meses que siguieron a mi llegada. Tan pronto acordamos establecernos como pareja, renuncié a todos aquellos enredos eróticos, algunos francamente prodigiosos, y esa decisión tiene fecha y hora: la de mi mudanza al piso de Belsize Crescent, Belsize, London, NW3.

No fue paso sencillo, ya lo he dicho. Nos sometimos a una larga prueba que pasó por reencuentros e indecisiones, acuerdos y malentendidos. Pero yo ya me había prometido, aun antes de abordar en Maiquetía el vuelo 347 Caracas-Londres, que le tendría paciencia. Lo que ocurrió con nosotros al cabo de aquellas cinco semanas intensas y delirantes, durante su «interludio caraqueño de verano», y que la llevaron a

la poste a optar por la ruptura y adelantar su regreso a Inglaterra, le acreditaban a ella todos los argumentos.

Recuerdo perfectamente la fecha: 28 de julio de 1970. Estábamos en Macuto, en un cafetín del malecón, tan cerca del mar (una masa rumorosa, negra y plateada a un tiempo), que con cada quinta o sexta ola que rompía contra la escollera, saltaban sobre nuestra mesa bambalinas de gotas y de minúsculas burbujas de espumas que terminaban por formar una pátina húmeda y porosa en la superficie de la madera. Era una de esas noches ventosas del Caribe que suelen presagiar la visita de prolongados aguaceros. Esa vez, sin embargo, no llovió, pero yo igual me encontraba gris y deprimido, y sentía en la base del cerebro una placa fría que parecía palpitar presionando en algún punto impreciso detrás de los ojos.

Después de unos meses caminando en el filo de la desesperanza y cuando ya casi me resignaba a la idea de que aquel laberinto negro se prolongaría sin variaciones hasta el final de mis días, he aquí que llegaba, entrega expresa Londres-Caracas, una promesa de resurrección en las manos de ella. Y ahora, enseguida, cinco semanas más tarde, por virtud de una absurda paradoja, volvía a quebrar la oportunidad de vivir (¿o sobrevivir?, o mejor aún ¿revivir?)

—En vista de las circunstancias, no nos queda otra alternativa que la ruptura —la oí decirme en un tono sorpresivamente sosegado, casi magistral.

Aquello me aplastaba, pero no podía reprocharle nada.

—Pareces serena, le dije.

—Ya lloré todo lo que era capaz de llorar —susurró, mirando hacia el vacío oscuro que rugía desde el rompeolas—. Estoy seca, créeme -e intentó una sonrisa apagada. Prendí un cigarrillo. Desde el centro del cafetín, al otro lado de la calle, llegaba una música absurdamente alegre. Decidí apostar insistiendo en las noticias de mi beca.

—Recibí la confirmación de la fecha y del pasaje —le dije—. Y todos los demás papeles están en regla. Si no hay imprevistos debo estar saliendo para Londres, tocando en Amsterdam, el día 20.

Se quedó de una pieza, como si recién estuviera enterándose de mi viaje en ese momento, aunque muchas veces, durante aquellas cinco semanas, habíamos hablado de la concesión de la beca y de los trámites adelantados en las universidades inglesas. La expresión era de súplica, por un momento creí que iba a romper a llorar.

—Te quería pedir un último favor —balbuceó.

—¿Un último favor? —¿de qué cepo con hormigas se trataba ahora? ¿De qué potro de torturas?

—No quiero que me llames en Londres.

—¿Ni siquiera como amigos?

—Ni siquiera como amigos —repitió, sosteniendo la mirada—. Creo que sería lo mejor... para ambos.

No regateé: no era el momento. Estaba dispuesto a aceptar sus razones, ya lo he

dicho... pero no a capitular. Apostaba al futuro: si la conozco como creo hacerlo, me dije, el tiempo trabajará a mi favor.

Perucho, que nos había dedicado una «variación sobre una frase de Charlie Parker», se acercaba a nosotros, sudante y sonriente. Es como una espiral, como un caracol musical en homenaje a la mesa de los intelectuales, había dicho, para, a continuación, envolverse en un arrebatado que lo sacudió, lo dobló, lo arrodilló durante los quince minutos que siguieron, en cada ocasión en que la frase regresaba de manos de la batería, el piano o el bajo y volvía a devanarse y entretejerse en el saxo. Habían pasado cinco años desde aquella noche del 67 en que realizara su debut en el Wolfgang Amadeus Bar, y el mismo tiempo desde su actuación estelar en aquel fabuloso festival libre de jazz que organizara el Ateneo, y en el cual se había llevado el «Premio especial del público», un galardón más buscado incluso que el oficial, del cual todos sospechaban por los trámites y las influencias.

Ahora, dueño de la escena, se comportaba a sus anchas. Arrastraba audiencia como ningún otro jazzista de la zona, y, fuera del aplauso de las mesas, ya había hecho menuda pero limpia historia con sus conciertos en el Municipal. Me asombraba el trabajo sobrehumano que había ejecutado consigo mismo y con su música, y, aunque no nos viéramos con frecuencia, nos profesábamos un afecto que, para sorpresa de ambos, había sobrevivido sin abolladuras notables a quince años de altos y de bajos. El acontecimiento de la noche fue la simbiosis escénica entre Ferrini y Perucho y, de manera indirecta, yo mismo. Fue La Flaca quien, insistiendo en Londres, le preguntó a Ferrini si tenía resuelta la música para el montaje, lo que tomó al director absolutamente fuera de paso; y qué tal si inventábamos la acústica esta noche, atacaba, qué tal si comprometíamos a nuestro jazzista favorito con «el proyecto del espejo».

Nada: a los diez minutos era yo, practicando para el saxista la mejor sinopsis de que era capaz, dadas las circunstancias; a los veinte, eran el director y Perucho sellando un trato artístico y profesional que evocaba un pacto de sangre, sagrado y efusivo; y a los sesenta y cinco, era Ferrini (oyeron bien, Ferrini), entonando en la tarima un spiritual de cepa (oyeron bien, spiritual), escoltado por un fervoroso Perucho que aún se preguntaba por la realidad musical de aquella improvisación, y por una sorprendida audiencia que, ya un poco tronada a esas alturas de la noche, parecía preparada para cualquier cosa.

Había un extraño efluvio a madera y a lavanda. Los cocuyos, empotrados en el machihembrado, parpadeaban. La Flaca acompañaba desde la mesa aullando con cariño y yo me sentía aturdido y feliz.

Nos fuimos a dormir a las cinco de la mañana.

Llegué a Londres a finales de aquel verano de 1970. Era mi primera experiencia

européa y estaba exaltado y también un poco borracho, gracias al compañero de asiento durante el trayecto Caracas-Amsterdam, un holandés inusualmente sociable que tenía no sé qué negocios de importación en Curazao, pero cuyo hobby, sin duda alguna, debía ser la bebida, si nos guiamos por la sed sahariana que demostró durante la travesía sobre el charco atlántico. Escocés tras escocés, se pasó las interminables horas del vuelo deshaciéndose en torno a los prodigios naturales del Caribe, en general, y del sorprendente territorio venezolano, en particular, incluidas sus mujeres. Estuve de acuerdo en todo, y, por esa inveterada tendencia mía a emplear muletillas y lugares comunes cuando me tropiezo con extraños a quienes sé que no volveré a ver nunca más, le relaté la manida historia del Colón del tercer viaje y de la perplejidad del arribo a la «tierra de gracia».

Hablábamos en español y en inglés, alternativamente y sin planificar los cambios, lo que me vino de perlas para practicar el plano idioma que había adquirido sin vivir en un país anglófono, y que esperaba, no obstante, me permitiera ingresar en el postgrado ahorrándome los retrasos de un curso de idiomas.

En realidad, había estado estudiando inglés prácticamente desde que tenía memoria. Primero en Catagua, en plena niñez, al lado de un trinitario que ejercía el oficio de talabartero (por cierto con bastante maña artesanal y un éxito económico nada desdeñable) y que, tal vez para saciar alguna vocación pedagógica, tal vez para redondear la bolsa pensando en la vejez, dictaba el idioma a un grupo de mocositos que asistíamos al galponcillo improvisado en el patio de la casa, a un costado del taller – almacén. Tenía una paciencia a prueba de distraídos y un talento especial para relatar largas anécdotas que inevitablemente tenían por escenario ese rosario de islas que se extiende desde el costado derecho de Puerto Rico hasta la costa este de Venezuela, trazando un entrecortado arco en el extremo oriente del mar de los caribes que los textos de geografía denominaban con el sonoro nombre de «las Antillas menores».

Fue Mr. Peter de quien, con toda seguridad, asimilé esa inclinación a redondear las vocales, como si hablara una variante de papiamento, y a imprimirle un matiz más grave a la voz al articular el grumoso idioma de Jack el Destripador, y cuya evocación por mi parte provocara tantas revolcantes carcajadas entre La Flaca, el poeta irlandés y La Polaca, varias décadas después.

Por añadidura, mis contactos en Londres habían sufrido una serie de lamentables equívocos justo en las semanas que precedieron al viaje. Se suponía que debía llegar al apartamento que un dueto de antiguos conocidos de los tiempos universitarios habían alquilado por los lados de Hammersmith, pero las últimas misivas dejaban entrever, de una forma algo vacilante, la aparición de imprevistos que «podrían» significar la necesidad de un cambio. La naturaleza de ese cambio nunca me fue revelada en sus detalles, pero sí se ocuparon de aclararme que en ningún caso significaría que no me alojase con ellos a mi llegada. Habíamos acordado que me

recogerían en el aeropuerto y juntos me llevarían a la guarida común. Sin embargo, cuando puse pie en Heathrow no había nadie esperándome. Eran las siete de la noche de un domingo más bien cálido (hasta donde pueden darse días cálidos en Inglaterra) y húmedo. Salones y pasillos desbordaban de viajeros, en su mayoría turistas, que caminaban de un lado a otro, dando la impresión de una gruesa estampida de zombis deambulando al azar. Esperé hasta donde el límite de la prudencia me lo aconsejaba y, finalmente, agotado, con un dolor de cabeza producto sin duda de los tragos del holandés-curazoleño, y una escuálida bolsa que debía administrar con rigurosa sensatez, me decidí a abordar el autobús que, según el rótulo del andén, debía llevarme al centro de la ciudad. Dadas las circunstancias, estimé que lo más conveniente sería acatar el consejo de la paquistaní de las oficinas autobuseras, que consistía, resumo, en recalar en la estación Victoria, pasar la noche en un hotelito barato de las inmediaciones y postergar la búsqueda de la elusiva cueva de los venezolanos para la mañana siguiente.

Bien, de buena voluntad está sembrado el camino del infierno: Victoria era un maremágnun babélico casi tan intolerable como Heathrow, y si era cierto que en los alrededores pululaban los «cama y desayuno», como me advirtiera una pareja de estudiantes franceses que ya iban de regreso a París, se necesitaba una suerte de los mil diablos para encontrar uno con habitación disponible. ¿Guía hotelera? No funcionaba adecuadamente para este renglón. ¿Sugerencias? Recorrer a pie el campo de batalla, y con suspicacia: Londres parecía razonablemente habitable, pero la zona en cuestión arrastraba una pésima fama desde los tiempos de Dickens. Nada, invoqué la adorada y ahora inalcanzable imagen de La Flaca (la reconstruí dormida, ajena, soñando sueños que no me incluían, en una fortaleza almenada, con foso de cocodrilos y ballesteros al acecho, cuya única señal, Belsize Crescent, resonaba en una burbuja de vacío), me armé de una paciencia jobiana, compré un mapa ampliado del distrito y tracé un plan exploratorio en forma de espiral, con un centro imaginario en la entrada N° 1 de Victoria Station.

El pronóstico de los francesitos en lo que a inseguridad de refería no fue defraudado por el paisaje de la zona, pero pude sortear el lazo gracias, supongo, a la «pepa de zamuro sobada» que Eudora me obsequiara unos días antes del viaje, y a la manada interminable de profesantes jóvenes que acudían en peregrinación a la tierra santa de los Beatles en busca de alguna reliquia, y que terminaban por formar una especie de muralla móvil de protección en las calles alledañas a las estaciones madres.

Yo tenía 31 años, pero por mi barba, mi bluyin y mi cara de «adolescente asombrado» (según La Flaca de un mes antes), podía pasar por uno de ellos, logrando de esa forma una especie de protección por mimetismo que no me venía nada mal. Los hippies y demás variantes no eran, por regla general, un blanco apetecido por los irregulares. Cuando mis fuerzas y los ciclos de la espiral sobre el plano ya se hallaban en alerta roja, ¡alabado sea Amalivaca!, hete aquí que entreveo un «cama y desayuno»,

paradisíaco, irreal, que a diferencia de los anteriores, ostentaba el anhelado rotulito de «vacancias». ¡No lo podía creer! ¡Aquello era un milagro pagano!

Me acerqué al pasmoso castillo con dudas y algo de reverencia. A mi timbrazo, atendió un paquistaní adormilado que al hablar empleaba las mismas vocales redondas y pastosas del Mr. Peter de mi infancia. Decidí que era una buena oportunidad para poner en práctica mi exitosa imitación del inglés antillano de Mr. Peter y le comuniqué al paki, colocando los labios en forma de culo de gallina, mis esperanzas. Cinco minutos más tarde, después de un procedimiento expedito apenas interrumpido por una bajada a recepción, para rescatar mi piedra de zamuro sobada (una «extraña cosa, oscura y redonda sobre el mostrador, según la llamada interna del paki), yo reposaba al fin mis tropicales y agotados huesos sobre un lecho seguro, en la primera noche de «las islas brumosas».

Esa madrugada soñé que me hallaba en una enorme estación de tren esperando por La Flaca, quien debía llegar en el expreso de las doce. Estoy ansioso y desconcertado. Mi incertidumbre es comprensible: cada cronómetro del andén marca una hora distinta, que además, discrepa de mi propio reloj, cuyas agujas se han detenido a cinco minutos para las doce. Por añadidura el horario de trenes no estipula si se trata de la medianoche o del mediodía, y el propio tiempo en que se desarrolla la escena es incalculable, porque todo el recinto se encuentra empapado por una luz porosa y amarillenta que aturde.

Finalmente, precedido por un esplendor magenta, el tren aparece. ¡Al fin me reencontraría con mi doncella de cabello castaño! Loco de dicha, corro hacia la única puerta del único vagón que ha llegado. Inútil: toda la superficie se halla rígidamente blindada. Se hace un silencio absoluto, pero nadie baja el vagón, para mi desespero, y mientras intento forzar el acceso siento que el tren reemprende la marcha. Cuando me dispongo a correr hacia el compartimiento del conductor, me percató de una ventanilla que se abre y del rostro de Mr. Peter que se asoma en ella, pero no con una piel negra antillana como la suya, sino blanca y rubicunda como la de mi padre, y con algunas facciones que recuerdan a las de mi padre.

—No sabes nada, Fernandito, hijo —oigo que dice Mr. Peter o mi padre, en español, con un fuerte acento inglés, mientras sonrío y mueve el brazo en ademán de despedida—. Nunca supiste nada, y lo que más tristeza me da es que nunca, óyelo bien, nunca, sabrás nada de nada...

Me despertó, sobresaltado, el telefonazo del paki.

[Nota de La Flaca: Estoy conmovida. ¿De verdad nunca te confesé, ni siquiera en el reencuentro, meses más tarde, mi afiebrado delirio de aquella noche? ¿Nunca te conté que, sabiendo que llegabas en esa fecha, me resultó imposible conciliar el sueño, en mi angustia por imaginar dónde, cómo y con quién te encontrarías? Una parte de mí

(la más sana, sin duda) hubiera dado la vida por aliviarte los inconvenientes de la llegada, me lo impedía aquella decisión drástica que habíamos tomado en el malecón de Macuto un mes antes.

Tal vez debamos conformarnos con pensar que aquel período de separación fue necesario para reposar las heridas, para limar las piezas de nuestro rompecabezas hasta lograr que ajustaran de nuevo y nos reconstruyeran sin esfuerzos. Necesario, dije, pero no fácil. Podría jurar que en el mismo momento en que invocabas mi imagen en la estación Victoria, yo fantaseaba desde Belsize Crescent tu llegada, tu traslado, tu alojamiento, intentando imaginármelos fáciles y divertidos, quizás con la intención de abreviar la culpa. Alguien me había mencionado tus contactos con Eduardo y con El Tucán, pero yo no andaba muy cerca de ellos —de hecho, como recordarás, apenas si los conocía—, y varios días antes de tu viaje les perdí la pista. Preguntas de una aprendiz urbana: a) para El Llanero ¿cómo se llama el árbol de donde se saca la «pepa de zamuro»? b) Para el monje oriental: ¿Crecerá en Paquistán el árbol de la «pepa de zamuro».

Lamento haberte dejado plantado en la estación de ese hermoso y raro sueño. Lloré al leerlo. Pero sonreí al recordar que, de cualquier manera y aun con aquel retraso de varios meses, el tren terminara por conducirme hasta ti. Por cierto, es un sueño doble. Me arriesgo a decir que la primera parte es tan transparente que hasta yo sería capaz de descifrarla: tu espera, mi supuesta llegada, tu desorientación. La sección final, por el contrario, me intimida, me atemoriza incluso.

Secreto en la «gare de Bello Monte»: esta noche, querido aguardador, dejaré abierta la puerta del vagón para ti... a las doce. Te besa la nariz, La Flaca].

Ayer, dos días después de la prolongada celebración de «Las voces» en el Mozart, aún me sentía torpe y aturdido. Para completar, fue una de esas jornadas sin tregua a las que mi labor «alimenticia», como denomina La Flaca a mi trabajo en «El Matutino», me somete de vez en cuando. Un encuentro colectivo, grabado, con un grupo de adolescentes, sobre el tema de las actitudes sexuales en transformación, me ocupó la mañana hasta el codo del almuerzo. No me hallaba en mi mejor nivel, pero los chistes y las risas de las muchachas en flor contribuyeron a aliviarme la cuesta de modo considerable. En la tarde, sin embargo, tomé el camino de Swann y luego de una pasta rápida en el «Camilo´s» el pugilato con el diagramador mezclado con los restos de la resaca terminó por producirme unas náuseas endiabladas que casi me obligan a vomitarle encima (al diagramador, no a Swann). Tozudo y limitado como insiste en ser, no me faltaron ganas de hacerlo.

Al llegar la noche, el aburrimiento y la languidez eran tales que apenas pude arrastrarme desde el sillón de lectura hasta la cama, custodiado por La Flaca y por el fantasma de Odette, quienes fallidamente saltaban y hacían pantomimas a mi lado

para intentar reanimarme.

Donde, por el contrario, no tuvo cabida mi aburrimiento, fue en aquel primer amanecer de domingo en Londres. Me levanté con el sol, coloqué el diagrama del metro, el plano de la ciudad y el papel con la dirección del apartamento al lado del desayuno, y preparé el itinerario que debía llevarme sin más dilaciones a mi acordado destino inglés. El paki, esta vez restablecido por el descanso, se animó a sugerirme una conexión de metro, e, incluso, un «fish and chips» de confianza para el almuerzo. Despaché la taza de aquel café, frío y desabrido, y fui a recibir del paki —puesto que había cancelado la habitación al llegar—, el visto bueno que me permitiría abandonar el hotel sin obstáculos. Le estreché la mano, alcé la pepa de zamuro sobada a la altura de la frente mientras le guiñaba un ojo, y me despedí, sonriéndole. Cuando franqueaba la puerta, me volví: estaba en el mismo sitio, petrificado, mirándome con ojos de miedo.

Como suele ocurrir cuando sólo se conoce un paisaje de noche, el Londres de aquella mañana me pareció una ciudad completamente diferente. Radiante, densa de verde y de jardines, me convenció de un cambio de planes que no lamenté: comprar la guía de autobuses y, aunque me tomara un poco más de tiempo, viajar por la superficie. Si el trayecto, con el río majestuoso y lento fluyendo por el sur, resultó maravilloso, no ocurrió lo mismo con mi llegada a destino. El edificio que respondía a la dirección de mi libreta era una típica construcción victoriana de ladrillo rojo, algo venida a menos. —Sí. Ellos estuvieron viviendo aquí, pero tuvieron que irse— me respondió una viejita menuda, con cara de pocos amigos, que apenas abrió la puerta el espacio suficiente como para asomar la nariz.

-¿Tuvieron que irse? —pregunté.

Por toda respuesta, la anciana frunció el entrecejo y alzó los hombros. Pensé en Agatha Christie: el personaje me caía realmente mal, me sonreí al imaginarla vaciando la goticas de veneno en el té del esposo, pero no respondió a mi sonrisa. —¿No dejaron ninguna nota, ninguna información para mí? —insistí—. Ellos me esperaban.

No me respondió. Se quedó contemplándome largamente, casi con asombro, como si estuviese viéndome descender de una nave espacial. Me disponía a librarme de la escafandra para comenzar a ahorcarla, cuando un segundo personaje, que podía jurar no era otro que su esposo, asomó a sus espaldas. Me extendió un papelito garrapateado y firmado por el chiflado del Tucán. Aclaratorias, excusas, reiteración de amistad: todo calzaba dentro de lo esperable... todo excepto la sorpresiva dirección. En lugar de la zona se anotaba el río; en vez de la calle, el malecón; en el sitio del número, el punto de atracadero. ¡Estaban viviendo sobre las aguas del Támesis! De entrada, aquello me pareció extraño, pero preferí no prejuzgar. Tal vez se trataba de un sitio cómodo donde podríamos alojarnos todos sin problemas, aunque El Tucán bien

podría tener plata suficiente para una bicicleta, pero no para un yate. Sí, aquello era sospechoso. Me repetí que estábamos en verano y que debía tomármelo a la suave. Con las explicaciones y las referencias incluidas por El Tucán en la nota, no me fue difícil dar con el sitio. El día continuaba claro, aunque ahora había comenzado a soplar ese incesante viento de Londres, que circula en direcciones contrarias a capricho, y que yo todavía desconocía. Para ser agosto, hacía más bien frío, y sin embargo, cuál no sería mi sorpresa al percatarme de que aquel turista de bermudas y lentes oscuros que estaba tendido en la proa de la embarcación no era otro que El Tucán, y que el proyecto de marinero, con gorra y alpargatas, que abrazado a una vestal rubia acudía a mi encuentro, dándome la bienvenida con gritos y brazos abiertos, era el locato de Eduardo.

El sistema provisional de embarcaciones era uno de los programas instrumentados por los concejos de la ciudad para proporcionarles vivienda a familias sin recursos. No era nada fácil el lograr una asignación en el proyecto, pero la vestal rubia que había salido a recibirme al lado de Eduardo estaba legalmente casada con Richard, un galés bohemio que pasaba la mayor parte del tiempo dormitando en el camarote, cubierto por una montaña de cobijas de lana, y tenían un niño aún pequeño. Mis dos inefables amigos eran sus huéspedes provisionales.

La recepción fue apoteósica: El Tucán había recogido el monto de tres meses atrasados de beca y quería reivindicarse por la peregrinación a la que me había sometido, ofreciendo en mi honor una vinada íntima a «cinco manos y media, si contamos al niño». Pan, dos botellas de vino portugués y un buen trozo de queso Cheddar bastaron como ingredientes para el banquete. Fue una verbena a la altura. De mi parte, los puse al día con el noticiario de la tierra de gracia y de los detalles de mi llegada (Richard, que apenas si conocía dos o tres palabras en español, no se quedó tranquilo hasta tener entre sus manos a la «famosa piedra de zamuro», a la que acarició largamente mientras repetía, hechizado, «zamuro, zamuro, zamuro», como si se tratara de una melopea sagrada).

De parte de ellos, hubo, creo recordar, un esforzado intento por explicar las circunstancias que los llevaran, sin pagar peaje, desde la cueva de la viejecita envenenadora hasta aquel yate en decadencia fondeado en pleno Támesis. Entendí poco, pero pude sacar en claro que podíamos compartir la curiara con Richard, Jane (no incurrí en el infaltable chiste de «yo, Tarzan...», etc., lo que me valió una ruidosa reprimenda por parte del grupo entero) y el niño, mientras se afianzaba el alquiler de otro piso por los lados de Finchley, al norte de la ciudad. También recuerdo cuánto nos divertimos con los cuentos galeses de Richard y con las baladas que Jane cantaba mientras su esposo tocaba la guitarra hasta el anochecer.

Cuando cayó la noche salimos de paseo por el malecón. Era una de esas privilegiadas y rarísimas ocasiones en las que el cielo de Londres se despeja, y por si fuera poco, había una luna espléndida y nacarada (sí, como en los boleros de Agustín Lara), que

refulgía sobre la irisada superficie del río, apenas recortada por la estela de los botes turísticos que cruzaban, bulliciosos, flotando a lo lejos en la oscuridad del agua. Me había rezagado a propósito y me había echado boca arriba en el lomo del parapeto que nos separaba de la corriente: estaba, como diría la Talledo, solo en la vida, pero me sentía liviano y sereno, yaciendo como estaba a la orilla del río y de la noche y de la ciudad desconocida que esperaba por mí. Miré al grupo que se me había adelantado y que avanzaba haciendo cabriolas y cantando a lo largo del malecón. Decidí que me dejaría contagiar por aquella alegre y despreocupada inmediatez por algunos días... el apartamento y la universidad podrían esperar.

Los días que pasé en el bote de Richard, con Richard mismo y el resto de aquel entrañable (todavía lo era) atajo de locos, puedo contarlos entre los más aéreos e infantiles de mi vida. Olvidé las desgracias del pasado lejano y reciente, incluyendo la ruptura con La Flaca, y olvidé el porvenir inmediato: la instalación, el postgrado, las responsabilidades programadas. Eduardo y El Tucán se habían ido por una semana a Birmingham, atendiendo la invitación de unos amigos (para sorpresa de ellos, yo preferí quedarme en Londres), y me dediqué a leer en desorden y a deambular días enteros por la ciudad. Comía cualquier cosa donde me atrapara el hambre y bebía una cerveza en el primer pub que avistara cuando escocía el paladar. Podía caminar durante toda la jornada por la orilla del río desde Westminster hasta la Torre o permanecer inmóvil, sentado en un banco de Regents Park hasta el atardecer.

Cuando El Tucán y Eduardo regresaron, ocho días más tarde, ya podía decirles, sobre un primer esbozo, en qué ciudad me hallaba y qué virtudes del universo le habían tocado en suerte por este tiempo. Dicho en breve, estaba preparado para una nueva fase.

La misma semana en la que nos mudamos a Finchley, comencé en la universidad. Fue una fecha de frontera en muchos sentidos, incluidos la temperatura y el estado del tiempo: después de aquel bucólico interludio ribereño, una tempestad de los mil diablos, que derrumbó árboles, inundó pueblos costeros y abatió embarcaciones, me vino a recordar en qué país había aterrizado. También yo cambié de paso: la universidad me enclavó en una rutina diferente. Habían transcurrido más de seis años desde mi grado en Caracas y estaba completamente fuera de forma, de modo que para retomar el pulso me tracé horarios de acero para hundir la nariz en los manuales de la biblioteca y para rematar con rapidez, si bien con un nivel que no desmereciera de mi historia, los trabajos del currículum. Era la única manera de conseguir tiempo para mí y para las conexiones con el teatro de ensayo que tenía previstas en mi agenda imaginaria.

Cuando rememoro esos ocho meses que mediaron entre mi llegada en agosto y el reencuentro con La Flaca, inmediatamente después de las vacaciones de Semana Santa, el año siguiente, la primera sensación que recibo es la de una enorme fugacidad. Como si el lapso todo sólo hubiese existido para deslizarme sin desvíos ni

fisuras hacia ese nuevo comienzo. Ya he dicho que le fui leal a La Flaca una vez que nos entendimos y acordamos alzar carpa común en Belsize, mientras tanto, a veces, y en la medida en que la hierba mala y el rastrojo lo permitían, sacaba el brazo del veloz tobogán por el que me deslizaba para, como decían los antiguos, «tomar la flor del día»... mientras durara.

Hubo algunas, no en exceso. Procedían de la universidad o del cine-club o del taller de teatro: todas, sin excepción, hermosas y libres... y transitorias. Fueron relaciones ligeras que excluían de antemano «el compromiso y el arrepentimiento». Yo no me hallaba en condiciones de liarme en arrejuntos prolongados, pero hacía un punto de honor el mostrarme sincero desde el comienzo, esta circunstancia era compartida sin ambages o, en el peor de los casos, comprendida, por ellas. El mayo francés había tenido lugar apenas un año antes y todos repetían aún la balada de Moustaki: *sans projets/ et sans habitudes/ nous pourrons/ rêver notre vie*. Los universitarios cantaban las canciones de Woodstock, que unos meses antes había sacudido los prejuicios al otro lado del charco, y se solazaban viviendo su propia y original versión en Whigt, una pequeña isla frente a las costas del sur. El minúsculo invento textil de la Quant aún hacía de las suyas, pero alternaba con las largas faldas de apliques y pedrería estilo oriental que se extendían hasta el tobillo, según las preferencias o las circunstancias.

Sandra, por ejemplo. Sandra era chilena, con un rostro eternamente iluminado por unos enormes ojos negros y una sonrisa chispeante. Incansable, siempre se cargaba con más proyectos de los que era capaz de cumplir. Por fortuna, nada podía desalentarla o deprimirla: como iban, venían, y tan pronto se deshacía de una tarea sobrante, se apresuraba a involucrarse en otras. Esta incesante actividad irradiaba en múltiples direcciones, de modo simultáneo y, a veces, contradictorias: lo importante, decía, era formarse.

Era militante del partido socialista chileno, organización que la había enviado a Inglaterra con una especie de beca-compromiso que no contemplaba una formación universitaria, al menos no formal, y que, hasta donde pude entender, funcionaba a través de un convenio de cooperación con un ala del Partido Laborista. Los laboristas habían ganado un conjunto de municipios dentro del área del gran Londres en los cuales Sandra siempre encontraba tareas para mantenerse en movimiento: talleres de participación comunal, mecanismos de propaganda, dirección de grupos, y, sobre todo, animación cultural.

Fue así como nos conocimos: había logrado presentar en la «Square House» a un grupo folclórico chileno, La House era un complejo de edificaciones, soportado administrativamente por el municipio de Camden y coronado por una enorme sala de espectáculos que se contaba entre las mejores de la ciudad. Allí yo había encontrado el taller teatral de ensayo que estuviera buscando desde mi llegada, y el cual, para mi sorpresa y mi felicidad, contaba con un esquema de funcionamiento parecido al de mi

inolvidable Sociedad Dramática de la época universitaria. El encuentro ocurrió el 28 de octubre, el día de cambio de reloj a la hora de invierno. Lo recuerdo porque fue precisamente el olvido de ese detalle lo que la hizo llegar a destiempo a su cita en promociones y lo que ocasionó, ¡oh sibilantes espíritus del blanco Aconcagua!, que nos conociéramos aquella tarde, saliéramos por primera vez juntos el sábado siguiente, y nos hiciéramos amantes dos semanas después.

Con Sandra alcancé a penetrar en un nivel de Londres respecto del cual, de otra manera, hubiera permanecido en la ignorancia casi absoluta. Me refiero al nivel de los indigentes sin techo, los squatters que tomaban por asalto edificaciones en ventas o en alquiler y, hacinados, distribuidos a troche y moche por el piso de las habitaciones, malvivían en espera del utópico golpe de suerte que, por supuesto, nunca llegaba, o llegaba considerablemente devaluado. Venían de África, del Oriente, de Latinoamérica, y pedían (y a veces obtenían) la colaboración de las organizaciones de derechos humanos, de las ligas obreras, de los grupos políticos alternativos o de las asociaciones universitarias, con cuya escolta a veces lograban superar los embates legales de los propietarios o las acometidas menos delicadas de la policía.

La función que Sandra cumplía allí, era la de censar, evaluar y servir de enlace con las comisiones municipales que se encargaban de buscarle soluciones viables a cada problema específico.

A pesar de que, como ya he dicho, la dedicación de Sandra era múltiple, nada parecía provocarle mayor satisfacción que el emprender el trabajo social, y, sobre todo, contemplar el momento en que, con sus oficios y los del resto del equipo, la emergencia encontraba una respuesta a la medida. En ciertos momentos me recordaba a La Sigmuncita diligente de doce años antes, cuando en tiempos de mi fugaz pasantía por las «oficinas» de aquel infortunado «Plan de emergencia» del año 58, hacía suyos los casos de los beneficiarios hasta el punto de arrastrarme a aquellas barriadas hundidas en la penuria, en las cuales arrimábamos nuestros hombros para intentar dar respuesta a una avalancha de necesidades, cada una más apremiante que la otra, que, por supuesto, terminaban por desbordarnos.

Ambas compartían un temple semejante y una parecida urgencia por la vida. Pero había, también, diferencias. Quizás, hablando en términos relativos, Carmen Luisa fuese más inteligente y manejase una información más vasta que Sandra (en los terrenos que la academia suele llamar «cultural»), pero, por otra parte, carecía de la densa formación política e histórica que Sandra acopiara a lo largo de un paciente y tenaz trabajo sobre sí misma.

Durante buena parte de la breve temporada que compartimos, yo me mudé al minúsculo apartamento que ella tenía alquilado en la zona de Kentish Town, un área popular no demasiado alejada de la Square House. Era un piso de un solo espacio, de esa peculiar modalidad que los ingleses denominan «anexo», y que se encuentra en comunicación directa con la casa principal, donde reina de manera habitual un

espécimen extraño que sólo por rango de excepción condesciende a mostrarse simpático, y que, como se sabe, ostenta un nombre que en su traducción literal siempre me causó risa: señor de la tierra.

Lo mejor de aquella guarida era la breve terraza que miraba al jardín lateral, y, más allá, a la amplia calle siempre poblada de niños que jugaban al fútbol con improvisadas pelotas de plástico; y, por supuesto, la presencia prodigiosa de Sandra. Nuestros días domésticos se ordenaban en torno a ritos deliciosos y previsibles que aliviaban la fatigosa secuencia cotidiana: escuchar música (cultivábamos una pasión común por Violeta Parra), leernos en voz alta (Brian Patten en su idioma), conversar sobre política (corrijo: hablar ella sobre política mientras yo escucho y, de pasada y en breve, comento) y hacer el amor (tendidos sobre una colcha frente al radiador con una botella de sherry a distancia de brazo).

Mi cultura política no cubría tanto territorio como para constituir mi orgullo, pero había sido un universitario latinoamericano de los 60s, circunstancia que bastaba por sí misma para permitirme sostener un diálogo típico sobre el tema sin avergonzarme. Nunca, sin embargo, precisé de tanto esfuerzo para mantenerme en el estándar como en aquellas sesiones durante las cuales mi querida sureña diagramaba planes a futuro para la transformación del mundo, comenzando por su alargado y flaco país.

—Detesto las apuestas —recuerdo oírle decir, acostada de flanco sobre el tapete de sisal, la mejilla apoyada contra la palma de la mano—. De no ser así podría jugar cualquier cosa a que a partir del año próximo construimos el socialismo en Chile. Se refería al triunfo del Frente Popular que su partido, el socialista, había conquistado junto a otros grupos el 4 de septiembre último, en la esperanza de «edificar la nueva sociedad con la voluntad del voto popular», como solía repetir, orgullosa. Me encantaba su contagioso entusiasmo. Ella encarnaba uno de esos fuegos utópicos en estado puro frente a los cuales siempre me sentí desarmado. De alguna manera, un flanco de lo que había sido mi vida hasta ese momento la envidiaba: disponía de un pivote blindado, a prueba de desalientos, en torno al cual organizaba su existencia ladrillo a ladrillo, jornada a jornada, sin detenerse por preguntas o por dudas. De esa manera, sin que nos quedara ni tiempo ni energías para el aburrimiento, atravesamos, acompañados por la felicidad, aquellos breves meses que nos separaban de su regreso. Un día, al volver de la puerta con un paquete de correspondencia bajo el brazo, me anunció el viaje.

—Llegó el momento, mi amor caribeño —me dijo, mostrándome la carta. Y por primera vez la vi llorar.

Se fue a mediados de enero. La acompañé al aeropuerto en un amanecer gris y helado. Habíamos pasado buena parte de la noche en vela, amándonos por ráfagas y tomando «Bristol Cream». Me regaló dos libros (un texto con ilustraciones sobre la vida de Lewis Carroll (!) y una antología de Gramsci en inglés), y unos poemas suyos, todos «comprometidos» excepto uno, dedicado al galán. Yo le regalé un disco con

canciones de Soledad Bravo que un amigo me había traído, por encargo, de Caracas, y una tarjeta de despedida con el rostro grave y triste de Lennon en la portadilla. Nos besamos largamente.

Nunca más volví a saber de ella.

A Noemí, una linda muñeca de cabello negro y lentes pequeños y redondos, la conocí a fines de enero, en el restaurante estudiantil del Instituto de Estudios Orientales y Africanos de la universidad, mi comedero favorito cuando andaba corto de bolsillo, es decir, casi siempre. Cultivaba una pasión casi patológica por la cultura india, cuyas claves ya empezaba a dominar, y su libro de cabecera no era otro que la suma de los Vedas, en la edición anotada de la Oxford University Press. Después del vértigo desatado que había sido Sandra, Noemí me pareció, para decirlo con un lugar común, un remanso de paz. Y si a mi chilena favorita le debí una puesta al día de mi información sobre historia de las ideas políticas, con mi geisha europea contraí una deuda que no pude saldar en su momento, debido a su portentosa magnitud, ni podré saldar nunca, ahora que sé que no la veré más.

Vayamos por partes. Noemí no calzaba, en lo más mínimo, dentro de aquel prototipo tan abundante en los medianos sesentas que se aproximaba a la cultura oriental a trompicones, llevado de la mano por la improvisación y la novelería: una especie de cascarón huero que, aún hoy, abunda por estos predios como el arroz. Tampoco se trataba de la impostura contraria: la del ratón de biblioteca que se sumerge en los textos de la tradición, desde la chata frialdad de la inteligencia, permaneciendo impermeable al espíritu que los animó. En cierta forma, representaba una mezcla equilibrada de intuición y de razón, de sensibilidad y de lógica: sabía que en este terreno de nada valían la teoría o la conceptualización aisladas de la práctica espontánea.

A pesar de mis prejuicios, no tuvo necesidad de persuadirme: yo mismo pude descubrirlo a través de mis propios recursos.

La Sociedad de Meditación, una típica casa georgiana con jardincillo frontal, que en nada se diferenciaba de sus vecinas, se hallaba en el límite norte de Swiss Cottage, cerca de la Square House, si partimos de las dimensiones de Londres. Finchley Road, la avenida por la cual descendía mi autobús cotidiano desde la cueva que compartía con El Tucán y con Eduardo hasta la universidad, rozaba el territorio. Pero si la fachada podía resultarme familiar, las actividades que se desarrollaban en su interior no sostenía parentesco alguno con nada de lo que yo conociera hasta la fecha. La sede era espaciosa: contaba con un cafetín–restaurante que ofrecía básicamente manjares indios (aunque quien lo quisiera, podía disfrutar de un sándwich perfectamente occidental) una bien dotada biblioteca, especializada en historia, cultura y religión del subcontinente y un salón para la vertiente física de la ascesis —variantes del hata— yoga.

No obstante, lo que enseguida se erigió en un verdadero templo de las revelaciones, habida cuenta de mi ingenua ignorancia en el tópico, fue la sala donde se transmitían los caminos de la meditación a los no iniciados, como era mi caso, y donde se llevaban a cabo, también, las sesiones de meditación en grupo.

Yo no era un experto en literatura sagrada de la India, claro está. El desafortunado safari literario que, con épocas de verdadero delirio, emprendiera desde el momento en que la maestra Chepina me mostrara cómo sonaban sobre el papel las vocales del castellano, había cobrado piezas que en una abrumadora mayoría exhibían sin rubores su pedigrí occidental. Sin embargo, también me había hecho con pichones de más allá del Ararat y de más allá del Indo, pocos en proporción, pero los había, y eso contempla a los Veda, y al Bhagavad-Gita y, más acá hasta a Suzuki y Deshimaru, guías budistas, e, incluso, a un texto de Maharishi Mahesh Yogi, el gurú remoto de la Sociedad de Swiss Cottage.

De modo que cuando me tropecé con Noemí estimé, en mi ingenuidad, que podía ser perfectamente capaz de comprender a qué se refería ella cuando hablaba de las vivencias meditativas y de la experiencia límite. Nada más lejos de la verdad.

Confundía intuición con lógica, saber con razonamiento. Me di cuenta de que en mi interior yacía una extensa y prodigiosa zona que a pesar de su proximidad —convivía conmigo, era yo— permanecía asombrosamente oculta para mí. Debo su descubrimiento a aquellas sesiones a las que acudí, sin mucho entusiasmo inicial, de la mano de mi dulce sacerdotisa.

Y bien, en lo que respecta a las relaciones entre lo que podríamos llamar mi conciencia del yo y el resto del universo, aquellas visitas, y, por supuesto, las prácticas ya propias que le siguieron dividieron mi vida en dos.

No exagero. Fue una especie de viaje en reversa hasta el punto mismo donde la conciencia encuentra su origen. El pensamiento sin pensamiento. Una súbita ruptura que disuelve el ser propio en la incesable vastedad del universo. No hay tiempo, sólo espacio. Un espacio que partiendo del cuerpo, se continúa en su extensión hacia una totalidad vacía que no conoce límite.

Ocurre de modo espontáneo, en algún momento del proceso, sin que se ponga especial empeño en lograrlo; se vive como un inmenso resplandor sin materia que todo lo abarca; y, una vez que lo tocas, ¡alabados sean Amalivaca y mis dioses lares!, te acompaña en silencio por el resto de tu vida.

Era la primera vez que sentía a Dios, y aquello se cumplía, sin embargo, a través de una intuición simple y sobrecogedora: todo lo existente y yo éramos uno y éramos Dios.

Releo lo anterior y me doy cuenta de lo que significa la palabra inefable. Sin la huella de la experiencia directa, el intentar transmitir la vivencia resulta una labor inútil.

Noemí tenía su propia manera de explicarlo.

—Es como el orgasmo —decía, empleando una analogía que yo recordaba haber leído

en algún lado—. Tan inefable una experiencia como la otra... Podría decirse que ocurre lo mismo en toda circunstancia, pero no son situaciones equivalentes. Tú lo sabes —decía—. Ahora tú lo sabes.

Tenía razón.

Pero he sido injusto con ella, además de razón tenía piel y un inusual sentido del humor y... una columna firme y flexible. El hata yoga parecía haberle proporcionado un conocimiento absoluto sobre su cuerpo, y era una amante serena y dulce. Fuimos felices durante los tres meses que estuvimos juntos, en aquel cuarto anexo de Golders Green donde la visitaba con frecuencia, y en el cual meditábamos y hacíamos el amor sostenidos por la neblina fragante de las espigas de sándalo.

Nos despedimos el día de Pascua de Resurrección, en pleno asueto universitario. Ella se preparaba para enfrentar la reconciliación con su pareja de los últimos cuatro años quien, después de un malentendido que los había separado el otoño anterior, comenzaba a regresar. Yo, por mi parte —aunque en ese momento no lo supiera— me hallaba al borde del acontecimiento que había estado aguardando con ansiedad desde el mismo momento de mi llegada al país... el reencuentro con La Flaca.

[Nota de La Flaca. Ovillada como una diminuta ardilla en una manta de lana miro llover. Estoy sola y creo que miro llover y siento frío. Tú has salido con Ferrini a garantizar la reproducción de los originales de «Voces en el espejo»: mañana, con la distribución del texto entre el elenco y la primera lectura, se iniciará el lento proceso del montaje. Miro llover y leo tus papeles. De nuevo te veo salir, precedido por «nuestro italiano favorito», y no pude evitar el compararte con ese otro que fuiste, todavía ayer en Londres, antes de encontrarnos de nuevo.

¿Qué siento? Tal vez un puñadito de celos «retrospectivos», sin duda comprensibles (eres un verdadero maestro en la evocación gráfica de... algunas escenas —y, ojo, esto es un elogio con todas las de la ley), y, al mismo tiempo, injustos (puesto que, por opción propia, yo había elegido no estar allí). Lo admito. Pero no es esto lo que me interesa transmitirte: esta especie de envidia del otro que no puede provenir de un pozo diferente a nuestro podrido egoísmo. No. Se trata de algo parecido a la nostalgia y, quizás, al arrepentimiento (?). ¿Recuerdas cómo insististe en hablarme de las «nínfulas del entretanto», como las llamaste en dos o tres ocasiones? ¿Recuerdas mi inflexible negativa, mi argumento de que quería recuperarte con el mismo «repertorio» interno con el que te había dejado, al despedirnos en Caracas, el año anterior, aunque fuese una esperanza falsa? ¿Y recuerdas, finalmente, cómo preferí no conocer, ni ver, a Noemí, cuando la entreviste al azar en aquel concierto de jazz en el Albert Hall?

Imperfecciones. Antiguallas. Rémoras de boba que se pegaban como sanguijuelas a mi histórica decisión de regresar de «las islas brumosas», con una costra nueva, y con una almendra nueva dentro de la costra nueva, si puedo decirlo así. Me arrepiento, sí,

dije, de haberme quedado fuera de esas propuestas tuyas por acercarme a lo que habías sido sin mí en ese tiempo de distancia. Lamento no haberte escuchado desnudando a Sandra a mi oído y no haberme acercado a mirarme en los lentes de Noemí.

Me gustaría decírtelo de esta manera: ahora que he leído tu relato sobre ellas, celebro doblemente mi escogencia de olvidar el no, de condescender, cuando te acercaste en la fiesta de Alvaro, ya algo achispado por el ron con limón, abriéndote paso entre los grupos y campaneando tontamente la copa y mirando tontamente entre las cejas, como Bogart lo hace seductoramente, él sí, en «Casablanca», para, ignorando mi indiferencia (¿o fue que atisbaste la verdad por una rendija del antifaz?), abordarme. Y es que aquella era una prueba más, quizás la más contundente y sin que yo lo supiera, sobre ti, y sobre tu futuro pasando por ti y por mí. Si habías compartido tus días de distancia con aquellas dos adorables criaturas, una detrás de la otra, pienso ahora, y sobrevivido en tu decisión de acercarte luego, de reconstruirte y reconstruirme, aquello no podía permitirme otra decisión que la de hacer resbalar la máscara y aceptarte en mí en la misma medida en que tú te aproximaras. Y aun sin esperar a que tú te aproximaras.

Las amo, F. Amo a Sandra y a Noemí a través de ti, dondequiera que estén. Y amo en ellas exactamente lo mismo que ellas compartieron contigo. Cuando nos reencontramos no eras el mismo de un año antes, eras mejor, y ahora puedo saber el porqué.

Te beso junto a ellas, La Flaca.]

2

Fue hacia fines de 1967. Desde la muerte de papá, en octubre (y, hay que decirlo, desde su confesión) me había sumido en una depresión que yo llamaba «medular» a falta de mejor nombre: estaba allí, en el propio centro de mi cuerpo, me acompañaba a todas partes, y sin embargo, permanecía oculta para los demás. Había decidido no compartir con nadie la revelación de papá y, por lo visto, me hallaba inclinado a hacer otro tanto con el abatimiento que me había provocado. Mantuve esa norma con los amigos y, sobre todo, con Carmen Luisa, a quien no quería abrumar con otra carga, al lado de la que ya debía sobrellevar con José Antonio.

Esa operación de camuflaje tanto más dura cuanto que no contaba en mi prontuario con antecedentes que me permitieran aceptarla sin culpa, y manejarla con alguna eficacia, me fatigaba hasta la raíz misma de los huesos. No dormía o me despertaba de pronto en medio del sueño, o me levantaba con la impresión nítida de haber estado corriendo durante horas, cuesta arriba en la cordillera con un saco de clavos a mi

espalda. Pero sonreía y cumplía con el trabajo y atendía a Carmen Luisa y al niño. A medida que se aproximaba navidad, tal vez por esa manía de balance que a todos nos asalta hacia fines de año, acordé que no podía continuar un día más en aquel juego más bien siniestro que se parecía a un lento hara-kiri como un ojo rasgado a otro. Por aquellos días me llegó una invitación providencial que parecía trazada, como diría nuestra querida Eudora, por una conjunción de planetas benévolos. Me la hizo, teléfono mediante, nuestro jazzista favorito, Perucho, y se trataba de su primera presentación individual, estelar, en el Wolfgang Amadeus Bar. Perucho ya había obtenido, aquel mismo año, el premio del público en el Festival Jazzístico del Ateneo, un galardón con rango internacional que había significado un espaldarazo definitivo a su carrera musical.

Como dije, habíamos llevado en los últimos meses y por iniciativa mía, una vida casi recoleta: sin fiestas, sin reuniones líquidas los fines de semana, sin celebraciones. Las salidas se limitaban a los domingos de parques con paseos para el niño en el cochecito y a alguna exposición que nos atrajera y cuyo acceso no nos resultara complicado.

José Antonio, por su edad y por su padecimiento, había modificado nuestros hábitos sociales y nuestros proyectos de tiempo libre, pero ahora no se trataba de él, sino de mí: de aquel peso frío que a veces cobraba la forma de una espesa bola de masa en el esófago y otras la de una mano que oprimía con lentitud la garganta, impidiéndome tomar aire. Como dije, a la larga alcanzó a afectarme, y me sacudió por las malas, obligándome a reaccionar. Pero también afectó a Carmen Luisa, en quien ya para este momento parecía evidente que la enfermedad con la que el niño naciera había provocado más preguntas, dudas y desajustes de los que yo esperara y de los que ella misma en un primer momento había mostrado.

Atribuyó lo que ella llamaba mi «retiro espiritual», a una especie de luto laico por la muerte de papá, algo que en parte era verdad; y lo aceptó porque, como ya he dicho, y hacía esfuerzos sobrehumanos para que aquella contracción siniestra no se reflejara en mi vida en relación con ella. ¿Lo aceptó? Quizás sería mejor decir «lo respetó». En contraste con lo que había sido nuestra vida en los meses que antecedieron al matrimonio, e, incluso, durante los primeros tiempos de casados, cuando jugamos a la bohemia (en su caso, hasta los imprecisos límites del riesgo, aunque siempre el uno al lado del otro, el uno contra el otro, el uno a favor del otro), el embarazo, el nacimiento del niño y la crianza inicial asordinaron de modo considerable nuestras noches, ritmo que se volvió aún más íntimo y demorado a partir del «luto» de octubre.

Para ser justos, debo decir que Carmen Luisa sobrellevó aquella cuarentena emocional con un estoicismo no exento de dignidad que por momentos me conmovía y hasta me intrigaba. Sin embargo, conociéndola como la conocía (y hasta donde este maldito verbo alcanza, no hace falta anotarlo), no resultaba descabellado sospechar que aquella calma era tan segura y manejable como una bomba de tiempo. De manera que por su equilibrio y el mío y el de esa incipiente madriguera con cría que intentábamos

erigir a cuatro manos, una mañana abrí el ojo que sonrío y me dije que ya era suficiente.

Fue entonces cuando nos llegó la invitación de Perucho.

A José Antonio, quien a pesar de su retraso evolucionaba y había logrado engranar sus rutinas biológicas de sueño y de alimentación, lo dejamos al cuidado del Leticia, el aya que desde el regreso de Carmen Luisa a su esclavitud ministerial nos ayudaba con las innumerables tareas que componen el día a día doméstico y en las cuales, a pesar de su esfuerzo y de su buena voluntad, mi leal Sigmuncita se desenvolvía con menos eficacia que en los pisos ambiguos del inconsciente.

Hacía tantos meses que no cruzábamos la puerta de una tasca, que en un primer momento la atmósfera que se respiraba en el interior enmaderado del Wolfgang Amadeus (Carmen Luisa lo llamaba «el WAB» desde su fundación) nos aturdió.

Perucho había cursado invitaciones telefónicas a algunos de sus amigos, pero, por supuesto, no por ello el local restringía la entrada al público. Por el contrario, tanto las dos barras que flanqueaban por ambos lados el inmenso espacio, como las mesas altas de la sección gastronómica y las bajas, de la sección etílica y melómana, que se extendían desde el borde mismo del entarimado central hasta la remota pared posterior que limitaba el fondo de la sala, se encontraban tan abarrotadas que resultaba una faena gloriosa el desplazarse de un lado a otro, sorteando mesa, sillas y jazzómanos furibundos que deliraban por doquier.

El primer impulso, repito, fue el de regresarnos por donde habíamos llegado. Nos retuvieron, no obstante, tres razones: una de ellas, la de escuchar y respaldar a nuestro jazzista favorito en su noche de debut. La segunda, más terapéutica, la decidida intención de practicar una operación comando sobre nuestros espíritus, hasta aquel momento secuestrados por las «huestes oscuras de la depresión», como las llamara Peraloca. Todavía recuerdo con una vivacidad casi dolorosa el estallido de alegría y de incredulidad con que Carmen Luisa recibió la noticia de la invitación de Perucho y de mi aceptación de la invitación de Perucho.

Y recuerdo un detalle curioso: lloró. Si excluimos la violación de Maruja; la muerte de Alberto y quizás alguna otra ocasión que se me escapa, nunca en todos aquellos años había visto a Carmen Luisa romper a llorar como ese día. Sólo mucho tiempo después, a la luz de los acontecimientos que sobrevendrían, pude comprender aquella explosión, que entonces me pareciera tan inopinada.

La tercera razón para no rebotar de la puerta del WAB como el vaho áspero que manaba de su interior recomendaba, era la presencia de Maruja, Antonio y una amiguita de Antonio, que también habían recibido el llamado de Perucho y que nos esperaban con toda seguridad en algún rincón del coliseo. A pesar de la semioscuridad que gobernaba el local, y supongo que por razones de seguridad, la zona inmediata al umbral de la entrada era bañada por un poderoso haz de luz que provenía de una lámpara colocada justo sobre el dintel, por el lado interno. Así, hasta para alguien

ubicado en la mesa más remota, resultaba más fácil distinguir a quienes entraban al bar que acertar con el rostro de quienes se hallaban justo en la silla de al lado. De modo que no habíamos terminado aún de recuperarnos del aturdimiento provocado por el cambio de atmósfera y nos hallábamos a punto de acometer nuestra obligada deambulaci3n ciega por el circo de humo, cuando escuchamos el familiar y atávico aullido de Peraloca (no podíamos verlo, por supuesto, pero ni a La Sigmuncita ni a mí nos hacía falta) provenir de cierto territorio próximo al escenario.

Por suerte, el jazzista había tomado la precauci3n de reservarnos sitio: una mesa pequeña y baja, pero cómoda para cinco, apostada al borde mismo del entarimado y anillada por un sofá semicircular y un taburete de auxilio, que le venía de perlas al grupo. Y allí estaban: Peraloca haciendo reír a su compañera a mandíbula batiente y Marujita conversando con Perucho, quien, nos enteramos enseguida, aprovechaba el entreacto del conjunto para practicar un itinerario de «reconocimiento» sobre las mesas de los privilegiados que recibieran su invitaci3n, y a quienes había dispuesto, aquí y allá, tan próximos al escenario como había podido.

—¡Se llenó el cuarto de agua! —bromeó Antonio, levantándose a recibirnos con un abrazo.

Marujita saltó del asiento batiendo palmas como catapultada por una espiral invisible. La mirada le brillaba y estaba más hermosa que la última vez que la viéramos. Gustavo y ella habían dado por terminada la relaci3n, y Antonio y yo habíamos temido que aquella circunstancia la abatiera de nuevo. Al parecer, el tiempo le estaba dando la raz3n a Carmen Luisa, quien opinara que La Princesa había progresado tanto que ninguna ruptura, por trascendente que fuese, lograría derrumbarla de nuevo. Cuando comenzó con Maruja, todos sabíamos que Gustavo se hallaba en una situaci3n de alejamiento no refrendado con respecto a una antigua pareja, cuya importancia nunca ocultó. Su comportamiento en torno a esto había sido absolutamente transparente, al punto que Maruja misma parecía estar preparada para cualquier viraje. Pero todos habíamos aguardado con temor el momento en que aquella reconciliaci3n ocurriera: algo que podía sobrevenir en cualquier instante. Ahora se presentaba la circunstancia: Patricia había regresado y Gustavo la había recibido. Y sin embargo, allí estaba Maruja: alegre y con sus piezas completas y en orden; un acto de magia que en verdad nos provocaba alivio.

—¡Por fin llegaron! —dijo Perucho, poniéndose de pie junto con Antonio para besar a Carmen Luisa.

—Nuestro jazzista favorito ha armado un concierto especialmente dedicado a sus amigos: una pieza por llave —declaró Antonio, mientras nos sentábamos—. No podía faltar nadie.

Carmen Luisa, que ya había comenzado a servirse el trago del debut, interrumpió para mirar a Perucho.

—¿Y cuál me anotaste a mí? —preguntó.

Perucho sonrió: había decidido no revelar los títulos hasta el momento mismo del obsequio.

—Vas a tener que adivinar —respondió Maruja—. No le ha soltado prenda a nadie, ni siquiera a Marisela.

—¿Marisela anda por aquí? —preguntó Carmen Luisa.

—Se dejó caer con unos amigos del canal —dijo Maruja—. ¡Míralos, los están saludando a ustedes!

Desde una mesa que distaba unos cincos metros de la nuestra, pero separada de nosotros por una muralla cerrada y sólida de mesas, sillas y melómanos, Marisela y dos desconocidos que la rodeaban nos ondeaban sus brazos. Alzamos nuestras manos a la recíproca.

—¿Y Eudora? —preguntó Carmen Luisa, mientras, para mi sorpresa, tomaba un cigarrillo de la cajetilla que reposaba sobre la mesa, y, casi sin percatarse, lo encendía: no la veía fumar desde los meses que precedieron al tratamiento contra la esterilidad—. ¿No trajeron a mi pitonisa privada?

—Le insistí en que viniera —respondió Perucho, sonriendo mientras se alejaba hacia las mesas vecinas—. Parece que anda enferma. De todos modos dijo que iba a trabajar un despojo para proteger mi debut... y les dejó muchos saludos...

—¡Epa! ¡Un momento! —gritó Carmen Luisa—. Usted no se me va sin brindar con nosotros, ¿no es así, cofrades?

Antonio, Maruja y yo soltamos la carcajada. ¡Cofrades! ¿Cuántos años hacía que no oíamos esa expresión? ¿Tres, cinco, nueve años? De pronto me vi de nuevo en el pasillo posterior de la vieja casa de los Paredes, en el clímax de la adolescencia, reunido con la cofradía en torno a los discos y la radio portátil, mientras escuchábamos «La colina musical imaginaria» y bebíamos por galones el jugo de naranja que Lastenia nos preparaba.

—¡Yo mismo soy!— exclamó el jazzista, al tiempo que se aprestaba a chocar su vaso contra los nuestros—. ¡Salud!

—¡Salud! —respondimos.

Carmen Luisa se bebió el escocés hasta el fondo, sin respirar, y comenzó a llenar el vaso de nuevo, mientras se aproximaba a Maruja, que estaba sentada a su derecha. Perucho ya se alejaba, abur, panas, y al otro extremo del sofá en semicírculo, Peraloca y Zenaida, su compañera de turno, remataban el brindis «con un beso de buzo». Le saqué partido a la brecha para lanzar una primera mirada de reconocimiento al inefable WAB: había una tenue niebla blancuzca cruzada por figuras vociferantes que parecían desplazarse flotando sobre las alfombras invisibles. Resultaba difícil distinguir los rostros, pero la pastosa oscuridad era interrumpida aquí y allá por haces de luz que de pronto parecían distribuidos a capricho, a excepción de los que alumbraban el escenario y el área inmediata a la entrada, y de los cocuyos que, encajados en la plancha aérea que cobijaba el mostrador en toda su extensión,

aclaraban con sus linternas dirigidas a algunas zonas de la barra. La banda aún se hallaba en descanso. El estruendo producido por los clientes aturdía, pero a mi lado podía escuchar el zumbido de la conversación que Carmen Luisa y Maruja sostenían. Mi bienamada continuaba ejerciendo, cada vez que le daban licencia, su rol de Sigmuncita. Había sido la confidencia indiscutida de La Princesa desde los tiempos de la tragedia: algunos se lo confesaban y otros no, pero todos, comenzando por la propia Maruja, le agradecían íntimamente aquella labor de amiga y de terapeuta que a la chita callando adelantara durante tanto tiempo. Ahora aquel diálogo me tranquilizaba: un sentimiento de confianza y de sosiego como el que suelen proporcionar los hábitos y las tradiciones arraigadas. El que ellas conversaran como lo estaban haciendo, si me permiten decirlo, le daba coherencia y sentido al mundo. Disfruté con calma el trago de whisky y deseé con una intensidad que me sorprendió que aquel diálogo intermitente las encontrara idénticas a sí mismas hasta el límite de los tiempos. Ignoraba con qué prontitud las circunstancias iban a defraudar mis deseos.

—Adivina qué... —me dijo, de pronto, Carmen Luisa, volviéndose hacia mí. En ella, una pregunta como esa sólo podía significar que se hallaba emocionada. —La niña aquí a mi lado conoció a la enigmática Patricia —dijo, por fin, mirando que yo la miraba.

Era el nombre de la compañera que había regresado a Gustavo para desplazar a La Princesa.

—Ya. Apuesto a que te disfrazaste de batichica y la espíaste a la salida de su trabajo —bromeé con Maruja, que casi tenía que acostarse sobre el regazo de Carmen Luisa para poder escucharme.

—¡Loco! —dijo Maruja—. Desmáyate: era ella quien quería que nos conociéramos. Almorzamos juntos los tres: Gustavo, ella y yo.

Ciertamente me sorprendió: estaba más fuerte e inmune de lo que habíamos creído. —Supongo que quien se sintió incómodo fue el cineasta —diagnostiqué, tratando de imaginarme a Gustavo entre las dos ninfas curiosas—. ¿Y qué tal? ¿Pasó el examen?

—Es una niña a todo dar —dijo Maruja, enfática—. Ninguna objeción: se merece a Gustavo.

—¡Mírala qué seria se nos puso! —exclamó Carmen Luisa— ...La solemnidad al bolsillo, querida: vamos a brindar por ese encuentro que es una celebración de la inteligencia.

Alzó el vaso mientras abrazaba y besaba a La Princesa.

—En buena medida es una labor de un personaje maravilloso a quien en los bajos fondos conocen con el nombre de La Sigmuncita —dictaminó Maruja, quizás ruborizada.

—Nos unimos al brindis y al reconocimiento de los talentos —dijo Peraloca, hablando en nombre de él y de Zenaida, que había suspendido por un momento su

combate erótico.

—Cierto: eres una celebridad en el grupo —acordó Zenaida, practicando una venia ante La Sigmuncita.

Para celebrar los laureles, Carmen Luisa se sirvió un nuevo escocés con soda (¿el quinto, el sexto?), mientras se aproximaba a Maruja a una distancia de susurro para que ésta continuara con la anécdota.

—Acérquese, Llanero —me dijo Antonio, por su parte, haciéndome sitio a su lado—. Se nos está vendiendo caro... ¿Cómo anda el tripón?

—Progresá, Peraloca —le dije—. Progresá día a día: lento pero seguro. Es un reto. Y lo disfruto como un reto. Me encanta ayudarlo.

Antonio me palmeó por la espalda.

—Sé que no podría ser de otra manera —me dijo—.

En ese momento, Maruja se soltaba a reír por algo que Carmen Luisa terminaba de contarle.

—Y bueno, parece que hay otra por allí que también sorteá las asechanzas —dije.

—Por suerte nos equivocamos —me dijo Antonio en voz baja—. Se le ve como nunca... estoy asombrado.

—Sí. Hay muchos motivos para estar contentos. El debut de Perucho, Maruja, los encuentros, la gente...

Antonio se sonrió como si supiera algo acerca de lo cual yo no estaba al tanto.

—Sí, la gente. Creo que hay más gente de la que debería estar —pontificó, repasando a la multitud a través del vaso—. De hecho creo que hay gente que no debería estar.

—¿Qué vaina es esa, Peraloca, un trabalenguas? —le pregunté.

Hizo un gesto hacia la barra de la derecha, en la cual, cerca de la caja registradora, parejas y grupos se apiñaban en doble fila sobre el mostrador o, en sentido opuesto, se inclinaban contra la pared, donde una repisa auxiliar les permitía acodarse.

—¿No distingues nada?

La distancia, unida al humo espeso y a la luz rasante de los cocuyos que deformaba las facciones, apenas me permitía la visión de bultos diluidos y máscaras desconocidas que bebían y engullían pasapalos como desmadrados.

—Cabrones en claroscuro y zorritas en minifalda —le respondí.

Fue Zenaida, no él, quien se rió.

—Ubícate en la lámpara doble, bajas la mira y la dejás correr metro y medio hacia la derecha —me guió Antonio—... Al lado del viejo que lleva el paltó parecido a una casaca...

Seguí las instrucciones: de la masa informe comenzaba a emerger una cabeza que, lentamente, impenetrable ante mi incredulidad, tomaba forma reconocible.

—No me digas que... —comencé a decir, sorprendido.

—El mismo que viste y calza, Llanero —anunció Antonio —El inefable Agustín Febres, alias El Colorado, en carne y hueso.

¡El Colorado Febres! ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo viera? En realidad no había estado cerca de él desde aquella mañana de 1958, cuando me lo tropecé cerca de su casa, en Las Acacias. Todavía estaba convaleciente de la herida producida por el disparo de Alberto: yo subía a pie la calle y casi nos dimos de frente. Caminaba con dificultad, debido, seguramente, a los vendajes. Eran los tiempos del odio. Aunque, para ser sinceros, a raíz del atentado de que Alberto lo hiciera víctima un segundo antes de volarse el paladar en plena calle, mis sentimientos hacia él comenzaron a cambiar.

Y cambiaron todavía más después de la confesión de papá. Entonces no solamente su inocencia en la tortura de Maruja quedó establecida, sino que el sorpresivo trueque de las situaciones lo transformó incluso en víctima. Había sido ajusticiado y colocado al borde de la muerte por un error. Un chivo expiatorio... un chivo expiatorio que, por añadidura, era totalmente inocente de los cargos. Si excluíamos una que otra trastada de adolescentes, algunas quizás de muy mal gusto, pero que juzgadas a la distancia no pasaban de ser chiquilladas de inmaduro.

Y sin embargo, aquella era una revelación que me pertenecía en exclusiva. Hasta el padre Altuve, confesor de papá y segundo depositario del secreto, había, según me lo dejó saber don Jacinto, tomado su misma trocha unas semanas más tarde. Y, a menos que quisiera cagarme en la memoria de mi propio padre y asearme con su mortaja, el abrir la boca me resultaba impensable.

De ese silencio, por lo tanto, no había excluido ni siquiera a Carmen Luisa. Me sentía como un personaje de Félix B. Cagnet, con el agravante de no poder sacudir la circunstancia, y reírme a dos voces, compartiéndola con Peraloca.

No resultará difícil entender que yo trataba de pensar en la confesión de papá lo menos que podía, pero así como ahora la recuperación de La Princesa me alegraba por partida doble, de igual manera la presencia de Febres y el recuerdo de su gravedad y de la muerte de Alberto, me hacían sentir una culpa incómoda y pesada.

Sin proponérmelo me volví a ver caminando a lo largo del malecón la noche del desafortunado cumpleaños, diez años atrás. Reproduje, tanto como me era posible hacerlo, la secuencia de los acontecimientos desde que, al final de la tarde, saliéramos hacia el litoral, hasta el momento en que, al filo de la madrugada, regresáramos a la ciudad, abatidos, tratando de calmar el loco desespero de Alberto.

No sé cuánto duró este trance memorioso. La primera acometida del conjunto de Perucho ya se había iniciado, pero se me hizo imposible atención alguna. A veces me volvía hacia Carmen Luisa, quien interrumpía su embeleso jazzístico o la breve conversación con Maruja para besarme, o respondía de manera mecánica a alguna anotación de Peraloca; pero por alguna razón (¿la culpa?, ¿la agria nostalgia?) yo me hallaba sumido en un pozo cavado diez años antes, del cual, en ese momento al menos, no podía ni quería ser rescatado.

El aplauso unánime y los hurras que la audiencia, frenética, les colgaba a Perucho y a

su conjunto me devolvieron al estruendoso tiempo del «WAB». En ese instante me percaté de que lo que había estado oyendo durante los últimos minutos, y que desatara la apoteosis que vivíamos, no era otra cosa que la metamorfosis de una vieja improvisación sobre el tema de «Jarrito pardo», que Perucho nos hiciera escuchar antes, y que ahora ofrecía mezclado con pequeñas dosis de «Serenata a la luz de la luna» y elevado a niveles simplemente magistrales. El collage había sido dedicado, por supuesto, a nuestro Peraloca, un legendario adicto al melancólico y terso Miller. Y ahora era precisamente Antonio quien había dejado de percutir sobre la mesa, y comenzaba a llorar, extático, en silencio, sin apartar la vidriosa mirada del escenario, donde el conjunto agradecía la ovación.

—Era un cursi. Respetable si ustedes quieren, pero cursi al fin —nos dijo Carmen Luisa por lo bajo a Maruja y a mí, abrazando nuestros cuellos y convocando nuestras cabezas a la manera de los juramentos de los tres mosqueteros—. Corrijo: un cursi que se hace respetable en el saxo del jazzista de San Agustín. Pero no le digan nada a Peraloca, por favor: dejaría de hablarme.

Comenzaba a enredársele la lengua. En una época había sido una buena bebedora, pero tal vez ahora la falta de costumbre le estaba jugando una mala pasada. La besé y me puse de pie: de pronto me había atacado una urgencia por el baño, ahí te la dejaba, Marujita, me la cuidarás, Princesa, ¿sí?

Para llegar al «Caballeros», un letrerito iluminado que apenas se distinguía al fondo del salón, a unos treinta metros de la mesa, había que tener paciencia, sentido de la orientación y maña. Al comienzo, justo detrás de nosotros, se alzaba un primer bosque de mesas, sillas y taburetes, después del cual se tropezaba un minúsculo descampado que limitaba con la sección más poblada del bar, constituida por una segunda barrera de mesas a la izquierda, y por la oscilante multitud que se agolpaba en la barra, a la derecha.

Con el propósito de evitar el peligro de un traspies que me proyectara sobre las mesas bajas y me hiciera aterrizar entre las botellas y las bandejas de pasapalos, me decidí por la ruta de la derecha, un sendero de alfombra que aparecía y desaparecía, estrechado entre el mostrador y las banquetas de la barra, por una costado, y un pretil de mediana altura, con repisa auxiliar donde se acodaban los que no habían podido insertarse en la línea de vanguardia, por el otro. En aquella travesía del desierto recibí empujones, codazos, zancadillas y golpes de carteras a diestra y siniestra. Resistí con mansedumbre: dadas las circunstancias no cabía esperar otra cosa. Pero cuando salvaba el trecho final a la altura de las cajas registradoras, un zarpazo sobre el hombro que resultaba distinto a los demás pero que con buena voluntad todavía podía ser considerado como un saludo, me detuvo, mientras oía una voz áspera detrás de mí que

—¡Fernando Landáez! —saludaba, chillando casi— ¡Mi inolvidable y querido contendor de tantas batallas!

Cosas del escocés: había olvidado por completo la presencia de Febres en el bar; pero escuchar aquel estridente berrido a mis espaldas y transportarme al aula cinco del Fray Luis de León del año 57, fueron una misma y desagradable función. Me sentí de nuevo interrumpido por una de las sesudas pendejadas que Febres dejaba escapar desde el fondo del salón de clases con el propósito (fallido siempre) de arruinar algún comentario nuestro.

—¡Choca esas cinco, pana! —continuó, antes de que pudiera responderle el saludo—. El reencuentro de dos viejos lobos de mar es un acontecimiento que merece ser celebrado con un brindis...

Y por allí siguió no sé por cuánto tiempo, sin quitar su mano de mi hombro, mientras yo lo escuchaba en silencio. Era el mismo registro de siempre; ahora, no obstante, el tono resultaba premeditadamente distinto. Casi se podía decir que implorante.

—Con gusto aceptaría, compadre, de verdad —alcancé a responderle, por fin—, pero estoy en la mesa con Carmen Luisa y unos amigos, tú sabes...

—Sí, yo sé. Los he estado vigilando desde aquí: toda la cofradía en pleno. Cofradía era como le decían, ¿no es así? —balbuceó, señalando hacia la mesa—. Están todos, sólo falta Alberto... ¡perdón! No quería molestarte... —¿era mi imaginación o realmente El Colorado estaba temblando?— Estoy seguro de que Antonio no se disgustará porque tomes un trago conmigo... Dos viejos panas, ¿no? En cuanto a las mujeres, tú sabes cómo son, mientras las dejes hacer la cotorra...

¡No podía creerlo! Aquel tipo se comportaba en la línea opuesta a El Colorado que una vez había conocido, y, sin embargo, se trataba de la misma persona. Por un momento reconstruí la imagen de aquella estrella del fútbol, fanfarrón y caradura, que tantos malos momentos nos hiciera tragar en la secundaria: éste de ahora parecía su torpe caricatura. Experimenté lástima. Y recordé que Alberto lo había puesto al borde del foso, creyéndolo responsable de algo en lo cual, yo bien sabía, nunca se había metido. ¡Maldita sea! Me sentí muy mal. Una culpa enorme como un tepuy me cimbraba la nuca. Experimentaba verdadera conmiseración por aquel pobre diablo que ya no era el que había sido, y que se había declarado mi enemigo, por decir algo, en los tiempos lejanos en que yo mismo también era otro. Mi antigua pasta solidaria de nuevo salió a flote.

—Okey, loco, vamos a despachar un trago a cuatro manos en esta barra —accedí, como si se tratara de una penitencia asignada por el padre Guillermo once años atrás—. ¡Todo sea por los tiempos heroicos!

El Colorado pidió dos escoceses mientras yo me acomodaba en el taburete vecino, el cual, jamás supe cómo, estaba disponible a pesar de las hordas salvajes que merodeaban en búsqueda, precisamente, de un lugar donde reposar el trasero.

Creo que hay que brindar por el viejo Fray Luis y por las grandes enemistades —dije, de una manera que enseguida me sonó ridícula, intentando sonreír, un segundo antes de percatarme de que nada podía conversar con aquel infeliz y de maldecirme en

susurro por haber aceptado la invitación.

Febres alzó el vaso y me miró fijamente.

Y por el tiempo... que siempre coloca las cosas en su perfecto lugar —corrigió—
...Siempre pensé, querido Fernando, que nosotros dos, en el fondo, nos admirábamos mutuamente. Cada uno en su bando, éramos los mejores: al lado, los demás parecían gusanos principiantes. ¿Recuerdas el carnaval de 1957? Yo me había disfrazado de pirata y ustedes...

Sí. Recordaba el carnaval de 1957, pero no tenía el menor deseo de discutirlo. Y mucho menos en ese momento. Y mucho menos con él. Por suerte él mismo se encargó de ahorrarme el esfuerzo, porque una vez que tomó la palabra no se le ocurrió soltarla, ni para tomar aire, hasta el final de aquel accidentado aborto que más tarde Peraloca, riendo por lo bajo, llamara «la cita de la barra». Se lanzó sobre el carnaval del 57 como un perro de presa. Y, con iguales bríos, pasó a los campeonatos de fútbol y a los bailes de fin de curso y a las anécdotas de pasillo.

Debían haber transcurrido unos veinte minutos en este tenor cuando comencé a sentir que ya tenía suficiente, y que si alguna culpa ajena debía expiar, aquella dosis de imbecilidad soportada me reservaba de modo expedito un nicho vecino al de San Francisco de Asís, única figura del santoral con quien aún mantenían unas relaciones cordiales.

Me disponía a dar por concluido el desafortunado cónclave cuando El Colorado, interrumpiendo el único párrafo de mi despedida justo en la mitad, inició, no sin ansiedad, la fracasada embestida que Peraloca, más tarde, bautizó con el mote de «trabajos de amor perdidos».

—¡No lo puedo creer! —fue lo que alcanzó a decir Antonio, cuando, ya en la mesa y recuperado a medias de mi estupor, pude darle una síntesis de la malograda excursión por las barras—. ¡El Colorado Febres metido a marica! ¡El Colorado Febres tratando de seducirte como un marica! —repetía, sin salir de su asombro—. Confieso que te practiqué un seguimiento a distancia, sobre todo después que te sentaste con él. Pensé que te habías vuelto loco o estabas borracho o te había obligado bajo amenaza. Por un momento, incluso, creí ver un arma en su mano: tratándose del Febres que conocimos, todo podía ser posible. Me tranquilicé, sin embargo, por la conversación que siguió; visto desde aquí, parecía amable, hasta amistoso. Pero no bajé la guardia, de modo que cuando vi que con un salto te apartabas del taburete, creí que te había desafiado o, incluso, lanzado un primer yab a la quijada. Ahora resulta que no era un yab sino una tiernísima caricia —bromeó, practicando una caricatura de ademán femenino.

Carmen Luisa, Maruja y Zenaida habían ido al baño. Decidí despachar la anécdota antes de que regresaran.

—Se me declaró, Peraloca —le dije—. Me confesó que me amaba; que me había amado toda la vida; que todas aquellas tretas y marramucias en mi contra no eran otra

cosa que deseo...

—¿Dijo así: «deseo»? —preguntó Antonio.

—Sí, «deseo» —le respondí.

—Esta historia le va a encantar a La Sigmuncita —dijo Antonio.

—No lo dudo, pero no quiero conversar de esto frente a Marujita —opiné—. Se lo contaré a Carmen Luisa cuando lleguemos a la casa.

—Tienes razón —acordó Antonio—. No es bueno que La Princesa lo oiga. Pero termina, ¿por qué saltaste del taburete? ¿Te agarró la presa?

—Casi. Cuando estaba terminando la declaración me puso la mano en el muslo, me lo apretó y comenzó a deslizarla hacia arriba. Si no me coloco a buen resguardo con el brinco que viste se hubiera aferrado a su bastón, estoy seguro.

En ese momento nos percatamos de que Perucho se había acercado y estaba de pie frente a nosotros.

—Apuesto a que adivino de qué están hablando —dijo, con una sonrisita irónica. Antonio y yo nos vimos las caras.

—Nuestro amiguito El Colorado, ¿no es así? —dijo Perucho—. Con toda seguridad que se puso a hacerte ojitos.

—¡Hacerle ojitos! ¡Si se descuida lo empaqueta y se lo lleva envuelto a la cama! —bromeó Antonio.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté a Perucho.

—Esa fue la razón por la que tuve que cortar la amistad hace nueve años. Se me insinuó, me echó mano, incluso —dijo Perucho, sentándose—. No me quedó otra alternativa... Cuando me di cuenta de que estaba contigo en la barra y vi tu reacción al final, supuse que volvía a sus andadas. Viene por aquí de vez en vez, cuando me contrataban a destajo no se perdía una actuación. Se sienta siempre en el mismo sitio y me mira. Por suerte no se ha puesto agresivo... al menos no todavía.

—¿Y qué hace? ¿De qué vive? —preguntó Antonio.

—Por lo que sé... trafica —respondió Perucho.

—¿Trafica?

—Droga —dijo Perucho, por toda explicación-, jibariza.

Maruja, Carmen Luisa y Zenaida llegaban del baño, celebrando algún chiste, y Peraloca aprovechó para iniciar una larga disertación sobre la versión de «Jarrito pardo» que Perucho le había dedicado.

Miré hacia la barra: acodado, con un vaso en la mano, Febres sonreía, sin apartar los ojos de nosotros.

Capítulo XIV: 1973

1

¿SE TRATABA del cumpleaños de Alvaro o de una reunión para celebrar el comienzo del nuevo trimestre en la universidad o del recibimiento de un espécimen recién llegado que se incorporaba a las huestes de becarios? Lo he olvidado. Como quiera que fuese, para mí sólo contaba aquella posibilidad: la promesa telefónica de Alvaro que juraba la presencia de La Flaca en la fiesta. El momento que había estado aguardando desde aquella despedida en Macuto, en julio del año anterior, finalmente llegaba. Aquello encarnaba, para decirlo en términos sagrados, una verdadera epifanía. No me importaba cuán firme había sido ella en su decisión ni mi promesa de no buscarla una vez que estuviéramos en Londres ni siquiera el que yo hubiese reconocido el peso de las razones que la sostenían. Estaba dispuesto a todo con tal de recuperarla, y me lo dije así, con esas exactas palabras que me sonaron a ranchera de los cincuenta.

Me hallaba en el inicio de mi tercer trimestre en el postgrado. Ocho días antes la dulce Noemí y yo nos habíamos despedido: un final apacible después de unos pocos meses intensos y serenos a un tiempo, que me prepararon como ninguna de las terapias alternativas de las psiquiatrías alternativas hubiera podido hacerlo para abordar despojado de culpas el reencuentro con La Flaca.

Había regresado, pues, con mis dos inefables compatriotas al piso de Finchley. No era precisamente una alternativa que me enloqueciera de placer pero en aquel momento andaba más bien corto de opciones. Para decirlo sin anestesia, sólo las razones de mi siempre desprovista bolsa me retenían aún en aquel sitio. Mis relaciones con Eduardo y con El Tucán no habían marchado como esperáramos, y si el colapso no había sobrevenido se debía sin duda a las temporadas de exilio dorado que gracias a Sandra y a Noemí disfrutara en los refugios que mis vestales ocupaban en Kentish Town y en Golders Green.

Una serie de fracasos académicos y eróticos habían convertido a Eduardo en un individuo irascible, con la insoportable susceptibilidad de los neuróticos. Con respecto a El Tucán la situación era peor, sobrevivía a base de negocios en la cuerda floja de la droga y sus alrededores, y a menudo sufría tropezones con la policía. Sin embargo, nada de eso me importaba demasiado, al lado de la pasta de la que parecía estar hecho; su asertividad se había transformado en fanfarronería, y su iniciativa, que vista desde lejos podía entretener y hasta divertir, sufrida de cerca se transmutaba en una verdadera máquina de atropellos a los derechos, al espacio y a la intimidad de los otros.

Con aquel par de personajes, sociedad a tres porciones para la renta del piso, me disponía yo a salir al reencuentro de mi felicidad aquel atardecer de primavera en la

gruta encantada que el gordo Alvaro abriría para nosotros una hora después. Estaba tan hechizado por la inminencia del milagro que no me detuve ni un momento a pensar en las siniestras consecuencias que las malas vibraciones del dúo, suficiente para enrarecer el aire de un bosque de eucaliptos, pudieran acarrearle a mi velada. Se trataba, sin embargo, de un optimismo casi suicida, habida cuenta de que apenas se apoyaba sobre el reflejo de una imprecisa pupila contra la tibia noche del Caribe, un año atrás.

El Tucán nos aburrió durante el largo trayecto en subterráneo con los detalles del proyecto comercial que acometería tan pronto regresara, (sic), a suelo patrio (por cierto, nunca me quedó claro la naturaleza de aquel engendro que parecía satisfacer al mismo tiempo los rasgos de una arepera, de una casa de modas y de un burdel cuatro estrellas), Eduardo y yo, cada uno por razones distintas nos hallábamos, como se decía en las novelas del siglo XIX, sumidos en nuestros propios pensamientos. Sin embargo, lo poco que pude atrapar de la perorata delirante de El Tucán, me llevó, a la altura de la estación de Queensway, a interrumpir brevemente mis sesudas reflexiones para hacerme seriamente, por primera vez desde que lo conocía, la siguiente pregunta, apartada y entrecomillada:

«¿Estará, por ventura, el tostado de El Tucán atravesando los infernales límites de la insania mental?».

No pude responderme. Tampoco los lectores. Me limité a mirar a Eduardo, buscando una coincidencia en el diagnóstico, pero Eduardo se hallaba en una dimensión temporal paralela, fuera del alcance de los mortales. Así que cerré de nuevo los ojos y regresé al rápido repaso de mi estrategia para la noche y a la evocación minuciosa de mi amada.

Cuando asomamos nuestras cabezas a la superficie a la altura de la estación de Holland Park era ya noche cerrada y las calles se habían revestido de una tupida gasa de lluvia blanca. Aunque ya llevara casi un año en la ciudad y conociera de sobra los caprichos del tiempo londinense, había vuelto a incurrir en la temeridad de confiar en el cielo despejado que media hora antes pareciera eterno. Así que la primera visión que «la favorecida de los dioses» tendría de mí, me dije, cuando cinco minutos más tarde franqueáramos la entrada al apartamento de Alvaro, sería lamentable.

Enchumbado de pies a cabeza, chorreando, despeinado y con la quijada temblándome comoapestado, maldije a la deidad demente que regía el estado del tiempo en las islas brumosas, y le tendí un abrazo a Alvaro, confiando en que Santa Rita de Casia, abogaba de imposibles en los templos de la infancia, aún ignorara mi deslizamiento a las filas del agnosticismo, y condescendiera a enderezarme la velada.

Una veloz mirada de reconocimientos sobre el territorio arrojó un primer resultado negativo. Deduje que La Flaca no había llegado aún, y repartiendo un saludo aquí y allá me dejé llevar en guinda hasta el dormitorio principal por Alvaro, quien se había empeñado en prestarnos unas camisas de repuesto.

—Tu divino tormento ya llegó, buitre —me dijo, sonriendo, al tiempo que me lanzaba sobre los hombros una especie de blusa estampada con manchas multicolores. Sentí un calor repentino que me sacudió hasta el hueso, como si me hubiese despachado un trago de ron de un viaje.

—Tranquilo, antes quiero castigarla un poco— le dije, ¿por dónde se andaría escurriendo mi pequeña guabina?

La camisa de emergencia me daba una catadura de jamaiquino marginal que no cuadraba demasiado con mis pretensiones para la fiesta, pero al menos me permitió el lujo de la comodidad. Una vez que estuve seco, vestido y acicalado me calcé mi par de lentes favoritos de piloto suicida y, recordando algunas de mis antiguas proezas en el gremio, despegué hacia la sala. Fue entonces cuando ocurrió: en un segundo me desinflé como si un verdugo oculto hubiese desgarrado un mazazo sobre mi nuca: al fondo del salón, emergiendo de la espuma de la alfombra, cubierta por un obsceno y divino pulóver carmesí, una bufanda magenta y una minifalda de estampado escocés, afrodita sonreía mientras una manada de faunúnculos y sátiros enanos ejecutaba una danza infiel en su entorno.

Mirarla y encegucen fueron simultáneos. Toda la maldita ansiedad y toda la culpa acumuladas en meses de vigilia se descerrajaban sobre mí de modo inclemente. Me sentí aturdido y torpe. Saludé a los sátiros y a la vestal con una sonrisa y, asfixiado por el estupor, tomé la decisión de postergar el abordaje hasta que llegaran las ambulancias con las bombonas de oxígeno.

También ahora hago un alto en las notas: Ferrini llama para hablarme de las reacciones del elenco después de las primeras lecturas de la obra en colectivo. Te lo diré con dos palabras, anuncia sobreactuando, ¡la apoteosis! Una apoteosis que no le debe nada a tu talento y mucho a mi buen ojo, bromea. En todo caso, el jueves debo reunirme con el elenco en pleno para una sesión de dinámica grupal sobre el texto.

También quieren que debatamos sobre Artaud y el teatro de la crueldad.

Inútil mi aclaratoria previa de que la obra sólo se inspira a segundo nivel (y en ningún caso se fundamenta) en un aspecto parcial del paradigma artaudiano (y en ningún caso en toda la proposición): aquel que atañe al énfasis del inconsciente en la génesis de los personajes y de las situaciones (pero en ningún caso al control creativo de la obra). Inútil, repito: por vía de nuestro italiano favorito han insistido en llevar al pobre poeta a la mesa de disección, una actividad casi forense donde se supone que yo blandiré el bisturí. ¡Los dioses benévolos me protejan de la gloria post mórtem!

[Nota de La Flaca: también yo comenzaré con una invocación. ¡Bendito sea Amalivaca!, como dirías tú en tus buenos momentos. ¡Adoro estos diálogos silenciosos que me divierten y te revelan y me revelan a mí a través de ti! Tienes toda la razón: aún puedo revolcarme de risa al verte de nuevo con tu insólita blusa

jamaiquina que no hacía juego con nada, y tu expresión inédita de terror. Algo que jamás había sorprendido en tu cara. ¡Y mira que me he paseado por tu repertorio más bien rococó! (A propósito, ¿te has dado cuenta de cuán rococó es la palabra rococó?)... Pero, y esto es lo que en definitiva valía para mí, eras reconocible. Y ahora, querido teatrero, imagina por un instante que el luminero crea una total oscuridad en la escena para, acto seguido, derramar un haz de luz violeta, sólo un haz de luz violeta en forma de cono sobre mi «evanescente silueta de afrodita», congelada en medio del círculo radiante (?). Ahora nadie te mira. Ni siquiera yo, que apenas me resta pupila (¿conciencia?) para mí misma. Una pupila frágil que ahora se diluía en ti (y esto es lo prodigioso de temerle al ridículo) en la misma medida en que tú te diluías en ella. En síntesis, nada de qué avergonzarte, pichón de lobo... porque recuerda, ¡oh memoria infiel!, recuerda: una hora después era esta pobre Caperucita Magenta (tu recuerdo de la bufanda es, por alguna razón, magenta) quien debía recurrir a sus ardides de nínfula perversa para amortiguar (no impedir, ojo, aquí reside la seducción de la víctima) aquella colección de afiladísimos colmillos que se desplazaban sobre mí, desde el fondo de la fábula, flotando aislados e incandescentes como la sonrisa del gato del reverendo Dodgson.

Así que, Llanero de las islas brumosas, no discutimos a quién le correspondió el rol de presa y a quién el de sabueso, porque, admitámoslo una vez más, ambos recalábamos en aquel reencuentro de primavera con una avidez de comejenes capaces de minar en una noche todos los árboles de Holland Park y de las selvas de Ticoporo, juntos, y quedar con hambre.

¡Ahora llama a tu second, aprendiz, que estás desinflado y en cuenta de ocho!].

Bien, se dirá que a confesión de parte, relevo de pruebas. Y sin embargo, sin embargo. Desde esta taza de té y este sillón de mimbre que me ayudan a contemplar al valle de Guaicaipuro y al pasado con sabiduría de piache, Caperucita no se me asemeja tanto a Salomón como pretende el relato entre corchetes.

¿Capacidad de simulación? ¿La seducción colocada al servicio del antifaz? Lo cierto es que lo que me vino al ánimo con aquel primer tropezón en la sala de Alvaro, fue el retirarme a mis posiciones en espera de un mejor momento para el abordaje.

Debieron haber pasado dos horas, quizás dos horas y media. La fiesta había estado tan a la altura de las circunstancias como la fama de desafortunados de que los venezolanos disfrutaban en Londres hacía esperar. Yo había estado tratando a duras penas de mantener mi lucidez, una tarea nada sencilla, dada la presión de los sedientos que me rodeaban; por añadidura, el estado mismo de los sedientos determinaba una especie de borrachera por contagio que amenazaba con arruinar mis propósitos.

Me hallaba en un rincón de la cocina, terminando con los restos de la bandeja de empanadas que Rosa, la esposa de Alvaro, había preparado para sus invitados en un arrebatado de patriotismo, cuando fui tocado por el desasosiego de la muerte. Me repetí

aquellos versos de Quasimodo (¿o de Ungaretti, o quizás de Montale?) que analogan la vida a una prolongada soledad cruzada por un rayo que la noche total interrumpe de manera súbita. Me sentí como una minúscula partícula de existencia, aplastada por el peso de la eternidad en la soledad cósmica que había aterrado al poeta, y dejando escapar por torpeza la única oportunidad de vislumbrar «su breve y modesta dicha sobre la tierra», a la que debía tener derecho.

Palidecí. Me repetí que sería ahora o nunca, y, balbuceando un primitivo grito de combate, me lancé hacia la sala (al paso, permítanme decir que dejo a los infieles sus quejas sobre la inutilidad de la poesía; a mí, en particular, más de una vez un dístico providencial me ha sacado del foso).

Debió ser en este momento cuando ocurrió ese fallido rimeic de Bogart en «Casablanca» que La Flaca me atribuye en uno de sus recientes, impertinentes —y vengativos— corchetes. No sonaba «As time goes by», ni el más reciente larga duración de los Rolling Stones que minutos antes había hecho sudar a los aficionados, sino uno de esos popurríes de la Billo's que La Flaca debió haber bailado en su adolescencia, aquel en el cual Pirela deja una versión de «Sombras» aún más tristonera que la original. Para los que gustan de los detalles, añadiré que el disco marchaba justo por aquella estrofa en la que el cantante advierte que «abrirá lentamente sus venas y su sangre toda verterá a los pies de la desdeñosa amada», cuando avancé hacia la zona-objetivo: una breve terraza a nivel del jardín posterior donde mi vestal caribeña hacía de las suyas rodeada por una corte de bufones.

El apartamento de Alvaro era uno de esos espacios que los ingleses llaman «groundfloor»: ubicado por debajo del nivel de la entrada, pero a la altura de las cespederas anterior y posterior. La puerta en forma de ventana francesa que se abría sobre la pequeña terraza desnuda, se hallaba de par en par y, para ser primavera, el aire que entraba desde el patio helaba, la grama esta hecha un pantano por la lluvia que había caído en la tarde y flotaba una humedad casi pegajosa. En este espacio, por curiosa que pueda parecer la escogencia, se había instalado La Flaca con su séquito de payasos (por cierto, antes de que una voz sensata exigiera el cierre de la puerta en cuestión para proteger la salud de tanta sangre ecuatorial que merodeaba en la zona, ya la brisa polar que soplaba desde los jardines había realizado su labor de zapa sobre los bronquios de varios imprudentes, incluidos los de mi amor, como se evidenciaría un día después). Desconocía a la mitad de los miembros de aquella comparsa que apenas me permitía ver con claridad a mi objetivo mientras me desplazaba hacia él, e ignoraba, asimismo, las razones por las cuales La Flaca, a pesar del asedio, y habiendo sido con toda probabilidad varias veces solicitada, permanecía sin bailar. Pero la mecha estaba encendida y ya era demasiado tarde para sofocarla.

Ahora ha llegado el momento de pedir disculpas. La secuencia que sigue es algo atropellada porque así lo fue en la realidad, pero contiene, además, un elemento confuso que procede de mi propio aturdimiento en la circunstancia.

Hasta aquel momento sólo había cruzado una rapidísima mirada con La Flaca; una maniobra tan veloz y tan cargada de ansiedad que me resultaba imposible precisar si la repuesta había sido o no de aceptación pasiva, de invitación o de franco rechazo. Decidí que debía aproximarme, saludar en masa y ver su reacción: daba por descontado que a esa distancia de duelo cuerpo a cuerpo a cuchillo la lectura que podría hacer de su párpado sería inequívoca.

Me aproximé, entonces, y saludé, poniendo especial cuidado en que la gripe pasmada que me había estado rozando en los últimos días no me provocara un falsete. Borré de mi atención el ladrido unánime que el coro de saltimbanquis emitía y me concentré en el milagroso triángulo cuyos vértices coincidían con las puntas externas de las cejas y el levísimo orificio que dividía simétricamente en dos la barbilla de mi bienamada. Si Ferrini hubiese estado allí aquella noche, no hubiera vacilado en emplear su expresión favorita para describir lo que vi: ¡la apoteosis! La sonrisa con que fui recubierto y los destellos iridiscentes que me encandilaron desde la almendra misma de la pupila, me expulsaron de la duda para trasladarme por un segundo al universo de silencio y de luz donde me aguardaba la vida.

Me sentí lleno de confianza y, empujado por este asentimiento anticipado, alargué el brazo para rescatar a mi amor de aquel aquelarre ocioso y raptármela al centro del popurrí donde Pirela ya prometía «demostrar que más no era posible amar... y morir después».

Entonces fue cuando ocurrió la escena más característica de botiquín orillero que pudieran recordar mis todavía medianos años. Más tarde se tejieron toda clase de hipótesis en relación con El Tucán y su insólito comportamiento, pero en aquel primer momento todo fue confusión y atropello (se conjeturó desde la acción de un endemoniado cocktail de drogas —que un amigo falso le habría suministrado— capaz de despachar a cualquiera a la zona del regreso imposible, incluso a él que no era precisamente un novato en las lides, hasta una venganza postergada, contra mí, por alguna razón que nadie atinaba a precisar, aunque algunos mencionaron a Sandra, mi princesa chilena, y a un presunto desaire de ella contra el personaje de marras).

¿Qué ocurrió en verdad?

Intentaré dar los grandes brochazos del paisaje, tal como puedo recordarlo ahora, a dos años y varios miles de kilómetros de distancia. En la secuencia inicial El Tucán se interpone de manera agresiva entre La Flaca y yo, y con su mano derecha aparta la mía que ya alcanzaba la de La Flaca, al tiempo que me agarra con la izquierda por el cuello de la frágil blusa jamaíquina, mientras balbucea una perorata en relación con la supuesta decisión de no bailar por parte de La Flaca y de mi también supuesta insistencia a invitarla a pesar de sus negativas.

Era evidente que me confundía a mí con otro, o a otro conmigo. En cualquier caso, bastaba constatar su vidriosa mirada de poseso para aceptar que en aquellas circunstancias no sólo era capaz de practicar una infinita rotación de identidades con

todas las personas que tuvieran la mala fortuna de rozarlo, sino que resultaba perfectamente pertinente el preguntarse si sabía siquiera que estuviese vivo todavía, y, en caso de ser así, en cuál galaxia espiral estaba paseando en ese momento sus malditos huesos.

La segunda secuencia me presenta intentando persuadir al personaje de su error y de la conveniencia de dejar en la dama la decisión en cuestión. El testarudo insiste en su idiotez mientras detrás de él nuestra dama comienza, aun con timidez debido a la falta de costumbre, a intentar hacer valer su derecho a la independencia de criterio. El sujeto no sólo declina el darse por enterado sino, en coherencia con el delirio, trastrueca al extremo opuesto cada una de las palabras que escucha.

En la tercera secuencia, me veo mirarlo fijamente y optar por evadirlo como obstáculo, sin rozarlo siquiera. Inútil. Como si lo hubiera desafiado con un insulto, lo escucho repetir que aquella mujer es suya, una y otra vez, como un muñeco de ventriloquia, al tiempo que me siento tomado por el cuello y aventado hacia atrás. Retrocedo trastabillando pero no pierdo el equilibrio ni me voy al suelo, por el contrario, escucho la voz de La Flaca que me grita advirtiéndome del ataque y llamándome, ¡oh espíritus del Guaraira Repano!, con dos palabras mágicas: su amor. En una millonésima de segundo, y mientras miro al chupamedias tomar impulso en cámara lenta para descargarme el primer puñetazo, evaluó la correlación de fuerzas. El Tucán me saca cinco centímetros y diez kilos en claro, me digo, pero está fofo como un mango podrido y con una voladora de antología. La táctica estriba en no dejarme tocar por sus zarpazos, si fuesen varios. Hacerlo rodar con maña no debe resultar muy difícil y una vez en el suelo puedo apostar que se quedará echado allí hasta el solsticio de verano.

La cuarta secuencia me muestra en el momento de aplicar el esbozo táctico al pie de la letra. Por suerte, basta una escurrida: miro a El Tucán abanicar el aire con su torpe gancho de derecha mientras me hago a un lado. El impulso, que lo hace girar media vuelta, lo deja desguarnecido, efecto que aprovecho para sablearlo por un costado del cuello, atravesarle la pierna en zancadilla y empujarlo hacia un lado y hacia atrás. Lo veo dar un traspies, y cuando ya me apresto a celebrar la treta al tiempo que lo miro rodar hacia el jardín, hete aquí que el hijo de puta saca un último resto de fuerza, lanza un manotazo loco sobre mí y logra halarme junto con él en el resbalón para caer de espaldas contra la grama como un enorme saco de papas, y hacer que yo caiga finalmente sobre él, aplastándolo.

En la quinta secuencia me pongo de pie, de nuevo mojado y empantanado, pero esta vez con el brazo de La Flaca anillándome el hombro. Enlazados, caminamos hacia el interior de la salita cuando de pronto la siento contorsionarse, víctima de una repentina convulsión. Alarmado soy yo quien ahora la sostiene y le alza la cara: no sufre, llora por un ataque de carcajadas que a duras penas le permite mantenerse en pie.

—¡Qué locura! —balbucea con dificultad—. ¡Qué locura! —repite, sin parar de reír, ¿no le iba a dar un besito yo, su amor? ¿No íbamos a celebrar aquel movidísimo reencuentro? Le dijera yo, su amor.

2

De Marsella al asilo. La meningitis. El láudano. El teatro y la poesía. El amor de Génica y el desamor de la vida. Tiempo y tragedia: Artaud. Lo que había amenazado con ser una disección de nuestro adolorido poeta terminó por transformarse en un emocionado rito de homenaje, si esta palabra puede emplearse en su caso sin ofenderlo. Fue, excúsenme el lugar común, conmovedor. Leímos algunas de sus iracundas misivas públicas y los poemas del Pesanervios, hurgamos en fragmentos de El teatro y su doble, nos detuvimos en las cartas de amor y en las anotaciones, y discutimos sus ideas sobre la escena y el drama... y hablamos sobre él y sus desventurados días. Clausuramos la sesión con la recluta de una legión jurada de adherentes a la causa del poeta. Una labor profiláctica al lado de tanto mal gusto que apesta, anotó Ferrini. Y le di la razón: pienso que la gente conoce mal a Artaud. Se le acusa de amargo, depresivo y desesperado, «a pesar de su inteligencia» (sic), lo que sólo demuestra hasta qué punto nos resulta imprescindible.

Volví al apartamento al filo de la medianoche. La Flaca, sentada sobre la cama, me esperaba. Todo el dormitorio estaba en penumbra excepto el cocuyo de mi mesa de noche, cuya luz caía sobre un enorme lazo rojo con una tarjeta que rezaba: «Con todo el amor del mundo, de tu amor en el mundo». Intrigado, sonriendo, sin hablar, deshice el nudo que ocultaba el minúsculo paquete azul y rosado, el cual, a su vez, contenía un papel. Arriba, flanqueado por unas curiosas siluetas de probetas y retortas se esquinaba el logotipo de la clínica; en el centro, subrayado con tinta roja, un diagnóstico en positivo. En un primer momento no lo entendí, luego no lo creí, hasta que el chillido de La Flaca y un curioso salto vertical que pareció hacerla levitar sobre las sábanas, me sacó de dudas.

—¡Felicidades, papá! —gritó, riendo como loca. Y se lanzó sobre mí para besarme—. Bárbara si es hembra. Aníbal si es varón.

Sí, era lo que habíamos acordado al firmar el proyecto. Ella había tomado la precaución de comprar vino, canillas y charcutería. Jugamos a las preguntas: cada quien haría una lista y se la pasaría al otro, quien debía responderla por escrito, en silencio, sin conocer las contestaciones del contrario. Una vez respondida la última, se emplearían turnos alternativos para leer en voz alta los respectivos testimonios y dar cuenta de las dudas que aparecieran. ¿Tema? Líneas para la educación del bebé. ¿Mi primera pregunta? a) ¿Deberíamos educarlo en alguna religión? ¿En varias? ¿En

ninguna?

Bebimos «Concha y Toro y oímos aquel spiritual, «He's got the whole world in his hands», y aquella canción de cuna vudú. «Duerme, duerme, negrito», hasta las tres de la mañana, hora en que al regresar de una visita al baño, la conseguí acurrucada en la butaca del balcón, abrazada a un cojín, con una espléndida sonrisa sosteniendo sus labios.

[Nota de La Flaca... Una sonrisa que, por cierto, dura todavía. Me encantó que la noticia funcionara, tal como quería, como una sorpresa. Y espero que no te hayas molestado por la pequeña trampa —blanca— del ocultamiento, me refiero al «retraso» y a los exámenes de laboratorio. ¡Estaba tan segura de llevar un minúsculo gusanito humano en mi vientre que ni por un momento dudé que vería una cruz en la boleta! Y sin embargo me resulta imposible explicarte por qué ¿Retrasos? Los tenemos a cada rato las mujeres ¿Síntomas? Ninguno. De verdad, ninguno. ¡Intuición, pana! ¡Pura, incontaminada y simple intuición! Lo que no me impidió emborracharme de dicha. ¡Viva el amor! ¡Bravo por la milagrosa vida!

Ahora una confesión (otra) sobre la noche londinense: recuerdo el ataque de risa después de la absurda reacción de El Tucán, pero mis carcajadas eran, créeme, no de burla a ti, ni al monigote tronado, sino de pura ansiedad por el reencuentro, y cuando mencioné la locura, me refería a mi propio capricho de mantenerte alejado por tanto tiempo. Pero, como diría Guillermito; a buen fin no hay mal principio.]

La refriega ocurrió casi al final de la fiesta, pero, como se podrá comprender, La Flaca y yo no teníamos ni tiempo ni deseos de ocuparnos del resto del universo. Ya para entonces Rosa, la diligente, había secado mi ropa: me despojé de mi túnica jamaiquina, no sin nostalgia (en el mundo textil podría ser considerada, quizás, como un esperpento, pero en lo que a mi buena estrella se refería, había resultado más potente y eficaz que la piedra de zamuro de Eudora) y media hora más tarde nos hallábamos en el carro de un amigo común, en calidad de empujados, aturdidos por el resplandor interno de la dicha, rumbo al apartamento que La Flaca ocupaba en Belsize.

La torpe bufonada de El Tucán había resultado providencial al colocar a La Flaca automáticamente a mi favor, pero en lo que se refiere a la resquebrajada amistad que aún sosteníamos, y, por supuesto, a mi permanencia en la guarida a tres de Finchley, fue la gota que derramó el vaso. Estaba decidido, sólo regresaría allí para recoger mis maletas.

Por una de esas coincidencias que obligan a los escépticos como yo a buscar en los cielos para descartar la auspiciosa conjunción de algún par de planetas en alguna mágica región astral, todavía no había sido alzado El Tucán por las manos piadosas

que lo rescataron del pantanal donde se había hundido, cuando ya Alvaro se hallaba a mi lado ofreciéndome en alquiler la habitación que el inquilino de entonces, un colombiano que culminaba su maestría, dejaría disponible aquel mismo fin de semana. Mi decisión, entonces, ¡oh venturoso y proveedor padre Amalivaca!, era la de permanecer con mi recién rescatada ninfa hasta el lunes siguiente, momento en el cual abandonaría al nefaso dueto de Finchley para mudarme al apartamento de Alvaro, en las inmediaciones de Holland Park.

Vista en la perspectiva que el tiempo y la felicidad otorgan, a aquella prodigiosa madrugada del reencuentro puedo hoy catalogarla (escucha, amada huesuda, y no te envanezcas) como la hora cero de una desconocida y naciente estación que terminaría de reconciliarme con la vida. Ibamos a someternos a prueba durante un tiempo, antes de iniciar la convivencia, pero en los extraños signos de luz que vislumbraba en el cielo de Londres mientras anillaba a La Flaca entre los brazos camino al apartamento, podía ya intuir la prodigiosa silueta de los años que vendrían.

Abandonamos corriendo el carro, casi sin despedirnos del amable amigo que nos había empujado, salvamos de tres saltos olímpicos la distancia que nos separaba del porche y caímos atropelladamente contra la puerta del apartamento.

Ahora les confesaré algo: La Flaca no estaba al tanto, pero yo conocía de memoria la entrada y la fachada de aquella casa, por cuyos alrededores había merodeado antes, a veces solo, a veces acompañado por la inocencia aquiescente de Sandra o de Noemí, como el delincuente que regresa al sitio del crimen. Nunca, por suerte, me tropecé con ella en estas deambulaciones de zombi. Nunca, en el fondo, quise tropezármela. Me bastaba con el aire balsámico que se desprendía del parque que enfrentaba la casa o con el vaivén destellante de los arbustos que marcaban la calle en forma de media luna.

Esa noche amanecimos amándonos. Encendimos la calefacción del dormitorio y la reforzamos con dos estufillas portátiles que colocamos a ambos lados de la cama. Una hora después, el vino y la frotación nos hacían sudar como si estuviésemos mordiéndonos, a pleno mediodía, tendidos boca arriba, sobre los médanos de Coro. La desnudé haciéndome a la idea de que contaba con toda la eternidad para hacerlo: jugando con cada poro y cada hoyuelo y cada protuberancia: su piel había cambiado desde la última vez que durmiéramos juntos, un año antes: olía a sudor, a durazno y a cuerpo, y de alguna manera se sentía más dúctil y suave al tacto. Me pregunté si se debía al frío o a la humedad de la isla o a una crema desconocida o a la distancia que nos había separado en los últimos meses. Se lo dije.

—Es que aquí me baño menos, bobito —chilló, soltando una carcajada desde el fondo de una gruta encantada protegida por la fortaleza musgoza de las dos cobijas de lana, la sábana y las almohadas detrás de las cuales se había recatado para reptar a ciegas, lentamente, guiada sólo por la topografía de mi pierna, subiendo desde el empeine del pie, al que masajé con la protuberancia de su palma, a través de mis rodillas hasta el

centro.

Permanecí inmóvil, los ojos cerrados, reconstruyendo cada movimiento suyo que experimentaba o imaginaba, mientras percibía mi latido como una loca campana de sangre. Sentí que me recorría con sus labios, lamiendo a puntillas desde la base alfombrada hasta el extremo encarnado del asta, al tiempo que retenía entre sus labios los costados, presionándolos y liberándolos de manera alterna.

Lo sabía. Ella lo sabía. En los pocos encuentros de motel que disfrutáramos un año antes, había descubierto, en el ejercicio de su encantadora osadía enmascarada de timidez, cuánto me enloquecía aquella caricia que era vivida como una ceremonia de entrega, de comunión y de acción de gracias a un tiempo. Me hallaba en el filo brumoso de la implosión, atado aún al tiempo presente por hilos invisibles que, sin embargo, anclaban en la eternidad.

Mi antorcha interna iba y venía a ella y desde ella.

Entonces tomó el espigón entre sus dedos, amasándolo, y lo introdujo en su boca. Succionó la punta mientras mecía su cuerpo suavemente, atrás y adelante. Retiré las colchas que todavía la ocultaban y pude contemplarla mirándome con sus ojos alzados desde abajo, entre los cabellos que le resbalaban sobre el rostro, como una niña. ¿Adónde me lanzaría aquella mirada de entrega en sacrificio y aquella succión de raíz?

La aferré por el pelo con una mano, mientras con la otra la arañaba sin arañarla desde hoyuelo de la nuca hasta la coronilla. Su boca succionaba al tiempo que deslizaba la mano, mimosa, por los valles en torno al sexo y por el interior de los muslos. Una reacción en cadena se disparó desde el pivote de la columna y se diseminó en abanico hacia la periferia de la piel. Llegué al límite, drené mi esencia que enseguida fue tomada por la boca que no cesó de pedir hasta comprobar que la fuente de vida se había dado por completo.

No sé cuánto tiempo transcurrió: cuando me repuse, su cabeza dormía en silencio sobre mi vientre tan cerca del juguete que había mimado minutos antes que aún lo calentaba con la corriente tibia de su aliento. Con un infinito tacto, cuidando de no perturbarla en aquel sueño laxo que la protegía, tomé mi vara ya reanimada para dibujarle el contorno de la mejilla y del mentón, primero, y luego, intentando una amalgama de ternura, perversión y Hata Yoga en proporciones iguales (¡sí, las contorsiones del yoga físico que la dulce Noemí me había permitido dominar en el templo de Swiss Cottage!), la deslicé por la espalda y las piernas. Experimentaba una especie de escozor cálido en este contacto ceremonial, y una impresión de estar hipnotizándola con la sola ayuda del aura erótica causada por la frotación y que, imantado en un cuerpo (el de ella, el mío), corría sobre el otro, para regresar a su fuente.

Aún dormía, pero los movimientos iniciales la habían dejado boca abajo, con la cabeza ladeada y la pierna derecha levemente recogida. En esta posición, su grupita protuberaba por encima del paisaje irregular del lecho. La cabalgué, sin penetrar en ella, encajando en su valle, extendiéndome sobre su cuerpo y cubriéndola totalmente con el mío. Entonces la besé en la nuca para despertarla: mientras la veía salir del sueño, desperezándose debajo de mí, la tomé por el cabello, le ladeé la cabeza y, mordisqueándole el lóbulo de la oreja, penetré con mi lengua en su oído.

Para mi sorpresa, aquello la excitó hasta enloquecerla: fuera de sí, se contorsionaba y gemía como una yegua salvaje aprisionada por mi peso. Decidí arquearme hacia arriba, liberarla y volverla boca arriba: quedé perplejo: su rostro se había encendido como una granada y temblaba hasta la raíz del pelo. Tranquila, muñeca, le susurré, mientras le besaba y le lamía el cuello, los senos, el vientre. Ahora ábrete, muñequita, ábrete toda, le exigí. Se desplegó lado y lado, descubriéndome su flor húmeda, al tiempo que extendía los brazos hacia atrás para aferrarse al copete de la cama. Ofrécete, muñeca, voy a comerme todo este capullito, niña mía, le dije. Y le lamí una y otra vez la fisura.

Me suplicó que la matara, dueño mío, que hiciera con ella lo que quisiera, papi, tu esclava.

Atrapados por el frío y las delgadas lluvias de primavera y el amor, permanecimos en el apartamento hasta el domingo en la tarde, cuando, escoltados el uno por el otro y escudados tras un mutismo a prueba de fanfarrones y chupamedias, realizamos una rápida operación comando sobre el apartamento de Finchley para rescatar mis flacos tesoros de las impías manos de Eduardo y de El Tucán quienes por suerte (toco madera, figuro las antenas del caracol con el índice y el meñique, sobo la pepa negra) se hallaban fuera del nido.

El martes, sin preaviso, llamada de la universidad que me coloca en un nuevo conflicto. ¿Me gustaría encargarme de «Comunicación y sociedad», la recién creada asignatura del flamante pénsun producto de la «renovación»? Podía pensarlo, por supuesto, me conceden, pero no por más de una semana.

Un elemento a favor: la relación del tema con el postgrado de Londres. Otro: el regreso a ese antiguo amor: el campus. Un elemento en contra: el hábito académico, la seriedad del claustro, ¿podría enfrentarlo, yo, sin morir de risa de mirar mi propio empaque gesticulando sobre la tarima. Mañana en la tarde, al regresar del periódico, ¡ensayaré frente al espejo!

[Nota de la —temblorosa— Flaca. Me disolví aquella madrugada en Londres y me disuelvo ahora, de nuevo, al leer en tus palabras la loca felicidad del abrazo que nos reunió sobre la cama al final del laberinto. No me ruboricé entonces, pero lo hago

ahora, a pesar de que estoy sola, cuando me veo y te veo desde afuera. Y me excito. ¡Extraño hechizo de la palabra que nos desnuda sin tocarnos!

Dejo a un lado la libreta para leer hasta dormirme. Atravieso por la previsible fase del amodorramiento que marca las primeras semanas de la preñez. ¡Hoy casi me duermo en la junta vecinal de La Vega mientras tomaba la palabra nada menos que el párroco recién estrenado! Pero eran las tres de la tarde y los párpados y los hombros me pesaban como si me los hubiesen rellenado con plomo. Al final, de todas formas, pensé que lo mejor era compartir la buena nueva con ellos: al fin y al cabo son también ellos quienes han tenido la delicadeza de tomarme como confidente de sus pequeñas y grandes tragedias de todos los días. ¡No hubo manera de evitar el brindis con ron ni el aplauso ni los folclóricos consejos de las mujeres sobre la mejor manera de sobrellevar la barriga, de enfrentarse al parto y de criar al chamito libre de malas mañas!

Siento crecer en mi vientre ese minúsculo ovillo que palpita y me siento unida a él y unida a ti a través de él.

Dejo a un lado la libreta, digo, para leer hasta dormirme: es tu tercera sesión del agitado taller sobre Artaud. De modo que para introducirme a distancia en el ojo del huracán he sustraído El Pesanervios de tus anaqueles privados. Toco madera, hago votos por un aterrizaje sin percances (a través de tu testimonio sé que se trata de un hueso duro de roer) y me sumerjo en su tapa.]

Esta edad de oro en el exilio, que constituyó mi temporada londinense al lado de La Flaca, tuvo dos pliegues ligeramente diferentes, a saber (por favor, el representante de curso, sírvase presentar la diapositiva número uno): a) El período de los encuentros intermitentes también, denominado «del ensayo», y b) El período de la convivencia, que es mencionado en algunos textos antiguos bajo el rubro de «etapa de decantamiento».

Desde un punto de mira puramente cronológico, ¡atención!, aunque no psicológico, puesto que los rasgos emocionales y cognoscitivos (e, incluso —¡para que vean cómo se batía el cobre en las trastiendas de la vida en pareja!—, hasta inconscientes) que podrían, incurriendo en una simplificación didáctica, caracterizar a unos y a otro momento, se presentan en forma larvaria o residual en ambas fases, desde un punto de mira cronológico, repito, diríamos que el primer período se extiende desde comienzos de la primavera de 1971 hasta diciembre del mismo año y el segundo desde este momento hasta septiembre de 1972 (por favor, la segunda diapositiva).

En la pantalla podemos observar dos elementos importantes.

En primer lugar, los tres rectángulos de la parte superior encierran los tres eventos que marcan el comienzo y el fin de los dos períodos señalados anteriormente. A la izquierda, «el reencuentro en la casa de Alvaro», inicio de la primera etapa. En el centro, «la mudanza a Belsize Crescent», comienzo de la convivencia, y, por tanto,

de la segunda etapa. A la derecha «regreso a Caracas», fin del segundo período y de la estadía en Inglaterra.

En la parte inferior, las dos columnas, a izquierda y derecha, enumeran los rasgos más notables de cada uno de los dos períodos. Como pueden notar, hay términos comunes a ambas columnas, como el de «actitud flexible», hay, también, espacios en blanco. Los hemos dejado abiertos que ustedes los llenen, considerando tanto los obstáculos por superar como las cualidades más relevantes que permitían superarlos. La lectura del capítulo correspondiente les ayudará, pero, ¡atención!, la totalidad de las claves sólo se revelará a futuro, de manera que ¡imaginación con eso, aspirantes!

En la hoja que el ayudante les está entregando hallarán una guía de estudios que les orientará en la tarea.

Ahora, si alguien tiene alguna pregunta, comentario o impugnación, éste es el momento adecuado para formularlos.

Aquel fue un tiempo esplendoroso. Vivíamos separados, cada uno tenía sus obligaciones propias que lo distraían del otro, pero con frecuencia nos reuníamos en el almuerzo, en el restaurante del Instituto de Estudios Orientales, donde alguna vez nos tropezamos con Noemí; y por las noches, en las bibliotecas o en su casa, para adelantar nuestros trabajos juntos. El viernes en la tarde me instalaba en su apartamento y me quedaba allí hasta el domingo en la noche o el lunes en la mañana. Nos amábamos entre rimeros de libros y de carpetas que tapizaban el piso y nos ayudábamos el uno al otro según fuesen las tareas o las urgencias. Pero reservábamos tiempo para nuestras pasiones paralelas más importantes: la liga feminista, en su caso; el grupo teatral de la Square House, en el mío. Y compartíamos los recursos del tiempo libre: el cine, los conciertos al aire libre en la concha de Kenwood, las interminables caminatas por los parques, los museos, los espectáculos del complejo de la orilla sur.

De todas las posibles opciones, sólo la liga feminista era un rival de cuidado capaz de disputarme (algo que, en efecto, lograba) el precioso tiempo de mi amada. La liga era una organización muy activa con núcleos en todo el Reino Unido, y con fraternales relaciones de apoyo con movimientos similares de Europa y del resto del mundo. Si La Flaca no hubiese tenido un límite natural en su disponibilidad, hubiese necesitado de varias vidas simultáneas y frenéticas para copar el variadísimo rango de actividades que la liga desplegaba. Algunas, que eran de carácter público y abierto, podían ser compartidas por ambos; otras, que eran organizativas, deliberativas, internas, no.

Estatutariamente el movimiento no impedía la inscripción de especímenes del género masculino en sus filas; en la práctica, sin embargo, sólo militaban Amazonas. De todas formas, siempre estimé que aquel era un territorio reservado a La Flaca, disfrutado por ella, donde mis narices, simplemente, sobraban. Así que con el tiempo me

conformé con seguir desde lejos, aunque con simpatía, sus estrategias de nueva sufragista, y con leer a conciencia los obligados manuales de Greer y de Millet, para no dejarla sin interlocutor en sus apasionadas conversaciones sobre los proyectos y las metas del movimiento.

Algo semejante le ocurría a ella al comienzo con mis actividades en el grupo teatral de la Square House, al que percibía, recíprocamente, como una región que le estuviese vedada por derecho propio, pero de cuyos planes se hallaba tan bien informada como podría estarlo alguien que perteneciese a la institución. A diferencia de los eventos de la liga de mujeres, los nuestros no eran gratuitos, pero se trataba de una tarifa casi simbólica, debido al respaldo económico de la municipalidad; además, existían abonos especiales para los estudiantes (renglón que, generosamente, nos incluía), y especialísimos para los miembros de los grupos artísticos organizados por la institución (como era mi caso).

Nos volvimos adictos a los espectáculos, a los eventos y a las actividades internas de «La Casa», como empezamos a llamarla entre nosotros, y arrastramos a otros latinoamericanos a ella. En cuanto al grupo teatral en el que había sido admitido, pronto se convirtió, no sólo para mí sino también para La Flaca, en un burbujeante hervidero de amistades que cambiaron nuestro pulso londinense, nuestro disfrute de las noches y del tiempo del ocio y, por qué no decirlo, nuestra visión de la vida. Camaradas los hubo de todos los países y lenguas, incluyendo especímenes del Reino Unido: no sé si ya he dicho que el taller teatral acogía en especial a extranjeros, pero también admitía gente de la casa con vocación, aunque fuese larvaria, que quisiera compartir los matices de aquella experiencia plural y abigarrada.

Cuando La Flaca y yo nos instalamos definitivamente en Belsize, el apartamento común se transformó por obra y gracia del azar (y de las afinidades electivas) en la guarida habitual para las actividades sociales y disolutas de buena parte de los teatreros de La Casa, incluido un tal Johan Wolfgang. Por iniciativa de los más literatos se fundó una peña de lectores (y traductores aficionados) que se reunía cada quince días en una sede rotativa que, sin embargo, con el tiempo, se fue instalado casi habitualmente en nuestro piso. Fue de esas sesudas veladas, que a veces terminaban rociadas con vino y con cerveza, de donde surgieron las mejores complicidades de esta etapa: La Polaca; William, el poeta irlandés; Sergio y Natalia, la pareja uruguaya que montaba un espectáculo sobrecogedor con la guitarra y las voces; Pat, el incansable explorador escocés; Sonia, la coreógrafa brasileña que parecía una garza, para mencionar a los más asiduos.

Con el tiempo algunos se fueron a sus países o a sus ciudades de origen, otros permanecieron hasta el final, y, por el contrario, nos despidieron a nosotros. De éstos, fue sin duda La Polaca (y, también, aunque por razones diferentes, tal vez William) quien permaneció más cerca de nuestras vidas, al punto de llegar a mudarse con nosotros por varias semanas, a comienzos de la primavera del año siguiente. De esta

circunstancia ya hablé en otro momento, lo que no mencioné entonces fue que en algunas ocasiones, antes de ese traslado, ella solía quedarse a pasar la noche en Belsize Crescent, lo que poco a poco la fue transformando en un rincón natural del paisaje.

Era un ser singular y encantador, que a pesar de su arrojo, del que dio sobradas muestras en repetidas ocasiones, ocultaba una especie de pureza esencial que veía en la ciudad desconocida una enorme trampa siempre al acecho. No le gustaba la soledad, pero tampoco le resultaba sencillo encontrar pareja. De hecho, vivía con el bueno de William en Clapham, al sur del río, pero no eran amantes. Con él, que no escondía su homosexualidad, mantenía, como ya dije muchos párrafos atrás, lo que ambos denominaban «una dulce amistad» («just a sweet friendship»), un pacto de lealtad que funcionó por largo tiempo, hasta que algunas nuevas circunstancias lo alteraron.

De allí que nos sorprendiera (y nos encantara) el súbito acercamiento que se produjo entre ella y Antonio, cuando Antonio viajó a visitarnos en navidad, y que mostrara, como le gustaría decir a la Tellado, «todos los ribetes de un tórrido romance».

Antonio, según nos informaba la correspondencia, venía saliendo de una de sus frecuentes «relaciones contingentes», como Carmen Luisa, siguiendo la peligrosa taxonomía de los Sartre-Beauvoir, los denominara desde los lejanos tiempos del bachillerato. Ocurría, sin embargo, que este último había durado algo más que los anteriores, y su ruptura le había provocado un «escozor y una nostalgia mayores que los de costumbre», según confesara en una desgarrada misiva el propio protagonista de la historia.

Nuestro héroe llegó a las islas brumosas el 17 de diciembre de aquel año del señor, fecha de luto nacional en la tierra de gracia, y se adentró en la manga automática de regreso el 7 de enero: tres semanas que le bastaron para hacer nuevamente de las suyas, esta vez con la vida erótica de nuestra inefable Polaca. La verdad sea dicha, La Flaca y este servidor le facilitaron las maniobras desde el propio comienzo, calzándonos sin rubor los hábitos de alcahuetes (todo sea por la llama de la amistad), justo el día siguiente a su llegada. Ocurrió con esas pascuas de natividad que el gusanillo de la nostalgia culinaria nos invadió con una virulencia que no había mostrado hasta la víspera, y presentándose para su ataque bajo una de sus mutaciones más severas, dificultosas y variadas: la de la hallaca.

El 18 de diciembre había sido el día elegido por los amantes de ese menjurje venezolano para entregarse a la ceremonia de su hechura colectiva. La mayor parte de los ingredientes habían sido adquirido con semanas de anticipación, aquí y allá, a lo ancho de la ciudad, a excepción de la harina de maíz, que fue llegando por enviones en las manos de diversos viajeros, y de las imprescindibles hojas de cambur ahumadas para el envoltorio del manjar que, en una operación equidistante de Homero y de Capone, alguien con nexos en el consulado logró proporcionarnos a última hora.

Con los paquetes de harina no hubo percance, pero cuando en la fecha señalada, abrimos y desplegamos los rollos de hojas, lo que emanó del alijo fue un apestoso e inexplicable hedor a rata muerta que rápidamente invadió el apartamento y nos obligó, a pesar del frío polar, a precipitarnos sobre puertas y ventanas para airear las habitaciones y, decían los siniestros, conjurar una epidemia cuyos alcances podían ser hasta letales. Cuando terminó la emergencia, la epidemia estaba conjurada, pero el equipo en pleno se hallaba en medio de la cocina, con todas las baterías a punto alrededor suyo... y con los brazos cruzados por el fracaso.

Algunos propusieron como sucedáneo al papel de aluminio, otros lo impugnaron, otros más dijeron haber oído de ventas de hojas en algún mercado de la ciudad (¿inmigrantes africanos o centroamericanos con un platillo tan caprichoso como el nuestro? Lo he olvidado).

Después de una controversia sobre el gusto, la tradición, el aroma y algunos otros tópicos de esta ralea, que hubiera hecho las delicias de un antropólogo, se impuso la sensatez. El grueso del equipo continuaría con las innumerables pequeñas tareas que aún faltaban antes del momento de envolver (¡fuese con la hoja de mierda o con el roñoso papel de aluminio, maldita sea, se callaran!) una pequeña comisión se encargaría de comprar el papel y de cortarlo y tenerlo a punto en previsión de un fracaso con las hojas, y una patrulla suicida se sacrificaría expedicionando hasta los mercados de Portobello, de Camden y de Peticotlane, en busca de aquel grial vegetariano.

Este último era un itinerario que, de requerirse por completo, podía consumir con facilidad la jornada entera, habida cuenta de que los extremos del triángulo se hallaban en tres polos diferentes de Londres. Y, con toda seguridad, se requeriría: a pesar de haber suscrito la alternativa, nadie dudaba de que al atado más cercano de hojas de cambur ahumadas había que irlo a buscar al otro lado del Atlántico. Todos, entonces, escurrieron el bulto a la hora de los voluntarios... todos, menos nuestro inolvidable Ciro Peraloca, forajido de tantas y tan antiguas situaciones desesperadas, y la dulce Polaca.

La Polaca, que había manifestado una curiosidad delirante por la ceremonia de la hallaca, se había traído con ella su bolsa de dormir con la intención de husmear en la cultura de la mesa caribeña, colaborar en las tareas laterales del fogón y quedarse un par de noches en el apartamento a disfrutar de las espasmódicas juergas de navidad. En cuanto a Peraloca, habíamos instalado sus huesos, la noche anterior, en el mullido sofá de la sala, a escasos metros de la respiración onírica que se protegía en la bolsa de dormir.

La herida del amor que todavía le dolía a Antonio en el momento de descender del avión, pareció comenzar a cicatrizar cuando, en el trayecto que se extiende entre el aeropuerto y Belsize Crescent, accedió a dejarse animar por la conversación con la Flaca y conmigo, y, sobre todo, por la enmarañada red de miradas cruzadas que desde

un primer momento tejió a cuatro manos con las pupilas azules de La Polaca. La primera noche, víspera de la ceremonia culinaria, los oímos intercambiar quizás una decena de frases estándares antes de irse cada uno a su cobija. Pero el paso adelante que, al día siguiente, dieran al unísono cuando escaseaban los voluntarios para la prolongada excursión por los mercados (y que los mantuvo a solas en los ruidosos desiertos de la ciudad por más de ocho horas), terminó de sellar la red.

El que llegaron las cinco de la tarde sin que dieran señales de vida, sólo nos afianzó en nuestras sospechas. Así que acometimos la tarea de la envoltura echando mano del aluminio y abrimos las primeras cervezas. Horas después, cuando ambos aparecieron al fin, sin hojas, pero sonrientes y abrazados, ya el grupo había puesto a hervir las ollas, todos estábamos un poco borrachos y... La Flaca y yo tuvimos un segundo motivo para descorchar la botella de champaña que habíamos guardado por tantos meses.

El primer motivo era que aquella sería la fecha inicial de nuestra convivencia: me mudaba a Belsize Crescent hasta que partiéramos de Londres, pero, sobre todo, me instalaba a su lado por el resto de mi vida.

La primera nevada del invierno, que cayó al amanecer del día siguiente, fue el lujoso presagio de que aquella sería una navidad dichosa como ninguna de las que recordáramos, salvo, quizás, las ingenuas y remotas de la infancia. Cuando La Flaca y yo salimos de las sábanas ya la pareja de exploradores había celebrado su batalla de nieve en las paredes del jardín frontal (que, para ser fieles a la verdad, ahora más que de jardín, mostraba el rostro de una estéril y blancuzca tierra baldía), habían saludado el paso de míster Prufock hacia el parque de Hampstead y habían servido el desayuno con pan tostado, queso cheddar y jugo de naranja.

Lucían felices a pesar de (o a causa de) el minúsculo espacio que el amor los había hecho compartir en la bolsa de dormir de La Polaca. Bromeamos sobre las maniobras del Kamasutra que podían y no podían ser ejecutadas en aquel lecho en forma de guante y acerca del handicap a favor de La Polaca, quien, por el teatro, debía practicar la gimnasia, la danza y la expresión corporal casi a diario.

—Peraloca, dinos la verdad, apuesto que no has puesto el cuerpo a tono desde el campeonato prejuvenil del Fray Luis, en los 50 —le dije, en español.

La Flaca le tradujo a La Polaca quien pudo así unirse al coro de carcajadas, besar con ternura a Peraloca y disertar acerca de un incunable que un fraile polaco del siglo XIV había concebido, en imitación del Kamasutra, pero con sustanciales y acrobáticos añadidos de cosecha propia.

—Y hay algunas buenas ideas para el sexo en grupo —añadió, con inocencia, en su inglés un poco gutural y redondo, mientras La Flaca se ahogaba con el café y Antonio y yo nos mirábamos como acostumbábamos a hacerlo en la secundaria para asegurarnos de que ambos habíamos entendido lo mismo.

Aquella fue la primera vez que La Polaca mencionó el asunto.

La Flaca, rápidamente tomó la alternativa para hablar de las hallacas que aún reposaban sobre el mesón formando simétricas filas de rectángulos plateados, y para colocar el surco de Woodstock donde Joe Cocker expele aquel inolvidable berrido de «Con una pequeña ayuda de mis amigos» (gesto que, por cierto, en manos de La Sigmuncita hubiera dado pie para una extensa disertación sobre las asociaciones inconscientes). No con menos propósito, Antonio anotó algo sobre la comida y el juramento de reciprocidad que La Flaca y yo habíamos redactado dos días antes para la magna ocasión y leído como proclama ante el grupo de soldados culinarios mientras elevábamos la champaña en los pocillos de peltre.

Les ofrecimos para la noche siguiente una colchoneta doble y les tararemos la marcha nupcial como respuesta a la petición de La Polaca para que le permitiéramos prolongar su permanencia en Belsize hasta el viaje de Antonio.

—Creo que deberíamos entonar no una sino dos marchas —anotó Antonio, en español-. Aquí no hay uno sino dos matrimonios rumbosos.

Como suele ocurrir en estos casos, nos divertimos menos oyendo la declaración de Antonio, que siguiendo la insólita traducción que el propio Antonio intentaba hacerle a La Polaca, de manera que la áspera y sabrosa frotación entre el sustantivo «matrimonio» y el adjetivo «rumboso» sobreviviera a la versión en inglés. Y ninguno de los dos pudo ser más acertado: a partir de aquel momento y hasta el regreso de Peraloca a la tierra de gracia, tres semanas después, formamos un cuarteto inseparable. La febril actividad se organizó en torno al propósito de mostrarle Londres y sus alrededores a un Antonio voraz que deseaba conocerlo todo de una vez, sin descuidar la cartelera teatral, los cines, los abrevaderos nocturnos, los parques, la cartelera de óperas–rock, los museos y las tiendas porno.

Después de apertrecharlo con abrigo polar, guantes, bufanda y paraguas (Peraloca era débil ante el húmedo frío inglés) lo arrastrábamos por los radios más notables del Londres público, sí, pero también por aquellos rincones íntimos y anónimos de la ciudad personal que tanto La Flaca, como La Polaca y yo, cada uno por su cuenta y con hilos distintos, habíamos ido construyendo dentro, en el acompasado día a día de la metrópolis.

Tres semanas más tarde, en el aeropuerto, despedíamos a un agotado pero feliz Antonio, que había rendido su aliento a La Polaca. La Flaca y yo le regalamos una franela con estampados de las líneas del metro y una gorra universitaria estilo golfista. La Polaca, un prolongado beso con lágrimas y suspiros eslavos. Hubo dos cosas sobre las cuales no abrigué dudas: la primera, que mi amigo de toda la vida y nuestra vestal europea se habían enamorado. La segunda, que ninguno de los dos sabía cuándo se volverían a ver.

Londres, 18 de diciembre de 1972

Queridos ingratos:

esta carta es un homenaje a ustedes dos. A pesar de que les escribo tanto como puedo, siempre es menos de lo que en realidad quisiera. Lo único que me preocupa es el dudar si el apartamento que habitan en Caracas tendría suficientes gavetas y si éstas serían suficientemente espaciaosas como para alojar la montaña de papel escrito que ya les he enviado. ¡Y pensar que hace apenas tres meses que se fueron! Sé que es un lugar común el comparar las breves ausencias de los seres amados con la eternidad, ¡pero qué puedo hacer si es lo que me ocurre de manera permanente! Sin embargo, sólo recibo una breve misiva por cada cinco cartas que les escribo. No es justo. Con frecuencia me da por pensar que no me aman y eso me deprime como una noche de tempestad a la intemperie.

Estoy sentada en un rincón más bien frío de mi cuarto. Por cierto, deberían venir a conocer la celda conventual que me sirve de guarida en este momento: una especie de buhardilla del siglo XIX que se amoldaría como un guante a Luciano de Rubempré en sus peores momentos en París. Está por los lados más miserables de Lambeth, una zona que a ustedes, príncipes del NW3, les deprimió cuando la conocieron alguna vez, por azar, y que no sé si recuerdan todavía.

Desde mi ventana puedo ver una plaza pobre, desnuda por el invierno y gris, donde niños negros y blancos, todos con gorros raídos (¿se dice así raídos?) juegan alrededor de los potes de basura. Y más allá, el mundo sórdido de una estación de trenes de tercera, que a veces, sin embargo, me conmueve (¿se dice así, conmueve?).

Estoy sola pero no me siento sola. Desde que ustedes se fueron no visito a mucha gente ni salgo con frecuencia: el taller de teatro (Fernando, todos te extrañan allí), el trabajo, los cursos libres de la Tate Gallery y (por favor no se vayan a desmayar, si me conocen como creo no deberían sorprenderse)... los estudios de español, me consumen todo el tiempo.

Sí, querido dementes, estudio el castellano. Nada que ver con el amor por ustedes, por supuesto, se trata de un nuevo empeño de comunicarme con San Juan de la Cruz mientras duermo vestida con hábito de carmelita descalza (?). El curso se dicta en una especie de academia múltiple de idiomas, que aplica un sistema ideado por un suizo para la enseñanza de cualquier lengua. En este momento el repertorio es de ocho, e incluye al español. La profesora es boliviana: hermosa, inteligente, risueña, se parece a una tailandesa que conocí alguna vez como una rosa a otra. Precizando más, sería una tailandesa bronceada por ese encantador sol de oro y de plata que ustedes disfrutaban allá, y que para mí, que jamás he bajado del paralelo 45, latitud norte, continúa siendo imaginario.

Aquí no nieva todavía, pero afuera hay una tela de agua grisácea que cae

constantemente y que resbala por el cristal de mi ventana formando delgados caminitos que destellan, y que se asemeja más a un ojo de buey (tuve que buscar el término en el Oxford inglés-polaco, polaco-inglés) que a una verdadera ventana. Con los escasos peniques que el trabajo me deja, pude comprar una botella de oporto, de la cual ya sólo queda la mitad. Escucho un disco de cantos gregorianos que pedí en la circulante de «La Casa», mientras imagino que reposo desnuda, al pie de un altar católico, y les escribo.

Sé que mañana me dolerá la cabeza (siempre me ocurre con el vino y similares, ¿recuerdan?), pero quería celebrar la fecha en grande, es decir, brindado a solas por ustedes mientras les hablo por carta. ¡18 de diciembre! ¡Un año ya de aquella primera larga temporada con ustedes que además me permitió conocer a Antonio y amar a Antonio! Parece que me hubiera ocurrido en una reencarnación anterior. En otro mundo. Lo digo, lo anoto, y debo tocarme para darme cuenta de que vivo. Y ustedes, invisibles e intocables amados míos, ¿existen de verdad y existieron entonces?

Pruebo de nuevo el vino: su sabor dulce y áspero me despierta y me adormece de manera alterna. Placeres simples, podríamos decir. Los mejores, quizás. Y no me quejo, ni siquiera del trabajo; ni siquiera de mi tiránico jefe (un negro personaje, doble, más siniestro que el Vautrin de Papa Goriot y más tacaño que ninguno que conozca); ni siquiera de la ausencia de ustedes.

Ahora leo La piel de zapa (Balzac es el universo) y pienso que agotaría miles de benditos (o malditos) cueros iguales, por tener un talismán que transportara mi cuerpo hasta un rincón de Caracas donde ustedes pudieran recogerme y alojarme (¿cómo se llamaba aquella bolita negra y mágica que tú guardabas, Fernando, «pepa de cianuro?») (Nota: en español en el original.)

¿Existirán los milagros?

Un río de besos de la extranjera que los ama sin remedio,
La (vuestra) Polaca.

Y aquí venía un dibujo casi infantil: un monigote femenino de largo cabello rubio, acucillada frente a una ventana, llorando. Al lado, una flecha que lo señala y una leyenda «ésta soy yo» (¡escrita en polaco!)

Capítulo XV

1

1969

CARMEN LUISA se incorporó en la cama, sobresaltada por el ruido de la puerta. Sudaba a chorros, pero el estilete de hielo que la había estado martirizando desde el comienzo mismo de la desgracia todavía la recorría de un extremo a otro de la columna y le hincaba la nuca. Sintió la mano de Maruja que le tocaba la frente y le acariciaba el pelo al tiempo que escuchaba voces que se cruzaban en un susurro incomprendible.

¿Quiénes eran? La Princesa, por supuesto, estaba allí, a su lado, pero le resultaba imposible discernir a las siluetas restantes que parecían flotar en torno al lecho formando una calesita macabra a su alrededor. Pero, ¿eran varias las figuras que por momentos se refundían en una, o por el contrario, se trataba de una sola que se desdoblaba al alejarse de la lámpara? Y el humo, ¿de dónde provenía ese espeso vaho que parecía condensarse en los rincones de la habitación formando grumos porosos que luego se deshacían en lluvias de polvo incandescente? ¿O era, quizás, la neblina, aquella pertinaz neblina de los páramos que envolvía los silenciosos destinos de los personajes en los relatos con que tía Cristina la dormía en la vieja casita de Catia, veinte años atrás?

Allí estaban los antepasados que salían de la fábula para deslizarse en la duermevela del reposo. No era la primera vez que regresaban a ella: muchas noches en los últimos meses la habían visitado, incrustados en esa tierra de nadie que precede al sueño, o que lo sigue, y la inquietaban con sus mensajes inaudibles, Matías, el abuelo, Evelina y, claro, el tío Daniel, aquel simple campesino de rasgos asiáticos e inocente como un niño, que apenas aprendiera a hablar y cuyo mundo se reducía al ritornelo de la canción infantil que balbuceaba, una y otra y otra vez, en los estrechos caminos de la sierra, mientras percutía el acompañamiento con su ristra de latas vacías.

Se debatía entre el afán de recordar al detalle lo que había ocurrido y el deseo, igualmente intenso, de olvidarlo. El roce del pañuelo que le secaba el sudor de la cara la atemorizó. Por un instante creyó que podía tratarse de la manita del niño, deslizándose con curiosidad sobre su nariz y sus mejillas, como acostumbraba hacerlo cuando quería jugar con ella. Iba incluso a sonreír cuando una ráfaga de lucidez la hizo recordar que el niño estaba muerto. Volvió a evocar la pequeña urna que se erigía en el centro del salón blanco y los rostros desdibujados y sin cuerpo que gesticulaban en silencio. Se había negado a ver aquel cadáver diminuto y yaciente que usurpaba el lugar de su hijo. Tendría los párpados cerrados, pero debajo de ellos los ojos estarían abiertos, mirando con estupor el mundo que ya no era.

¿Estaba muerto, en verdad? Y ella, ¿aún continuaba viva? A pesar del esfuerzo que había hecho para mantenerlas a raya, las imágenes la tomaban por asalto una y otra vez: veía al niño cayendo al vacío, suspendido, su cuerpo congelado en el aire, entre el balcón y la calle, y luego aproximarse al pavimento para, en un milagroso gesto final, rozar apenas el piso y alzar vuelo, en barrera invertida, casi vertical hacia el cielo abierto haciéndose cada vez más y más pequeño en la distancia hasta desaparecer. Y sin embargo, ¿cómo era posible que pudiera reconstruir aquella horrible escena y modificar su final si ella no había visto caer al niño? Pero ahora el niño estaba muerto. Nada ni nadie podía alterar aquello. ¡Si al menos hubiera podido cambiarle la vida! Recordaba cada detalle del instante en que vio en la clínica, por primera vez su pequeño rostro chato y cuadrado y sus ojos rasgados y de párpados caídos, y recordaba aquel sentimiento extraño, mezcla de ternura y de piedad que había volcado sobre él.

Fernando ya la había preparado para ese encuentro: supo explicarle y hacerla sentirse amada y próxima, pero ella igual había llorado. Y se sintió mal y triste y rabiosa por flaquear de aquella manera, pero continuó sollozando hasta caer vencida por el agotamiento ¿Podría continuar siendo tan fuerte como había creído serlo durante toda su vida? Tenía fama. Todo el mundo lo decía y ella había terminado por creerlo: ahora le llegaba la oportunidad de probarlo.

El chasquido de la cerradura la sobresaltó. Alguien entraba a la habitación con un paquete entre los brazos ¿Era Fernando? ¿Era el niño? Con dificultad escuchó la voz de Maruja que la invitaba a sentarse mientras le pasaba la mano bajo el hombro para ayudarla y le ajustaba las almohadas. Sudaba y temblaba. Estaba segura de que se desmayaría si intentaba incorporarse, pero ahora Maruja le acercaba una taza a los labios. Sabía que la Princesa le estaba hablando pero le resultaba imposible oír sus murmullos. ¿Tendría que tomarse aquello? ¿De dónde traían ese bebedizo turbio? Y, en todo caso, ¿dónde la habían encerrado? ¿Quiénes?

Se dejó colocar las pastillas en la lengua y las tragó con ayuda del líquido sin percatarse mucho de lo que hacía. Cerró los ojos. De lado y lado los brazos de la justicia la acostaban de nuevo al tiempo que la interrogaban sobre el niño. ¿Era Ud. la madre? ¿Juraba Ud. haberle dado el amor y los cuidados solícitos que un bebé — ¡atención, nos referíamos a cualquier bebé, sí, pero aún más a éste, que en tantos sentidos era tan especial!— requería? ¿Declaraba Ud. haber estado a la altura de las circunstancias en los delicados momentos en que la enfermedad y el retardo de los cuales padecía, la reclamaban? ¿No era cierto que incurriera Ud. en repetidas ausencias, descuidos, rechazos, olvidos e irresponsabilidades de toda índole con respecto a él y a sus deberes para con él?

Era injusto y excesivo.

Experimentó el impulso de volverse en busca de ayuda, pero recordó que estaba postrada y dormida. Se veía desamparada, hundida en un mar de leche negra que

multiplicaba el eco de las voces que la asediaban. Y sin embargo ella era la madre, ¿en virtud de qué investidura, entonces, en nombre de cuáles dioses ocultos se permitían interrogarla acerca de su propio hijo? La muerte de José Antonio (si estaba realmente muerto) era un hecho que le atañía, en primer lugar, a ella, y luego al resto del universo (si era que ese universo ajeno y distante realmente existía).

Tenía la garganta reseca: tragó saliva, con dificultad, varias veces, hasta que alguien (¿Maruja, quizás?) le acercó el vaso. Comenzó a beber con avidez, derramando el agua, pero apenas había probado dos sorbos cuando un coletazo de náuseas la obligó a devolver el líquido. ¿Y si no era agua? ¿Y si ya la habían juzgado y sentenciado y condenado, y aquella taza piadosa no era otra cosa que el gesto del verdugo transformado en veneno? Temía abrir los ojos, pero mantenerlos cerrados era prolongar una duda que difícilmente soportaría: la sonrisa de Maruja le devolvió la serenidad.

No había tribunal alguno que fallara sobre la muerte de su hijo, ahora sólo le faltaba convencerse a sí misma de que lo había amado. Tomó el agua y se dejó deslizar hacia el sopor. Comenzó a soñar que era ella y no José Antonio quien caía hacia la muerte, entonces se dio cuenta de que era eso exactamente lo que había estado deseando desde el momento mismo de la tragedia.

—Son los designios divinos —le susurró Eudora a Marisela, mientras sorbía el chocolate y trataba de sacudir las boronas de galletas que le habían invadido la falda—. Yo lo leí todo, hija. La pobre Carmen Luisa me lo pidió y yo pude leerlo todo, hasta esta desgracia que le ha ocurrido. Eso fue antes de que se casara... Pero no quise decirle nada, no le hice la advertencia. ¿Para qué iba a preocuparla? De ninguna manera iba a poder evitarlo, me dije para mis adentros, así que para qué decírselo... Son los designios divinos...

Marisela, que la había dejado lanzar su discurso varias veces, se sintió agotada y hasta aturdida por el frío aire de pitonisa en vacaciones con que Eudora se expresaba. Era cierto que Fernando y Carmen Luisa ya no estaban tan cerca de ellos como antes, pero Fernando todavía les dispensaba una visita por diciembre, con una bolsa que desbordaba en regalos, y las llamaba de vez en vez. Por otra parte, Amalia era tía del angelito, y los vínculos de sangre no podían ser borrados fácilmente, mucho menos por algo tan banal como la distancia. Al angelito mismo apenas si pudo verlo un par de veces en vida, pero la muerte de un niño siempre se presenta como algo cruel e injusto. ¡Los designios de Dios! A veces parecía que no hubiera Dios, pensó, y enseguida, aterrada por aquella lógica maligna que la había asaltado sin permiso, se persignó.

—Cállate mamá, por favor. Es la cuarta vez que me repites todo el cuento —le dijo, regañándola en voz baja—. Ya lo que escucho es un zumbido de avispas... ¡Un

empujoncito más y me vuelves loca!

Eudora se encogió de hombros y trató de distraerse mirando a la gente que llegaba. Apenas eran las seis, pero ya en la capilla B y en los jardines de la funeraria se apretaban los grupos conversando en voz baja. La pequeña urna reposaba en el centro del pabellón, asentada sobre una especie de cenotafio alfombrado, coronada por una enorme araña de luz y flanqueada por las coronas. Los familiares más cercanos se hallaban sentados en la doble fila de sillas de terciopelo rojo que se alianeaban contra las paredes, a uno y otro lado de la urna. La más afectada, en ausencia de Carmen Luisa era, visiblemente, doña Consuelo, quien no había dejado de llorar desde que recibiera la noticia. Ahora mismo le había sobrevenido un fugaz desvanecimiento que, de no ser por el auxilio de doña Hortensia, la habría derribado: no probabas un bocado de comida desde esta mañana, Consuelito, así no podías seguir, los muchachos te necesitaban viva y sana; ahora más que nunca viva y sana; lo oyeras bien tú, la amonestaba doña Hortensia, tú.

Carmen Luisa había sufrido una crisis que la mantenía postrada en una de las habitaciones auxiliares del fondo, sumida en el mismo mutismo casi ciego y la misma expresión ausente que sostuviera durante todo el día, mientras Maruja y una compañera de trabajo velaban su estupor a la cabecera del lecho. Bermúdez, que se hiciera presente desde temprano y colaborara en las múltiples minucias exteriores de la muerte, le había diagnosticado «shock emocional», prescrito unas pastillas y dispuesto que la alejaran de la capilla y de la asfixiante aglomeración.

Mientras tanto, en un rincón del pabellón gemelo que permanecía vacío, Fernando, abatido, conversaba con Antonio que recién regresaba de disponer la publicación del obituario, se sentía reseco y trastornado por aquella ráfaga de dolor que no cesaba de golpearlo por enviones. ¿Quién dirigía los hilos de aquel maldito escenario de tragedia adonde había sido arrastrado y vejado por piaches invisibles? ¿Qué broma de mierda era aquella y cuándo terminaría?

—Perdona, hermano, debes estar muerto de cansancio... Sé que no debería preguntarte esto —comenzó a decir Antonio-, pero no termino de entender qué pudo haber ocurrido... Perdona —se excusó de nuevo, viendo que Fernando se impacientaba, hurgándose los bolsillos—: debes haber contado el cuento mil veces...

—No —lo interrumpió Fernando, sin dejar de buscar—... De hecho, eres el primero que me lo pregunta... ¿Dónde habré metido el maldito papel?

—¿Qué papel?

—Un maldito documento del cementerio —explicó Fernando—... Estoy seguro de haberlo guardado en este bolsillo...

—¡No me digas que te fuiste a hacer las diligencias del entierro! Protestó Antonio—...Si hubiera sabido...

—Fue Alida —interrumpió Fernando—. Me trajo todo listo, en orden, y ahora yo vengo y los boto... ¿Qué era lo que me preguntabas?

—Olvídalo. No es el momento.

—Pero no, dime qué fue lo que preguntaste... ¡Palabra que no lo recuerdo!

—Las circunstancias, te preguntaba por las circunstancias. No puedo entender cómo pudo ocurrir.

Una pareja de vecinos de Santa Mónica se acercó a dar el pésame, tenían un hijo algo mayor que José Antonio y lloraban como si el muerto fuese su propio hijo.

—¡Si al menos yo lo tuviese claro! —dijo Fernando, retomando la conversación, una vez que el grupo se retiró— ¡Si al menos Carmen Luisa saliera de este trance! No ha hecho más que llorar y balbucear incoherencias desde el mediodía. Nadie ha podido cruzar con ella tres frases que tengan sentido.

—¿Y dónde la tienen?

—Está en la habitación auxiliar con Maruja. Es una especie de cuarto de primeros auxilios. Dopada.

—Fue un golpe duro. Y estaba sola.

—Sí. Estaba sola. La gente comenzó a subir cuando la escucharon gritar desde el balcón. La primera que entró al apartamento fue la conserje. Fue ella quien me avisó por teléfono.

—Y el niño... —comenzó a decir Antonio, pero se interrumpió.

—El niño... el cuerpo estaba abajo, cerca de la entrada al estacionamiento... No había nadie alrededor... Nadie lo sintió caer.

—¿Y... Carmen Luisa?

—Cuando la conserje llegó, siguió gritando. Después entró en la crisis... y hasta el momento.

—Sí ¿pero vio al niño saltar o resbalar?

—No lo creo —dijo Fernando, e hizo una pausa larga—. Daría cualquier cosa porque esto no fuese cierto... pero hay que admitirlo, fue un descuido.

—¿La cuidadora no estaba?

—La habían llamado de su pueblo, la mamá estaba enferma.

Antonio sacó una caja de cigarrillos. Fernando, que de nuevo había dejado de fumar, tomó uno y dejó que Antonio le acercara el yesquero.

—Un descuido... —repitió Antonio.

—El niño debió subir al pretil de la jardinera, tal vez montándose en la silla, que está a un metro de ella, y de allí caminar o gatear hasta la baranda. El tope de la baranda es alto, desde el piso; pero la distancia entre el tope del pretil y el tope de la baranda no es muy grande, 40 centímetros tal vez... tal vez un poco más... pudo saltar... —relató Fernando, de un envión, como si se hubiese aprendido el párrafo a memoria de tanto imaginarse la escena.

Muchas veces desde aquella misma terraza había jugado con José Antonio a los aviones. El niño no hablaba aún, pero él sentía que podía comunicarse a la perfección en el cálido lenguaje de la mímica y del afecto, sin dejar de hablarle como si le

entendiera.

De hecho, le había hablado casi constantemente cuando estaban juntos, desde el mismo momento en que naciera. Lo había establecido así, de manera intuitiva, antes de que el psicólogo se los recomendara como práctica. Y allí él había imitado el vuelo del avión, y proyectado los brazos brevemente fuera de la baranda mientras reproducía, con los labios apretados, un sordo ruido de turbina.

Cuánto aprendía en verdad y hasta qué punto hubiera podido sobreponerse a sus limitaciones y llegar a ser razonablemente feliz, era algo que le resultaba imposible estimar, pero el niño se mostraba hábil en las imitaciones, se había entrenado con pasmosa facilidad en los hábitos más simples y era afectuoso y cálido. Es cierto que estas cualidades podían ser comunes en quienes compartían su dolencia, pero en José Antonio cobraban la forma de un espontáneo goce de las innumerables situaciones que rozaban su sensibilidad, y que iban más allá (él estaba seguro de que iban más allá) de la mera impresión. A veces recibía su mirada, dulce y profunda, que a falta de palabras parecía interrogarlo sobre el incomprensible laberinto que lo rodeaba, y pedirle ayuda. En esos momentos no deseaba otra cosa que la extrema forma de ayuda de cambiarse por él o de compartir su elemental manera de aproximarse a las cosas. Volvió a verlo de nuevo en los prolongados paseos de domingo, embutido en el mono azul que le regalara la abuela en el primer cumpleaños, comiendo barquillas de mantecado en la plaza de los museos, o protestando ruidosamente su alejamiento del estanque, en el paseo de Los Próceres, a fin de obligarlos a acercarlo de nuevo, a permitirle que jugueteara en la orilla y, finalmente, a hundirlo de chapuzón en el agua, de donde salía empapado y celebrando la aventura. Incluso por las enfermedades se había deslizado sin amargura: las gripes, el tratamiento que acompañó a la dolencia renal que también había nacido con él. Sí, de pronto le invadía la certidumbre de que en aquella vida, breve e ingenua, había crecido la dicha.

—... de modo que Maruja pueda ayudarla —oyó decir a Antonio, y tomó conciencia de Antonio y de la conversación y del lugar donde estaban—. Creo que lo va a necesitar.

—¿Quién? —tuvo que preguntar.

Antonio lo miró con expresión de estupor.

—Carmen Luisa ¿quién más?

Sí. Sabía que era así. Lo venía sabiendo desde meses atrás.

—Ojalá aceptara ayuda -se decidió a compartirlo con Antonio—... Tal vez podamos conversarlo con calma en otro momento, pero debo decirte que no ha sido fácil en los últimos tiempos. Carmen Luisa está muy cambiada.

—Me pude dar cuenta —dijo Antonio, y miró a Fernando.

Aunque hasta entonces ninguno de los dos tuviera el valor de compartirlo con el otro, resultaba evidente que ambos sabían qué era lo que habían estado callando. Fernando le pidió que salieran al patio posterior de la funeraria, un jardín en penumbras adonde

apenas alcanzaban a llegar las voces de los visitantes. No sabía si aquel era el momento adecuado o no, y, a decir verdad, tampoco le importaba mucho que lo fuera: necesitaba drenar aquel veneno que había estado sorbiendo en silencio en los últimos meses.

¿Cuándo había comenzado todo? ¿Se podía dar una fecha para aquella transformación siniestra? De pronto se le ocurría pensar en las semanas finales del año 67, aquella noche de celebración en el Wolfgang Amadeus, adonde acudieran invitados por Perucho. Estaba Antonio, acompañado, y Maruja, que recién rompía con Gustavo. Y en otra mesa, Marisela con amigos, y más allá todavía, en la barra, en una mala racha, El Colorado Febres. Poco después del filo de la medianoche, Carmen Luisa terminó necesitando ser revivida de una grave caída de la presión. Cuando hicimos cálculos más tarde, en la clínica, nos percatamos de que ella sola había acabado con una botella de whisky en menos de tres horas.

Sin embargo, aquella era una especie de reaparición después de meses en retirada, a raíz del nacimiento del niño y de la muerte de padre (una verdadera resurrección de la mitad de aquella venerable institución, hoy extinta, que los antiguos llamaban «la cofradía», queridos cofrades, había declarado Antonio, eufórico), de modo que tal vez resultaba una injusticia endilgarle la responsabilidad de un todo. Había habido distancia, y ahora le llegaban la nostalgia y la loca dicha del reencuentro con los amigos de siempre.

Podía comprender aquello. Sin embargo, las razones, cualesquiera que fueran, no bastaban para borrar el pasado reciente, la pendiente de aturdimiento por la que ella parecía estar deslizándose meses antes de la boda. Jugaba al exceso. Pendulaba, perpleja, de una alegría química a otra. El comienzo de los días compartidos en el refugio de Santa Mónica y la puesta en marcha de aquel proyecto de vida aguardado tuvo, por suerte, un efecto balsámico. Se volvieron hacia ellos mismos, hacia la casa, y fueron dichosos, con una dicha serena y nueva, en aquel repliegue que se prolongó, aunque en una tonalidad diferente, con el nacimiento de José Antonio y la muerte del padre.

Pero dije bien, aquel repliegue sólo en apariencia fue el mismo de antes: de un día para otro comenzó de nuevo a lucir ansiosa, como amenazada por un peligro inminente y atroz. Con todo, Fernando tenía la esperanza de que aquellos días nefastos, cuando resultaba cotidiano verla caminar sonriente por el filo de la navaja, fueran asunto del pasado. Falló. La famosa velada del Wolfgang Amadeus volvió a abrir la válvula, y la espiral, que él creía cortada, recomenzó...

—Recuerdo esa noche del Wolfgang Amadeus Bar perfectamente —dijo Antonio—. La noche de las dedicatorias de Perucho (variaciones sobre «Jarrito Pardo», ¿no?), y del show «pasional» de El Colorado Febres contigo... y del desmayo de Carmen Luisa.

Antonio se había dejado crecer la barba por tercera vez en los últimos años, y no

dejaba de peinársela con la mano. De la capilla llegaban voces y hasta risas. Fernando levantó la vista, arriba el cielo lucía maravillosamente despejado, el aire era transparente y soplabla una brisa tibia que hamacaba las ramas de los arbustos.

—A partir de allí volvió a ir en descenso —dijo.

—¿Bebe mucho? —preguntó Antonio.

—Bebe —respondió, y miró largamente a Antonio para enfatizar antes de proseguir—. Y no solamente bebe.

—Sería magnífico que se acercara a Maruja —dijo Antonio— Estoy seguro de que La Princesa la ayudaría.

—Ya lo ha intentado. Me consta que Maruja la llama por teléfono, yo mismo he hablado con ella. Pero personalmente ha conversado poco. Y sé que la culpa no es de Maruja... Ya te lo dije: Carmen Luisa cambió... hasta de amigos y de amigas.

Antonio comenzó a decir algo, pero tartamudeó y luego tosió.

—¿Puedo preguntarte algo? —soltó, por fin.

Fernando lo miró con curiosidad

—Dime —lo animó.

—No sé. Creo que es un abuso. ..

—Déjate de pendejadas, Peraloca, son quince años de amistad —lo regañó Fernando.

—El niño —dijo por fin Antonio—... ¿Tú crees que Carmen Luisa llegó a aceptar de verdad al niño...

Fernando guardó silencio por un momento.

—Creo que no —dijo, tragando saliva—. Creo que no.

En ese momento Carmen Luisa volvía a despertar del sopor intermitente en el que las pastillas la habían hundido. Sudaba de nuevo, pero su inquietud se transformó en espanto cuando recordó el pozo de donde emergía: había soñado que de nuevo se hallaba yacente en la silla de partos. El obstetra, aunque con los rasgos de su propio padre, es, en verdad, Bermúdez. Una multitud se agolpa en la habitación, aguardando con curiosidad. No ha culminado la maniobra de expulsión cuando un aplauso clamoroso estalla de forma unánime. «Es único», gritan, «un ejemplar de colección». Sólo cuando Bermúdez completa la maniobra y se planta frente a ella, puede mirar con claridad al niño: con la cara y el cráneo totalmente encendidos en dos mitades la mira fijamente con dos enormes ojos color sangre. El grito agónico, espanta a la multitud que huye, atropellándose. Bermúdez, entonces, se aproxima a ella, que no ha dejado de gritar. «Tranquila, tranquila», le dice, mientras sonrío, «no hay motivos para preocuparse, por fortuna nació muerto».

La náusea la hizo virarse rápidamente, arqueándose, para tratar de sacar la cabeza de la cama, pero ya el vómito se escurría por la barbilla y le mojaba la cota. Maruja se apresuró a sostenerle la frente con la mano para que pudiera vaciarse sobre el piso sin

hacerse daño.

En el jardín posterior, Fernando se dejó abrazar por Gustavo y Patricia, su pareja de siempre. Patricia preguntó por Carmen Luisa, ¿íbamos a buscarla, mi amor?, a Gustavo. Entraron a la capilla: Fernando y Patricia caminaban delante.

Marisela colocó la taza de chocolate sobre la repisa y se acercó a Perucho.

—Voy a quedarme con Fernando y Carmen Luisa hasta que me duerma parada —le susurró—. Te espero. Llevas a mamá, pasas por el Wolfgang y regresas. ¿Prometido? —Llevo a mamá, paso a reportarme a la gerencia del Wab y regreso, tú estarás esperando, lo prometo —le respondió Perucho, parodiándola, mientras le colgaba un beso rapidísimo en la boca y alzaba su mano derecha, volvía, muñeca, volvía antes de que te durmieras, amor suyo.

2.

1973

[Breve nota de La Flaca.]

[Leyendo tu recuerdo de esas locas semanas de la navidad del 71, en Londres, puedo entender hasta qué punto aquella ciudad y aquellos días se combinaron para cambiar nuestra vida. Transfiguración, sí; pero de dónde y por qué y cómo. Buenas preguntas para nuestros cuestionarios escritos.

En cuanto a La Polaca: ¡Qué ser tan delicado y singular! La extraño mucho, incluso más de lo que sospeché... tanto como tú, quizás. Todavía recuerdo esa noche, en julio, apenas unos días después de haberse instalado por segunda vez con nosotros (la primera había sido justo en la navidad, al conocer a Antonio, ¿recuerdas?), cuando al regresar de aquel pobre pero promiscuo montaje de... cómo se llamaba, ¿«Afrodita en Woodstock»? y de aquellas cervezas en el «Sour Grapes», se presentó, justamente desnuda como Afrodita, en nuestro dormitorio, para pedirnos que le hiciéramos el amor.

Curiosamente ambos entendimos que su deseo era el que tú le hicieras el amor, quizás pensábamos en el deslizamiento de un pronombre del polaco que confundía su empleo de la segunda persona en el inglés, quizás temíamos el desearla. Lo cierto es que enseguida ella se encargó de despejar toda duda:

—No. Me refiero a ambos (both of you) —dijo con énfasis, sonriendo, acercándose hasta el pie de la cama—. Y los dos al mismo tiempo.

—Nos miramos y la miramos, ¿recuerdas? Tenía una apariencia extraña, como una corderilla sacramental que espontáneamente se ofreciese al sacrificio. Y, al mismo tiempo, una corderilla seductora. ¿Leíste algo en mí o tomaste la decisión de manera espontánea, aunque pensando en ambos, o incluso en los tres? Nunca nos detuvimos a conversar sobre esto, ¿Qué sucedió luego? Creo recordar que me tomaste a mí con una mano, y a la manta auxiliar con la otra y me ayudaste a incorporarme para, entre los dos, cubrir a nuestra cabrita. Luego la condujimos al sofá-cama de la sala, la reclinamos y la besamos en la mejilla.

—Sería injusto, muñeca, tú mereces algo mucho mejor que lo que nosotros podríamos darte —le dijiste, por fin, al tiempo que yo le acariciaba el cabello—. La Flaca y yo ya nos tenemos demasiado el uno al otro, no quedaría nada para ti.

Entonces apagamos la lámpara y regresamos al dormitorio. ¿Fue imaginación mía o esa noche nos hicimos el amor con una ferocidad fuera de costumbre (aunque asordinando los gruñidos para que ella no nos oyera)?

A la mañana siguiente ninguno de los tres mencionó nada: como si nada hubiera ocurrido.

—Y, de verdad, ¿acaso ocurrió algo? —la imagino corrigiéndome, si fuese capaz de oírme.

3

1969

Aquel mismo año de 1969, en el mes de diciembre, Carmen Luisa fue ingresada a la «Colonia de Rehabilitación» de Los Chorros, afiliada a la «Asociación nacional contra el uso indebido de las drogas». No opuso resistencia. Después de haber mostrado durante meses un rechazo a rajatabla por todo lo que le olier a comunidad terapéutica, había terminado por aceptar los consejos de Monsalve, el sempiterno «loquero» de la cofradía, quien le había dado un alerta de shock: tenía dos caminos que se excluían, el que viniera transitando en los últimos meses, que la conducía derecho a la quiebra personal y al suicidio, y el otro, el de la Colonia de Los Chorros, que, si todo iba bien, «podía regresarle al espejo la imagen de la Carmen Luisa que todos, incluyéndola a ella, habían conocido y querido» El juego había terminado: se trataba de limpiar la casa, de recoger los vidrios, querida. Así de simple.

En el seno de la cofradía, Monsalve había sido respetado y acatado como piache desde los tiempos en que le correspondiera tratar a Marujita. Y más tarde cuando descubrieron que Gisela, su esposa, había sido la primera «víctima» nupcial de Gustavo Lara, el «amante providencial» de Marujita, el estupor provocado por las

afinidades electivas no hizo más que fortalecer el afecto: aunque fuese algo mayor que ellos, los cofrades comenzaron a considerarlo como una especie de miembro honorario, y a distancia, del grupo (bromeando con las «analogías eróticas, Peraloca había propuesto condecorarlo con El Gran Cordón de la Orden de J.W. Goethe — atención: anoté cordón).

A pesar de esto (o precisamente por esto), cuando Carmen Luisa lo visitaba en papel de paciente, no podía evitar verlo menos como un psiquiatra que como un consejero o un amigo con experiencia. Monsalve lo sabía: no le cobraba honorarios y la trataba con un compromiso laxo. Carmen Luisa acudía sin regularidad y con muchos cambios de cita, aun en las circunstancias en que más parecía necesitar de ayuda: la ruptura con el padre, el tratamiento contra la esterilidad, la muerte del niño. De allí la encrucijada que ahora le había planteado el psiquiatra: él ya no podía tratarla clínicamente (si es que alguna vez lo había hecho); lo que ella necesitaba, con urgencia, era ayuda especializada.

Dudó mucho. Sintió tristeza y rabia al mismo tiempo. Hasta que un día mientras fumaba, y miraba jugar a los niños de la vecindad a través de la ventana (se había mudado a Los Chaguaramos, a una planta baja: desde la muerte de José Antonio odiaba las alturas y el vacío), tomó de súbito la resolución. Dos razones le llevaron a esto: el recordar, con simpatía, la metáfora sobre el espejo y la Carmen Luisa extraviada que Monsalve le había propuesto; y la sensación asfixiante de que estaba tocando fondo.

La mañana de diciembre en que cruzó el grueso portón de La Colonia de Rehabilitación de Los Chorros, fue limpia y fría. La casa se erguía al fondo, sobre una pequeña colina, rodeada por cespederas y jardines extensos y tupidos. A la izquierda, en dirección a la montaña, la silueta de una ceiba enorme y centenaria se recortaba en relieve contra el aire. Las mangueras de giro automático aspergían bruma sobre la grama. Desde el norte soplabla una brisa fría y el angosto sendero por el que caminaban hacia el porche de la casa olía a tierra húmeda y a azahares.

Fernando, que marchaba a su lado, llevaba la maleta con la ropa y los objetos personales mínimos que la institución le había exigido. Ella tenía las manos libres, pero las había escondido en los bolsillos de la chaqueta para poder frotarse los dedos, unos contra otros, sin ser vista. El padre, quien también había venido a acompañarla a pesar de que ella le insistiera en que no sería necesario, los escoltaba. Tan pronto los vio venir, «el doctor Alvarado», se apresuró a recibirlos, sonriente, trotando hacia ellos con los mismos pasitos cortos y saltones que solía emplear para deslizarse por los pasillos del Fray Luis de León y por las naves de la iglesia, doce años atrás. Carmen Luisa le devolvió la sonrisa y lo besó en la mejilla, balbuceando al saludarlo porque no acertaba en decidir cómo llamarlo: para ella, de alguna manera, él continuaba siendo el mismo padre Gonzalo de los tiempos de la secundaria, el polemista incansable, el cómplice solapado de la cofradía. Con el trabajo como

corredor de seguros se había costeado la carrera de leyes y ahora era un exitoso especialista en derecho administrativo. Pero su tiempo lo compartía entre el ejercicio de la profesión, la familia, y su actividad como miembro de la junta coordinadora de esta «asociación contra el uso indebido de las drogas», de cuyos proyectos tanta satisfacción derivaba.

Una de las labores de la asociación estribaba, justamente, en colaborar con el soporte financiero de las comunidades terapéuticas del área, con las que sostenía un contacto permanente, de allí que cuando Fernando lo llamara a propósito de Carmen Luisa, no había perdido un segundo en acometer las diligencias necesarias que garantizaran el cupo en la Colonia, y había decidido estar presente en la admisión para disfrutar del placer que le proporcionaba el conversar con sus antiguos pupilos. Se había abierto una larga ausencia entre ellos, desde aquella tarde en que se tropezaran por azar en Sabana Grande, y él los sorprendiera con las noticias de su dispensa y de su reciente matrimonio con aquella trigueña de mirada asombrada y dulce que lo acompañaba. Alguna vez se habían llamado por navidad, por año nuevo, pero nunca habían satisfecho las visitas anunciadas.

Ahora celebraba la turbación de Carmen Luisa al reencontrarlo y le rogaba que lo llamara Gonzalo, seguíamos siendo amigos, Sigmuncita, ¿no eras así? Todos, incluyendo al papá, soltaron la risa, y La Sigmuncita de otros tiempos, agradeció el regreso de aquel humor chispeante que la había ayudado a ser dichosa en la adolescencia y que ya casi olvidara en el limbo de la adultez.

Se dejó conducir por Gonzalo, todavía escoltada por su padre y por Fernando, hasta el interior de la quinta. La sala, decorada como si se tratara de la vivienda cotidiana de una familia acaudalada de los años cuarenta, hacía pensar en cualquier cosa menos en una clínica: juegos de muebles, mesitas, lámparas, cuadros, vitrinas y tapices, y, al fondo, el vano de un pasillo sin luz por donde, de pronto, se mostró un hombre alto y canoso, embutido en una bata blanca. Le sorprendió que el doctor Carrillo, el director de la comunidad, un médico que cultivaba fama de amar la normativa, olvidara por un momento el canon para salir a recibirlos, aunque ya había sospechado que la mediación de Gonzalo, con su arrolladora espontaneidad, alteraría las costumbres de la institución, como solía hacer en las aulas del Fray Luis en los tiempos gloriosos. En efecto, Carrillo, que no cesaba de succionar una pipa apagada y de estirar el cuello como si le molestara la corbata, se mostró considerablemente más afable y simpático que su leyenda, la entrevista de anamnesis podía esperar, queridos amigos, decía, ahora quizás les vendría bien un café, ¿les parecía? Con aquel frío de la mañana... Escuchándolo, ella pensaba que la descripción que Monsalve había hecho de la voz de Carrillo no podía ser más exacta: grave, modulada, parecía abultada por una caja de resonancia invisible.

En cambio, el bosquejo que le hiciera de la casa se quedaba por debajo del original: le agradaba la primera impresión que se estaba formando de ella, apacible, antigua, sin

estridencias, probablemente lo que más necesitaba en aquel momento. Si los planes se cumplían, debía estar preparada para convivir con aquellos muros entapizados por los próximos meses. Al menos aquel era el «estándar de la institución», según le pronosticara Monsalve, una manera poco feliz, extraña a él incluso, de encarnar el oráculo.

Para ella, sin embargo, aquel frío estándar resumía las consecuencias prácticas de una de las decisiones más difíciles que había tomado en su vida. Acertada o no —sólo el tiempo lo diría—, era imposible postergarla: no hubiera podido sobrellevar por un día más aquel espantoso descenso en caída libre del que ignoraba cómo había comenzado y adónde la conduciría.

Todavía podía recordar el tiempo del sosiego y de la plenitud: cuatro, siete, doce años atrás. Se veía de nuevo en la época en que conociera a Fernando: la cómica persecución a la que la había sometido y el aparatoso desenlace aquella mañana en que casi fuera atropellado. ¡Sólo al Llanero Comediante podía ocurrírsele una chifladura de aquella talla! Ese día había permanecido horas a su lado, al pie de la cama, en la clínica, velándole el reposo artificial hasta el momento en que le volvía la sonrisa. Y luego había regresado al amanecer y los amaneceres siguientes mientras él permaneció recluido.

Cuando le dieron de alta inventó la cena en la que ella debía ser oficialmente presentada a la familia y sobrevino al percance con Manuela que los obligara a cerrar la velada con su primera noche de restaurante en pareja: «El Ajibe» y las confesiones en la plaza del teleférico y las oleadas de dicha que le llegaban por ráfagas y casi la asfixiaban arrancándole espasmos de incredulidad por aquella felicidad inmerecida. ¿Cómo pudo sobrevivir a aquella fiesta del cuerpo en la pequeña cueva de la avenida Roosevelt, que la llevara a descubrir de qué pasta sobrenatural estaban hechos? Jamás lo supo. Pero desde entonces abrigó la certeza de que su vida estaría ligada, hasta un invisible futuro, a aquel demente adorable que le había permitido sentirse y pensarse otra.

Hubo desencuentros, claro (los días podían ser diversos y extraños: ambos lo sabían), pero nunca alcanzó a dudar de que en algún momento llegarían a establecerse como pareja e intentarían criar tripones y envejecer juntos. Compartían ideas y aficiones. A veces no necesitaban hablar para comunicarse porque bastaba la mirada o una pausa silenciosa para que el otro comprendiera o recibiera la previsible confirmación de que era comprendido.

En el lecho, la ternura derivaba en la imaginada diversidad (otros lo llamarían, quizás, perversión), o a la inversa, seguros de que el clímax los aguardaba, fiel, en alguno de los múltiples recodos de la danza (¿o era combate, o capricho o vuelo a dos?).

¿De dónde provenían, entonces, aquellos esporádicos sentimientos de extrañeza, de separación ante la realidad y ante ella misma, que a partir de cierto momento —quizás a comienzos de 1958— comenzaron a asaltarla y que la llevaban a pelearse con él —a

ella, que hubiera dado la vida por evitarle un disgusto-, por nimiedades, sólo porque él formaba parte del mundo, ese territorio hostil donde ella, mientras le duraba aquel trance negro, se sentía extranjera y rechazada? Y, sobre todo, ¿de dónde extrajo Fernando el coraje, la paciencia y la voluntad para aceptarla y perdonarla, una y otra vez, cuando ella misma después de incurrir en sus fallas no lograba entenderse ni conseguía aliviarse de la culpa?

Con este apuntalamiento incondicional lograron extender su asechada felicidad a lo largo de aquellos años universitarios que se deslizaron con la leve rapidez de un vuelo en cuyo extremo aguardaba la temida adultez.

No había sueño y fantasía más recurrente en ella que el de ser tocada por una poción sin tiempo que la regresara de nuevo a la adolescencia y la instalara allí, «dejándola danzar eternamente alrededor de sí misma, y no crecer jamás».

Aunque se avergonzara de esta obsesión (porque si alguien podía hallar en ella una celebración de las espontaneidad, también entrañaba egoísmo y no poco temor), tenía que admitir que no había otra que la definiera mejor. Tal vez por esto nunca la compartió con Fernando. Tal vez por esto su afición por hurgarla a fondo, a solas o con la presencia de Monsalve, en busca de su razón, sin lograr domarla. Falló con ella repetidamente, en su intento de tomarla por el cuello y ponerla a su servicio, y tuvo, en fin, que admitirla dentro, a su lado, como a una incómoda e inevitable compañera de ruta.

Con la recepción del diploma y el cruce del umbral profesional, la contradicción se agravó. Recordaba la graduación como una enorme pantomima que refrendaba para siempre su expulsión del paraíso. Y a su primer trabajo profesional como una insostenible contribución que tenía que rendirle a su adultez. Se sintió terriblemente mal y no pudo hallar alivio y sentido ni en los malditos archivos subterráneos del inconsciente ni en el inútil taller de Monsalve. Por primera vez experimentó el dolor intuitivo de que toda la sabiduría acumulada sobre los resortes que movían al ser humano y los impalpables mecanismos que lo sostenían, se rompían en ella y alrededor de ella.

Y sin embargo, saltaba allí una paradoja, porque lo que en su caso parecía resistirse a funcionar, en el de Maruja, por ejemplo, marchaba. La Princesa se recuperaba a ojos vistas, y no porque su laberinto fuese simple. ¿Significaba eso la muerte de La Sigmuncita como hubiera podido decretar, en sesión plenaria, la cofradía, si hubiese estado al tanto? No. Esto resultaba excesivo. Quizás sólo se trataba de que «nadie era Sigmuncita en su tierra». ¿Ni siquiera ella? ¿Ni siquiera ella catalizada por Monsalve?

Aquel era el estado del arte en 1964: graduada, trabajando y en el umbral del matrimonio, sentía como nunca que la labor profesional y el casamiento no eran otra cosa que signos de la edad que la aproximaban a la muerte. Fue entonces cuando se asomó a la noche.

Todavía podía recordar, con lo que ella rescataba por sí misma y con los piadosos retazos de testimonios que los cofrades y los amigos le había echado como sobras para que no se le perdiera del todo aquel fragmento de delirio, la celebración del grado. Había, por supuesto, excusas: allí estaba la propia bisagra que constituía la graduación, allí estaban su mención de Magna Cum Laude y la ovación unánime del Aula Magna mientras ella se inclinaba sola, destacada, en el centro de la enorme tarima y allí estaba la presencia incómoda de aquel semidesconocido que usurpaba la identidad de su padre con su correspondiente adefesio al lado —y, sobre todo, la alimaña que se hacía pasar por su madre— con su apestosa sabandija prendida a la falda.

Pero —hay que decirlo—, ninguna de estas circunstancias, sea en un sentido o en el otro, tomadas aisladamente o en suma, bastaban para excusar lo que aconteció luego. Fue, probablemente, su primer gran susto y su primera gran depresión post-etílica. Y aunque Fernando hiciera lo imposible para que no comentaran entre ellos estas debacles una vez que ocurrían en ella persistía un regusto de bilis que resultaba difícil dejar de lado y que la obligaba a recordarlo.

Aunque, viéndolo bien, tal vez El Llanero tuviese su delgada tajada de culpa en lo que ocurrió, si partimos de sus infelices comentarios acerca de la conveniencia de «purificarse con el alcohol ceremonial» que luego sería servido, para exorcizar las «perniciosas influencias de algunas máscaras» que habían hecho presencia en el acto y, de paso, quemar de raíz algunas de aquellas neuronas sobrantes, primeras culpables de que ella fuese investida con esa «curiosi condecoración latina» que atosigaba.

Como quiera que haya sido, lo cierto es que al promediar la medianoche (el acto en la enorme taza del Aula Magna había finalizado a las 9), allí estaba ella, en el salón alquilado de la agencia de festejos, insultando a la sabandija que escoltaba a la madre, contando chistes obscenos en la mesa del vicerrector, entonando boleros trágicos entre los grupos que conversaban en el jardín, amenazando bajo acciones explícitas que precedieron a la ejecución final (el pronunciamiento casi areolar del escote, la subida de la falda hasta niveles de liga, una rumbosa sacudida de trasero), con improvisar hasta la «primitiva desnudez», el striptease necesario para debutar en el mercado profesional con todas las de la ley.

Sea por virtud del olvido o de un relámpago de pudor, la desnudez no alcanzó las profundidades de «primitivismo» anunciadas, y, a decir verdad, ni siquiera rozó los límites de la edad de bronce. Pero movió público. Escandalizó a las buenas conciencias y... ruborizó a las regulares.

Para abreviar, diremos que el happening, con la cofradía en pleno a título de comparsa, realizó una jugosa escala en la discoteca «Blow Up», donde las sorpresas continuaron, y aterrizó, a punto de amanecer, en la «Policlínica Santiago de León», donde unos siniestros vómitos, una baja de tensión y un desmayo por parte de ella, los obligaran, sensatamente, a pedir pista.

Este fue uno de varios episodios que menudearon entre «la noche del diploma», como lo denominaría ella en el futuro al referirla en sus notas, y el incidente de la despedida de soltera, en el «Selva Negra», cuando le ocurriera otro desvanecimiento, parecido al anterior en todo, y Fernando temiera, por primera vez, los alcances de lo que él había denominado, un poco en broma (en broma hasta aquel momento), «el cambio de pasaje». Entre una fecha y la otra ella había descubierto el jardín de las hierbas que se bifurcan. Nada especialmente grave, le había dicho Monsalve, a condición de que no te dejes enamorar por ellas al punto de depender de ellas. Pero eso fue, precisamente, lo que le ocurrió.

¿Fue una simple coincidencia el que esa afición le sobreviniera justamente en vísperas de su matrimonio, o, como creía Monsalve ahora, representó un síntoma que preanunciaba de manera casi transparente todo lo que vino después? ¿Quería decir que ella le temía, ya desde entonces, a la vida en común, y a todo lo que eso implicaba: retiro, entrega, vástagos, sacrificio, madurez?

Era una conjetura sensata, sólida incluso, pero conjetura al fin. No obstante, aun en el caso de que ese temor larvario estuviese allí, tratando de minar sus decisiones desde la guarida inconsciente en donde se enquistaba, quedaba siempre la voluntad de continuar con aquel proyecto que se remontaba a sus fantasías de adolescente y que todavía ahora, después de tantos años, continuaba trazando la figura de los días por venir.

Aun con aquel temor solapado, que a veces asomaba sus fauces encolmilladas, pero que podía ser vencido (al menos eso pensaba entonces: que podía ser vencido), estaba dispuesta a intentarlo por él. No, no es un error de interpretación imaginaria ni un accidente de software, créanme: no lo hacía por ella, lo hacía por él. «Yo soy Fernando», se repetía, parafraseando aquella declaración de Catalina. «Yo soy Heathcliff». Yo soy Fernando, y me amo, susurraba frente al espejo del dormitorio, a solas, despeinada, desnuda, después del primer liado de hierba, en los días que precedieron a la instalación común en Santa Mónica y a la de la unión ante el juez. Yo soy Fernando y me entrego a mí.

Pero El Llanero permanecía, ajeno a estas confesiones: ella nada le revelaba. Como no le revelaba sus anotaciones esporádicas a través de las cuales se desollaba hasta el frío. ¿Lo haría algún día? ¿Reuniría el coraje para entregarle aquel dossier íntimo que ella guardaba bajo llave, en el pequeño baúl donde almacenaba las cartas mexicanas del antiguo padre? Tal vez, se decía entonces. Y continuó viendo aquel acto de supremo despojamiento como un recurso de lealtad que nunca se decidió a poner en práctica: ni cuando se unieron ni cuando nació el niño ni cuando se separaron ni aun ahora cuando ingresaba a la Comunidad Terapéutica, una decisión que constituía un simple reconocimiento de su quiebra (pero, también, un propósito de reinicio) y que, sí, era cierto, tenía que aceptar que partía su vida en dos.

Fernando ignoró siempre aquellos testimonios íntimos que la lanzaban a un tiempo en contra y a favor de ella misma... Aunque no desconociera sus veleidades y sus viajes artificiales... y aunque a veces, incluso, y a pesar de la reserva que mantenía en relación con ese territorio, la acompañara. Y lo hacía por el solo placer de acompañarla, por el temor a mirarla adentrarse sola. Ella lo sabía y se lo agradecía y no sabía si agradecerse, pero de cualquier manera quien en verdad descendía era ella.

—Uno de los dos tiene que cuidar de las velas, gobernar el timón —decía él, picándole el ojo, despeinándole la pollina—. Y ese siempre seré yo. Más aún en octubre; tiempo de huracanes en el Caribe —y sonreía, todavía sin mueca forzada. Ella protestaba: no estábamos en octubre, loco. El la estrechaba y la besaba, bajo la luna morada de la pista en el «Blow Up», al ritmo de «Se piangi, se ridi», y estábamos viviendo octubre desde hacía unos años, le susurraba al oído, y al parecer seguiríamos viviendo en él por mucho tiempo, mi amada bruja ¿Debía reprocharle que se mantuviera siempre a este nivel de metáfora cuando rozaba el tema? No. Era ella la del acertijo.

Con todo, ciertamente, se armó de un coraje suficiente como para enfrentarlo a su propio temor: le impregnaría voluntad al proyecto, le metería el hombro. Y entonces, de nuevo el gnomo oscuro tendió el lazo. A pesar de sus períodos irregulares (podían presentarse en lapsos de 15, de 25, de 40 días, o saltarse un turno), y aunque aquellos ritmos «femeninos» nunca le fueran bien (los dolores de cabeza, las punzadas de vientre, los malestares corporales menudeaban en las fechas), jamás esperó problemas de esterilidad, y apreció como un nuevo fracaso —una falla visceral esta vez— los intentos infructuosos por concebir.

Cuando, finalmente, los largos meses de tratamiento parecieron dar resultado, y ella quedó embarazada, decretó la llegada de un armisticio que, dándole respiración, le permitiera reconciliarse consigo misma. La tregua duró poco. El embarazo fue delicado, se le recomendaron precauciones extremas y desde los cinco meses en adelante se vio obligada a guardar un estricto reposo. De nuevo las nubes pesadas. Tenía pesadillas en donde el vientre se le desinflaba de súbito frente a una audiencia que se mofaba y hacía escarnio de su desespero; o en donde se veía descender por una larga escalinata, a oscuras, hacia ningún lugar.

Y entonces nació el niño. Para ella no hubo dudas: desde un primer momento supo que el lejano estigma de aquel tío Daniel a quien las historias nocturnas de tía Cristina hacían danzar y canturrerar en los caminos del páramo para divertirla en su duermevela, había viajado en el tiempo para rozar su carne y mudar el cuerpo de su hijo. El comprendió... y lo aceptó. Ella, en cambio, no podía evitar mirar aquel cuerpecito como el de un impostor.

—Volvió a ir al gabinete de Monsalve. Para asombro y preocupación del psiquiatra, las respuestas seguían siendo semejantes, pero las interrogantes se multiplicaban sin

cesar

Y al lado de esto, aquella mutación aleatoria, que deformaba su semilla y que era menos un síndrome inconsciente que una maldición indescifrable: todavía podía reconstruir con nitidez la tarde que acudió a hablar con Monsalve por primera vez después del nacimiento de José Antonio: había experimentado náuseas y vomitado largamente sobre la alfombra del consultorio.

Aunque desconcertantes, las consultas (si se podían llamar así) mantenían un costado positivo: salía de ellas aún enferma pero fortalecida en su determinación de continuar con aquel «proyecto» que era su compromiso de vida al lado de —dentro de— Fernando, y su cotidianidad misma. La rutina de los primeros meses del niño, aunada a las citas médicas y psicológicas que su condición reclamaba, la absorbieron por completo. Luego —casi de inmediato— sobrevino la muerte de don Francisco: una muerte que ella imaginó (alcanzó a llegar para el entierro) resignada y plácida, como había sido su semblante durante aquellas visitas que le dispensaran en su «larga espera».

Fernando, entonces, se sumió en la depresión. Se trataba de un decaimiento extraño, donde estaban presentes el dolor y la tristeza, sí, pero también una especie de amargura que no atinaba a saber de dónde provenía. Estaba desubicada y sorprendida: por momentos lo veía peor de lo que ella se veía a sí misma.

El encierro ceremonial, a cal y canto, se prolongó por dos meses, período durante el cual ella apenas asomó la nariz a la calle, para el trabajo (había conservado medio tiempo en el inefable ministerio), las compras y las obligaciones con José Antonio. El hacía otro tanto, sólo que su jornada en el periódico era completa. Hasta que un buen día, sin que en apariencia mediara ninguna pócima especial, ningún roce mágico, él se presentó ante ella exhibiendo un tono diferente en el rostro, mejor dicho, exhibiendo el mismo que antes le conociera, y una invitación en la mano derecha: la de la celebración por el contrato de Perucho el en Wolfgang Amadeus Bar.

Fue la ceremonia iniciática que marcó la simultánea transformación de ambos, sólo que con sentidos y alcances distintos. Fernando aceptó un ascenso en el trabajo, que había estado postergando por meses debido a su crisis, contrataron a un aya profesional para el niño, y ella decidió regresar al tipo de relación con ella misma, con Fernando y con la vida de todos los días que había sido su norma antes del matrimonio.

Fueron tiempos alegres y locos y vertiginosos.

Ella obedecía a un impulso que la hacía actuar como si fuese muy joven, casi púber, sin los nexos y los límites que había adquirido con la edad, y sobrellevando el terror irreprimible de que la vida le sería arrebatada de un momento a otro. El, por su parte, la acompañaba en estado de permanente estupor, como si fuese partícipe de una tragedia cuyo inexorable desenlace se aproximara y ante el cual la única actitud posible resultara la de una alborozada espera.

Sobre aquel tobogán, jocosos y equívocos, se deslizaron hacia el final de la fiesta: la muerte del niño, los tres días de ella bajo la demencia del alucinógeno.

Conocía el ácido, al que había visto en su forma de cómicas protuberancias, redondas, oscuras, como pequeñas manchas inocuas sobre un papel poroso o como pastillas de apariencia convencional; pero sabía, también, que era un arma con gatillo montado, un afiladísimo bisturí de doble hoja al que era menester manejar con pulso de cirujano avezado.

Y le temía. Entre los conocidos circulaban leyendas insólitas acerca de sus efectos, entre las cuales dos de las menos improbables eran del pintor Pianzini, a quien habían puesto preso en París, mientras corría, vestido sólo con un par de botas de campaña, amenazando a la policía por el Boulevard Saint Michel, al tiempo que afirmaba, a gritos, ser la encarnación del Che Guevara; y la del infeliz Norberto, quien se practicó el hara-kiri con un cuchillo de carnicero, para verificar el color de los prodigiosos sonidos que parecían provenirle del estómago.

Siempre se había mantenido a distancia de aquella ruleta que la atraía y la repelía al mismo tiempo, de allí que fuera la primera en espantarse al verse, en una película muda y lenta y desenfocada, a un costado de la barra del Wolfgang Amadeus Bar, en la acción de extender el brazo para aceptar aquella microscópica fracción como «muestra gratuita, promocional», del detonante que El Colorado Febres sacaba del bolsillo interno de la chaqueta, para ofrecérselo. Se vio tomar el diminuto glóbulo y llevárselo a la boca, y se vio reír luego con los labios apretados mientras Febres, él siempre supo que tú ibas a ser de las lanzadas de verdad, chamita, tú misma eras, le daba un beso en el bajo cachete y una palmadita en el hombro.

¿Por qué mantuvo los labios apretados, como si quisiera evitar que la sustancia tomada pudiera, por accidente, escapársele de la boca? ¿Por qué aceptó de un envión el chantaje del reto, como si todavía fuese una niña, sólo porque su proveedor habitual de hierba, a quien había estado buscado, se hallaba en la barra, acodado al lado de Febres? Y, más aún, ¿por qué había aceptado que viniera precisamente de manos de El Colorado, aquel imbécil que la cofradía de su adolescencia, y Fernando en particular, había detestado?

Fernando, que la esperaba en el rincón opuesto del Wolfgang Amadeus junto a Antonio y su affair de turno: Mónica, y junto a Maruja y al poeta Guaica Ramírez, no se percató del incidente de la barra. Pero no hacía falta que se percatara: el efecto de la pastilla fue rápido y devastador. No había terminado de reintegrarse al grupo cuando sintió que los pasos que daba sobre la alfombra para alcanzar su sitio, al lado de El Llanero, se transformaban en gigantescas zancadas que amenazaban con aplastarla contra el techo o, peor aún, con despedirla sobre la multitud de extraños que hablaban y bebían en las otras mesas.

Estimó que para evitarlo era conveniente acuclillarse y dejarse deslizar hacia abajo,

hacia la alfombra, a fin de refugiarse bajo la mesa e impedir (?) el crecimiento desmesurado que, quizás a consecuencia del ejercicio de los grandes saltos, comenzaban a padecer piernas y brazos. De pronto, y sin que supiera muy bien por qué, el problema de los miembros cesó (bien porque en efecto hubieran detenido su desarrollo o bien porque ella hubiera dejado de prestarles atención) y la invadió una dicha extática y plena que no se parecía a nada de lo que antes viviera como dicha. Reía. Estaba feliz y quería compartirlo con todos, pero, para su sorpresa, la cofradía y sus satélites habían desaparecido. En su lugar, el sitio empezó a poblarse de desconocidos con enormes cabezas de rasgos deformes y ojos rasgados. ¿Chinos? ¿O mongoles, quizás? Sí, no había dudas, se trataba de mongoles quienes súbitamente empequeñecían hasta una estatura de enanos y practicaban muecas y pantomimas a su alrededor. Hubiera jurado que deseaban ganarse su simpatía si no fuese por el hecho de que las gracias, con sólo detenerse a observarlas, traslucían una pasta más bien trágica. Era una situación de ambigüedad menos soportable que la franca amenaza. —No saldré de la duda si no los enfrento —se dijo.

Los miró fijamente y extendió el brazo para tocarlos, con desconfianza. Fue entonces cuando la lámpara se derramó y un magma policromo y fosforescente cubrió los cuerpos y los objetos. Había estado escuchando por largo tiempo la lenta ebullición del cocuyo de luz sobre su cabeza, una especie de burbuja brillante cuya fermentación le inducía latidos graves y verdes, pero jamás imaginó que pudiera estallar con una intensidad así, y, menos aún, que contuviera una cantidad tal de aquel líquido espeso y encendido que se empeñaba en proliferar, agrumarse y proyectarse alrededor de ella, asumiendo apariencias que en su vida anterior (¿un siglo, un milenio antes?) hubiera llamado humanas.

Para su asombro, no le asombró el hecho de que estas excrecencias apelmazadas vistieran por segundos el rostro de Fernando o de La Princesa para, en el instante siguiente, por un proceso semejante al de la cera al derretirse y que parecía responder en su velocidad al ritmo sincopado seguido por la música, abandonaran su forma. ¿Fue aquella fugacidad de los rostros, aquel súbito deterioro que parecía experimentar el universo entero lo que la replegó hacia adentro en busca del centro donde cada burbuja de pensamiento nacía y donde reposaba, sin duda, el lugar sin lugar que le iba a permitir comprenderlo todo un segundo antes de comenzar a morir?

Y murió, murió por dos días. Una noche y un día y otra noche más de los cuales nada recordaba como no fuera el vertiginoso paso de tiempos y de milenios a través de los cuales ella se sentía sobrevivir sabiendo, sin embargo, con toda certeza, que se hallaba en una dimensión donde las antiguas palabras de muerte y de vida pertenecían en verdad a una lengua olvidada cuyo código desconocía y no podía no desconocer.

En todo ese tiempo negro estuvo bajo la tutela de Fernando y de Antonio y de Maruja... cuya mano y cuyo rostro fueron lo primero que viera cuando, veinticuatro

horas más tarde, con miedo y estupor, comenzara por fin a salir del pozo.

De alguna manera, aquella singular ausencia marcó los límites de ese viaje a dos, erizado de equivocaciones, dificultades y malentendidos, que Fernando y ella (¿o sólo Fernando?) habían intentado sostener por la fuerza del coraje. Ella comprendió: era una especie de miembro gangrenado, de cuyo morbo debía liberarse el cuerpo: si ella era Fernando, debía cercenar a ella de Fernando... para salvar a Fernando.

El prodigio, sin embargo, operó: una noche cualquiera, poco después del incidente del WAB, se armaron de valor.

Todavía podía reconstruir la escena con pasmosa puntualidad: era viernes, Fernando debía encontrarse con ella a la salida del trabajo, en un apartado cafetín de Altamira, al aire libre. Caía la noche, el mundo estaba fresco y había una extraña luminosidad magenta sobre el valle que parecía derramarse desde la silueta oscura de las montañas. Hacia un costado brillaba una luna llena, aureolada por inmensos anillos concéntricos de agua blanca. «El escenario exacto para un comienzo», se dijo, con amargura. Ella se había calzado una delicada chaqueta de lino beige, pero lucía agotada y desencajada; Fernando mostraba una apariencia distinta con la barba acastañada que se había dejado crecer en las últimas semanas. Hablaron largamente, en voz baja, con una extraña dulzura de fondo, casi hasta la medianoche.

Ninguno de los dos culpó al otro, cada uno de ellos se culpó a sí mismo y culpó a las circunstancias de las que ambos habían sido víctimas. Recordaron los momentos hermosos y terribles que cada uno le había entregado al otro desde la lejana mañana en que él la abordara en el «expreso azul» de la ruta Valle- Centro. Sintieron que se extendía un espeso milenio entre esta conversación de despedida y aquella mañana ingenua y dichosa en la que se habían conocido.

Rieron y lloraron como niños.

Al final guardaron un largo silencio.

Al día siguiente, Fernando reunió sus cosas y se marchó. Ella no estuvo allí para verlo salir. Le había pedido el especial favor de que lo hiciera en su ausencia.

La primera impresión que tuvo al abrir la puerta de la habitación que le habían destinado en la Comunidad fue la de estar entrando a una gruta blanca y pulida. El dormitorio era algo estrecho, con una cama sola, de pino, que parecía apoyarse en la pared derecha. Había sido idea de Gonzalo el sacrificar la amplitud a la intimidad: también él, en sus tiempos de estudiante y de sacerdote había preferido la soledad silente de la celda individual a la ruidosa cháchara de los hermanos del claustro. Ella le había aplaudido la decisión: iba a requerir de una paz unánime para reconstruirse a sí misma o, más bien, para dejar que lo mejor de ella se desplegara en el tiempo para elevarla de nuevo.

¿Cuál sería el modelo? No tenía idea. Estaba fatigada de repetir errores. Ahora intuía que debía reposar. Ser nadie durante unos meses.

Miró el dormitorio de nuevo, desde la entrada, una vez que la asistente se hubo retirado. En la pared izquierda habían excavado un pequeño clóset y, al fondo, una ventana ahora semioculta por unas cortinillas de raso, permitían a asomarse al jardín que se extendía, verde y húmedo, sobre el mismo nivel: también su temor a las alturas (la casa era una edificación de tres plantas) había sido tenido en cuenta por el perspicaz Gonzalo cuando procuró su ingreso. Un detalle delicado: desde la tragedia de José Antonio no toleraba apartarse demasiado de la tierra. No era vértigo, pero tampoco podía llamársele de otra manera porque aún no había rótulo para esa absurda manía.

También a la izquierda, empotrado al lado del clóset, había un lavamanos. Toda la habitación era de un blanco puro, rugoso, que absorbía una luminosidad mate y balsámica al momento en que las tenuas cortinas eran descorridas. No había estantes para libros, salvo el escuálido compartimiento inferior de la mesa de noche, pero calculó que el tramo intermedio del clóset podía ser un sucedáneo a la medida, sobre todo si, como pensaba, podía reciclar la provisión con la ayuda de Fernando y de Antonio, y cumplía con su determinación de releer más que leer.

¿Cómo describir, a propósito, la expresión de Fernando en el momento en que la abrazaba para despedirse y retiraba el rostro para contemplarla? No era de abatimiento, estaba segura (y aquello, de alguna manera, la aliviaba) era algo parecido al desconcierto (como si hubiese ocurrido algo que, a pesar de todo los esfuerzos, superara su comprensión) y, le repugnaba aceptarlo, a la piedad.

Fue una despedida sobria, por gracia o por desgracia de la presencia de padre y de Gonzalo que, sin proponérselo, diluían las emociones. ¿Y él? ¿Cómo la había visto a ella? Y, en el fondo, ¿importaba mucho la manera como él la viera a ella?

Se habían separado legalmente, habían introducido el protocolo de divorcio, sí, pero aquel maldito loco había tenido que ver con su vida casi desde el remoto instante que, en plena adolescencia, vislumbrara los días por venir. Ahora estaba sola. Más aún, ni siquiera sabía si estaba con ella misma. Miraba la rugosa textura del muro, y podía declarar, lo juraba por el dios en el que ya no creía, que quien miraba ya no era ella. No sentía ganas de morir, sino de vivir otra vida, y aquella parecía ser la única. Se lo había dicho con esas palabras al desquiciado de Monsalve, y el desquiciado de Monsalve había opinado que aquello era extraordinario, que aquello era el justo comienzo de todo.

Tenía razón quizás, pero de pronto sintió que era absolutamente necesario que lo tomara a broma.

—Con esto no me salvo, me «enmonsalvo», ¿o tal vez me ensalmo? —se burló, riendo como una desmadrada, sobreactuando, y pensó que el chiste le hubiera gustado a Fernando y a la cofradía.

Y ahora Maruja estaba en Londres, y ella se había quedado sin nadie, pensó, y experimentó unos deseos irreprímibles de escuchar un bolero: «Angustia», «Sombras»

o «Cenizas», una de esas canciones que el padre hubiera elegido de estar en su trance. ¡Su primer día en el destierro! ¡Su primera jornada en la celda blanca! ¿Qué significaba para ella? Y, de cualquier manera, ¿importaba acaso mucho que significara algo? Era una nada arrastrándose hacia otra nada: aquella era la sensible convicción a la que había llegado.

Y el verbo era exacto: deslizarse sinuosamente a ras de suelo con la boca dentro del barro. Si paladeaba en el vacío, el sabor que la inundaba era aquel: a estiércol removido, a mierda.

Colocó la maleta sobre la cama y se asomó a la ventana: el cielo estaba despejado y de un azul intenso, el sol había salido de nuevo y probablemente hacía calor... pero ella se estremecía de pie a cabeza como una afiebrada.

Capítulo XVI: 1973

1

COMENTARIO marginal de La Flaca: «leyendo tus notas de entonces puedo entender de qué manera aquella ciudad y aquellos días se combinaron para cambiar nuestra vida». Se refería, por supuesto, a Londres, ese abigarrado inventario humano que respira echado a orillas del Támesis como una leona dormida. No le faltaba razón. Es cierto que los largos viajes ejercen una sutil alquimia sobre el viajero, y que este efecto de metamorfosis proviene, en primer término, del simple desplazamiento que aleja al peregrino de su nicho. Todo viaje modifica. Pero, sin duda, hay otro impacto que deriva de la magia misma de la tierra que nos recibe. Cada ciudad (y este es un lugar común que debo usar ahora, enseguida se verá por qué) posee su propio espíritu: el estilo peculiar que cada una exhibe de permitir que el tráfigo humano circule por sus venas de concreto, plástico y acero, y de digerirlo en sus entrañas.

La capital de las «islas brumosas» (como las nombraba La Flaca) no escapaba a este canon. ¿Qué me obligó a inclinarme por ella antes que por otras que, como París o Nueva York, ejercían una seducción más extendida entre los becarios latinoamericanos de nuestra generación? Resulta difícil decirlo, apenas puedo advertir que la respuesta, sinuosa, se encuentra estrechamente relacionada con lo que resta por contar de esta historia.

Todo comenzó con la despedida de Maruja, a mediados de aquel maldito año de 1969. Desde su ruptura con Gustavo, y a pesar del fabuloso desempeño que había rendido en la Fundación, Maruja había estado amasando la idea de un postgrado fuera del país. No se trataba de una decisión impulsada por el desengaño o el cansancio, sino por el optimismo. Con Gustavo había quedado en términos de amistad, un nexo afectuoso que, se extendía a Patricia, la reciclada pareja de Gustavo. Y en lo que respecta a la Fundación, baste decir que fueron ellos los primeros en animarla, y los que, en definitiva, le costearon la beca.

Antonio, que corriera con una suerte digna de diez pepas de zamuro en la agencia publicitaria, se había instalado, ¡por fin!, en el primer apartamento que satisfacía sus necesidades desde que, cinco años atrás, rompiera el cordón umbilical inmobiliario para iniciar su largo ciclo en procura del techo decente que se adaptara a su «modesta imaginación». Casi estrenándolo, lo ofreció para celebrar la despedida de su hermana, entre cajas de libros sin abrir, objetos descolocados y serigrafías embaladas.

Aquel día yo estaba en cama con un virus en mutación de lujo que me había sacado de circulación: cargaba un malestar de los mil diablos y 38 grados en la axila derecha,

pero, sobre todo, me hallaba en plena travesía de esa tierra de nadie que se extendió desde mi separación legal de Carmen Luisa hasta su ingreso a la Comunidad Terapéutica de Los Chorros. Carmen Luisa había sido invitada, por supuesto, y aquello agregaba un elemento más a mi duda. ¿Debía ir? Y, sobre todo, ¿le haría bien a ella el que yo fuera? Desde la ruptura, su frenética afición a la dicha química no había hecho otra cosa que acentuarse.

Yo la había visto, al comienzo, un par de veces en los bebederos de costumbre: exaltada, riendo a más no poder, sobreactuada, me saludaba desde lejos agitando los brazos como banderolas. Decidí salir con menos frecuencia, y, sobre todo, cambiar de sitios: igual me llegaban las noticias por vía de las amistades comunes. Y cada vez eran peores.

En cuanto a ella, me resultaba imposible adivinar lo que sentía cuando nos tropezábamos, al azar, en una de aquellas cuevas nocturnas de las que más tarde deserté: su euforia artificial y exagerada lo impedía. De todos modos, no podía dejar de pensar que mi presencia, de alguna manera, le hacía daño. Quizás se tratara de una idea disparatada: ella misma se había dado a la tarea de remachar, hasta el cansancio, que no me culpara; pero igual la maldita creencia me perseguía.

Con todas aquellas pesitas en el platillo izquierdo de la balanza, la decisión de asistir a la despedida de Maruja merecía ser considerada con cuidado. Me repetí esto mientras apoyaba mi cabeza en una almohada triple y apuraba el vaso de agua para ayudarme a digerir la cuarta ración de vitamina C de la jornada, y enseguida... enseguida sentí un asco visceral por mí mismo como, lo puedo jurar, hacía años que no experimentaba. Maruja. Se trataba de que Maruja, mi amiga de toda la vida, La Princesa, la dulce muñeca de nuestra cofradía de adolescentes, se enganchaba al día siguiente en un viaje que la alejaría de nuestra tribu por los próximos tres años, y allí estaba yo, pendejo, chupamedias irreductible, preguntándome fríamente si asistía o no asistía a su despedida, como si estuviese sopesando el mejor método para contrarrestar la defensa india de la dama.

Me blindé con otra dosis doble de aspirina, me enjuagué la cara, hice los gargarismos con corteza de Sangregao que acostumbraba a tomar desde los tiempos infantiles de Tacagua, cuando creía amar a la prima Alida, y me aventuré a la calle, sobreponiéndome a la desapacible sensación de flotación (me siento caminar a un metro del suelo, aunque los miembros me pesan) que siempre me ha acompañado en las crisis gripales.

El grupo que celebraba a Marujita era poblado y diverso: desde algunos especímenes de la periferia de la cofradía, como el poeta Guaica, Gustavo y Patricia (quienes se aparecieron con un inmenso ramo de claveles, la flor preferida de Maruja), Perucho (que prometiera un solo de saxo especialmente boceteado para La Princesa), Marisela y Amalia, mi media hermana, que se había transformado en una preciosa nínfula de

12 años, hasta personajes de Las Acacias, antiguas compañeras de estudios, o nuevas colegas de trabajo de Maruja, a quienes yo no conocía o había olvidado, pasando por familiares, cómplices y círculos de distancias intermedia, como mi hermana Eliana y su novio de entonces, Monsalve, y Gisela, su esposa (la ex de Gustavo), y, también, para mi sorpresa, Alida y Bermúdez. Todo el bestiario disponible.

El «coronel» Paredes, doña Hortensia y otros familiares de la primera generación, ya habían oficiado su propio jolgorio en honor a Marujita dos días antes. De manera que la única ausencia notable a la hora de mi epifanía, las 8 y 10 minutos, era la de Carmen Luisa. Besé a Maruja, estreché manos y repartí abrazos entre la multitud hasta donde mis menoscabadas fuerzas me lo permitieron, y me dejé arrastrar por Peraloca hacia la cocina, para acatar su firme consejo acerca de mi virus, a saber, el de que aquella alimaña monstruosa sólo se podía extirpar a base de una conveniente batería de rones puros con limón. Me sirvió medio vaso chato de añejo especial y le exprimí encima un limón que más que limón parecía, por su tamaño, un injerto de toronja con fruta vedada.

De inmediato, milagrosamente, me sentí mejor. Decidí que debía conversar con la homenajeadada, con quien tenía una larga charla pendiente desde hacía semanas, pero la localicé a distancia rodeada de un círculo conformado por Gustavo, Patricia, Monsalve y Gisela, que no paraban de reír. El muy suertudo está nada menos que con Patricia y sus dos ex, me dije, saludando a Gustavo a distancia, mientras él me devolvía el saludo con la señal del pulgar derecho. Me alejé de aquel equipo promiscuo y decidí acercarme a Perucho, Marisela y Amalia, que ya me llamaban, agitando los brazos, desde un nido de enormes cojines multicolores que se esquinaba en un rincón alfombrado, cerca de la ventana.

Me llenaba de alegría aquella pareja que, después de tantos años de amistad, habían formado Marisela y Perucho. El éxito musical de Perucho y de su pequeña banda de jazz que también cumplían con solvencia las ejecuciones convencionales más comerciales había estado requiriendo de una persona de confianza que les llevara las cuentas y los contratos, y el jazzista tuvo la feliz ocurrencia de proponerle el puesto a Marisela. La proximidad y el tiempo compartido hicieron el resto.

—Premeditación y alevosía —aclaraba Marisela, bromeando, cada vez que se le presentaba la ocasión—. Lo que quiere es contar con una administradora bien encerrada en casa, a quien, además, no tenga que pagarle el sueldo.

Había madurado con precauciones y con suerte, y ahora, superando el rasero de los treinta, parecía menos una madre que una hermana de Amalia, quien en plena pubertad, ya compartía su misma belleza silvestre. En cuanto a Amalia, había recibido el don de la espontaneidad en igual grado que el del talento: apenas me veía me devoraba a besos y se aferraba a mi brazo como si quisiera evitar que la dejara.

Voy a darle hijos a Perucho, por supuesto, decía Marisela, ¡a él le encantan los niños!, pero mamá y Amalia van a vivir con nosotros, ya está decidido, ¿no era así, papito

suyo?, besándole la nariz a Perucho.

Amalia la miraba, en silencio, con sus enormes ojos amielados cuya permanente expresión de asombro le imprimía un cálido sesgo a su rostro, como de venadita asustada. Era hermosa, y no era del todo blanca, más bien había heredado la piel dorada que constituía la carta de presentación de la estirpe materna.

Mis relaciones con Eliana, mi hermana por ambos costados, habían oscilado siempre, por alguna razón que ignoro, entre el afecto decretado y la resignada incompreensión, de modo que la corriente de amor fraterno que sentía fluir desde Amalia no podía ser más sorprendente.

Marisela y Perucho sostenían un aburrido intercambio de puntos de vista sobre un posible contrato para que la banda jazzística actuara en Maracaibo y en la costa oriental del lago con un programa doble, de manera que a Amalia y a mí no nos quedó otra alternativa que arrebujarnos en uno de los mullidos cojines (este era color magenta, el favorito de Amalia) a «cotorrear sobre nuestras vidas».

Me he preguntado, a propósito, si el referir la conversación con una niña de 12 años que, por añadidura, encarnaba una figura más bien secundaria del laberinto, no resultaría un exceso. En cualquier caso, sé que si confieso que aquella «cotorra» menor y breve, con mi hermana menor y breve, fue una revelación casi extática, atraeré la descalificación de muchos. Pero, puedo jurarlo, no ocurrió de otro modo.

Y sin embargo, ¿de qué hablamos? Naderías. Conflictos de la edad. Lugares comunes de una púber: su «novio» de trece años, sus proyectos vocacionales para el lejano futuro, su diario personal que había comenzado a llevar desde un mes antes, los desacuerdos con la mamá y con la abuela (ambas se aliaban para opinar, en oposición a ella, sobre las restricciones a su libertad y sobre la manera de relacionarse con sus compañeras de liceo y con sus amigos).

—Ellas creen que no conozco la vida y que no conozco sus vidas. —la oía decir aquello, con sus ojos de muñeca de trapo, y no podía evitar sorprenderme—. Ahora quieren dárseles de beatas...

Plotino y su combo tenían razón, me dije, asumiendo con coraje la cursilería, y el lugar común, la historia es cíclica, cada generación se revela contra la precedente y reinventa el mundo. Hasta que le toca procrear, envejecer y recibir lo suyo de la generación que le sucede. Una y otra y otra vez. Sin fatiga. Miré la chispeante esperanza en el rostro de Amalia: sí, sin fatiga... por suerte. Lo que quizás señalaba la diferencia en el caso de Amalia, era la forma como lo planteaba, la manera en que discernía el enredo y, por supuesto, la vehemencia.

En este momento me confesó que deseaba terriblemente comenzar a leer «en serio», y quería que le sugiriera por dónde empezar. Marisela y Perucho le habían dicho que si era dinero para libros lo que quería, ellos le daban todo el que necesitara. Aquello me pareció interesante, y me sonó extrañamente conocido. Por fortuna habían cambiado, al principio querían que ella sacara préstamos de la biblioteca del liceo. Le costó no

me decía cuánto convencerlos de que todo lo que había allí era un fastidio. Bueno, eso era lo que le había dicho Carmen Luisa, y ella había estado de acuerdo. ¡Eso era!, me grité por dentro, Carmen Luisa era su mentora: de allí venía aquella semejanza imprecisa que antes intuyera a punta de nariz. Y entonces mi primorosa media hermana asestó su golpe de gracia:

—¿Te digo algo y me prometes que no te vas a reír? —aproximándose, pícara, a distancia de confianza.

—Lo juro —prometí, solemnemente, alzando el brazo derecho.

—... Voy a ser escritora- me dijo, por fin, mirándome como si se tratara de un desafío mortal—. Mejor dicho, ya empecé a serlo.

Se alejó para ver el efecto de la revelación. Sin duda medía la importancia de lo que estaba diciendo, y medía la importancia que —más allá de las consideraciones de edad— yo le otorgaba a lo que ella estaba revelando.

Aquello me conmovió, maldita sea. Veníamos de un padre común cuya veleidad literaria más intensa había sido la ocasional lectura de Darío y de Nervo, y, a menos que lo hubiese tenido muy bajo la manga, nunca había manifestado la más remota intención de escribir. Ni siquiera cartas. Y ahora, allí, aquel encantador retoño del tronco común me estaba diciendo con todo desparpajo que decretaba como opción de destino, la del artista. Lo primero que se me ocurrió fue decirle que con uno en la camada ya era suficiente, que montara un restaurante o una venta de ropa; en lugar de eso la abracé, la besé en el cachete y le di la bienvenida al gremio.

Estaba conmovido. Era mi hermana y, sin embargo, a quien se me parecía en primer lugar era a Carmen Luisa. Comenzaba con el delirio a una edad más temprana que la de Carmen Luisa en su momento, pero exhibía una exaltación igual, una actitud igual, una igual mirada de fiebre.

De no ser por la intromisión de Marisela y de Perucho, que ya habían cerrado la discusión, hubiéramos terminado, con toda seguridad, llorando a moco tendido el uno recostado sobre el otro. Al parecer, Maruja, una antigua fan furibunda del ritmo amortiguando de Frómeta acababa de colocar en el plato un mosaico de la Billo's y el jazzista no quería perderselo: invitaba a Marisela a echar un pie e insistía conmigo para que yo hiciera otro tanto con Amalia.

Pero mi virus no me daba tregua, los huesos me dolían como si me hubiesen asestado una paliza a garrote, y lo único que deseaba era permanecer echado en aquel edénico y apartado cojín, y, lo confieso, despacharme otro ron con limón para acorralar al maldito mutante, o, en un eventual fracaso, aturdirme hasta olvidarme de él. Amalia se ofreció a renovarme la poción y antes de que pudiera disuadirla ya se había puesto de pie de un salto, y, de otro, alcanzado la puerta de la cocina.

El cansancio me cerraba los ojos. Veía la silueta móvil de los bailarines desplazándose en medio de una nube de aserrín fosforescente al ritmo de un merengue dominicano. Ya estaba casi dormido cuando una mano perfumada que venía desde atrás me cubrió

los párpados. Conocía aquel aroma. Conocía incluso el tacto de la mano. Alida rompió a reír cuando la adiviné a ciegas. La había visto con frecuencia en los últimos meses, en la universidad, en donde me habían enganchado como interino para cubrir una vacante en la Facultad. Ella, por su parte, había tomado la decisión de proseguir los estudios que los hijos y el día a día de la casa interrumpieran al casarse. Así se había dado la curiosa circunstancia de encontrarnos de nuevo reunidos, en el horario vespertino de la escuela de Periodismo, ¡yo como profesor y ella como alumna! El contrato y el encuentro coincidieron con la crisis de mi matrimonio. Más aún, acepté el contrato para esforzarme en una tarea nueva que me obligaría a pensar en otras cosas. Muy bien, es verdad, disfrutaba a rabiar la labor docente, que suponía gusto por la lectura y una considerable habilidad histriónica, dos costados de mi carácter de los que no me avergonzaba, pero en aquellos días, lo juro, sólo me interesaba distraer mi mente del pesado punto muerto al que había llegado mi relación con Carmen Luisa.

Debo decir que no me equivoqué: ciertamente, las contadas horas que le dediqué a la universidad me ayudaron sobremanera en este alivio. Conferencias, seminarios, horas de biblioteca, conversaciones con los alumnos, resultaban bálsamos que además de quemar mi energía, proporcionándome un agradable agotamiento al final de la jornada, me colmaban al mismo tiempo de lo que podríamos llamar una «espléndida nostalgia» al enlazarme con los primeros sesenta y el campus y la febril actividad que desarrollé al ingresar al pregrado y que lograron hacerme simplísimamente feliz. Todo esto estuvo muy bien, pero era una consecuencia, si se quiere, previsible; lo que sí no pude anticipar fue la sorpresiva recurrencia de mi amistad con Alida y su efecto sobre mi asfixia de entonces. Al comienzo fueron cortos «negritos», en los recesos, de pie, en la barra del cafetín, durante los cuales conversábamos trivialidades sobre el curso o sobre la familia común, pero pronto vinieron los lentos paseos por los caminos del campus y las tenidas en los cafés de los alrededores en los que compartí con ella mi historia.

Conocí a una Alida que ignoraba.

Una tercera Alida, distinta por igual a la seductora prima de la infancia y a la «ordenada y hacendosa» (adjetivos de mamá) señora de Bermúdez, a quien tantos favores le debíamos en casa por su desprendida ayuda en los tiempos difíciles. Sin duda había tocado la madurez, pero lo había hecho sin endurecerse. Exhibía una sensatez, yo diría que «terrenal», para enfrentar los pliegues cotidianos, y una especie de sabia intuición ante la vida: de pronto me recordaba a esas ancianas especialísimas y prudentes que uno se tropieza en los apartados caseríos de provincia y que transmiten una plenitud auténtica, lograda a fuerza de tiempo y de miradas sobre los hijos y los nietos que crecen y envejecen.

Pero no me llamaba a engaño, al lado de aquella perspicacia en estado silvestre, coexistía una educación del talento y la sensibilidad que ella había enfrentado al

margen de la academia, pero no sin pasión ni sin método. Me escuchó con paciencia, me aconsejó con oportunidad y discreción: de alguna manera, sin que nunca hiciera sugerencias sobre el punto, facilitó mi decisión de separarme de Carmen Luisa. Me sentía muy a gusto en estos encuentros con ella... y cuídense los morbosos de buscarle entretelones al bienestar. Fuimos puros. Me separaban 20 años de aquella ceremonia de iniciación en la que, a través de aquel jueguito erótico del cunaguaro que arañaba, ella me revelara, con ternura e ingenuidad, el esplendor del sexo. Ahora, en plena crisis de ruptura con mi compañera de toda la vida, no tenía deseos ni fuerzas para involucrarme en una nueva aventura. Ni siquiera con ella, que entonces estaba más cerca de mí que nadie a quien conociera y seguía tan hermosa como la recordaba en aquella lejana noche de mi infancia.

Cuando expiró el contrato en la universidad, los encuentros se hicieron más esporádicos y, finalmente, cesaron por completo. Nos llamamos una que otra vez por teléfono y nos tropezamos en algún cumpleaños familiar, pero ya no volví a tomarla de confidente en el café de Los Caobos ni a oír su dulce bisbiseo bajo los árboles de caucho en el campus de medicina. Para entonces, además, ya Carmen Luisa y yo nos habíamos separado: el proceso llegaba a su fin, un ciclo se cerraba. Alida, quizás sin querer, había ayudado para que aquel ciclo se cerrara, pero yo estaba seguro de que nunca podría agradecerle lo suficiente todo lo que había hecho por sostenerme a flote durante aquellos meses.

Se podrá comprender con qué alegría me dejé enredar en el juego de la adivinación de la mano cuando sus dedos (aromatizados en una personal esencia con sabor a sábila) se dieron a presionar sobre mis párpados. La tomé por los brazos y poniendo en práctica una finta coreográfica que había aprendido en los talleres de la Nueva Sociedad Dramática de mis tiempos de estudiante, la hice deslizarse sobre mi hombro para instalarla, de un envión, en el cojín magenta que Amalia dejara libre. La vi deshacerse en risas, loco, me ibas a zafar un hueso, bobito, casi me partías en dos, desternillándose, y la vi lanzar un beso volado hacia Bermúdez, que se había instalado a conversar con Monsalve en el extremo opuesto de la sala.

En el ensayo acompañado por La Flaca. El montaje avanza con dificultad, pero, a juicio de Ferrini (y de La Flaca, quien, valga el comentario marginal, ha visto algo de tablas), la puesta en escena estará a la altura del texto... «O por encima de él», anota Ferrini, asestándome una palmada por la espalda mientras vomita una de sus carcajadas guturales.

—Por suerte pudimos resolver a tiempo el problema de la ninfeta desnuda —me susurró Ferrini, que estaba sentado a mi lado—. Si no hubieras insistido en que fuera tan joven ya estaríamos cerrando el montaje.

—Lo importante es que se resolvió... y que se resolvió bien, por supuesto, estoy

satisfecho —le respondí.

—Te gusta la chama, ¿no? —me susurró en voz aún más baja, mientras soltaba una risita sádica, si esto es posible, y me codeaba por lo bajo.

La Flaca separó la atención de la escena y reaccionó.

—¿Qué cuchichean ustedes? —preguntó, practicando la acostumbrada señal de shiiiiito, nos calláramos, abusadores que éramos.

Volví con mi maldita manía: le dije la verdad:

—Aquí nuestro director insistiendo en lo que él llama «el problema de la ninfeta desnuda» —aclaré, comediando—. ¿No te parece un título de novela negra?

La Flaca se volvió a mirarnos a ambos.

—No. Lo que me parece es que se solazan en el morbo. Insisto en que sin esa escena en cueros la obra está redonda. Cuando aparece la pavita desnuda, aparece la estridencia —no estaba disgustada, pero lo parecía—... «Explotación comercial del cuerpo de la mujer»: así se llama eso, queridos, y ya está incluido en los textos de primaria.

Continuaba con aquello. Me sonreí.

—¿Feminismo? Puedo pasarlo... con un poco de café y de azúcar para matizar; pero esto es puritanismo de la peor especie, amada mía —dije, eligiendo un tono de entremés español del siglo de oro, que sabía le disgustaba.

Me dijo que si esto y que si lo otro, y yo le respondí, insistiendo en el tono, con lo de más allá y lo de más acá, para delicia de Ferrini, que disfrutaba a más no poder, y ella otra vuelta, y yo de vuelta doble, y con la misma se nos fueron el ensayo y la prima noche; y nuestro director, con la ninfeta desnuda del elenco por guardaespaldas, por supuesto, nos invitó a unas cervezas frías en Sabana Grande, en una tasca novísima que era lo máximo, porque ¿no hacía un calor espantoso en aquel anfiteatro vacío? Le dijéramos, bardos y doncellas, ¿no ardían ustedes?

[Corto corchete de La Flaca ofendida, ¿Recuerdas a la Greer, por ventura? ¿Te pasaron las sesiones de Londres por encima, sin siquiera rozarte, macho vernáculo? Amo mi cuerpo. Y amo mi cuerpo desnudo, aun ahora, con mi barriga fetal a cuestas. Pero no lo pongo en subasta, ni lo vendo, ni dejo que lo exploten, ¡mercachifles baratos!]

Yo también lo amo, princesa, quiero decir a tu cuerpo. En cuanto a los otros, puede que algunos se presten a comerciar con ellos, incluso Ferrini, si me apuras, pero no yo. Yo me limito a no autocensurarme... porque así estuvo pensado. Miro simplemente, y me miro. No es pornografía, es lealtad a mí mismo. ¿Me venderías por un secreto un beso en el ombligo, cerca de donde respira su maná líquido nuestro feto favorito?

Amalia me trajo otro trago con limón; y Alida, al despedirse porque Elianita ya la

llamaba para pedirle su opinión sobre el tono de un lápiz labial, me colocó otro más en la mano... y entonces fue cuando se aproximó Maruja.

Llegado a este punto creo necesario hacer algunas consideraciones en torno a La Princesa, como introducción a lo que podríamos llamar (les ruego que contengan la carcajada) «el preanuncio de la segunda etapa de mi vida». De alguna manera, revestida con papeles distintos a lo largo de todos aquellos años, Maruja siempre había estado a mi lado. Al comienzo, en los tiempos iniciales de la escuela secundaria, como «la hermanita menor» de Antonio, ya desde entonces mi gran cómplice para las claras y para las oscuras; más tarde como la novia de Alberto y la madrina de la cofradía adolescente; luego como víctima frágil y larga convaleciente y finalmente, ya en la adultez, como la amiga por excelencia y confidente de quien fuera mi compañera, primero, y luego mi esposa.

A título de testigo o de protagonista, había estado allí, mezclada conmigo y con los míos en todos los mejores y peores momentos de aquel largo tobogán de tiempo por el que nos deslizábamos al alimón desde aquella lejana mañana de 1953 cuando Antonio me la había señalado (ni siquiera podía «rebajarse» a presentármela) mientras ella jugaba con Polito, para entonces un cachorrillo torpe y blancuzco, sobre la alfombra de la sala. Recuerdo que le regalé un consejo sobre la mejor manera de entrenar a un cachorro; sugerencia a la que ella apenas atendió, alzando por un segundo su mirada hacia mí para volver enseguida a involucrarse en su juguete de niña crecida.

En todo aquel prolongado período habíamos sido, estrechos camaradas. Con los cómplices siempre al lado, la habíamos visto transformarse primero en una púber tímida que se recataba, ruborizada, de los bruscos cambios de la edad, bajando la cara, y luego en una prodigiosa criatura que a los trece ya agitaba furiosas fantasías en los colegiales del entorno. Estuvimos allí cuando se enamoró de Alberto, cuando ingresó a la cofradía (con el voto salvado de Antonio, quien tuvo que soportar una rechifla unánime) y cuando perdió a Alberto. Vivimos junto a ella el túnel negro y la lentísima recuperación personal a la que se enfrentó. Y celebramos como nuestro restablecimiento total, años después, su retorno a la felicidad posible y su graduación. Y ahora estábamos allí para despedirla por los próximos tres años.

Dicho a este ritmo la enumeración puede provocar vértigo, pero es estrictamente cierta. Maruja había sido —y era aún— parte de mi paisaje cotidiano, fracción vertebral del único universo que conocía, y supongo que yo había sido —y era aún— otro tanto para ella. Sin embargo, a pesar de aquella proximidad y del encanto que emanaba, nunca me detuve a mirar en ella a la seductora criatura femenina que realmente era... hasta el momento en que su fantasma finalmente condescendió a revelármeme, en un acto de sortilegio, durante aquella providencial noche de su despedida, para no dejar de acecharme luego, en vigilia y en sueño, durante todos los extraños meses que siguieron.

Todo se inició por el cabo previsible: Carmen Luisa. Maruja y Antonio, por supuesto,

la habían invitado. Ella les aseguró que iría y hasta se ofendió cuando le insistieron: ¿qué pasaba?, ¿la creía loca?, ¿cómo se imaginaban que faltaría a la despedida de alguien «que no se podía decir que fuera ella sólo porque habitaba otro cuerpo, pero que en el fondo, lo sabían ambos, era ella misma en esencia y viceversa?» (sic), protestó, de una sola parrafada, casi sin respirar. Maruja y Antonio, aunque sabían de las debilidades que la aquejaban, quedaron seriamente preocupados por el énfasis delirante de la reacción, y ahora, para agravar el cuadro, era ya casi medianoche y Ce-Ele (a veces la abreviábamos así en la cofradía) se negaba a dar señales de vida. Desde el momento en que Maruja se aproximó al muelle rincón donde acunaba mi virus, supe que algo comenzaba a marchar a contracorriente, y, también, que nada podría hacer para modificar su curso porque ocurría al margen de mi voluntad. Experimenté una dicha como hacía meses no experimentaba, que no se podía achacar al impacto de la fiebre, el cual, de cualquier manera, ya estaba un tanto roído por los vasos de ron con limón que Amalia y Alida me habían inyectado.

No. Tuve que aceptarlo. Se trataba de Maruja: espléndida, radiante, envuelta en un sahumero de flores y de miel, casi aérea, me extrajo de mi cubil para raptarme a una pequeña habitación, llena de libros todavía embalados y de cajas de discos, desde cuya ventana se divisaba un fragmento resplandeciente de la ciudad, recortado por el borde de la colina cercana. Era el futuro estudio de Antonio. Nos arrellanamos en un sofá de tela gruesa que estaba libre y que miraba en dirección a la ventana. Maruja había llevado con ella una copa de vino blanco: la invité a chocarla contra mi ron enlimonado en brindis a su viaje.

—Gracias, Llanero —me dijo—. Tienes razón, supongo que debería estar optimista o alegre o feliz, qué sé yo. Es un proyecto que he estado sobando desde hace mucho tiempo, y que de verdad deseo. Por desgracia, no todas las cosas marchan siempre como uno quisiera.

Era cierto, no lucía alegre. Al menos en ese momento no lucía alegre. Estábamos apenas iluminados por el haz de un farol externo que llegaba débil y amarillento hasta nosotros. Su perfil de desdibujaba en la semipenumbra, pero podía distinguir con nitidez su boca, ladeada por una mueca: ¿se mordía los labios o lloraba?

—Carmen Luisa, supongo —dije.

—Carmen Luisa, Ce-Ele, nuestra Sigmuncita —dijo—. O quizás deberíamos inventarle otro nombre: no parece la misma, es otra. No sé por qué te digo esto. Tú lo sabes mejor que nadie.

Hablaba jadeando: el esfuerzo por no romper a llorar la ahogaba y la obligaba a tartamudear.

—También tú... —comencé a decir, pero no me había oído.

—¿Cómo pudo ocurrir eso, Fernando? —me interrumpió, llorando ya, temblando—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo pudimos dejar que se nos fuera de las manos?... Ay, perdona, por favor, no quiero culparte de nada. ¡Estoy tan torpe! ¡Me he sentido tan

torpe tratando de ayudarla en vano!

Sabía perfectamente de qué hablaba.

—Sé muy bien cómo te sientes —le confesé—. Ese ha sido ni más ni menos, mi caso. Déjame decirte que lo considero el peor fracaso, óyelo bien, Princesa, mi peor fracaso de vida. No me refiero, por supuesto, a la historia compartida: me refiero a lo que tú has tocado: ese sentimiento de inutilidad y de torpeza que experimentaba al intentar ayudarla sin poder ver los resultados.

Era cierto, pero me sorprendió oírme decir por primera vez de modo tan descarnado. Me lavé la sorpresa con un largo trago. Maruja se secó las lágrimas, caminó hasta la ventana y se volvió para mirarme como si en ese momento estuviera descubriendo que quien estaba allí con ella era justamente yo y no otro.

—Tienes razón, pero ahora soy yo quien te advierte. Creo que quien ha fracasado, en primer lugar; es ella misma. Me duele, pero no encuentro otra manera de decirlo, y de, en primer lugar, decírmelo a mí misma —tomó aliento—. Ha sido mi amiga, mi confidente, mi hermana. Nunca tuve en mi vida una compañera como ella. ¡Maldita sea, Fernando, fue mi muleta! —daba vueltas en torno a las cajas de libros, se frotaba las manos—. Si me pude alzar de aquel hueco espantoso en donde estuve hundida fue por su apoyo diario, amoroso, incondicional... ¡Y luego tener que presenciar ese derrumbe absurdo y suicida en alguien que hace apenas unos años parecía hecha para soportar todas las pruebas!

Eran las mismas cosas, simples y contundentes, que yo me había estado diciendo. En el caso de Maruja, además, pesaba una inmensa deuda de gratitud que la hacía sentirse doblemente comprometida con «su Sigmuncita», como ella todavía insistía en llamarla. Era como si Carmen Luisa, al haberle cedido su tiempo y sus energías para tratar de sacarla a flote durante su época negra, hubiese quedado sin recursos para ella misma, «en carne viva». De modo que cuando le tocó conocer la «dicha química», como, en mayor a menor intensidad, nos correspondió a todos, no estuvo preparada para vérselas con ella misma: la recibió al descampado.

—Se dejó desbordar por la circunstancia —dije—. No pudo manejarla.

Maruja se sentó en una caja atada con mecates, por una de cuyas rendijas asomaba el lomo de «Adiós a las armas». Había sido una de nuestras «lecturas debatidas» dentro de las peñas de la cofradía, en los años 50. Un buen plato para el estómago liceísta, me dije. Y recordé que habíamos llegado al libro a través de la película: ¿quiénes eran? ¿Jennifer Jones, quizás? Y el héroe herido ¿en manos de quién había estado? ¿Holden? No, ¡Hudson! Ahora podía verlo era: Rock Hudson. Carmen Luisa detestaba a Hudson, pero lo había amado en aquel rol. Culpa de Hemingway, no de ella, sin duda, me dije. ¿Cuántas explosiones e implosiones del cosmos pulsátil habían ocurrido desde entonces? ¿Cuántos deslizamientos en barrena hacia el gran agujero negro?

De repente todo me pareció extraño y nuevo. Rock abandonó la habitación, cerrando

sigilosamente la puerta. Maruja estaba allí, hablando y hablando, practicando un giro en espiral parecido al que yo practicaba, pero ya no la oía. Me hallaba en una dimensión inédita donde ni la edad ni los rasgos de la sinuosa identidad importaban ya. Me parecía imposible que alguna vez hubiésemos tenido 15 ó 18 años, y, de haberlos tenido, me parecía un prodigio más allá de toda comprensión el que pudiésemos recordarlo.

Y, sin embargo, lo recordaba... Ignoro cuánto tiempo permanecimos allí. Debió ser largo. Varias veces fuimos interrumpidos y varias veces Maruja se encargó de deshacerse del intruso. Habló sin parar, habló de todo. Una vez que regresé del «viaje hacia el fondo de la noche», que había ejecutado con aquel recuerdo portátil, pude volver a escucharla, arrobado y extático, mientras ella danzaba sobre libros y discos y vulgares reproducciones de afiches pop, suspendida en una alucinación blanca que parecía provenir del aura sin peso que la envolvía sin tocarla.

Al finalizar, o quizás, al fatigarse, porque hubiera podido continuar por días y por noches reconstruyendo a su Sigmuncita a imagen y semejanza de la ya desvanecida cofradía, o a imagen y semejanza de los dos, o a imagen y semejanza de ella, al finalizar, repito, por una de esas paradojas que belcebú conoce a pie juntillas, y que a nosotros no nos es dado ni plantear ni resolver, ella y yo habíamos quedado sutil y endemoniadamente enlazados por el ubicuo recuerdo de Carmen Luisa.

Algún tiempo después nos tocaría descubrir que sería para siempre.

Fue entonces cuando comencé a llamarla «La Flaca». No Maruja, ni Princesa, sino «La Flaca». Nombre, sobrenombre, apodo, remoquete o epíteto, «La Flaca» sería, desde ese momento, el rótulo de mi enfermedad. Ocurrió por azar y por humor, al final de la larga conversación. No se trataba, por supuesto, de que Maruja estuviese huesuda ni siquiera delgada: pensando en que la ansiedad del viaje, las tensiones de la adaptación y el frío de Londres podrían hacerla ganar algunos kilos, tomó la previsión de ponerse a dieta unas semanas antes de abordar el avión. La previsión le abrevió unos milímetros aquí y allá, reducción que, sin embargo, en un cuerpo donde la estabilidad había sido la norma (las mismas medidas en los últimos diez años), resultaba notable.

Bromeé con la silueta felina que el breve realce de los pómulos trazaba en su cara y con la posibilidad de que la dieta fuese una preparación para el hambre verdadera que sufriría en «las islas brumosas» debido a las trampas que la magra beca le montaría.

—Cada quien tiene su manera personal de renovarse el «swing» —se defendió, a su vez—. Tú te dejaste la barba, yo preferí recortar una franja, ¿estamos?

Iba a hacerle una pregunta sobre sus medidas y el paradigma de la minifalda, cuando una figura que al principio no reconocimos, irrumpió en la habitación.

—Muy bien, Princesa, ¿cuándo arrancamos hacia los cielos grises del norte? —exclamó.

Era Carmen Luisa: embutida en un grueso abrigo de invierno, con una bufanda de

retícula escocesa anudada al cuello y tocada con una gorra de lana, reía a mandíbula batiente mientras se aproximaba atropellando libros y discos para abrazarnos.

[Nota de La Flaca. ¿Sabes? Celebro que tus papeles hayan reconstruido esa noche como lo han hecho: su recuerdo siempre me produjo una sensación ambivalente. Aun ahora, tanto tiempo después, té con limón en la mano, sosiego y resplandor naranja de las seis en el cielo del valle, me resulta difícil definir con qué lado del afecto me la trae la memoria. Estaban allí, respondiendo al azar o a un planificado desorden, mi despedida, la inminencia del viaje, los rostros amigos, la ansiedad, el agotamiento de los preparativos, Gustavo, que ya no era el que había sido, la ausencia de Carmen Luisa, su sorpresiva aparición final... y estabas tú revelándome un Fernando que por primera vez me obsequiaba con un ojo enamorado y por primera vez me rebautizaba con un apodo que no había sido refrendado por el grupo: La Flaca. La Flaca desde entonces. La Flaca para siempre y hasta ahora.

Carmen Luisa y tú. Carmen Luisa y yo. Tú y yo. Carmen Luisa transfigurada, casi irreconocible. Al borde y mirando hacia el vacío. Carmen Luisa enferma, delirante. Tú convaleciente, arañando los ladrillos del muro, recuperándote. Tú seduciéndome sin hablar. Tú mirándome y seduciéndome. Yo acusada. Culpable de viajar, de dejar a Carmen Luisa en plena caída, de darle la espalda. Culpable de no ayudarla. Culpable de dejar que me miraras de aquel modo, y de gustarme que me miraras de aquel modo.

Entré a aquella habitación como Maruja y salí de ella transformada en La Flaca. Entré siendo tu amiga y salí encarnando tu deseo silencioso. Entré de compañera y apoyo de La Sigmuncita y salí para montarme en el avión y dejarla a su suerte.

Era eso: borraba a la que había sido hasta entonces y desconocía aún a la que sería en el futuro. Frontera. Recomienzo. Cambio de piel, no por capricho (¿o era un capricho con método?) tú me sustituías el nombre. Esto, claro está, no fue por mi parte un acto de comprensión repentina y total: se pareció, por el contrario, a un despertar lento y calmo. Al día siguiente salí para Londres. El viaje fue un sedante: la distancia me dio perspectiva y me ayudó en el proceso.

¿Y tú? Te postergué, te guardé, te reprimí. Comprendes: no estaba preparada todavía. Tenía demasiado de la antigua Maruja y muy poco de la flamante Flaca. Ese año en las islas brumosas me iba a preparar para encontrarme de nuevo a mí misma y para encontrarme contigo, unos meses más tarde. Te agradezco que me hayas tenido paciencia (en realidad, la tuviste un par de veces) para entenderme y para esperarme. Probablemente ya sabías lo que yo sabía: que íbamos a rotarnos el uno en el otro. O, para decirlo con la voz de Tellado, que íbamos a ser el uno para el otro.

Y que no podía ser de otra manera.

Ahora el bebé me golpea desde su saco de carne y de líquido. Lo toco por encima de

la piel y la protuberancia se desliza de un lado a otro, como si estuviese jugando o haciendo travesuras sin otro propósito que el de divertirse. Supongo que se trata de las piernas, pero también podrían ser los codos o, incluso, las nalguitas.

Creo que me meteré en la bañera: agua tibia y música barroca es todo lo que necesito. Volviendo a la noche de la despedida: gracias por esperarme, gracias por esperarme, gracias por esperarme...]

(La frase se repite, idéntica, hasta la última línea de la página.)

2

Buenos Aires, agosto de 1973

Apreciado Julio:

Promesa obliga. Cuando tuviste a bien sorprenderme con el maravilloso regalo de tu visita, prometí escribirte tan pronto tuviese un buen panorama que ofrecerte para tus proyectos de inversión en España. Como te habrás enterado por la prensa de Caracas, ya no estoy en Madrid. Los últimos meses en Europa y estas primeras semanas en Argentina, han sido de una actividad ininterrumpida. No exagero si te digo que no he conocido reposo, ni siquiera cuando la salud —que a esta edad suele exigir lo suyo— me lo ha requerido. ¡Pero el destino de este país parece no saber de excusas! De allí el retardo en cumplirte con lo prometido.

Te responderé en dos partes. La primera, para satisfacer tu curiosidad sobre las posibilidades en España. La segunda, para hablarte de otras alternativas.

Como nuestro querido Marcos Evangelista te habrá informado (estoy seguro de que también requeriste su opinión), una posibilidad recomendable en el mediterráneo es el turismo. Más tratándose de personas que, como tú y tus asociados, si la memoria no me engaña (y a los 78 años puede hacernos jugarretas siniestras, te lo aseguro), cuenta con cierta experiencia en el ramo, en Venezuela. La península es para los europeos de allende los Pirineos, el jardín del edén, sin las desventajas de la leyenda bíblica. Les parece acogedor, generoso y «primitivo», con historia, paisajes, gastronomía y mujeres bellas como ningún otro paraje del mundo. ¡Tendrían que conocer a Suramérica!, dirás tú. Sí, es cierto, pero en el entretanto esa es la situación.

Te formulo la recomendación por lealtad a ti y a España, no a nuestro Generalísimo, quien, como sabes, me ignoró con displicencia durante todos estos años de exilio, hasta que se convenció, supongo que con el triunfo de Cádiz, y, sin duda, con el clamoroso llamado que luego me hiciera el pueblo entero de Argentina para que retomara la conducción del país, de la clase de líder que encarno. Finalmente me invitó a La Moncloa para despedirme. Me impresionó tan mal con su catadura de

momia enferma, que lamenté haber ido. ¡Y apenas es cinco años mayor que yo! Me produjo lástima. ¡La consternación fue tal que tuve que salir desesperado en procura de un espejo para constatar que aún estaba vivo!

Sí. Estimo que el inefable Generalísimo tiene sus días contados. Y déjame decirte que allí la oposición es fuerte y vendrá por la revancha. Mi olfato no me engaña. Nadie sabe hacia dónde soplará el viento cuando El Caudillo muera. Y te repito, la muerte se le mete en la cara. Te comento esto porque si el desenlace, como parece, es inminente, habrá que incluir el riesgo en cualquier decisión de inversión que tú y tus socios estén por tomar.

Escribo «tus socios» y no puedo evitar pensar en el pobre Landáez, que abandonó este mundo tan temprano. ¡Lo que es la vida y lo que son las apariencias! Fuiste testigo de lo bien que lucía Francisco en el 57, en aquellos meses que precedieron al infausto 23 de enero, de tan ingrata memoria. Fuerte, alegre, saludable. Con aquella prodigiosa vitalidad que lo llevó incluso a engendrar un vástago con su compañera de entonces. ¿Recuerdas? ¿Cómo se llamaba la piba? ¿Mariela, Manuela, Marisela tal vez? Bella niña. Eso solía decirme el pobre, que él y yo teníamos esos dos gustos en común: el poder y las mujeres bellas. No logró reponerse de la prueba de la derrota política. El golpe de enero, con toda seguridad, acabó con él. Tenía un corazón optimista a prueba de advertencias: él me llamaba y me consultaba. «Juan, hermanazo, ¿cómo ves tú las perspectivas?» Y esto me lo preguntaba a las puertas de la debacle. Yo era sincero, hasta implacable, con él: sentía que era la mejor manera de manifestarle mi amistad. Creo que nunca llegué a convencerlo al punto de hacer que tomara las previsiones para enfrentar la derrota que, ya para entonces, era inminente.

En compensación, estimo que supo disfrutar de la vida. Fue un hombre generoso, espontáneo y alegre como pocos. Algunas de aquellas tardes festivas, como la celebración de la noticia de que Marisela (¿o Manuela?) estaba por darle un heredero, fueron sencillamente inolvidables.

Yo, en cambio, tengo la piel de un rinoceronte. ¡Y con Argentina recibíendome con los brazos abiertos para una nueva luna de miel, me siento henchido de gloria como nunca! Conoces el país, Julio, esto es un emporio, un gigante adormecido que sólo espera nuestra voluntad para recomenzar su marcha. La recua de traidores de los que ya has oído hablar lo detuvieron en 1955, pero el propio pueblo ya se ha encargado de expulsarlos para entregarnos de nuevo su confianza.

Por eso te hablaba de una segunda sección de esta carta: la que te cursa una invitación emocionada para que tú y tus socios compartan mi fe en Argentina y vengan a invertir en este Potosí que sólo requiere, te reitero, de un leve impulso para colocarse otra vez al nivel de las grandes naciones del mundo; es decir, a su propio nivel.

Tendrías que presenciar el acatamiento unánime de que disfruto en esta tierra. No. La gente no olvida, Julio. ¡Evita y yo presidimos aún el corazón de este pueblo! Y ahora, también Isabelita. Pero sobre todo, la flor acerada de nuestra doctrina y nuestra

bandera. ¡Yo soy Argentina, Paredes! ¡El peronismo es Argentina y su historia! He escrito a otros antiguos amigos en toda Iberoamérica. He reactivado contactos en Caracas. Y con Venezuela conservo lazos especiales de gratitud que tú conoces. Aún recuerdo la generosa hospitalidad de todos ustedes, que me acogieron, me abrieron las puertas de sus casas e, incluso, me invitaron a asociarme en algunos de esos emprendedores negocios de entonces. ¡Venezuela vive en mi corazón! Me refiero, por supuesto, al gran país de entonces, ¡al del Nuevo Ideal Nacional! Nada que ver con el batiburrillo de ahora (aunque a ti, por lo que dices, no te haya ido mal: a los hombres de talento y de voluntad siempre les va bien). Pero pienso en la gran patria de los 50 a la que el golpe del 58 destruyó y no puedo dejar de pensar en el país que hoy tendrían ustedes de no ser por los revanchistas y traidores del 23 de enero. ¡Qué desgracia tan parecida a la que vivió nuestra Argentina!

Y sin embargo, para que veas cómo la resonancia de una obra persiste más allá de los avatares históricos, ahí tienes los resultados de las elecciones últimas, en las cuales nuestro apreciado general, aun estando en prisión, perseguidos sus adherentes, sin publicidad y sin maquinaria de partido, les metió el gran gol y el gran susto a los demagogos de turno. Hasta el punto que no sería osado aventurar un pronóstico (a López Rega, mi secretario, a quien conoces, le obsesionan los vaticinios, y, por lo visto, nos ha contagiado a todos): si a Pérez le permiten regresar, como a mí, y postularse, como a mí, ¡no habrá poder en este mundo que impida su victoria! ¡Volveríamos a hermanarnos en la alianza continental para la grandeza!

Lo conozco a Marcos. Y conozco a los hospitalarios amigos de aquella época inolvidable.

Y ahora soy yo quien los invita y te invita. Los enemigos de siempre, algunos de los cuales hicieron fortuna a la sombra de los traidores que me depusieron, no bien se enteraron de mi victorioso regreso han comenzado a huir como ratas, sacando su maldito capital del país, como si quien retornara fuese un Lenin dispuesto a desposeerlos. Ignorancia. Carencia del pulso de la historia. Pero esta patria, apreciado Paredes, volverá a crecer a espaldas de ellos, te lo pronostico yo.

Bien, Julio, cierro esta carta dos días después de comenzarla: las tareas del liderazgo me reclamaron —y me reclaman— de nuevo. Te reitero la invitación y mi afecto de siempre. Saludos a Eliseo Febres, a Francisco Landaéz¹ y a tantos amigos de entonces.

Abrazos

J.D Perón. 2

1 ¿Un lapsus? ¿O algo peor? (Nota del editor.)

2 La firma es, inequívocamente, la de Perón, pero el membrete del papel, el logotipo y el sello seco, corresponden a los de su secretario, José López Rega. (N. del E.)

¿Y cuándo nace? —preguntó Carmen Luisa, mientras sorbía el café y miraba alternativamente a Fernando y a Maruja.

Estaban en Le Coq d'or, un minúsculo restaurante francés de la avenida Solano que enloquecía a la pareja. Habían pasado a recogerla aquella misma tarde a las puertas de la comunidad terapéutica para sostener, por fin, la conversación que habían estado postergando por más de un año, desde que Fernando y Maruja regresaran de Londres. En ese lapso (con la excepción de una visita casi formal en la sala de la comunidad) sólo habían cruzado llamadas telefónicas con saludos y juradas promesas por un reencuentro que apenas ahora ella se sentía con fuerzas de afrontar.

—Me falta un mes —respondió Maruja, sobándose el vientre con la palma de la mano—. Si todo marcha bien, llega el quince —buscó los ojos de Fernando y sintió el impulso de tomarle la mano y besarlo, pero de pronto recordó a Carmen Luisa y detuvo el gesto que ya había iniciado: era el primer encuentro de los tres.

Carmen Luisa notó el súbito azoro de Maruja, pero se limitó a sonreír. También a ella misma se le dificultaba aceptar la idea de verlos juntos, aunque sabía de la relación casi desde el comienzo y les había escrito varias veces mientras permanecieron en Inglaterra. Esto le ocurría no por celos de Fernando o por envidia de Maruja, sino por mera costumbre de vivir junto a ellos durante tanto tiempo tratándose a cada quien por separado. En un centenar de ocasiones, durante los últimos meses, se había entregado a la tarea de reconstruir aquel largo trayecto unidos. En las noches blancas, a solas, en su dormitorio de la comunidad, convocaba en silencio los tiempos de la adolescencia, las mañanas doradas y livianas en las que soñaba con una loca y prodigiosa felicidad que estaría esperando por ella en algún recodo de los días por venir. Y en ese hilo de dicha se balanceaban a su lado las siluetas imaginarias de El Llanero y de Maruja.

No. No tocaba ningún odio dentro, ningún resentimiento. Los amaba.

—Los amo —les confesó, un segundo antes de sorprenderse de lo que estaba diciendo.

El Llanero y Maruja se miraron, desconcertados; pero ella los ayudó soltando la risa y haciéndolos reír también a ellos, quienes le tomaron la mano y le aseguraron que era recíproco.

—¿Un mes, dijiste? —preguntó.

—Perdón... —dijo Maruja.

—El bebé, dices que va a nacer dentro de un mes, ¿no? —continuó—. Pero entonces va a coincidir con el estreno de tu obra, ¿no, Fernando?

El Llanero llamaba al mesonero para pedir el pousse-café.

—Sí —bromeó—, pero no fue planificado. Algunos problemitas con... el elenco

hicieron retrasar el montaje.

Recordaba la parte inicial de aquella pieza, que Fernando había comenzado a escribir en 1969, en plena crisis de pareja, y de la que había leído el primer acto. Se lo mencionó.

—Me gustaría saber qué final le diste —añadió—. ¿Le cambiaste algo?

—Tengo una máquina podadora, de apariencia humana, que disfruta sugiriendo cambios y cortes, se llama Ferrini —respondió Fernando—. Y yo también le metí la mano por iniciativa propia. Para no hablarte del grupo, todos, mientras trabajan, aportan. No es lo que era en el 69.

Ella pensó que nada era igual que en el 69.

—Conozco a Ferrini —dijo, en cambio—. Tiene ideas, pero si mal no recuerdo le gusta demasiado lo espectacular.

—Creo que lo hemos moderado un poco —dijo Fernando—. La influencia ha sido recíproca. ¿Vas a tomar el pousse-café?

Carmen Luisa sonrió: sospechaba el motivo de la pregunta.

—Licor de melocotón —dijo—. No, ya no me prohíben tomar algo de vez en cuando —agregó, sin mencionar a la comunidad terapéutica—. Me tienen confianza. Estoy bien allá.

—Perdona, pero, si ya estás bien, ¿por qué sigues allí? —preguntó Maruja.

—Tienen un régimen especial para los que hemos terminado la terapia en residencia y hemos aceptado continuar en la institución trabajando para ella —respondió: era la tercera vez que le planteaban la misma pregunta—. No soy la única. Se supone que la permanencia en el internado además de permitir la marcha de la terapia, te prepara para actuar, al final del proceso, como ayudante, facilitador de grupo, instructor o entrenador, dependiendo de tus inclinaciones y tu formación previa. Me siento a gusto allí, me pagan bien mi trabajo como auxiliar en psicología y me dan libertad. Además, todavía asisto como paciente a sesiones de psicoanálisis, una vez a la semana. Quiero formarme como psicoanalista...

—¿Y no te convalidan el título de Sigmuncita que te otorgamos en la cofradía? —bromeó Maruja.

Carmen Luisa celebró el chiste con una mueca que bien podría interpretarse como...

—Puedes escribir «como sonrisa» —dice Carmen Luisa en este momento, desde la pantalla del VGA a color—... Sin temor a equivocarte.

Bien: Carmen Luisa celebró el chiste con una mueca que bien podría interpretarse como sonrisa.

—No. No me lo convalidan. Pero ayuda, Princesa, puedes creerlo: a pesar de todo ayuda —dijo La Sigmuncita.

El mesonero había traído las copas y Fernando propuso un brindis para cambiar el tono.

—Por ustedes y por el bebé, que todo salga bien —sin proponérselo, miró a Fernando:

¿pensaba como ella en José Antonio?

De nuevo Fernando cambió el tono:

—Y por ti —dijeron él y Maruja, al unísono.

Tomaron de las copas y El Llanero se puso de pie para ir al baño. Hubo un largo silencio. Cada una miraba fijamente a su respectiva copa, como si esperaran que algo, de pronto, se les revelara desde el fondo del líquido.

—Carmen Luisa, yo quería... —se animó a comenzar Maruja.

La Sigmuncita le tomó la mano y le pidió, con un ademán, que no hablara:

—No tienes que decir nada —le dijo—. Ni debes sentirte culpable por nada. Lo de Fernando y yo murió de muerte natural hace demasiado tiempo, ayudado, si tú quieres, por una enfermedad que yo le contagié. El no pudo hacerlo mejor, la responsable soy yo. Tú fuiste testigo privilegiada de todo, así que sabes a lo que me refiero.

—Sé a lo que te refieres pero...

—Bueno, eso me basta. Te repito, no tienes que justificarte por nada- continuó, tomando las dos manos de Maruja entre las suyas—. Y déjame decirte algo que, si me conoces y te conoces y nos conoces, no te costará entender que se trata de una verdad como un templo: en ningunas manos está Fernando mejor que en las tuyas —y le besó las palmas-, y en ningunas otras tú te encontrarás mejor que en las de él. Y eso me hace terriblemente feliz.

Pidieron otro café. Ambas sospechaban que Fernando se había desaparecido con toda la aviesa intención.

—¡El muy manipulador! —dijo Maruja.

—Sabe lo que hace comentó ella: «El Llanero y su savoir faire», como decía el franchute de Antonio—. Ya deberíamos saber que ese tipo se las trae de verdad, ¿o no?

La broma hizo estallar a Maruja en carcajadas y ella le aconsejó que tomara la alegría por dosis si no quería abortar al bebé allí mismo, con lo que provocó otro ataque de hilaridad en Maruja que casi se ahogaba mientras le rogaba que te callaras, loca, ella no podía más, sobándose la barriga.

El hielo estaba roto.

—Sí, es verdad: se te ve feliz —dijo Maruja, una vez que pudo calmarse.

Ella se echó hacia atrás en la silla y comenzó a asentir, con la cabeza, pensativa, finalmente se encogió de hombros.

—Digamos que estoy en vías de serlo —dijo—. Llevo ya más de tres años en la tarea. Me reconstruyo, Princesa, me reconstruyo. Es difícil, y lento, pero no me doy otra alternativa.

Maruja había estado jugando con las boronillas de pan sobre la mesa; de pronto le pidió que la mirara, Sigmuncita, tú, mírame.

—Pudiste hacerlo conmigo. Me reconstruiste... —dijo Maruja.

—En casa del herrero, cuchillo de palo —respondió ella—. Además exageras, no fue exactamente así.

—Bueno, ayudaste, fuiste un factor clave —dijo Maruja—. De no ser por ti no estuviese aquí donde estoy ni como estoy —bajó la voz y tartamudeó—... Puede decirse que tú, por paradoja y sin saberlo, me preparaste para Fernando.

Ahora fue ella quien río: quizás no le faltara razón pero...

—Recuerda el sexto mandamiento de la cofradía, ¿o era el séptimo? —le advirtió—. «Nunca caerás en el melodrama, ni lo promoverás en los otros», o algo así... Ese es un capítulo cerrado, Princesa.

Como si hubiese recibido la señal de un apuntador invisible, Fernando regresó.

—¡Atención! —bufoneó—. Un segundo para cambiar de tema, ahora tomo asiento...

—Nada que ver —mintió Carmen Luisa—. Le preguntaba a Maruja cómo había permitido que le cambiaras el título de Princesa, que, aparte de bello, proviene de los edictos inapelables de la desaparecida cofradía, por el de Flaca, que además de raro es falso. Maruja nunca ha sido flaca, ni siquiera delgada... y mucho menos ahora —estiró el brazo para tocarle la barriga.

Fernando le robó un sorbo de café a Maruja.

—¡Esta mujer me ha hecho reír como hacía tiempo! —dijo La Princesa. Casi me hace abortar a su ahijado...

Carmen Luisa se ahogó con el último trago de la taza:

—¿Perdón? —pudo decir, cuando la tos se lo permitió.

—Tu ahijado —repitió Maruja—. Queremos que seas la madrina del bebé. ¿No es así, mi amor?

Fernando asintió: así era.

—¡No puedo creerlo! Bueno, por disfrutar de un honor así soy capaz de abandonar el agnosticismo y reconvertirme —confesó sinceramente emocionada.

—No es necesario —aclaró Fernando—. La ceremonia no seguirá ningún ritual, será a nuestra medida; es decir caótica...

Ella lo celebró y Fernando pidió la cuenta.

Maruja comenzó a hablarle de las sesiones de preparación para el parto a las que estaba asistiendo (que incluían relajación, yoga, respiración y control muscular), y que disfrutaba a mares. Cuando el mesonero trajo la cuenta, aún disertaba y coreografiaba sus ejemplos al lado de la mesa.

—Bueno, cuando ustedes quieran... —invitó Fernando, después de pagar.

—¡Ay, perdón! —exclamó Carmen Luisa—. Se me olvidó decirles que no es necesario que me lleven, hay alguien esperándome aquí cerca en el Gran Café.

—¡Mírala tú: lo abarrotada que tiene la agenda esta niña! —exclamó Maruja—. No se puede Ud. quejar, compañera— y le guiñó el ojo—, ¿masculino o femenino?

El portero les franqueó la salida. Al parecer, había llovido grueso mientras estaban en el restaurante. Ahora había escampado, las luces se reflejaban, quebradizas, en el

asfalto, y el aire olía a tierra húmeda. Se podía contar las estrellas en el cielo de carbón transparente. Era viernes y recuas de poetas recorrían la Solano, la Lincoln y la Casanova en busca de la bacante perdida.

—Muuuy masculino —bromeó ella— Ustedes lo conocen. Es Ernesto, el de las Historias de la Calle Lincoln. Les envié un paquete con la novela cuando estaban en Londres. Creo recordar que me escribieron una tarjeta donde acusaban recibo. Sí. Era Fernando quien lo había leído. El libro no le había gustado del todo, aunque le resultaba imposible decir por qué. Pero el autor no tenía que parecerse forzosamente al libro.

—Lo recuerdo, es simpático —dijo Maruja—. Pero ese nombre... no concuerda con el de la portada.

—Lo publicó con seudónimo —aclaró—. Reservó el de Ernesto para uno de los personajes. Es un texto casi autobiográfico.

Se habían detenido al borde de la acera, al lado del carro de Fernando.

—Igual te podemos llevar hasta el café —ofreció El Llanero.

—No tienen por qué molestarse —dijo ella— Gracias, pero de verdad prefiero caminar, son cien metros apenas.

Maruja no se contuvo: ¿Y desde cuándo era aquel romance, cofrade? Se lo tenía calladito la muy pícara, bromeó, ¿no era verdad, cielito? Fernando se limitó a sonreír.

—¡Pero si es apenas un amigo! —aclaró ella—. De verdad, no hay nada entre nosotros... —mientras besaba a La Princesa y a Fernando—. Chao, Princesa; chao Llanero; chao, bebecito —y le tocó la barriga a Maruja—. ¡Los quiero!

Maruja y Fernando se quedaron mirándola mientras se alejaba hacia la avenida Lincoln.

—Me da un alivio enorme verla así —suspiró, dichosa, Marujita—. Casi vuelve a ser la de antes.

Fernando le abrió la puerta para que entrara al carro, mientras la sostenía y la ayudaba a acomodarse en la butaca.

—Yo también me alegro por ella —comentó—. Ojalá ese mochuelo bohemio la merezca.

—¡Hacía años que no te oía esa palabra, mi amor! ¡Mochuelo! —celebró Maruja—. ¡También El Llanero de antes como que se asoma a veces!— Y ronroneándole en el cuello: ¿podían dar una vueltecita por la ciudad antes de regresar a la casa? ¿La complacías tú, su amorcito? ¡Se sentía tan feliz aquella noche!

Capítulo XVII: 1973

1

VIERNES PASADO en casa de Antonio: una velada sorpresiva y conmovedora. La enigmática llamada nos llegó a eso de las seis de la tarde. Para ser más precisos se trataba de la segunda llamada: la primera había sido una semana antes, para pedirnos que, a toda costa, reserváramos para él la noche del viernes. Sin embargo, cuando transcurrió la semana y la tarde del día acordado sin que diera señales de vida, decidimos hacer planes propios. De modo que para el momento en que el teléfono sonó ya estábamos preparándonos para salir a una noche de cine de 7 (Buñuel y su «Discreto encanto... » traían de cabeza a La Flaca) y de cena ligera a las 9 en «El Jardín Vegetariano», con sesión escrita de preguntas y respuestas sobre un emblemático punto que tenía que ver con la futura educación del niño.

Era Antonio: si estábamos listos podíamos salir cuando quisiéramos, pero mientras más pronto mejor, porque ya nos estaban esperando. La Flaca se preocupó por el plural: ¿qué significa ese «nosotros»? ¿Se trataba, acaso, de una fiesta? Y, si era así, ¿qué tan informal? Ella, hermanito, no estaba vestida como para una cena de gala, Peraloca no quiso soltar prenda, podíamos ir como estuviéramos en ese momento, incluso en ropa interior, no nos íbamos a arrepentir, lo juraba. Y soltó una carcajada que obligó a Maruja a retirar el aparato.

Aunque estábamos acostumbrados a las originales salidas de Antonio, todo ese misterioso escarceo nos pareció ciertamente exagerado. Y ya sabíamos, también, que sus ocurrencias de cuando en vez habían culminado en lamentables chascos. Ahora, además, el hinchado vientre de Maruja no nos colocaba precisamente en las mejores condiciones para soportar bromillas de calibre pesado al filo de la medianoche, ni siquiera viniendo de nuestro chiflado favorito. Creímos conveniente advertírselo. La Flaca, sobre todo, fue implacable: si la obligaba a cortar nuestro programa para embarcarla en una de sus absurdas payasadas, con una barriga ya casi a punto como la que tenía, le resultaba mejor salir de una vez a sabanear a otros pendejos porque lo que era ella...

Y por allí siguió. Me pareció un poco exagerado, pero tomando en cuenta que el gentil trato entre hermanos goza de una tradición que, ya se sabe, se remonta a los propios chismorreos bíblicos, preferí guardar silencio. Luego de un buen trueque de advertencias y amenazas, por una parte, y de promesas y ofrecimiento de garantías, por la otra, mi ninfa grávida y nuestro feto se dieron finalmente por persuadidos. El trayecto que media entre las Colinas de Bello Monte y la Alta Florida, unos 20

minutos sin ansiedades, lo pasamos apostando quién de los dos podía recordar la chifladura más desafortunada de todas en las que Peraloca había incurrido. No pudimos decidir el vencedor, pero el careo nos mantuvo riendo como desmadrados durante todo el recorrido. Eso nos relajó al punto que ni la lluvia diluviana que se desató tan pronto cruzamos la puerta de salida pudo hundir nuestro ánimo.

En aquel momento no supimos a qué atribuirlo, pero la expresión de felicidad extática que nos mostró la flamante versión de Peraloca que nos esperó bajo la marquesina del edificio y se acercó corriendo, paraguas en mano, para proteger a Maruja, no la habíamos visto nunca antes. De no conocer sus preferencias, hubiera jurado que se hallaba en pleno arrebató. No paró de hablar ni por un instante mientras cruzábamos el vestíbulo, doblámos el codo del salón de fiestas, salvábamos el pasillo y, finalmente, abríamos la puerta del apartamento, instante en el cual nos franqueó la entrada con una venia medieval y nos adelantó luego ejecutando extraños salticos de bufón de corte que nos obligaron a La Flaca y a mí a intercambiar guiños de complicidad, por no decir de asco. ¡El tipo estaba peor que nunca!

Ibamos a comenzar al bromear sobre su recién estrenada gimnasia, cuando lo vimos desaparecer hacia el costado menos iluminado de la escena y, accionando un dímer que debía estar oculto en algún lugar detrás de la cortina de tul, fue iluminando lentamente, vatio a vatio, el espacio del estar que desembocaba en el pequeño jardín lateral y que permanecía en la penumbra, apenas rozado por el resplandor de la calle, al tiempo que pregonaba un sonsonete como «la e-pi-fa-nía var-so-via-na», que a nosotros se nos dificultó entender debido al ritmo desigual con que pronunciaba las sílabas, a la ausencia de referencias concretas y, sobre todo, a la aguda sensación de ridículo que ya comenzaba a ahogarnos.

A medida que las tinieblas disminuían y se iba haciendo visible primero la silueta de un bulto oscuro, luego la de una mujer desconocida, y, finalmente, la de los imposibles rasgos que resultaba imposible que estuviesen surgiendo precisamente allí, en esa misma medida, repito, nos fuimos dejando ganar del estupor. Por un instante pensé que alucinaba, pero cuando Maruja emitió aquel alarido con el sobrenombre de nuestra inefable huésped londinense, me percaté de que era cierto y de que el maldito Peraloca había logrado una faena tan redonda que bastaba para exculparlo de cualquier cabronada.

¡No lo podíamos creer: aquí, en Caracas, en la guarida de Peraloca, con su rubia cabellera y su palidez nórdica y sus lánguidos brazos y su zarandeante cerebro, nuestra huésped favorita en las islas brumosas, la inefable Polaca! ¡La Flaca y yo no salíamos de nuestro asombro! Y, peor aún, cuando ya creíamos estar recuperando el aliento, viene la pareja de cómplices traidores y nos suelta el segundo mazazo: boda en puerta. Aquello ya era demasiado: Peraloca, el reacío, el inexpugnable, último bastión de la soltería en la generación del 64, vilmente atrapado, ¡y por nuestra lejana Polaca!

¡Nos había engañado! ¡El maldito nos había cruzado el strike de la temporada! Nos había truqueado a mansalva, a La Flaca y a mí, durante dos largos años, con la mayor desfachatez y finalmente allí nos tenía atrapados, en su propia madriguera.

¿Los antecedentes? a) Regresó de Londres aturdido por los encantos de La Polaca (esto ya lo sabíamos). b) Le escribió (también lo sabíamos). c) Como ocurre con algunas pasiones epistolares, la llama sin nombre de que habla el bolero se fue encendiendo y encendiendo en proporción directa a la cantidad de trabajo echada sobre los hombros de los empleados postales. d) Cuando la ausencia se hizo insoportable, viajó al UK al encuentro de la doncella nórdica (supimos lo del viaje, nos ocultó el destino preciso y el motivo). e) Se comprometió con La Polaca y planificó su futuro viaje a Caracas, pero nos escamoteó el acontecimiento y la persuadió a ella para que hiciera otro tanto en sus cartas. f) La invitó a venir a la tierra de gracia, a instalarse con él en las faldas de la montaña y, en un día inminente, refrendar legalmente el ayunte. g) Finalmente la recogió en el aeropuerto y nos llamó para obsequiarnos la primicia de presentarnos «su último invento».

El mandado estaba hecho: el fundador de la cofradía y la delegada honoraria de la cofradía en el Reino Unido incurrieron en el sagrado juramento. No hay que ser un chamán para imaginar lo que ocurrió con nosotros esa noche.

Abracé y besé a La Polaca. Maruja la abrazó y la besó. Ella, en cambio, nos devoró. Así como suena: parecía una enorme muñeca de cuerda, de rostro lánguido y dientes filosos, cuyo mecanismo se hubiese disparado fuera de control llevándola a engullir lo que encontraba a su paso. Resultaba un espectáculo: había tomado la cara de La Flaca entre sus manos y no dejaba sitio sin besar, como si estuviese mimando a una niña pequeña. De pronto se detuvo, daba la impresión de que recién entonces se percataba del enorme vientre de Maruja, que le había impedido abarcarla de un todo, y al que hora tocaba y oprimía con sus mejillas.

Estaba visiblemente emocionada y conmovió a La Flaca. No atinaba a decidirse por un idioma, balbuceó palabras en inglés, en español, y hasta en polaco, y cuando iba a comenzar a reírse de su vacilación, tampoco pudo escoger, entre burlarse de ella misma o saltarse a moquear por el encuentro con el que había estado fantaseando durante tanto tiempo. Optó por esto último; La Flaca la imitó. Unos segundos más tarde éramos Peraloca y yo quienes nos sumábamos. Y luego allí estábamos los cuatro, las manos enlazadas, gimoteando a moco tendido como niños.

Mientras Maruja y nuestra viajera iniciaban su intercambio de noticias y Antonio iba por el hielo y los tragos, repasé, a vuelo de avioneta fumigadora, mis años, en busca de una ocasión anterior en la que me hubiese ocurrido algo semejante. Inútil. Era la primera vez que sollozaba en colectivo, a la ronda y movido por el puro y primitivo impulso de la felicidad.

Fue una velada inolvidable. Maruja desdeñaba la dieta y la templanza que se había

impuesto a raíz de la preñez; Antonio se sumía en un estado de embeleso absoluto, imantado por el encanto de La Polaca, y La Polaca no paraba de hablar de Londres y de sus días al sur del río, mientras afuera se veía un espacio mineral, con vetas verticales de amianto que vibraban bajo el haz de las lámparas y se cortaban, bruscamente, en el límite donde cesaba la luz.

No sé si he dicho que los comienzos de La Polaca en Londres no fueron sencillos. Había viajado a Inglaterra con un grupo experimental de teatro, de Varsovia, con el que había estado trabajando en los cuatro últimos años, desde el momento de su egreso de la academia de arte dramático de Polonia. Realizaron una gira de dos meses durante los cuales presentaron algunas obras del repertorio en Liverpool, en Birmingham y en varios teatros de Londres. Al final, dos días antes del regreso, mientras se retorció en la cama agobiada por el insomnio, tomó la súbita decisión de permanecer en aquella ciudad que la había seducido sin esfuerzos. En la capital polaca apenas había dejado a una tía, ya pensionada, con quien viviera desde la muerte de los padres, unos años antes: le escribió, echó la carta al buzón y corrió a la Square House de Camden, uno de los sitios que los habían acogido con mayores simpatías y donde esperaba encontrar la posibilidad de una colocación que le permitiera sobrevivir. En la «Casa» de Camden sólo pudieron ofrecerle un empleo menor en la infraestructura del teatro, pero alcanzó a arreglárselas aplicándose un rígido plan de austeridad, solventando el alojamiento con un rol de aupper-girl y trabajando como dependiente, por horas, en tarantines baratos del mercado de Soho. Fue entonces cuando la conocimos en casa de William, el poeta irlandés, y cuando entró en nuestros días para no volver a salir más.

Ahora estaba allí, echada sobre el sofá de Antonio, conversando con Maruja. Era la misma que conociéramos dos años atrás, salvo que se había dejado crecer el cabello un par de centímetros por debajo de los hombros y sonreía con menor timidez. Y, sin duda, se veía más hermosa y más feliz. También más madura. Nunca le habíamos preguntado la edad y resultaba imposible calculársela. Por su parte, Peraloca estaba en una chifladura casi mística. Planificaba una cena para la semana siguiente, con doña Hortensia y el «Coronel», y el postre, que se serviría a la hora del aperitivo, sería, por supuesto, La Polaca. ¿Podía contar con nosotros para que actuáramos como barra y escolta en esta ceremonia protocolar incómoda, pero —lo temía—, ineludible?

Contabas Antonio, contabas Polaca, prometimos La Flaca y yo, al unísono, contaban ambos con nosotros y si preferían podíamos venir en shorts, en franelas de fans y con un estandarte en cada mano para convencer a los incrédulos.

¿Boda?, preguntábamos. ¿Boda?, y La Polaca se ruborizaba y Antonio decía que no habían fijado fecha aún, pero era inminente, Llanero, inminente. Entonces brindamos por aquel «sacrificio» a dos hacia el cual nuestros insólitos favoritos se deslizaban a velocidad temeraria. Brindamos sí, dijo La Polaca, pero vamos a incluir al bebé en la

celebración, sin el bebé ella no brindaba. Chocó la copa contra el vientre de Maruja, alzó un extremo de la cota maternal y derramó unas gotas sobre la piel. Bebimos y comimos. Bebimos, comimos, conversamos y cantamos hasta las doce de la noche en punto, hora en que nuestra cenicienta, vencida por la brecha horaria Londres–Caracas, de pronto, y sin que mediara ningún aviso, dejó pendular su cabeza y cayó rendida en el hombro de Antonio.

Entre Antonio y yo la tomamos cargada y la llevamos a la cama.

[Nota de La Flaca: ¿Sabes que en esa reunión permanecí todo el tiempo con la incómoda sensación de estar en otro sitio (quizás Londres, quizás París, pero también cualquier otra ciudad, incluso desconocida), viviendo, además, algo que ya había vivido en otro tiempo? ¿Sería que la presencia de La Polaca me hizo desarrollar un síndrome inédito? ¿O se trataba de una pobre irrigación cerebral debido al cansancio, a la barriga oceánica, a la emoción y a los tragos? ¿Te dije que por momentos creí marearme?

¡Bendito sea Dios! Suspendo aquí, mi amor, para llamarte y llamar al médico... O esto que estoy sintiendo son contracciones de parto o no me llamo Maruja Paredes.]

2

Escribo en la noche del 25 de noviembre de 1973. Hay novedades. Bárbara Carlota nació el 12 de Noviembre, a las 7pm., en la Clínica Farías. Estatura: 52cms. Peso: 3,2 kilogramos. Trajo los ojos verdes y el pelo castaño de la madre. Me asustó cuando me miró por primera vez: Peraloca dice que tiene mirada de intelectual y que, puesto que es escorpión, tal vez no sea mala idea el tomar previsiones para ensalmarla con Eudora. Puede parecer una exageración e, incluso, una cursilería, pero ya la amo. Una semana más tarde, a la misma hora, «Voces en el espejo» debutó en las tablas del Grupo Experimental. Exito de público y de crítica en los días que siguieron. Frenesí en el director del espectáculo. Estupor en el autor del texto. Peraloca comentó que la pieza tenía swing, pero que, puesto que Ferrini era un tipo a quien la mala leche le supuraba visiblemente, había que tomar previsiones y llamar a Eudora para que practicara un ensalme colectivo con el elenco.

Anoto mis impresiones sobre las dos noticias.

La llamada anunciada en el corchete de arriba me sorprendió en el periódico justo al comienzo de la reunión semanal de planificación. Me tomó media hora llegar al apartamento para recoger a Maruja y otros veinte minutos el alcanzar la clínica. No obstante, como suele ocurrir en estos casos, mientras ella juraba que el bebé ya

«coronaba» entre sus piernas, la apreciación del obstetra fijaba la hora de la verdad para las ocho de la noche, ¡Y todavía no era mediodía! La acompañé durante aquellas siete horas haciendo esfuerzos inauditos para no delatarme: mientras las enfermeras me veían poner en práctica, a pie juntillas, los consejos del manual para padres, en su capítulo de preparativos para el parto (estaba al lado de Maruja, le infundía ánimo, la ayudaba a sincronizar los ritmos de la respiración con el ciclo de las contracciones), y me felicitaban por mi ejecución. Sólo mi ojo estaba al tanto del guiñapo nervioso que se alojaba dentro, a medias ansioso y a medias avergonzado de su ansiedad.

En la tarde llegó Zenaida, la psicóloga que había estado a cargo del curso psicoprofiláctico al que La Flaca había asistido en los últimos tres meses, a relevarme; y hacia las seis, cuando se hizo el traslado de la habitación a la sala de parto, comenzó a hacer su aparición la horda familiar. Pero entre una aparición y la otra me dejé persuadir por las sabias palabras del obstetra, cuyo ojo clínico, al enfocarme sentado en el pasillo de espera, lo llevó a prescribirme un piadoso escocés en la barra de terapia del restaurante de la planta baja.

Tenía conmigo las pautas del encartado que debía terminar y un fragmento de la pieza al que Ferrini, en un ejercicio de locura, me había pedido rehacer. No pude dedicarme ni a una cosa ni a la otra. Me lo impidió un súbito raptó de memoria... si bien tímidamente apoyado por los vapores de la prescripción, de cuya primera dosis di rápida cuenta, no bien pude acodarme en el mostrador de la barra.

No me resultaba difícil recordar el momento en que había comenzado todo. De hecho, aunque la reconstrucción lo hiciera parecer remoto, se hallaba asombrosamente próximo. Tal vez, como diría La Sigmuncita, un vulgar mecanismo de defensa.

¿Contra quién? Sin duda contra mí mismo, y, de igual manera, contra aquel arrebató de lealtad que cercenó en dos mi breve historia con La Flaca y que, de no ser por el impulso pasional por el que se dejó invadir un año después, ya de nuevo en Londres —quizás catalizada por la aproximación a la que obliga un país extraño—, y por mi buena estrella, hubiera también acabado conmigo.

En efecto, aquel momento portentoso se hallaba asombrosamente próximo. Como se recordará, tanto la fiesta de despedida de Maruja como su viaje a Londres se llevaron a cabo a mediados de 1969. En ese nefasto año, el único día que con toda probabilidad valió la pena de ser vivido y rememorado fue, precisamente, éste en el que Maruja, aceptando la invitación de Antonio, condescendió a despedirse de sus amigos como la amistad mandaba. Esa noche yo alojaba un virus que, visto por el objetivo de un microscopio de juguete debía dar la impresión de una bestia apocalíptica; tenía un malestar infernal y fiebre, pero la sustancia magnética con que las miradas que Maruja y yo cruzamos esa noche construyeron aquel puente que nos conectó hasta el filo de la madrugada, sin decirnos palabra, sin tocarnos, bastó para transformar aquella jornada de media luz en una promesa de éxtasis que ni siquiera la inminencia del viaje lograba desmentir.

Recibí de nuevo la buenaventura de aquel ojo que a un tiempo me avizoraba a mí y avizoraba al futuro, la tarde siguiente, en el aeropuerto de Maiquetía, mientras la mano que ondeaba se disolvía al fondo de un andén metálico, que luego se disolvía en un grueso portal de vidrio, que finalmente se disolvía, en un tabaco enturbinado, al tiempo que mi animal de costumbre comenzaba a aullar dentro de mí, como un maldito, escoltado por la soledad, en medio de la turbamulta de los familiares. Aquella noche dormí y no dormí. La fiebre rompió el tubo de mercurio, el cráneo se me escindió como si un pesanervios demente hubiera dinamitado su bóveda y el corazón se volvió un «cazador» ciego que fantaseaba vagar en el vacío cósmico, perseguido por las escafandras silenciosas que en aquellos días habían caminado por primera vez sobre los mares de la luna. Desvariaba. Me figuraba a mi ninfa volando en ese instante a nueve kilómetros sobre las aguas del Atlántico, alejándose a cada segundo más y más hacia el gran agujero negro de la ciudad brumosa que la ocultaría para siempre a mi delirio.

Por momentos lograba ponerme de pie, alcanzar la mesa de noche y atragantarme de pastillas rojizas que tenían la forma de un huevo achatado, sabían a salmuera descompuesta y me habían sido recomendadas la noche anterior, en la reunión de despedida, por nuestro infalible Monsalve. Cuando las pastillas —o mi testarudez— me rescataban, tanteaba los casetes en la gaveta y la agarraba por escuchar las canciones que, aquí y más allá, en euforias y depresiones a lo largo de aquellos 16 años de complicidades y desmadres de grupo, mi ninfeta migratoria había estado escuchando y promocionando entre amigos y cofrades. Algunos eran remotos, como El reloj, de Gatica, un clásico del bolerismo que no sólo había sido celebrado por Maruja hacia mediados de los 50, sino que, con un poco de imaginación —y de piedad, hay que decirlo—, podía pensarse que hablaba de mi propia pequeña historia de aquel momento, si bien el viaje que en las estrofas de Gatica era inminente, en mi caso formaba ya parte, ¡ay!, del fatídico e inamovible pasado.

Otros estaban incluidos en ese abanico jazzístico, variado y, si se quiere, arbitrario, que el grupo había ido construyendo a fuerza de olfato, deslizándome del clarinete a la trompeta, y de ésta a la voz imposible de la Holiday que fraseaba «If you were mine», una balada del año 35 que parecía «hecha a la medida de su corazón», como a Maruja le gustaba declarar cada vez que la disfrutaba.

Esa madrugada, atizado por la sabiduría de la enfermedad, tomé una decisión que en el momento juzgué quizás interesante, pero con respecto a la cual me resultaba imposible prever el efecto que a la larga ejercería sobre mi vida: mis propios proyectos de viaje. Es cierto que desde hacía algún tiempo (atención, incrédulos: antes aún de enterarme de los planes de La Flaca) había estado zarandeando la idea de abandonar por un rato la tierra de gracia e instalarme en algún refugio distante a «airear» mi osamenta. El impulso, vago al principio, comenzó a adquirir cuerpo a raíz del accidente del niño y de la disolución de mi vínculo con Carmen Luisa. La

expectativa pasaba por la obtención de una beca o de un crédito educativo que me permitiera enfrentar, por fin, el tantas veces pospuesto curso de postgrado. Debo admitir, sin embargo, que el viaje de Maruja, la mirada de Maruja y la urgentísima necesidad que experimenté de olfatear el itinerario de Maruja y seguirlo con tenacidad de sabueso, fueron determinantes, aquella madrugada, en la velocidad con que emprendí mi decisión y en la firme escogencia del destino final. Es decir, a) de inmediato; b) a Londres.

Los meses que siguieron fueron de gran actividad en este sentido. Recibí negativas y postergaciones, varias veces fui atrapado por las demoras burocráticas: nada me detuvo. En los instantes de flaqueza miraba en el mapa el perfil de media colgada que exhibe la Gran Bretaña, recortada contra el Mar del Norte, y me repetía una y otra vez, en voz baja (o en voz alta y hasta con chillidos si estaba solo) que allí, en ese punto impreciso que se tocaba sobre el plano, me esperaba el bendito y maldito rostro de la felicidad que hasta aquel momento se había empecinado en eludirme.

Ocho meses después de iniciados los trámites, la testarudez cuajó sus frutos: contaba con soporte económico para el proyecto y con una plaza en la Universidad de Londres a partir de septiembre de aquel año. No tuve, sin embargo, que esperar hasta septiembre para reencontrar a Maruja: hacia comienzos de mayo recibí una postal suya que mostraba en el anverso una especie de collage con panorámicas de Carnaby Street y de Piccadilly y dos primeros planos de Lennon y de McCartney, y en el reverso, junto a unas curiosas manchas grisáceas, unas estampillas con el perfil de la reina y la huella de unos labios carmesí, el anuncio de que (giro-regalo del «coronel» Paredes mediante) vendría en junio, a pasar las vacaciones «de verano» en Caracas. Era una noticia fuera de serie: podría verla dos meses antes de lo que había previsto y quizás hasta podríamos viajar juntos, en su regreso a Londres, a fines de agosto. Llegó puntualmente a finales de junio, una tarde de martes. Estuvo cumpliendo compromisos familiares hasta el viernes en la mañana, mientras compartíamos un café o un cine, y recreábamos, en prolongados diálogos, los días luminosos de la antigua cofradía, de la adolescencia y de la primera juventud, todavía contenidos, todavía sin confiarnos lo que cada uno deseaba confiarle al otro. El viernes por la noche, de nuevo en el apartamento de Antonio, organizamos la reunión de bienvenida. Y en aquel mismo borde de madrugada, bajo la mirada curiosa y complacida de los compinches más cercanos (cuento a Antonio, a Gustavo y a Patricia, cuento a Marisela y a Perucho, no cuento a Carmen Luisa porque apenas pasó a saludar durante una media hora, acompañada por Monsalve y Gisela, y regresó temprano a la Comunidad Terapéutica) nos deslizamos, absolutamente aturcidos por el mazazo con que la dicha nos acogía por fin, hacia el lecho edénico que nos aguardaba en una neblinosa cabaña de motel, enclavada en un laberinto de musgo verde que imitaba a una montaña.

Permanecemos allí hasta el día siguiente en la noche. La plenitud y el misterio de la

muerte, con las que analogamos a la duración sin tiempo de aquel tiempo circular que se extendió por 24 horas, nos hizo, recíprocamente, nacer de nuevo. Nos conocimos desde hacía 17 años. Habíamos sido camaradas, cómplices y testigos mutuos, habíamos compartido vivencias, catástrofes y amistades, y habíamos convergido en temores, proyectos y fantasías de vida múltiples y paralelas. Luego, durante el último año, habíamos esperado por el momento en que finalmente nos encontraríamos, al encontrarse cada uno a sí mismo encontrándonos a dos en el otro. Y ahora estábamos allí, desnudos, echados sobre las sábanas, mirándonos, tendiendo cada uno a un tiempo nuestras manos para rozar por primera vez la piel que, de vuelta desde el otro límite, nos tocaba a su vez.

En cierta manera era como el descubrimiento de una imagen especular: algo próximo, entrañable, propio, que me llamaba desde ella y desde un remoto eco del pasado; y sin embargo, por otra parte, su cuerpo, un sueño que se me deslizaba cada noche en el sueño desde doce meses atrás, me impresionaba como el de un ser extremadamente frágil al que había que aproximársele con un tacto y una ternura imposible para no quebrar el delicado equilibrio sobre el que parecía arder aquella azogada y temblorosa llama.

Me le acerqué con este ritmo, obedeciendo a una quizás extrema conciencia de la delicada joya que yacía a mi lado. Para decirlo en pocas palabras, pensaba exclusivamente en su deseo y en su goce, no en los míos. Y ¡maldita sea!, tenía que admitirlo, en buena medida aquella sensación provenía de los relámpagos de imaginación durante los cuales elaboraba la sombra de mi padre, en la lejana noche del cumpleaños.

¿En cuál sitio del afecto ubicar a mi padre y en cuál a aquel sátiro, babeante, que había usurpado su identidad? No era justo. No era justo que hubiese ocurrido entonces, y no era justo que asaltara ahora nuestro lecho, en aquella pesadilla con la que fantaseaba. Cada vez que las imágenes me asaltaban, sacudía mi cabeza y, en un éxtasis supersticioso, me golpeaba la frente con el puño y comenzaba a susurrar al oído de Maruja las palabras que él no hubiera podido decirle nunca en aquel trance, y que, imaginaba, me ayudarían a exorcizarla para disolverla dentro de mí.

Esto me ocurrió dos o tres veces al principio. Supongo que en algún momento la maniobra debió parecerle algo extraño: se detenía a mirarme y a acariciarme la mejilla, sonriendo, curiosa, sin comprender del todo, de pronto, el saltimbanqui protector de amantes y de locos, sopló a mi sesera una sugerencia que yo mismo debí soplarle, horas antes, frente al espejo.

El descubrimiento del mecanismo por medio del cual la amenaza operaba, no anulaba por decreto a la amenaza misma, pero ayudaba. Me dije que debía dedicarme al susurro, que, además de ocupar mis neuronas en una fantasía distinta creando roles para ella y para mí a medida que la magentizaba al borde de la oreja, ejercía un efecto prodigioso sobre sus fluidos: a ritmo de adagio, pero en crescendo, había comenzado

a percutir sobre su corazón, liberando oleadas de un fluido dúctil y sonrosado que entibiaba y electrizaba su cuerpo.

El cambio ocurrió.

Involuntariamente accedíamos a una dimensión paralela en donde la voluntad quedaba abolida, sustituida por el temblor primordial. A qué o a quiénes encarnábamos en ese loco juego de papeles era una cuestión de simple azar; es decir, de soberanía del impulso en estado de primitivismo puro. El padre y la hija. La bestia y su presa. El amo y la esclava. El sacerdote y su devota. La niña. El desconocido. La prostituta. El tratante. La yegua. El jinete. La lejana resonancia de la especie hablaba a través de nosotros en su lengua carnal y sin tiempo. No había intérprete, sólo ondas o partículas sin dueño o con un dueño doble, que circulaban entre los dos de un ombligo a otro, refundiéndonos.

Reía como loca: ya no se trataba de la vestal que había caminado, dudosa aún, tímida, hacia el tálamo de sacrificio; el goce la había transfigurado en aquella bacante silvestre, que ahora entregaba esta envolvente coreografía. Su reciente papel de yegua encabritada la había llevado a plantarse sobre codos y rodillas en medio de la sábana, paciando a mordisqueadas contra la palma de mi mano que reposaba en el cojín. Debía jinetearla desde atrás, quizás pasándole la toalla alrededor del cuello para embridarla o halándola por los cabellos, como si los amielados cabellos fuesen riendas, para dominarla y domarla.

Decidí que antes haría de potro. Me deslicé hacia abajo y hacia atrás y colocando mi hocico en posición, ella aún en cuatro soportes, la cadera alzada, me di a besarle y mordisquearle la grupita: reía y relinchaba de gusto. Quieta, tranquila, le siseé. Pero enseguida me di cuenta de que ella había dejado de ser yegua. Le besé de nuevo la grupa, pero ahora la abrí y enfilé el estilete de la lengua contra su anillo de cobre. Temblaba. No tuve que indicarle nada: a medida que bajé, lamiendo hacia el delgado istmo de nadie y me adentré aún más hasta la grieta alfombrada, ella fue alzando la cadera, una vez, dos, a fin de que pudiera lamerla y comérmela desde abajo y desde atrás, sin dificultades.

En esta posición podía besarla, succionarla y frotarle mi lengua desde el dulce capullo eréctil que remata el ápice de la estría, regresando luego en lento recorrido sobre el istmo, hasta atacarla de nuevo en el pequeño anillo de cobre, donde me detenía al tiempo que acariciaba con los dedos los bordes, lubricados y esponjosos, de la otra hendidura.

Iba y venía. Iba y venía.

Ella, que en esta fase había comenzado por gemir, ahora lloraba y se retorció. Ya no era niña ni vestal ni yegua, sin duda, pero entonces... ¿entonces de qué se trataba ahora? ¿Con quién me enfrentaba? No tuve que preguntárselo. Ella misma se encargó de balbucearlo entre dientes, sin dejar de gemir. Una puta. Eso era: una putica sucia a quien me habría encontrado en la calle, y a quien estaba dándole el trato que merecía

y que deseaba. Mientras me confesaba esto y se lo confesaba a sí misma a través de una especie de vagido gutural apenas inteligible, comenzó a darse la vuelta, lentamente, a fin de no desprenderse de mi boca.

Para esto sólo tuvo que girar sobre ella misma, con delicadeza, sin cerrar los muslos que permanecían en ofrenda al tiempo que alojaban mi boca en su vértice mientras rotaban. Ahora estaba boca arriba, el cabello sobre la cara, los labios entreabiertos, húmeda. Me senté a horcajadas sobre ella, me doblé contra su torso y jugueteé por instantes con sus dos pezones, erectos y suaves, antes de tomarle la cara entre mis manos y besarla. Chupaba mis labios, me mordía. Entonces la ladeé, dejé que montara su pierna sobre mi cintura y la penetré.

Se aferró como náufraga. Me imploró que la besara y la partiera en piezas, hasta que comenzó a repetir un sí sí sí que parecía provenir de una gruta, ahuecada y sonora dentro de ella, y que crecía con cada oleada del cuerpo doble que era uno.

¿Fue un maullido, un alarido, un gruñido gutural lo que emitió por fin? ¿O quizás todo ello mezclado y deformado a su vez por mi propio arrebató que me llevaba a estallar sobre ella, jadeando también, que te abrieras, maldita, que me lo dieras todo, putica, al tiempo que me derramaba dentro de ella?

3

Los días que siguieron fueron amaneceres de comienzo de mundo. Los desconocidos veían dentro de nosotros a niños multiplicados, jugando como locos en un lenguaje ininteligible. Los amigos estaban sorprendidos y deliraban de alegría. Me las arreglaba en el trabajo de la publicidad para escaparme cada vez que podía y por las noches íbamos a mi apartamento, o a la playa, o a las desenfundadas guaridas de Sabana Grande, donde el tibio aire de julio hacía correr las cervezas entre las manos de los poetas, los bohemios y los alucinados de siempre. Redescubrí un ritmo cotidiano que había perdido tiempo atrás o que en realidad nunca había llegado a conocer.

Hacia la tercera semana de julio, Peraloca nos ofreció una fiesta fuera de serie para celebrar la pareja y luego nos fuimos durante un fin de semana largo a Puerto la Cruz. Y fue allí donde ocurrió.

No fue un azar. Desde la noche de la despedida, un año antes, cuando todavía temblando por la fiebre me prometí renunciar a un porvenir que no incluyera a Maruja, me aterró el impreciso pero inevitable día en que tuviese que sincerarme ante ella. De la misma manera que no podía concebir mis días sin ella, tampoco los podía

pensar con ella y con la insoportable gravitación que la memoria de aquella noche remota, me imponía. No. No precisamente con ella.

De manera que una tarde, mientras bebíamos cerveza en un restaurancito de Lecherías todavía con los trajes de baño puestos y mirábamos el mar, conté las balas, ajusté el tambor y decidí que había llegado la hora de emprender la ruleta rusa que había estado postergando por semanas.

Lo repito, no fue una decisión demente. Había vertido y revertido aquella escena en cientos de madrugadas en blanco en las que me veía congelado por el pánico y la vergüenza. Respiré profundo, coloqué el cañón sobre mi sien y se lo conté todo. Se rió, nerviosa, al comienzo, con una mueca de incredulidad: pensaba que para ser una broma estaba eligiendo un tema no sólo inconveniente sino incluso satánico. ¿Qué me pasaba? ¿Estaba enloqueciendo, acaso, o quería enloquecerla a ella? También a mí me había costado aceptarlo al oírsele a mi padre: había pensado que se trataba de un desvarío producto de la agonía. Sin mirarla le repetí que era cierto: lanzando torpes brazadas de ahogado en la gota que resbalaba de la cerveza, balbuceando casi, sudando a chorros, le relaté los detalles de aquella conversación de octubre de 1967. No le había dirigido la vista mientras hablaba, y aun después de terminar mi historia no aparté los ojos del pequeño bote que había llegado a orillar a un saliente del morro y cuyo velamen se encontraba enredado entre el palo y los aperos de navegación, como si de la puesta a punto de la vela dependiera mi vida. No sé por cuanto tiempo me mantuve hipnotizado por la embarcación, sin registrar los efectos que mi mezcla de vagido con tartamudeo pendular había provocado en Maruja, pero podía imaginar su palidez y su temblor en el silencio que nos ataba al relato.

Mejor dicho, creí poder imaginarlo, porque no bien me decidí a voltearme para recibir de ella cualquier cosa distinta al silencio mismo, cuando vi, pasmado, que era una gárgola de ojos desorbitados y rostro de cera, inmóvil, metalizada en el aire un segundo antes de comenzar a gritar, quien usurpaba su silla. No alcancé a hablar, no alcancé a abrazarla: aún pasmado en el filo de tiempo que me separaba de ella la oí toser, ahogada, mientras se llevaba las manos a la garganta en un desesperado ademán por contenerse o por precipitar de una vez la náusea.

Fue un vómito largo, intenso, que la vació sobre la mesa y sobre la orladura de arena que desde la playa se desflecaba en la terraza del restaurante mientras yo saltaba y le sostenía la frente.

Emergencia. La Flaca me interrumpe, aterrada: la pequeña Bárbara acaba de soltar el ombligo y hace falta, con urgencia, una pomada cicatrizante a la que Bermúdez le atribuye milagros. Es Alida, de visita hoy, quien ha hablado con Bermúdez y quien me guiña el ojo desde la cocina, bromeando con la ansiedad de La Flaca, mientras me enchaqueto para bajar a la farmacia.

(Escrito al margen) Por suerte Bárbara ha capitalizado de tal modo la atención de su

madre, que no le ha dejado tiempo ni siquiera para husmear en mis notas, tarea que antes no abandonaba por más de un día. ¡No sé qué diría de esta maldita página desollante que algún día, tendré que insertar en algún lado!

Del restaurancito de Lecherías, una vez recuperada, nos fuimos en silencio al hotel en Puerto la Cruz, y de allí, en silencio, al aeropuerto, donde tomó el vuelo de la tarde a Caracas. Siempre en silencio. Me había rogado que no habláramos, me había rogado que le permitiera regresar sola. Quería estar sola. Necesitaba estar sola unos días.

Luego, tal vez, me llamaría.

Permanecí en el mirador del aeropuerto mientras el avión trepaba en el aire sobre el agua. Es lo último que recuerdo de esa tarde. Al día siguiente, al amanecer, desperté echado sobre la arena en el Paseo playero que separa a Puerto La Cruz del mar.

Todavía me sentía borracho y olía a tierra y a ron. No tenía la más puta idea de cómo había llegado hasta allí. Cuando me puse de pie me di cuenta de que me habían robado la cartera con todo el dinero y me faltaba el reloj y un zapato. Por suerte el hotel se hallaba a 100 metros. Caminé hasta allá, me bañé, llamé a un amigo de Barcelona para pedirle dinero prestado y me metí en la carretera, rumbo a Caracas, con un dolor de cabeza que cambiaba el asfalto en un río de cristales de luz negra. Tres días después recibí su llamada. Por alguna extraña razón me citó para vernos en Macuto, donde se dio aquella corta conversación antes de su regreso a Londres, que ya reseñé meses (páginas) atrás. ¿Qué escribí entonces? «Recuerdo perfectamente la fecha, 28 de julio de 1970. Estábamos en el malecón, tan cerca del mar que saltaban sobre nuestra mesa bambalinas de gotas y de minúsculas burbujas de espuma que terminaban por formar una pátina húmeda y porosa en la superficie de la madera. Era una de esas noches ventosas del Caribe, que suelen presagiar la visita de prolongados aguaceros. Esa vez, sin embargo, no llovió, pero yo igual me encontraba gris y deprimido, y sentía en la base del cerebro una placa fría que parecía palpitar presionando en algún punto impreciso detrás de los ojos (...).»

—No nos queda otra alternativa que romper la relación —la oí decirme, en un tono sorprendentemente sosegado, casi magistral.

Aquello me aplastaba, pero no era capaz de reprocharle nada.

—Pareces serena —le dije.

—Ya lloré todo lo que era capaz de llorar —susurró, mirando hacia el vacío oscuro que rugía desde el rompeolas—. Estoy seca, créeme —e intentó una sonrisa apagada. Prendí un cigarrillo. Desde el centro del cafetín, al otro lado de la calle, llegaba una música absurdamente alegre. Decidí apostar insistiendo en las noticias de mi beca.

—Recibí la reconfirmación de la fecha y del pasaje —le dije—. Y todos los demás papeles están en regla. Si no hay imprevistos debo estar saliendo para Londres, tocando en Amsterdam, el día 20.

Se quedó de una pieza, como si recién estuviera enterándose de mi viaje en ese

momento, aunque muchas veces habíamos hablado de la concesión de la beca y de los trámites adelantados en las universidades inglesas. La expresión era de súplica, por un momento creí que iba a romper a llorar.

—Te quería pedir un último favor —balbuceó.

—¿Un último favor?

—No quiero que me llames en Londres.

—¿Ni siquiera como amigos?

—Ni siquiera como amigos —repitió, sosteniendo la mirada—. Creo que sería lo mejor... para ambos.

El «ambos» de la memoria coincidió con la súbita llegada de Alida, que irrumpió al restaurante de la clínica corriendo y batiendo palmas de alegría. ¡Había sido una niña, Fernando! ¡Tenías que verla! ¡Una bebé preciosa que tenía tu misma nariz, primo! Bárbara Carlota había llegado sin novedades.

4

«Voces en el espejo», como dije, se estrenó una semana después. Habían sido meses de un trabajo arduo durante el cual la obra, en un diálogo franco, por momentos feroz, con el director, la escena y los actores, se transfiguró al tiempo que transfiguraba el resultado final. El resultado, como también anoté al comienzo, fue una apoteosis que aún no me permite recuperarme del aturdimiento. La cerrada ovación de la noche del estreno para la prensa especializada (y para gente del medio y las amistades, también admitidas, como se sabe), que obligó a alzar el telón hasta diez veces y no cesó hasta que el autor se unió al elenco en la venia y abrazó al director y a los actores en pleno fragor final, se repitió puntualmente en las funciones que siguieron, y continúa repitiéndose aún.

¿Qué costados del espectáculo pueden explicar este suceso? Me lo he preguntado muchas veces desde la noche de la apertura sin atreverme a responder. Pienso que es necesario esperar. La algarabía se siente aún demasiado próxima como para permitir un fallo reposado. Por otra parte, si bien, «nada es tan exitoso como el éxito», de forma paralela nada es tan engañoso y peligroso como el éxito súbito. Aunque Maruja insiste, supongo que no sin razón, en el prolongado trabajo silencioso que estuvo detrás de esta pieza en la que venía pensando desde la adolescencia y a la que venía escribiendo desde el año 69. Para no mencionar el trabajo con la Sociedad Dramática Universitaria y la pasantía en el falansterio de Camden, y, mucho antes, los pininos fundacionales en el Fray Luis bajo la mirada cómplice del padre Gonzalo y los

murmullos acusadores del resto de la horda.

¿Cuándo comencé a imaginar la médula anecdótica de «Voces»? Difícil decirlo. Es posible que haya sido en los días que siguieron al suicidio de Alberto. He pensado mucho en eso en los últimos tiempos. Una experiencia que nos confrontó, tempranamente, en carne viva, con la vivencia de la muerte. La crueldad, el dolor, la muerte y el poder del sueño y del ensueño «no como síntomas de neurosis, sino como una guía secreta de nuestra secreta naturaleza». Resulta extraño reconocerlo ahora, pero es evidente que mucho del «juego a cuchillo» en el que la cofradía se involucraba con las especulaciones de La Sigmuncita cada vez que uno de nosotros se presentaba con la novedad de un sueño, tuvo mucho que ver con el vértigo de espejos y de imágenes que el protagonista enfrenta en el segundo acto de «Las Voces». Los senderos que conducen a la obra a través de uno mismo a pesar de uno mismo, son, sin duda, múltiples, pero debo admitir que uno de ellos (no importa si el menos previsible), es el del sueño, y esa prolongación especular de él en la vigilia diurna que constituye la fantasía. Cómo llegué a través del sueño al inconsciente, y a través de éste a la nuez de la obra, es un acertijo que no me ha sido dado dilucidar, y, sospecho, no me lo será por mucho tiempo. Sé (creo saber) que no fue una alternativa por la que opté en un frío ejercicio de voluntad; sé también (creo saber) la radical distancia que media entre la mano consciente que borroneó las páginas de las piezas y la celebrada escritura automática del primer surrealismo (si admitimos que pueda existir el automatismo puro, cosa que pongo en duda). ¿Cómo, entonces, accedió ese evanescente universo reprimido —y, en buena medida, ignorado— al pivote que vertebra la obra? ¿Qué papel jugó la conciencia «oceánica», ese nivel mágico que entreteje todos los niveles personales entre sí, y que el éxtasis de la creación comparte con la ascesis de la meditación y con los trances místicos? ¿Será ese el puente invisible e intocable?

Comoquiera que haya sido, los vasos comunicantes estaban allí, y el magma original también. Si alguna duda hubiese alojado aún al respecto, apenas hubiesen bastado cinco minutos de contemplación atenta del escenario para convencerme de lo contrario. Pero no es a esto a lo que iba. Lo que resulta más sorprendente son las coincidencias azarosas (y, sin embargo, demasiado puntuales para ser totalmente azarosas) que comenzaron a encadenarse a raíz del estreno y cuyas siluetas he anotado minuciosamente a la espera de que la sabiduría de la vejez arroje una rendija de luz sobre ellas. Sólo me detendré en una, cuyas razones se muestran por sí mismas. Unas de las muchas actividades, simultáneamente fastidiosa y necesaria, que siguen a un montaje exitoso, es la de conceder entrevistas a los periodistas especializados. Nadie espera que en una circunstancia semejante, el autor se niegue; mucho menos si el autor es, como en mi caso, miembro del gremio. En estas confrontaciones, ya se sabe, abundan las preguntas prescindibles, pero de cuando en vez asoma su nariz un

husmeador inteligente que nos lleva a volver y revolver más allá de la mera anécdota y que transforman lo que podría ser una tarea rutinaria en una experiencia de verdadera exploración interna. Fue lo que me ocurrió en una o dos de esas ocasiones. Para abreviar, diré que de las preguntas sobre la obra pasamos a los sueños, de éstos al inconsciente y del inconsciente a Artaud y a la influencia de algunas proposiciones del teatro de la crueldad sobre «Las Voces». En la noche, cuando regresé a la casa, me di a la tarea de releer algunos textos del poeta, entre los cuales se contaban las ya alguna vez mencionadas «Cartas a Génica Athanasiu». De pronto, un fogonazo de memoria me detuvo en una frase: «Gracias por haberme dejado vivir siempre en ti, por haberme dejado beber allí mi esperanza y por haberme dejado gustar allí para luego hacer mi vida...». No pertenecía a Artud, sino a Génica. Estaba en una carta de Génica al poeta, fechada en 1925 y podía jurar que la había leído en otra parte. Se podía tratar, por supuesto, de una trampa de la memoria, al fin y al cabo no era la primera vez que hojeaba aquel libro, pero una certeza visceral me decía que no se trataba de eso.

Suspendí la lectura para ayudar a Maruja con Bárbara, que se había despertado llorando, y mientras siseaba a la niña tuve la vaguísima intuición de una nota que debía estar en alguna de las cajas de detergente que, apenas adaptadas, cumplían la función de archivadores para los viejos papeles que no necesitara tener a la mano a diario.

Acosté a Bárbara, la cubrí con una cobija y besé a La Flaca que dormía, exhausta, abrazada a la almohada. Regresé al estudio con el propósito de recuperar el maldito papel. ¿Por qué? No lo sabía aún en ese momento. Eran las doce cuando hundí la cabeza en la primera caja, y las tres de la madrugada cuando, casi sin percatarme de lo que hacía, desplegué un sobre amarilloso en cuyo interior se apretujaban tickets de espectáculos (La Sigmuncita había cultivado la manía de coleccionarlos), diminutos recortes de prensa y, ¡loados sean Manco Cápac y Santa Lucía, patrona de los buscadores!, en un recodo invisible, desflecado y manchado por la humedad, apenas legible, el papel sospechado.

Era una anotación a dos manos con la Sigmuncita (¡parecería que esta práctica me persigue como una maldición! Atención, adorada huesuda: nada de resquemores y sobre todo, nada de celos retrospectivos). Comenzaba con una carta suya, fechada en 1969, en plena crisis, unos días antes de la separación, que incluía la cita de Génica. Comparé los dos textos: coincidían punto a punto, excepto en la palabra «gustar», que Ce-Ele había sustituido por «encantarme». La frase estaba entrecomillada, pero sin referencia, de manera que quedaba así: «Gracias por haberme dejado vivir siempre en ti, por haberme dejado beber allí mi esperanza y por haberme dejado encantarme allí, para luego hacer mi vida...». Después yo había añadido una frase ahora ilegible que comentaba su aceptación de la ruptura que parecía desprenderse de la carta en completo. Y más abajo, una especie de nota de diario personal donde asentaba que

aquel mismo día había comenzado una pieza «sobre la violencia y la fantasía y la muerte», de la cual, incluso, bosquejaba un resumen de las escenas iniciales. ¡«Voces en el espejo»!

El prodigio me derribó y me quedé dormido sobre las cajas y los papeles dispersos. Había emprendido una búsqueda ciega de no sabía exactamente qué, y había encontrado, por azar, algo que sí había estado buscando sin saber dónde.

Punto para reflexionar en el baño, mientras me limpie los dientes: la sutil, creativa, imprevisible dialéctica que se tensa entre la obra —metonimia del dramaturgo—, y la escena en proceso de montaje —metonimia del director.

Y bien, un eslabón viene por otro: fue sólo en la duermevela del amanecer, esa misma madrugada del hallazgo, cuando recordé dos comentarios muy breves, que Carmen Luisa me ofreció la noche del estreno, y que yo, en el vértigo sordo de la celebración, no atendí como debía. Vale la pena rescatarlos del olvido: los consigno aquí tal como pude reconstruirlos ese amanecer, mientras me retorcí sobre las cajas, sin lograr recuperar el reposo y sin decidirme, al mismo tiempo, a ponerme de pie y regresar al dormitorio, junto al cuerpo entibiado de Maruja.

Habíamos salido directamente del teatro al apartamento, con la doble intención de celebrar en pequeño comité el éxito de la pieza y el nacimiento de Bárbara. Yo estaba en el balcón conversando con Antonio y con La Polaca cuando se aproximó Carmen Luisa escoltada por Ernesto, que ahora parecía su compañero habitual. El primer comentario al vuelo tuvo que ver, justamente, con la época en que comenzara a escribir la pieza. Creo que dijo algo impreciso acerca de las variantes de las primeras escenas tal como aparecían en la versión incompleta que ella alcanzó a conocer y las que acabábamos de ver transfiguradas en las tablas de Ferrini.

—Creo que ahora puedo anunciártelo —me dijo, con una expresión de picardía, aproximándose a una distancia de susurro.

No entendí. Peraloca y La Polaca bromearon sobre el secreteo y Ernesto protestó, riéndose.

—No comprendo —le dije.

Me tomó por el brazo y me arrastró a un extremo del balcón, junto al porrón de drasenias. Me miró largamente.

—Estuve dudando si te lo decía o no, pero cuando te vi hace unos minutos, recibiendo las felicitaciones por la obra y sosteniendo a Bárbara en los brazos, me decidí.

—Muy bien, suéltalo ya —le dije—. ¿O necesitas unos golpecitos en la espalda?

—Además está la obra: veo que todavía circulan con libertad, entre nosotros, los mismos fantasmas gemelos de cinco, de doce años antes.

¿A dónde iba, ahora? ¿No estará pensando en...?

—No te preocupes, no se trata de nosotros —se apresuró, leyéndome— ...Comencé

una novela.

—Comenzaste una novela... —me oí repetir.

—Dispongo de tiempo en la «Comunidad». Comencé una novela sobre nosotros.

—¿Sobre nosotros dos?

—Sobre todos nosotros...

Ahora fui yo quien la contempló. No me sorprendía, siempre la había creído capaz de cualquier cosa.

—¿Y vas a contar... todo?

—Todo. Lo visto y lo sospechado.

Por alguna absurda razón me sentí, de pronto, juzgado. Marisela nos interrumpió durante un momento: buscaba un disco que Perucho quería escuchar.

—Es difícil para una voz femenina —continué.

—Eso es machismo de la peor especie —dijo Carmen Luisa-. Pero para que veas, eché mano de un recurso que alivia tus temores. Atención: le eché mano por razones distintas, claro... Tomo prestada tu voz, te pongo a narrar a ti.

Solté una carcajada.

—No lo vas a lograr —le dije: era sincero—. Quiero decir, el tono: no creo que lo logres.

—No seas pedante, Llanero —bromeó—. Te conozco. Te tengo repetido. Y no eres tan insólito, ya deberías saberlo. Nadie es tan insólito...

—¿Con qué comienzas? —la interrumpí.

—¿No adivinas?

Tenía la esperanza de que no fuera así, pero la mirada no dejaba dudas.

—¿Por el cumpleaños de Maruja? —le pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Exacto. Por el cumpleaños de Maruja —respondió—. ¿Quieres oír la frase inicial?

La sé de memoria.

Comenzó a recitar lentamente el párrafo y yo tuve la espantosa certeza de hallarme caminando, de nuevo, dentro de una pesadilla. Bromea, me dije, y miré hacia una luz titilante que escalaba el cielo sobre la montaña; con toda seguridad se trata de una broma de mal gusto, y, sin decir más nada, la abracé y la llevé de regreso a la puerta de la terraza donde Ernesto, Antonio y La Polaca nos esperaban.